

# NO E CASADO

## NO TE HE OLVIDADO

EL  
ESPERADO  
DESENLADE DE  
*NO TE  
PERTENEZCO*

Lectulandia

«No siempre es bueno ganar, pues de las victorias nada se aprende. Poco a poco conseguí que mis aspiraciones se hicieran realidad, tomando decisiones controvertidas pero siendo muy consciente de asumir después las consecuencias.

Hubo momentos en los que nadie pareció comprenderme y en los que me faltó apoyo, a pesar de vivir rodeada de seres queridos.

Lo tenía todo, pero era incapaz de sentirme bien conmigo misma. Vivía conforme a unas normas, cada día más asfixiantes, y bajo el paraguas de una comodidad que solo me producía hastío.

Hasta que encontré un lugar donde por fin pude olvidarme de todo... De todo menos de él. Aunque fue tan efímero que al volver a la realidad no fui capaz de enfrentarme a los problemas.»

**Lectulandia**

Noe Casado

# **No te he olvidado**

ePub r1.0

Karras 03.05.18

Título original: *No te he olvidado*

Noe Casado, 2016

Editor digital: Karras

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A quienes leyeron No te pertenezco  
y odiaron a la protagonista, pero  
han tenido suficiente paciencia para esperar  
a que se publicara No te he olvidado.*

*Gracias*

## Capítulo 1



*Londres. Primavera de 1809*

La primera vez que le fui infiel a Charles, solo habían pasado tres meses desde nuestra boda.

No sucedió de manera premeditada.

Creo más bien que se trató de una especie de prueba.

Mi vida conyugal podía calificarse de apacible, segura, estable... y aburrida. Los primeros días no fui consciente de ello, ocupada con el traslado y demás menesteres propios de la organización de una nueva vida, de ahí que no tuviera tiempo de aburrirme.

Ocurrió durante nuestra primera aparición pública como pareja casada. Esperaba un coro de murmuraciones, porque no era ajena a las normas que se les imponían a las viudas. No se les negaba una segunda oportunidad, aunque se daba por hecho que la mujer en cuestión esperaría un tiempo prudencial. Eso sí, lo que de ninguna manera podía entenderse era que, tras un primer y ventajoso matrimonio, la viuda que había desembarcado en Inglaterra con lo puesto atrapase a otro marido que incluso superaba en alcurnia al primero.

Por eso, cuando aparecí del brazo de Charles, a nuestro paso hubo variados comentarios. Ya no se trataba, como en anteriores ocasiones, de simples especulaciones, aquello era real. Por mucho que quisieran criticarme o menospreciarme, mi título cerraba bocas y los obligaba a morderse la lengua, a la par que a comportarse con la necesaria hipocresía.

Yo era consciente de que Charles prefería quedarse en casa y esconderse en la biblioteca, pero su título lo obligaba a acudir a esos eventos. En ese caso, se trataba de una recepción con posterior cena en casa de unos marqueses. Lo esencial de ese tipo de encuentros, aparte de conocer el nombre de los anfitriones, era dejarse ver, intercambiar comentarios inocuos y respetar la tradición.

Dejé a mi esposo junto con otros hombres y me dediqué a pasear por el salón. Respondí con suaves gestos a quienes me saludaban, obligados o no, hasta que un hombre, lejos de mostrarse educado, fijó sus ojos en mí con descaro.

Fue grosero, maleducado y excitante.

Conocía esa mirada insolente...

Me acaloré, mi cuerpo se encendió y no encontré otra manera de contrarrestar aquel calor que huyendo. Me escabullí por una salida lateral y, al no conocer la distribución de la casa, acabé en las dependencias anexas; más en concreto en la despensa donde almacenaban los víveres.

No pude retroceder, pues él me había seguido, sin duda creyendo que mi

intención era buscar un lugar apartado para reunirnos, lejos de miradas indiscretas.

—Buenas noches, condesa —murmuró a mi espalda.

Cerré un instante los ojos, respiré hondo y me preparé para rechazarlo. No me dio tiempo, pues se situó justo detrás de mí y colocó sus manos enguantadas sobre mis hombros desnudos.

—Será mejor que vuelva al salón...

Su mano comenzó a moverse, despacio, con parsimonia, recorriendo mi piel hasta llegar a la nuca, al tiempo que sentía su aliento junto a mi oreja.

—¿Recuerdas lo bueno que era, Ornela?

La verdad es que no lo recordaba, pues Stephan borró cualquier recuerdo que pudiera tener de un amante anterior.

—Déjame —rogué, pese a que mi cuerpo no pensaba lo mismo.

—Yo sí lo recuerdo... —musitó, haciéndome evocar aquellos días de despreocupación—. Tu cuerpo debajo del mío. Tu respiración agitada al compás de la mía...

—Vizconde...

—Fui el primero —prosiguió, con sus manos campando libremente sobre mi escote, sin que yo tuviera valor para detenerlo—. No te he podido olvidar...

—Yo sí —respondí.

—Y lo he intentado a conciencia. En cada mujer que me follaba te buscaba, Ornela. Cerraba los ojos y tu cara aparecía ante mí. Solo así conseguía correrme...

—Estoy casada —alegué, en un último y lastimoso intento de librarme, no de él, sino de mi propio deseo.

—Eso no es ningún impedimento —replicó y llegué a la conclusión de que había tenido un elevado número de amantes.

Me hizo dar la vuelta entre sus brazos y, sin darme tiempo a nada, buscó mi boca para darme uno de esos besos que te dejan sin aliento. Recordé cómo era besar a un hombre con entusiasmo, con la curiosidad propia de quien quiere aprenderlo todo, y me dejé llevar.

—Agustus... —suspiré abrazándolo, mientras retrocedía hasta chocar con unas cajas de madera apiladas.

—Ninguna mujer ha pronunciado mi nombre igual que tú —dijo, levantándose el vestido—. Quiero volver a oírlo, a correrme con mi nombre en tus labios, suspirando mientras me pierdo en tu interior.

—No podemos —gemí ante aquella declaración de intenciones.

Desde luego, hacía muchos meses que nadie me hablaba así y, si bien no era ni el momento ni el lugar, me excité y la humedad entre mis piernas fue en aumento.

Agustus posó su mano justo en mi monte de Venus y comenzó a frotarme por encima de los calzones. De manera deliberada, evitaba rozar mi piel, logrando que mi calentura fuera aún mayor. Él sabía muy bien qué resortes tocar con tal de mantenerme expectante y deseosa de más.

—Percibo lo caliente y excitada que estás... Lo deseas tanto como yo. No lo niegues. Hace tanto tiempo, Ornela...

—Esto es una locura —suspiré.

—Estoy de acuerdo —convino, sin apartar las manos.

Aprovechando las cajas apiladas me sentó encima de la tosca madera y me subió la falda hasta la cintura, poniéndome así a su entera disposición. Se quitó de los guantes y los tiró de cualquier manera al suelo para poder tocarme directamente.

Desató el cordoncillo de mis calzones, bajándomelos acto seguido y comprobando en qué grado de excitación me encontraba. Me mordí el labio y reprimí un gemido, mientras mis piernas se separaban por voluntad propia, ofreciéndome a él caliente y expectante.

Pensé que Agnus liberaría su erección y me follaría allí mismo, de manera expeditiva e incontrolable, pero me equivocaba. Lo vi tragar saliva para luego caer de rodillas ante mí y acercar su boca a mi sexo.

Me agarré al borde de aquellas inestables cajas y tensé el abdomen cuando su lengua, tan hábil como yo la recordaba, entró en contacto con mis sensibles pliegues.

Amante experimentado, no fue directo a mi punto más sensible, sino que, despacio, fue recorriendo con la lengua cada pliegue, acercándose y alejándose para tenerme en constante estado de ansia y de deseo.

Sus murmullos de placer se mezclaban con los míos, lo que nos exponía a ser descubiertos. Si nos viera alguien del servicio, solo se trataría de un chismorreo más para comentar en las cocinas. El problema, y muy peliagudo, sería que nos pillase algún invitado.

Pero el riesgo siempre ha sido y será un potente afrodisíaco, a la par que droga, pues, a pesar del peligro, no fui capaz de detenerlo. Su boca continuaba derritiéndome, estaba a un paso del orgasmo y no me importaba nada más.

Agnus conocía mi cuerpo, habían pasado los años, pero hay cosas que nunca cambian y, a medida que su lengua iba buscando y rozando cada recoveco, la tensión en mi interior crecía de tal forma que me era muy difícil quedarme quieta.

Comencé a mover la pelvis, buscando el máximo contacto, y él, consciente de mi necesidad, llegó a mi clítoris, que excitó sin piedad.

—Quiero volver a sentirlo, mi querida Ornela. Dame tu placer, déjame beberlo.

Yo no me encontraba en una situación muy proclive a la poesía ni a declaraciones rimbombantes como aquella, pero tampoco me costaba mucho complacerlo.

Al cabo de los años, reencontrándonos en una dependencia del servicio, y yo en proceso de ser infiel, no estaba para corregir lo que me decía. No precisaba aquellas palabras, pero tampoco me hacían ningún mal.

No le di más vueltas. Ansiaba alcanzar el clímax y además hacerlo de aquella forma ilícita. Quizá aquel era el componente que le faltaba a mi matrimonio, en el que todo era delicadeza y corrección.

Me mordí la lengua, pues justo cuando la tensión llegaba a su punto álgido y



sentía que dos segundos después alcanzaría el orgasmo, quise pronunciar en voz alta el nombre del único hombre que ocupaba mis pensamientos, algo que me resultaría complicado de explicarle al que tenía entre mis muslos.

—Ay, Ornela... —musitó él, pasando la lengua, ahora más despacio, por mi sexo hipersensible, logrando así que mi orgasmo se alargara unos segundos—. Eres tal como te recordaba...

De nuevo utilizaba un lenguaje de lo más refinado, envuelto además en un tono evocador, cuando, antes, Agnus nunca había sido amigo de tales delicadezas.

Se puso en pie y, pese al sopor postsexual, vi que se llevaba las manos a la bragueta, sin duda dispuesto a liberar su erección y penetrarme.

Alcé un brazo y le puse una mano en el pecho, con idea de detenerlo, aunque mejor hacerlo de forma sutil. No podía permitirle continuar; yo no contaba con aquella eventualidad y por tanto no estaba preparada para acogerlo en mi interior.

Me puse en pie y yo misma acabé de liberar su pene, asumiendo al hacerlo el control de la situación. Consciente de que un hombre excitado poco o nada podía hacer ante mis hábiles manos, acogí en mi mano su erección y comencé a acariciarla.

Agnus cerró los ojos, buscó un punto de apoyo y se sustentó en las cajas donde antes había estado yo. Jadeaba, cada vez más cerca de correrse.

Yo no quería mancharme las manos, o el vestido, así que metí la mano libre en su casaca y busqué un pañuelo. Con él envolví su erección y continué masturbándolo, ahora con más brío, dispuesta a acabar con aquello cuanto antes. No tenía ningún interés en satisfacerlo, ya no sentía esa especie de generosidad. Yo había obtenido mi cuota de placer y, en consecuencia, aquello incluso me hastiaba.

Por suerte, él no percibió mi malestar y se limitó a embestir, simulando los movimientos propios de la penetración. Apreté aún más el puño, para así ejercer más presión y hacer que alcanzara el clímax antes.

—Ornela... —gimió, dando muestras de lo cerca que estaba.

—Córrete —exigí y él, como cabía esperar, se lo tomó como un ruego propio del momento y no como síntoma de mi impaciencia por finalizar.

No tuve que esperar mucho y los primeros espasmos me hicieron suspirar de alivio, con disimulo. Agnus eyaculó en mi mano debidamente protegida con su pañuelo.

Dejó caer la cabeza, ahora visiblemente más relajado, y yo aproveché para arreglarme, pues llevaba demasiado tiempo alejada de la fiesta y mi ausencia podía extrañar.

—¿Vas a dejarme así?

Arqueé una ceja ante su tono marcadamente impertinente, como si tuviera la obligación de atenderlo.

—Debo volver a la fiesta —contesté con calma, abanicándome por si tenía las mejillas demasiado sonrojadas debido a lo ocurrido.

Agnus, aún sin haberse adecentado, se abalanzó hacia mí y me retuvo

sujetándome de la muñeca.

—No me dejes así, por favor...

Su sonrisa, otrora seductora, ya no me afectaba. Ahora era una mujer, ya no era la niña inocente e impresionable de antaño, y por consiguiente era inmune a sus métodos de seducción.

Conmigo ya no funcionaban.

Los años, la experiencia adquirida y la espina que llevaba clavada en mi interior impedían que surtieran efecto sus armas de conquistador, que en otros tiempos me habían hecho suspirar.

—Ahorrémonos los melodramas, por favor —le dije, recuperando mi brazo.

Él se quedó sorprendido ante mi tono. Había sonado pragmático y prosaico en exceso; más propio de una persona hastiada de todo, y en cierta manera así era.

Pasado el furor inicial, ya no quedaba nada que me resultara atractivo para continuar allí y arriesgar mi reputación.

—Adiós, Agnus.

No esperé su réplica y me fui directa al tocador para comprobar mi aspecto. De camino, pensé si, teniendo en cuenta lo que acababa de hacer, podía considerarme una mujer infiel.

Quizá buscaba una justificación para sentirme mejor, pues Charles no se merecía algo así. Desde que nos casamos, se había desvivido por mí, intentando ser el esposo modelo y un padre ejemplar. Mi hijo, Alexander, era como su propio hijo, y no había escatimado esfuerzos por hacer que nos sintiéramos cómodos en nuestro nuevo hogar.

Llegué al tocador de señoras con esa idea rondándome la cabeza. Esa había sido la primera vez que ocurría. No había sido premeditado, pero lo preocupante era que yo había sucumbido ante la primera tentación, lo cual podía ser peligroso, pues si apenas tres meses después de mi boda ya no respetaba a mi esposo, ¿cómo podría hacerlo al cabo de unos años?

Desde luego, exponiéndome al peligro no era el mejor modo. Puede que técnicamente hablando no le hubiera sido infiel a Charles, pero ¿qué resultaba más inquietante, caer en brazos de otro hombre y volver junto a mi marido como si nada, o desear constantemente a otro? La lucha entre el deseo y los hechos podía ser complicada de asumir, y más en mi caso, cuando, al serle infiel a mi segundo marido, pensaba en el primero.

Maldito Stephan.

Hasta ausente tenía que seguir interfiriendo en mi vida...

Algunas damas me saludaron al sentarme en el tocador. Yo sabía que únicamente estaban cumpliendo una norma de etiqueta, pues que si de ellas dependiera, me tirarían por la escalera a la menor oportunidad; no en vano les había «robado» un conde delante de sus narices. Era la francesa que, sin protectores ni dote, había logrado alzarse con el premio por encima de jovencitas entrenadas para pescar marido. Esas cosas nunca se perdonaban.

Las ignoré ya que, desde mi primera Temporada, aprendí que era mejor no hacer caso de los comentarios malintencionados, pues uno de sus principales objetivos era ponerme nerviosa y que metiera la pata, para así darles más carnaza.

Me concentré en lo que de verdad me importaba y era mi debate interno sobre lo que acababa de hacer, los motivos que me habían llevado a ello. También pensé si alguna vez olvidaría a un hombre capaz de abandonarme.

Llevaba tres meses casada con el mejor esposo que una mujer pudiera desear, a quien no se le podía objetar absolutamente nada y, sin embargo, mi comportamiento había sido reprobable.

Mientras regresaba al salón en busca de Charles, intenté por todos los medios dejar a un lado esos pensamientos. Si era menester, podía fingir que nada me rondaba en la cabeza y atender las conversaciones insustanciales de ese tipo de actos mientras seguía dándole vueltas a mis preocupaciones; no obstante, era más sencillo dejarlas a un lado. Para pensar, tenía todo el tiempo del mundo durante mis largas noches de insomnio.

—Te echaba de menos —murmuró Charles nada más verme, acercándose a mí pero sin tocarme. En público, era absolutamente respetuoso.

Algo que también hacía en privado, pues, para mi más completa estupefacción, siempre que pretendía hacer uso de sus prerrogativas matrimoniales me avisaba con anterioridad.

Pero lo que al principio me parecía estupendo, pues me daba la oportunidad de prepararme, había terminado siendo tan monótono que me ponía de los nervios, ya que se eliminaba por completo el factor sorpresa, la chispa de lo inesperado.

Puede que ese fuera el motivo de que hubiese sucumbido a las insinuaciones de mi primer amante. La improvisación, la sorpresa... algo fundamental para que el sexo no fuera mecánico, como ocurría en mi matrimonio.

Charles me idolatraba. Creía que era una valiosa joya a la que debía mimar, cuidar y proteger, y si bien esos propósitos podían considerarse loables y comprensibles por parte de un esposo, a la hora de lograr la felicidad conyugal no servían de nada, pues conducían al aburrimiento, como era mi caso.

Quizá, si no hubiera conocido otro tipo de vida conyugal, podría haberme adaptado mejor. Sin embargo, tras mi tortuosa pero intensa relación con Stephan ya no me servían la medida, la delicadeza y la admiración.

Había conocido la pasión, el deseo, el sufrimiento y, sobre todo, la constante tensión que un hombre podía causar y que, al ser recíproca, desembocaba en unos encuentros primitivos y satisfactorios; algo que junto a Charles aún no había encontrado.

Y que, para mi eterno pesar, sabía que con él nunca encontraría.

Un motivo más para odiar a Stephan.

## Capítulo 2



Cuando el notario se presentó en casa para leer las disposiciones testamentarias de Stephan, yo no quería estar presente, pues sabía que aquello no era más que otro burdo montaje para proclamar a los cuatro vientos que había muerto y así dar la credibilidad necesaria a su siniestro plan.

Alegué que no estaba preparada. Fingí ser una mujer desconsolada por la desaparición de su primer esposo... pero no funcionó. El primero en insistir para que estuviera presente fue Charles, mi reciente segundo marido, que alegó toda una serie de razones.

Tuve que ceder y escuchar lo que ya sabía: Stephan no me dejaba nada. Solo una renta vitalicia, para que no me muriese de hambre, y el usufructo de la casa. Todo era para mi hijo Alexander y yo era su albacea hasta su mayoría de edad.

Una jugada maestra, desde luego, pues con aquella disposición se aseguraba de que lo recordaría día tras día, que no podría desentenderme, pues sabía muy bien cuánto me preocupaba el porvenir de Alexander.

Así que a partir de aquel instante tuve que hacerme cargo de una herencia que a mí no me reportaría ningún beneficio. En realidad no me importaba, pues como condesa tenía mis necesidades cubiertas. Fue más bien un golpe a mi autoestima, ya que Stephan, pese a sus rimbombantes palabras de amor, había mantenido su amenaza y, lo que era peor, me había engañado.

Desconfiaba de todos los que me rodeaban, dado que no podía saber con seguridad cuántos estaban al corriente de aquella charada. Incluso pensé que lo sabía el notario, también militar, que leyó las cláusulas sin inmutarse.

Seguiría ocupándome de los asuntos financieros de Stephan pese a mis ganas de arruinarlo, por si un día se dignaba a aparecer. No obstante, estaba Alexander y no podía vengarme de ese modo. Lo único positivo era que, tras leer su testamento, quedaba claro que no dudaba de su paternidad.

Una vez más, Charles estuvo a la altura de las circunstancias y se avino a dejar constancia ante notario de que renunciaba a intervenir en cualquier decisión relativa a los asuntos financieros de mi «difunto» esposo.

No me sorprendió que se apartara. Pocos se hubieran resistido a sacar tajada de tan succulento pastel, pero yo sabía que, en realidad, él odiaba todo lo relacionado con las obligaciones de ese tipo. Prefería pasar las horas leyendo, pintando o realizando cualquier otra actividad similar. Nunca quiso ser conde ni aceptar las cargas que ese título suponía.

Yo había ordenado trasladar todas mis cosas a casa de Charles. Como condesa, ahora tenía un estatus diferente y, por supuesto, debía estar a la altura de las circunstancias. Mi deseo era cerrar a cal y canto la residencia que había compartido con Stephan, pero ello significaba dejar sin empleo a unos cuantos fieles servidores,

así que reduje el personal al mínimo para su correcto funcionamiento y me marché.

Camille se negó rotundamente a acompañarme. Dejó constancia del cariño y el respeto que sentía por mi nuevo marido, pero explicó que no se hallaba cómoda en la nueva situación, y Charles, siempre comprensivo, lo entendió, dejándome a mí en una posición bastante complicada. Mi deseo era tenerla a mi lado, ya que de ese modo podría controlar sus movimientos, pues estaba segura de que en algún momento se pondría en contacto con Stephan.

Quien no tuvo más remedio que venir conmigo fue Claire, que si bien no entendía cómo yo había podido olvidar al que, según ella, era el amor de mi vida de la noche a la mañana, comprendió que debíamos permanecer juntas, puesto que ella sufría en silencio su soledad.

Por su forma de actuar estaba claro que nunca se fijaría en otro hombre, y cada vez que recibía carta de su marido, se la llevaba al pecho y contenía el aliento, temiendo que fuera la última.

Esa devoción a mí me enfermaba, pues un hombre tan odioso como el teniente Perlman no se merecía aquella inquebrantable lealtad. Bueno, ningún hombre se la merecía, pues todos, sin excepción, traicionaban, engañaban o se valían de cualquier argucia para salirse con la suya.

Quizá yo estaba casada con el único incapaz de mentir, pero Charles podía considerarse la excepción que confirmaba la regla.

Aunque él utilizaba un arma mucho más sutil. Una que me enervaba... No discutía, no me rebatía nada, se limitaba a mostrarse complaciente, casi indiferente, dejando que yo sola cuestionara mi propia decisión hasta que las dudas me hacían cambiar de idea.

Y cuando más tensa me sentía, se limitaba a abrazarme o a murmurar suaves y comprensivas palabras, pese a que yo necesitaba algo muy diferente.

A veces llegaba a odiar a Charles por su actitud dialogante, por su irritante comprensión... Quería, buscaba pelea, sí, pelea. Por ridículo e inmaduro que pareciera. Quería descargar mi frustración de ese modo y con él resultaba imposible.

Una mañana, por ejemplo, fui a su estudio sin un fin concreto. Llevaba allí encerrado varias horas y yo sabía que cuando se ponía melancólico o empezaba a pintar, perdía la noción del tiempo.

Yo alababa su técnica pictórica; sin embargo, me mordía la lengua en cuanto a la poca emoción que transmitían sus más que repetidos paisajes.

Llamé y entré sin esperar a que me contestara.

Lo encontré sin chaleco y concentrado en un óleo en el que se adivinaba una nueva vista de nuestro jardín trasero. Me acerqué a él y fingí estudiar su obra.

Él se quedó junto a mí, esperando impaciente mi veredicto.

—Posees talento... —murmuré sin mirarlo. Estaba harta de aquellos pasajes insulsos y decidí ser más atrevida, aun a riesgo de molestarlo, pero no quería seguir siendo correcta y añadí—: ¿Por qué no pintas otras cosas?

Como yo esperaba, disimuló su sorpresa bajo una capa de corrección del todo innecesaria.

—Ornela, no tengo tanto talento como crees —respondió con modestia.

—Tal vez si dejaras de pintar los mismos motivos una y otra vez y experimentaras con otros temas... —sugerí, callando el resto, mientras él asimilaba mis palabras.

Yo quería que me tocara, que me hiciera las preguntas correctas abrazándome y mostrando un poco más de entusiasmo. Si de verdad lo incomodaban mis comentarios, ¿por qué no lo decía?

Muchas veces, junto a Charles me sentía rara, pues él medía sus palabras y asumía mis críticas, pero no reaccionaba. Siempre había sido así, pero ahora, estando casados, ya ni se molestaba en corregirme. Tanta indiferencia me enervaba y, dado mi carácter, poco o nada paciente, no encontraba forma de evitar la frustración. De ahí que dejara de preocuparme por si mi interludio con Agnus había sido infidelidad. No, no lo había sido.

Charles continuó a lo suyo, retocando el cuadro allí y allá con expresión concentrada, como si yo no estuviera delante.

Tuve que tomar cartas en el asunto.

Podría habérselo insinuado, pero como sabía la respuesta, pasé a la acción. Me senté en el diván junto a la ventana y empecé a desnudarme. Fuera hacía frío, pero lucía el sol, lo que proyectaría una buena luz sobre mi piel. Yo no sabía nada de contraluces y demás términos pictóricos, pero tras oír hablar a Charles, alguna idea había adquirido.

—¿Qué pretendes? —inquirió él, abriendo los ojos como platos.

Yo me puse en pie para dejar caer mi vestido y continuar desnudándome. Charles dejó de cualquier manera los útiles de pintura y se acercó a mí, dispuesto a detenerme.

—Ofrecerme como modelo.

—¡Ornela! —exclamó alterado, cerrando los ojos y negando con la cabeza ante mi atrevimiento.

Atrevimiento que por otra parte no era tal a mi modo de ver, ya que estábamos casados, y desnudarme delante de mi esposo, aunque fuera a plena luz del día, entraba dentro de la normalidad conyugal.

O al menos eso pensaba yo, porque él frunció el entrecejo de manera suave y exigió:

—Cúbrete, por favor. —Al menos vi que ya no mostraba tanta mesura. Por fin había algo que lo hacía saltar.

Por supuesto, me negué a obedecer, más bien todo lo contrario, su orden hizo que me obstinara aún más.

—No, Charles. Quiero que me hagas un retrato —me negué, ya solo con los zapatos puestos—. Uno espectacular; uno en el que se refleje mi cuerpo y mi forma

de ser. Uno alejado de esos posados artificiales.

Tragó saliva.

—No puede ser...

Me acerqué a él y, sabiendo que mis armas femeninas podrían surtir mayor efecto si me tocaba, le dije al oído:

—Sería un cuadro únicamente para tu disfrute personal, nadie más podría contemplarlo. Podrías dibujar con el pincel lo que antes tus manos han acariciado...

—proseguí con voz sugerente.

—No me pidas algo así, es inmoral...

Fruncí el cejo. Definir el cuerpo desnudo de una mujer como inmoral me parecía un ejercicio de cinismo monumental, y más viniendo de él, que se pasaba horas en los museos, contemplando obras pictóricas de todo tipo, no solo bodegones y paisajes bucólicos.

—No lo es —repliqué, acercando mis labios a su cuello y besándole con suavidad como incentivo extra.

Reaccionó como cualquier otro hombre ante esos estímulos, al menos desde el punto de vista físico, pues noté cómo se endurecía. Bajé la mano para acariciarlo por encima del pantalón.

Charles gimió. Casi lo tenía, pero entonces reaccionó sujetándome la muñeca y apartándose de mí.

—No puede ser... —musitó y fui consciente del debate que mi petición, mis caricias y sus oxidados principios libraban en su interior.

—¿Por qué no?

—Ornela... —suspiró y yo me mostré más seductora si cabe—. Compréndelo, entre esposos hay cosas que...

Arqueé una ceja.

—¿Si la modelo fuera una cortesana, pondrías tantos reparos? —pregunté con sarcasmo y su silencio fue elocuente.

Charles, como muchos otros, pensaba que había dos clases de mujeres: las esposas, decentes y abnegadas, y las prostitutas, con las que llevar a cabo cualquier fantasía, por extravagante que fuera. Incluida la de posar como modelo.

—Charles, nunca pensé que fueras así.

—Es lo más prudente, tienes que comprenderlo. Para mí eres lo más importante de mi vida y no quiero cometer ningún error.

—¿Pintarme lo considerarías un error? —repuse de forma capciosa, pues si respondía que no estaba obligado a complacerme o contestaba afirmativamente tendría un serio problema.

—Podría hacerte un retrato —propuso, dando a entender que con la ropa puesta, lo cual podría ser un comienzo para pasar después a mayores.

No obstante, yo quería dejar clara mi postura. Y no haría concesiones.

—No me sirve. Quiero posar para ti —insistí y lo que había comenzado como un

juego, algo para pasar la mañana, se iba a convertir en un asunto primordial.

—Ornela...

—No, no busques excusas —me obstiné, porque seguía desnuda y frustrada, no porque se negara, sino por lo que su negativa significaba.

Charles podría haber alegado otros motivos, como que no era bueno con los retratos, o darme largas para salir del paso; sin embargo, había sido sincero y eso se volvía en su contra.

Lo cual me llevó a otra línea de pensamiento... Podía ser producto de mi mente retorcida, pero no iba a quedarme con las ganas.

—Ya has pintado desnudos ¿verdad?

Él apartó la vista, avergonzado.

—No es lo que piensas —se defendió—. Esas mujeres...

Me sentí extraña, molesta, no por el hecho de saber que, como todos, había visto cuerpos femeninos desnudos, sino por el hecho de que prefería malgastar sus dotes pictóricas con otras y no conmigo. Era un duro golpe para mi autoestima.

—Quiero que me pintes desnuda, tal como soy —perseveré, sin darle oportunidad de negociar.

—Ornela... —suplicó, pero su ruego caía en saco roto.

Recogí mi ropa y empecé a vestirme. Sabía que no era el momento de posar, pues estaba nerviosa tras nuestro enfrentamiento y preferí posponerlo.

—No me pidas algo así... —me rogó Charles.

—Muy bien, si no lo haces tú, buscaré a otro artista que no tenga tantos remilgos. Estoy segura de que no tardaré mucho en hallarlo.

—¡No puedes posar desnuda! —exclamó y yo supe que lo tenía ganado, pues prefería una y mil veces ceder y contravenir una de sus estúpidas reglas sobre el decoro dentro del matrimonio, que dejar que otro hombre me viera desnuda.

—Tú eliges. Dime cuándo consideras que la luz es idónea. Selecciona el ambiente y demás parafernalia que consideres precisa, yo solo soy la modelo, me pongo en tus manos.

Me dio la espalda y se acercó hasta la ventana. Lo observé encorvarse, reconsiderando los pros y los contras de mi exigencia y creo que podía intuir por dónde iban los tiros. Prefería hacer algo «inmoral» dentro del matrimonio antes que permitir que otro pintara mi cuadro. Tanto su orgullo como hombre como su vanidad como artista se verían seriamente dañados.

—De acuerdo —aceptó al fin, dándose cuenta de que no tenía escapatoria.

Todavía a medio arreglar, abandoné su estudio y caminé ofuscada hacia mi dormitorio. En el camino me tropecé con Claire, que siempre se movía por la casa de forma muy discreta; si no la conociera, podría sospechar de tanto sigilo.

De todos modos, juzgarla sería un acto de hipocresía por mi parte.

—Te veo muy alterada, Ornela —dijo, poniéndome la mano en la frente con sincera inquietud.



A veces, su excesiva preocupación, cual madre amantísima, resultaba agobiante. Ese era un buen ejemplo.

—Cosas mías —refunfuñé, con la vana intención de quitármela de encima.

Mi comportamiento podía definirse como impertinente, pero la pobre Claire ya estaba acostumbrada a mis desaires. Eso, unido a su innata bondad, hacía de ella la persona más comprensiva del orbe terrestre.

—No pareces tener fiebre...

Me mordí la lengua para no decir que en realidad sí tenía fiebre. Una interior que me reconcomía por dentro y que no conseguía aplacar.

—Voy a arreglarme para el almuerzo —anuncié, de manera menos altiva.

Claire sonrió, pero no con una de esas sonrisas que te alegran el día, era más bien un gesto triste, apesadumbrado, como intentando disimular un malestar. Y en esos menesteres fracasaba siempre.

—Iré yo también a prepararme —dijo.

Respiré hondo y, a pesar de que en general sus preocupaciones se reducían a una sola, la ausencia de su marido, y que por tanto me aburría sobremanera, decidí dejar a un lado mi habitual indiferencia y pregunté:

—¿Estás bien?

Claire se sorprendió ante mi repentino interés; realmente, la mía era una reacción extraña, pues normalmente yo solo me preocupaba de mis cosas. Nunca había negado que era una egoísta.

—Ay, Ornela... —musitó, a punto de echarse a llorar.

La abracé. Qué remedio. A pesar de crisparme con su ingenuidad, nunca me había hecho ningún mal y, aunque pensara que debía despabilarla, sabía que siempre podría contar con su apoyo incondicional; algo que podía decir de muy pocas personas.

—Hoy he recibido carta de William...

—Vaya por Dios. —Me sabía al dedillo las reacciones que las cartas de su marido provocaban en una personalidad tan dependiente como la suya. Ahora vendrían un par de días de absoluta congoja, para luego ir recobrando el ánimo hasta recibir la próxima misiva y recaer.

—Sé que a veces soy un fastidio y que soy insensible hablándote de él cuando tú perdiste al capitán.

Que me nombrara a Stephan, y con aquella admiración, no me resultó agradable, sin embargo, por prudencia y conveniencia, callé.

—No te preocupes por eso ahora y dime qué te pasa. —Quizá mi tono sonara como la cantinela que se adopta cuando se está aburrido de un asunto. Por suerte, Claire no captaba las indirectas.

—Esta vez... —hipó y vi que su crisis de llanto era inminente—, esta vez no va a regresar, lo presiento...

—¿En qué te basas? —Mi interés no era otro que averiguar dónde andaba ese granuja, pues con toda probabilidad Stephan estaría cerca.

—En sus palabras... Está en la Península. William normalmente es alegre, optimista...

Rastrero, insufrible, pagado de sí mismo... fueron los adjetivos que a mí me vinieron a la mente.

—Pero en esta ocasión... —Lo que había sido un amago de crisis de llanto, pasó a ser una realidad y Claire se apoyó en mi hombro para derramar sus lágrimas.

—¿Qué ha cambiado? —pregunté, porque si bien ella siempre se preocupaba, nunca había llegado tan lejos en sus manifestaciones anímicas. Y Claire nunca fingía o exageraba, como sí hacía yo en caso de ser necesario.

—Dice que... que aquello es un infierno. No solo están pasando las penurias propias del campo de batalla, sino que están tan desesperados que me pide... oh, Dios mío, me pide que sea feliz aunque él no esté conmigo. Ornela... ¿cómo puede pedirme eso?

Sí que debía de ser grave. Yo no estaba al tanto de los movimientos bélicos del continente. Hacía mucho que había llegado a una conclusión incontestable: no merecía la pena preocuparse por algo en lo que mis opiniones no contaban para nada. Además, mi origen francés podía ser causa de problemas; muchos se afanaban en utilizarlo, pese a que yo jamás había dicho nada en público ni a favor ni en contra.

—Describe aquello de forma espeluznante —prosiguió Claire, y esperé que no entrara en detalles, no quería perder el poco apetito que tenía.

—Todas las guerras son espeluznantes —murmuré en tono conciliador, para que su llanto remitiera.

—También me dice que está haciendo cosas de las que se va a arrepentir y que ha cambiado. Incluso menciona que tiene miedo de no volver a ser como antes.

«¿Y eso sería una mala noticia?», me pregunté al recordar al teniente. El odio que sentía por ese hombre me hacía comportarme de forma injusta, ya que él estaba pasándolo mal; aun así, no era capaz de olvidar lo que me hizo y que además ahora encubría a Stephan, de eso no cabía la menor duda.

—Lo noto tan cambiado, Ornela... tan distante... Tengo miedo por él, de que regrese siendo otro...

—A mí tampoco me gustaría tener un marido lisiado —apunté, pensando en esa posibilidad.

Pero Claire se apartó de mí y me miró como si hubiera cometido una atrocidad.

—¿Por qué me miras así? —le espeté, sin entender su reacción.

—¿Cómo puedes pensar eso? —me recriminó entre sollozos—. ¡Es mi esposo! ¡Lo querría de cualquier modo!

—Entonces, ¿a qué viene tanta preocupación?

—No tengo miedo de que regrese con algún tipo de daño físico, eso podría soportarlo —continuó, sin dejar de llorar—. El miedo que no me deja vivir es que vuelva cambiado... Muchos hombres, cuando regresan a sus casas, han sido testigos de tantas atrocidades que son incapaces de volver a vivir con normalidad. Tienen

pesadillas, cambios repentinos de carácter... Oh, Dios mío, Ornela... preferiría mil veces que solo fueran secuelas físicas.

—No pienses ahora en eso —le dije para consolarla y lo cierto es que me había trasladado su preocupación.

Nunca antes había considerado esa eventualidad. Quizá solo me había preocupado de lo evidente, de lo que se ve, pero no de lo que una persona sometida a presión podía tener en su interior.

Me despedí de Claire y la dejé allí, desamparada. Un comportamiento ingrato, desde luego, pero tras hablar con ella me sentía mal y necesitaba estar sola.

No me gustaba absolutamente nada que mi conciencia empezara a funcionar en aquel instante. Resultaba contraproducente y, por otra parte, no quería tener ni un solo argumento para arrepentirme o, peor aún, sentirme culpable de mis decisiones y de mis actos.

No, en mi vida actual no tenían cabida las preocupaciones por lo que pudo ser. Por lo que Stephan, llevado a saber por qué «nobles» motivos, llegó a hacer y por qué yo, en vez de seguir su sugerencia, opté por tomar un camino tan diferente.

Dichosa Claire y sus ideales. Ahora tardaría unos días en olvidarme de aquella cuestión o en encontrar los argumentos que me hiciesen ignorar mi preocupación.

### Capítulo 3



A pesar de mis esfuerzos por no pensar en las posibles y desastrosas secuelas, no solo físicas, que Stephan pudiera sufrir, me fue imposible dejar a un lado ese temor, porque, muy a mi pesar, la idea de que le ocurriera algo malo me aterrorizaba. Podría decirse que el honor de infligirle un castigo debía ser mío, no obstante, no era así.

Ya antes había pensado en ponerme en contacto con él, no directamente, por supuesto, y tampoco a través de sus superiores, pues no gozaba de una buena relación con ellos. Si acudía a algún compañero podría descubrir su juego y no quería que por mi culpa su misión se fuera al traste. Estaban los dos traidores, William y Camille, pero dudaba que quisieran ayudarme; y, además, prefería que pensarán que yo no estaba al tanto de aquella charada. De esa forma tal vez podían confiarse, descuidarse y cometer algún error.

No había manera de contactar con él, pues. Yo, por otra parte, tampoco había hecho nada para establecer comunicación con él: ya que su cometido era tan importante como para hacerme creer que estaba muerto, al menos que lo llevara a cabo sin injerencias por mi parte.

Llegué a la sorprendente y sencilla conclusión de que debía llamar su atención. Idear un plan escandaloso para que, cuando llegara a sus oídos, no tuviera más remedio que aparecer.

Si mi precipitada boda, de la que sin duda estaba enterado, no lo había hecho regresar, en esta ocasión debía esforzarme mucho más y aguzar mi ingenio.

Unos días después encontré la manera. No podía decirse que fuera un plan infalible, pero al menos vi una oportunidad cuando su administrador me pidió vernos para ponerme al día de los pormenores de la contabilidad.

Hasta la fecha, siempre que me dedicaba a esos menesteres lo hacía con seriedad, sopesando las decisiones y escuchando con atención las explicaciones; incluso dejándome guiar cuando en algún asunto me sentía perdida.

El primer paso para llamar la atención de Stephan era esquivar aquella cita. El administrador vino a casa a la hora prevista, pero yo alegué una indisposición femenina de última hora y no lo recibí. Una excusa que nunca utilizaba, pero que esta vez me fue de perlas.

Si el hombre se sintió contrariado, lo disimuló muy bien, o al menos eso comentó mi doncella cuando vino a darme el recado. Quien por supuesto me miró como si hubiera perdido la chaveta fue Claire, que no entendía ese repentino malestar mío, cuando a la hora del desayuno me encontraba perfectamente, sonriente incluso.

Mi indisposición llegó a oídos de Charles, que abandonó su reclusión voluntaria en su estudio y se acercó con rapidez a mi alcoba para interesarse por mí. Tuve que fingir calambres y dolor abdominal y, como cuando se trataba de asuntos femeninos

los hombres huían, solo tuve que ponerme gruñona para salirme con la mía.

El administrador volvió a ponerse en contacto conmigo y no concerté una nueva cita hasta quince días después, a pesar de que él me dijo que era urgente. Me daba igual.

En esa ocasión le propuse encontrarnos en otra parte. Elegí la que había sido mi residencia conyugal junto a Stephan como otra forma de llamar la atención de este y, de paso, ver cómo se encontraba Camille, con la que apenas había hablado desde mi boda.

—Buenos días, Ornela —me saludó ella al verme entrar.

Todo estaba como yo lo recordaba. Había pensado que, al no estar habitada la casa, habrían cubierto los muebles con sábanas para protegerlos del polvo, pero no era así; al contrario, todo estaba resplandeciente, como si los dueños fueran a aparecer en cualquier momento. Como si entre aquellas paredes no hubiera ocurrido nada.

Respiré hondo.

—Buenos días —respondí, quitándome la capa—. ¿Cómo va todo?

Mi pregunta era un simple formalismo, pues estaba enterada de que todo marchaba de maravilla bajo su supervisión. Y si hubiese ocurrido cualquier eventualidad, ella ya se habría encargado de enviarme un mensajero. En cambio en lo que respectaba a las novedades que sí me interesaban, como era de esperar, mutismo absoluto.

—Todo en orden —murmuró Camille.

Me entristeció que, por una tercera persona y nuestra disparidad de opiniones, hubiésemos llegado a aquel distanciamiento. Sin embargo, yo no iba a dar mi brazo a torcer, pues ella debería haberme sido leal y no participar en los secretos de mi marido, su adorado capitán Gardner-Taylor.

—Muy bien —contesté, poniendo fin a la insulsa conversación.

Camille había estado a mi lado desde que nací, pero daba la impresión de que fuésemos dos desconocidas.

—Buenos días, condesa.

El administrador de Stephan, el señor Roberts, era uno de esos hombres inexpresivos, proclive al silencio, con el que era imposible hablar de temas banales. Sospechaba que, como muchos otros, llevaba una doble vida, porque dudaba que alguien pudiera tener una existencia tan lúgubre.

—Buenos días, señor Roberts —respondí, acercándome al sillón y tomando asiento—. ¿Empezamos?

—Cuando guste, señora.

Escuché con atención la exposición de los altibajos sufridos en el patrimonio a causa de la cruenta guerra que se disputaba en el continente, y de la que me prometí en silencio informarme mejor.

Por lo visto, en esas situaciones, la inestabilidad del mercado provocaba la

aparición de especuladores dispuestos a ganar una fortuna a costa de las desgracias ajenas. No me sorprendió saberlo, e incluso autoricé al administrador a realizar algunas inversiones que, si bien eran moralmente reprobables, económicamente no lo eran, y por tanto aumentarían los beneficios.

Stephan estaba luchando Dios sabía dónde y pensé que era de justicia que yo hiciera que sus inversiones fueran rentables. A mí nadie me había preguntado si deseaba mover un ejército aquí o allá. Yo era, como muchas mujeres, una de las que sufría las consecuencias de decisiones que no nos consultaban, así que no iba a cuestionarme si mis actos entraban o no en la categoría de oportunistas.

Ya que no podía tomar parte en ciertas decisiones, al menos obtendría beneficio de ellas.

No estaba bien visto que una mujer hiciera negocios de ningún tipo; no obstante, tampoco eso me detendría. Además, el administrador era la discreción en persona, no tenía nada de lo que preocuparme.

—Quiero desprenderme de dos bienes inmuebles para así tener más capital disponible por si decido seguir invirtiendo.

—¿Vender? —preguntó extrañado, pues la cuenta corriente estaba de lo más saneada.

—Eso he dicho —afirmé con aire irritado, pues se supone que no hay de cuestionar las decisiones del patrón.

—No creo que sea necesario —apuntó él con cautela—. Además, en estos momentos los potenciales compradores escasean y las ofertas pueden estar muy por debajo del precio habitual.

—Insisto.

Roberts tragó saliva ante mi descabellada idea. Yo hubiera hecho lo mismo; aun así, mantuve mi expresión neutra.

—¿Y en qué propiedades había pensado?

—Esta casa —contesté sin inmutarme y observé cómo se quedaba boquiabierto, pues, aparte de una locura financiera, mi decisión era una especie de sacrilegio, ya que se suponía que, por razones sentimentales, muchas viudas no se desprendían de propiedades, incluso ruinosas, por amor a su difunto esposo.

—Pero...

—Y parte de la finca donde reside la señora Gardner-Taylor —añadí, refiriéndome a la casa de campo que ocupaba Constance, la madre de Stephan.

Eso me procuraba cierta satisfacción personal. No podía echar a aquella mujer de la casa, pero sí dejarla con menos terreno.

Desde luego, mi intención real era, aparte de darle un sobresalto a la que había sido mi suegra por su inquina hacia mí, atraer a Stephan, que, a buen seguro, trataría de impedir por todos los medios que tales ideas se llevaran a la práctica.

—¿Está segura?

Desde luego, la pregunta era más que obligada, pues el administrador no se

esperaba aquella irracional decisión mía.

—Sí. Como le he dicho, quiero obtener liquidez, y las tierras que rodean esa propiedad son muy fértiles, por lo que los propietarios limítrofes nos harán una buena oferta por ellas —respondí con un razonamiento económico, el único que pude encontrar.

—Deberíamos consultarlo con la señora Gardner-Taylor...

—No —lo interrumpí—. Además, mi propósito no es echarla de la casa.

Lo cierto era que, si de mí dependiera, lo haría. Por muchas razones, pero la principal por intentar arrebatarme a mi hijo. Podría perdonarle cualquier cosa menos esa.

El señor Roberts, hombre inexpresivo donde los hubiera, no pudo disimular su perplejidad y más aún cuando yo me mantuve obstinada. Lo observé... ¿Estaría al tanto de la mentira de Stephan o su preocupación era la de un servidor fiel a la memoria del difunto?

—Creo, condesa, que debería reconsiderar la idea.

—No. Si lo que le preocupa es el bienestar de mi... —me detuve antes de pronunciar la palabra «suegra», que no era del todo correcta—. La señora Gardner-Taylor podrá seguir disfrutando de una vida tranquila y apacible en el campo; por supuesto, permitiré que conserve algo de terreno, para que pueda disponer de unos jardines.

Roberts tragó saliva e hizo unas anotaciones. Como buen servidor, quedaba supeditado a las decisiones de su amo, por muy estafalarias que estas fueran, aunque su obligación era hacerme ver la inconveniencia de las mismas. Y lo había intentado desde su posición de subordinado sin éxito.

—Haga las disposiciones que estime convenientes y manténgame informada.

—Mandaré a un tasador para que calcule el valor, antes de poner las propiedades a la venta.

—Me parece bien —convine ocultando mi sonrisa.

Si aquella locura no traía de vuelta a Stephan, nada lo haría.

Me despedí del administrador, que, gracias a su extraordinaria profesionalidad, me iba a hacer ganar tiempo, pues tasar las propiedades no sería algo inmediato, así que, a lo mejor, ni siquiera tenía que llegar a ponerlas en venta.

De todas formas, siempre podía exigir un precio muy por encima del adecuado para no formalizar nunca la venta. Mi argucia surtiría efecto y ya había dado el primer paso.

Ahora tocaba el segundo.

Como no podía estar segura de las conexiones del administrador con Stephan, me ocupé de ir directamente a su más ferviente defensora, la cual, sin duda alguna, le haría llegar el pertinente informe sobre mis alocadas intenciones.

Encontré a Camille en su pequeña casa, con la costura en las manos, algo que no entendía, pues ahora, con sirvientes a su cargo, no le era necesario dejarse la vista

cosiendo.

Ella dejó su labor y me miró. Echaba tanto de menos la sinceridad entre ambas...

—¿Ocurre algo? —me preguntó al verme allí de pie, en silencio.

Me armé de valor, pues, aunque me sentía cruel por llevar a cabo mis juegos, debía seguir adelante.

—He hablado con el señor Roberts. —Ella asintió, pues era lo que estaba previsto—. Y quiero ser la primera en informarte de las decisiones que he tomado.

—Hasta la fecha siempre has sido prudente y juiciosa en lo que a administrar el patrimonio se refiere —comentó.

Era sencillo leer entre líneas y extraer una crítica de su aparente halago; sin embargo, lo obvié y me centré en lo importante.

—He decidido poner algunos bienes a la venta —expliqué en tono distante. Técnicamente no tenía por qué informarla, pero para mis planes era fundamental que ella conociese todos los detalles. Por último, añadí—: Como albacea dispongo de esa potestad.

Camille dejó de fingir que manteníamos una conversación normal y recogió su costura antes de ponerse en pie y centrar toda su atención en mí.

—Esa potestad es tuya, en efecto —convino y por su tono advertí que, conociéndome, intuía que mi anuncio no iba a ser inofensivo.

—Quiero avisarte con tiempo suficiente para que puedas trasladar tus cosas. El señor Roberts tiene orden de poner esta propiedad a la venta.

—¡Ornela! —exclamó sorprendida—. ¡No puedes estar hablando en serio!

—No me parece lógico mantener esta casa abierta cuando no hago uso de ella. Resulta un gasto innecesario.

—¿Vas a echar a la calle a la servidumbre?

—Les buscaré otro empleo y me ocuparé de redactar buenas cartas de recomendación. Por supuesto, eso no te incluye, pues quiero que te traslades a vivir conmigo.

—No voy a ir a esa casa —replicó, sin ocultar su malestar.

—Charles y yo así lo deseamos —apostillé en tono amable.

—Dirás que tú lo deseas —respondió—. Ese hombre besa el suelo por donde pisas y es incapaz de tomar una decisión por sí mismo. Es un pelele en tus manos.

Su acusación no me era desconocida. Además era cierta, pero me vi obligada a defender el honor de mi esposo.

—Sabes perfectamente que Charles siente un gran aprecio por ti, siempre te lo ha demostrado y creía que era recíproco.

—No amañes la verdad como un vulgar trilero para salirte con la tuya. Tu decisión obedece a uno de tus caprichos —dijo sin morderse la lengua.

—Es tan solo una decisión económica, por el futuro de Alexander.

—Si el capitán te viera ahora...

Tragué saliva, pero no me dejé amilanar por la frase.



—Él ya no está, ¿verdad? Tomó sus decisiones y ya no hay vuelta de hoja.

Como yo esperaba, alzó la barbilla, orgullosa y obstinada, pero consciente de que debía mantener silencio. Casi podía oír sus pensamientos y estuve tentada de quedarme agazapada en la parte trasera de la casa, para observar cómo redactaba una carta en la que le informaba a Stephan de todo.

Pero solo le había comentado una parte de mi plan.

—También voy a poner a la venta las fincas que rodean la propiedad donde vive la señora Gardner-Taylor. Son fértiles y por tanto obtendré un buen precio de ellas.

—¡Estás loca! —exclamó, sin poder dar crédito a mis palabras; tal como yo esperaba.

—Me temo que no —repuse, sin perder la serenidad.

Tomé asiento, pues, tal como se estaba desarrollando la conversación, tenía esperanzas de que Camille, alarmada, hablara más de la cuenta, algo que sin duda alguna frenaría mis planes. Ver hasta qué punto era leal a Stephan resultaba digno de admiración, pese a que fuera en mi contra.

—Reconozco que esa mujer no fue amable contigo...

—Curiosa forma de describir el desprecio que tuve que sufrir por su parte —repliqué, recordando las despectivas palabras de Constance y sus crueles intenciones.

—Debes entenderla, era el dolor por la pérdida de su hijo lo que la impulsaba a hablar así.

—Yo también estaba destrozada y sin embargo no volqué mi dolor en los demás.

—Pero te buscaste un rápido consuelo —me recordó con inquina.

—Charles siempre ha estado a mi lado. Nunca me ha decepcionado. Y ahora soy feliz.

No sé si esto último lo dije con convicción suficiente, pues Camille torció el gesto.

—Ornela, por favor te lo pido, recapacita. Tienes un hijo, no puedes malvender el patrimonio de su padre.

—Precisamente ese es mi principal objetivo, aumentar su valor, y para ello nada mejor que invertir. No voy a quedarme de brazos cruzados esperando a que se devalúen las propiedades, nos acribillen a impuestos y gastar una fortuna en el mantenimiento de una casa donde no residimos.

Visto desde fuera, mi razonamiento hasta resultaba convincente, pero ambas sabíamos que los motivos de aquella decisión eran cien por cien sentimentales.

—Haz lo que te plazca —me espetó al darse cuenta de que no iba a ablandarme con palabras; igual que cuando decidí casarme con Charles.

—He tenido la deferencia de informarte con tiempo suficiente y de ofrecerte un nuevo hogar. —Fui deliberadamente mezquina al recordarle que dependía de mí.

—No voy a aceptar que me echés de mi casa —apuntó en voz baja—. Sabes que el capitán me cedió esta residencia.

—¿Lo hizo por escrito? —pregunté, clavando una espina más en nuestra relación.

—No —admitió—. Aunque espero que respetes su voluntad.

Yo estaba al corriente de la decisión de Stephan y, de haber ido las cosas de otro modo, no tendría ningún inconveniente en respetar su palabra. Sin embargo, hacerlo en ese momento suponía un revés para mis planes y, por consiguiente, aun corriendo el riesgo de enemistarme con Camille de por vida, no podía ceder.

—Si no figura en ningún documento...

—Nunca pensé que fueras tan vengativa —me acusó—. Yo no te eduqué de esta forma. Siempre te inculqué otros valores, pero te has convertido en una déspota, incapaz de ver más allá de tus narices. Tomas decisiones sin sopesar el daño que puedas hacerles a los demás y todo por afán de venganza.

—No tengo que vengarme de nadie —repliqué orgullosa.

Su crítica, por otro lado justa, no había hecho mella en mi determinación.

—El capitán fue bueno contigo, mucho más que cualquier otro hombre, ¿y así se lo pagas?

—¿Bueno? —repetí con una risa burlona—. Me abandonó —añadí en un susurro.

—Al menos podrías respetar su memoria —insistió ella—. Y no te abandonó, tuvo que asumir sus obligaciones.

—No quiero remover el pasado —dije, para zanjar el tema—. Ahora tengo un marido que está conmigo, que se preocupa por mi bienestar y que sé en todo momento dónde se encuentra.

—Es un títere en tus manos.

—Me quiere.

—¿Lo quieres tú a él?

—Sí —afirmé, sabiendo que era cariño y no amor lo que sentía por Charles.

Hasta un ciego podría darse cuenta de ello y Camille lo había intuido desde el primer momento.

—Me quedaré aquí hasta que vengan los nuevos propietarios.

—Como deseas, aunque no me canso de repetir que tienes las puertas abiertas de mi casa. —Omití decir que, sin otro sitio adonde ir, pues dudaba que mi padrastro la acogiera, al final tendría que plegarse a mis deseos.

Estaba siendo una ingrata con aquella mujer que me había visto nacer, pero el dolor que sentía tras la infame jugarreta de Stephan no me dejaba actuar de otro modo.

Era consciente de que todo podía volverse en mi contra y de que en un futuro pagaría las consecuencias; sin embargo, ¿esperaban acaso que me quedara de brazos cruzados? ¿Que permaneciese callada y con actitud sumisa ante lo que consideraba una injusticia?

Muchas noches me acostaba sola, desnuda y abrazada a la almohada, repitiéndome una y otra vez esas preguntas e intentando buscar la forma de que la ausencia de respuestas no me afectara. No obstante, cada mañana olvidaba cualquier tibio motivo por el que debería comportarme como se esperaba que lo hiciera una

mujer.

Asumía mis decisiones y miraba hacia delante. «Es mejor arrepentirse de algo que has hecho, que de algo que has dejado de hacer», me repetía.

—No hay más que hablar, entonces —sentenció ella, invitándome a salir de allí.

Me levanté y me marché sin despedirme.

Solo esperaba que Stephan tomara cartas en el asunto, porque la rivalidad entre él y yo perjudicaba a terceras personas y, si bien era consciente de ello, no podía cambiar mi forma de proceder. Por suerte, la persona más importante de mi vida aún era muy pequeño como para ser consciente de esa guerra encubierta.

Regresé a mi casa, junto a mi marido, dispuesta a comentarle la noticia. Charles se sorprendería, igual que todos, pero como venía siendo habitual en él, se mantendría prudentemente al margen. Cuando nos casamos, me dijo que no intervendría en la toma de decisiones sobre la herencia de Alexander, por lo que yo disfrutaba de una inusual libertad.

## Capítulo 4



Me pasé el mes siguiente revisando impaciente el correo, a la espera del informe del administrador sobre el valor de las propiedades, que, a modo de anzuelo, quería poner a la venta.

Un día, entre las consabidas invitaciones a eventos y otras obligaciones sociales, vi una carta que me resultó extraña. No entendía por qué se comunicaba conmigo el Ministerio de Asuntos Exteriores y comprobé que no se trataba de un error del servicio postal.

Entonces sentí de nuevo aquella especie de premonición o intuición femenina que me avisaba de un peligro inminente, de malas noticias.

Dejé la misiva sin abrir sobre la mesa y la miré durante un buen rato, indecisa; muchas veces es mejor vivir en la ignorancia. Sin embargo, tras unos insufribles minutos, llegué a la conclusión de que en esta vida todo hay que afrontarlo y no sirve de nada mirar hacia otro lado.

Rompí el lacre con gesto enérgico, desdoblé el papel y comencé a leer...

*París, 20 de marzo de 1809*

*Asunto: comunicación oficial fallecimiento súbdito británico.*

*Por la presente, y de acuerdo con las indicaciones testamentarias, tenemos el deber de informar a la destinataria del fallecimiento del señor Jonathan Banks, cumpliendo así las últimas voluntades del finado.*

No seguí leyendo, no era necesario. Arrojé el documento oficial sobre el escritorio y me recosté en el sillón. Sentí pena, aunque la verdad era que ni de lejos experimenté lo mismo que al enterarme de la muerte de Stephan.

No lloré, pues hacerlo hubiera sido un ejercicio de hipocresía increíble. Abandoné a Jonathan a su suerte al huir de París y no atendí ninguno de sus ruegos. Me envié varias cartas y, si bien al principio Camille me las ocultó por orden de mi «difunto marido», luego, cuando tuve oportunidad de leerlas, no les presté atención, pues me parecieron en primer lugar aburridas, y sus declaraciones de amor incondicional fuera de lugar. Aparte de estropear una aventura extraconyugal con sus palabras sensibleras, estas no surtieron ningún efecto, al encontrarme yo en pleno debate interno sobre mis sentimientos hacia Stephan.

Tampoco moví un dedo cuando leí su petición de ayuda y no me sentí culpable por ello. ¿Por qué tenía que sentirme así? Al fin y al cabo, solo habíamos sido amantes; una vez vestidos y fuera del dormitorio, cada uno se ocupaba de sus asuntos. Y si él, según deduje de las palabras de Stephan, estaba metido en asuntos turbios, no debía acudir a mí.

Puede que también sufriera la ira de un marido ofendido, el mío, y que Stephan hubiese movido los hilos para ponerle las cosas difíciles, pero es un riesgo que se

asume cuando se tiene una relación con una mujer casada.

Yo asumí los míos: el desprecio y la humillación por parte de mi esposo, el riesgo de acabar en una institución mental, el ostracismo social...

No, definitivamente no me sentía culpable, y la muerte de Jonathan me apenaba solo como la de un conocido más. Terminé por arrojar la carta al fuego, pues no merecía la pena conservar un documento de esa índole. Tras recibir la noticia, podía dar carpetazo a mi aventura con él.

De una calamidad podría extraer algo positivo: ya no tendría que preocuparme más por si me encontraba con un examante incómodo. Podía pasar página de esa etapa, que, si bien no fue memorable, al menos me sirvió para aprender. Aunque puede que el coste de la lección fuera demasiado alto, pero ahora eso no importaba.

Yo seguía a la espera de otros documentos, de otras noticias. Podía estar equivocada, pero creía que Camille ya se habría encargado de enviarle a Stephan un pormenorizado informe de mis intenciones y que, por tanto, él, aparte de maldecir y rabiar, ya habría movido ficha, además de intentar regresar para pararme los pies. Esa al menos era mi teoría.

Los días iban transcurriendo sin grandes novedades. Mi matrimonio continuaba siendo apacible, estable y anodino en extremo. Charles se refugiaba cada vez más en su estudio, desatendiéndome, sumido en períodos de melancolía que prefería pasar en solitario, pues nada parecía animarlo.

Por supuesto, le recordé que teníamos un asunto pendiente y, si bien me traía sin cuidado poseer un cuadro en el que saliera desnuda, no quería dejarlo pasar. Era más una cuestión de orgullo que otra cosa.

No obstante, dejé esa cuenta pendiente para otro momento, para cuando mi otro objetivo se viera cumplido y pudiera dedicarme a menesteres menos importantes. Dudaba que la afición de Charles hacia la pintura disminuyese, más bien al contrario, por lo que tarde o temprano querría, debidamente incentivado, probar otros registros. Siempre es más útil sugerir que imponer y con mi esposo esa máxima funcionaba a la perfección.

Llevaba tantos días esperando noticias, que, cuando al final las recibí, no sabía si mostrarme dichosa por ver cumplidas mis expectativas o infeliz. Cuando recibí la nota del señor Roberts pidiéndome reunirse conmigo para tratar el asunto de las tasaciones, sentí una especie de temor por si estaba yendo demasiado lejos y mi plan no era tan perfecto, por si todo el dolor que iba a causar sería en vano.

Le pedí que nos reuniéramos en la casa de Stephan. Finalmente no le había comentado nada a Charles del asunto y preferí seguir manteniéndolo en la ignorancia. Mi marido tenía tendencia a la cortesía y si decidía pasarse a saludar, podría enterarse de algo sin querer.

Camille ni siquiera salió a recibirme, incluso, según me informó una de las criadas, eligió aquel día para hacer unos recados. No importaba. Contaba con ello.

Me reuní con el administrador y, tras los consabidos saludos, dejó sobre la mesa

del despacho las tasaciones para que yo las examinara.

—Esta casa vale el doble —le dije, consciente de que nadie pagaría ese precio.

—Puede ser, aunque hay que ser realistas —contestó, tan impasible como siempre.

—Ponga los anuncios —ordené y escribí una cifra desorbitada para que nadie se interesara—. Avise también a la señora Gardner-Taylor para que no se sorprenda.

—Todo se hará según sus órdenes, condesa —respondió, disimulando lo desagradable que le resultaba acatar órdenes de una mujer, en primer lugar, y en segundo, poner a la venta la propiedad.

Me despedí del señor Roberts, cuyo nombre de pila no conocía, y me quedé un rato sentada. Miré a mi alrededor... Allí, en aquella estancia habían ocurrido muchas cosas, buenas y malas. Mejores y peores. Tristes y alegres. Pero sin duda me quedaba con las excitantes.

Víctima de un extraño ataque de nostalgia, decidí levantarme y dar una vuelta por la casa, por los pasillos, por las habitaciones donde tantos momentos había vivido.

Entré en mi dormitorio y me senté en la cama. Todo se encontraba en perfecto estado. Pasé la mano por la impoluta colcha y cerré los ojos un instante. No había sucedido nada, todo seguía igual; sería tan fácil pensar así. Imbuirme de una mentira...

Pero ese pensamiento era una quimera. Respiré y, con una sonrisa triste, me puse en pie y resistí la tentación de atravesar el umbral y entrar en el dormitorio contiguo, el de Stephan. Ese paso sería doloroso en extremo. Salí de mi alcoba y cerré la puerta con suavidad, dispuesta a regresar a la tranquilidad de mi residencia conyugal. Bajé la escalera para volver al despacho, recoger los documentos y marcharme. Al entrar no me sorprendió ver a un hombre sentado en el sillón, con una sonrisa indolente y los papeles que yo buscaba en la mano.

—Lord Sterling, supongo —dije, controlando los latidos de mi corazón.

Allí estaba, mirándome como solo él podía hacerlo. Con aquella mezcla de descarro e inteligencia insuperable.

—Condesa... —murmuró él, sin disimular la burla en su tono.

Se puso en pie y caminó hasta la ventana, donde apartó una de las suntuosas cortinas que yo había elegido y miró fuera. Fue entonces cuando me di cuenta de que todas estaban echadas; sin duda para evitar alguna indiscreción. Entendí que podría pagar muy caro cualquier descuido.

Sin poder frenar mis latidos, disfruté del placer de volver a tenerlo allí y olvidé por completo cualquier ofensa o desencuentro anterior. Estaba vivo y de una pieza. Algo que ya sabía, pero comprobarlo de primera mano era mucho mejor.

Él soltó la cortina y se volvió, para mirarme de nuevo. Yo no llevaba mis mejores galas, pero sí iba arreglada.

—He podido ver que tu ambición no tiene límites... —me espetó, señalando con un gesto las desorbitantes cifras que figuraban en los papeles.

—He aprendido del mejor —repliqué, no como un desaire, sino como un halago.

Mi intención al querer verlo no era entrar en una dinámica de acusaciones que nos condujera a un inevitable enfrentamiento. Anhelaba tenerlo delante por razones bien distintas. Quería escuchar de sus labios la mentira que justificaba todo su tejemaneje, o, al menos, esa creía que era mi principal motivación. En cambio, cuando lo vi, olvidé las razones por las que lo odiaba.

Al contrario, acudió a mi mente el único motivo por el que no había podido olvidarlo, pese a sus incontables desaires y mis infructuosos intentos por pasar página.

Respiré y de nuevo intenté controlarme. Era él, no un espejismo, no un producto de mis ensoñaciones; no obstante, su aparente serenidad me desconcertaba. Stephan nunca había sido un hombre paciente y esperaba que de un momento a otro estallara.

Yo podía exigirle respuestas, necesarias o no, que podían allanar el camino, pero él también tendría una larga lista de preguntas que formularme.

Continuaba mirándome y yo, como si estuviera anclada al suelo, aguanté su escrutinio.

—¿No tienes nada que contarme? ¿Una excusa que inventar, «querida condesa»?

No sonreí, pero deseaba hacerlo. Era hábil provocándome con aquel tono formal, tan falso como sus modales.

—Yo podría decir lo mismo, lord Sterling.

Utilizar con manifiesta deliberación su alias, cuando en el pasado me había advertido que no lo hiciera, me producía una perversa satisfacción. Estábamos solos, en teoría nadie nos escuchaba, pues sabía que él habría tomado todas las precauciones posibles.

Stephan esbozó una cínica sonrisa. Podía intuir qué pensaba y lo más probable era que, como había ocurrido desde que nos conocimos, se mostrara encantado con mis agudas réplicas, pero escondiera sus emociones.

Caminó hasta situarse frente a mí. Por fin pude oler su aroma y llegué a la conclusión de que estaba en la casa desde antes de que yo llegara, y había tenido la deferencia de asearse para hacer su aparición estelar. De todas formas, su falta de higiene me hubiera traído sin cuidado y mi reacción hubiera sido igual de intensa.

No supe interpretar su expresión. Lo mismo podía besarme que empezar a gritarme, de modo que no quise correr riesgos.

Cuando él fue a hablar, no se lo permití poniendo un dedo sobre sus labios. De haber querido, me hubiera apartado de un manotazo sin esforzarse demasiado. Sin embargo, no lo hizo. Se quedó quieto y yo solo podía expresar de una manera todo el dolor, las noches en vela y demás quebrantos que había sufrido por él... lo besé.

Me colgué de su cuello y no le di tiempo a separarse. Uní mis labios a los suyos, cerré los ojos y me olvidé de todo. Sentí cómo sus manos rodeaban mi cintura, pegándome a él y aplastándome contra su cuerpo. No me importó en absoluto.

—Ornela...

Oírlo gemir mi nombre mientras me sostenía en brazos me dejó sin aliento y solo fui capaz de continuar besándolo con toda la rabia y la pasión del mundo. Recorrí con la lengua el contorno de su labio inferior, tentándolo, diciéndole sin palabras que era mucho más que un beso lo que estaba dispuesta a ofrecerle.

¿Cómo había podido ser tan ingenua al pretender que lo había olvidado?

Y mi ofrecimiento, por supuesto, era sin pedir nada a cambio.

La respuesta de Stephan fue tan contundente como la mía. Su boca empezó a recorrer cada punto sensible de mi cuello, mientras sus manos intentaban soltarme la parte superior del vestido para acceder a mis pechos.

Yo aproveché para tocarlo a placer. Pude meter las manos por debajo de su camisa y acariciarle la espalda, sentir su calor y trastornarme un poco más.

Como dos locos, emprendimos una especie de competición para ver cuál de los dos era más rápido despojando de la ropa al otro, y acabamos en el suelo, sobre la alfombra, medio desnudos y sin poder dejar de tocarnos.

Ese ímpetu, esa desesperación hizo que pasara por alto el frío de la estancia. Me bastaba con el calor de su cuerpo sobre el mío.

—Ornela... —repitió como si no se lo creyera.

Pude haberme amargado pensando en las mujeres que habría tenido entre sus brazos durante esos meses de ausencia, pero no lo hice. Desterré de mi cabeza ese malsano pensamiento y me concentré en disfrutar, en gozar de aquel momento único.

Stephan se incorporó para poder quitarse el resto de la ropa y yo aproveché para quedarme igual de desnuda.

Me miró a los ojos, a pesar de tenerme abierta de piernas en una clara invitación. Lo vi tragar saliva y respirar profundamente. Temblorosa, no precisamente a causa del frío, alcé una mano y le acaricié la cara.

—Bésame —le pedí en un murmullo, y él obedeció, cubriéndome con su cuerpo.

Situó su erección a la entrada de mi sexo, pero a pesar de las prisas con las que habíamos comenzado, ralentizó sus movimientos para rozar mis húmedos pliegues y retrasar unos segundos lo inevitable.

Me besó mientras se frotaba contra mí, produciéndome intensas sensaciones y consiguiendo que me sintiera mucho más excitada, a la par que impaciente por tenerlo en mi interior.

Sí, disfrutaba de los preliminares; no obstante, aquel día deseaba rapidez y eficacia.

—Stephan... —rogué, tirándole del pelo.

Suplicaría si fuera preciso, no me importaba mostrar mi vulnerabilidad, aunque por su reacción no parecía que hubiera vencedores ni vencidos.

—Nadie pronuncia mi nombre como tú —gruñó, embistiéndome por fin de aquella forma tan brusca que tanto echaba de menos.

Gemí y me aferré con más fuerza a su cabello, al tiempo que tensaba las piernas alrededor de su cintura. Con ese gesto, la penetración fue más intensa y me hizo



lanzar el primer grito.

—Nadie... —repitió junto a mi oído haciéndome temblar de arriba abajo.

Sus envites tomaron aún más impulso, encajando con violencia en mi sexo y tocando cada terminación nerviosa de mi interior. Con ese ritmo era consciente de que no iba a resistir nada. Puede que también influyera el deseo acumulado durante tantas noches sola en mi cama, incapaz de conciliar el sueño pensando, pero fuera como fuese, la tensión que recorría mi cuerpo era tal que de un momento a otro alcanzaría el orgasmo.

Cuando estaba a solo un paso, Stephan frenó, se apoyó en los codos y me miró un instante. Me dio la impresión de que no terminaba de creérselo. Yo tampoco. De ahí que levantara una mano y recorriera de nuevo sus labios con la yema de un dedo, hasta que él los separó y me chupó el dedo con ansia.

Embistió una vez, sin soltar mi dedo. Aquello era de locos. La aspereza de la alfombra arañando mi espalda no era nada comparada con la rudeza con la que me estaba follando. Algo que, por cierto, había echado muchísimo de menos.

Pero no se acabó ahí la cosa. Cuando de nuevo me aferré a sus hombros para poder mantenerme bien pegada a su cuerpo, él me agarró de las muñecas y me sujetó los brazos por encima de la cabeza. Sin soltarme, impuso el ritmo definitivo e implacable que me llevó al clímax.

Stephan se unió a mí, profundamente hundido en mi interior. Luego se quedó respirando junto a mi oído, sin soltarme las muñecas.

—Ningún hombre puede decir que es afortunado si no ha follado contigo.

Respiré. Sus palabras encerraban un insulto en toda regla. Volví la cabeza a un lado y me quedé mirando la chimenea apagada. En ese instante, con él todavía encima, fui consciente del frío y más aún con el cuerpo empapado en sudor tras nuestro intenso encuentro.

—Pero con ninguno experimentas lo que conmigo, ¿me equivoco?

Ese punto no admitía discusión. Seguía inmovilizada bajo su cuerpo y solo deseaba que nuestro fugaz encuentro no se convirtiera en un motivo de disputa. Stephan, desde luego, no me lo estaba poniendo nada fácil con aquellas hirientes frases.

—Tengo frío —musité, sin hacer nada por liberarme.

Él se apartó sin mirarme y fue en busca de mi ropa sin preocuparse de su desnudez, dándome así la oportunidad de contemplarlo y comprobar si tenía alguna cicatriz. No vi ninguna y me alegré de ello.

Me ofreció la mano para ponerme en pie y luego me ayudó a vestirme como lo haría una sirvienta, indiferente. Después se ocupó de sí mismo.

—¿Cómo está Alexander? —preguntó, rompiendo el silencio.

—Muy bien —respondí con un nudo en la garganta—. Cada día más alto... —Entonces sentí la necesidad de ser mala—. Es pequeño para darse cuenta de lo que sucede a su alrededor, de la ausencia de un padre, pero por suerte tengo a Charles.

Su reacción fue inmediata.

—No juegues con fuego, Ornela —me advirtió.

—Será mejor que vuelva a casa, tengo asuntos de los que ocuparme.

Me dirigí hacia la puerta, pero ni siquiera pude abrirla. Stephan me sujetó de la muñeca, tiró de mí y me obligó a tomar asiento.

La conversación que yo quería evitar estaba a punto de producirse.

## Capítulo 5



—¿Alguna vez obedeces sin cuestionar las órdenes? ¿Llegará el día en que pensarás en alguien más que en ti misma? ¿Dejarás de ser una niña caprichosa?

Su batería de preguntas, a las que yo no deseaba responder, no me causó sorpresa.

—No tienes derecho a exigirme nada —repuse, controlando mi temperamento para no gritarle.

—Yo creo que sí. —Stephan se cruzó de brazos, adoptando una postura falsamente dialogante, mucho más peligrosa, si cabía, que su versión más agresiva—. Te pedí una única cosa, Ornela, ¡una maldita cosa!

—A la cual no tenías derecho, después de haberme tratado como un cero a la izquierda —repliqué, alzando la barbilla, desafiante.

Negó con la cabeza ante mi testarudez. Debería conocerme y, por ende, saber que nunca me mostraría sumisa ante sus imposiciones.

—Te pedí confianza, ¿sabes lo que es eso?

—¿Esperas acaso fe ciega por mi parte? —pregunté perpleja—. ¿Sin explicaciones?

—En eso se basa la confianza —me dijo con sarcasmo.

—Era tu esposa. —Elegí deliberadamente el tiempo pretérito—. No uno de tus subordinados, que aceptan tus órdenes sin cuestionar la conveniencia o no de estas. Yo pienso por mí misma, Stephan, siempre lo he hecho y ni tú ni nadie podrá poner límites a mi voluntad.

—¡Por eso corriste a refugiarte en brazos de otro hombre! —exclamó, elevando el tono de voz, muestra inequívoca de que su paciencia se estaba acabando.

—Es el único hombre que ha estado junto a mí en los momentos más importantes de mi vida. —Esa respuesta iba directa a su orgullo.

—¿Crees que fue fácil para mí?

—Charles estuvo a mi lado cuando di a luz, cuando caí enferma, cuando me derrumbé al enterarme de que mi marido, ¡el hombre que me había engañado con falsas promesas!, había muerto en acto de servicio —elevé la voz, incapaz de controlar la rabia que todo aquello me producía.

Lo oí renegar tras escuchar mis acusaciones.

—A veces tengo la sensación de que estoy hablando con una jovencita frívola y estúpida, incapaz de ver más allá de sus narices.

Estaba hastiada de que todos me reprocharan lo mismo.

—Hace unos minutos no me has tratado como si fuera una de esas.

Mis palabras estaban fuera de lugar, pero como me ocurría siempre que él intentaba imponer su criterio, yo me rebelaba y no dudaba en buscar cualquier arma para vencerlo.

—Ornela, maldita sea... ¿sabes lo que podría ocurrirte si reaparezco?

No era una pregunta retórica, sino una amenaza en toda regla.

Bien sabía yo de lo que podían acusarme si Stephan volvía al mundo de los vivos. Para empezar, mi matrimonio con Charles quedaría de inmediato anulado, transformándose en algo así como un concubinato público que me dejaría a la altura del betún. La acusación de bigamia suponía una exclusión social muy difícil, si no imposible, de solucionar. Por supuesto, mi primer matrimonio seguiría siendo válido y, por tanto, la potestad de hacer conmigo lo que se le antojara sería de Stephan, lo que me llevaba de nuevo al punto de partida.

Si ya de por sí un matrimonio era una especie de contrato mercantil por el que una mujer pasaba a ser propiedad de su esposo, en aquel caso, acusada de bigamia, la ley otorgaría al cónyuge la posibilidad de repudiarme o, como intuía, recluirme y hacer que pasara el resto de mis días alejada de lo que más me importaba en la vida.

Stephan me miraba serio mientras yo sopesaba su velada amenaza. Sabía que no le hacía falta entrar en detalles, bien me daba cuenta yo de que aquello le confería a todo un matiz mucho más perverso. Percatarme por mí misma del destino que me esperaba era mucho más cruel que una elocuente amenaza por su parte.

Alegar en mi defensa que creía que mi primer esposo estaba muerto me habría servido si hubiese respetado un período de luto razonable, pero no lo hice y, por consiguiente, mi palabra no sería válida a los ojos de un tribunal.

Solo otra mujer podría comprenderme, pero dudaba de que alguna se hubiera visto en una situación similar.

Sin embargo, caí en la cuenta de un importante detalle. De nuevo estaba jugando una partida de cartas en la que yo había recibido los peores naipes, por lo que, o bien me retiraba de la mesa reconociendo mi derrota y asumía las consecuencias, o bien me echaba un farol, arriesgándome a elevar mis pérdidas, pero también con una posibilidad de alzarme con la victoria.

—Querido lord Sterling... —de nuevo utilicé su alias para, al menos, ponerlo nervioso—, creo que usted es el primer interesado en seguir oculto. Por consiguiente, dudo mucho que quiera hacer acto de presencia y reclamar lo que un día fue suyo.

Stephan esbozó una sonrisa. Yo había ganado la partida con las peores cartas. Lo supe en el acto.

—Nunca dejarás de sorprenderme —rezongó, admitiendo que de momento sus amenazas no surtían efecto y yo seguía en la partida.

Por la mirada que me dirigió intuía que me consideraba una digna adversaria.

—Gracias —dije, tomándome sus palabras como lo que eran, un cumplido.

—Pero no vuelvas a llamarme así —añadió con dureza.

—No temas. Ya sé que me repetirás una y mil veces la conveniencia de que mantenga el nombre en secreto y, a pesar de tu escasa confianza en mí, debo alegar en mi defensa que mis labios solo lo han pronunciado delante de ti.

—¿Ni siquiera se lo has comentado a tu «marido»? —preguntó con sarcasmo y casi escupiendo la palabra.

—Te repito que, aun siendo mujer y, por tanto, según pensáis los hombres, incapaz de guardar un secreto, nadie me ha oído jamás pronunciar ese nombre en voz alta —insistí tajante, despejando cualquier duda.

—Ornela...

Se acercó y me abrazó. Ese gesto me desconcertó más de lo que él podía imaginar. ¿Cómo habíamos pasado del enfrentamiento verbal al abrazo en cinco segundos?

Era de locos.

—Sé que te debo no una, sino cientos, miles de explicaciones, pero... cuando supe que te habías casado...

«¿Por qué no lo impediste?», quise gritar, pero permanecí en silencio.

—Era demasiado tarde para impedirlo... —añadió, como si me hubiese leído el pensamiento, estrechándome con fuerza—. La correspondencia nos llega con días, semanas de retraso y, cuando lo supe, quise venir y cometer una locura...

«¿Por qué no lo hiciste?», volví a preguntarme en silencio sin soltarme de él.

—Solo el buen juicio de William hizo que recapacitara y hasta pensé que, al menos, si las circunstancias me impedían regresar, no estarías sola... Pero, aun así, Ornela... —suspiró—, fue duro, extremadamente doloroso, y todavía aún cuando llegué a la conclusión de que lo habías hecho por despecho.

Di un paso atrás y me aparté de él, no sin antes secarme las lágrimas. Seguía ocultándome sus verdaderos motivos y seguía cargando contra mí.

—No fue por despecho —me defendí y agregué una media verdad para que sonara más verosímil—: Quiero a Charles. Él me aporta la serenidad y estabilidad que necesito.

—Por eso te acuestas conmigo nada más verme.

Le di un sonoro bofetón, producto de la rabia. No por sus palabras ofensivas, sino porque eran ciertas.

Él, lejos de enfadarse, me besó. Con la fuerza necesaria para inmovilizarme, pero sin hacerme daño, con el justo margen de maniobra por si yo lo rechazaba.

No lo hice, no habría podido.

—Lo quieres, sí —murmuró junto a mis labios—, pero no lo deseas, no te excitas, no suspiras por él...

—No sabes de qué hablas.

—Te conozco. Sé cómo reaccionas conmigo y no veo en ningún momento que te emociones hablando de tu «querido esposo». Lo defiendes, desde luego, pero con una máscara de indiferencia y corrección, solo porque debes hacerlo, no porque lo sientas.

Negué con la cabeza antes de que volviera a besarme. Y yo a devolverle el beso.

—No sabes de qué hablas... —repetí, en otro infructuoso intento por defenderme.

—Yo solo digo lo que veo, lo que siento... No niego que ese pobre diablo bese el suelo por donde pisas y que esté enamorado de ti. Sufrirá por ello, pues yo sé bien lo que se siente estando contigo, Ornela. Será un desgraciado al que manejarás a tu

antojo.

—No sé por qué todos os empeñáis en pensar de ese modo.

—¿No soy el primero en decírtelo? —me planteó con ironía.

—Charles es un hombre bueno...

—No lo dudo...

—Paciente...

—Lo sé.

—Considerado...

Defender a mi marido delante de Stephan cuando estaba besándolo, cuando acababa de follar como una loca con él en el suelo, me parecía un ejercicio de cinismo con mayúsculas, aunque no pude evitarlo.

—Es todo lo que se supone que una mujer necesita, pero tú no eres cualquier mujer, Ornela. Y lo sabes tan bien como yo.

Su discurso, certero y dañino al mismo tiempo, no me ofendió como debiera, pues, al poco de casarme, yo ya había aceptado que mi segundo matrimonio discurriría por el camino de la tranquilidad, dentro de los bien marcados límites esperables. Si bien mi obstinación por que Charles me pintara desnuda podía considerarse una anomalía, sería una de las pocas, pues él siempre se comportaría de modo adecuado.

—¿Me equivoco? —preguntó Stephan, peinándome con los dedos y haciéndome temblar como solo él podía hacerlo.

Sin embargo, recurrí a mi orgullo para contradecirlo:

—Sí, te equivocas. ¿Crees que no hay pasión en mi matrimonio? ¿Crees que no disfruto en sus brazos? ¿Crees que no grito de placer cuando me toca?

Tragó saliva.

—Sé que eres capaz de fingir como la más experta de las meretrices —afirmó y lo hizo de forma amable—, pero ese pobre infeliz bebe los vientos por ti y nunca se dará cuenta de tu impostura.

—No sé por qué te obstinas en averiguar lo que ocurre dentro de mi matrimonio.

—Porque no eres feliz y porque, aun a riesgo de parecer presuntuoso, no me has olvidado.

—Ni tú a mí —le espeté.

—Nunca lo negaré. No te he olvidado, ni creo que pueda hacerlo —reconoció sin rastro de prepotencia. Con sinceridad, haciéndome el mismo daño de siempre.

—Esta conversación debe acabar aquí —dije, separándome de él para evitar tocarlo y confesar lo que él ya sabía.

Recogí mi capa, mi manguito y mis guantes y me los puse.

Él no me lo impidió, es más, me ayudó galantemente.

—Mañana te espero aquí. Y trae a Alexander, por favor —me pidió.

Yo asentí. Caminé hasta la puerta y me detuve en el último segundo.

—Sé que no confías en mí, pero ¿dónde te alojas? —pregunté.

—En un hotel, a las afueras —me respondió, sorprendiéndome—. El hotel Continental —especificó, sorprendiéndome aún más.

—Gracias. Mañana volveré con Alexander —murmuré en respuesta y no fui capaz de mirar atrás.

Me marché con rapidez para no volver a caer en la tentación, con ganas de, nada más llegar a casa, refugiarme en mi dormitorio hasta la hora de la cena. Tenía muchas cosas en las que pensar, empezando por mi comportamiento con Stephan.

¿Acostarme con él, siendo mi primer marido, se podía considerar una infidelidad?

De todos modos, ¿qué más daba? Charles, como siempre, vivía en la inopia y por tanto no sufriría con mis deslices.

Pero mi intención de pasar desapercibida se fue al traste cuando Claire, tan amable como siempre, vino a recibirme e interesarse por mi reunión con el administrador.

A veces pensaba que lo hacía para incordiar; sin embargo, bien sabía yo que era la mujer con menos malicia del mundo.

—¿Qué le ha pasado a tu peinado? —me preguntó, siguiéndome por la escalera hasta mi alcoba.

Darle con la puerta en las narices, como era mi deseo, no hubiera estado bien y dejé que entrara.

—Una racha de aire —contesté despreocupada, mirándome de reojo en el espejo del tocador.

Lo cierto es que parecía un pollo desplumado, consecuencia lógica de mi encuentro sexual en la alfombra, pero, por suerte, Claire nunca aplicaba el dicho de «piensa mal y acertarás».

—Hoy he vuelto a recibir carta de William —me dijo, cambiando de tema.

No supe si alegrarme o enfadarme, ya que últimamente el teniente Perlman estaba de lo más comunicativo.

—¡Va a venir, Ornela! ¡Va a venir!

—Me alegro —mentí, añadiendo una sonrisa falsa. Entonces até acabos.

Stephan estaba en Londres, así que era lógico suponer que su fiel amigo andaba cerca.

—Ay, Ornela, no veo el momento de tenerlo de nuevo junto a mí...

Pedirle que aplacara sus arrebatos románticos era una pérdida de tiempo, así que soporté sus suspiros, deseos, ensoñaciones y demás expresiones de mujer enamorada, limitándome a poner buena cara.

Tras la cena, a la que Charles se unió tarde, pues, según dijo, se había quedado ensimismado con un nuevo libro, conversamos un rato. Nuestra invitada, emocionada con el inminente regreso de su marido, se retiró a su dormitorio, dejándonos a solas.

—Esta noche, si no tienes inconveniente, me gustaría visitarte —dijo Charles en tono amable.

—Hoy ha sido un día agotador —murmuré, sonriéndole.

Y, como siempre, Charles aceptó mi negativa sin rechistar, lo que a veces llegaba a enervarme. Otro hombre habría puesto el grito en el cielo, pero con él en ese aspecto estaba segura de que nunca tendría problemas.

De todas formas, me recordé que en breve tendría que concederle una noche, pues, a pesar de su resignación, era un hombre y tenía sus necesidades, y no acceder a sus pretensiones maritales podría volverse en mi contra.

—Entonces no te molesto más, querida Ornela.

Se acercó a mí y me dio un casto beso en la frente antes de encerrarse de nuevo en su estudio. Llegué a pensar que las nuevas adquisiciones de su ya de por sí amplia biblioteca lo excitaban más que yo.

Pasé por la habitación de Alexander para darle las buenas noches y comentar con la niñera algunos asuntos relativos a sus cuidados. Quise cogerlo en brazos, pero ya se había dormido, así que me limité a besarlo y cubrirlo con la manta, deseándole los mejores sueños.

Una vez a solas en mi alcoba, me desnudé y me quedé de pie delante del espejo, observándome. Pronto cumpliría veinticuatro años y tenía dos matrimonios a mi espalda, pero por suerte me conservaba bien. Los signos del embarazo apenas eran visibles y, gracias a mi fuerza de voluntad, no había engordado.

Seguía siendo atractiva y prueba de ello eran las miradas de apreciación masculinas que recibía al acudir a cualquier acto social, y las de envidia, femeninas, por haber atrapado a un capitán y a un conde sin tener dote ni protectora.

Mientras me cepillaba el pelo, pues no quería que lo hiciese una doncella, sin poderlo evitar pensé en Stephan. Más en concreto en su confianza al decirme dónde se alojaba.

¿Había sido un ardid para ponerme a prueba?

¿Un dato falso para comprobar mi lealtad?

¿Una invitación?



## Capítulo 6



A medianoche me presenté en el hotel Continental vestida y maquillada como una fulana barata, en sintonía con la reputación del hotel. Allí solo podía encontrarse individuos de dudosa reputación. El hedor procedente de los callejones circundantes, donde la gente que vivía hacinada en casas insalubres vaciaba sus orinales, era insoportable. Caminé con la mano cubriéndome la nariz hasta que llegué ante la recepción.

El hombre que atendía tras el descascarillado mostrador no se sorprendió de que una mujer entrara en el establecimiento a esas horas. Pregunté por lord Sterling y su respuesta fue una sonrisa burlona; no hacía falta mencionar cuál era el motivo de mi visita.

Mejor, prefería una y mil veces que me tomaran por una meretriz que por la condesa de Seldon, ya que si alguien descubría mi incursión en los bajos fondos caería en desgracia.

Subí la escalera hasta el segundo piso, comprobando que el resto del hotel tenía el mismo deplorable aspecto que la entrada. Aquel sitio, además de una buena reparación, necesitaba una limpieza a fondo.

Me detuve delante de la puerta de la habitación que me habían indicado, levanté el puño para llamar y respiré hondo antes de hacerlo. Llamé con suavidad, como lo haría una mujer que se gana el jornal vendiendo sus encantos. La discreción era lo primero.

No se oía ningún ruido. Esperé, cada vez más nerviosa, pensando que Stephan me había tendido una trampa, o, peor aún, que el recepcionista, para burlarse de mí, me había mandado a la habitación de otro huésped.

El chasquido de la cerradura me devolvió a la realidad.

La puerta se abrió apenas unos centímetros. Cogí aire. Stephan se asomó con cara de sueño y de malas pulgas y frunció aún más el cejo cuando me reconoció.

—¿Ornela? —masculló, como si mi presencia lo irritara. Su expresión al menos así lo daba a entender.

—¿Puedo entrar?

Tiró de mí hacia el interior y cerró rápidamente. Una triste vela iluminaba la modesta habitación, confiriéndole un aspecto lúgubre. A pesar de la escasa luz, me di cuenta de que Stephan llevaba una sábana alrededor de las caderas.

—¿Estás solo? —me atreví a preguntar, sintiendo cierto temor de la respuesta.

—Sí —contestó, o más bien gruñó—. ¿Esperabas sorprenderme con mi amante? —añadió en tono de burla.

Miré con detenimiento a mi alrededor. Aquel hospedaje no estaba en concordancia con un lord, pero supuse que quería pasar desapercibido y nada mejor que los bajos fondos para ello.

—¿Está aquí tu amante?

—¿A qué has venido? —dijo, gruñendo y obviando mi pregunta.

—A verte —respondí con sinceridad.

Stephan se sujetó de nuevo la sábana que lo cubría y que amenazaba con caerse y me miró sin entender muy bien lo que había dicho.

—¿Ha ocurrido algo?

Negué con la cabeza, desaté el lazo que mantenía sujeta mi capa y dejé que cayera a mi espalda. Él arqueó una ceja, sin duda sorprendido, no tanto por mi movimiento, a todas luces seductor, sino más bien por mi aspecto.

—No hace falta que digas nada —le avisé—. Era la única forma de pasar desapercibida en un barrio como este.

—Supongo que no has tenido que esforzarte mucho para ello —comentó divertido.

Decidida a no perder el tiempo con palabrería, algo que siempre nos enfrentaba, avancé hasta tocarlo y le cogí la mano con la que mantenía sujeta la inconveniente sábana. Al soltarla, se le cayó al suelo, dejándolo gloriosamente desnudo ante mí.

Lástima que hubiese tan poca luz.

Puse las palmas sobre su pecho y fui bajando una hasta llegar a su polla, que se animaba por momentos. Sin vacilar, la cogí y empecé a acariciársela, disfrutando de su tacto.

—Ornela... no deberías estar aquí. —Su protesta no fue muy decidida y yo continué masturbándolo a ritmo lento.

Quería mantenerlo expectante, crear un clima de máximo deseo para que después, cuando por fin diera el siguiente paso, fuera más intenso.

Stephan gimió y enterró su cara en mi cuello, lamiéndome el lóbulo de la oreja y atrapándolo de inmediato entre sus dientes, lo que hizo que me recorriera un escalofrío.

—Tócame —exigí, acelerando el movimiento de mi mano, encantada con la respuesta.

Respirábamos de manera cada vez más agitada. Yo continuaba vestida, una perversión añadida, pero por cómo él movía las manos, saltaba a la vista que, o bien me deshacía de la ropa, o bien esta acabaría hecha jirones.

A regañadientes, solté su erección para que pudiera desnudarme.

—Eres como un regalo para los sentidos —musitó, arrodillándose a mis pies para bajarme las medias.

Según las enrollaba hacia abajo, su boca iba dejando un rastro de besos hasta llegar a mis pies. No me caí de culo de milagro, pues nunca había pensado que los dedos de mis pies fueran una zona tan erógena.

Stephan se puso en pie y me cogió en brazos. La cama apenas estaba a dos metros, pero el trayecto hasta ella se me hizo igual de largo que si hubiera subido toda una escalinata. Me depositó en el centro de aquel tosco lecho y yo estiré los

brazos hacia arriba, en una clara postura de sumisión. Doblé las rodillas y separé las piernas.

—No te haces una idea de cómo te deseo —susurré, invitándolo a hacer mucho más que mirarme.

Colocó las manos sobre mis rodillas y las fue deslizado hacia arriba, con los pulgares rozando el interior de mis muslos y deteniéndose justo al llegar a mi sexo.

—¿Eres consciente de lo que todo esto implica? —me preguntó y no supe con exactitud a qué se refería—. Ornela, a pesar de todo lo que nos separa, a pesar de las mil y una vicisitudes por las que hemos pasado, siempre, siempre estaremos unidos.

Asentí, incapaz de contradecirlo. Y no solo porque mi grado de excitación obnubilara mi capacidad de raciocinio.

Levanté la pelvis, rogándole que atendiera mis más urgentes necesidades, y él se relamió con un sonrisa ladina, pero no contento con eso, utilizó un dedo para recorrer mi sexo y después llevárselo a la boca para chupárselo.

—Mmm... —murmuró, poniéndome aún más en tensión con ese gesto.

—¿Te vas a conformar con eso cuando puedes tener mucho más? —lo provoqué, contoneándome ante su atenta mirada.

—Querida «condesa», ¿cómo rechazar tal ofrecimiento?

Podía haberme molestado por el uso del título que por matrimonio me correspondía; sin embargo, me pareció de lo más morboso, pues estaba siendo infiel sin serlo. Sin correr riesgos, disfrutaba de los placeres que solo un encuentro ilícito puede ofrecer.

Stephan se inclinó hacia delante, hasta poder situar su boca sobre mi sexo y beber directamente de la fuente. Jadeé cuando me metió la lengua y buscó el clítoris para excitarlo sin piedad.

—Tal como lo recordaba —gruñó, clavándome los dedos en los muslos.

Acabaría con marcas, pero solo yo las vería y disfrutaría observándolas sobre mi pálida piel, recordando por qué estaban ahí y suspirando a medida que se desvaneciesen.

—Stephan... —gemí su nombre como tantas otras noches en las que, acostada sola en mi cama, me tocaba intentando satisfacerme y, si bien mi cuerpo respondía, no así mi mente.

—Voy a devorarte. No voy a dejar un solo punto de tu cuerpo sin recorrer con mi lengua. —Sus palabras sonaban a promesa y sonreía.

Yo podría hacer las mismas promesas sin dudar.

—Te creo... —suspiré entregada.

—No te imaginas la de noches que me he masturbado recordando tu sabor... — Me introdujo un par de dedos y los curvó en mi interior, sabiendo muy bien cómo tocar cada resorte—; soñando con volver a tenerte así, abierta de piernas ante mí... Poder besar tu coño una y otra vez hasta sentir cómo te corres en mi boca.

—No hables —le rogué, excitada al máximo, pues, escuchando esas palabras y

con sus lengüetazos, estaba a solo un paso del orgasmo.

—Esto me pertenece, recuérdalo —añadió, volviéndose más rudo.

Grité sin importarme el escándalo, ni que algún otro huésped de aquel cochambroso hotel se pudiese despertar. No era capaz de controlarme y lo cierto era que no deseaba reprimir mis expresiones de gozo. Me mantuvo en ese estado varios minutos, en los que yo pedía a gritos más contundencia y él se reía.

Pero me lo dio, hizo que la combinación de su boca junto a sus dedos en mi sexo me procurara un fuerte orgasmo. No hubo lugar para las contenciones.

Stephan hizo que me callara de la mejor forma posible. Besándome en la boca y penetrándome al mismo tiempo.

Yo había acudido dispuesta a mucho más que yacer bajo su cuerpo mientras él, inmisericorde, me follaba sin yo hacer nada. Sin embargo, tras el intenso placer poco podía hacer. Ni siquiera me había dado tiempo a recuperarme y entendí que él, empalmado y con mi sabor en sus labios, me necesitaba.

Aquella roñosa y desvencijada cama traqueteaba como un carromato viejo por un camino lleno de baches y si mis gritos no habían despertado ya a los demás huéspedes, lo harían los constantes chirridos de la cama. No me importó nada en absoluto. Me agarré a sus hombros y dejé que estuviera al mando, que me penetrara de manera salvaje, brusca y hasta dolorosa, porque era así precisamente como lo deseaba.

Estaba harta de delicadezas, quería sudor, dolor; en definitiva, pasión, y solo Stephan sabía cómo darme todo eso.

Le tiré del pelo para reclamar su atención y cuando buscó mi mirada, alcé la cabeza para morderle el labio inferior. Yo también quería comportarme de manera brusca y él, al verlo, lejos de reprenderme, se mostró mucho más contundente.

Separándose de mí y colocándose de rodillas, me levantó las piernas hasta que apoyé los talones en sus hombros. De esa manera podía observarme a placer mientras me embestía y yo, encantada, llevé las manos hasta mis pezones y empecé a acariciármelos para después pellizcármelos; todo un espectáculo solo para él.

Stephan reaccionó como era previsible: clavándose con más ímpetu en mi interior, al tiempo que me agarraba de los tobillos como si sus manos fueran dos grilletes.

—Ornela... —gruñó con la voz entrecortada a causa del esfuerzo.

No iba a soportar mucho más aquel ritmo. Mi sexo, ya sensible tras haberme corrido una vez, ardía con cada una de sus embestidas. El roce de su polla en mi interior, que en aquella postura llegaba incluso más adentro, hizo que gritara como si estuviera poseída y que mi cuerpo experimentara un segundo y más intenso orgasmo.

—¡Joder, sí! —exclamó, impulsando las caderas por última vez antes de tensarse por completo y correrse en mi interior.

Liberó mis tobillos y se dejó caer a un lado de la cama, respirando como si hubiera corrido campo a través para escapar del enemigo. Yo no pude evitar rodar

para besarlo, robándole el aliento. Me rodeó de inmediato con sus brazos y permanecimos así, sudorosos, abrazados, jadeantes...

Lo último que recuerdo antes de quedarme dormida era la única vela a punto de consumirse.

Cuando volví a abrir los ojos me encontraba recostada sobre el pecho de Stephan y estaba amaneciendo. Antes de dormir él había echado las cortinas, pero estaban tan raídas que los rayos de sol se filtraban a través de la tela.

Habíamos pasado la noche así, unidos. Agotados pero no saciados, al menos por mi parte, pues dudaba mucho de que alguna vez me cansara de él.

Me incorporé con cuidado, por el simple placer de observarlo dormido, ahora que la luz del alba me lo permitía.

—Tan rudo y guapo como siempre, lord Sterling —musité junto a sus labios, conteniéndome para no besarlo.

Si yo sentía doloridas determinadas partes de mi cuerpo, a saber cómo se encontraba él.

Reaccionó ante mis palabras, pues la mano que tenía en mi espalda cobró vida y se desplazó hasta mi trasero, que pellizcó sin pudor.

—¿Esta es forma de corresponderle a un hombre que anoche hizo de todo por ti y por tu placer? —bromeó sin abrir los ojos, esperando a que yo me moviera.

—Dudo mucho que en este establecimiento nos traigan un desayuno apropiado para reponer fuerzas, milord. Pero, si me lo permitís, creo que podré compensaros de otro modo.

—Tu actitud sumisa y servicial me desconcierta.

Le mordí en la barbilla y sonreí ante su desafío.

—Cuando la ocasión lo requiere, soy la fiel servidora de mi señor —repliqué, adoptando el tono de una mujer obediente.

Stephan extendió los brazos, dándome a entender que, como amo y señor, él no debía mover un dedo y que, en consecuencia, yo era la encargada de satisfacerle.

Aparté a un lado la sábana amarillenta y deshilachada con la que nos habíamos tapado y vi que las brasas de la chimenea se habían apagado hacía horas. No obstante, nada de eso me importaba.

Miré su miembro y sonreí: aún no se había despertado del todo.

—Excelente —murmuré, deslizándome hacia abajo y marcándolo con mis uñas en el proceso.

Él se removió un poco, expectante sin duda ante mis nada inocentes intenciones. Me incliné y deposité un beso en la punta de su pene, para después metérmelo en la boca y disfrutar de cómo se endurecía entre mis labios.

Emití murmullos de placer, no tan elocuentes como los suyos, a medida que aquello iba alcanzando su máximo tamaño. Mientras, con las manos, acaricié las zonas adyacentes. Stephan dio un respingo cuando apreté sus testículos, pero aún lo sorprendí un poco más cuando con un dedo fui rozando toda la zona del perineo.

Sentí su mano, agarrándome del pelo y tirándome de él, sin duda advirtiéndome de que tuviera cuidado con lo que estaba a punto de hacer.

—Ornela... —Su tono, visiblemente tenso por lo que intuía que podía pasar, no hizo sino darme ánimos para continuar.

Yo había experimentado con Stephan los placeres de un sexo poco convencional y nunca pensé que ser penetrada por detrás produjera esa sensación mezcla de temor y de placer que en aquel momento quería compartir con él.

Si yo había aceptado esa forma poco común de deleite, ¿por qué él no? Además, hacía poco había sido su cumpleaños y podía considerarse un regalo especial.

Disimulé mis intenciones limitándome a succionar su miembro, prestando especial atención a la punta, donde sin duda era más sensible. Me ocupé de recorrer cada pliegue con la lengua, mientras mi mano sujetaba el tronco, aprisionándolo y manteniéndolo erguido. Formé una especie de anillo con mis dedos y lo fui moviendo arriba y abajo, con especial cuidado de que la presión fuera la justa. Mi boca continuó ocupándose de su glande, aunque a un ritmo lento, para que se impacientase un poco y, desesperado por correrse, no se percatara de mis verdaderas intenciones.

—Maldita sea, Ornela, ve un poco más rápido... —protestó arqueándose e intentando entrar lo más adentro posible.

—No —repliqué, apartándome un instante para mirarlo, humedecerme los labios, mordérmelos, echarme el pelo a un lado y así cubrirme en parte un pecho, ofreciéndole así un aspecto más seductor.

—Si la memoria no me falla, tus habilidades bucales eran legendarias, ¿debo suponer que la falta de práctica te ha hecho mella?

No respondí con palabras a su desafío verbal. Y tampoco me sentí ofendida, pues teniendo su virilidad en mis manos, estaba segura de que únicamente se trataba de una forma de incitarme, no de ofenderme.

Le di un tirón. Stephan siseó al ver peligrar su integridad física y se limitó a sonreír de medio lado, dándome así permiso tácito para que estableciera el ritmo que se me antojase. Dispuesta a dejarlo boquiabierto, separé los labios y retomé la postura. Fui algo más expeditiva y eso se tradujo en murmullos más satisfechos, combinados con gruñidos masculinos que me invitaban a ser más perversa.

Metí la mano entre sus piernas y comencé a acariciarlo, rozando aquella sensible piel, con cuidado de no alertarlo de mis verdaderas intenciones. Mi boca se deslizaba por toda su longitud y él, cada vez más cerca de correrse, se arqueaba descontrolado. Supe cuál fue el momento exacto porque sentí un dolor en el cuero cabelludo, señal inequívoca de que la tensión le resultaba insoportable, y entonces no vacilé: presioné con el dedo índice sobre su ano y empujé hasta que entró.

—¡Ornela! —exclamó, desconcertado por mi atrevimiento—. ¿Qué demonios estás haciendo?

No hacía falta responder, porque tal vez con sus palabras rechazaba mi gesto, pero su cuerpo no lo hacía. Lo sentí palpar entre mis labios justo unos segundos

antes de que su semen me inundase la boca.

Sus gruñidos y movimientos pélvicos fueron remitiendo y yo gateé hasta colocarme a horcajadas sobre él, y erguida y desafiante esperé a que abriera los ojos, pues permanecía con ellos cerrados, los brazos en cruz y una expresión difícil de interpretar.

¿Quizá de enfado? ¿De confusión? ¿De satisfacción?

Me daba igual, pues estaba excitada y, puesto que aún notaba su erección entre mis muslos, yo misma me coloqué para que me penetrara.

De repente, unos golpes en la puerta frenaron en seco mis movimientos y sacaron a Stephan de su ensoñación.

Me hizo un gesto para que permaneciera en silencio. Yo me aparté a un lado y me cubrí con la desgastada sábana, mientras él se ponía los calzones con rapidez y cogía su espada.

De nuevo llamaron a la puerta y una vez más me advirtió con la mirada que no dijera nada.

Nunca antes lo había visto actuar así y lo cierto es que, a pesar de la tensión y el miedo, me sentí profundamente orgullosa de él.

Se acercó a la puerta y noté cómo controlaba su respiración, a punto de levantar el madero que la mantenía cerrada.

—¿Capitán? —preguntó una voz femenina, golpeando otra vez la puerta.

## Capítulo 7



—¿Capitán? —repitió la voz.

Por la cara que puso Stephan, entendí que reconocía esa voz y, si bien su tensión no disminuyó, sí vi que al menos ya no aferraba su espada como si fuera a hacer uso de ella.

Abrió un poco la puerta y yo, aferrada a la sábana, me preparé para afrontar lo que fuera, aunque odiaba que me pillaran desprevenida.

Una mujer rubia, vestida con elegancia y discreción pese a ser tan temprano, entró en la habitación. Se dio cuenta de inmediato de mi presencia y me miró como si fuera un gran problema.

Lo miró luego a él y sacó conclusiones. Tampoco había que ser especialmente listo para saber qué había ocurrido entre aquellas cuatro paredes.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó después, fulminándome con la mirada.

Yo iba a responder que no era de su incumbencia, pero lo que me llamó la atención es que parecía que me conociera. De eso se derivaba una inquietante cuestión: ¿le había hablado Stephan de mí? ¿Y por qué se dirigía a él con tanta confianza?

—Tranquila, Hannah —dijo él, observándome a mí de reojo.

Me conocía y sabía que, ante la presencia de otra mujer, yo podía estallar en cualquier momento, y ningún hombre es capaz de controlar a dos féminas a punto de enfrentarse como leonas.

—Stephan, convinimos que ella permaneciera al margen de todo esto.

—Lo sé —admitió él a regañadientes, y creo que el motivo era porque yo estaba presente.

—¡Es peligroso!

Stephan se pasó la mano por el pelo, sin duda incómodo ante la situación.

—Escucha, Ornela no dirá nada.

—¿Cómo puedes confiar en ella?

Alcé la barbilla, que ambos hablaran delante de mí como si yo fuera un mueble me enervaba y no iba a permitirlo. La tal Hannah, lejos de formular una simple pregunta, había dejado implícito que yo era poco menos que una cotilla. O, lo que era peor, una frívola cabeza hueca, capaz de poner a un hombre en peligro solo por diversión.

Pero no iba entrar en un bucle de recriminaciones y menos aún estando desnuda. En ese momento me sentía muy vulnerable, y la mujer no dejaba de observarme, eso sí, con discreción.

—¡Podría delatarte! —agregó en el mismo tono acusatorio—. Vengarse de ti por...

—¡Cállate, maldita sea! —le gritó Stephan, y agarró de malos modos la camisa,



consciente de que estaba desnudo de cintura para arriba y que Hannah se lo comía con los ojos.

—Ya te arruinó una vez la vida —insistió ella, incapaz de contenerse.

Hasta ese momento yo había permanecido en silencio, observándolos, mientras una amarga duda se empezaba a fraguar en mi cabeza.

—Necesito privacidad —exigí altiva—. Una doncella y, a ser posible, que me suban una bañera.

—Ornela... —gruñó Stephan, intuyendo, y no iba muy descaminado, que allí iba a arder Troya de un momento a otro.

Mi aparente tono tranquilo no engañaba a nadie, bueno, quizá a la intrusa, que me miró con desprecio sin saber que sus palabras, lejos de amilanarme, podían volverse en su contra. Pero Stephan me conocía.

—Hannah, por favor —le advirtió, ahora ya vestido, sin apartar los ojos de mí.

Que siguiera en la cama, tapada con la sábana, no significaba que fuera estúpida. Hannah debió de pensar que sí y esbozó una media sonrisa, creyendo que sus palabras harían mella en Stephan.

Así que nada mejor que seguir fingiendo que era tonta.

—Quiero quitarme cuanto antes este olor a inmundicia —rezongué con mi aire más indolente.

Stephan resopló ante mis palabras y, para evitar males mayores, recogió mi ropa del suelo y me la acercó a la cama. Me sentí aún más humillada, pues con ese gesto me invitaba a marcharme, dándole a la mujer toda la razón.

—Espera fuera, por favor —le pidió a Hannah casi con aire suplicante.

Pero ella, lejos de obedecer, se obstinó aún más.

—Estamos corriendo riesgos innecesarios y lo sabes.

—¿Me tomas por estúpido, maldita sea? —gruñó él.

—Cualquier podría haberla seguido hasta aquí y desbaratar tu coartada —replicó la mujer, echando más sal a la herida, aunque evitando mirarme.

Mientras, yo, controlando mi furia, me acerqué hasta el lavamanos y me lavé la cara, aún envuelta en la sábana. Eso me hacía estar en desventaja frente a ella, ataviada de forma muy elegante y a la última moda.

—Déjanos unos minutos a solas y mientras pide un carruaje para Ornela —le dijo Stephan.

—No puedo hacer eso, se supone que soy tu amante —alegó Hannah, negándose a marcharse.

A esas alturas, a mí ya me daba igual que una extraña me viera desnuda, despeinada y en aquella habitación de mala muerte. Lo que realmente me impactó fue oír la palabra «amante». Con eso estaba todo dicho.

—¡Hannah, por favor! —gritó él, abriéndole la puerta—. He dicho que nos dejes a solas.

—Todos nuestros esfuerzos van a ser en balde por comportarte como un imbécil

con ella. ¿Es que no ves lo que pretende?

—Ornela jamás me pondría en peligro —repuso y, si bien sonó categórico, ya no me importaba. Sus palabras llegaban tarde.

—Pues viniendo aquí lo ha hecho.

—Fuera... —insistió Stephan, cada vez más tenso.

—Llevamos meses trabajando en esto, esforzándonos. No puedo bajar sola y encima pedir un carruaje para otra mujer, cuando se espera que aparezca cogida de tu brazo, y que tú, como mi amante rico, te deshagas en halagos conmigo.

—He dicho que esperes abajo —murmuró, y yo, conociéndolo, sabía que cuando hablaba así era cien veces más peligroso que cuando alzaba la voz.

—Capitán, por favor... —La mujer abandonó el tono exigente y pasó a uno suplicante para intentar convencerlo.

—¡Fuera!

Hannah debió de intuir el peligro, porque, aunque no muy convencida, con un revoloteo de faldas abandonó la habitación.

Stephan cerró de un portazo y se aseguró de dejar la puerta bien atrancada.

Terminé de vestirme, que no de arreglarme, pues quise ir lo más rápido posible para salir de allí.

—Ornela, déjame que te explique.

A través del cochambroso espejo lo vi acercarse y situarse a mi espalda, con la evidente intención de serenarme utilizando para ello sus dotes seductoras.

—Apártate de mí —mascullé furiosa, cuando fue a tocarme.

—Hannah no es mi amante —alegó.

—*Excusatio non petita, accusatio manifesta* —repliqué orgullosa y sin derramar una lágrima.

—Joder, ¿es que no vas a darme siquiera la posibilidad de explicártelo?

—No —respondí rotunda—. Ya es demasiado tarde, ¿no crees?

Puede que ya no fueran amantes, pero algo me decía que en el pasado lo habían sido. Por la forma de hablarle ella, de comportarse ante él, por su odio hacia mí. Si de verdad yo había puesto en peligro su coartada, aquella mujer debería haber intentado ayudarlo por todos los medios, es decir, buscar el modo de que yo abandonara el hotel sin levantar sospechas, en vez de arrojarme a los leones.

—Hannah y yo trabajamos juntos. Ella...

—Ella quiere mucho más que trabajar contigo —lo corté y me di cuenta de que estaba en pleno ataque de celos, algo que debía controlar, pues no quería darle esa satisfacción.

—¡Maldita sea!

Por cómo reaccionó supe que mis sospechas eran ciertas. No me dolía el hecho en sí de que hubiera tenido una amante, en nuestros primeros días como casados yo misma lo empujé a ello, sino que se comportara como un hipócrita. Eso en primer lugar y, en segundo y más doloroso aún, que confiara en otra mujer más que en mí.

—Adiós, Stephan —dije con indiferencia, dispuesta a salir con la cabeza alta y sin derramar una sola lágrima. Él no las merecía.

Pero él, como hombre que era, criaturas estúpidas donde las haya, me cortó la retirada, abrazándome e inmovilizándome, como si imponiéndose por la fuerza bruta me fuera a convencer.

—No puedes marcharte así —afirmó, mirándome a los ojos.

Para ello tuvo que sujetarme la barbilla y obligarme a levantar la cabeza. Conocerme tan bien le daba ventaja y sabía a la perfección los estragos que su mirada podía causar en mi fuerza de voluntad.

Se lo veía preocupado, pero yo no podía ser benévola ni concederle el beneficio de la duda.

—Tengo que irme. —Volví la cabeza a un lado para evitar continuar mirándolo.

Stephan intentó besarme, pero no lo consiguió.

—Hannah y yo... No voy a negarlo, me acosté con ella. Pero fue hace mucho tiempo... Yo... bueno, soy un hombre, y tú no te comportabas como la esposa que yo esperaba...

Quise defenderme, decirle que encima no tuviese el descaro de responsabilizarme a mí de su comportamiento. No obstante, hacer eso sería demostrarle que me importaba, que aún poseía la capacidad de herirme.

—¿Fue memorable al menos? —pregunté, impregnando cada palabra de indiferencia, ya que la rabia que sentía en mi interior podía convertirme en una arpía.

—Ornela, joder... Ella no es...

—No quiero oírlo —lo interrumpí, consciente de que estaba siendo sincero. Pero yo no necesitaba sinceridad, porque, dadas las circunstancias, esa sinceridad había sido obligada. De haber podido evitarlo, Stephan nunca me lo habría confesado.

—Ornela, sabes perfectamente que soy incapaz de tocar a otra. Si lo hice fue por... ¡qué más da! Lo hice y me arrepiento cada día.

Me besó en el cuello, en la oreja. Me acarició con los labios y yo apreté los puños. Era taimado y manipulador, pero muy persuasivo.

Conseguí deshacerme de él empujándolo; así, al no sentirlo, evitaba flaquear.

—Le he explicado a Hannah infinidad de veces que solo te quiero a ti y que en cuanto esta maldita situación acabe, mi intención es regresar contigo. Ornela, ya deberías saberlo, eres la única mujer a la que deseo.

—Como suele decirse: en el pecado llevas la penitencia.

Antes de que me retuviera de nuevo, salí sin mirar atrás. Sin tomar siquiera la precaución de echar un vistazo al corredor por si había alguien.

—¡Ornela! —gritó Stephan a pleno pulmón, pero yo no le hice caso y continué mi camino, sabiendo que él no abandonaría la habitación—. ¡Vuelve aquí inmediatamente!

Al llegar a la planta baja, tuve que soportar la mirada acusatoria de Hannah. Pero si de ese modo pretendía intimidarme, estaba muy equivocada.

—¿Está listo mi carruaje? —le pregunté, tratándola como a una sirvienta.

Su desconcierto fue un bálsamo para mi orgullo herido, tras la lamentable escena de la alcoba.

—Sí —respondió, sin ocultar su malestar por haberse tenido que encargar de tan engorrosa tarea—. Pero antes de que te vayas quisiera tener unas palabras contigo.

—Nada de lo que tengas que decirme me interesa. Buenos días.

No me detuve. Podría haberle recriminado su actitud o defenderme, pero preferí no hacerlo, pues era mucho más perverso mantenerla en la incertidumbre de no saber cuál podía ser mi proceder.

Vi de reojo cómo corría escaleras arriba, sin duda con la firme intención de consolar a Stephan o de intentar seducirlo. Y si bien ambas opciones me revolvían el estómago, debía aprender a mirar para otro lado. Si no, podría volver a caer en la misma penosa situación de antaño. Sí, definitivamente tenía que encontrar el modo de que todo aquello no me afectara.

Buscaría más entretenimientos, llenaría de actos mi agenda social, sola o acompañada, según el estado de ánimo de Charles, o incluso me procuraría un nuevo amante.

Al pensar en esto último, mientras recorría las calles de regreso a mi casa, me acordé de Jonathan Banks. Había muerto, librándome así de un serio contratiempo, pero ¿cómo había muerto? ¿Había tenido Stephan algo que ver? ¿Había logrado, gracias a sus contactos, que Banks no regresara a Inglaterra? ¿Se había ocupado él en persona de eliminarlo?

Sentí un ligero escalofrío al considerar esa posibilidad. De haber sido así, Stephan se habría excedido y no me gustaba saber que era capaz de tanto. Debería habérselo preguntado, pero lo cierto es que, cuando lo vi, lo último en lo que pensé fue en hablar del pasado.

Una vez de vuelta en casa, pasé por las dependencias del servicio para llegar a mi alcoba, donde me desnudé, ordené que me preparasen el baño y que quemaran hasta la última prenda que había llevado puesta. La doncella me miró horrorizada, pues era costumbre que cuando me cansaba de algún traje lo regalara al servicio; debió de pensar que quemar aquel vestido era un sacrilegio. Pero no me importó. Para asegurarme de que no caía en la tentación de recuperarlo, yo misma lo hice jirones y después me metí en la bañera.

Cerré los ojos y dejé que mi cuerpo se relajara con el agua caliente y las sales de baño. Aquel era uno de mis placeres favoritos, en especial porque me daba la oportunidad de reflexionar sin tensarme. Estar desnuda siempre me hacía sentir cómoda y las caricias del agua me ayudaban a alcanzar un estado de sosiego.

No quería aparecer en el desayuno tensa e irascible y menos aún enfrentarme a dos almas cándidas como eran Claire y Charles. Desde luego, estaban hechos el uno para el otro, pensé maliciosa, aunque me di cuenta de que ella nunca sería capaz de mirar a otro hombre que no fuese su idolatrado William, y menos a un hombre casado

con su mejor amiga, como ella me consideraba.

Por otra parte, Charles puede que sucumbiera de pensamiento, pero no de obra, y menos aún sin recibir ningún tipo de señal por parte de la dama en cuestión.

Se me pasó por la cabeza la malvada idea de jugar a ser Cupido; sin embargo, vi tantos impedimentos para que ese juego fuera factible, que solo de pensar en los esfuerzos de llevarlo a cabo me agotó.

Además, tenía asuntos más importantes de los que ocuparme.

Le había prometido a Stephan que le llevaría a Alexander para que pudiera verlo. Eso suponía, en primer lugar, inventar una excusa para marcharme sola con mi hijo a media tarde.

Entonces me percaté de que lo mejor era no mover un dedo.

Como era lógico, Stephan deseaba ver a su hijo, y si yo se lo impedía, sería una manera de devolverle la humillación a la que me había sometido.

Por suerte, Alexander era pequeño, y eso me daba la oportunidad de decidir por mi cuenta sin causarle ningún perjuicio. Además, como figura paterna tenía a Charles, que se desvivía por él, y, en un futuro, mi hijo terminaría por aceptarlo, ya que Stephan, con sus secretos, sus vaivenes emocionales y sus ausencias no podría ejercer de padre.

El agua se iba enfriando al mismo tiempo que mis ansias de venganza, pues, como bien había aprendido hacía mucho, no siempre lo más evidente era lo más apropiado.

Privar a Stephan de ver a su hijo podía ser un buen golpe, pero lo sería mucho más si me presentaba en nuestra antigua casa, tal como habíamos quedado, dado que acudir al encuentro podía beneficiarme.

Camille estaría allí y, aunque ahora nuestra relación fuera distante, sabía que adoraba a mi niño y, por tanto, si jugaba bien mis cartas, ella podía estar conmigo en el momento en que Stephan apareciera.

Una oportunidad irrepetible para observarlos a ambos y descubrir su engaño.

## Capítulo 8



Claire insistió en acompañarme, lo cual desbarataba mis planes, por lo que tuve que recurrir a todo mi ingenio para poder marcharme sin ella. La engañé diciendo que, aparte de una reunión con el administrador, cosa de la que por cierto debería ocuparme en breve para darle nuevas instrucciones, quería pasar una tarde con Camille para intentar retomar nuestra amistad y que para ello sería mejor que nos viésemos a solas.

Como no quedó muy convencida y adujo, con toda lógica, que si yo iba a estar ocupada con Camille, alguien tenía que vigilar a Alexander, terminé enviándola de compras para que tuviera algo sugerente que enseñarle a su marido. Eso último pareció complacerla y por fin pude marcharme sola con mi hijo, tal como había pensado.

—Es el vivo retrato de su padre —comentó entusiasmada mi antigua doncella y amiga, cuando se reunió con nosotras en el saloncito.

Había ordenado que apartaran los muebles y despejado la sala para que Alexander pudiera moverse con entera libertad y sin peligro.

Me quedé sentada observando a Camille sonreír y hasta rejuvenecer mientras jugaba con mi hijo. No le importó incluso sentarse con él en el suelo.

Mientras ellos jugaban, fui consciente de cuánto habían cambiado las cosas y de lo mucho que deseaba que algunas no lo hubieran hecho nunca. Siempre pensé que Camille estaría a mi lado en los momentos más importantes de mi vida y que tendría su apoyo incondicional. Qué ilusa había sido creyendo que nada podría separarnos y, como ironía del destino, había sido a causa de un hombre. Bueno, mejor dicho, de dos.

A medida que pasaban los minutos y a pesar de saber que en cualquier instante aparecería Stephan, me fui relajando, pues, como madre orgullosa, estuve mirando a mi hijo dar sus torpes pasos y gritar entusiasmado ante la atenta mirada de Camille, que disfrutaba tanto o más que el pequeño.

Eso hizo que me olvidara de todo, en especial del lío en el que estaba metida.

Alexander vino tambaleándose hasta mí y me incliné para cogerlo y que no se cayera de bruces, pero el pilluelo tenía otros planes, como reírse y darse la vuelta para que lo persiguiera.

Y sí, era igual que su padre.

Con las risas y el alboroto no nos dimos cuenta de que alguien entraba en la estancia.

Camille se percató en el mismo momento que yo, que me quedé sin habla, pues vi que ella no fingía sorpresa, sino que se comportaba como si lo esperara.

—Buenas tardes, capitán —lo saludó con afecto.

No podía dar crédito a la escena. Sin embargo, caí en la cuenta de que ambos lo

habían preparado todo, mientras yo, como una tonta, había creído poder pillarlos y así sacar conclusiones.

Stephan me miró arqueando una ceja ante mi silencio.

—Creo que os dejaré a solas, tenéis mucho de qué hablar —dijo, agachándose para coger a su hijo en brazos y llevárselo.

Cuando cerró la puerta, Camille se sentó a mi lado.

—El capitán y yo pensamos que no tenía sentido seguir ocultándotelo —comenzó, sin rastro de arrepentimiento.

—Y ahora esperáis que os perdone, así sin más —murmuré, conteniendo mi rabia.

—Él sabe lo que hace —respondió en un odioso tono condescendiente que me sacaba de mis casillas.

—¿Por qué? ¿O es que no me he ganado ya el derecho a saber de qué va todo este burdo asunto? ¿Cuándo seré digna de participar en vuestros manejos?

—Creímos más prudente que te quedaras al margen, por seguridad. El capitán...

—¡Explícamelo de una maldita vez!

—El capitán está llevando a cabo una misión de suma importancia, Ornela. Necesita toda la libertad de movimientos.

—A esa conclusión ya había llegado yo sola —rezongué, hastiada de que me tomaran por tonta.

—Tu esposo le pasa información al ejército francés.

—¿Cómo?! —exclamé levantándome. Era lo último que esperaba—. ¿Stephan es un traidor?

—No, siéntate —replicó ella ante mi acusación.

Obedecí sin tener muy claro cómo reaccionar y a la espera de que Camille me explicase los detalles para poder comprender aquella locura.

—La información que maneja está cuidadosamente estudiada y filtrada desde el Ministerio de la Guerra —prosiguió en tono suave.

Mi desconcierto iba en aumento.

—Pe... Pero ¿cómo?

—De ahí su doble identidad. Se ha ganado la confianza de varios generales franceses... a través de sus esposas.

—Comprendo...

No podía permanecer más tiempo sentada, así que me acerqué a la ventana.

—A los ojos de mucha gente ha traicionado a su país, por eso fingió su muerte. Pensaba que de esa forma se acallarían las voces que pedían que se pusiera precio a su cabeza por alta traición.

—¿Y por qué se ha arriesgado a venir?

—Por ti, Ornela. ¿Cuándo vas a ser consciente de lo mucho que el capitán te ama?

Eran justo las palabras que esperaba escuchar. Una bonita declaración que iba

directa a halagar mi vanidad, para así tenerme contenta y poder seguir jugando a los espías.

Por otro lado, la información que Camille me brindaba no estaba completa. Mucho de lo que me decía yo ya lo sabía, así que tampoco se estaban esforzando tanto por ser sinceros.

—¿De verdad me ama? —pregunté con una sonrisa cínica.

—Sí, no lo dudes nunca —aseveró ella.

—Si ha regresado ha sido porque lo provoqué con la venta de la casa, no porque de verdad quisiera venir. Pero supongo que ya estás al tanto de todo eso, ¿no? Fuiste tú quien le informó de mis movimientos, quien le ha estado dando detalles de mi vida.

—Y no me arrepiento de ello —me espetó.

—Tu lealtad me conmueve —repuse con sarcasmo.

—Algún día comprenderás que los motivos de todo esto están por encima de tus caprichos, Ornela.

—Nunca más vuelvas a hablarme así. Estoy cansada de que me toméis por una engreída, caprichosa y voluble criatura que debe ser guiada a cada paso.

—Pues no te comportes como tal —me recriminó ella—. Y deja de pensar siempre en ti.

—¿Debía entonces permanecer en casa, mano sobre mano, rezando para que mi marido regrese sano y salvo, cuando sé que está acostándose con otras en acto de servicio?

—No siempre es así. Para él representa un verdadero infierno tener que jugar a seducir para sonsacar información.

—Por eso tiene una amante, por si le fallan sus dotes de seducción —repliqué con toda mi amargura.

—Esa mujer solo hace su trabajo y te aseguro que nunca ha habido nada serio entre ellos.

—A estas alturas me da igual —murmuré, respirando hondo para no empezar a romper cosas y descargar así mi frustración.

De nuevo nos encontrábamos en el mismo punto de partida, dos posiciones enfrentadas y sin una solución a corto plazo.

En medio de esa tensión apareció Stephan con Alexander en brazos; nada más vernos, supo que poco o nada se había solucionado entre nosotras. Le dirigió una elocuente mirada a Camille, esperando que esta le hiciese un gesto que diese a entender que todo había ido bien.

Pero nada más alejado de la realidad. Ya deberían saber que a mí no se me contentaba con una mísera explicación, bastante edulcorada y retocada.

—¿Todo bien? —preguntó él, mientras Alexander, inquieto, se revolvía entre sus brazos.

Mi hijo se comportaba igual que ante cualquier extraño, lo cual resultaba triste, ya



que era su padre; pero apenas habían estado juntos, algo de lo que sin duda Stephan era el responsable.

—No, capitán —respondió Camille—, es difícil arreglar en unos minutos lo que se ha destrozado durante varios meses.

Miré a Stephan. Que mi vieja doncella hablara como si todos fuéramos responsables me molestaba, pues yo no había sido partícipe de aquellos tejemanejes. Yo era la parte pasiva, quien, sin comerlo ni beberlo, pagaba las consecuencias.

—Señora Bonnet, muchas gracias por sus esfuerzos.

Camille, agradecida por sus palabras, fue a por Alexander, que no dudó en dejarse atrapar por ella. Cualquiera cosa con tal de seguir jugando. Terminaría agotado y dormido en mis brazos de regreso a casa.

—Será mejor que me vaya —susurré, tras ver que allí ya no había nada más de lo que hablar.

Ninguno de los dos iba a sincerarse por completo conmigo y por tanto prefería no seguir escuchando medias verdades.

—No. Aún tenemos un par de asuntos que discutir —dijo Stephan, y su más fiel servidora se ocupó de llevarse a mi hijo para darnos la privacidad necesaria.

Me acerqué a la licorera y me serví una generosa cantidad de *brandy* en una copa. Delante de Stephan no me iba a andar con disimulos. Él sabía lo mucho que me gustaba tomar un buen licor, pese a que tal práctica no debía ser conocida.

—¿Mataste a Banks? —pregunté a bocajarro.

Él hizo una mueca, pero no respondió.

—Sírreme una, por favor.

—¿Lo hiciste? —insistí, entregándosela.

—¿Me crees capaz?

—Nada de lo que hagas puede sorprenderme, así que si te lo pregunto es por simple curiosidad.

Se rio sin ganas y se bebió la copa de un trago. Un gesto rudo, casi grosero: el verdadero carácter de Stephan, muy alejado de las florituras con las que debía adornarse lord Sterling.

—Si te soy sincero... —mi risa estridente hizo que hiciera una pausa—... nada me hubiera gustado más. Pero no, no tuve nada que ver —añadió serio.

—De acuerdo, aunque estoy segura de que conocerás los detalles. ¿Me equivoco?

—Ay, Ornela...

—¿Me equivoco?

Stephan intentó un acercamiento, pero yo me escabullí con habilidad y me parapeté detrás de un sillón para evitar caer en la tentación de sus brazos.

—No, no te equivocas —convino, aceptando que no iba a poder tocarme—. No puedo hablarte de los pormenores, pero sí te diré que las malas compañías tuvieron mucho que ver.

—¿Qué relación existía entre los negocios de Banks y los de mi padre?

Por su expresión supe que no se esperaba esa pregunta.

—¿Cómo sabes tú...?

—Querido, que me tomes por tonta no significa que lo sea —contesté, orgullosa de haberlo desconcertado.

—No sé qué has estado haciendo a mis espaldas... —masculló, sin poderse creer que, pese a todos sus esfuerzos, yo hubiese conseguido burlar aquella especie de censura.

—Muchas cosas —repliqué altanera—. Y ahora responde, ¿qué conexión existía entre los negocios de mi padre y los de Banks?

Furioso, e intentando aplacarse, me fulminó con la mirada, lo cual me satisfizo, pues significaba que yo era capaz de jugar según sus reglas y además estar a la altura. Así aprendería a no menospreciarme. Por sus gestos podía intuir que estaba analizando la situación y sopesando qué información podía darme, lo cual me enervaba, ya que de nuevo me dejaba al margen.

—Da igual, no hace falta que me lo digas. Soy capaz de averiguar por mí misma esa verdad que tanto te afanas en ocultarme —terminé diciendo ante su silencio.

—Ornela, es peligroso, maldita sea.

—Siempre hablas de peligro. ¡Todos lo hacen! No obstante, me atrevo a pensar que es un peligro ficticio.

—Escucha y escucha bien. Banks estaba metido en asuntos de contrabando. No era el comerciante honrado y de éxito que tú pensabas.

Que me tomara por una ingenua mujercita ya era el colmo.

—A todos los hombres os gusta tener un lado oscuro —lo acusé, sin importarme las consecuencias, que, a buen seguro, consistirían en un encendido discurso sobre el bien y el mal.

—No me compares con ese desgraciado —me advirtió, señalándome con la copa ya vacía y mirándome con cara de asco por haberlo metido en el mismo saco.

—Ahora me dirás que siempre te has mantenido dentro de la ley, que nunca has hecho cosas indignas y que eres el salvador de la patria —le espeté sin el menor remordimiento.

—No tienes ni puta idea de lo que hablas —masculló, acercándose a mí de manera amenazadora.

—Pues entonces explícamelo.

—Yo me juego el pellejo, pero no en beneficio propio —dijo, cada vez más tenso.

—Te beneficias a muchas mujeres, considéralo un justo pago por tus servicios —aduje, utilizando cualquier arma en mi defensa.

—¡Ornela! —me gritó.

Nos estábamos haciendo mucho daño con aquellas palabras y alguno de los dos debería ceder, pero yo no iba a ser la primera, no al menos si no veía un mínimo gesto por su parte. Un guiño, algo que me ayudara a comprender su comportamiento.

Por todo aquel estúpido entramado, yo había pasado momentos muy amargos,

durante los que pensé que nunca volvería a sonreír, y ahora Stephan pretendía que lo olvidara sin más.

—Todo lo que he hecho ha sido por una noble causa.

—Eso dicen todos. Supongo que Banks pensaba lo mismo cuando hacía sus negocios.

Cansado de mis hirientes réplicas, lanzó la copa vacía contra la chimenea, exteriorizando así su rabia. No me asusté, sin embargo, cuando vino directo hacia mí, me agarró de los hombros y me zarandó; sí sentí pánico, en cambio, de lo que pudiera hacerme.

—No vuelvas a compararme con ese malnacido, ¿me oyes, Ornela?! —exclamó con aire amenazante.

Respiré profundamente. Quizá me había excedido en mis comentarios, pero todo era culpa suya.

—Suéltame —musité, mirando hacia otro lado.

—Cuando todo esto acabe y pueda hablar con libertad, te darás cuenta de tu error.

Me abrazó. Sin duda estaba sosteniendo un intenso debate interior entre la lealtad a sus superiores y la lealtad hacia mí.

—¿Y cuándo ocurrirá eso? —pregunté dejándome abrazar, entendiendo que, dadas las circunstancias, no deberíamos volver a hablar de aquel espinoso asunto.

—No lo sé, Ornela —admitió con tristeza, acariciándome la espalda—. No lo sé —repitió.

—Será mejor que no volvamos a vernos —dije en el mismo tono.

—Me pides un imposible... —suspiró con sus labios junto a mi oído.

—Mientras te empeñes en mantenerme al margen, en ocultarme la realidad, no será posible estar juntos.

—Eso sin contar el pequeño detalle de que estás casada —alegó molesto.

—No hay vuelta de hoja.

—¿No? ¿De verdad lo crees?

Asentí con la cabeza.

—Hay que asumir las consecuencias de nuestros actos. Y no me arrepiento de las decisiones que he tomado.

—¿Y has pensado alguna vez en las consecuencias de tus actos para los demás? —me espetó, apartándose para mirarme a los ojos a la espera de que cayera rendida a sus pies.

En realidad, para eso faltaba muy poco. Su cercanía siempre obraba el milagro de hacerme olvidar todas sus ofensas.

—Sí y no miro atrás —respondí, sonando convincente.

—¿Y has pensado qué pasaría si reaparezco públicamente?

«Mil veces», pensé.

—No lo harás.

—¿No? —preguntó, con una media sonrisa burlona.

—No te conviene.

—¿Eso crees?

—Sí —afirmé sin titubear.

—Si yo decidiera reaparecer, tu matrimonio no tendría validez, Ornela. Te acusarían de bigamia.

Bien que lo sabía, pero no iba a dar muestras de preocupación.

—No lo harás porque te has arriesgado mucho como para echarlo ahora todo a perder por un ridículo ataque de celos.

Stephan sonrió de medio lado. Quizá resignado, quizá guardándose un as en la manga.

—De momento no, tienes razón. Pero algún día deberemos afrontar esto.

No tenía sentido negarlo. Le acaricié la mejilla.

—Algún día —murmuré.

## Capítulo 9



**D**ejé pasar unos días antes de mi cita con el señor Roberts. Por increíble que pareciera, había recibido algunas ofertas aceptando el desorbitado precio que pedía por la casa. Una lástima, pues si hubiera sido por la finca donde residía la madre de Stephan no lo habría dudado. Esa bruja y yo teníamos una deuda pendiente.

Se había mostrado brevemente preocupada por su nieto y después ni siquiera se había molestado en volver a visitarlo o preguntar cómo estaba. Durante su breve aparición, procuró dejar bien claro delante de todos lo mucho que le importaba el futuro del niño, pero después, una vez que los espectadores desaparecieron, su interés se había esfumado.

Despaché los asuntos con el desconcertado administrador, que se limitó a tomar nota de lo que le dije, como buen sirviente, aunque supuse que en el fondo se alegraba de que no fuera a dejar en la calle a la señora Gardner-Taylor.

Deseché las preocupaciones referentes a los asuntos de Stephan, ya que, tras nuestro encuentro, había llegado a la conclusión de que debía buscarme otra fuente de información. Estaba decidida a desenmarañar aquel entramado, pero de momento, hasta que encontrara un hilo del que tirar, al tener todas las puertas cerradas tendría que ocuparme de otro asunto.

Charles, como no podía ser de otro modo, permanecía en la inopia respecto a todo lo que yo hacía, lo mismo que Claire, que solo pensaba en el regreso de su adorado William. Mejor, ambos eran una fuente inagotable de buenos consejos y de conducta intachable, algo que no soportaba. Me aburrirían con su diatriba moralizante.

Si se enterasen de que Stephan estaba vivo, podían sufrir una apoplejía. Y si supieran de mi *affaire* con él, no digamos.

No, mejor mantenerlos en la bendita ignorancia.

Pero quedaba un asunto del que Charles sí se encontraba al tanto y era mi deseo, o capricho, de que me pintara desnuda. Como había estado ocupada en otros menesteres, lo había dejado de lado, pero no olvidado.

Sin embargo, la llegada del teniente Perlman trastocó todos mis planes, y tuve que soportar la presencia de ese hombre en nuestra casa. Nada más cruzar una mirada con él, ambos fijamos nuestras posturas, aunque por deferencia hacia Claire nos comportamos con corrección.

Charles, a pesar de estar en su propia casa, al principio se mostró cohibido, pues al fin y al cabo se trataba del mejor amigo de mi primer esposo, pero debo reconocer que William se comportó en todo momento con respeto, por lo que todo resultó relajado.

Además, la primera noche, el teniente solo pensaba en irse con Claire al dormitorio, por lo que dudo de que se hubiera dado cuenta de cualquier desaire, en caso de haberse producido.

Esa noche Charles me insinuó que deseaba visitarme y yo accedí.

Entró en mi alcoba tras esperar que yo le indicara que podía hacerlo. Siempre llegaba recién bañado, lo cual era de agradecer, porque la falta de higiene me daba auténtico pavor.

Esa noche podría haberme limitado a quedarme tumbada en la cama y esperar a que Charles tomase la iniciativa, lo cual derivaría en un acto sencillo, delicado y, por desgracia, rápido.

Pero si de verdad quería olvidar a Stephan, el primer paso era encontrar en mi matrimonio la pasión, la excitación y el desenfreno necesarios para ello.

Así que salí de la cama y me despojé del camisón, que solo usaba cuando sabía que Charles iba a venir.

—¡Ornela! —exclamó, mientras yo caminaba hacia él con una sonrisa pícaro en los labios, procurando que mis movimientos resultaran seductores.

Sin hacer caso de su exclamación, continué con mi plan. Levanté los brazos para rodearle el cuello con ellos, lo atraje hacia mí y sin vacilar, acerqué mi boca a la suya y lo besé. No como habría deseado, pues de haberlo hecho con fuerza él me habría rechazado. Lo tenté, lo provoqué, hasta que poco a poco fue separando los labios.

Gimió encantado con mi atrevimiento, como no podía ser de otro modo, y, para caldear un poco más el ambiente, jadeé, exagerando un poco.

—Te he echado de menos... —murmuró, dándome cientos de besos alrededor del cuello, mientras sus manos se mantenían en mi cintura sin moverse, a pesar de estar desnuda y deseando que me acariciara.

—Charles... —musité, tomando de nuevo la iniciativa.

Le desanudé el cinturón de la bata y posé las manos sobre su pecho. Percibí lo rápido que le latía el corazón y lo excitado que estaba cuando deslicé la mano hasta tocar su erección.

Dio un respingo, pues no terminaba de asimilar que yo fuera tan activa. Sostuve su pene en mi mano y se lo masajé con delicadeza, consciente de que él no era amigo de gestos bruscos.

Por fin pareció reaccionar y, tras desprenderse de la bata y quedarse desnudo, me condujo hasta la cama, donde me depositó con delicadeza.

Su técnica habitual era acostarse sobre mí y besarme, tocarme... en definitiva, agasajarme con sus atenciones mientras yo permanecía pasiva. No me disgustaba e incluso a veces resultaba cómodo no tener que hacer nada, pero desde la primera vez que mantuve relaciones sexuales supe que en el sexo la comodidad no existe, y si la hay, solo lo perjudica.

Por esa razón, no permití que esa noche repitiera el mismo esquema.

—Quiero besarte —exigí, recurriendo a la ambigüedad para que él no rechazase de plano mis intenciones—. Recuéstate.

Charles frunció ligeramente el cejo, sin duda para él esas cosas no ocurrían entre esposos, pero si de verdad quería que mi matrimonio funcionase debía intentarlo y,

con el tiempo, él comprendería que entre marido y mujer se podía follar igual que entre amantes.

Obedeció y me puse a horcajadas, poniendo especial cuidado en que su erección quedara bien atrapada entre mis piernas, de tal modo que cuando comencé a balancearme podía sentir toda su longitud estimulándome. La fricción continua con mi clítoris era justo lo que necesitaba para excitarme de verdad y dejar de fingir.

Me humedecí y cerré los ojos, creando así un clima especial, mintiéndome a mí misma e intentando convencerme de que Charles era el hombre de mi vida. Pero a medida que avanzaba y oía sus jadeos, en mi cabeza aparecía la imagen de Stephan, su expresión de placer, de desconcierto...

—Ornela... —gimió él con cierto aire de temor, cuando me moví hacia atrás, liberando su erección hasta quedar arrodillada entre sus piernas.

Sin pensarlo, me incliné hasta depositar un prometedor beso en la punta de su pene.

—¿Qué vas a hacer?

Su pregunta hizo que arqueara una ceja.

—¿Tú qué crees? —le respondí con sarcasmo, humedeciéndome los labios por si aún quería una explicación más clara.

—No puedes... tú no... —titubeó ante mi determinación.

Intuía que iba a impedírmelo, así que agarré su polla con una mano, sujetándola hasta acercarla a mi boca y metérmela dentro.

—Mmm —ronroneé, para que entendiera que aquel tipo de prácticas me gustaban y que para mí era grato darle placer.

—Ornela, no... —gruñó, intentando apartarme.

Pero no me rendí. Puede que se negara a aceptar que yo, su idolatrada esposa, me comportara igual que una prostituta; sin embargo, su cuerpo reaccionaba encantado ante mis habilidades.

—Te gusta, no lo niegues... —susurré en tono sugerente.

Succioné con más fuerza y vi de reojo cómo se retorció, sin duda muy cerca del orgasmo. Podía ser más atrevida aún, pero pensé que no debía ir tan deprisa con él.

—Aparta, por favor —me rogó una vez más, incomodándome.

Muchos hombres se mostrarían más entusiastas si su esposa, en vez de permitirles visitar su alcoba dos veces al mes, a oscuras y con el camisón remangado en la cintura, se mostraran más proclives a disfrutar de las bondades matrimoniales.

—Quiero hacerlo —aseguré.

—Tú no, mi querida Ornela, tú no eres de esas.

Esa frase fue como un cubo de agua fría, no solo para mi excitación, que desapareció de inmediato, sino también para mi propósito de encontrar en mi matrimonio la satisfacción sexual que me permitiera olvidarme de otros hombres, en especial de Stephan.

—Tienes razón —farfullé y me tumbé a su lado, boca arriba, adoptando la postura

que se esperaba de una esposa complaciente.

Charles, aliviado al ver que las aguas volvían a su cauce, se colocó encima y, tras besarme delicadamente, me penetró.

No sentí nada. No hubo dolor ni placer, solo un leve roce que ni de lejos me llevaría al orgasmo.

—Mi querida Ornela... —repetía, al ritmo de sus embestidas. Nada de gestos bruscos, nada de palabras picantes—. Te quiero tanto, tanto...

Ese exceso de delicadeza hizo que desconectara, limitándome a abrazarlo y esperar que acabara cuanto antes, algo que, por suerte, ocurrió en apenas cinco minutos.

Gimió muy bajito al correrse dentro de mí, como si me pidiera perdón por ello, y después me besó en la frente, sin duda como se besa a una buena esposa con la que un marido satisface sus necesidades básicas.

Visto desde fuera, podía parecer que era amable, considerado y todo un caballero por su comportamiento, incluso creo que muchas viejas matronas me envidiarían por no tener que someterme a lo que ellas denominaban con un odioso eufemismo: «obligaciones conyugales».

No obstante, era triste pensar que algo tan placentero, algo que podía unirnos no era más que una mera obligación carente de pasión, al desarrollarse bajo unos absurdos e incomprensibles parámetros, rancios y desde luego ridículos, que convertían a las mujeres en simples receptáculos.

Visto desde un punto de vista irónico, hasta podía entender a esas aburridas casadas que evitaban a sus maridos y únicamente los dejaban acercarse a su alcoba de Pascuas a Ramos; yo también evitaría acostarme con mi esposo y así no sabría lo que era quedarme insatisfecha.

Como era de esperar, Charles me preguntó si me encontraba bien, me ayudó a ponerme el camisón y me deseó buenas noches antes de regresar a su dormitorio.

Me lo quité nada más cerrarse la puerta. Dormir desnuda era para mí un placer irrenunciable.

Tras esa desastrosa noche con Charles, me levanté dispuesta a pasar página; ya encontraría, fuera de mi cómoda vida de condesa, el placer que como mujer se me negaba.

Desde luego, parecía condenada a no encontrar todo lo que buscaba en el mismo hombre, cuando sería magnífico disfrutar a la vez de la pasión y el desenfreno de Stephan junto con la paciencia y la agradable compañía de Charles.

Cuando bajé a media mañana, suponiendo que mi esposo ya estaría recluido en su estudio o visitando alguna exposición de esas que calificaba de increíbles y que a mí me aburrían sobremanera. Di instrucciones a la niñera y estuve un rato con Alexander, antes de pasar por el comedor pequeño para tomar algo ligero. Cuando entré, me di cuenta de que ya era tarde para dar marcha atrás. Allí estaba William Perlman, el hombre al que aborrecía con todo mi ser, dando buena cuenta de las



exquisiteces que había preparado mi cocinera.

—Buenos días, querida condesa —me saludó, poniéndose en pie con fingida cordialidad.

—Buenos días —murmuré seca, dando a entender que prefería desayunar en silencio y que le agradecería eternamente que captase la indirecta.

Por suerte, entendió a la primera que no iba a mantener ninguna conversación con él y siguió desayunando en silencio.

Yo me serví una taza de té, obviando el resto de la comida allí dispuesta, y, mientras daba sorbitos esperando que se enfriara, no pude evitar fijarme en William.

Sí, no cabía duda de que seguía teniendo la misma expresión de libertino, aunque no se podía pasar por alto su agotamiento. Quizá debido a la intensa actividad nocturna en el lecho conyugal, pero mi intuición me decía que aquel cansancio no era únicamente físico.

—Tengo la sensación de estar siendo observado como a un caballo antes de ser subastado —dijo en aquel tono tan insufrible que yo tanto odiaba.

Dejé la taza en la mesa y, lejos de desviar la atención, como William sin duda esperaba, continué mirándolo. Y entonces me di cuenta de que estaba cambiado y, para mi más completa desesperación, incluso sentí un atisbo de pena por él.

—¿Ornela? —insistió, utilizando mi nombre de pila, cuando las buenas maneras obligaban a que se refiriese a mí por el título o por mi apellido de casada—. ¿He aprobado la inspección?

Su burla no sonaba como lo habría hecho meses atrás, incluso daba la impresión de que se tuviera que esforzar para ser irónico.

—¿Perdón? —contesté, haciéndome la tonta, y aproveché para servirme otra taza de té y así ganar tiempo.

—Nos conocemos, querida, no finjas conmigo. Sé muy bien que no eres una cabeza hueca.

Se recostó en su silla y sonrió de medio lado.

¿Estaba siendo amable conmigo? ¿Intentaba que hiciéramos las paces?

Desconfié, aunque si lo pensaba con detenimiento, quizá esa actitud pudiese ser beneficiosa para mí. Como no tenía nada que perder, hablé sin ambages:

—Muy bien, ya que te veo tan predispuesto, juguemos al juego de la verdad.

El muy canalla sonrió, se cruzó de brazos y hasta me guiñó un ojo.

—Juguemos —accedió.

Sonreí yo también, aunque seguía sin fiarme de aquella aparente buena voluntad.

—No voy a preguntarte lo evidente, pues sé que estás al tanto... —bajé la voz por si había oyentes indeseados cerca— de la vida y milagros del capitán.

Sopesó durante unos segundos mi afirmación y comprendió que no merecía la pena andarse con rodeos.

—Lo estoy —admitió, también en voz baja.

—¿Me dirás entonces cuál es su paradero actual?

—Está en París.

Tragué saliva, no esperaba que me lo dijera. Me angustié, pues Stephan había vuelto a meterse en la boca del lobo.

—Decirte que guardes el secreto está de más, pues sé de primera mano que se puede confiar en ti.

—Gracias.

—De nada. Puede que te cueste creerlo, pero no deseo que le ocurra nada.

—Lo sé.

Me sentía extraña manteniendo aquella conversación y más aún con William, pero tenía que aprovechar las circunstancias, pues dudaba mucho que volvieran a repetirse.

—¿Cuál es su cometido esta vez? ¿A la esposa de qué general debe seducir ahora? —formulé la pregunta tragándome la bilis que me producía imaginarlo en brazos de otra, por mucho que fuera por una noble causa.

—A ninguna...

William se puso en pie y, abandonando su aire burlón, dejó entrever su preocupación. Me miró fijamente a los ojos.

—Está preso —añadió.

—¿Preso?! —exclamé sin poder contenerme.

—Joder, no debería haberte dicho nada —masculló él, advirtiéndome con la mirada que no volviera a gritar—. Creemos que le han tendido una trampa.

Negué con la cabeza y se me escapó la primera lágrima. No podía ser.

—¿Creemos?

—La señorita Lakerwood consiguió escapar y ponerse en contacto con nosotros.

No hizo falta especificar que se refería a Hannah.

—Qué suerte —mascullé, deseando que hubiera sido al revés—. ¿Cómo puedo yo...?

—Ornela, no puedes, no debes hacer absolutamente nada. Tienes que seguir como hasta ahora. Puede que tu matrimonio con Charles fuera un duro mazazo para el orgullo de Stephan, pero, visto en perspectiva, es lo mejor para todos. La coartada perfecta.

—¡Excelente! —contesté con amargura, pero fui consciente de que lamentarme y lloriquear de poco serviría—. Muy bien, ¿de qué se lo acusa?

—De contrabando.

—¿Contrabando? —repetí.

—Por lo visto, el muy inconsciente sigue empeñado en...

—¿En qué? —Tenía un nudo en la garganta que crecía a cada momento.

—Sé que estás al tanto de la muerte de Banks. Fue idea mía que te lo comunicaran por cauce oficial, para así evitar especulaciones.

—¿Qué tiene que ver...?

—Ah, estáis aquí —dijo Claire, interrumpiendo nuestra conversación.

Me sonrió, toda candidez, y a mí me dieron ganas de estrangularla. William cambió al instante su semblante serio y pasó a tener el de un marido enamorado.

—Buenos días, amor. ¿Has descansado bien?

Puse los ojos en blanco cuando Claire se ruborizó hasta la raíz del pelo.

—Sí —respondió tímida.

Salí del comedor, porque aquella escena de felicidad conyugal me producía ardor de estómago y porque la preocupación por el destino de Stephan no iba a permitirme vivir y olvidarme de él como pretendía.

Los días transcurrían en una apacible e insulsa quietud, mientras yo no dejaba de pensar en Stephan. Intenté por todos los medios volver a coincidir a solas con William y así finalizar nuestra conversación, pero un cúmulo de circunstancias lo hicieron imposible.

Para empezar, Claire parecía dispuesta a no separarse ni un segundo de su marido, al que, bajo mi punto de vista, atosigaba, pero a aquel libertino reformado se lo veía encantado con las atenciones de su esposa. En otro momento simplemente los habría considerado tediosos; sin embargo, ahora debía soportar su felicidad conyugal cuando yo peor lo estaba pasando.

Llegué incluso a enviarle una nota a William pidiéndole vernos a medianoche, como si fuéramos dos amantes furtivos, desesperada por saber si había recibido noticias. No obstante, él se negó a verse conmigo y yo me desesperé aún más.

Lamentablemente, el teniente Perlman se había percatado de que sus confidencias habían ido más allá de lo prudente y no deseaba volver a caer en la tentación de hablar más de la cuenta conmigo.

Cuando anunció que debía reincorporarse al servicio, maldije en silencio y todos cayeron en la cuenta de que me afectaba más de lo que podía considerarse normal, aunque, como siempre, Claire fue la única que interpretó de otro modo mi actitud.

—Eres la mejor amiga que puedo tener —me dijo entre lágrimas, abrazándose a mí mientras veíamos partir a su marido—. Solo una mujer que ha pasado por lo mismo comprende mi desazón y tú, a pesar de que puedes disfrutar de tu esposo junto a ti, te entristeces al verme sufrir.

Solo ella era capaz de verme un lado bueno.

## Capítulo 10



**E**stábamos a principios de junio y los días soleados abundaban, lo que para un pintor era una bendición. Yo nunca me fijaba en esos pormenores, pero Charles sí y, a pesar de mis preocupaciones y mi nerviosismo, le pedí que cumpliera su palabra.

Cuando una mañana me anunció que la luz era la idónea para que yo posara, sonreí, aunque no me mostré todo lo entusiasmada que debería.

Cerró la puerta de su estudio y, sin esperar a que me diera indicaciones, me quedé desnuda.

—Ornela, por favor... —murmuró, mientras sacaba sus útiles de pintura—. Hoy no es necesario, pues solo voy a hacer unos bocetos a carboncillo.

Puse los ojos en blanco.

—Soy tu esposa, por el amor de Dios, no es necesario que te escandalices —le espeté, a punto de perder la calma.

Me senté en el diván que había junto a la ventana y me solté el pelo, ahuecándomelo con las manos. Quería un retrato auténtico, nada de un posado artificial, solo yo y mi cuerpo tal como era, sin adornos.

—Así va a ser imposible —se quejó, mirándome con desaprobación.

Pero no le quedó más remedio que aceptar la situación y, resignado, se acercó a mí para colocarme bien. Con evidentes signos de incomodidad, me movió hasta quedar satisfecho y luego estuvo unos cuantos minutos observándome en silencio, al parecer todavía no contento con el resultado.

—Ornela, esto no va a funcionar. No te estás quieta y eso es primordial para que te pueda dibujar.

—No quiero una pose artificial, anquilosada, como la de esos retratos que cuelgan de las paredes.

—Ten por seguro que este no colgará de una pared —replicó y yo asentí únicamente por evitar una discusión, pero si de verdad Charles tenía talento, aquel cuadro colgaría de mi dormitorio, con o sin su aprobación.

Se sentó y yo adopté una pose más relajada, recostándome parcialmente, con una pierna doblada y la otra colgando. Dejé que el cabello me cubriera solo un pecho y me concentré en permanecer inmóvil.

No sabía si la luz natural era la más idónea para pintar, pero sentir los rayos del sol calentándome hizo que me relajara y hasta que cerrara los ojos.

No sé cuánto tiempo permanecí así, pero cuando volví a abrirlos, Charles fruncía el cejo, mientras varias hojas arrugadas estaban tiradas en el suelo.

—¿Qué ocurre? —pregunté, desentumeciéndome los músculos antes de volver a quedarme quieta.

—Es difícil de explicar —masculló.

Lo cierto era que así, despeinado, en camisa, parecía otro, más humano, más

cercano. Muy diferente del hombre impecable que siempre era.

—Inténtalo —susurré, conteniéndome para no decirle que su tono condescendiente me molestaba sobremanera.

—Verás, cuando pinto necesito... desconectar y contigo me resulta imposible —confesó y noté que se sentía avergonzado.

—¿Por qué? —quise saber y, como necesitaba moverme, me levanté y me acerqué para coger del suelo aquellos bocetos arrugados y averiguar si merecía la pena el esfuerzo.

—Son horribles —protestó, cuando me vio desplegar el primero.

—Oh, Charles... —exclamé emocionada, al contemplar aquel escueto esbozo a carboncillo.

Me emocioné de verdad al verme allí retratada. Puede que necesitase corregir alguna cosilla o perfeccionar algo, pero a medida que iba extendiendo las diferentes hojas, no podía por menos que admirar su talento.

Lo abracé desde atrás y lo peiné con los dedos, haciéndole saber lo mucho que me gustaban sus bocetos.

—Les falta algo, no sé —volvió a disculparse.

—¡Son fantásticos! —Y lo eran de verdad. Yo no salía de mi asombro.

Había hecho varios dibujos de cada parte de mi cuerpo, pero los que más me impactaron fueron los de mi cara.

Yo me había contemplado infinidad de veces en el espejo, desde varios ángulos y en diferentes momentos y estados de ánimo, pero nunca me había visto así, con la mirada de Charles.

Lo rodeé y me senté en su regazo, abrazándolo, y, a pesar de que nunca funcionaríamos como amantes, sí éramos amigos, por lo que no dudé en darle un beso. Aunque tenía muy presente que solo sería un beso, pues Charles nunca me tumbaría sobre aquella alfombra y me follaría.

—Tienes un talento increíble.

—La única razón por la que dices algo así es porque me quieres. No eres objetiva.

—Ahora mismo vas a coger esos pinceles y vas a empezar a pintar, te prometo quedarme inmóvil y colocarme como tú me digas.

Me incorporé y regresé al diván, donde me acomodé, dispuesta a posar las horas que hiciera falta para que él pudiera trabajar en el cuadro.

—Mi querida Ornela... —murmuró acercándose y, tras darme un beso en la frente, se acuclilló y me cogió las manos.

Yo le acaricié la mejilla lamentando en silencio no ser otro tipo de mujer, más calmada y tradicional, para apreciar a un hombre como él.

—Ahora la luz ha cambiado y será mejor esperar a primera hora de mañana.

Asentí sin objetar nada, puesto que para ser el primer día había resultado muy productivo; además, dado el carácter de Charles, era mucho mejor no forzar la situación. Habíamos dado el primer paso y eso era lo más importante.

Al día siguiente, tal como me prometió, estábamos de nuevo en su estudio, dispuestos a continuar con la sesión. Sonreí con disimulo, pues seguía costándole bastante verme desnuda y posando; sin embargo, terminó por aceptarlo.

Por contradictorio que pueda parecer, permanecer quieta resultaba agotador, pero lo intentaba con toda mi voluntad. Dejaba el cuerpo relajado y me concentraba en mis pensamientos, mientras Charles, concentrado en su labor, me retrataba.

De repente empecé a sentirme mal. Me llevé una mano al vientre intentando reprimir mi malestar. No tenía sentido, pues solo había tomado una taza de té; a pesar de ello, mi estómago reaccionaba como si hubiera dado cuenta de un banquete pantagruélico. Me retorcí incómoda.

—Estate quieta —me recordó Charles.

—No me encuentro bien —contesté, a punto de vomitar.

No me dio tiempo a buscar un lugar donde hacerlo con dignidad y vomité el pobre contenido de mi estómago en la alfombra.

—¡Ornela!

Charles tiró sus útiles de pintura y, sin importarle aquella asquerosidad, corrió a ayudarme. Me apartó el pelo de la cara y me limpió con los faldones de su camisa.

—No sé qué me pasa —gemí.

Pero él no perdió el tiempo en lamentaciones. Me cubrió con la bata y me cogió en brazos.

Cuando empezaba a subir la escalera, nos cruzamos con Claire, que se preocupó al vernos.

—¿Qué ocurre? —preguntó alarmada.

—Avisa al médico, Ornela no se encuentra bien.

—Ahora mismo.

Charles me llevó con rapidez a mi alcoba y, una vez allí, buscó un camisón. Yo, sin fuerzas para protestar, consentí que me lo pusiera y que después me metiera en la cama y me arrojara como si fuera una niña pequeña.

—No te preocupes, mi querida Ornela, no será nada —me tranquilizó, cogiéndome la mano y sentándose a mi lado a la espera de que apareciera el médico.

Este no tardó mucho en llegar. Hizo salir a mi esposo y, tras el reconocimiento de rigor, llegó a una conclusión que yo, por distintos motivos, no había querido considerar.

—Enhorabuena, condesa.

Me esforcé por sonreír, porque era lo que se suponía que debía hacer.

Cuando se marchó el médico, yo me quedé en la cama. Estaba embarazada, otra vez, y, para mi desesperación, sabía perfectamente quién era el padre. Una circunstancia de lo más inconveniente.

Charles podía pasar por alto muchas cosas, pero ¿cómo iba a presentarme ante él y decirle que estaba embarazada de otro hombre, y encima de Stephan, al que creía muerto?

La puerta se abrió y entró Charles, que, sonriente, se acercó a mí. Yo aún no había digerido la noticia y mucho menos había pensado la manera de planteársela. Pasábamos largos períodos sin acostarnos y tarde o temprano echaría cuentas.

—El médico no ha querido decírmelo, pero por su expresión he deducido que son buenas noticias.

—Sí —asentí, mostrándome acongojada e intentando buscar una explicación convincente para suavizar el golpe que iba a suponer para él la verdad.

Charles me peinó con los dedos. Con cada caricia me sentía más desdichada, pues él se comportaba con delicadeza, cuando yo no merecía tales atenciones. Me sentía mezquina por tenerlo a mi lado. Hacer infelices a mis maridos se iba a convertir en mi especialidad.

—¿Sí? —repitió en tono suave—. Lo dices como si fuera algo malo.

—Puede —lloriqueé, incorporándome en la cama, pero antes de que pudiera decir una sola palabra más, Charles me abrazó con todas sus fuerzas.

—Ay, vida mía... Creía que nunca iba a suceder...

Esas palabras me hicieron reaccionar. Deduje que la noticia le gustaba y entonces supe que mi embarazo era una circunstancia que podía aprovechar en mi favor, puesto que Charles no se hacía las preguntas que cualquier otro hombre se haría.

—¿Estás... estás contento? —pregunté con cautela.

—¿Contento, cariño? Esa palabra no llega a describir ni la milésima parte de lo que en realidad siento. Ornela, mi amor, vamos a tener un hijo.

Mis lágrimas hicieron acto de presencia y él las interpretó como un llanto de alegría.

—Sí, vamos a tenerlo —musité, evitando en todo momento mirarlo a la cara.

A partir de ese instante, Charles se empeñó en no dejarme hacer absolutamente nada. Nunca se había comportado de manera tan autoritaria.

Puede que nuestras relaciones sexuales fueran deprimentes, pero lo fue aún más saber que no iba a tocarme, ya que, según él, podía perjudicarme.

Intenté convencerlo, por activa y por pasiva, de que no era así; yo ya había sido madre y no había tenido ningún contratiempo. Pero él se negó en redondo, así que llegué a la deprimente conclusión de que aquel segundo embarazo se me iba a hacer muy cuesta arriba.

La noticia, como no podía ser de otro modo, se divulgó con rapidez y fueron muchos los que felicitaron a un Charles que irradiaba felicidad.

Durante nuestros primeros meses de casados, alguna que otra voz maliciosa había difundido el rumor de que mi esposo era incapaz de dejarme embarazada, ya que siendo yo viuda y con un hijo de mi primer matrimonio, nadie podía acusarme de ser estéril.

Le escribí unas letras a mi madre dándole la buena noticia, aunque supuse que, debido a los problemas con el correo, tardaría al menos dos meses en recibirla. Debido a la salud de mi odiado padrastro toda la familia se había trasladado al sur, en

concreto a Santorini, una isla a orillas del Egeo, donde el clima y el aire puro ayudarían a sobrellevar la enfermedad pulmonar del marqués.

Una lástima, pues nada me gustaría más que tener a mi madre cerca en aquella ocasión.

También pensé en comunicárselo al teniente Perlman, para que este informara a Stephan, pero cuando llevaba más de media carta escrita, la rompí en pedazos al darme cuenta del error garrafal que iba a cometer.

Además de inducir a Stephan a cometer una estupidez —no sabía si seguía preso—, llevado por su orgullo, podía hacer acto de presencia, lo que desembocaría en serios problemas para todos.

—¿Puedo entrar? —preguntó una voz suave en la puerta.

Disimulé y fingí alegrarme de recibir visitas. Claire, como todos los días, se empeñaba en hacerme compañía, lo que me recordaba que ella podía moverse con libertad y yo en cambio estaba confinada en mi alcoba.

—Sí, adelante.

Normalmente, Claire siempre sonreía y se mostraba optimista, pero aquella mañana de junio lo estaba aún más. Puede que hubiera recibido carta de su marido diciéndole que regresaba en breve, pero me extrañaría, pues había venido a visitarla hacía bien poco.

—Estoy tan emocionada... —Suspiró y yo sonreí sintiéndome un poco estúpida.

—Me alegro —murmuré, sin querer entrar en detalles, pues ella era muy capaz de estar así por el mero hecho de haber encontrado una rosa perfecta en el jardín.

—Pero Ornela ¡si no sabes el motivo! —me regañó de forma cariñosa.

—Querida, cualquier cosa que a ti te haga feliz, a mí me hace feliz —repliqué, recurriendo a una frase manida, y vi cómo surtía efecto.

—¡Eres mi mejor amiga! No, más que eso, eres como una hermana para mí —me dijo cómplice y en aquel tono pueril tan típico de ella.

—Pues, cuéntame, querida, ¿cuál es el motivo de tu alegría? —acabé preguntando, para evitar sus excesivas muestras de fraternidad, más aún cuando mi humor empeoraba debido a mi estado de reclusión.

—Verás yo... —Se sonrojó sin que yo comprendiera el motivo—. William y yo... pues la última vez que él estuvo aquí.

A cada palabra la entendía menos.

—Me hago una ligera idea de lo que hicisteis ambos en tu dormitorio —susurré.

—Pues... ¡Oh, señor! Es... es...

—¡Dilo ya! —exclamé, perdiendo la paciencia.

—¡Estoy embarazada!

—¡¿Cómo?! —grité y Claire asintió con fuerza.

—Tenía mis sospechas, pero no he querido molestarte al estar tú en cama; sin embargo, esta mañana he avisado al médico y ha venido a reconocermelo.

Ahora entendía el motivo de su rubor. Recordar lo que su amado esposo le había



hecho y ser tocada por otro hombre (aunque con fines médicos) debía de superar con creces su grado de tolerancia.

—Me ha dicho que nacerá a finales de enero. ¿Te das cuenta?

Claro que me daba cuenta. Yo, para salvar la situación, había mentido y le había dicho a todo el mundo que también saldría de cuentas a finales de enero. Cuando llegara el momento, debería fingir que se me adelantaba el parto para no delatarme.

—¡Ornela, vamos a ser madres al mismo tiempo!

—Qué bien —dije, y me falló la convicción, porque hasta la entusiasta Claire se percató.

—Ay, perdona, qué insensible soy.

—¿Por qué me pides perdón?

—Porque... bueno, tú estás ahí, postrada en la cama, con mareos y demás, mientras que yo me encuentro estupendamente. No he sentido ni un solo síntoma...

—No pasa nada —me apresuré a decir para que no se sintiera mal.

Claire no tenía la culpa de que aquellos primeros meses estuvieran siendo para mí una auténtica tortura.

Me estrechó la mano en una especie de gesto solidario y terminé por aceptar que aquel embarazo iba a ser diferente del primero en todos los sentidos.

## Capítulo 11



Los días seguían pasando y yo, instalada en una cómoda y aburrida existencia, veía cambiar mi cuerpo. Por fortuna, los agobios de los primeros meses fueron remitiendo, lo que me permitió hacer vida casi normal, pues Charles seguía en sus trece.

Me aburría. Mucho. Y si a mi situación se le unía la incertidumbre y la imposibilidad de averiguar nada... ya no sabía qué hacer para soportar tantas horas de hastío.

Las conversaciones con Claire eran mi única distracción, lo que me llevaba al borde de la desesperación. Entendía que para ella todo fuera nuevo, pero me relataba hasta el último detalle de su embarazo, cosa que yo detestaba, pues ya sabía qué ocurría.

Por las noches, cuando me acostaba sola en mi cama, cerraba los ojos y deseaba con todas mis fuerzas que el bebé fuera una niña. Había varias razones para ello. Una tan egoísta como que sería más fácil disimular quién era su verdadero padre.

—¡He recibido carta de William! —exclamó Claire, exultante, entrando en la salita donde pasaba las horas, a resguardo del calor del verano.

No sé qué pensaría su marido sobre su costumbre de compartir cada palabra suya conmigo; por suerte, el teniente Perlman no era muy explícito.

—Me alegro —murmuré, acariciándome la barriga y abanicándome al mismo tiempo.

—Sigue sin poder decirme su paradero exacto —añadió ella con una mueca—, pero sí comenta que las cosas continúan siendo tan difíciles como siempre... Ay, Ornela, ¿cuándo podré volver a verlo?

No tenía una respuesta a esa cuestión y no era de recibo darle falsas expectativas, y menos aún en su estado y siendo Claire tan impresionable como era.

—Por lo menos está vivo —prosiguió—. Dice lo ilusionado que está con ser padre y también dice algo para ti, Ornela.

—¿Para mí?

Eso hizo que abandonara mi actitud pasiva y me incorporara para prestar toda la atención posible. Que William me mencionara no podía acarrear nada bueno.

—Me cuenta que el pajarillo que tenían en la jaula, ese que tanto te gustaba, logró escaparse. ¿Sabes a qué se refiere?

Me eché a llorar sin poder evitarlo y Claire, asustada por mi reacción, soltó la carta y se acercó para abrazarme y consolarme.

—No llores, querida, seguro que el pajarillo ahora estará volando libre por ahí. Aunque nunca pensé que te afectara tanto el destino del animal, pues nunca has mostrado el menor interés por ellos.

—Tú no lo entiendes —gimoteé.

Mi estado era sin duda el responsable de aquel ataque de llanto incontrolado. Cielo santo, si las palabras del teniente eran ciertas, Stephan había logrado huir.

—¿Dice algo más sobre el pájaro?

—Mmm, no, nada —respondió, desconcertada ante mi extraño interés.

Al menos, con esa escueta explicación podía respirar más tranquila, aunque no todo lo que desearía, pues yo bien sabía cuáles eran las condiciones de una prisión y no sabía cómo podían haber afectado a Stephan.

No sé qué me ocurrió o si el detonante de mi intención de cambiar se debió a mi estado, pero me hice un firme propósito de enmienda, decidida a dar un nuevo rumbo a mi vida. Intentaría ser mejor persona y, sobre todo, haría todo lo que estuviera en mi mano para que mi matrimonio fuera, si no perfecto, al menos gratificante.

Con Charles y su odiosa condescendencia se me hacía muy cuesta arriba, pero aun así no me rendí y empecé a interesarme más por sus aficiones. No solo pintaba, sino que también leía interminables obras filosóficas que a mí, de entrada, me daban pavor.

Aquel día, a últimos de septiembre, decidí acompañarlo en una de sus lecturas filosóficas y, como cabría esperar dado mi nulo interés anterior, Charles no se mostró muy proclive a compartir conmigo sus teorías; no obstante, terminó accediendo, porque en el fondo le gustaba tener a alguien con quien charlar.

—*Kritik der reinen Vernunft...* —leí en la cubierta del pesado volumen—. ¿Es alemán?

—Sí —contestó y al ver mi cara de desconcierto, añadió—: Significa: «Crítica de la razón pura».

Me molestó su tono de superioridad intelectual.

—¿De qué trata?

Debí de hacer un comentario de lo más impertinente, porque él me miró como si hubiera cometido un crimen.

—Querida Ornela, no es una novela ligera para pasar el rato.

—Me lo imagino, con semejante mamotreto no podría salir al jardín a leerlo —respondí con acidez ante su tono condescendiente. Que no leyera filosofía no significaba que no la entendiera.

—¿De verdad de interesa?

—Pues sí —dije muy resuelta.

Durante las siguientes dos horas, intenté no quedarme dormida y reprimí unos cuantos bostezos al oírlo hablar de metafísica, empirismo, duda trascendental y términos similares.

—¿Y lo estás leyendo en versión original? —lo interrumpí para no quedarme dormida.

—Sí, es imprescindible. No quiero que algún traductor simplifique los razonamientos de Kant.

—Vaya... no sabía que hablaras alemán...

Me miró arqueando una ceja, pues mi comentario, en apariencia inocuo, había sido pronunciado en tono sugerente.

Después de un rato de ambiente tan filosófico, el aire había cambiado de repente y adoptado un cariz más intimista, pues descubrir nuevas facetas de Charles podía implicar descubrir también sus secretos.

Me puse en pie con toda la elegancia con que una embarazada puede hacerlo y con una media sonrisa me acerqué a él.

—¿Qué más secretos escondes? —musité, acariciándole la cara con una mezcla de cariño y segundas intenciones.

A ver si con un poco de suerte abandonaba aquella ridícula idea de que las mujeres en estado debíamos abstenernos de mantener relaciones sexuales.

—Ornela... no me tientes.

Mi sonrisa se hizo más amplia, pues ese ruego significaba que, después de todo, Charles continuaba reaccionando a mis insinuaciones. No lo dudé y apoyé la mano sobre su entrepierna, dispuesta a ir un poco más allá.

—Te deseo... —gemí junto a su boca sin dejar de mover la mano, notando cómo iba endureciéndose a cada segundo.

—Y yo; no sabes cuánto, mi amor.

No necesitaba palabras románticas, pues bajo mis dedos tenía la prueba fehaciente de que así era. Continué masturbándolo por encima de la ropa y me coloqué bien cerca, poniéndole mis sensibles pechos a la altura de la cara, con el fin de que hiciese algo más que admirarlos.

—Pues aquí me tienes... —susurré, antes de besarlo.

Era consciente de que tomar la iniciativa con Charles no siempre resultaba acertado, pues él prefería mantener el rol clásico de seductor y seducida, pero algo tenía que hacer para calmar mi excitación.

Muchas noches intentaba procurarme yo sola un mínimo de satisfacción sexual. Jugaba con mis dedos y frotaba mi clítoris, pero si bien lograba alcanzar el orgasmo, me preguntaba qué sentido tenía estar casada y con un hombre a mi disposición.

Además, en mi estado podría disfrutarlo mucho más, ya que la siempre molesta preocupación por tomar precauciones y que estas funcionaran hacía que una parte de mi mente no terminara de desconectar. Solventada esa cuestión, en ese momento bien podía gozar de los placeres del lecho matrimonial, aunque para ello tuviera que haber soportado casi dos horas de charla filosófica.

Charles, por fin, me besó en el escote. Un beso casi casto, poco apasionado o al menos no todo lo apasionado que yo buscaba, pero lo vi como un prometedor comienzo.

Por si acaso, me las apañé para apartar la tela que cubría mis pechos y ofrecérselos al natural. Gemí cuando puso una mano sobre ellos y comenzó a tocármelos con aquella delicadeza tan suya. Para mí era insuficiente, pero debía contentarme con eso: tampoco iba a sorprenderme ahora, pues desde el principio

Charles siempre se había comportado de igual forma.

Su erección, confinada dentro de su ropa, resultaba prometedora y sin realizar movimientos bruscos me las ingenié para liberarla. Gimió con fuerza cuando, ya sin la barrera de la tela, comencé a deslizar mi mano arriba y abajo por toda su longitud, poniendo especial cuidado en la punta, pero siempre con suavidad.

A pesar de todos los obstáculos, sentí cómo me humedecía. Los pezones que con tanto cuidado me rozaba estaban bien duros y notaba un cosquilleo en la entrepierna. Puede que la falta de sexo, sumada al deseo de lograr un matrimonio pleno, hiciera que me sintiera mucho más ansiosa que en otras ocasiones.

—No podemos seguir... —susurró, cuando yo estaba a un paso de sentarme a horcajadas sobre él.

—Sí podemos —rezongué, harta de sus negativas.

Apreté un poco más el puño, logrando que jadease y que de paso aceptara que no iba a detenerme.

—Por el bien del bebé tenemos que parar —insistió él.

Pero yo era plenamente consciente de lo duro que estaba y ningún hombre era capaz de echarse atrás en ese instante. Además, al igual que yo, Charles debía de tener sus necesidades y, si bien podía aliviarse también él solo, dudaba que eso le bastara. Salvo que, como muchos otros, lo buscara fuera de casa.

Me sorprendería, desde luego, que Charles acudiera a un burdel, y, además, salvo en contadas ocasiones, nunca se ausentaba de casa, encerrado siempre en su despacho, con sus libros, sus pinceles y sus demás aficiones.

—No —me negué besándolo con fuerza, para no dijera más estupideces—. Quiero sentirte dentro de mí...

Hubiera querido decirle «Fóllame bien fuerte», nada de palabras sutiles; sin embargo, me contuve y dejé las vulgaridades para mis noches en solitario, cuando pudiera imaginarme las manos de un amante más dispuesto sobre mi cuerpo.

—Compláceme, Charles, por favor.

Nunca pensé que terminaría rogándole precisamente a él, pero la realidad se imponía y no quería dejar pasar aquella oportunidad.

Me levanté la falda del vestido y yo misma me ocupé de librarme de la ropa interior. Charles negó con la cabeza, pero terminó aceptando. Incluso me ayudó a colocarme.

—Hagámoslo despacio, ¿de acuerdo? —me rogó preocupado.

Yo estaba embarazada de unos cinco meses, aunque gracias a mi delgadez apenas se me notaba. Y quería tener aquel pequeño alivio antes de que mi vientre abultase tanto que ni siquiera pudiera verme los pies.

—De acuerdo —convine.

La posición más idónea era precisamente en la que nos encontrábamos y, antes de que lo reconsiderase, sujeté su miembro y fui dejándome caer sobre él hasta sentirlo por completo en mi interior.

Cerré los ojos, suspiré y tuve que hacer verdaderos esfuerzos por acordarme de quién era el hombre que sentía en mi interior. Era muy difícil no imaginar que era Stephan quien me tocaba, quien me abrazaba y penetraba. No obstante, a cada intento de ahuyentar su recuerdo, aparecía otro más intenso de los ratos que había pasado junto a él.

Charles gemía y se esforzaba por contenerse, algo que yo detestaba, pero que, por suerte, en aquella posición, al tener yo las riendas, no le era posible.

Lo besé con fuerza, sujetándole la cara entre las manos, deseando con todas mis fuerzas que algún día fuera él y no otro el hombre que ocupara mis pensamientos más ardientes.

No era sencillo desterrar de mi mente tantas emociones, buenas y malas. Tuve que morderme los labios y escondí la cara en el hombro de mi marido mientras alcanzaba un tímido orgasmo pensando en otro hombre.

Después de ese día no hubo ningún otro acercamiento entre Charles y yo. Creo que me evitaba, pues nunca antes se había interesado, más allá de lo necesario, por sus obligaciones como conde y ahora hasta visitaba propiedades para informarse de detalles nimios que su administrador podía explicarle sin problema.

Así que volví a mis largas y tediosas charlas con Claire, en las que principalmente era yo quien hablaba, explicándole los pormenores del embarazo para que se tranquilizara. Al hacerlo, recordaba el miedo que sentí cuando di a luz a Alexander, que ahora correteaba por la casa ajeno a todo, creciendo sano y llamando a Charles «papá».

Algún día tendría que explicarle la verdad, pero se me antojaba complicado, pues vivía con la incertidumbre de saber qué sucedería si alguna vez Stephan regresaba.

Y así, sin grandes sobresaltos, llegaron las Navidades. Recibí una emotiva carta de mi madre en la que me ponía al corriente de los progresos de mi hermanastro como futuro marqués, pues el primogénito de Donaldson había fallecido debido a unas fiebres y, por tanto, el título sería para él. Era una verdadera lástima que no pudiéramos estar más cerca, aunque tuve la maravillosa idea de que, cuando hubiera dado a luz y me hubiese recuperado, viajaría a Santorini.

Mi madre también me hablaba de cómo estaba el, por mí, odiado marqués: no mejoraba, pero tampoco empeoraba, lo cual era una lástima, pues nada me gustaría más que asistir a su funeral. Sin embargo, ese pensamiento no podía compartirlo con nadie, ni siquiera con mi madre, pese a que ella era consciente de mi enemistad con su esposo.

Claire y yo nos encargábamos de los preparativos para cuando diéramos a luz y eso suponía un entretenimiento para ambas.

Apenas recibíamos visitas y ella se mostraba cada vez más nerviosa. Por un lado, porque no tenía noticias de William, algo que a mí también me preocupaba, pues era la única fuente de información de que disponía y, por otro, porque se acercaba el día del parto.

Pero como si de un milagro se tratara, dos días antes de la Nochebuena apareció el teniente Perlman, sacándola así de su estado de melancolía.

Hasta yo me alegré de verlo y comprobar que, más allá de las penurias de la guerra, estaba de una pieza. Puede que llevada por un motivo egoísta, le di una bienvenida mucho más afectuosa de lo que él se esperaba.

Eso no evitó que arqueara una ceja al ver mi avanzado estado de gestación, porque, aun siendo delgada, mi prominente barriga abultaba bastante más que la de su esposa, cuando supuestamente salíamos de cuentas a la vez.

Tuvo la delicadeza de no hacer ningún comentario y como Charles presumía orgulloso de su futura paternidad, me pareció que no sacaba otras conclusiones.

Yo no veía el momento de reunirme con él a solas y una tarde la suerte me sonrió. Claire, agotada, se retiró para dormir una siesta, lo que me dejaba sola con Charles y William en el comedor.

Como era de prever, mi esposo también me instó a que hiciera lo mismo que ella, pero yo me negué, mirando al teniente para que captara la indirecta. Ahora solo debía deshacerme de Charles.

—Querido, ¿sabes que el teniente Perlman también es un apasionado de la filosofía?

—¿De verdad?

A favor de William había que decir que se comportó como un caballero y no puso cara de extrañeza.

—Así es —convino con amabilidad.

—Pues, si lo desea, teniente, podemos reunirnos en mi biblioteca y charlar sobre nuestras lecturas.

—Creo que nuestro querido William no habla alemán —me aventuré a decir, esperando que fuera cierto.

—No, me temo que no —se disculpó él, mirándome de reojo esperando saber adónde quería ir yo a parar.

—Es una lástima, desde luego... —respondió Charles—, pero si le apetece puedo traducirle los puntos que me parecen más relevantes para que los estudie y podamos conversar.

—¡Qué gran idea! —exclamé y me faltó poco para aplaudir.

—Sí, una gran idea —me secundó William, fingiendo entusiasmo.

—¿Y por qué no empiezas ya con esas traducciones? —sugerí toda cándida—. El teniente no se quedará aquí de forma indefinida...

—Como siempre, tienes toda la razón, querida —dijo Charles poniéndose en pie, ilusionado con la idea de comportarse como un erudito.

—Yo me ocuparé de hacerle compañía a nuestro invitado.

—Deberías descansar —me aconsejó por enésima vez y, aunque era cierto que me dolía la espalda y tenía los pies hinchados, mi necesidad de hablar con William podía más.

—Lo sé, querido. Te prometo que dentro de un rato lo haré.

—Me ocuparé personalmente de llevarla a la cama si es preciso —anunció William.

Por suerte, Charles no captó la doble intención que a buen seguro impregnaba esas palabras.

Pero me daba igual, por fin estábamos a solas y el teniente debía responderme a unas cuantas preguntas.



## Capítulo 12



—Debo decir que tu nada sutil forma de quedarte a solas conmigo no me ha sorprendido. Siempre he sabido que eres una mujer de recursos.

Pasé por alto su crítica para centrarme en lo que me interesaba. Además, estaba más que acostumbrada a su tono irónico.

—Olvidémonos de las tonterías, te lo ruego —murmuré, cerrando la puerta y dando orden de que no nos molestaran.

La situación podía interpretarse de manera incorrecta, pero me daba igual. Si alguien del servicio murmuraba o insinuaba cualquier cosa, tendría que atenerse a las consecuencias y un despido sin referencias significaba no poder volver a trabajar en una casa decente.

—Tenemos una conversación pendiente —dije, sentándome y poniéndome cómoda, ya que tenía intención de que nuestra charla fuera larga.

—Ornela, no estoy autorizado a...

—Vas a decirme dónde está, cómo está y si tiene intención de volver —lo interrumpí nerviosa—. No voy a tolerar más silencios, que se me tome por estúpida o que se me mantenga en un constante sinvivir.

William suspiró y se sirvió otra copa de licor ante el interrogatorio que se le avecinaba.

—Lo último que sé es que, tras escapar de prisión...

—¿Cómo lo consiguió? —volví a interrumpirlo, deseosa de conocer los detalles.

—Mejor que no lo sepas —respondió, dando un buen trago a su bebida.

—Insisto.

—Ornela, consiguió escapar, eso es lo que cuenta.

—Deberías saber que cuanto más te empeñes en callar, más insistiré.

—La señorita Lakerwood sedujo a los dos carceleros que lo custodiaban —contestó, esperando una reacción típica de mujer celosa.

Pero no fue así, lo único que me fastidiaba era estar en deuda con esa mujer.

—¿Y después? —pregunté, para seguir avanzando en mis pesquisas.

—Gracias a nuestra red de contactos, consiguió regresar a Inglaterra.

Ahora fue mi turno de suspirar. De alivio y de inquietud al mismo tiempo.

Stephan había regresado y no se había puesto en contacto conmigo. Eso solo podía deberse a un motivo.

—Regresó en muy mal estado, ¿no es cierto?

—Las cárceles francesas, como creo que todas las demás, no se caracterizan precisamente por sus buenas condiciones de vida.

—Pero... ¿ahora está recuperado? —le planteé, tensa ante la respuesta.

—Sí, lo está. No te preocupes por eso.

—Gracias a Dios —murmuré, cambiando de postura, porque el dolor de espalda

me estaba matando—. ¿Dónde está ahora?

—Ornela, sabes que esa información es confidencial. Si por un descuido, si por casualidad comentaras algo de esto con...

—Teniente —mascullé—, estoy harta de que me consideren una estúpida. Sé cuál es mi sitio en todo esto y creo haber demostrado que sé estar a la altura de las circunstancias. De mi boca no ha salido una sola palabra ni he difundido ningún rumor. Creo haberme ganado el derecho a saber dónde está mi marido.

—Renunciaste a él el día en que te convertiste en condesa —me reprochó, abandonando su actitud dialogante—. Tenías que haberlo visto cuando recibió la noticia de tu boda.

William nunca me había hablado de esa forma tan rencorosa.

—Eso es pasado —repliqué, sin querer entrar en detalles.

—Ahora es fácil exigir respuestas desde tu cómoda posición, cuando lo cierto es que has destrozado la vida de un hombre.

—¡Estoy cansada de que me reprochéis siempre lo mismo! —estallé—. Solo conoces una parte de la historia. Me quedé sola, con un hijo al que criar. Tú tampoco estabas aquí para consolarme, ni para verme llorar hasta quedarme sin lágrimas. Así que no me hables de destrozar vidas.

Respiré hondo e hice todo lo posible para no perder la calma. En mi estado no me convenía en absoluto y, además, si continuábamos gritando podíamos llamar la atención.

—¡Joder! —masculló él, al darse cuenta de que sus reproches estaban fuera de lugar—. Lo siento...

—Si de verdad lo sientes, ayúdame a comprender todo este embrollo, William, ayúdame.

—Muy bien. Stephan está ahora en Madrid, viviendo bajo su identidad de lord y con Hannah como su esposa. —Tragué saliva y no dije nada—. Su misión es relacionarse con los afrancesados, reírles las gracias, sonsacarles información y, por supuesto, hacérsela llegar.

—Deduzco que tú eres su contacto.

—Sí.

Más tarde ya le preguntaría a Charles qué significaba exactamente «afrancesado», pero en ese momento no quería perderme en los detalles.

—Me dijiste que lo encarcelaron por contrabando, ¿cómo es posible?

—Tu marido tiene la extraña fijación de querer saber qué le ocurrió a tu padre.

Eso me impresionó como pocas cosas podían hacerlo y hasta William se preocupó al verme palidecer.

—Maldita sea, no he debido contarte nada.

Me acercó un vaso de agua, pero yo no quería que se desviara del tema.

—Continúa —le pedí, bebiéndome el agua.

—Antes de que me lo preguntes, no, no tienen relaciones íntimas, solo es una

fachada.

—No quiero saberlo —repliqué, intentando no pensar en ese aspecto, que me resultaba doloroso en extremo.

—Pero yo sí quiero que lo sepas.

—Me doy por enterada. —Me llené de nuevo el vaso de agua, más que nada por tener algo en las manos y no apretar con tanta fuerza los nudillos—. ¿Por qué lo acusaron de contrabando?

—Porque se juntó con indeseables que venderían a su madre por ganar unos francos.

—¿Y qué pretendía?

—Obtener información. Mira, Ornela, deberíamos dejarlo aquí. Por tu bien y por el de Stephan.

—Ni hablar.

—Eres demasiado obstinada —refunfuñó.

—Eso ya lo sabías —repuse—. Ahora contéstame: ¿por qué?

—Stephan cree, y yo también, que a tu padre lo acusaron porque se negó a cooperar en ciertos negocios.

—¿Y por qué ahora, después de tantos años? —pregunté con un nudo en la garganta.

—Porque cuando registramos la casa de Banks, encontramos documentos en los que se hacía referencia a los contactos de tu padre.

—No puede ser... —murmuré desolada.

—Al parecer, Banks llevaba años detrás de los diarios de tu padre, donde se especificaban rutas, planos y se daba mucha más información muy valiosa para contrabandistas.

—Pero esos diarios...

William sonrió.

—Me temo que ya sabes cuál es su paradero ¿no es así?

—Sí, sé dónde están —afirmé, sin molestarme en negarlo—. Aunque todos creen que se perdieron durante nuestro traslado.

—Y tiene que seguir siendo así —me advirtió.

Se acercó a la puerta y descorrió el pestillo, con la evidente intención de dar por finalizada nuestra conversación, cuando la verdad era que aún quedaban muchos cabos sueltos.

—Y ahora, si me disculpas, voy a ver cómo está mi esposa. Buenas tardes, Ornela.

Con un guiño pícaro, para no perder la costumbre, me dejó con más dudas si cabe que antes y con una inquietud respecto a lo que estaría haciendo Stephan con aquella mujer colgada de su brazo.

No hubo manera de volver a quedarme a solas con él. Pero al menos pude cobrarle mi venganza cuando se vio obligado a leer los innumerables párrafos

traducidos por Charles. Sonreí con malicia mientras veía cómo intentaba seguir la disertación filosófica.

Claire también se sorprendió cuando los vio juntos a Charles y a él, pues hasta la fecha William no había manifestado ningún interés por la filosofía. Pero como todo lo que él hacía le parecía perfecto, no lo cuestionaba.

El resto de las Navidades resultaron anodinas y tristes y, de no ser por la compañía del teniente, hubieran sido además muy solitarias. Ironías del destino, tenerlo como invitado me alegró. Puede que incluso empezara a verlo con otros ojos y mi odio fuera más producto de una voluntad deliberada que de otra cosa.

Obligada por mi estado, yo me retiraba pronto. Siempre había disfrutado de la posibilidad de trasnochar, pero en aquellos momentos me era imposible.

Charles siempre me acompañaba a la cama, se ocupaba de arroparme y de darme un beso en la frente para desearme buenas noches antes de irse a su dormitorio. Yo odiaba ese ritual, pues tenía que ponerme el camisón de rigor para luego quitármelo y quedarme desnuda, y no solo eso, también detestaba su comportamiento, más similar al de un padre que al de un esposo.

Aquella noche sentía la necesidad de dormir acompañada, por alguna razón deseaba que me abrazasen. Ya eran muchas las noches que dormía sola. La doncella se ocupaba de caldear mi habitación y de pasar el calentador por las sábanas, pero no era ese el calor que yo buscaba.

Charles me sonrió, siempre con la misma expresión de afecto, pero nada más. Quise protestar, pero llegué a la deprimente conclusión de que no me serviría de nada.

Me acosté con las limitaciones propias de mi prominente barriga, deseando al menos poder descansar. No pudo ser, pues al poco de abandonar Charles la alcoba, sentí las primeras contracciones.

Me puse nerviosa. Todo el mundo se preguntaría cómo era posible, si me faltaba al menos un mes para dar a luz. Debería fingir que se me estaba adelantando el parto.

Aguanté todo lo que pude, confiando en que se me pasara, una vana esperanza, pues, al no ser primeriza, sabía a la perfección que no podría detener el curso de la naturaleza. Al final tiré de la campanilla y mi doncella apareció adormilada, creyendo que se trataba de un capricho de su señora.

—Avisa a mi esposo —ordené entre dientes, intentando respirar.

Como era de esperar, la casa entera se revolucionó y Charles no tardó en ocuparse de todo. Cuando llegó la comadrona, esta puso mala cara al reconocermelo y yo me asusté.

—Señora condesa —dijo ella, intentando mantener la calma ante mis gritos y mis palabras ofensivas—, creo que el crío viene de nalgas...

—¡Que venga Camille! —chillé, alarmada por lo que aquella mujer podía hacerme.

—Cariño, no hay tiempo —intentó convencerme Charles, limpiándome el sudor

de la frente.

—No me toque —le gruñí a la comadrona, cerrando las piernas.

—Ornela, por favor, ella sabe lo que se hace.

Pero yo me negué en redondo y, aunque el dolor me partía en dos, no cedí. Claire, también a mi lado, intentaba apaciguarme.

—Toma buena nota, pues dentro de poco serás tú la que pase por esto —le advertí con saña, porque no estaba para sutilezas.

—Condesa, tenemos que actuar pronto —intervino la mujer, malhumorada.

—He dicho que no. Quiero a Camille —gimoteé.

Estaba siendo injusta, egoísta e inmadura. Ni siquiera me había molestado en informar a mi vieja doncella de mi estado y ahora pretendía que apareciera como si nada para ayudarme.

—Yo iré a buscarla —murmuró una voz desde la puerta del dormitorio.

Alcé como pude la cabeza y distinguí la figura de William que se daba media vuelta.

—Gracias —musité y cerré los ojos, concentrada en respirar y en soportar aquellas contracciones que me dejaban sin aliento.

Claire no se despegaba de mí; me cogía la mano, me limpiaba la frente, me susurraba palabras tranquilizadoras y eso a pesar de las cosas desagradables que yo le decía.

Por fin vi a Camille entrar en la estancia, con su maletín y cara de preocupación.

—Tranquila, mi niña, ya estoy aquí —me dijo con afecto y después frunció el cejo al ver a tanta gente a mi alrededor—. Abra la ventana —le ordenó a una de las sirvientas, tomando en el acto el mando de la situación.

—Señora Bonnet, es prematuro —comentó Charles, antes de marcharse preocupado.

Vi cómo intentaba contener las lágrimas. Creo que incluso se sentía culpable de que yo estuviera pasando por aquel trance y que se reprochaba haber cedido a mis insinuaciones aquel día en la biblioteca.

Camille los echó a todos, incluida Claire, ya que en su avanzado estado no era recomendable que presenciara un parto que se presentaba difícil, y dejó solo a una doncella para que la ayudase.

Apartó las mantas con las que me cubría y, sin decir nada, rasgó el camisón de arriba abajo, dejándome desnuda.

—Ahora, Ornela, debes cerrar los ojos, morder algo y aguantar —me indicó con voz calmada, aunque yo advertí la gravedad del asunto.

Asentí y me preparé para lo peor.

Sin embargo, las expertas y pacientes manos de Camille, hicieron que, justo cuando comenzaba a amanecer, pudiera ver la cara de mi hijo.

—Es un niño, Ornela —murmuró emocionada, poniéndomelo entre los brazos.

—Un niño... —susurré y lloré a mares mientras lo observaba.

No presté demasiada atención a los movimientos que se sucedían a mi alrededor mientras adecentaban la cama y recogían la ropa sucia. Yo solo tenía ojos para él, a pesar del nudo que continuaba atenazándome la garganta.

—No ha sido prematuro, ¿me equivoco? —inquirió Camille en voz muy baja, para que la doncella no nos oyera—. Ornela, dime la verdad.

Negué con la cabeza, era demasiado evidente como para persistir en la mentira.

—No, no lo es, pero...

—Nadie sabrá nada. No obstante, llegará el día en que tendrás que ajustar cuentas. Ahora descansa. No es el momento de exigirte explicaciones.

Esas palabras eran una especie de losa que tendría que cargar a mis espaldas; sin embargo, aún no iba a pensar en ello. Tenía a mi hijo en brazos y en eso debía centrarme.

—¿Qué nombre le vas a poner? —quiso saber Camille.

—Aún no lo sé... —contesté, pues al desear que fuera una niña no había pensado en nombres de chico.

En ese instante entró Charles que, nada más verme, cayó de rodillas junto a mi cama. Tenía un aspecto lamentable. Despeinado, con la ropa arrugada y signos de haber llorado. Lo despeiné aún más.

—¿No vas a cogerlo? —me abstuve de decir «a tu hijo» cuando Camille todavía estaba presente.

Charles se incorporó y no lo dudó. Igual que cuando nació Alexander, supo sin vacilación cómo hacerlo y me sonrió como un niño pequeño.

—Es... Es perfecto —comentó muy emocionado—. Ornela, mi amor... se parece a ti.

Yo lo dudaba; no obstante, deseé con toda mi alma que fuera cierto.

—Es demasiado pronto para saberlo —adujo Camille con sequedad, mirándome de reojo.

—¿Qué nombre quieres ponerle? —preguntó mi esposo, cediéndome a mí ese privilegio. Ante mi indecisión, añadió—: Entendería que quisieras que se llamara como el capitán Gardner-Taylor. Sería un bonito gesto en su memoria.

No podía ser cierto. Aquello era una broma de mal gusto o, sencillamente, Charles era demasiado bueno como para darse cuenta.

Me sentí miserable ante su ofrecimiento, pues sus palabras habían sonado sinceras, sin rastro alguno de maldad.

—Es una idea excelente —intervino Camille, sin duda encantada con la sugerencia.

Entonces lo pensé y me di cuenta de que sería un error imperdonable. Podía hacer las cosas bien a partir de ese instante y una de ellas era mirar hacia el futuro.

—No —dije tras unos minutos de silencio—. Se llamará Cyprien, como mi padre.

Camille asintió, aunque pude ver un atisbo de decepción en sus ojos, pero no podía objetar nada en absoluto.

—Es una gran idea, mi amor —convino Charles, con el niño en los brazos.

## Capítulo 13



Apenas me había recuperado del parto, cuando a mediados de enero fue Claire quien sintió las primeras molestias. Como era lógico, se asustó. Habíamos hablado en varias ocasiones del tema y había intentado explicárselo para que, una vez llegado el momento, todo fuera sobre ruedas. Por suerte, William había conseguido ampliar su permiso y aún nos acompañaba. A veces, la presencia del marido era sinónimo de nervios para la parturienta, pero en este caso parecía que no iba a ser así. No había más que fijarse en cómo trataba a Claire y en la preocupación que sentía por cualquier asunto relativo al embarazo de su esposa.

Incluso se entrevistó con varios médicos y comadronas para, sorprendiéndonos a todos, interesarse por los pormenores de un alumbramiento. Aunque creo que quien más se sorprendió fue él al escuchar los detalles y cambios que se sucedían en el cuerpo de una mujer, así como el dolor que debía soportar durante el parto.

Todo estaba a punto y todos éramos optimistas, y, tras el feliz nacimiento de Cyprien a pesar de las complicaciones iniciales, Claire iba a cumplir por fin su sueño de ser madre.

Al principio todo parecía ir bien, pero se complicó inesperadamente.

El médico que la atendía nos informó de que aquello no discurría de manera natural. Yo me asusté e hice lo único que podía hacer para que la situación no se tornara en desgracia, pues sabía de muchos casos de mujeres que perdían la vida en manos de médicos incompetentes, desangradas en el parto.

Camille acudió de nuevo a mi llamada e hizo cuanto pudo por salvar la vida de la madre y del pequeño. William, ante la disyuntiva planteada, declaró bien alto que lo principal era Claire, y tanto el médico como mi doncella tuvieron que marcharse. Yo confiaba en que en el último minuto se obrara el milagro; sin embargo, tuve que ver cómo Claire lloraba desconsolada al recibir la noticia de que su hijo no había sobrevivido. Le hicimos beber una tisana para que pudiera relajarse y dormir.

Tenía ganas de romperlo todo, de gritar, de maldecir; una forma de exteriorizar mi rabia. Pero mantuve la compostura y me contuve.

Antes de abandonar el dormitorio, me sequé las lágrimas con el dorso de la mano e inspiré hondo. Agarré la manija de la puerta y, antes de bajarla, miré por encima del hombro la cama donde yacía Claire con los ojos cerrados, relajándose a medida que la infusión que le había dado Camille le hacía efecto.

Sentí la tentación de tomarme yo otra y caer en el sopor producido por el láudano, para de esa forma no pensar en nada hasta el día siguiente.

Fuera me esperaba William, nervioso como cualquier padre, pero en su caso mucho más pues su esposa llevaba muchas horas de parto y eso nunca era un buen augurio.

—¿Ornela? —dijo nada más verme salir y me percaté de que le costaba hablar.



Me acerqué a él y lo abracé, incapaz de articular una sola palabra para expresar el dolor y la rabia que sentía.

Él se inquietó aún más ante mi extraña reacción, pero no se apartó. Vi de reojo a Charles, que también esperaba las noticias. Me miró sin comprender.

—Lo siento —logré decir a duras penas sin soltar a William—. Lo siento tanto... —repetí con un sollozo—. El niño no ha sobrevivido.

Noté cómo él inspiraba hondo, y batallaba para no llorar. Seguía aferrado a mí, que percibí su tensión y su dolor. Me quedé quieta, dispuesta a ofrecerle mi consuelo del modo que él necesitase.

—¿Claire... Claire está bien? —preguntó, con toda la cautela del mundo.

Yo tragué saliva.

—Sí, no corre peligro —respondí por darle ánimos, aunque, según Camille, para asegurarlo habría que esperar al menos un par de días, y aun así, cualquier leve percance de salud podría afectarla fatalmente.

—Quiero verla —anunció, separándose de mí.

Y entonces comprendí que mi odio quedaba relegado al olvido. William quería a su esposa con toda su alma y yo lo respetaba por eso. Era un hombre fiel y leal.

—Puede pasar a verla, teniente —dijo Camille, abatida, asomando por la puerta de la habitación.

Respiré hondo y me volví hasta encontrarme con la extraña mirada de Charles. No era acusatoria, pero tampoco me gustaba.

Me acerqué a él.

—No es justo —murmuré, con ganas de refugiarme en sus brazos.

—No, no lo es —convino él, manteniendo las distancias.

Me sorprendió que, siendo siempre tan afectuoso, en aquella ocasión, cuando tanto necesitaba sentirme querida, no recibiera su apoyo.

—Será mejor que todos nos vayamos a descansar —añadió, dejándome allí sola con mi pena.

Me quedé aturdida ante su frialdad e intenté analizar los hechos; no obstante, no llegué a ninguna conclusión, pues haber consolado a William no me pareció algo cuestionable.

Los días fueron transcurriendo y yo me esforzaba por pasar tiempo con Claire, intentando así que olvidara su pena. Por suerte, el médico nos dijo que podría volver a quedarse embarazada en cuanto estuviera recuperada. Con lo de «recuperada» se refería sin duda a la parte física, porque de la emocional tardaría mucho en sanar.

Había perdido su habitual sonrisa y su actitud positiva, y su estado anímico empeoró cuando William anunció que debía reincorporarse a su puesto. Algo de lo más inoportuno, pues el apoyo incondicional de su esposo resultaba imprescindible. Camille intentaba animarla y nos visitaba a menudo, pero nada parecía funcionar.

Quise hablar de esto con mi esposo, pero Charles había entrado en uno de esos períodos de melancolía en los que pasaba horas y horas encerrado, solo para salir a

medianoche a caminar por la finca. Yo lo observaba desde la ventana de mi habitación, preguntándome si sospecharía algo y, dado su carácter, se limitaba a callarse para después ignorarme como castigo.

Quise hablar con él, pero no hubo manera. Me trataba con condescendencia, diciéndome que no me preocupara, pero yo intuía que algo pasaba.

Fue uno de los inviernos más tristes de mi vida, y a veces, mientras sostenía a Cyprien en mis brazos, incluso me sentía culpable por haber dado a luz a mis hijos sin mayores complicaciones. Pero nadie podía prever un desenlace como el de Claire y, por mucho que nos costase asumirlo, no podíamos lamentarnos eternamente.

A finales de abril, cuando se acercaba el cumpleaños de Stephan, recibí una nueva misiva de mi madre. En ella me seguía hablando de lo mucho que estaba creciendo mi hermanastro, de las excelencias de Santorini, del estupendo clima y también decía que me echaba mucho de menos, pero que por lealtad a su esposo debía permanecer allí. Me felicitaba por el nacimiento de mi segundo hijo y me transmitía su alegría por el nombre que había escogido para él.

Y entonces tomé una decisión.

—Ornela, te agradezco mucho tus esfuerzos por hacerme sentir mejor, pero...

—No se hable más —interrumpí a Claire una tarde de primavera, mientras ambas dábamos un paseo por la propiedad, aprovechando que hacía un día soleado—. Necesitamos salir de aquí, cambiar de ambiente.

—Pero marcharnos tan lejos...

—Será un viaje largo, es verdad, pero podemos quedarnos allí unos meses, hasta el final del verano. Merecerá la pena, te lo aseguro.

—¿Y William? ¿Me lo permitirá?

Resoplé, pero dadas las circunstancias no le hice notar que no era necesario pedirle permiso.

—Creo que tu marido estará de acuerdo conmigo y que un cambio de aires nos sentará a todos a las mil maravillas.

Ella no estaba muy convencida. Lo más probable era que aunque le hubiera propuesto un viaje a la costa inglesa tampoco se hubiera mostrado muy entusiasmada.

Ahora solo tenía que convencer a Charles para organizarlo todo. Sería fácil, pues no era ningún secreto que mi esposo adoraba viajar y descubrir tesoros arqueológicos.

—No, Ornela, en estos momentos me es imposible acompañarte —me respondió, tras escuchar mi propuesta.

—¿No vas a acompañarme?! —exclamé, parpadeando ante su negativa. Era lo último que esperaba.

—No —negó escueto.

Aún perpleja ante ese giro inesperado tuve que asegurarme e insistí:

—¿Puedo preguntar por qué?

Charles me prestó más atención y adoptó una actitud que me molestó sobremanera, pues hasta entonces, salvo en temas académicos, evitaba comportarse indolentemente conmigo.

—No niego que la sugerencia me parece atractiva; sin embargo, debo decirte que no, porque me encuentro metido de lleno en la reorganización de mis propiedades.

Me puse furiosa, pues nunca antes había mostrado el más mínimo interés por los asuntos que él denominaba de forma despectiva «mundanos», y ahora, de repente, parecían trascendentales.

—¿Y no puedes dejarlo en manos de tu administrador? —sugerí con toda lógica, porque seguía sin comprender ese repentino cambio.

—No, hay asuntos que prefiero tratar en persona —respondió, pero a pesar de su intento de dar carpetazo al asunto, supe que algo lo preocupaba, pues evitó mirarme directamente a los ojos.

—Nunca te han interesado esos quehaceres, siempre los has considerado una especie de losa —le reproché, elevando la voz ante su actitud.

—Y así es; no obstante, me temo que ahora debo asumir mis obligaciones, me guste o no.

Y por su tono supe que el tema quedaba zanjado.

Pero no desistí en mi empeño y, aunque Charles se negara a viajar, eso no significaba que yo no pudiera hacerlo, de modo que le escribí unas líneas a mi madre para que me buscara alojamiento e hiciese las oportunas gestiones.

Estaba decidida a ir a Santorini y nadie iba a impedírmelo.

Ni que decir tiene que no hice ningún comentario sobre mis intenciones, para evitar cualquier tipo de discusión con mi esposo, pues, si así lo quería, podía impedirme viajar. Le informaría de mi decisión cuando lo tuviera todo organizado. Solo Claire estaba al corriente, aunque seguía sin recuperar la vitalidad y el optimismo y, por tanto, me era de poca ayuda. Incluso llegué a pensar que, en su estado, sería más bien una carga que otra cosa, pero me pareció cruel dejarla sola en Londres. En aquellos momentos Claire me necesitaba y, puesto que le había hecho una promesa a su marido, debía cumplirla.

Sabía que ella no daría un paso sin contar con la aprobación de William, por lo que me tomé la libertad de escribirle y contarle mi idea y, de paso, preguntarle de forma muy disimulada por Stephan, pues desde que el teniente se había ido no sabía nada de él.

Tener que vivir día tras día con la angustia de no tener ni una triste noticia me mortificaba, máxime cuando además no podía hablar de ello con nadie, y no podía hallar así un poco de consuelo en las palabras.

Durante esos días, mi relación con Camille volvió a ser más cordial, pues seguía visitándonos a menudo, para interesarse por el estado de Claire y, cómo no, por mis hijos. Terminé explicándole que, en cuanto recibiera respuesta de mi madre diciéndome que todo estaba dispuesto, emprendería el largo viaje.

Para mi sorpresa, Camille expresó su acuerdo e incluso me pidió si podía acompañarnos. Lo cierto era que yo esperaba una larga conversación intentando hacerme desistir, pues Cyprien aún era muy pequeño para viajar, pero en cambio se mostró ilusionada. Supongo que la idea de ver de nuevo a mi madre jugó a mi favor.

La entendía a la perfección, pues yo también necesitaba estar con ella. Sin duda, sus palabras, su visión de la vida y sus consejos me harían bien. Además, quería verla, así de simple. Era mi madre, no se necesitaban explicaciones para que una hija quisiera estar a su lado.

Recibí una emotiva carta del teniente Perlman en la que de nuevo agradecía mi apoyo y en la que, aun dejando muy claro su pesar por alejarse todavía más de su esposa, entendía que esta necesitaba salir de la rutina y daba su aprobación para que viajara conmigo.

Cuando le comuniqué la noticia, Claire se encogió de hombros y después se echó a llorar, pues marcharnos tan lejos suponía que en caso de obtener un permiso, William no podría reunirse con ella. Podía entenderla, aunque seguí actuando de forma egoísta. Únicamente quería salirme con la mía, algo que por supuesto iba a lograr.

También llegó la ansiada carta de mi madre, en la que, aparte de contarme que todo estaba listo según mis especificaciones, pues de ninguna manera pensaba alojarme bajo el mismo techo que el marqués, también me expresaba su emoción por ir a reunirnos y por conocer a su nuevo nieto.

A Charles le informé de mi inminente viaje una semana antes de partir. Creo que ya se lo imaginaba, pues yo andaba frenética organizando, dando órdenes y haciendo gestiones, ya que mi intención era permanecer seis meses fuera.

—Muy bien —me dijo, sin levantarse siquiera del sillón y sin despegar la vista de unos libros de contabilidad—. Si es tu deseo ir a ver a tu madre, no puedo impedirlo.

—Gracias —respondí con sequedad.

Me partía el alma que ambos hubiéramos llegado, sin saber muy bien cómo, a aquel estado de indiferencia.

—Te echaré de menos, mi querida Ornela.

Por un instante, al oírlo pronunciar mi nombre, pensé que dejaría a un lado sus papeles, se pondría en pie y me abrazaría, para acabar pidiéndome perdón por su indiferencia, y que luego se uniría a nosotras.

—Cyprien y Alexander vienen conmigo —añadí, intentando provocarlo.

Con mi hijo mayor siempre se había comportado como un verdadero padre, hecho que agradecía sin reservas, pero con Cyprien había establecido un vínculo mucho más estrecho.

—Ornela, eres su madre y, a pesar de lo mucho que desearía que se quedaran aquí conmigo, debo dejaros partir.

—¿No te opones? —continué tensando la cuerda de forma temeraria, pues si él tomaba cartas en el asunto, ni siquiera yo podría poner un pie fuera de aquella casa.

—Podría hacerlo, desde luego. Bien sabes que la ley así lo establece, pero no quiero que una imposición por mi parte provoque tu odio eterno y la posibilidad de que los eduques a ellos en el rencor.

De nuevo, cuando menos lo esperaba, Charles me daba toda una lección.

Me acerqué a él y me coloqué delante. Deseaba sentarme encima, a horcajadas, y despedirnos como lo hacen dos amantes, no dos esposos encorsetados; sin embargo, me limité a darle un beso en la mejilla.

—Gracias —murmuré de nuevo, cuando se puso en pie y me abrazó.

En ese instante me sentí de nuevo cerca de él. Sabía que nunca seríamos un matrimonio feliz, pero que al menos podríamos seguir siendo buenos amigos.

—Pásalo bien, querida Ornela. Escríbeme, cuéntame cómo es aquello. Esperaré tus cartas con verdadera ansia y te prometo que leeré con atención cada una de tus palabras.

—Oh, Charles...

—Y dale un abrazo muy grande a tu madre de mi parte.

—Lo haré.

Con su consentimiento me sentí más tranquila y, así, en el mes de mayo emprendimos viaje. Éramos un grupo prácticamente formado solo por mujeres, a excepción del cochero y de mis dos hijos.

A pesar de todas las incomodidades, las escalas, los días de navegación, el cansancio, los largos silencios en los que ninguna de las tres se atrevía a hablar y demás circunstancias relacionadas con el viaje, conseguimos llegar a Santorini.

Mientras el barco nos trasladaba hasta el archipiélago, yo no pude disimular y creo que mis compañeras de viaje tampoco, la emoción y el asombro ante el paisaje idílico que contemplábamos. Llegamos a Fira, la capital, donde nos alojaríamos, y hasta Claire, tan apagada en los últimos tiempos, sonrió al ver aquella maravilla.

—¡Ornela!

La voz de mi madre, perdiendo las formas y gritando en plena calle, me sacó de mi ensimismamiento y se me escaparon las lágrimas al verla allí, bajo su sombrilla, esperándonos. Ni rastro, por fortuna, del marqués, pero sí vi a su lado a un niño flacucho con cara de no querer estar allí.

Desembarcamos y, olvidándome de todo, corrí a su encuentro, ansiosa por volver a abrazarla, a sentir sus manos acariciándome y murmurándome las palabras de cariño que solo ella podía pronunciar.

—Por fin, mamá... —susurré aferrándome a ella.

Y cuando la tuve así, cerca, y pude olerla, me sentí como en casa. Como si volviera a tener quince años y las circunstancias adversas que habíamos afrontado no hubieran tenido lugar.

—Cielo... no veía el momento de teneros aquí.

Nos separamos y me secó las lágrimas con los dedos. Me sorprendió ver que no llevaba guantes. Entonces me fijé y caí en la cuenta de que su aspecto era muy

diferente del que tenía en Londres. Por ejemplo, su vestido era sencillo, blanco, de una tela incluso tosca. Mi madre se conservaba bien, no había engordado y en la piel de la cara, ligeramente bronceada, no tenía más que unas pocas arrugas, lo que le daba un aspecto juvenil. Pero no fue solo su aspecto físico lo que me dejó perpleja, sino su expresión. Se la veía relajada y sonriente y, teniendo en cuenta con quién estaba casada, tenía que deberse a que en aquella isla llevaba una vida muy diferente.

—¡Camille! —exclamó abriendo los brazos y yo me quedé a un lado para dejar que las dos se reencontraran. A buen seguro tenían mucho de qué hablar y ahora dispondrían de tiempo para ello.

La niñera y Claire sostenían a mis hijos y yo me acerqué para coger en brazos al pequeño Cyprien, dormido en brazos de mi amiga. Alexander, algo molesto y cansado del viaje, lloriqueaba, pero me dio la mano para poder acercarnos a su abuela.

Mi madre abrazó de inmediato a su nuevo nieto y lo miró embelesada, y con cariño y después me miró a mí. No sé si en ese instante sacó alguna conclusión sobre parecidos, pero al menos no dijo nada.

—Buenas tardes, marquesa —la saludó Claire, siempre tan formal.

—Olvídate de los convencionalismos, por favor —contestó mi madre con una sonrisa afectuosa.

La recibió sonriente y con un caluroso abrazo, tratándola como a una hija más. Yo le había explicado por carta los terribles acontecimientos, pero no hizo mención alguna de los mismos, facilitando así que Claire se sintiera mejor.

Miré a mi hermano y él me miró a mí. Yo fui quien dio el primer paso, pero Austin se mostraba desconfiado. Supongo que era un comportamiento comprensible, ya que él no me recordaba. Un motivo más para hacer aquel viaje, pues me parecía una buena oportunidad para estrechar lazos familiares.

Una vez finalizados los saludos, subimos a los carruajes que nos llevarían hasta la villa que habíamos alquilado, muy cerca de la casa de mi madre.

Camille tomó el mando de la situación y yo enseguida pude retirarme a mi alcoba para descansar, contenta de estar allí y relajada al saber que, en sus manos, todo funcionaría a la perfección.

Antes de cerrar los ojos y caer en un profundo sueño, me prometí a mí misma que lo primero que haría al día siguiente sería escribirle a Charles y describirle aquel paraíso.

## Capítulo 14



*Santorini. Finales de mayo de 1810*

Lo primero que hice a la mañana siguiente fue darme cuenta de que haberme traído tres baúles de ropa había sido una total pérdida de tiempo y esfuerzo malgastado, ya que, con aquel clima, todo mi vestuario resultaba inapropiado, a no ser, claro, que me quisiera morir de asfixia.

Mirando por la ventana, me fijé en que allí las mujeres no iban tan emperifolladas y que, al igual que mi madre, llevaban ropa cómoda. Así pues, decidí que mi primera excursión por la isla sería para ir de compras.

Mi madre se había ocupado no solo de buscarnos alojamiento, sino también servicio. Yo le había dejado claro que no quería vivir rodeada de criados. Solo los imprescindibles para que nuestra estancia fuera cómoda. Ella había contratado una cocinera, dos doncellas y un jardinero, pues aquella villa de inspiración romana estaba rodeada de vegetación.

Acompañada de Claire, que tenía el mismo apuro que yo respecto al vestuario, salí en dirección al pueblo en busca de una modista que nos confeccionara prendas para poder sentirnos cómodas en Santorini.

Junto con nosotras vino también una de las doncellas, Aretha, dispuesta a ejercer de intérprete, ya que mi griego clásico apenas me servía para defenderme.

Lo primero que nos sorprendió fue que, en vez de conducirnos a un establecimiento especializado en ropa femenina, la doncella nos llevó a un mercado, donde, rodeadas de ruido, gente y todo tipo de mercancías, nos detuvimos junto a un puesto en el que una mujer nos miró de arriba abajo y después frunció el cejo.

Por lo que nos tradujo nuestra sirvienta, vino a decir algo así como ¿dónde van estas dos insensatas con tanta ropa encima? Lo cierto es que desentonábamos, ya que, para empezar, nuestra piel blanca llamaba la atención, así como nuestro refinado atuendo, con sombrilla incluida.

La mujer del puesto se nos acercó y, sin dejar de fruncir el cejo, nos observó de cerca para después palparnos, algo que me dejó perpleja. Luego se metió en una especie de trastienda y salió de allí con dos vestidos blancos.

—Ornela, no podemos ponernos esto, es indecoroso —murmuró Claire a mi lado.

—Yo el problema que veo es que quizá no nos sienten bien —respondí en el mismo tono, aunque no sé para qué me esforzaba en disimular, cuando lo más probable era que, aparte de nuestra doncella, nadie nos entendiera.

—Dice que le quedará bien —dijo nuestra acompañante, traduciendo las palabras de la vendedora.

Me quité los guantes y toqué la prenda. La confección era sencilla, igual que la

tela. Nada que ver con las muselinas, tafetanes y sedas que yo acostumbraba a llevar.

No del todo convencida, pagué la mercancía. De todas formas, una vez que me instalase del todo, estaba segura de que en la isla podría encontrar una modista aceptable para que nos hiciese ropa adecuada, a medida y de mejor calidad.

De regreso a nuestra villa, aprovechamos para realizar otras compras. Me tenía asombrada la algarabía reinante, así como los olores, tan diferentes de los del insalubre Londres. En la isla se podía respirar. Un cambio más.

Cuando nuestra sirvienta ya había llenado su cesta y abandonábamos el mercado, se detuvo junto a un hombre que, sencillamente, solo se podía calificar como impresionante. Me dio rabia no entender la conversación que mantenían, pero por las expresiones de la chica saltaba a la vista que entre ellos había algo.

—Parecen amigos —comentó Claire a mi lado.

Como siempre, solo veía la versión más almibarada, lo que sin duda resultaba una bendición en algunos casos, como cuando se trataba de asuntos que me afectaban. Aunque, pensándolo mejor, podía ser una forma mucho más cómoda de afrontar la realidad.

Pero yo no era así.

—Sí, eso parece —susurré en respuesta, mientras esperábamos a que los dos acabaran su conversación.

Al no poder entender más que alguna palabra suelta que más bien me confundía, presté más atención si cabe a cada gesto, mirada y, en especial, a cómo la sirvienta elevaba su pecho, como ofreciéndolo sin pudor, y cómo él la miraba de reojo y sonreía de medio lado, pero no hacía nada por animarla.

Desde luego, no podía culparla, pues yo también sentía interés por ese hombre. ¿Qué mujer no lo haría? Bueno, exceptuando a la que tenía al lado.

La chica regresó junto a nosotras y de nuevo la ingenua Claire me ayudó sin saberlo.

—¿Es un familiar tuyo? —le preguntó a Aretha.

—No, no. Es el hijo del jardinero —contestó ella mirando hacia otro lado, como si se avergonzara.

—Interesante... —musité, guardando aquella valiosa información.

Durante los siguientes días me dediqué a organizar nuestra rutina y adaptarla al entorno. Allí, en Santorini no teníamos actos sociales a los que asistir, ni amistades a las que visitar, ni miradas indiscretas que esquivar. Éramos únicamente unas extranjeras sin otra pretensión que disfrutar del clima.

Por las noches, desde mi ventana, podía observar el mar y disfrutar de la suave brisa, algo que ya ni recordaba, pues los recuerdos de Marsella, donde nací, quedaban muy lejos.

Una de esas noches, mientras estaba sentada en la terraza, sin otra intención que refrescarme y pasar el rato antes de dormir, vi que había alguien paseando por la arena. Debía de ser cerca de medianoche y me extrañó, porque, fijándome mejor, me



di cuenta de que se trataba de una pareja. Mi lado más curioso hizo que aguzara la vista. No podía distinguirlos, pero sí oír sus gemidos y palabras entrecortadas. También observé algunos de sus movimientos y, a raíz de eso, volví a sentir deseo sexual.

Desde aquel día en la biblioteca, cuando «obligué» a Charles a estar conmigo, no había tenido ningún tipo de contacto sexual y mi cuerpo necesitaba vibrar de nuevo.

Sola en mi terraza, con el sonido del mar de fondo y el de los amantes, me desnudé y después me recosté en el sillón y separé las piernas.

Comencé a acariciarme los pechos con la firme intención de ir despacio, pero sucumbí a las prisas y al ansia por alcanzar el orgasmo. Mis manos se deslizaron con rapidez hacia abajo, buscando mi sexo. Estaba húmeda y gemí nada más rozarme el clítoris. Me mordí el labio en un vano intento por controlar los jadeos y no alertar a nadie. Además, deseaba continuar observando a los amantes, mientras mis manos sustituían a las de un hombre.

En mi estado, sabía que apenas duraría unos minutos. No me metí ningún dedo, simple y llanamente continué trazando círculos sobre mi clítoris, cada vez a mayor velocidad, y todo sin cerrar los ojos, admirando la potencia sexual del hombre, que embestía a la mujer como un poseso y envidiando a la afortunada. Disfrutar de un ejemplar masculino así entre las piernas era un sueño de lo más razonable, teniendo en cuenta mi larga sequía sexual.

Me concentré en las sensaciones de mi cuerpo, mientras me prometía aprender cuanto antes las palabras en griego que me permitieran desenvolverse y conocer a un isleño capaz de llevarme a la playa y hacerme gritar de placer.

Allí nadie me conocía. Nadie sabía de la existencia de un marido. La situación me era propicia.

Con el dedo índice, presioné con más ímpetu hasta que temblé ligeramente, y apreté los muslos para que la fricción fuera aún mayor y así prolongar unos míseros segundos mi orgasmo. Puede que fuera un triste alivio; no obstante, de momento serviría.

El hombre lanzó una especie de gruñido y, para mi sorpresa, en vez de quedarse unos segundos disfrutando de su clímax sobre ella, se apartó con rapidez. Supuse que por precaución, pero entonces vi que también la mujer se incorporaba para cubrirse. No hubo un beso, ni una caricia... nada, lo cual me extrañó. Sin embargo, lo que me dejó atónita fue ver cómo ella sacaba una pequeña bolsa y se la entregaba. El tintineo de las monedas resultaba sospechoso.

¿Era un hombre que vivía de las mujeres? Esa teoría era plausible, pero si pretendía que ella lo continuara financiando se habría mostrado más cariñoso, era lo mínimo que podía hacer.

Abandonaron la playa, cada uno por su lado, y yo continué dándole vueltas hasta elaborar otra extraña hipótesis: ¿compraba aquella mujer los servicios sexuales que quería?

Desde luego, esa segunda teoría resultaba de lo más novedosa, pues hasta donde yo sabía siempre había sido al revés.

No tenía forma de satisfacer mi curiosidad de inmediato, pero desde luego realizaría las pesquisas oportunas para averiguar de qué iba todo aquello. Preguntaría al personal de servicio en la casa, seguro que algo sabrían.

A la mañana siguiente, y evitando que Claire o Camille me oyeran, pues pondrían el grito en el cielo, le pregunté a Aretha; la chica parecía bastante espabilada y ya tenía edad para estar al corriente de ciertos asuntos.

—¿Qué desea, condesa? —inquirió cuando la hice llamar y cerré la puerta de una de las dependencias de la villa.

—Información —dije sin ambages—. ¿Cuántos años tienes? —Necesitaba asegurarme antes de continuar indagando.

—Veintidós, señora —contestó en su torpe inglés.

—¿Estás casada?

—No.

—¿Novio? —Negó con la cabeza y se puso colorada, lo cual me resultó curioso—. ¿Amante, entonces? —No respondió a esta última cuestión y eso daba que pensar. Entones decidí abordar la cuestión de forma directa—. Anoche, desde mi ventana, vi a una pareja tener un encuentro íntimo en la playa... —Desvió la vista. Desde luego estaba al tanto, algo que me venía de perlas—. No voy a juzgar a nadie ni a recriminar ciertos comportamientos —aclaré, para que se sintiera más proclive a colaborar—. ¿Sabes si es alguien que trabaja en esta casa?

—Señora... yo...

—Aretha, solo quiero que seas sincera. Te prometo que nada de lo que me digas saldrá de aquí. Nadie perderá su trabajo.

Mis palabras hicieron efecto y, tras pensarlo, la chica se mostró más inclinada a hablar.

—A veces... Algunas jóvenes...

—¿Vais a la playa a retozar? —terminé yo la frase.

El verbo «retozar» era un eufemismo necesario.

—Sí. Pero le prometo que no lo haremos más.

Disimulé un resoplido. El paisaje de la isla era maravilloso y la vista nocturna del mar también, pero tener un espectáculo de esa índole por las noches resultaba un aliciente extra.

—No pretendo inmiscuirme en vuestras costumbres. Las respeto. Simplemente quería saber si esas personas trabajan en la casa, ya que podría ser peligroso que desconocidos merodearan por aquí, hay que ser precavidos.

—Lo comprendo, señora.

—Gracias. Por eso necesito estar segura. ¿Sabes de quién podía tratarse?

Vi cómo tragaba saliva. Una de dos, o era una amiga, a la que protegía, o bien, como todo indicaba, era ella la que la noche anterior estuvo «retozando» cerca de mi

ventana.

—Señora... —rogó una vez más, intentando que abandonara la idea de seguir indagando. Algo que por supuesto no iba a hacer.

—Solo quiero saber los nombres. No habrá represalias —le recordé y como ya estaba más que confirmado que era ella, solo me quedaba averiguar el nombre de su amante—. ¿Sabes quién era él?

Asintió.

Quizá me estuviera aprovechando de mi condición de señora de la casa, pero para una vez que partía con ventaja no me iba a quedar sin saber el resto de la historia.

—Has dicho que no era ni tu amante ni tu novio. ¿Puedes aclararme eso? —proseguí, obviando de momento la cuestión del intercambio de dinero.

—Era... —titubeó abochornada.

—Aretha, dímelo —ordené con firmeza.

—Era Phineas —respondió en un murmullo.

No llevaba mucho tiempo allí, así que era imposible que conociera a las personas por su nombre.

—¿Quién?

—El hijo del jardinero.

Abrí los ojos como platos. Vaya noticia. Desde luego, era para, en primer lugar, alabar su buen gusto a la hora de escoger amantes y, en segundo, despedirla en un acto irracional, comida por la envidia.

Ni que decir tiene que no iba a hacer esto último.

—Gracias por la información. —Aretha respiró tranquila cuando vio que ya no iba a preguntarle nada más. Pero cuando iba a marcharse, añadí—: Dile a Phineas que quiero verlo.

Ella asintió, me hizo una pequeña reverencia y fue a cumplir mi encargo.

Esperé nerviosa la llegada del joven. A saber qué pensaría de mi petición. Pero me daba igual, estar en una posición dominante me confería ciertas prerrogativas y, al no tener a mi lado a un esposo, bien podía buscarme la vida.

Pero a pesar de todo estaba nerviosa; una estupidez, dadas las circunstancias, pero traté de calmar mis nervios.

Al cabo de unos minutos, oí unos golpecitos en la puerta.

—Adelante —murmuré con aire indolente.

—Señora, lo siento mucho, pero me ha sido imposible localizarlo —se disculpó Aretha.

Fruncí el cejo. Esta eventualidad no entraba en mis planes.

—¿Y no sabes dónde puede estar? —pregunté, fingiendo desdén al más puro estilo de matrona aburrída.

—No. Pero la cocinera cree haberle oído decir que iba al puerto. Sé que a veces se hace a la mar para sacarse un jornal.

—Está bien —contesté, sin mostrarme contrariada en exceso para no dejar

entrever mis intenciones—. Deja recado de que, en cuanto le sea posible, venga a verme.

—Así lo haré, señora.

A pesar de mi encargo, Phineas no dio señales de vida. Por lo visto, desconfiando de lo que yo pudiera pretender, Aretha le había advertido y él, listo, se había apresurado a desaparecer.

Quizá había actuado de forma precipitada al querer enterarme de todo lo que se cocía allí, pero ya estaba hecho y no podía retroceder. Aun así, ese contratiempo no me haría desistir y me dije que incluso a lo mejor había sido positivo, pues durante los siguientes días me ocupé de en primer lugar de aprender el idioma. Busqué en la isla un profesor que pudiera enseñarme y, para evitar habladurías, le pedí a Claire que se uniera a mí. Aceptó y juntas nos esforzamos por aprender a hablar griego moderno.

Al cabo de un mes, y tras arduas sesiones, podía decirse que, al menos, cuando íbamos al mercado no nos daban gato por liebre, ni intentaban subirnos el precio al ver nuestra tez pálida y nuestros modales. Una de las cosas que más gracia me hizo fue enterarme de que ya se había corrido la voz por la ciudad de que ambas éramos mujeres casadas y que, por tanto, ningún hombre debía acercarse a nosotras más allá de lo prudente.

Por las noches me fijaba con atención en la playa por si alguna pareja de amantes decidía volver a ofrecerme un entretenido pasatiempo; sin embargo, no hubo suerte. Por supuesto, ni rastro de Phineas, pese a que preguntaba con discreción por él, interesándome, como cualquier buena señora, por sus sirvientes. Ni que decir tiene que todos callaban y, con Aretha a la cabeza, buscaban excusas de lo más peregrinas para no decirme su paradero.

Eso me hizo cambiar de táctica.

Si algo había aprendido en el pasado era a ocultar mis verdaderos intereses y mostrar otros por completo distintos. Podría decirse que, a lo largo de los años, y obligada por las circunstancias, había perfeccionado esa técnica.

Dejé a un lado mi actitud inquisitorial y pasé, sin más demoras, a la acción. No era costumbre que los señores de la casa accedieran a las dependencias del servicio, menos aún cuando todas las habitaciones disponían de un llamador.

Que la señora se presentase en las cocinas o en la despensa podía resultar comprensible, ya que había quehaceres e instrucciones que dar y nada mejor que hacerlo sobre el terreno. Pero que alguien ajeno al servicio se personara en la zona de los dormitorios, resultaba impropio, pues no había ninguna justificación para ello.

Incluso podría dar pie a habladurías; no obstante, como me encontraba a muchos kilómetros de mi casa de Londres, podía correr el riesgo.

La zona de dormitorios estaba claramente identificada. Los del personal femenino bien alejados de los de los hombres. Supuse que para evitar tentaciones, pero como ya se había demostrado desde hacía siglos, esa era una norma absurda e ineficaz.

Como dirían los poetas: el amor no tiene barreras. Una forma elegante de decir que si se desea disfrutar de un encuentro ilícito no hay puerta que no pueda abrirse ni vigilancia que no pueda burlarse.

Sabía dónde estaba el dormitorio de Aretha y hacia allí me dirigí. Llevaba una excusa preparada. Llamaría a la puerta y, tanto si la encontraba acompañada como sola, diría que llevaba rato llamándola y al ver que no atendía mi llamada, me había visto obligada a acudir yo en persona. Que una condesa tuviera caprichos, y a horas intempestivas, era de lo más normal.

Por supuesto, mis expectativas eran encontrarla acompañada.

## Capítulo 15



Con sigilo, fui avanzando por el estrecho corredor abuhardillado. Maldije por cómo crujían las tablas de madera e incluso llegué a pensar que algunas terminarían por partirse de lo podridas que estaban.

Me detuve junto a una puerta. No era la de Aretha, pero el ruido procedente del interior de esa alcoba me resultó sospechoso a esas horas de la noche. Presté más atención y me di cuenta de que allí alguien estaba manteniendo relaciones sexuales; los sonidos eran inconfundibles.

Miré a un lado y a otro. El corredor seguía vacío. Sujeté la oxidada manija y recé para que hubieran tenido la deferencia de engrasar los goznes y el mecanismo. Aunque caí en la cuenta de que si los supuestos amantes se encontraban inmersos en el frenesí sexual, difícilmente se percatarían del chirrido.

La fortuna me sonrió y pude entreabrir la puerta, apenas lo justo para comprobar que mi intuición era cierta y, por supuesto, para saber la identidad de los interfectos.

Como cabía esperar, en un ambiente íntimo no había mucha luz, pero sí la suficiente para ver la escena.

El hombre se movía sobre la mujer, apoyado en los antebrazos y ella le clavaba las uñas en la espalda, jadeando al ritmo de sus embestidas.

Embestidas de lo más certeras, a juzgar por la intensidad de los gemidos femeninos y el traqueteo de la cama. Me mordí el labio; de nuevo el sentimiento de envidia hizo su aparición. Miré un instante por encima de mi hombro, sintiéndome incómoda allí de pie. Pocas excusas podía yo alegar en mi defensa si me pillaban espiando a aquellos dos.

—Phineas... —suspiró la mujer y por su ronco tono intuí que estaba a un paso de correrse.

«Afortunada ella», pensé.

Allí estaba, el hombre que no atendía a mis requerimientos, bien por no estar al corriente de ellos o bien por miedo a lo que yo pudiera hacer. Si él supiera cuáles eran mis verdaderas intenciones...

Lo oí jadear, pero no de la forma en que lo suele hacer un amante satisfecho. Era más bien un jadeo de alivio, como si estar allí fuera una obligación. También estaba cerca de alcanzar el clímax y yo notaba mi entrepierna cada vez más húmeda. De haber sido posible, me hubiera acariciado sin dejar de observarlos.

Cuando más excitada estaba, y para mi total desconcierto, él se apartó de manera brusca y se derramó sobre la chica, no como un acto erótico, sino más bien como una especie de desaire. Esa fue al menos la impresión que me dio.

Ni un gesto cómplice, ni un beso. Nada.

—¿Ya te vas? —preguntó ella, incorporándose en la cama mientras se limpiaba con la sábana.

—Sí, tengo cosas que hacer —respondió él con desdén, buscando su tosca ropa para empezar a vestirse a toda prisa.

—¿Y por qué no te quedas a pasar la noche aquí? —sugirió la chica con voz melosa.

Él negó con la cabeza.

—Dame lo que hemos acordado —añadió impaciente.

Ella frunció el cejo.

—Al menos por una vez, podrías hacer una excepción.

—Sabes que no puedo —replicó Phineas terminando de vestirse.

La mujer abandonó la cama y se encaminó desnuda hasta un arcón, en un fútil intento de provocarlo. Se arrodilló y sacó algo que no pude ver con claridad hasta que se volvió.

—Está bien, toma. —Le entregó de mala gana una pequeña bolsa.

Él la sacudió y de nuevo el inconfundible sonido de unas monedas chocando entre sí vino a confirmar mi hipótesis.

—Últimamente te vendes muy caro —le reprochó la joven en un intento de retenerlo.

—Debo tener cuidado, ya lo sabes —le espetó él con sequedad.

—¿Cuándo podré verte de nuevo?

—Ya sabes cuál es mi precio —repuso sin ambages.

Me di cuenta de que debía alejarme de inmediato de allí si no quería ser descubierta. Aproveché un recodo del corredor y me pegué a la pared esperando que las prisas de Phineas por marcharse jugaran a mi favor y no se percatara de mi presencia.

Por fortuna así sucedió y, tras enterarme de lo que necesitaba saber sobre sus negocios, regresé a la comodidad de mi alcoba reflexionando en cómo hacer uso de esa información.

Por supuesto, no podía contar con Aretha, así que tenía que buscar el modo de pillar al esquivo Phineas.

La ocasión se presentó antes de lo que yo esperaba y no me hizo falta recurrir a métodos persuasivos. Una mañana, mientras Claire y yo paseábamos por el pueblo, luciendo nuestros nuevos y livianos vestidos, nos acercamos hasta el puerto, donde vimos cómo el objeto de mis investigaciones desembarcaba y ayudaba a descargar la mercancía.

—¿Ese no es el hijo del jardinero? —dijo Claire señalándomelo.

Oculté una sonrisa.

—Creo que sí —contesté con desdén, ya que se suponía que apenas sabía de quién me hablaba.

—Siempre he sentido curiosidad por saber cómo viven los pescadores. ¿No te parece una labor interesante?

La miré de reojo. A mí el oficio del mar me traía sin cuidado, pero sus palabras

me daban una excusa perfecta para acercarnos.

—Podríamos pedirle que nos mostrara el barco... —Lo dejé caer para que ella sola, y sin mucho esfuerzo, atara cabos.

—¿De verdad? —musitó Claire emocionada y, dado que en los últimos tiempos parecía una flor mustia más que una mujer, era un buen síntoma que mostrara interés por algo. Si además de animarla aquello servía para que yo me acercara al escurridizo Phineas, mejor que mejor.

Él nos vio llegar y por educación tuvo que mantener las formas. Me puse una mano en los ojos a modo de visera para observarlo. Daban ganas de subir a bordo con él, quitarle aquella raída camisa y después tumbarlo en la cubierta para comprobar si su piel bronceada estaba impregnada de sal.

Nos hizo un gesto para que nos acercáramos. Pensó, con razón, que estando acompañada mantendría con él una conversación de lo más inocente.

Y así fue, al menos al principio, mientras intercambiábamos las palabras de cortesía. Pero luego Claire, la bendita Claire, se interesó por cosas que a mí me parecían minucias y uno de los marineros se ofreció a explicárselas con más detalle, dejándome a solas con Phineas.

Pensé en abordar la cuestión con delicadeza pero enseguida descarté la idea. Ya habíamos jugado demasiado al gato y al ratón.

—¿Le dio Aretha mi recado? —lo interrogué bajando la voz.

—Sí, me lo dio —respondió a la defensiva, tal como yo esperaba.

—¿Y cómo es que no ha acudido a mi llamada? —le pregunté altiva, porque las de mi clase esperaban que cualquier orden suya se acatara sin discusión y, de manera deliberada, él había hecho caso omiso.

—Condesa, aquí no nos regimos por sus normas. No soy su lacayo —me espetó grosero, demostrando el poco orgullo que podía permitirse.

—Nunca he pretendido tratarle como tal. Sencillamente pretendía contratar sus servicios —repliqué en tono amistoso.

Phineas arqueó una ceja y se cruzó de brazos, tensando la tela de su camisa. Qué difícil iba a ser todo aquello.

—Yo también estoy dispuesta a pagar el precio... —añadí, para que captara por dónde iban los tiros.

Desde luego, por su reacción, saltaba a la vista que había logrado sorprenderlo y dejarlo boquiabierto. Algo que me produjo un extraño placer, muy pequeño, desde luego, en comparación con el que podía obtener si lograba salirme con la mía.

—¿Qué pretende? —dijo, apretando los dientes al verse descubierto y creyendo que se trataba de una burla o, peor aún, que yo solo buscaba la manera de destapar sus actividades y causarle un gran perjuicio.

—Mantener una interesante conversación con usted, por supuesto. En un ambiente más relajado y más discreto —agregué seria, aunque no distante.

Dio unos pasos para alejarse de mí. Que yo estuviera al tanto de cómo obtenía



unos ingresos extras sin duda lo mortificaba. No porque pudiera perjudicarlo, puesto que, de haber querido, ya podría haberlo airearlo y arruinarle el negocio. Al contrario, había guardado silencio, por lo que él tenía claro que muchas mujeres, yo incluida, seguíamos dispuestas a pagar por el placer de su compañía. Lo que lo atormentaba, libre ya de la preocupación de que su ocupación se hiciera pública, era su orgullo, y en eso podía decirse que estaba cortado por el mismo patrón que el resto de los hombres.

Observé cómo reflexionaba, cómo le daba vueltas a todo y cómo le costaba decidirse; estaba claro que no terminaba de fiarse de mí. Eso demostraba que era inteligente, que no se dejaba guiar solo por el sonido de unas cuantas monedas.

—Está bien —terminó accediendo—. Dígame cuándo y dónde.

—Mañana por la tarde en mi casa, le invito a tomar el té —contesté, evitando en todo momento mostrar excesivo entusiasmo.

Por ganar una batalla no hay que creer que ya se ha ganado la guerra. Respiré al verme a la memoria esos términos militares: no había sido acertado, no deseaba que mis recuerdos enturbiaran un futuro prometedor.

Mi respuesta lo dejó aún más perplejo, pues sin duda esperaba una cita clandestina a medianoche. Pero yo prefería reunirme con Phineas para conversar, sin levantar sospechas.

—Allí estaré —me aseguró y se marchó refunfuñando por lo bajo.

Ya no pude ocultar más mi sonrisa. No solo por haberme salido con la mía, sino por las expectativas que aquella cita entrañaba.

—Ornela, ¿por qué sonrías? —me preguntó Claire, regresando a mi lado con las mejillas coloradas.

La miré y le cogí la mano para darle un suave apretón.

—Porque hace un día precioso, ¿no te parece?

—Sí, la verdad es que sí —convino, devolviéndome la sonrisa—. Eres como una hermana para mí y te debo tanto...

Por fin empezaba a ser la de antes y de camino a la villa se mostró más locuaz que en los últimos meses, lo que me vino a confirmar que, de habernos quedado en Londres, ambas hubiéramos acabado hastiadas y mustias. En Santorini en cambio no había espacio para la depresión.

Nosotras dos éramos un buen ejemplo de ello.

Una vez en mi amplio dormitorio, rebusqué entre mis olvidados trajes uno apropiado para tomar el té con mi extraño invitado. Tras un infructuoso repaso, llegué a la conclusión de que lo mejor era mostrarme sencilla. Nada de emperifollarme para recibir a Phineas, pues me daba la impresión de que nuestro encuentro discurriría de forma más distendida si dejábamos a un lado nuestra posición social, y si aparecía vestida como solía ir a las reuniones londinenses, él se mostraría más reticente.

Me crucé con Camille, que, como siempre, me dijo con la mirada que me comportara adecuadamente. Pero aunque en los últimos tiempos nuestra relación

había mejorado, ella había perdido influencia sobre mí, por lo que sus miradas no me intimidaban como antaño.

Phineas se presentó puntual, algo que yo no esperaba, y lo hice pasar a una salita donde podríamos tener intimidad. Venía ataviado de manera formal; eso sí, su ropa seguía proclamando a los cuatro vientos sus escasos recursos económicos.

—Buenas tardes, condesa —me dijo a modo de saludo.

—Cierre la puerta, por favor.

—Dejemos las formalidades a un lado y diga lo que tenga que decirme.

Su tono impertinente me hizo sonreír. Quería salvaguardar su orgullo hasta el final.

—En primer lugar, me gustaría que abandonara su actitud arrogante y, en segundo, preferiría que me llamara por mi nombre. Aquí mi título vale muy poco.

—De acuerdo. ¿Para qué quiere verme?

—Para tratar de negocios, por supuesto. ¿Té? —le ofrecí, señalándole uno de los sillones para que se sentara.

—No, gracias, nunca me ha gustado.

—A mí tampoco —convine, dejando a un lado el servicio y levantándome para coger una botella de licor y servir dos vasos—. Pero una se adapta a las circunstancias —añadí en tono cómplice.

Phineas dio un trago a su bebida como lo hacen los hombres acostumbrados a todo tipo de licores fuertes, sin rastro de absurdos remilgos.

El sol de última hora de la tarde se filtraba por las ventanas y me quedé observándolo. Phineas no solo era atractivo, sino además inteligente, y esa era la combinación que yo siempre buscaba en un hombre.

La belleza se admira, la inteligencia se disfruta.

—Buen licor —comentó, dejando el vaso a un lado—. Pero yo no he venido aquí para beber, eso puedo hacerlo en la taberna del puerto.

—Dudo que allí sirvan una bebida de esta categoría —repuse y mi agilidad mental le hizo esbozar una tenue sonrisa.

—Dígame cuál es su propuesta.

—Quiero saber por qué lo hace.

Phineas se puso en pie, me miró de reojo y debió de darse cuenta de que mi pregunta no era para juzgarlo, ni mucho menos condenarlo.

—La respuesta es bien sencilla: por necesidad. Puede que en su mundo todo sea fácil, no se pasen penurias y comer todos los días sea una actividad de la que se pueda prescindir por capricho. Allí las enfermedades son a causa de los nervios y los vahídos por llevar el corsé apretado en exceso.

—No llevo corsé —repliqué, interrumpiendo su disertación.

—Pero yo he pasado hambre y mi familia tiene lo justo, y a veces ni siquiera eso, para vivir. Trabajo en lo que puedo, sin embargo, no es suficiente y, mientras esté en mi mano, no voy a consentir que ninguno de los míos pase penalidades por falta de

dinero.

—¿Está casado?

—No.

—¿Por qué se decanta por sirvientas y no por señoras adineradas? —continué preguntando.

Inspiró y controló su rabia antes de responderme.

—No niego que las damas de alcurnia puedan ofrecerme más beneficios, pero odio sus miradas de superioridad y su arrogancia, cuando son igual que el resto de las mujeres. Pueden vestirse de seda, no obstante, una vez desnudas, deberían aprender a comportarse con más humildad.

—Interesante razonamiento... —musité, entendiendo su postura.

—Tengo tres hermanas y no quiero que terminen abriéndose de piernas ante algún marinero borracho que las preñe —apostilló a modo de justificación, sin que yo le hiciera ninguna pregunta.

—Muy loable, desde luego —comenté, comprendiendo que la desesperación empuja a las personas a comportarse de un modo imprevisible.

Yo nunca lo juzgaría por ese motivo. Ni a él ni a nadie y, si analizaba con detenimiento su postura, me parecía de lo más inteligente.

—No se burle —me recriminó, malinterpretando el sentido de mis palabras.

—Aunque no he pasado hambre, sé lo que es tener que comer pan duro —confesé, sin entrar en más detalles sobre mi penosa vida en París.

Phineas atenuó visiblemente su hostilidad tras confesarle esa mínima parte de las penurias que había soportado. Hizo un leve gesto de asentimiento y los dos dimos por zanjado el asunto. No eran necesarias más explicaciones.

Al abandonar su actitud defensiva podíamos pasar al siguiente punto del día, es decir, la negociación. Deseaba dinero, eso era evidente, pero no quería que le arrojasen las monedas como se le tiran a un pordiosero, por el simple hecho de reírse viendo cómo las recoge con rapidez dejando a un lado su orgullo, porque con el estómago vacío no se puede tener orgullo.

—¿Para qué me ha hecho llamar, condesa?

Me acerqué a él y me coloqué a su espalda. No me gustaba hacer ostentación de mi título, pero ya que él, pese a mi ruego, lo había utilizado, opté por comportarme tal como se esperaba de mi condición.

Alcé una mano y recorrí su espalda despacio, dejándole claro que no consentiría sus salidas de tono.

—¿Examinando la mercancía? —masculló, apartándose.

—Puede.

—No estoy en venta —replicó casi con un gruñido.

—Pero sí en alquiler —dije yo.

Me miró fijamente y me di cuenta de que, a pesar de sus prejuicios hacia las damas de alcurnia, veía en mí a la mujer y decidí dejar de una vez por todas claro el

asunto.

—No vuelva a llamarme condesa —ordené en tono firme.

—¿Acaso no lo es?

Sonreí de medio lado.

—No es más que un título de consolación que se me otorga por matrimonio, no por méritos propios. Si mañana mi esposo muriese, yo lo perdería. No vale nada, es papel mojado.

—Muy bien, ¿cómo quiere que la llame?

—Por mi nombre.

—De acuerdo... Ornela.

¡Qué bien sonaba en sus labios! Me excité ante algo tan sencillo.

—Gracias. Aclarado este punto, pasemos al siguiente. Sus honorarios.

—No hace falta que adorne la verdad.

—¿Cómo lo llamamos entonces? —pregunté sonriendo, al ver que discutía por cuestiones semánticas.

No me respondió. Yo esperaba que Phineas se diera cuenta de una vez de que conmigo no servirían esos juegos de intentar ponerme nerviosa.

—Dejémoslo en honorarios —admitió a regañadientes.

—Me parece muy bien. ¿Qué cantidad es la apropiada? —le planteé sin andarme por las ramas. Con Phineas no merecía la pena.

Él se cruzó de brazos y, en vez de responderme, hizo algo que me hizo estremecerme entera. Me recorrió con la mirada, invirtiendo las tornas, como si yo fuera la prostituta y él el cliente. Sonrió de medio lado y, con total descaro, hasta dio una vuelta a mi alrededor.

—No quiero su dinero, Ornela —murmuró finalmente, dejándome helada, pues todos mis planes se desmoronaban.

—Sé que está de más mencionarlo, pero la cantidad sería más que generosa —apunté, con la firme intención de tentarlo.

De nuevo se rio. No tuve muy claro si de mí o de mis palabras.

—Sé a la perfección lo generosas que son las damas con la fortuna de sus esposos —comentó en tono bajo, sin duda con la intención de provocarme.

Torcí el gesto. Tenía toda la razón, no obstante, no estaba dispuesta a admitirlo abiertamente.

—Las mujeres tenemos pocas posibilidades de salir adelante por nosotras mismas —musité, muy consciente de que esa verdad universal yo la había aprendido hacía tiempo.

—Puede ser...

—Todo pasa por acostarnos con un hombre.

Phineas arqueó una ceja. Si esperaba eufemismos, no los iba a tener conmigo.

—Muchas lo hacen.

—La única diferencia es elegir si por unas monedas, que irán menguando a

medida que pasen los años, o por un contrato vitalicio, que al menos nos da seguridad y, en algunos casos, hasta un título nobiliario.

Mi exposición le gustó y así me lo hizo saber sonriendo abiertamente.

—Muy cierto —convino, hablándome al oído, y tuve de nuevo la sensación de que Phineas y yo juntos podríamos experimentar y disfrutar mucho.

—¿Fijamos entonces sus honorarios?

—Creo que en este caso el vil metal no será moneda de cambio.

Su respuesta me desconcertó, pues ¿qué otro medio de pago pretendía?

## Capítulo 16



—¿Cuál sería el precio? —insistí, ante su irritante silencio y su sonrisa burlona.

No me gustaba estar en desventaja y por su actitud era evidente que se guardaba un as en la manga.

¿Acaso me pediría una suma tan desorbitada que me obligase a rechazarlo y así su orgullo quedara indemne?

Desde luego era una táctica que yo conocía a la perfección, pero que odiaba que usaran conmigo.

—Ornela...

Que musitara mi nombre de esa forma, desde luego surtía efecto. Era un maestro de la seducción.

Nada de lo que asombrarse, pues se ganaba la vida así, embaucando mujeres. No solo con su físico, sino también con la voz; no es ningún secreto lo estimulante que puede llegar a ser una palabra dicha en el tono adecuado y el momento preciso.

—Sea claro, se lo ruego.

—Solo usted puede ofrecerme algo que el dinero no siempre puede comprar.

Parpadeé, seguía sin ser claro, pero desde luego manejaba a la perfección la intriga. Mi inclinación a descubrir secretos hizo que me sintiera mucho más curiosa.

—Hable —exigí y él, consciente de mi impaciencia, tuvo el descaro de mirarme como si ya fuera una mujer que ha caído en sus redes y a la que, por tanto, podía manejar a su antojo.

Si no me andaba con cuidado, eso podría acabar siendo.

—Clase, educación, modales...

—¿Perdón? —me vi obligada a preguntar, pues, a pesar de que por su tono, carente de burla, daba la impresión de que hablaba en serio, me pareció una idea tan descabellada que no terminaba de creérmela. Incluso llegué a pensar que se trataba de una prueba para ver mi reacción y después tener algo con lo que burlarse de mí.

—No niego que como mujer es sumamente atractiva —dijo, repasándome de nuevo con descaro, caldeando un ambiente ya de por sí excitante.

—Gracias —contesté con arrogancia, procurando que sus halagos no me nublaran el pensamiento.

Resultaba tentador sucumbir ante palabras lisonjeras, pero luego estas solo te distraen del camino.

—De ahí que unas simples monedas me parezcan un insulto y un pago fácil —añadió, recurriendo de nuevo a la misma táctica.

—No entiendo por qué yo...

—Usted posee algo que muy pocas personas, con o sin recursos, tienen: elegancia, y ese es precisamente uno de mis objetivos —explicó, sin rastro de ironía.

No dije nada, pues era más inteligente no hacerlo y dejar que expusiera del todo

sus motivos. Que razonara su petición. Intenté adoptar una postura distante, como si escuchara casi a diario proposiciones de esa índole.

—Ser refinado —prosiguió con el mismo aire serio—. Que dejen de mirarme como a un patán atractivo, pero que no sabe qué cubiertos utilizar o qué ropa vestir. Que mis orígenes humildes no sean motivo de burla, sino de orgullo ante toda su clase social.

—¿No es una tomadura de pelo?

—No. Estoy cansado de que se rían de mí por cuestiones tan absurdas cómo no saber qué tratamiento darle a una persona. Con dinero puedo pagar un buen sastre, pero no ir a la moda. Puedo comprar una casa, pero no decorarla. Puedo tener a mi lado a una mujer elegante, pero no a una dama.

—¿Pretende que le instruya? ¿Que lo ayude a refinar su comportamiento? —pregunté solo por asegurarme, pues con su exposición me había quedado muy claro.

—En efecto. Nadie mejor que usted para enseñarme, por ejemplo, cómo comportarme en un baile. Cómo dirigirme a las personas en función de su título.

—¿A tomar el té con elegancia? —sugerí con ironía.

—¡Por supuesto! —exclamó riéndose—. Esa creo que debería ser nuestra primera lección.

—Mmm...

Desde luego, era una propuesta extraña. Jamás imaginé que Phineas tuviera aquellas, por otro lado legítimas, aspiraciones.

—También me gustaría aprender su idioma correctamente —añadió.

—Debe de ser muy bueno en la cama —comenté, con la única intención de provocarlo, de ver cómo reaccionaba, si perdía la concentración.

—En la cama, en el diván, a la luz de la luna... —enumeró, sin parecer pagado de sí mismo en exceso.

Lo cierto era que no tenía pinta de presumir sin hechos que lo avalaran. Sabía muy bien cuál era su reputación y cómo mantenerla.

—Tendré que fiarme de su palabra —apostillé, fingiendo escepticismo.

—Elija el escenario que desee —contestó, retomando su tono seductor.

Me sentía en peligro y, como lo sabía, decidí reconducir la conversación y dejarle todo claro antes de pasar del terreno teórico al práctico, como estaba segura de que sucedería en breve.

—Una última cuestión... ¿se comportará conmigo con frialdad una vez acabada la... lección?

No se lo había mencionado, pero al formular la cuestión se sobrentendía que conocía su forma de proceder. Bien de manera indirecta, a través del relato de una de las mujeres que habían pagado por sus servicios, bien de manera directa, al ser testigo presencial, como había sido el caso.

Me daba absolutamente igual a qué conclusión llegara al respecto.

—Dudo que ningún hombre pueda ser frío y mantener la calma con usted —

respondió en voz baja y, no contento con ello, añadió—: Antes, durante y después.

Su cumplido iba directo a mi vanidad y, con descaro, miré hacia abajo para comprobar cómo andaba la suya. Ver que de verdad mis encantos surtían efecto me hizo relamerme cual gata golosa ante un buen plato de leche.

—Entonces acepto. —Le tendí la mano y sellamos el trato como se hace en los negocios.

Phineas me sonrió, pero no de manera insolente, o ni siquiera irónica, como lo había hecho hasta ese momento. Su sonrisa cambió y se volvió tierna.

Alzó una mano y, con el dorso, me acarició la mejilla.

—Sigo pensando que es un trato injusto...

Incliné la cabeza hacia su mano y cerré los ojos.

—Puede ser.

—Estoy seguro de que va a ofrecerme mucho más de lo que yo le voy a dar.

Sus palabras me complacieron, eran desde luego todo un elogio.

Muchos hombres habían admirado mi belleza y deseado mi cuerpo y habían utilizado para ello los más rebuscados requiebros. No obstante, con su sinceridad, Phineas me conquistó.

Nunca sería el amor de mi vida, pues ese título lo ostentaba otro hombre, pero sí al menos podía lograr que vibrase de nuevo y que mis noches no fueran tan solitarias. Ser abrazada tan solo por unas tibias sábanas resultaba insoportable.

—Tutéame, por favor.

—Esta noche... —murmuró él junto a mis labios, respirando tan cerca que sabía que iba a besarme.

Erré en los cálculos, pues, en vez de rozar sus labios con los míos, se acercó hasta mi oreja e, inclinándose, me besó en el cuello.

Contuve un gemido, porque la sencillez del gesto fue tan eficaz como la caricia más experimentada.

—Te esperaré en la playa... —prosiguió en el mismo tono íntimo—. A eso de la medianoche.

—¿Medianoche? —pregunté impaciente.

—Es la hora adecuada para los encuentros furtivos entre amantes y, además, hoy habrá luna llena. Un ambiente apropiado. ¿No lo crees así, Ornela?

Gemí frustrada, pues después de tanta negociación al menos podía recibir un adelanto a modo de incentivo. Di un paso atrás, no con la idea de separarme, sino de que se fijara en mi escote y se percatara de que tenía los pezones duros; mi respiración era cada vez más agitada y hacía que mis senos se elevasen con cada inspiración.

—Quiero ver cómo resplandece tu piel a la luz de la luna.

Para no tener mucha educación se manejaba bastante bien como poeta.

Phineas me recorrió con un dedo el borde del escote, pero no lo metió dentro, retrasando de forma irritante lo inevitable. Por supuesto, tomé cartas en el asunto. Los



juegos de seducción no me eran desconocidos y bien podía darle la réplica.

—Podemos dar ahora la primera lección, si te parece —sugerí.

—No creo que sea buen momento. Ni tampoco el lugar apropiado.

—No veo mejor momento para aprender a tomar el té de forma correcta —contesté, haciéndolo reír a carcajadas.

—Aprendamos, pues —convino mi alumno, dispuesto como ningún otro a prestar atención a mis enseñanzas.

De ese modo, acabamos sentados junto al servicio de té, yo decidida a enseñarle el ridículo ritual que siempre había criticado, pero que por cuestiones prácticas había tenido que aprender y dominar.

Me di cuenta de que la delicada porcelana no estaba fabricada para sus rudas manos y que hasta resultaba ridículo verlo sujetar la pequeña tacita intentando hacerlo con un mínimo de elegancia.

Si a eso se le añadía que él odiaba el té, saltaba a la vista que iba a ser una ardua tarea introducirlo en nuestras costumbres.

Estallé en carcajadas cuando escupió aquel «infame brebaje del demonio», palabras textuales, y se preguntó por qué una sociedad que presumía ante el mundo de ser avanzada bebía aquella cosa tan insípida.

—Aquí esto lo tomamos si tenemos dolor de tripas —se quejó.

—Phineas... —lo reprendí con dulzura.

Yo tampoco lo entendía, así que, sin retirar el servicio de té, me ocupé de vaciar las tazas y de rellenarlas con coñac.

—Mucho mejor, sí señor —comentó él, saboreando el licor e intentando mantener la postura tal como le había indicado.

—No te reclines en el asiento, no arquees la espalda, no hundas los hombros —le recordaba cada vez que perdía la concentración, cosa que a mí también me ocurría, por lo que intuía que como profesora tenía poco futuro.

No se puede desear al alumno e instruirlo.

—Me van a tener que meter un palo por el culo para que pueda quedarme tan quieto —masculló, moviéndose incómodo en el asiento.

—Yo también pensaba que esa era la razón de que algunos lo consiguieran —reconocí, riéndome ante su burda expresión—. Por supuesto, comentarios como ese quedan descartados.

—De acuerdo. Puedo pensarlo pero no decirlo —murmuró.

—Así es.

Quizá debido a las carcajadas de ambos, o por curiosidad, llamaron a la puerta y, como nada tenía que ocultar, exceptuando el coñac, dejé que nos interrumpieran.

—Buenas tardes —saludó una tímida Claire, mirándonos a ambos.

Phineas, sin que yo se lo indicara, se puso en pie de inmediato y la saludó con una sencilla reverencia.

—Buenas tardes, señorita —dijo.

Si no se me iba el santo al cielo, más tarde le advertiría que, al ser una mujer casada, debería llamarla señora junto con el apellido de su esposo, en caso de que no poseyera ningún título nobiliario.

—Estábamos tomando un... té ¿nos acompañas? —pregunté, viendo en la presencia de Claire la coartada perfecta, pues estando las dos juntas nadie podría sospechar. Además, a ella podría irle bien eso de enseñar y, por último, visto desde un punto de vista pragmático y egoísta, Claire era mil veces más paciente que yo y así mi esfuerzo se vería reducido a lo indispensable.

—Si no es mucha molestia... —respondió insegura.

Permanecía junto a la puerta, sin querer avanzar ni un solo paso... Estuve a punto de gritarle algo así como «¡Por Dios, Claire, muévete y déjate de indecisiones de una maldita vez!».

No obstante, si pretendía darle lecciones de elegancia a Phineas, la primera que debía hablar con corrección y dar ejemplo era yo.

—Phineas me ha pedido ayuda y creo, querida Claire, que tú y yo somos perfectas para instruirlo en el complicado mundo de los convencionalismos sociales —le expliqué paciente, para que fuera ganando confianza.

—¿De verdad? —contestó ella entusiasmada, como yo sabría que lo haría, pues si algo tenía Claire era un alma caritativa y supongo que entre sus valores se incluía el de enseñar al que no sabe de forma altruista.

Yo, por el contrario, carecía de ese sentimiento, aunque poco me importaba.

—Sí —asentí, mirando de reojo a nuestro alumno, que mantenía la compostura.

Podía imaginar lo que pensaba. Con la providencial aparición de Claire yo había dado un golpe de efecto y me suponía cierto placer saber que al incluirla en nuestro «trato» le dejaba muy claro que, uno, en esos duelos de voluntades yo era una digna oponente, y dos, de momento yo llevaría la voz cantante.

—Por supuesto, lo ayudaremos en todo lo que precise —se ofreció aquella alma cándida, acercándose a nosotros.

Claire había vivido bajo mi techo desde antes de casarse y no era ningún secreto para ella que me gustaba tomar un buen coñac, así que se limitó a mirar hacia otro lado cuando descubrió que nuestra lección no se ajustaba a la realidad.

Pero tan positiva como siempre, llamó al servicio y les pidió con su habitual dulzura que nos sirvieran té recién hecho.

—Muchas gracias —refunfuñé y ella me sonrió con amabilidad.

Phineas, divertido, esperó paciente su tortura. Era el único consuelo, verlo fingir delante de Claire que disfrutaba con aquel asqueroso brebaje.

Pero para mi asombro, siguió las indicaciones de mi amiga e, imitando su comportamiento, hasta tuvo el descaro de pedir otra taza.

La ventaja de quedarme callada fue la oportunidad de observarlo a mis anchas.

Desde luego, daba muestras de una gran inteligencia, que, por distintos avatares de la vida, no había podido ser encauzada de manera adecuada. Además, me percaté

de que a Claire la miraba con afecto y respeto, sin rastro de interés sexual, y que le hablaba en un tono cordial, muy alejado del provocador que utilizaba conmigo.

Era un gran alivio comprobar que al menos tenía un mínimo de decencia y no intentaba utilizar la baza de los celos. Si bien esa carta no era muy útil conmigo, ya que solo con un hombre sentía la espina de los celos, no habría sido agradable verlo coquetear con otra delante de mí.

Además, si lo hacía, lo mandaría a paseo, no por orgullo, sino porque Claire no se merecía caer en las redes de un embaucador.

Eso me llevó a plantearme la siguiente cuestión: mientras durasen nuestras «lecciones», ¿seguiría follando con mis criadas para ganar dinero? ¿Tendría suficiente capital ahorrado como para permitirse prescindir durante un tiempo de su fuente de ingresos? Mis «lecciones» debía de verlas sin duda como una inversión a largo plazo.

Pero era demasiado pronto para saberlo. Por delante teníamos unos meses de duro aprendizaje y de excitantes encuentros. Después, todo quedaría en un grato recuerdo, junto con las demás experiencias vividas a orillas del Egeo.

Si Phineas lograba sus objetivos, todo quedaría entre nosotros. Nunca me sentiría utilizada. Sería absurdo e injusto.

Finalizada nuestra primera lección, nos despedimos de él, aprovechando para practicar un poco de buenos modales, y fijamos un nuevo día para otra clase, a la que una ilusionada Claire quiso unirse y a lo que, por supuesto, no me opuse.

Ya averiguaría en otra ocasión qué opinaba Phineas al respecto. Lo importante era nuestro encuentro de medianoche. Tenía que prepararme, en varios sentidos, y como no quería dar muestras de mi nerviosismo, opté por ir al cuarto de juegos de Alexander y así pasar un rato con mis hijos.

Con Cyprien en brazos los observé a los dos orgullosa. Solo podía desear que crecieran sanos y fuertes. Mientras yo estuviera viva, me encargaría de que nada les faltase. Me di cuenta de que solo quedaba una cosa que no iba a ser capaz de darles: un padre. Si bien Charles ejercía como tal, me parecía tan injusto que Alexander, al crecer y conocer los detalles, se sintiera fuera de lugar y que Cyprien viviera toda su vida una mentira.

Pero mis decisiones ya estaban tomadas y de momento eran pequeños para comprender la complejidad de todo lo que nos rodeaba. Si bien debía ir pensando en cómo explicarles la situación, no era el momento ni el lugar idóneo. En Santorini no quedaba espacio para los disgustos y olvidar mis preocupaciones durante unos meses sería algo terapéutico.

## Capítulo 17



**P**repararse para un encuentro clandestino conlleva una alta dosis de paciencia, y yo no veía el momento de que fueran las doce de la noche y que por fin Phineas me tocara, acariciara y besara. Por supuesto, mi deseo era recíproco. Mis intenciones iban más allá de limitarme a quedarme tumbada y esperar que él lo hiciera todo. Nunca había sido una mujer pasiva y no iba a empezar a serlo entonces.

Mis preparativos no se limitaron a buscar la ropa adecuada, que en aquel caso fue un liviano camisón y una bata. Me dejé el pelo suelto y me apliqué una loción perfumada por toda la piel. Pero además tenía que tomar precauciones.

Una vez lista para mi encuentro, salí a la terraza con cierto temor de que alguien me descubriera. Si algo había aprendido en todos aquellos años, y de ahí que mi reputación nunca se hubiera visto afectada, era que pecar de prudente nunca está de más si se quiere disfrutar sin miedo a las consecuencias. Los hombres que habían pasado por mi vida me habían ayudado a aprender esas imprescindibles lecciones.

Era una noche típica de verano a orillas del mar y ya por el simple hecho de disfrutar de aquella vista merecía la pena trasnochar. De vez en cuando, una suave brisa me refrescaba, aunque lo cierto era que el calor que sentía provenía de mi interior y ni un viento huracanado podría procurarme alivio.

Esperé junto a la balaustrada de piedra hasta advertir algún movimiento o ver alguna señal, pues no quería arriesgarme y parecer demasiado impaciente. Ni un solo sonido discordante, ni un solo movimiento... Empecé a impacientarme, pues pasaban más de quince minutos desde la hora convenida y ni rastro de Phineas.

¿Se habría olvidado?

La sola idea de que así fuera me enervó, no únicamente por ver frustrados mis planes de tener un amante a todas luces cualificado, sino más bien porque, de no aparecer, sería una burla en toda regla, un duro golpe para mi orgullo.

Cuando más desesperada estaba, oí unos golpecitos en mi puerta, lo que hizo que me diese la vuelta sobresaltada, pues a esas horas de la noche era impensable recibir visita. Tragué saliva y pensando que quizá les hubiera ocurrido algo a mis hijos, olvidé por entero que un posible amante me había abandonado y fui a abrir la puerta.

—Llevo un buen rato esperándote —musitó Phineas, empujándome hacia el interior de la alcoba y cerrando la puerta tras de sí.

Parpadeé. No podía ser cierto. ¿Llevaba esperándome un buen rato? ¡¿Dónde?!

—Pero... —balbuceé sin salir de mi asombro.

Que se hubiera arriesgado a entrar en la casa y caminar hasta mi dormitorio era correr riesgos innecesarios. Cualquiera podría haberlo visto.

Entonces acudió a mi cabeza otro pensamiento mucho más cruel y era que quizá viniera de ganarse unas monedas con alguna de mis sirvientas y, por tanto, recorrer la casa le habría resultado extremadamente fácil.

—¿Qué haces aquí? —exigí saber, perdiendo la amabilidad.

Phineas tuvo el descaro de arquear una ceja con toda la arrogancia del mundo. Después se cruzó de brazos y esbozó una sonrisa.

—Cumplir mi parte del trato —respondió y le advertí con la mirada que esos arranques de altivez no iba a tolerarlos.

—¿Aún te quedan fuerzas? —pregunté con marcada ironía, conteniéndome para no darle un bofetón por insolente.

Mi pregunta por lo visto le hizo gracia.

—Reconozco que tomar el té según vuestras absurdas normas deja agotado a cualquiera y además ese brebaje no es que sea precisamente un tónico reconstituyente, lo cual explica vuestro carácter contenido y hasta melancólico, pero, querida Ornela... —que utilizara mi nombre y en aquel tono era sin duda una forma premeditada de seducirme— ni la bebida más relajante podría aplacar mi deseo.

Sin querer, miré de reojo su entrepierna y, sí, aquello prometía.

—Supongo que te habrás bañado...

Mi insinuación hizo que desapareciera su expresión divertida.

—Puede que no tenga un ayuda de cámara dispuesto a frotarme la espalda, pero te aseguro que todos los días me aseo —me espetó molesto—. Deduzco que debes de tener algún problema femenino o a saber qué, porque no entiendo tu repentino cambio de actitud.

—No consiento ser segundo plato.

—¿Cómo dices?

—Sabes muy bien a qué me refiero —contesté, sintiéndome un poco cruel, pues mi orgullo había sacado conclusiones precipitadas y mi comportamiento se asemejaba más al de una arpía celosa que al de una amante dispuesta a pasar un buen rato olvidándose de todo lo demás.

—No soy amigo de perder el tiempo ni tampoco de jueguecitos ridículos. Si tienes algo que decirme, hazlo, pero no me vuelvas loco con tus inseguridades.

—¿De dónde vienes?

—De la playa, llevo allí más de dos horas esperándote.

—¿De la playa? —Fruncí el cejo. Yo había estado atenta a cualquier movimiento desde mi ventana.

—Pues sí, Ornela. Sé que habíamos fijado nuestro encuentro a medianoche, pero estaba tan nervioso sin poder dejar de pensar en ti, que he salido de casa dispuesto a serenarme y a preparar nuestro encuentro.

—¡¿Y por qué no me has avisado?! —exclamé, sintiéndome estúpida al haber pensado mal de él.

Algo que no volvería a ocurrir, porque, en primer lugar, hacerlo sin pruebas fehacientes era pueril y, además, al ser amantes, lo que cada uno hiciera una vez separados no debía importarme lo más mínimo.

—Te he dicho que a medianoche, Ornela. ¿Nunca escuchas?

Inspiré hondo. Aquello no tenía visos de arreglarse, porque empezar discutiendo y desconfiando, desde luego no era lo mejor.

—Pero no me has especificado dónde —repliqué, empezando a perder la paciencia.

—¿No te he dicho que en la playa?

Resoplé de una forma poco femenina y ese gesto casi infantil lo hizo sonreír.

—No hemos fijado un punto concreto. Esperaba una nota, una señal ¡algo!

Estuve a punto de confesarle que yo también había estado esperándolo igual de ansiosa en mi terraza, pero opté por callar, pues no quería hinchar más su ego masculino. Otra de las lecciones que siempre tenía muy presente era que a los hombres hay que adularlos, pero en pequeñas dosis.

—Creo, Ornela, que los dos hemos pecado de estúpidos —murmuró con voz conciliadora, acercándose a mí.

—Habla por ti —repliqué orgullosa.

—No perdamos más el tiempo. Acompáñame.

Miré su mano tendida, invitándome a seguirlo, y tuve un pequeño conato de remordimiento. No por Charles. En él apenas había pensado. Era triste admitir que serle infiel no me suponía ningún remordimiento. Era mi esposo pero nada más. El cariño que le profesaba no era suficiente como para comportarme como una buena esposa.

El amago de arrepentimiento fue debido a Stephan. No sabía nada de él. Dónde estaría ni con quién y la incertidumbre podía jugar en mi contra y arruinar mi primera noche de placer con Phineas.

Cerré los ojos un instante, cogí la mano que me tendía y pensé que acostarme con él solo sería un acto carnal, sin implicaciones sentimentales. Una forma de satisfacer mis deseos y nada más. Porque Stephan era el único que despertaba en mí sentimientos imposibles de obviar.

—Vamos, Ornela, no te arrepentirás —susurró Phineas en tono seductor, moviendo los dedos para animarme.

—¿Adónde quieres llevarme?

—A ver las estrellas —respondió.

A mi pesar, terminé por sonreír y aceptar su ofrecimiento. Puede que necesitara pulirse mucho socialmente, de lo cual me encargaría yo, pero en cuanto a frases para atrapar a una mujer, desde luego estaba bien surtido.

—¿Ver las estrellas? —repetí con marcado tono escéptico, solo para provocarlo y dejarle claro que no iba a ser masilla maleable en sus manos—. ¿Hablas de un modo literal o literario?

—Los dos —musitó, tirando de mí hasta darme la vuelta y pegarse a mi espalda, desde donde me rodeó con sus brazos, aprisionándome entre ellos.

—Te lo ruego, ahorrémonos las palabras rimbombantes y las falsas demostraciones de romanticismo —dije con aire exigente—. Nos irá mucho mejor.

—Ay, Ornela...

Me apartó el pelo de la nuca y me besó justo en ese punto.

Un beso suave, casi imperceptible, que me encendió; no por la caricia en sí, fue más bien por lo que significaba. Phineas podía mentirme y halagarme hasta la saciedad, pero él sabía que ese camino estaba plagado de obstáculos y que, por consiguiente, era mejor actuar. Por supuesto, si seguía mi consejo y evitaba el romanticismo, podíamos pasarlo muy bien.

—... me desarmas... —prosiguió.

—Vamos, no perdamos tiempo —le exigí, separándome de él para que me llevase a donde quisiera.

Deseaba interrumpir aquel momento, pues podíamos acabar comportándonos como dos amantes enamorados, y en mi vida no había espacio para tales sentimientos. No podía permitirme el lujo, pues bien sabía lo mucho que se sufría cuando hacían aparición.

Había aprendido la lección de una forma dolorosa y por eso tenía muy claro que no debía implicarme emocionalmente con Phineas, por mucho que él se empeñara en adornar las cosas.

—Muy bien —convino, quizá desilusionado por mi respuesta.

Nos escabullimos de la casa por las dependencias de servicio y yo procuré no pensar en lo bien que conocía él la casa, ya que eso me molestaba. Apliqué el viejo dicho de «ojos que no ven...» y lo seguí.

Salimos por la despensa y por un angosto sendero llegamos directos a la playa. Menos mal que Phineas conocía a la perfección el camino, pues yo, de haber caminado sola, me habría caído, ya que el terreno era de lo más accidentado, lleno de baches y piedras. Una vez en la playa, se agachó para quitarme las zapatillas. Según su opinión, no había nada mejor que disfrutar de la sensación de caminar descalzo por la arena, tibia tras una jornada intensa de sol.

No pude contradecirlo y continué caminando sin soltarle la mano, oyendo más de cerca el sonido del mar, que cada noche acompañaba mis horas de insomnio. A cada paso que daba estaba un poco más nerviosa. Sabía lo que sucedería en breve, conocía el procedimiento, lo había deseado y organizado, y aun así no podía evitar sentirme inquieta.

—Ya hemos llegado —anunció Phineas, deteniéndose junto a una maltrecha cabaña de pescadores.

Miré con recelo aquella endeble construcción y preferí no expresar en voz alta mi opinión, ya que a él se lo veía entusiasmado y no quería tirar por tierra sus esfuerzos.

—¿A cuántas mujeres has traído aquí? —pregunté.

Él frunció el cejo ante la cuestión, ya que estaba totalmente fuera de lugar, pero no había podido reprimirme.

—¿Por qué piensas eso? —masculló, tendiendo una manta en el suelo y quitándose luego la camisa, ofreciéndome así una espléndida visión de su torso

desnudo y un motivo de distracción.

Me encogí de hombros.

—Supongo que es una pregunta lógica.

—Ay, Ornela...

Se puso frente a mí y me acarició la cara con ternura, algo innecesario, pero no dije nada. A cada segundo que pasaba en su compañía, crecía el debate en mi interior entre lo que mi cuerpo deseaba con fervor y lo que mi cabeza intentaba hacerme comprender: buscar un sustituto no iba a funcionar.

Phineas llevó las manos desde mi rostro hasta el cuello y fue moviéndose con cuidado hasta alcanzar el primer botón de mi camisón.

—Eres tan intensa... —añadió, inclinándose hacia mí con la intención de probar mis labios.

Sin querer, volví el cuello de tal forma que no le quedó más remedio que besarme en la mejilla. Pero lejos de desanimarse, continuó buscando mis puntos más sensibles, mientras desabotonaba la parte delante de mi virginal camisón, una prenda que había escogido simplemente para cubrirme, ya que yo siempre dormía desnuda, y en aquel clima con más razón aún. A cada día que pasaba comprendía mejor por qué las gentes de Fira vestían de forma tan liviana.

La parte delantera del camisón se abrió por completo y solo tuvo que empujar la tela por mis hombros para que cayera a mis pies. Phineas dio un paso atrás y me recorrió con la mirada, deteniéndose en las partes de mi anatomía más sobresalientes.

—Eres... —balbuceó, y cayendo de rodillas ante mí, me abrazó por la cintura y me besó justo encima del vello púbico— perfecta.

Me sentí un poco ridícula ante tanto halago; sin embargo, me limité a hundir los dedos en su pelo y despeinarlo, dándole a entender de esa forma que podía proseguir y que si, en vez de tumbarme y penetrarme sin más, seguía un camino más largo, yo me mostraría más que satisfecha.

Separé las piernas. No tenía sentido ocultar mis deseos o mostrarme recatada. Ambos sabíamos muy bien para qué estábamos allí.

Cerré los ojos cuando sus dedos, ásperos debido a su trabajo de marinero, me acariciaron entre los muslos hasta llegar a mi sexo. Una vez allí, no fueron, como yo imaginaba, al centro, sino que separaron con mimo cada pliegue, proporcionándome sensaciones muy estimulantes... tanto, que temía caerme de espaldas.

—Recuéstate y déjame demostrarte lo mucho que te deseo.

Cuando lo hice, sus labios atraparon mi clítoris y succionaron con fuerza, haciendo que emitiera mi primer gemido.

Mi cuerpo se arqueó en respuesta y él comprendió al instante que me tenía donde quería, entregada por entero a sus habilidades. Yo poco o nada podía decir y menos aún al sentir la invasión de sus dedos en mi interior, todo ello sin dejar de lamerme con verdadera fruición.

Me retorcí y le tiré del pelo para instarlo a ir más rápido. Llevaba tanto tiempo sin



estar con un hombre, sin sentir sus manos, sin morderme el labio para intentar soportar la tensión...

—Quiero sentir tu clímax en mi boca, Ornela, en mis labios —murmuró él en un tono tan íntimo y erótico que me tensó aún más.

Y allí, junto a aquella cochambrosa cabaña de pescadores, sentí cómo mi cuerpo se convulsionaba y alcancé un intenso orgasmo.

Tan intenso que grité, aunque inmediatamente después sentí una especie de vacío. Incluso tuve que hacer un gran esfuerzo por no llorar.

Phineas subió por mi cuerpo y luego hizo algo increíble. Se recostó a mi lado y se quedó tumbado observándome. Intentó besarme en la boca, pero yo negué con la cabeza. Quizá pensó que me daba reparo, pues todavía llevaba mi sabor en sus labios, pero en realidad, por una tonta razón, quería preservar esa parte de mí.

—¿Te ha gustado? —preguntó junto a mi oído.

—Sabes muy bien que sí —respondí, sin pretender sonar altiva.

Ya recuperada, moví una mano hasta posarla en la parte delantera de sus pantalones y comprobé lo que ya intuía. Froté su erección por encima de la tela y él se puso cómodo, tumbándose boca arriba, dejándome así todo el control, algo que agradecí, pues la verdad era que esperaba que se limitara a meterse entre mis piernas y embestirme sin más hasta correrse.

Me puse de rodillas y le desabroché los pantalones, quería ver, tocar, incluso oler la parte más sensible de su anatomía.

—Ahora entiendo el porqué de tu éxito —susurré, haciéndolo reír, cuando vi su polla en glorioso estado de excitación.

—Créeme que no todas consiguen con sus manos lo que tú con una mirada.

De nuevo me halagaba, algo innecesario, pero no quise estropear aquel momento recordándole la naturaleza de nuestro intercambio.

Phineas cerró los ojos mientras lo masturbaba. Al principio confieso que mi intención solo era aliviarlo, pero por sus gestos y sus reacciones, me di cuenta de que me entregaba a mí todo el poder y que, si quisiera, podría dominarlo a mi antojo.

Me subí a horcajadas sobre él, prestando especial atención a que su polla quedara bien atrapada y comencé a moverme hacia delante y hacia atrás, dejando que su erección me estimulara, al tiempo que lo volvía loco. Me agarró del culo y pronunció mi nombre entre dientes. Podía ver que yo no era una de esas mujeres fáciles de contentar, o de las que se limitaban a abrir las piernas. Me gustaba participar y Phineas, conscientemente o no, me daba la oportunidad de hacerlo.

Me incliné hacia delante y, para su sorpresa, atrapé uno de sus pezones con los dientes, no me reprimí y acabé mordiéndolo.

Sus dedos apretando la carne de mi trasero me confirmaron que, lejos de incomodarle, aquello le encantaba y que, por tanto, tenía su permiso tácito para continuar.

Me entretuve cuanto quise, arañando, mordiendo, frotando... todo con objeto de

volverlo loco de deseo, consciente en todo momento de que su erección entre mis piernas pugnaba por meterse dentro de mí.

—Todavía no... —musité juguetona, lamiéndole el cuello.

—Ornela... no puedo más...

Phineas intentaba sujetarme y colocarme bajo su cuerpo, y con su fuerza podría haberlo hecho, pero continuó mostrándose sumiso, lo que hizo que yo me sintiera más poderosa aún.

Observé su expresión, a medio camino entre el placer por mis atenciones y el dolor al tener que retrasar su liberación.

—Aguanta... merecerá la pena... —susurré.

—Bésame al menos —me pidió, suplicó más bien, y yo negué con la cabeza.

Metí una mano entre nuestros cuerpos y agarré su erección por la base, apretándosela del tal modo que jadeó. Pero no me limité a eso, le procuré un efímero alivio al soltarlo, pues solo se prolongó durante los escasos segundos que tardé en atrapar sus testículos en mi mano.

—¡Ornela! —gritó, cuando ejercí más presión.

Apretó los dientes y supe que estaba muy cerca del orgasmo y entonces decidí ser buena. Me coloqué sobre él y, agarrándole la polla con la mano para mantenerla en posición, me dejé caer hasta sentirlo enterrado totalmente en mi interior.

Gemí y me erguí mientras comenzaba a balancearme. Phineas empujó desde abajo, levantándose y penetrándome con más ímpetu, lo que desembocó en un nuevo jadeo más fuerte que el anterior. Él hizo ademán de incorporarse para chupar mis pezones, pero alguna especie de veneno interior me impulsó a ser mala y, poniéndole una mano en el pecho, lo empujé para que se mantuviera quieto donde estaba, cumpliendo con su obligación.

Él pareció entenderlo y continuó embistiéndome desde abajo, acercándose aún más a un segundo clímax que yo había descartado, pues con el primero me conformaba.

Me eché hacia delante y le puse los pechos frente a la boca, una especie de recompensa. Le agarré las muñecas y le coloqué los brazos por encima de la cabeza, dejándolo en una postura de franca sumisión que me encantó. No solo por el placer físico que me proporcionaba, sino también por la increíble sensación de llevar la voz cantante, de, por una vez, ser yo quien manejara las riendas, aprovechándome sin duda de mi posición.

Phineas podía pararme los pies en cualquier momento, pues su superioridad física era evidente, pero se rindió a mis deseos. Estuve a punto de preguntarle si quería mantener contenta a la clienta para que repitiera o si de verdad disfrutaba adoptando el papel pasivo; no obstante, preferí gozar del momento sin cuestionármelo.

—Estoy en tus manos... —jadeó, ya incapaz de controlarse y yo cerré los ojos, preparándome para disfrutar de mi orgasmo.

Cuando sentí el hormigueo previo en mi sexo, una palabra acudió a mis labios.

## Capítulo 18



—¿Quién es Stephan? —me preguntó.

Supe en el acto que en ese momento tan vulnerable posterior al orgasmo, mi corazón me había traicionado y había hablado más de la cuenta. Guardé silencio, pensando que si obviaba la cuestión él quizá lo dejara pasar.

Phineas me acarició el pelo sin decir nada, mientras cada uno intentábamos recuperarnos sumidos en nuestros propios pensamientos. En mi caso se resumían en uno solo: regresar a la seguridad de mi alcoba sin sentirme culpable y evitar entrar con él en asuntos personales.

—Ornela, ¿quién es Stephan? —insistió Phineas. Ni siquiera lo miré. Mantuve la vista fija al frente. Quizá en una absurda postura altiva, teniendo en cuenta lo que acababa de ocurrir entre nosotros.

—Nadie —respondí de mal humor, apartándome de él y esquivando en todo momento su mirada.

Estaba enfadada conmigo misma por haber cometido ese error.

Phineas resopló y negó con la cabeza; por el tono de mi respuesta supo que mi indiferencia era solo una fachada.

—Oye, resulta un poco incómodo que pronuncies el nombre de otro hombre cuando te corres encima de mí —me regañó con razón, pues, de haber ocurrido a la inversa, yo también me habría sentido molesta—. No soy tonto, ¿sabes?

—Nadie ha dicho que lo fueras —mascullé, buscando mi camisón con la vista.

Quería cubrirme y volver a mi habitación cuanto antes. Una vez acabado el encuentro, ¿qué sentido tenía quedarme con él?

De hacerlo, únicamente conseguiría hablar más de lo debido, algo que no me convenía en absoluto, pues si se pretende mantener los sentimientos bajo llave con un amante, lo primero que hay que hacer es no compartir confidencias tras el encuentro sexual.

—Pues explícame por qué has mencionado a otro cuando estabas en mis brazos —insistió obstinado.

«¡Porque no puedo olvidarlo!», quise gritar.

—Es alguien sin importancia. —Y me encogí de hombros.

Mantener mi aire indiferente podía ayudarme ante él, aunque por dentro mi corazón latía desbocado y, de seguir con aquella conversación, la culpa y el arrepentimiento podrían hacer acto de presencia.

—Lo dudo —musitó y se puso en pie—. Pero entiendo que no respondas a mis preguntas. No confías en mí.

Su acusación era cierta, me había cuidado muy mucho de confiar en él, así que no me ofendí. Pero pese a ello, le di una réplica contundente:

—Tú tampoco has respondido a las mías —repuse, agarrando de malos modos mi

arrugado camisón.

Quería cubrirme, desnuda me sentía indefensa.

Phineas me dio la espalda. Vi cómo intentaba serenarse y asumir que de mí nunca obtendría las respuestas que esperaba. Permanecimos en silencio y, a pesar de que lo más inteligente era marcharse, me quedé allí, incapaz de moverme, por el simple placer de contemplar el magnífico cuerpo desnudo de mi amante.

—Ven —me pidió, volviéndose a medias y sacándome de mis ensoñaciones.

A pesar del enfrentamiento, no se mostraba enfadado, sino todo lo contrario.

Me tendió la mano, desnudo, imponente y sonriendo pese a que yo me había comportado de la manera más desconsiderada e impertinente posible.

—¿Qué quieres? —pregunté, sin entender qué pretendía.

No esperó a que yo reaccionara. Se había dado cuenta de que no me gustaban las sorpresas y que, por tanto, no me mostraría muy colaboradora. Tiró de mí y, comportándose como un niño travieso, me llevó hacia la orilla. Hice todo lo que pude para evitarlo, arrastré los pies, me dejé caer incluso, pero fue inútil. Grité cuando el agua me mojó los pies. Quise escabullirme, pero Phineas me mantenía bien sujeta. Dio un nuevo tirón, obligándome a adentrarme en el mar, algo que yo nunca había hecho, pese a que a veces observaba a los lugareños hacerlo en los días de más calor.

Me conformaba con contemplarlos, pensando que yo no podía darme tal capricho, pues no estaría bien visto en personas de mi clase.

—¿Estás loco? —chillé, cuando el agua me llegaba ya a la cintura y viendo que no tenía intenciones de detenerse—. ¡No sé nadar!

—Yo te enseñaré —dijo y, sin tener la más mínima compasión, más bien al contrario, pues parecía estar disfrutando, me salpicó y ensanchó su sonrisa ante mi evidente apuro.

—¡Déjame salir de aquí! —grité, tensándome por completo cuando se pegó a mí con intenciones nada buenas.

Me agarró de la cintura y me puso boca abajo sobre el agua y yo, asustada, empecé a dar manotazos a diestro y siniestro, intentando en vano mantenerme a flote, algo imposible. Me sentía torpe y bastante humillada debido a las carcajadas de Phineas.

—Deja de moverte, solo tienes que flotar —dijo, burlándose de mí sin ningún reparo—. No muevas las manos —añadió en un tono que me fastidiaba, pues me trababa como a una niña pequeña a la que hay que convencer con zalamerías.

—¡No me sueltes! —bramé histérica, al notar que sus manos ya no estaban en contacto con mi cintura.

—Tranquila, aquí haces pie.

—¡No me sueltes! —repetí en tono de súplica, sin tener muy claro que fuera a tener éxito en aquella empresa.

—Observa.

Se alejó apenas un metro de mí y mi nerviosismo fue en aumento. Me sentía

insegura y fuera de lugar, pese a que las suaves olas me acariciaban y la temperatura era perfecta. Phineas me sonrió e hizo una demostración práctica de su teoría.

—Parece fácil pero no lo es —farfullé, cuando él comenzó a nadar a mi alrededor.

Yo giraba mirándolo, porque bajo ningún concepto quería perder el contacto visual; sin embargo, Phineas se movía cada vez con mayor rapidez, e incluso se metió bajo el agua, asustándome cuando tardó lo que a mí me pareció una eternidad en salir a la superficie.

—Es muy sencillo, solo debes relajarte. Túmbate boca arriba, yo te sostendré.

—Por lo que más quieras, no me sueltes —le supliqué.

—No lo haré, pero aparta las manos de mí y extiende los brazos. Echa la cabeza hacia atrás y déjate llevar, solo eso.

Tragué saliva y me concentré en seguir sus indicaciones. Tenía miedo, mucho miedo, porque nunca, pese a haber nacido en Marsella, me había atrevido a meterme en el mar. Solo los pescadores y la gente pobre lo hacían. Eso era al menos lo que siempre me habían dicho. Poco a poco, y siguiendo sus consejos, me fui relajando y noté cómo mi cuerpo comenzaba a dejarse llevar por el suave vaivén de las olas. Sentía la presencia de Phineas a mi lado, pero ya no me tocaba.

—Preciosa —murmuró, inclinándose sobre mí para besarme en los labios.

Yo reaccioné apartándome de forma tan brusca que, al no tener mucha experiencia, acabé hundiéndome en el agua.

No sé cuánto tardé en volver a la superficie; debieron de ser apenas unos segundos hasta que Phineas me «pescó», aunque a mí me parecieron horas.

Por fin pude enfocar la vista tras escupir y maldecir de una forma muy poco apropiada para una dama.

—¿Pretendías ahogarme? —le grité molesta y hasta alcé la mano para darle una bofetada.

—Ay, Ornela... —exclamó él, sujetándome la mano y riéndose a mandíbula batiente, sin importarle lo más mínimo mi enfado—, eres única.

—Déjame en paz —le espeté rabiosa y eché a andar con idea de encaminarme a la orilla. No obstante, Phineas me lo impidió, abrazándome en actitud cariñosa, algo que me enervó aún más—. ¡Suéltame!

—Aquí es muy improbable que alguien se ahogue. El agua apenas nos llega por la cintura —me dijo entre risas.

—Quiero volver a casa. Es tarde.

—Y yo quiero ver amanecer contigo.

—Ya te he dicho que...

Me puso un dedo en los labios impidiéndome acabar la frase.

—Salgamos del agua, quiero volver a sentirte.

—... te ahorres las palabras delicadas —la terminé.

Lo seguí aliviada hacia tierra firme, un poco inquieta por él, pues parecía como si todo aquello se lo estuviera tomando de una manera muy personal.

De nuevo junto a la cabaña, me ofreció una toalla con la que cubrirme. Me senté encima de la manta donde habíamos follado y él se metió dentro de aquella endeble construcción. Me sorprendió volviendo con una jarra de barro.

—Es vino, prueba un poco —me ofreció en voz baja.

Podía negarme, pues solo los hombres en las tabernas bebían directamente de la jarra; sin embargo, opté por comportarme sin tantos escrúpulos y probar el vino.

—Gracias —murmuré, devolviéndole la jarra, y Phineas dio un buen trago, poniendo especial cuidado en posar sus labios justo en el punto donde yo había puesto los míos—. Debo regresar.

—Quédate un poco más —me pidió, sentándose a mi lado.

Me pasó un brazo por los hombros y me arrimó a él.

—¿A cuántas mujeres has traído aquí? —repetí la pregunta por curiosidad y, lo confieso, porque necesitaba ser mezquina para que la situación no fuera tan idílica.

—¿Otra vez con eso? —masculló, negando con la cabeza—. ¿Por qué quieres saberlo?

—Por saber cuál es tu rutina de seducción.

—¿Me hablarás tú de ese tal Stephan? —replicó, haciéndome callar.

No tenía sentido martirizarme intentando averiguar cosas sobre Phineas, porque en cuanto conociera sus secretos o bien anécdotas de su vida, podría empezar a encariñarme con él, y si pretendía que lo nuestro solo fueran encuentros sexuales, podía tener un serio problema. Por otra parte, si él sentía algo por mí, yo nunca podría corresponderle y la separación sería más problemática.

—No, Ornela, eres la primera que traigo a mi cabaña —contestó finalmente, rompiendo el silencio.

Lo vi beber un gran sorbo de la jarra y limpiarse la boca con el dorso de la mano. Podía decirle que ese gesto no era educado, pero ninguno de los dos estábamos en un salón, rodeados de invitados ante los que mantener las formas.

—¿Cuál es el motivo de semejante honor? —Mis palabras sonaron teñidas de sarcasmo.

—Tú, solo tú. No eres como las demás. Ya deberías saberlo.

—Deja de halagarme —repliqué, cansada de recordarle lo innecesario de su proceder.

—Ornela, puede que sea un patán sin educación, algo que pretendo arreglar, pero sé que tú no eres como una de esas criadas ansiosas, que solo saben abrirse de piernas, y que esperan que se les aparezca el Espíritu Santo en forma de polla y se produzca el milagro.

Me eché a reír ante sus palabras.

—Gracias... creo.

—Por eso prefiero acostarme con ellas en sus dormitorios, así puedo marcharme. Si las trajera aquí, luego vendrían a buscarme y me acosarían y, aunque no lo creas, necesito mis momentos de soledad.

—Pero yo ahora conozco tu secreto.

—Sí, aunque dudo mucho que tú reacciones como ellas. A ti te conviene muy poco el escándalo.

—Ilústrame —sugerí con interés, pues quería estar al tanto de las teorías de un hombre que se ganaba un buen jornal a costa de las mujeres.

—No eres la única casada que le es infiel a su marido, pero me intriga saber cuál es el motivo. En el pueblo se habla de ti.

—¿Ah, sí?

—Se dicen muchas cosas y, aunque normalmente no presto atención a los cotilleos de viejas y verduleras, siendo tú la protagonista sí lo he hecho.

Yo empezaba a tener frío, con la melena empapada de agua salada y con aquella breve toalla que poco podía abrigarme. Phineas se dio cuenta y se ocupó de ponerme el camisón. Con un tosco peine me desenredó el pelo, quitándome así parte de la humedad, y después rellenó la jarra de vino, para que el licor me calentara por dentro.

—¿Y qué dice la gente de mí?

—Hay teorías para todos los gustos... También hablan de Claire, por supuesto, pero sobre ella apenas especulan.

—Deberías referirte a ella por su nombre de casada —le indiqué—. Es más respetuoso.

—Gracias por el consejo. Me dirigiré a ella como señora Perlman. No lo olvidaré.

—Así que yo despierto más interés... —musité, curiosa por conocer los detalles.

—Eso parece. Y no me extraña. Hay quien dice que estás casada con un viejo conde, de esos que, gracias a su título, pueden conseguir una joven esposa, que, una vez cumplida su misión de darle herederos, se dedica a buscar fuera de casa lo que dentro no tiene.

—Interesante... —sonreí al oírlo.

Cómo le gustaba a la gente hablar sin saber.

—No es la única teoría. Otras dicen que estás casada con un hombre apuesto, pero que este prefiere los placeres de un amante masculino y que no te presta la atención que toda mujer joven precisa.

—Mucho más interesante —me burlé entre risas.

—Y, la que más acertada me parece, es que tú, como muchas mujeres de tu clase, termináis casadas con hombres que solo os valoran por la cantidad de hijos que podéis darles y que, una vez satisfecho el asunto de los herederos, no tienen interés en seguir manteniendo relaciones conyugales, las cuales por cierto, rara vez son satisfactorias. Eso si alguna vez lo han sido.

Pensé en Charles y me di cuenta de que ninguna de las tres hipótesis se ajustaba a la realidad. Pero ahora que lo pensaba, ¿y si para mi esposo era solo la coartada perfecta para ocultar su verdadera inclinación? ¿Podía ser Charles uno de esos hombres que se sentían atraídos por los de su mismo género?

—¿Y si te digo que ninguna de las tres es correcta? —dije, para desviar la

atención.

—Pues entonces dime cuál es el motivo de que una mujer hermosa deje a su marido en Londres y acabe en los brazos de un pobre pescador hijo de un jardinero.

—No te subestimes, Phineas. Puede que no hayas nacido en una familia adinerada, pero tu inteligencia y tu cuerpo te ayudarán a salir adelante.

—No me has respondido —insistió.

—Digamos que necesitaba un cambio de aires. Londres puede ser muy asfixiante y Claire, la señora Perlman para ti, ha pasado por momentos muy delicados. Ambas necesitábamos distraernos.

—Ella no es como tú, se la ve débil.

—No obstante, es más fuerte de lo que parece —respondí con orgullo, pensando en lo que Claire había pasado.

—No hablemos de ella, hablemos de ti. No creas que me voy a dejar engatusar por tus encantos. Cuando no quieres hablar de algo, deliberadamente desvías la atención. No te culpo, yo hago lo mismo.

—¿Siempre eres tan sincero?

—Contigo quiero serlo, pues entre nosotros, y a pesar de que todo es temporal, no quiero secretos. Por una vez en mi vida, deseo poder confiar en alguien, ser como soy en realidad.

—No deberías confiar en mí —apunté en voz baja, pues a pesar de que me halagaba, sabía que podía traerle problemas—. Las mujeres tenemos fama de inestables —añadí, recurriendo a uno de los tópicos más utilizados.

—Pues lo hago...

Al tenerme al lado, le resultó sencillo recostarme y así poder colocarse encima. Yo tenía el camisón empapado de mi piel húmeda tras el baño y a él le encantó poder tocarme manteniendo como barrera aquella tela que se me pegaba al cuerpo y marcaba mis encantos.

Se inclinó y comenzó a chuparme los pezones por encima del algodón, y yo, encantada, me acomodé mejor sobre la manta y estiré los brazos por encima de la cabeza. No tenía ganas de hacer nada y por lo visto él tenía ganas de hacerlo todo.

En esa ocasión fue suave, casi perezoso pero satisfactorio. Me acarició, provocó y llevó al límite... y sin yo mover un dedo.

—Sentirte es todo un regalo, Ornela... —gimió, colocándose sobre mí antes de penetrarme.

—Mmm —fue mi única respuesta.

Cerré los ojos. Al final se salió con la suya y juntos vimos amanecer.



## Capítulo 19



Planificaba mis encuentros con Phineas con sumo cuidado e ilusión. No los que dedicábamos a su instrucción, pues a estos se nos unía de buen grado Claire, que poco a poco sonreía con más asiduidad e iba dejando por fin atrás su pena.

Un día en el que, debido al calor, ninguna estancia de nuestra villa nos resultaba cómoda, siguiendo el consejo de Phineas empezamos a buscar un lugar más fresco y, al final, pese a las reticencias de Claire, y las mías, acabamos acudiendo a la playa, donde, bajo unos improvisados parasoles, podríamos disfrutar de la brisa marina.

—¿No será indecente? —preguntó Claire alarmada, cuando escuchó la propuesta de mi amante.

—Un poco sí —respondió él en tono cómplice, conquistándola de inmediato con su sonrisa.

Observé a Claire, reconozco que me preocupaba que ella también cayera rendida a los encantos de Phineas; sin embargo, lejos de coquetear o de mostrar el más mínimo interés de ese tipo, mi amiga se limitaba a sonreír y a comportarse con su recato habitual. Aunque luego fue perdiendo un poco el miedo y empezó a hablarle con más naturalidad, en todo momento lo trataba como a un hermano. Tampoco vi nunca nada raro en él, que se dirigía a ella con respeto y, aunque bromeaba sobre sus reparos, yo sabía que era con la intención de hacerla sonreír y, la verdad, Claire necesitaba hacerlo.

Por supuesto, primero nos negamos a quitarnos las medias y los zapatos delante de un caballero, aunque finalmente terminamos por claudicar. Pese a que Claire se sonrojó hasta la raíz de pelo, el alivio era evidente.

Después de eso, en algunas ocasiones también nos acompañaban mis hijos. Cyprien aún era muy pequeño, pero Alexander se lo pasaba en grande bien correteando por la arena con otros niños, bien jugando solo. Yo, por el simple hecho de verlo contento, ya me sentía satisfecha.

Me daba cierto reparo mezclar a mi familia con mi amante, pero este jugaba con los niños con naturalidad. A mí no me importaba que en algunas ocasiones se nos acercaran chiquillos de allí, hijos de pescadores en su mayoría, y acabaran compartiendo con nosotros no solo buenos ratos, sino también nuestros alimentos. Lo entendía y acabé por pedirle a nuestra cocinera que en las cestas metiera más viandas de las que en principio necesitábamos.

Por las noches, Phineas y yo nos dedicábamos a experimentar y a disfrutar del sexo.

Había veces en que nos limitábamos a acostarnos boca arriba, disfrutando del calor que aún desprendía la arena tras un día de sol, y a acariciarnos sin más pretensiones que estar juntos, y otras en las que terminábamos hablando de alguna que otra norma social, discutiendo sobre su conveniencia o no, ya que, según Phineas,

muchas de esas normas estaban fijadas solo para tener a la gente engañada y que no pensara. No podía discutirle nada, pues yo opinaba lo mismo, pero si deseaba convertirse en un hombre respetable, debía conocerlas y observarlas.

Contraviniendo mis principios, a medida que pasaba tiempo junto a él empecé a sentir curiosidad, no por saber los detalles más picantes de sus aventuras, sino por conocer qué fue lo que lo llevó a prostituirse.

—No fue premeditado... —murmuró, mirándome de reojo.

No hacía ni diez minutos que había alcanzado el clímax en sus brazos y después, recostada en su pecho, había formulado la pregunta de manera casual. No pretendía que se sintiera incómodo hablándome de ello.

—Apenas tenía dieciséis años cuando fui a llevar un encargo a la casa del gobernador. Ya había tenido relaciones con chicas, pero siempre llevado por mis impulsos. Una de las invitadas se fijó en mí y yo, iluso y excitado, dejé que me llevara a una alcoba y que me desnudara. En ese momento yo solo pensaba en follar, no era consciente de las implicaciones. Cuando a un joven inexperto se le pone delante una mujer elegante que se abre de piernas ofreciéndole lo que otras se niegan a darle, no es capaz de discernir, sencillamente actúa.

Me percaté de que hablaba con cierto pesar, pues, como él bien decía, se dejaba llevar por sus impulsos. En cierto modo era muy parecido a mí, que, también, impulsada por la curiosidad y buscando la forma de obtener respuestas, encontré a mi primer amante.

—No deberías mortificarte por ello —musité en tono compasivo.

—Al final fue decepcionante. La mujer me dio unas monedas riéndose, como se las daría a un mendigo, con el único propósito de limpiar su conciencia, despreciándome incluso. Eso sí, durante todo el tiempo no dejó de repetirme lo guapo que era y lo mucho que le gustaría tenerme como criado.

Lo vi torcer el gesto y continué acariciándole el pecho.

—Es que eres muy atractivo, eso no puedes negarlo.

—Pero hay muchas formas de decirlo.

—¿Aceptaste su oferta?

—Sí —respondió con un suspiro—. Me tomó a su servicio, aunque lo único que quería de mí era mi cuerpo, o más concretamente mi polla, pues, por lo que me contó, su marido era incapaz de empalmarse.

En ese instante fui yo quien hice una mueca, casi por solidaridad femenina, porque sabía muy bien lo desesperante que puede ser no tener al lado a un hombre capaz de satisfacerte. Por suerte, él no se percató de mi gesto, por lo que me ahorré preguntas incómodas.

—Así que durante casi tres meses solo tenía que preocuparme de comer y dormir durante el día, todo a costa de mi patrona, para después follármela por la noche. Como era de prever, levanté ciertos recelos en el resto del servicio, pues algunos se mataban a trabajar, mientras que yo no movía un dedo.

—Te envidiaban —apunté sonriendo y le di un suave beso justo en el centro del pecho. Eso pareció gustarle, pues me correspondió con una suave caricia.

—Así que para ganarme a la competencia, empecé también a acostarme con las criadas. Estas, para burlarse de mí, me daban algunas monedas de poco valor, pero a mí no me importaba, porque podía llevar a casa mucho más que trabajando.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunté, incorporándome a medias para mirarlo, pues entendía que cualquier mujer se quedara embobada con él. Dudaba que hubiera visto nunca otro hombre tan guapo.

—Veintidós —contestó y yo me sobresalté.

—¿Veintidós?

—Ajá.

—¡Cielo santo!

—¿Qué ocurre? —preguntó, sorprendido ante mi reacción, para él incomprensible.

—¡Yo he cumplido veinticinco en junio! —exclamé, consciente por primera vez de que era más mayor que él.

Phineas empezó a reírse a carcajadas ante mi apuro.

—Deja de reírte —le exigí, dándole un manotazo para que acabara con sus carcajadas.

—Ay, Ornela, tienes cada cosa... A ver, me parece que ser tres años mayor no te convierte en una de esas aburridas y amargadas señoronas.

—No me vengas con zalamerías —rezongué, picada en mi orgullo.

—Ya tendrías que saberlo. Tú nunca serás una de ellas.

No debería continuar aquella conversación que, a buen seguro, afectaría a mi ánimo. A ninguna mujer le hace falta que le recuerden que el paso del tiempo es inexorable.

—¿Qué te hace estar tan seguro? —pregunté, en busca de unas palabras que, aun siendo mentira, me hicieran sentir mejor.

—No sé si tendré la fortuna de verte dentro de diez o quince años.

Yo también lo dudaba, pues tarde o temprano tendría que regresar a mi hogar, volver a mi vida cotidiana, repleta de obligaciones y normas que en Santorini había olvidado.

—No sé qué nos deparará el destino —dije con aire melancólico, recurriendo a un tópico para no comprometerme, pues me resultaba duro decirle que una vez que nos dijéramos adiós sería para siempre.

—Apuesto todo lo que tengo a que seguirás siendo una mujer impresionante —apostilló, con la evidente intención de animarme.

Podría sonreír y no cuestionar esa afirmación; no obstante, era realista y sabía lo que suponía cumplir años.

—Tendré arrugas, canas, me dolerán los huesos... —alegué, obviando la palabra «soledad».

—¡Qué exagerada eres! —se rio, enfadándose aún más.

—No exagero, créeme —contesté y me di cuenta de que pocas veces había pensado con detenimiento en lo que me esperaba a medida que fuera cumpliendo años.

—Ornela, eres bella y lo sabes, pero hay muchas mujeres bellas y más jóvenes...

—Gracias —repliqué enfurruñada.

—Sin embargo, pocas damas son bellas e inteligentes al mismo tiempo. Capaces de fascinar como tú lo haces. Estoy seguro de que cualquier hombre prefiere la compañía de una mujer segura de sí misma, aunque peine canas, que de una voluble e insulsa jovencita, por muy atractiva que esta sea.

—Solo lo dices por contentarme y que siga recibéndote —repliqué en tono de niña malcriada, a pesar de que, mientras me lo decía, yo me sentía cada vez mejor.

—Prométeme una noche dentro de diez años y te repetiré palabra por palabra lo que aquí acabo de decir.

—Dentro de diez años yo seguiré siendo mayor que tú. —Mi obstinación carecía de lógica; aun así, era incapaz de dar mi brazo a torcer.

—De acuerdo —resopló, al ver que no me convencía—. Entonces, supongo que ahora no podré follarte a lo loco, como es mi deseo más inmediato, pues al ser tan «vieja» temo hacerte daño.

Resoplé de forma poco femenina ante su descarada burla seguida de carcajadas y luego se dispuso a que, de momento, no pensara más en nuestra diferencia de edad.

Para ello, me tumbó boca arriba y me instó a que cerrara los ojos y abriera las piernas, con las rodillas dobladas. Una postura que no era nueva para mí, pero las atentas manos de Phineas, que empezaron posándose en mis tobillos, le conferían un toque diferente.

Me masajeó las pantorrillas con lentos movimientos ascendentes y descendentes, que, lejos de excitarme, me daban sueño, ayudados por el sonido relajante del mar y los murmullos de placer que Phineas emitía cada vez que posaba sus labios en mi piel.

Estaba siendo deliberadamente delicado y todo para provocarme.

—Si sigues así me dormiré —le advertí y él, en vez de rectificar, continuó tentándome con sus suaves besos, que, como mucho, llegaban hasta mis muslos.

—Hazlo —me replicó ufano—. Así podré acurrucarme a tu lado y pasar la noche abrazado a ti.

Sabía que me horrorizaba esa posibilidad. Como bien me explicó en su día el primer hombre con el que me acosté, el vizconde Genhard, para evitar riesgos los amantes nunca deben despertarse juntos.

—Estás jugando con fuego —dije en tono firme.

Me molestaría mucho tener que levantarme y regresar a mi cama insatisfecha, pero lo consideraría un mal menor en comparación con la posibilidad de pasar la noche junto a Phineas.

—Quiero quemarme —aseveró en tono ronco—, a ser posible bien enterrado entre tus piernas.

—Tienes una curiosa forma, mezcla de poesía y vulgaridad, de expresarme tus deseos.

—Eso es... —se detuvo para darme un mordisco en la parte alta de la pierna, seguido de un lametazo—... porque estoy bajo tu influencia.

—¿Soy yo quien te lleva por mal camino? —pregunté, mordiéndome el labio al sentir su aliento muy cerca de mi sexo, tan cerca que solo inclinándose un poco más podría procurarme un inmenso placer.

—¿Acaso lo dudas?

—Creía que mis lecciones iban dando sus frutos...

Ya no podía contener mis gemidos, porque, el muy truhan, había empezado a pasar la lengua por mis pliegues íntimos, pero sin llegar al punto que más ansiaba.

—Contigo no hay término medio, o quiero ser el más recto de los caballeros o el más sucio de los marineros.

Desde luego, si me daban a elegir tenía meridianamente claro por cuál decantarme.

—Estoy aburrida de gestos caballerescos de salón —le confesé, para que no tuviera dudas sobre qué personalidad sería mejor recibida esa noche.

—¿Quieres entonces la versión más burda, soez y decadente?

No respondí con palabras, no lo consideré necesario. Él tampoco, porque empezó a lamerme con absoluta concentración, buscando con la punta de la lengua y excitando cada uno de mis puntos sensibles, lo que me hacía saltar y retorcerme.

—Lamer tu coño es todo un placer y por ello me considero un gran afortunado —prosiguió, obedeciendo mis deseos, tanto en lo relativo al tacto como al oído—. Me encanta tu sabor. Lo recordaré cuando estés lejos y piense en ti. Me servirá para masturbarme.

Aquella extraña mezcla de palabras elegantes con otras que no lo eran tanto me encantaba y él bien lo sabía, porque no se detuvo ahí. Sufrí un conato de nostalgia, porque no era el primer hombre que me decía algo semejante. Pero me concentré en no seguir por ese camino.

—Me agarraré la polla e, imaginando que es tu mano, la que me la menea... —se detuvo, porque con la lengua debía hacer otras cosas además de hablar, algo que ejecutó de manera prodigiosa, pues me llevó al límite en apenas cinco minutos—. Cerraré los ojos y, cuando me corra, susurraré tu nombre una y otra vez, mientras mi semilla se derrama sobre mi vientre.

—Oh, qué hermoso —exclamé medio en broma, aunque imaginarme la escena me resultaba tremendamente erótico.

—Después de haber gozado entre tus piernas, de conocer la textura de tus pezones y de ver tu cara al correrte, creo poder morir feliz.

—Mmm.

—A partir de ahora, cada vez que me folle a una mujer, solo un nombre acudirá a mis labios.

—Eso es poco práctico —repuse, con la intención de que aquello continuara siendo un juego y no se lo tomara en serio.

—¿Poco práctico? —repitió, colocándose sobre mí y llevando su polla justo a la entrada de mi cuerpo para impregnarse de mis fluidos, algo que siempre me proporcionaba un enorme placer.

—Sí. Dudo mucho que después abonen tus servicios.

Ante mi tono ligero se echó a reír, tal como yo deseaba, y, acto seguido, abandonamos nuestro sarcástico e indecente diálogo para concentrarnos en lo que sentíamos.

Phineas me penetró con cierto cuidado, aunque, una vez dentro de mí, se comportó como yo esperaba, sin contemplaciones. Me conocía, o al menos empezaba a hacerlo, por lo que contenerse o mostrarse delicado no entraba en sus planes.

De igual modo, sabía que solo penetrándome me sería difícil alcanzar el orgasmo, así que se las apañó para estimular mi clítoris con un dedo, acortando el camino hacia el clímax, hecho que yo le agradecí tensando mis músculos internos y clavando las uñas en su apetecible trasero.

Después, una vez saciada, me levanté y, a pesar de que regresar a mi dormitorio me suponía un gran esfuerzo, logré hacerlo, porque de ningún modo podía permitirme el lujo de amanecer junto a él.

Por extraño que pareciera, sabía que eso supondría mucha más intimidad que lo que acabábamos de hacer.

## Capítulo 20

Los días iban pasando. Yo me fui haciendo una rutina en la que, por extraño que pareciera, no pensaba en los problemas que había dejado atrás, o más bien en las incógnitas sin despejar.

Parecía como si nunca hubiera tenido preocupaciones y no me agobiaba ni me ponía nerviosa ni pasaba las horas dándole vueltas a las cosas. Me limitaba a disfrutar de la sencillez, en una isla donde nadie te atosigaba con las normas sociales, y donde las pocas miradas reprobatorias que recibía no tenían la suficiente importancia como para hacer daño.

Me levantaba a mediodía, algo cansada tras las intensas noches junto a Phineas, paseaba por la playa y después me ocupaba de las labores cotidianas, mercado, organización de la casa..., para por la tarde disfrutar con mis hijos, acompañada de Claire. Algunas veces hasta tenía la gran suerte de que mi madre se uniera a nosotras.

Nos ponía al día sobre el estado de salud de mi padrastro y se lamentaba de que, a pesar del clima, no consiguiera mejorar de sus afecciones pulmonares. Yo me regodeaba en secreto y disimulaba, pero no veía el momento de que, por fin, mi madre se convirtiera en la marquesa viuda de Beldford. Aunque la animaba como podía, por dentro me hervía la sangre al pensar que aquel malnacido disfrutaba de los cuidados de una esposa a la que había ninguneado desde el principio.

Pero me consolaba la idea de que su final estuviera próximo. Entonces yo podría intentar acercarme a mi hermanastro, pues hasta el momento no había tenido mucho éxito.

Claire, Camille, los niños y yo apenas manteníamos contacto con el exterior. Alguna que otra excursión, paseos por la playa o por la zona de los pescadores. Claire y yo habíamos formado una especie de tándem femenino. Solo Phineas con sus chascarrillos e historias, o alguna sirvienta deseosa de contar el último chisme, nos hacían prestar atención a algo que no fuéramos nosotras mismas.

Claire me hacía compañía, pero a diferencia de la mujer de antaño, ingenua y curiosa, permanecía en silencio largas horas y yo, comprendiéndola, no forzaba la conversación, pues de haberlo hecho solo habría logrado monosílabos como respuesta. Prefería que fuera ella quien me contara lo que deseara.

Yo sabía que esperaba con ansia y desesperación noticias de su esposo, pues desde que partimos de Londres no había recibido ninguna comunicación y eso, para una mujer como ella, tan dependiente, seguro que suponía una lenta agonía.

Por fin, a mediados de agosto, cuando ya habíamos perdido toda esperanza, pues las dificultades para que la correspondencia llegara eran muchas, Claire recibió una carta de su amado William. Estábamos sentadas en la terraza con vistas al mar, bien protegidas bajo un improvisado toldo, y ella, con la esperada misiva en la mano, era incapaz de abrirla, temiendo que fueran malas noticias.

Sostenía el sobre contra su pecho, desesperándome, pues yo no era proclive a tales indecisiones. Si eran malas noticias, cuanto antes las conociéramos, antes podríamos enfrentarnos a ellas. Por mucho que lo retrasara, no iba a lograr variar las palabras que allí estaban escritas.

—¿Quieres que la lea yo? —sugerí, abanicándome con brío e impaciente no solo por saber qué había sido del teniente Perlman.

A este, que en otra época no me hubiera importado que lo partiera un rayo, ya no le deseaba ningún mal, pues a pesar de nuestro desafortunado encuentro del pasado, había demostrado con creces ser un hombre digno de confianza y aprecio.

Sin embargo, mis verdaderos motivos para querer conocer el contenido de aquella carta era saber si decía algo sobre Stephan.

William era el único nexo de unión entre él y yo.

—Ay, Ornela, eres tan buena amiga... —suspiró Claire, estrechándome la mano ante mi interesada sugerencia, que, por supuesto, tomó como desinteresada—. Eres como una hermana, preocupándote por mí, ocupándote de mí...

—Solo hago lo que cualquier persona haría —dije en tono despreocupado, sin intentar corregirla.

Ya debería estar acostumbrada a sus muestras de bondad, pero aún me costaba mucho entender cómo, a pesar de los reveses que había sufrido, podía seguir siendo tan confiada. Yo a veces tenía la sensación de que acabaría viendo mi verdadera naturaleza, muy alejada de la idealizada visión que tenía de mí.

Claire negó con la cabeza.

—No, Ornela, te equivocas —me contradijo en tono suave pero firme y por un instante vi a una mujer mucho más madura de aquella a la que estaba acostumbrada, quizá debido a la dura prueba que había superado.

—Le das demasiada importancia —añadí.

—Mucha gente me hubiera atosigado a preguntas y a consejos durante los primeros días, incluso hubiera recibido incontables visitas solo para dejarse ver y así presumir delante de sus amistades. Pero pasados unos días, esa misma gente se habría olvidado de mí, ya no sería un tema de conversación y poco o nada les importaría.

—Visto así... —murmuré, comprendiendo su razonamiento.

Y no solo era razonable, sino seguramente cierto, pues en una sociedad donde la apariencia lo era todo, hubiera tenido que soportar incontables palmaditas en la espalda junto con inútiles y falsas palabras de aliento, todo con la única intención de hacerse ver, pero sin importarles lo más mínimo los verdaderos sentimientos de Claire.

—Sin embargo, tú, querida amiga, has estado a mi lado sin hacer el paripé. Te has preocupado de mi bienestar y no únicamente con palabras de ánimo fáciles de pronunciar. Me lo has demostrado con hechos. Has estado pendiente de mí, me has acompañado y me has llevado contigo, proporcionándome apoyo constante... No me has abandonado a mi suerte ni has permitido que me recluyese y me consumiera la



pena.

—Yo... —No sabía qué decir.

—No me has mirado con lástima, como si fuera una mujer inútil e inservible...

Claire estaba a punto de llorar y era lo último que yo quería, así que me acerqué a ella y la abracé, confortándola, puesto que no estaba de humor para aguantar una de sus crisis de llanto.

—Y no solo eso —prosiguió, a pesar de mis esfuerzos por zanzar el tema. No quería parecer una santa, y no lo era, maldita fuera, pero a los ojos de Claire terminaría canonizada—. Además me has dejado disfrutar de tu familia, jugar con tus hijos, cuidarlos y sentirme una más junto a tu madre, así como recibir los impagables cuidados de Camille.

No quise desmentirla y me mordí la lengua.

—No ha sido para tanto.

—¡Y qué decir del joven Phineas! —exclamó, más alegre al mencionarlo, porque él le arrancaba más de una sonrisa en cada visita—. Ha sido toda una novedad tenerlo con nosotras. Es tan joven... —suspiró y yo arqueé una ceja—, tan impulsivo, es como tener un hermano menor al que enseñar y cuidar.

Decir que Phineas era como un hermano menor era, desde luego, una ingeniosa forma de no ver la realidad, pero ella al menos estaba contenta pensando eso, por lo que yo no tenía nada que objetar al respecto. Además, siendo como yo era, egocéntrica y pragmática, sus cuidados de hermana me venían estupendamente, ya que sus lecciones, su paciencia con un a veces testarudo Phineas, y el tiempo que le dedicaba, me libraban a mí de esas tareas.

—Déjame entonces que haga algo más por ti —dije, señalando la carta, porque ya estaba bien de agradecimientos y yo quería saber lo que decía William.

Claire suspiró, síntoma de su ansiedad.

—Está bien, pero, por favor, si son malas noticias... —De nuevo me miró compungida y yo no sabía muy bien si iba a ser capaz de dulcificar las palabras en caso de que le comunicaran alguna desgracia.

Cerró los ojos y yo empecé a leer.

Lo hice de manera suave y, a medida que avanzaba, adopté una expresión neutra para disimular el aburrimiento que me causaba aquella serie de palabras almibaradas que yo no debería estar leyendo porque iban dirigidas a ella. Todo aquello podía rozar la cursilería, pero al menos significaba que el teniente Perlman estaba enamorado y preocupado por su mujer.

Y, lo más importante, estaba vivo y, más concretamente, en el sur de la península Ibérica, lo que significaba que se hallaba en el epicentro del conflicto y que, con toda probabilidad, Stephan andaba cerca.

—Menos mal... —comentó aliviada, mientras estaba atenta a mi lectura.

Se retorció las manos, tensa, tras haberse preparado para escuchar una fatalidad.

Proseguí leyendo y, a medida que las palabras se tornaban más insinuantes y

menos formales, abandonando la consabida información sobre dónde estaba y demás, vi de reojo cómo Claire se sonrojaba, sobre todo cuando llegué a un párrafo explícito sobre lo mucho que la echaba de menos.

Me aclaré la garganta para nada escandalizada, pues me hacía una ligera idea de la clase de intimidad que compartían; pero lo hice por diversión, por ver a Claire incómoda, pues, a pesar de ser una mujer casada, todavía se acaloraba ante la sola mención de las relaciones conyugales. Porque para ella no existían de otro tipo, por lo que nunca se me ocurriría mencionarle nada sobre relaciones menos convencionales.

—Esto me lo saltaré, si no te importa —mentí, para que no le diera un ataque de pudor, aunque leí en silencio lo que aquel anhelante esposo deseaba.

Un deseo por otro lado de lo más comprensible, porque, leyendo entre líneas, deduje que William, contra todo pronóstico, le estaba siendo fiel.

También hablaba de mí. El muy granuja intuía que su esposa compartiría conmigo parte de su carta y me daba las gracias de una manera muy peculiar. Tras pedirme que atendiera a Claire mientras él seguía ausente, añadía que cuando le fuera posible me lo recompensaría personalmente. A saber qué entendía ese hombre por «personalmente».

Por supuesto, yo sabía que no podía mencionar a Stephan, pues eso significaba desvelarle a Claire mucho más de lo que era prudente, pero esperaba que dijera algo, cualquier cosa, para calmar mi ansiedad. Y entonces, casi al final de la misiva, cuando ya había perdido la esperanza, leí:

*Paso las largas noches, algunas al raso, acompañado de un pájaro que, para mi sorpresa, permanece a mi lado mucho más tiempo del que de un espíritu libre como él cabría esperar. Es una estupenda compañía y como sé que a nuestra amiga común, Ornela, le encantan las aves, he querido contártelo como nota curiosa.*

Me llevé la carta al pecho, cerré los ojos y suspiré aliviada, porque eso quería decir que Stephan seguía vivo y que estaban juntos.

Ante mi repentino silencio, Claire se preocupó y noté sus manos sobre las mías, apretándomelas en un gesto reconfortante y de agradecimiento.

—William tiene razón, siempre estaremos en deuda contigo. Ninguna amiga se preocuparía tanto como tú lo haces por el bienestar de mi esposo. Sufres conmigo, suspiras conmigo...

—Cualquier otra pensaría que albergo intenciones poco honorables —farfullé, abrumada por tanto agradecimiento injusto.

Claire se echó a reír.

—Eres hermosa, eso es indiscutible, y sé que todos los hombres te admiran, pero nunca me has dado motivos para sospechar y William tampoco. Así que no tengo por qué envenenar mi cabeza con malos pensamientos.

A veces, sinceramente, Claire me dejaba anonadada con su forma de pensar. Llevaba su bondad hasta el límite, como muy pocos seres humanos serían capaces de

hacer.

Camille me observaba en todo momento y creo que, a pesar de mi discreción, intuía que entre Phineas y yo ocurría algo. No obstante, nuestro comportamiento era impecable y teniendo a Claire como coartada, nada malo podía decirse, así que solo podía especular.

Nuestra relación no era tan estrecha como la de antaño, pero al menos volvíamos a estar juntas. Como si hubiéramos firmado un pacto de no agresión mutua, ni Camille ni yo mencionábamos nada que pudiera dar lugar a un conflicto entre ambas, de modo que ella se limitaba a hacer de ama de llaves y yo, de señora de la casa.

Además, estando mi madre cerca, las dos podían verse con frecuencia. A veces tenía la tentación de seguir las, de espiarlas para averiguar qué comentaban, porque a buen seguro yo era la protagonista de alguna que otra de sus conversaciones. Sin embargo, descarté la idea, ya que si bien podía haber resultado interesante, no quería que las viejas preocupaciones empañaran mi estancia en Santorini.

De lo que sí me preocupé fue de inspeccionar el correo en persona, ya que si Stephan o alguien en su nombre querían ponerse en contacto con Camille, yo quería estar al tanto. No hubo ninguna comunicación, es más, ella no recibía correspondencia personal, lo que significaba dos cosas. La primera, que tenía un contacto en la isla, al margen de la servidumbre, o bien que Stephan no tenía nada que decir. Muy extraño esto último, porque estaba muy segura de que mi «fiel» doncella sí se había ocupado de dar puntual cuenta de mis idas y venidas a quien pudiera interesar.

Me daba bastante rabia no poder controlar ese aspecto.

En el extremo opuesto estaba Claire, que cuando le escribía a su esposo siempre me mostraba el contenido de sus cartas y hasta me consultaba alguna cosa, así que por esa parte no tenía nada de lo que preocuparme.

—Tiene visita, señora —me anunció Aretha una tarde, mientras repasaba las cuentas domésticas. Alcé la vista y le hice un gesto para que hablara—. Se trata del señor Fernand Guilou.

Suspiré. Por cómo lo mencionaba la chica, estaba claro que debía de tratarse de alguien relevante, pero la verdad era que no tenía la menor idea de quién era ese hombre. Lo único que pude deducir fue que era de origen francés.

—¿Y ha dicho cuál es el motivo de su visita?

Aretha tuvo el descaro de sonreír, algo que me intrigó sobremanera y me llevó a pensar que se trataba de alguien popular, al menos entre el servicio.

—Desea conocerla.

Dejé a un lado los papeles que tenía desperdigados sobre mi mesa y pensé qué clase de persona se atrevería a personarse en casa de una mujer casada, hacer sonrojar a la criada y mostrar el descaro suficiente como para pedir ser recibido sin haber sido invitado ni presentado, como aconsejaban las más elementales normas de cortesía.

—Hazle pasar a la salita.

—¿Preparo un refrigerio?

—No —respondí de inmediato, ya que si el hombre resultaba ser un impresentable, quedaría obligada a estar más tiempo del deseado en su compañía. Si por el contrario era una persona agradable, ya pediría yo misma ese refrigerio.

Como mujer, tenía la prerrogativa de hacerme esperar y me demoré cuanto consideré oportuno antes de dirigirme a la salita de recibo, incluso me permití el lujo de detenerme frente al espejo y comprobar mi estado. Puede que el inesperado visitante no se mereciera mi mejor versión, pero como nunca se sabía, siempre prefería jugar con ventaja y que mi aspecto fuera impecable.

Entré en la estancia sin apenas hacer ruido y me encontré cara a cara con un hombre que por lo visto no tenía el menor decoro, pues, cruzado de brazos, me miró de arriba abajo antes de esbozar una sonrisa que interpreté como de aprobación.

—Buenas tardes, condesa.

Él sabía muy bien quién era yo y en cambio yo carecía de referencia alguna sobre su identidad.

Jugar en inferioridad de condiciones me obligaba a aguzar mi ingenio y, con el mismo descaro, hice mi propia apreciación. A juzgar por sus sienes plateadas, rondaría los cuarenta años. Pelo castaño, largo, recogido en una coleta más al estilo del siglo dieciocho. Indumentaria elegante pero no opulenta. Estatura media. En cuanto a su aspecto físico, concluí que si trabajaba no lo hacía utilizando las manos, pues se mantenía erguido, no como los artesanos, campesinos o pescadores, que, debido a sus quehaceres, rara vez lograban evitar encorvarse.

—Buenas tardes señor... —dejé deliberadamente la frase a medias, a pesar de que conocía su nombre.

—Guilou, Fernand Guilou —se presentó con una forzada reverencia.

No sonreí ni me moví y me mostré distante. Antes tenía que averiguar qué pretendía visitándome a esas alturas. Si lo hubiese hecho durante los primeros días de mi estancia en Santorini lo habría considerado normal, una especie de visita de cortesía para conocer a los nuevos residentes de la villa.

—Y, dígame, señor Guilou, ¿a qué obedece su visita?

—Deseaba conocerla.

—¿Por qué?

—He oído hablar de usted.

Las preguntas y las respuestas se sucedían con rapidez. Como si se tratara de un diálogo ensayado. Él no dudaba en ofrecérmelas, sin dejar de mirarme.

—Supongo que soy una especie de novedad —dije seria, como si me molestara.

—Condesa, veo que la modestia no es una de sus virtudes —me replicó sonriendo sin separar los labios. Estaba claro que pretendía provocarme.

—¿Podría decirme quién le ha hablado de mí?

—Un amigo común...

Su respuesta me enervó, pues enseguida pensé en Phineas. Tal vez el tal Guilou

había seguido mis pasos, o bien alguien se dedicaba a pregonarlos por ahí. Pensé en Aretha, que me guardaba cierto rencor, porque Phineas tenía muy abandonado a mi servicio.

—¿Podría ser más explícito?

—Señora, se dice el pecado pero no el pecador —respondió todo ufano por mantenerme en vilo.

—Creo que debo dar por finalizada esta visita. No lo conozco, señor Guilou, y no deseo conocerlo...

—Es tal como la describe...

¿Era admiración lo que se desprendía de esa frase?

No debía considerarla como tal y, además, halagarme no le iba a servir para ganarse mi simpatía.

—Adiós, señor Guilou.

Di media vuelta y lo dejé allí, en mi salita de recibo.

—Volveremos a vernos, condesa —auguró mientras yo salía.

No me molesté en contestarle.

Se acercaba la hora de la cena y quería pasar un rato junto a Claire y mis hijos antes de prepararme para mi encuentro con Phineas a medianoche.

## Capítulo 21



Me reuní con Phineas tal como siempre hacíamos, al filo de la medianoche. Esa hora era adecuada para citarnos, ya que me permitía dejar resueltos los asuntos domésticos, prepararme para el encuentro con mi joven amante e ir a su encuentro sabiendo que el personal de servicio ya se encontraban durmiendo.

Hacía una semana que no lo veía.

Haber prescindido de las habilidades de mi amante durante tantos días obedecía al simple motivo de que me hallaba indispuesta debido a mi condición femenina. Un hecho que en otras circunstancias me hubiera molestado, ya que me privaba de llevar a cabo ciertas actividades, en ese caso había sido toda una bendición, pues significaba que todo iba bien.

Como era de esperar, Phineas había insistido de varias formas, más o menos sutiles, para que continuáramos nuestra rutina de amantes, dado que la otra, la referente a su educación permanecía inalterable, pero me negué en redondo, pues seguía teniendo mis reparos respecto a mantener relaciones sexuales mientras estaba menstruando. Durante mi matrimonio con Stephan tuvimos alguna que otra discusión a propósito de ese tema, porque él siempre insistía en que no le molestaba, pero yo no lograba sentirme cómoda y prefería evitar cualquier contacto carnal durante esos días. No pasaba nada por abstenerse una semana, pero tratándose de hombres esa palabra era como mencionar la peste.

Caminé tranquila por la playa, disfrutando al andar descalza sobre la arena, en dirección al refugio donde tenían lugar nuestros apasionados encuentros. A medida que avanzaba, me vino a la mente la extraña conversación que había mantenido con el no menos extraño señor Guilou.

Por supuesto, me había preocupado de indagar a través del servicio, empezando por Aretha, la cual, como siempre esquivó mis preguntas. Desde luego, me la tenía jurada. Pensé incluso en despedirla, pero teniendo en cuenta que en menos de dos meses regresaría a Londres, no tenía sentido buscar otra doncella para tan poco tiempo.

A pesar de que no hacía ningún ruido, Phineas se percató de mi presencia y se puso en pie con rapidez.

—¡Ornela, por fin estás aquí! —fue su efusivo saludo al verme.

—Deduzco que estás anhelante —murmuré sonriendo, porque él siempre me aguardaba con una sonrisa y de buen humor.

—Ansioso más bien, querida mía. Ha sido todo un suplicio estar todos estos días junto a ti, escucharte, mirarte y no poder sentirte, tocarte...

Cuando se llevó una mano al pecho, que por cierto lucía sin camisa, y se la puso a la altura del corazón, en una nueva muestra de aquellos sentimientos románticos que tanto me irritaban, tuve que hacérselo saber.

—Sabes cuánto me desagrada tus expresiones teatrales, ahórratelas, te lo ruego — susurré gruñona.

Me situé frente a él, procurando que fuera cerca para que así pudiera desnudarme, pero dejando algo de espacio para permitirle maniobrar con comodidad. Por alguna razón me sentía apática, como si la simple satisfacción sexual que mi joven amante me proporcionaba no fuera ya lo bastante intensa como para evitarme caer en el desánimo.

El ímpetu con el que Phineas me follaba debería bastarme; sin embargo, cuando regresaba a mi alcoba seguía sintiendo una sensación de vacío. La novedad, la emoción del principio estaban decayendo. La única nota positiva de todo aquello era que, al tener mi estancia fecha de caducidad, me ahorraría el desagradable momento del final.

Conocía muy bien esa amargura, pues cuando puse punto final a mi aventura con el vizconde, fui consciente del daño que provocaba mezclar los sentimientos con el placer. Pero esa dolorosa sensación se podía considerar un juego de niños en comparación con la angustia la desazón y la pena que sentí tras la pérdida de Stephan.

—Hoy estás ausente —musitó Phineas junto a mi oído, mientras sus manos recorrían mis hombros.

Además de un amante entregado y hábil, era muy intuitivo y, a pesar de mi intento por mantenerme emocionalmente distante, había acabado por conocerme y, en consecuencia, por adivinar qué me ocurría.

—Estoy algo cansada —mentí, porque siempre era más sencillo recurrir a los tópicos y así evitar dar explicaciones.

Sonrió de medio lado y adoptó una expresión pícara.

—Entonces, supongo que yo debo ocuparme de todo —añadió de buen humor, aunque por su expresión supe que no se había creído mi mentira.

No obstante, se mostró encantado con la posibilidad de ser él quien llevara las riendas de la situación.

No me opuse. Dejé que me recostara sobre la manta, sintiéndome maleable entre sus manos. Al verme tan sumisa, Phineas intentó besarme, pero yo fui rápida esquivándolo.

—Alguna vez lograré probar tus labios —susurró con una sonrisa triste, antes de dedicarse a partes de mi cuerpo que sí deseaba que me besara.

Comenzó por mi cuello y desde ahí fue abarcando cada punto a su alcance, mientras sus manos me preparaban y me excitaban.

Me limité a gemir y a sentir, pese a que mi mente no dejaba de amargarme la noche de placer, pues por más esfuerzos que mi amante hacía, yo no alcanzaba el clímax, por lo que terminé fingiendo para que el pobre Phineas no acabara exhausto.

—¿Ornela?

Nada más notar que se había corrido, lo había apartado y me había dado media vuelta, evitando mirarlo, de ahí que me llamara en un tono preocupado.

—Estoy agotada, solo es eso. No le des más vueltas —dije con suavidad e hice un esfuerzo para mirarlo y acariciarle la mejilla.

Sin embargo, percibí que él no se quedaba convencido. Negó con la cabeza.

—Algo te preocupa...

Intenté sonreír, pero entonces me di cuenta de que había acertado. Me preocupaban muchas cosas, pero una en especial me rondaba la cabeza y pensé que quizá él pudiese ayudarme.

—Tienes razón.

Me cubrí con la bata, no porque tuviera frío, sino porque estar vestida me hacía sentirme menos vulnerable. Una sensación absurda, desde luego, considerando lo que ambos compartíamos.

—Te escucho.

Me besó en el hombro justo antes de que me lo tapara y se ocupó también de su ropa, pues daba por sentado que aquella noche no tendríamos más sexo.

No sabía muy bien cómo plantear el asunto, dado que podía ser que Phineas no se sintiera muy cómodo si le hablaba de otro caballero (eso en el caso de que el extraño señor Guilou lo fuera), y tampoco sabía si, en caso de conocerse, tendrían una buena relación. Incluso pensé que podría tratarse de una especie de rival y que por eso no se anunciaba con antelación: de haberlo hecho, yo me hubiera encargado de indagar sobre él antes de recibirlo.

—Esta tarde... —Hice una pausa, reconsiderando por última vez la conveniencia o no de mencionarle el asunto—. Se ha presentado en mi casa un hombre que...

Noté su tensión nada más pronunciar la palabra «hombre», quizá por cómo lo dije o por lo que podía implicar. ¿Phineas estaba celoso?

De ser así, su reacción no tenía ningún sentido, ya que desde el primer momento supo que yo era una mujer casada.

—¿Y? —Me besó en la mejilla, demasiado cerca de los labios.

—No me gusta que nadie se presente en mi residencia sin haber sido invitado. He preguntado al servicio, pero nadie parece querer hablarme de Fernand Guilou.

—¡Maldita sea! —exclamó él poniéndose en pie y alejándose unos pasos.

Daba gusto verlo, desnudo de cintura para arriba, con las manos apoyadas en las caderas y mirando al mar. Pero la contemplación de su esbelto cuerpo no debía distraerme, su reacción era toda una confirmación de mis sospechas.

Entre los dos existía algo, pero ¿qué, exactamente?

—Deduzco, por tu respuesta, que lo conoces, o al menos sabes quién es.

Masculló por lo bajini, lanzando los típicos juramentos portuarios, y lo vi mesarse el pelo u par de veces antes de darse la vuelta.

—¿Qué te dijo? —preguntó con un desagradable gruñido.

—¿No sería más lógico que antes de interrogarme sobre la conversación que hemos tenido me pusieras al corriente de quién es?

—Lo siento. No he podido evitarlo —se disculpó.



—Habla entonces —le exigí, deseosa de desenmarañar qué clase de nexo existía entre ambos y por qué Phineas se comportaba así.

—Fernand Guilou es uno de esos terratenientes que, al disponer de suficiente influencia y medios económicos, hace y deshace a su antojo —explicó y, a pesar de las palabras, noté cierta admiración.

—¿Es francés?

—Sí, pero lleva muchos años aquí.

—¿Es peligroso?

—Sí.

—Vaya...

—No cómo tú crees —aclaró, volviendo a mi lado.

Parecía más tranquilo y lo que me había dicho acrecentaba mi innata curiosidad.

—No te comprendo, Phineas. Te muestras molesto cuando te digo que ha venido a verme; en cambio, después hablas de él casi con admiración.

Suspiró, se pasó la mano por la cara y esbozó una sonrisa triste.

—Le debo un gran favor, Ornela —admitió, hundiendo los hombros.

—Comprendo —dije comprensiva, aunque no estaba dispuesta a que de nuevo un hombre jugara conmigo al despiste.

Antes de regresar a mi habitación, debía conocer los detalles.

—Me temo que, con su visita, ha dejado patente que se ha encaprichado de ti —declaró resignado.

—¿Y cómo, si puede saberse, ha logrado información sobre mí?

—Me temo que yo soy el culpable —admitió sin el arrepentimiento que yo esperaba—. No pude evitar hablarle de ti. Supongo que me dejé llevar por el entusiasmo. Eres única, ya te lo he dicho muchas veces.

—Halagarme no te servirá de nada —le recordé—. Y dime, ¿qué favor te hizo para que estés en deuda con él?

—Tu opinión sobre mí se verá perjudicada si yo...

—Deja que sea yo quien lo decida.

—Verás... yo...

Verlo balbucear me provocó un sentimiento de ternura, pues lo hacía parecer vulnerable, no tan decidido y seguro de sí mismo.

—En fin, una de las mujeres a las que atendía... —Se detuvo.

¿Avergonzado? Pensé, no obstante, que no tenía sentido, pues yo ya estaba al corriente de cómo se ganaba la vida.

—Me pagaba bien, pero... terminé acostándome con su hija y, debido a los celos, me acusó de robar sus joyas.

Aquello no pintaba nada bien, pues una acusación de robo hecha por una mujer adinerada era sinónimo de condena. Le hice un gesto para que terminara de relatarme su historia.

—No sé cómo, pues preferí no saberlo, Fernand consiguió que la mujer retirase la

acusación y me ofreció su protección.

—¿Y qué tuviste que darle a cambio? —pregunté, porque aquel hombre no tenía pinta de altruista y porque era lo más lógico.

Si Phineas se avergonzaba era porque algo había sucedido entre ambos y ese algo era motivo suficiente para querer ocultarlo.

—Me convertí en una especie de ayuda de cámara personal... Cada vez que organiza una fiesta en Santorini, yo me encargo de buscarle diversión y a veces...

Lo miré sin parpadear. Puede que pensara que me escandalizaría, pero lo cierto era que más bien me intrigaba.

—¿Y?

Phineas se aclaró la garganta.

—Yo he participado en esa diversión —reconoció de manera atropellada.

Reflexioné sobre sus palabras y llegué a la conclusión de que, vistas desde diferentes perspectivas, eran de lo más ambiguas.

—Cuando dices que participaste, ¿te refieres a asistir como espectador? ¿A compartir la diversión o... a ser protagonista de la misma?

—Joder... —masculló—. Eres demasiado perspicaz, Ornela.

—Responde —exigí tranquila—. Te prometo que no me escandalizaré.

—He participado de todas las formas que puedas imaginar.

Abrí los ojos como platos. Ni que decir tiene que no me sentí indignada ni violenta ante esa revelación. Lo que produjo en mí era algo bien distinto...

—¿Ornela? —murmuró, al ver que yo permanecía en silencio y con expresión reflexiva—. Maldita sea, no he debido contártelo. Pensarás que soy un depravado.

Negué con la cabeza.

—Ni por asomo —negué para tranquilizarlo.

—Pues por tu cara nadie lo diría.

—No te juzgo, no te condeno.

—¿Entonces?

—Deja de hacerte el mártir —repliqué, para acabar con su preocupación—. Lo que de verdad me provoca tu historia es simple y llanamente curiosidad, mucha curiosidad.

—¿Acabo de contarte que me he acostado con hombres y a ti te entra la curiosidad?

—Eso parece.

—¡Debes de estar bromeando! —exclamó ¿furioso?

¿Esperaba acaso que lo abofeteara? ¿Que lo denunciara a las autoridades? ¿Que me marchara entre lágrimas por haberme seducido un invertido, como los llamaban?

—Créeme, no bromeo. Lo que me sigue intrigando es qué papel juego yo en esto.

—Hablaré con él y te dejará en paz.

—No desvíes la cuestión, Phineas —repuse, elevando la voz, cansada de que me tomaran por una pobre mujer necesitada de protección.

—Es mejor así.

—¿Por qué? ¿Porque tú lo has decidido de ese modo?

—Ese tipo de fiestas no son para una mujer de tu clase.

—¿Pretende invitarme? —pregunté interesada.

—Ornela...

—¡Responde!

—Sí. Por lo que me ha comentado, esa es su intención.

Me guardé el comentario de «¡Qué interesante!», porque antes necesitaba tener más elementos para decidirme. Podía ser algo realmente decadente, pecaminoso y pervertido o solo una burda reunión de hombres y mujeres desnudos, donde la vulgaridad campara a sus anchas.

—Por cómo reaccionas parece que la idea de ver a dos hombres juntos no te provoca rechazo —musitó sorprendido.

—No. De ninguna manera. —Sonreí antes de continuar—. Sorpresa, curiosidad, interés... pero en ningún caso rechazo.

Entonces le hablé de Joseph Steinberg, mi profesor de baile. De lo que me enseñó, de cómo descubrí su inclinación y de cómo me hizo entender que existían otras posibilidades.

Phineas me escuchó, al principio reacio, pues su confesión, bajo su propio punto de vista, y el de mucha gente, podía hacerlo sentir inferior o reducir su masculinidad a sus ojos, pero a medida que yo avanzaba en mi relato se quedó pensativo, dándose cuenta, por el cariño con que lo mencionaba, que Joseph me había enseñado no solo música (en vano), sino también a comprender y a no juzgar. De paso, dejé muy claro que ante ciertos comportamientos, censurados por la mayoría de las personas, yo no reaccionaba de igual modo.

—Nunca me cansaré de decirlo, Ornela, eres única. No creo que haya sobre la faz de la Tierra una mujer como tú.

—No hace falta que seas tan zalamero —lo reprendí con cariño, acariciándole la cara.

—¿Alguna vez has visto a dos...?

—¿Hombres juntos? —rematé la frase por él ante su apuro y Phineas asintió—. No, nunca he sido testigo de ello.

Vi que respiraba hondo.

—Deduzco entonces que si recibieras una invitación de Fernand acudirías sin dudar —añadió resignado.

—Soy curiosa, no lo niego. Pero también prudente —respondí sin comprometerme.

—No debí hablar de ti con él. Supongo que me dejé llevar por el entusiasmo y acabé por contagiarlo.

—Será mejor que regresemos.

Quería poner punto final a aquella conversación, pues ya no tenía sentido seguir

dándole vueltas. Estaba cansada, pero más allá del agotamiento físico, era el cansancio mental el que me impulsaba a querer abandonar aquella cabaña.

Me puse en pie y me despedí de Phineas con un beso en la mejilla, dejándolo allí solo. Sabía que pasaría la noche en aquella inestable construcción, pero no me sentía culpable por ello, y tampoco tuve la tentación de invitarlo a mi dormitorio.

Tras tantas noches recorriendo aquel sendero, había llegado a conocer cada bache, por lo que el tiempo de regreso a la seguridad de mi casa se acortaba de forma considerable, y evitaba también alguna que otra magulladura en los pies.

## Capítulo 22

Agosto llegaba a su fin y, por consiguiente, debía ir empezando a organizar nuestro viaje de vuelta a casa. Eso significaba, entre otras cosas, que mi idílica existencia en Fira tenía los días contados y que a mi regreso a Londres los problemas que allí había dejado me estarían esperando.

Había incumplido la promesa que me hice a mí misma al llegar, sobre escribirle a Charles con regularidad para relatarle todo lo que mis ojos contemplaban, pero es que nunca imaginé que en Santorini encontraría la tranquilidad necesaria para que mi tensión constante solo fuera un desagradable recuerdo, y tampoco contaba con la posibilidad de conocer a un hombre como Phineas.

Suspiré ante la perspectiva de abandonar la isla y me reuní con mi madre para charlar con ella, ponernos al día sobre nuestras cosas y que ella pudiera estar con sus nietos.

—Siempre supe que serías una madre estupenda, querida mía —declaró mientras sostenía a Cyprien dormido en sus brazos.

Yo no estaba tan segura de esa afirmación, dado que mi comportamiento distaba mucho de ser el que se consideraba propio de una madre ejemplar. A mis hijos no les faltaba de nada, estaban bien atendidos y, por supuesto, me había encargado de que en un futuro tuvieran seguridad económica, entre el testamento de Stephan, del cual yo era albacea, y los bienes de Charles, algunos de los cuales, tras el nacimiento de Cyprien él ya había registrado a su nombre.

Pero lo que me inquietaba, y de ahí que las palabras de mi madre me causaran ese efecto, era que mi comportamiento pudiese traer impredecibles consecuencias. No lo que estaba haciendo en Santorini, que era algo que solo quedaría en mi recuerdo, sino lo referente a la verdadera paternidad de Cyprien y al hecho de que había contraído segundas nupcias estando ya casada.

—Se parece tanto a ti —añadió mi madre, con la ternura propia de una abuela orgullosa.

Al ver que su hermano estaba siendo el centro de atención, Alexander, que correteaba a nuestro alrededor, se me acercó para recibir unos mimos. Lo cogí en brazos y lo tuve abrazado mientras seguía hablando con mi madre.

—Voy a echar todo esto de menos —suspiré.

—Te entiendo. Aquí la vida es muy diferente —convino ella.

—Me va a resultar muy difícil volver a acostumbrarme a la rigidez de Londres.

No me refería únicamente a eso, pues allí, no sin esfuerzo, había logrado tener cierta libertad, mucha más que otras damas británicas que no estaban casadas con un hombre tan permisivo como Charles; sin embargo, volvería a tener cientos de miradas inquisitivas a mi alrededor. Además, de nuevo vería los periódicos hablando de guerra. Y, por supuesto, volvería a mi cómodo y aburrido matrimonio.

Se me hizo un nudo en la garganta, pues, durante aquellos meses alejada de Charles, apenas había pensado en él y, lo que era más preocupante, no lo había echado de menos.

Mi madre regresó a su villa, donde debía seguir ocupándose de su esposo enfermo. Pensé que por culpa de sus dolencias ella se estaba consumiendo en vida. Y no merecía eso, ahora que ya podía olvidar las preocupaciones de una vida incierta y cuando aún le quedaban muchos años por delante.

Busqué a Claire y la encontré en la parte de atrás de la casa, sentada junto a Camille. Ambas pasaban el rato con labores de aguja y, por las horas que le dedicaban a esa tarea, podrían haber confeccionado unos tres ajuares completos. Eso sí, Claire siempre dispondría de sábanas bordadas de forma impecable y se sentiría orgullosa de haberlas hecho ella misma, algo de lo que yo nunca podría presumir.

—Señora condesa, ha venido un lacayo a recogerla —anunció de golpe Aretha a mi espalda, sobresaltándome.

Me volví malhumorada, dispuesta a reprender a la chica, harta de su comportamiento.

—No vuelvas a asustarme de este modo —la amonesté.

—Lo siento, señora —murmuró, aunque no me dio la impresión de que estuviera todo lo arrepentida que debería—. Yo solo pretendía informarla.

Resoplé e intenté calmarme.

—Está bien. ¿Quién ha enviado a ese lacayo?

—*Monsieur* Guilou.

Vaya, ahora por lo visto era *monsieur* Guilou. Cuánto formalismo.

—No tengo ninguna cita con él.

Aretha se encogió de hombros.

—Me ha entregado esto. —Me tendió una nota—. Dice que ahí se lo explica todo.

—¿La has leído? —pregunté, aunque sabía la respuesta. Aretha mintió y negó con la cabeza. Para ser tan joven no tenía rival como alcahueta.

—¿Qué le digo entonces, señora?

—Que espere.

Me retiré a mi saloncito para leer la misiva de aquel descarado con tranquilidad. Pensé dejarlo para después de la cena, pero la curiosidad por saber hasta dónde llegaba el atrevimiento de ese hombre me llevó a desdoblar la nota y leer:

*Mi muy querida señora.*

*Tras nuestra interesante aunque breve conversación, debo transmitirle toda mi admiración. Sería para mí un placer seguir conversando con usted y, de ese modo, poder exponerle ciertas cuestiones referentes a nuestro común y querido amigo. Entendería su negativa como una demostración de desinterés hacia el futuro de dicho amigo. Pongo a su entera disposición los medios para que se reúna conmigo esta noche y le garantizo la máxima discreción.*

*Atentamente.*

F. G.

Releí esas miserables palabras un par de veces, antes de arrugar la nota con rabia.

Pero su sutil amenaza hacia Phineas me hizo reconsiderar mi primera intención de mandarlo al cuerno y desentenderme de él. Con todo el pesar de mi corazón, y a pesar de mi voluntad de distanciamiento emocional, le había cogido cariño a mi amante y ahora no iba a permitir que un caprichoso y maquiavélico terrateniente pagase con él mi desaire.

Phineas se merecía un futuro mejor y, aunque me pareciera un chantaje en toda regla, decidí escuchar lo que *monsieur* Guilou tuviera que decirme.

Llamé a Aretha para que me ayudara a vestirme. Acudir a esa cita era como ir a actuar en un teatro; iba a ser la actriz principal, por tanto, llevaría mis mejores galas: un disfraz necesario para ocultar el asco que me provocaba aquel malnacido.

No me sorprendió que Guilou residiera en una suntuosa mansión y que dispusiera de incontables lacayos y sirvientes. Me esperaba a la entrada, sonriente, creyéndose vencedor al haber acudido yo a su llamada como un perro al silbido de su amo.

Desde luego no me conocía. Presentaría batalla, pero quizá no con las armas que él esperaba, sino con otras de las que le sería más difícil defenderse.

—Señora condesa... —Su respetuosa reverencia ante sus criados no me impresionó—. Le doy la bienvenida a mi casa.

Por lo menos había tenido la deferencia de no decir «mi humilde morada».

—Gracias —respondí seca.

Me ofreció el brazo, como un atento anfitrión, pero yo lo rechacé con sutileza al sujetarme con ambas manos la falda del vestido, para no tropezar al subir la escalera.

Caminé a su lado, manteniendo las distancias y admirando en silencio el esplendor y la opulencia de aquella mansión. Había obras de arte por doquier, colocadas con gusto. No me sorprendió ver esculturas de tema erótico entre ellas. Si Guilou esperaba que me sonrojase o diera muestras de sentirme incómoda, estaba muy equivocado.

—Que nadie nos moleste —le ordenó a un lacayo que se quedó a las puertas del salón donde habíamos entrado, cuando mi anfitrión las cerró.

Estábamos a solas en una estancia impresionante.

Guilou se acercó al centro, donde había dispuesta una mesa redonda con manjares, pero a diferencia de las que yo había visto hasta entonces, esta se encontraba prácticamente a ras del suelo y a su alrededor tenía infinidad de cojines.

—¿Te gusta? —me preguntó, tuteándome sin que yo le hubiera dado permiso para ello.

—Me gustaría decir que no —contesté, mirando a mi alrededor—, pero mentiría y no suelo ser desagradable ni descortés sin motivo.

Fernand me sonrió, contento sin duda de mis palabras.

—¿Nos sentamos?

Decirle que no veía ninguna silla hubiera sido una forma de llamarme a mí misma ignorante sobre el uso de aquellos cojines esparcidos por el suelo, así que, sin vacilar,

me acomodé en uno y esperé a que, de momento, él llevara el peso de la conversación.

—Debo decirte, querida, que tenía ciertas dudas sobre tu respuesta a mi invitación.

Comenzó a servirme y yo no pregunté qué era lo que ponía en mi plato. De todas formas, mi intención no era atiborrarme de comida.

—Evitemos los eufemismos, por favor. Sabes tan bien como yo que esto no es una inocente cena, y que tus intenciones, de las que sin duda me pondrás al corriente en breve, no se limitan a ofrecerme comida exótica.

Tuvo el descaro de reírse, eso sí, con elegancia. Como hombre experimentado, era casi imposible de sorprender.

—Muy bien. Agradezco tu sinceridad y, por supuesto, tu disposición a escucharme.

Mi disposición a escucharlo no significaba que fuera a aceptar sus sugerencias de manera automática, pero de momento le devolvería la sonrisa y probaría la comida, eso sí, teniendo cuidado de comer lo justo.

—Disfrutemos pues de las exquisiteces que mi cocinero ha preparado y dejemos para luego nuestra conversación pendiente.

Tuve que reconocer que sus modales en la mesa eran impecables, y si se dio cuenta de que yo apenas comía, no dijo nada. No insistió en que probara cada plato y se limitó a servirme vino cuando yo se lo solicitaba.

Desde luego, todo un lobo con piel de cordero, pues bajo aquellos exquisitos modales había un hombre capaz de agasajar a su víctima antes de acabar con ella.

Quería saber cuanto antes cuáles eran sus intenciones, para así poder tomar cartas en el asunto. Si de verdad pensaba causarle algún perjuicio a Phineas, yo me encargaría de pagarle un pasaje a Inglaterra y ponerlo a salvo.

—Felicitas a tu cocinero de mi parte —dije, limpiándome la boca con leves toquecitos con la suave servilleta.

Apenas había probado bocado, pero todo me había gustado.

—Lo haré, no te preocupes —aseveró y se puso en pie.

Me tendió una mano para ayudarme a levantarme y, si bien mi intención era no tener el más mínimo contacto con él, acepté su ofrecimiento.

Me condujo hasta unas puertas, que abrió para que la brisa nocturna hiciera más soportable el calor. Después me señaló un confortable sillón de estilo europeo y, sin preguntar, me sirvió una copa de licor.

—Decir que me fascinas es expresar de forma paupérrima lo que opino de ti —empezó, sentándose enfrente, con otra copa en la mano.

Me fijé en el enorme sello de oro que llevaba, pero no pude distinguir el grabado. Sin duda un signo más de su fortuna.

—Me has agasajado con una excelente cena, ahora una copa de licor... ¿cuándo tendré el placer de conocer tus sugerencias? —le planteé, sin mostrarme sarcástica en



exceso.

Levantó su copa en un silencioso brindis y bebió un buen sorbo antes de hablar.

—Ornela, me tienes a tus pies.

—Déjate de florituras, te lo ruego.

—Muy bien. Quiero proponerte una cosa.

—¿Ilegal? —bromeé.

—Podría ser, pero algo me dice que tú no lo considerarías como tal.

Estaba jugando conmigo y lo odiaba por ello.

—¿De qué se trata?

—¡De ti, por supuesto! —exclamó, como si se hubiera alzado con la victoria sin tener que hacer ningún esfuerzo.

Entonces supe que sus halagos, atenciones y demás deferencias tenían una única y exclusiva intención: que me acostara con él. No era diferente del resto de los hombres adinerados que, creyendo deslumbrar a una mujer con su riqueza, piensan que la incauta en cuestión se someterá a sus deseos sin cuestionarlos.

—Te agradecería que fueras más explícito, por favor —repliqué, con ganas de levantarme y darle un bofetón antes de rechazar su propuesta.

Mi cariño por Phineas no llegaba tan lejos como para abrirme de piernas para un rico terrateniente.

El anfitrión perfecto rellenó nuestras copas antes de plantear la que sin duda sería una edulcorada proposición. No era un hombre repelente, aunque tampoco atractivo. No despertaba en mí ningún interés sexual, aunque sentía cierta curiosidad, pues nunca me había acostado con un hombre mayor. Él debía de rondar los cincuenta.

—Hablar con franqueza es una deferencia que te agradezco, querida Ornela. Creo que estarás al corriente, si no te lo explicaré yo, de la estrecha relación que me une con tu amante.

—Lo estoy —contesté, sin extrañarme de que estuviera enterado de la naturaleza de mis encuentros con Phineas.

—Excelente. Él habla maravillas sobre ti, y yo no lo pongo en duda, pues no hay más que mirarte para ver que la belleza es la menor de tus cualidades. Hay vida, inteligencia y fuego en tu interior.

—Evitemos el exceso de lisonjas, no conducen a ninguna parte —lo interrumpí.

—Mi propuesta es muy sencilla y complicada a la vez. —Hizo una pausa. Respiré antes de hacerle un gesto para que continuara—. Quiero ser testigo de ello, quiero ver con mis propios ojos cómo alcanzas el éxtasis. Quiero observarte, tener los cinco sentidos puestos en tus expresiones, tus gestos, tus gemidos...

—Creo que te han informado mal —dije, controlando mi furia—. Entre mis aficiones no se encuentra la prostitución.

Fernand estalló en carcajadas, lo cual me exasperó.

Esperé a que se le pasara el ataque de risa para poder decirle que quería regresar a mi casa.

—Nadie puede negar que eres única, condesa —consiguió decir entre risas.

—No creo haber dicho nada gracioso —mascullé, acabándome el licor y dejando de malos modos la fina copa de cristal sobre la mesa.

El sonido que produjo debió de alertarlo de mi mal humor.

—Desde luego que sí, querida. Y me temo que yo soy en parte culpable, ya que no he sabido explicarme de manera correcta.

—Pues hazlo de una vez —exigí, hastiada de tanto rodeo.

—Lo que deseo no es acostarme contigo, pues a pesar de que sin duda sería algo muy agradable, en estos momentos dispongo de una amante que me proporciona suficiente placer como para que me sienta satisfecho en ese aspecto.

—Perdona mi desconcierto, pero entonces no comprendo cuál es tu propuesta.

—Quiero ver cómo disfrutas de los placeres del lecho y si soy yo quien te los proporciona, no podría advertir cada matiz, ya que estaría demasiado concentrado complaciéndote como para tener los sentidos alerta.

Desde luego, la modestia no formaba parte de sus cualidades, pues daba por supuesto que podría colmar mis necesidades. Su proposición era mucho más retorcida...

—¿Pretendes observarme mientras...?

—En efecto. Quiero verte con tu amante, ser testigo mudo de vuestro encuentro. Te prometo no intervenir, no dar señales de vida. Seré discreto. Solo pido naturalidad.

—Acabas de decirme que tienes una amante.

—Es cierto, la tengo.

—¿Por qué no se lo pides a ella?

—Porque aceptaría.

Arqueé una ceja ante su respuesta.

—¿Y no se trata de eso?

—No. No es eso lo que yo busco, Ornela. Busco naturalidad, algo que mi amante, con el afán de complacerme, nunca lograría. Si le pidiera que se acostara con otro, tengo la seguridad de que fingiría, exageraría sus reacciones, en definitiva, actuaría para mí.

—¿Y qué te hace pensar que yo sería diferente?

—Tú no quieres complacerme. Es más, puedo afirmar que ahora mismo rezarías para que me partiera un rayo.

—Hace mucho tiempo que perdí la fe.

—Yo también.

—¿Y por qué debería aceptar?

—Porque bajo mi amparo y mi influencia tu amante llegará lejos.

—Puede lograrlo por sí mismo.

—No lo dudo, pero encontrará muchos más impedimentos y obstáculos en su camino, algunos de los cuales podrían ser insalvables.

—Y yo que pensé que lo apreciabas.

—De ahí que solo piense en su futuro.

—Chantajeándome.

—Dudo que sea un gran sacrificio. Al fin y al cabo, no existiría ninguna diferencia respecto a uno de vuestros encuentros.

—¿Y dónde se supone que te colocarías para no interferir? —pregunté con sarcasmo.

—No te preocupes por eso, yo lo organizaría todo —respondió sonriendo de medio lado, como si yo ya hubiera aceptado su despreciable propuesta.

—¿Vendrías a una destartalada cabaña, te sentarías en el suelo, tras una liviana cortina, y te limitarías a mirar?

—Déjame ocuparme a mí de los detalles, te aseguro que el escenario sería mucho más acorde con tu posición.

—Podrías mentirme e invitar a unos cuantos pervertidos para que me observaran, sin yo saberlo, exponiéndome así a la vergüenza pública.

Esa acusación lo ofendió.

—Me gusta agasajar a mis invitados con ricos manjares, y sí, no me importa ofrecerles expertas prostitutas que yo pago, pero hay cosas que no comparto. Te garantizo que solo yo seré testigo.

Me levanté, porque me era imposible permanecer quieta más tiempo. Le di la espalda, porque, para mi más completa estupefacción, su descabellada propuesta me excitó. Algo del todo desaconsejable.

—¿Él estaría al corriente? —pregunté, refiriéndome a Phineas.

—No, a menos que tú lo desees.

Fernand también se puso en pie y se acercó a mí. No me tocó, pero igualmente sentí su presencia.

—La decisión está en tus manos. No te has escandalizado, no me has abofeteado y no has salido huyendo, por lo que deduzco que, aparte de ser una mujer sensata, mi propuesta no te desagrade tanto como quieres hacerme creer.

—Sigue siendo chantaje.

—Yo no lo veo así —contestó en tono amable.

Cerré los ojos un instante y respiré hondo.

Entonces recordé aquella vez que, tras excitarme viendo a Stephan y William entrenar con la espada, los interrumpí deseosa de poder poner las manos encima del que era mi marido. Conseguí quedarme a solas con él y, cuando me encontraba complaciéndolo con la boca, mientras él embestía entre mis labios, gimiendo y acariciándome el pelo, fui consciente de que el canalla de su amigo nos observaba sonriente desde la ventana.

Lejos de ofenderme, eso me excitó e hizo no solo que me humedeciera debido al contacto de mis labios sobre la polla de Stephan, sino por el hecho de saber que alguien más era testigo de aquello.

—Elige la fecha que quieras y comunícamelo. Yo lo tendré todo dispuesto.

## Capítulo 23

La conversación con Guilou no se me iba de la cabeza. Pasaban los días, se acercaba el momento de mi partida y yo tenía que buscar la forma de abandonar Santorini sin sentirme culpable por el destino de Phineas.

—Esta noche estás más callada de lo habitual —musitó él, besándome la espalda.

Estábamos tumbados en su cabaña junto al mar. Yo había acudido a la cita como cada noche y, sin mediar palabra, me había desnudado pidiéndole a Phineas, exigiéndole en silencio que me tocara, que me hiciera vibrar con la vana esperanza de olvidar lo que me rondaba la cabeza. Como si sus manos, su boca, su polla fueran una especie de licor fuerte que adormecía mis sentidos.

Lo conseguí al menos durante los minutos en que me tuvo jadeando y abrazada a él, pero como cualquier bebida, los efectos tuvieron un tiempo limitado y después todas las dudas volvieron a hacer acto de presencia.

—Tengo mucho en lo que pensar... —dije, recurriendo a la verdad como excusa.

—¿Y qué puedo hacer yo por ayudarte?

El masaje con el que me estaba deleitando, sus besos en mi espalda, mientras yo permanecía boca abajo, con los ojos cerrados y escuchando el sonido del mar, debían ser suficiente.

—Nada —respondí.

—Me gustaría tanto que te quedaras un poco más... unos días más...

—Eso no solucionaría nada —musité, con la esperanza de que no continuara por ahí, pues no quería enfadarme.

—No sé qué voy a hacer una vez que te vayas...

Sus palabras se me clavaban como las espinas de un rosal. Era injusto que yo despertara esos sentimientos en un hombre como Phineas. De todos los amantes que había tenido, era al que me más me costaría olvidar y, además, me sentía en deuda con él.

No solo por haberme procurado momentos de placer cuando más desesperada estaba, cuando mi matrimonio me dejaba más insatisfecha. Phineas había logrado también con su sencillez y sus maneras toscas, que yo me liberase de ciertas ataduras que en Londres me asfixiaban.

Enseñarme a nadar, a disfrutar de mi cuerpo sumergido en el agua, era un buen ejemplo y una estupenda metáfora de lo que sentía. Yo siempre había tenido miedo al agua y ahora, cada vez que él me llevaba hacia ella, cogida de la mano, nadaba sin temor, contenta como una chiquilla.

—Ornela, sé que es imposible, pero... me gustaría tanto pasar toda una noche contigo, abrazado a ti...

Respiré y me incorporé para mirarlo. Phineas continuaba acariciándome, algo distraído, como apagado, pues la verdad era que yo apenas había participado en

nuestro encuentro de aquella noche.

Estiré el brazo y le acaricié la mejilla.

—Siempre he sido sincero contigo y hasta esta noche me he sentido respetado, pero es la primera vez que me tratas con condescendencia, como si te importaran muy poco mis sentimientos.

—Phineas, te lo ruego, hay cosas que, sencillamente, no pueden ser —le susurré y sí, mi tono sonaba maternal, muy alejado del que utilizaría una amante.

—Una noche, Ornela, te estoy pidiendo solo una noche. La posibilidad de dormir abrazado a ti en una cama. Disfrutar no solo de tu cuerpo, sino también de la posibilidad de sentirme importante a tu lado. No como aquí, en esta cochambrosa cabaña de pescadores, escondiéndonos de todos y rebajándote para estar conmigo.

—Nunca me he rebajado. Quise estar contigo, pero también sé que...

Me detuve, porque, sin darse cuenta, Phineas me había abierto una posibilidad para solucionar el desagradable asunto de Fernand.

Ahora bien, proponerle semejante acuerdo implicaba, primero recibir su negativa, pues con sus palabras me había demostrado su afán posesivo, y después que se presentara en casa del terrateniente dispuesto a hacer a saber qué para salvaguardar mi honor.

En esas cuestiones los hombres nunca aprendían, eran seres irracionales.

—La idea de pasar una noche juntos...

—¿Sí? —me interrumpió, evidenciando su esperanza.

—Me da miedo, no te lo niego, pero ¿dónde podríamos encontrarnos?

Mi pregunta era una forma sutil de ir preparando el terreno. Tenía que ser él quien llegara a la conclusión por sí mismo, de ahí que debiera ir con cuidado, guiando la conversación.

—No lo sé —contestó abatido, al ver alejarse su esperanza de tenerme una noche al completo—. Maldita sea, Ornela.

Me recosté de nuevo, dejándolo sumido en la inquietud, mientras se devanaba los sesos intentando encontrar la forma de vernos a solas, evitando el escándalo, y en un lugar acorde con mi posición.

Desde luego, no se podía ser más mezquina, pero no me quedaba más remedio. Bajo ningún concepto deseaba volver a mi vida en Londres pensando que Phineas pudiera sufrir la ira de un hombre vengativo, dispuesto a cualquier cosa por satisfacer sus caprichos.

—Podría... Podría alquilar una habitación en...

Negué con la cabeza.

—Sería peligroso. Alguien podría vernos. Tú aquí eres conocido y las especulaciones sobre quién te acompaña podrían arruinarlo todo —alegué, respirando hondo para que los remordimientos no hicieran acto de presencia antes de tiempo.

—Como siempre, tienes razón, querida Ornela.

Nos quedamos en silencio. Él retomó sus atenciones hacia mí y yo me

impacienté; o bien no había llegado a la conclusión que yo deseaba o bien no quería aceptar que era la única solución.

Decidí darle un pequeño empujoncito.

—¿No podrías buscar un lugar apropiado entre tus amistades?

Se echó a reír. Una risa desdeñosa, pues bien sabíamos los dos lo absurdo de esa sugerencia.

—Son pobres como ratas, más que yo incluso, y no creo que quieras pasar la noche en un barco oliendo a pescado.

Suspiré frustrada, como lo hacen las damas acostumbradas a ver satisfechos todos sus deseos, porque empezaba a cansarme de tanto rodeo.

—Recorre a Guilou —propuse, harta de evitar la cuestión. Era la única posibilidad y ambos lo sabíamos.

—¡Estás loca?! —exclamó apartándose de mí como si le hubiera clavado un puñal por la espalda.

—¿Por qué?

Me dirigió una mirada mezcla de rabia por no poder complacerme y de enfado por tener que aceptar la ayuda de ese hombre otra vez.

—Él te desea, Ornela.

«No como tú crees», estuve a punto de decirle, pero tuve el buen tino de morderme la lengua. Aunque Phineas no lo supiera, iba a sacrificarme por él, algo que no haría por ningún otro amante, y era quien se sentía ultrajado. Debí levantarme en ese instante, darle carpetazo al asunto y olvidarme de todo para siempre.

Pero no lo hice.

—¿Y?

—Pues que si le pido un favor así, recurriré a mil y una argucias para que, una vez en su casa, tú y yo nunca nos reunamos. Te querrá para él y yo no estoy dispuesto a permitirlo.

Otra vez aquellos ofensivos sentimientos posesivos que siempre me sacaban de quicio. ¿Es que los hombres nunca entenderían que no éramos objetos inertes que manejar a su antojo?

—Habla con él, explícale la situación.

—¿Y deberle otro favor? —Negó con la cabeza—. No, ya me siento bastante descontento conmigo mismo por lo que pasó, como para ponerme en sus manos.

Se me agotaba la paciencia, porque cedía a sus deseos, le estaba ofreciendo una salida para poder realizarlos y, a pesar de ello, no hacía más que poner trabas, todo producto de su inoportuno orgullo masculino.

Delante de mí no tenía por qué demostrar nada; sin embargo, Phineas tenía otro punto de vista.

—Entonces hablaré yo con él —decidí, dispuesta a acabar con aquello.

—No sabes cómo es, un maestro de la manipulación; al final logrará que seas tú quien estés en deuda con él y eso no puedo permitirlo.

De nuevo su estúpido orgullo. Bien sabía yo el daño que podía hacer este cuando no se tenían los medios como para hacerse valer.

—Ornela... no cometas ninguna estupidez —me advirtió, al ver que me levantaba y comenzaba a vestirme para regresar a mi casa.

—Pues entonces deja de comportarte como un niño y acepta la realidad. Sé claro con Guilou, plantéale tus condiciones y busca algo con lo que negociar, en vez de lamentarte una y otra vez. Buenas noches.

Lo dejé allí, sin posibilidad de réplica. No me detuve ni miré hacia atrás. No quise saber si mis últimas palabras le habían hecho alguna mella. Me sentía irascible ante todo aquello y no conseguía encontrar el equilibrio emocional. Por un lado me excitaba la idea de acostarme con mi amante sabiendo que otro hombre me estaría observando y disfrutaría mirando cada una de mis reacciones, pero, por otro, me enervaba la idea de complacer a Guilou por el simple hecho de que era alguien con el poder para obligarme a ello.

Puede que no fuera obligarme en el sentido exacto del término, pero no hacía falta recurrir a entresijos semánticos para entender a la perfección qué quería.

Y yo iba a dárselo, siempre y cuando el orgullo de mi amante no lo estropeará todo.

Cuando llegué a mi habitación y me metí en la cama, me di cuenta de que iba a hacer algo por otra persona. ¿Por qué razón? Una simple y complicada a la vez: quería a Phineas, o mejor dicho, le había cogido cariño, aunque desde luego no era amor.

Sabía que pronto me separaría de él para siempre y no me angustiaba la idea de no volver a verlo. Ese sentimiento, el de la pérdida de un ser amado, era muy distinto y yo conocía la diferencia; por desgracia debido a mi amarga experiencia.

Con razón se decía que amar es el principio de la palabra «amargura», y en ese momento, allí, sola en mi cama, con los ojos cerrados, me preguntaba si alguna vez podría encontrar la forma de estar con el hombre que me robaba el sueño sin odiarlo al día siguiente.

Y junto a ese, otro pensamiento todavía más inquietante, si ese hombre aún seguiría vivo, pues la ausencia de noticias no era buena señal.

Por la mañana, mientras desayunaba junto a Claire y mis hijos, recibí una escueta nota en la que Phineas me informaba de que se había encargado de todos los preparativos.

No había perdido el tiempo.

Mejor.

Así que una semana antes de emprender mi regreso a Inglaterra, y tras ocuparme de organizarlo todo, me arreglé y emperifollé a conciencia.

Aquella noche no solo iba a follar con mi amante, iba a representar un espectáculo, o al menos así lo entendía yo, de ahí que procurase estar radiante.

Cuando Claire me vio me preguntó el motivo de que fuera tan compuesta, pero yo

ya había ideado una repuesta. Sin mentir, le dije que estaba invitada a una recepción en casa de Fernand Guilou y la puse al corriente de quién era el caballero, su posición dentro de la isla, así como la importancia de que asistiera.

—Espero que lo pases bien —me deseó ella, ayudándome a dar los últimos retoques a mi peinado.

Desde luego, con una mujer así todo era fácil.

Camille, por el contrario, me miró con la sospecha pintada en el rostro. Se limitó a decirme adiós, sin palabras de advertencia, pero bastaba con ver su expresión.

Un lacayo de Guilou me esperaba a la puerta para llevarme hasta la residencia de su patrón en el carruaje de este.

Cuando llegué a la villa, esperé a que Fernand hiciera acto de presencia; sin embargo, no fue así y solo un taciturno Phineas me esperaba, todavía no convencido del todo de que aquella fuera la mejor solución.

—Buenas noches, querida Ornela —me saludó, y, dando muestras de que había aprovechado bien su aprendizaje, me besó la mano y después me ofreció el brazo para guiarme.

—Buenas noches —respondí en voz baja, observándolo.

Debía de haberle pedido también a nuestro anfitrión que le prestara ropa, pues parecía otro, vestido como un próspero comerciante.

—Por desgracia, Fernand me ha comunicado que no podrá reunirse con nosotros.

Noté en el acto que se alegraba de ello y me pregunté a qué argucia habría recurrido Guilou para montar todo aquel teatro; dudaba que hubiera renunciado a sus propósitos.

No terminaba de sentirme cómoda ante lo que estaba a punto de ocurrir, pues si bien estaría enterada de la presencia de un tercero, no sabía los pormenores.

¿Se escondería tras un biombo? ¿Se sentaría con una copa de licor en la mano, como quien acude a una velada musical? ¿Se acercaría lo máximo posible, para observar con detenimiento pero sin interferir en la acción?

—¿Nerviosa? —preguntó Phineas inclinándose hacia mí, para que el lacayo que nos precedía no lo oyera.

—Un poco —admití y él me sonrió comprensivo, aunque me sentía así por motivos muy diferentes a los que él imaginaba.

Desde luego, la idea de compartir cama con él y romper mi sagrada regla sobre mis amantes ya era de por sí un motivo para no seguir adelante, pero teniendo en cuenta que mi partida estaba próxima, podía arriesgarme. De ningún modo hubiera accedido a tal temeridad si mi regreso a Londres no fuera inminente, pues, a buen seguro, Phineas lo habría interpretado de forma equivocada y habría querido repetir, buscando una intimidad entre nosotros que yo solo deseaba tener con Stephan.

Ya era suficiente esfuerzo reprimir su nombre cuando era el cuerpo de Phineas el que me proporcionaba placer.

—¿Desean algo más los señores? —nos preguntó indiferente el criado que nos



acompañaba, dejándonos ante la puerta de un dormitorio.

—No, gracias —respondí.

No acostumbraba a hacer gestos despectivos, pero en esa ocasión moví una mano a modo de despedida para que nos dejara a solas.

La alcoba estaba iluminada de manera tenue y, soltándome del posesivo brazo de mi acompañante, me adentré en la estancia con la intención de observar cada detalle, pues quería descubrir cómo se las arreglaría Fernand para mirar.

La cama estaba colocada en el centro y a un lado había un biombo. Con gesto distraído, me asomé por si estuviera detrás, algo que me hubiera decepcionado, por vulgar. La ventana estaba abierta, pero vi que, dada la altura, nadie podría situarse en el alféizar.

No había espejos.

—¿Qué haces? —preguntó Phineas curioso.

Se había sentado en una esquina de la cama y me miraba desde allí, con los brazos cruzados.

—Comprobar la generosidad de nuestro anfitrión.

Debí de pronunciar las palabras con ironía, pues perdió su sonrisa expectante.

Me acerqué a él y me coloqué delante, entre sus piernas abiertas. Acuné su rostro con las manos mirándolo fijamente.

—Lo siento, sé lo importante que esto es para ti —me disculpé y eso pareció contentarlo.

Tiró de mí hasta que quedé sentada sobre su regazo y, sin darme tiempo a más, me besó en los labios, algo que yo no deseaba, pero a lo que acabé rindiéndome para que la noche no acabara en ese instante.

—No has debido hacer eso —lo reprendí en tono cariñoso.

—Me moría por probar tus labios —musitó, antes de acercarse de nuevo, aunque en esa ocasión pude reaccionar y evitar el contacto.

—No seas avaricioso.

Me puse en pie para seguir investigando, y a pesar de que mi impaciente amante me siguió para abrazarme, finalmente pude adivinar el sencillo escondite.

Ocupando toda una pared había un enorme tapiz de motivos geométricos, entre los que sería muy fácil disimular un par de agujeros por donde ver sin ser visto. La simplicidad era un punto a favor de Guilou, pues, a pesar de la opulencia de su villa, había recurrido a un truco de burdel.

Me encontraba frente al tapiz cuando sentí las manos de Phineas a mi espalda, soltando los cierres de mi vestido; pronto me quedaría desnuda ante dos hombres. En el último instante había tenido el buen juicio de prescindir de mi ropa interior. La seda de mi traje tocaba directamente mi piel.

—Ornela... —musitó Phineas antes de atraparme el lóbulo de la oreja con sus labios y chupármelo.

Sus familiares gestos empezaron a excitarme. Pensé en estropear la actuación

comportándome de manera exagerada, como una vulgar ramera que apremia a su cliente para ganarse unas monedas en el menor tiempo posible; sin embargo, cuando Phineas comenzó a bajarme el vestido fui olvidándome de todo y mi cuerpo empezó rendirse a las caricias, a las sensaciones.

—Continúa, por favor —susurré, cerrando los ojos, pues era la mejor forma de que entrara en situación.

No deseaba recordar que tras el exquisito tapiz había unos ojos atentos a cada uno de mis movimientos.

Me di la vuelta y comencé a desnudar a Phineas como una servil doncella, disfrutando de su cuerpo, pasando las manos por sus músculos y, sin titubear, cuando estuvo a mi alcance, le agarré la polla para masturbarlo con lentitud.

No teníamos prisa y, ahora que disponíamos de ella, quería prolongar nuestra única noche juntos.

Phineas gimió y enterró su boca en mi cuello, rodeándome la cintura con los brazos y acercándose a su cuerpo. Yo sentía cómo mi sexo se preparaba, se humedecía, y eso que aún no me había acariciado entre las piernas.

—Espera... —gimió, privándose de su erección.

Me cogió en brazos y, para no tropezar, apartó de una patada nuestra ropa, que se encontraba esparcida por el suelo, y caminó conmigo en brazos hasta depositarme en el centro de la cama. No apartó el cobertor y sentí la suavidad en mi espalda cuando me quedé allí recostada, a la espera de que hiciera conmigo cuanto deseara, porque, de algún modo, aquella era una ocasión dedicada a él.

Phineas gateó hasta situarse frente a mí y cuando adiviné su intención de besarme en la boca, abrí las piernas ofreciéndole mi sexo. Como yo esperaba, sonrió y no tardó nada en inclinarse para lamerme.

Tensé todo mi cuerpo y, apoyando con fuerza los pies en la cama, elevé la pelvis para obtener mayor contacto. Phineas era un maestro. Técnicamente perfecto. Me presionaba con la lengua el clítoris hasta que me hacía estremecer de arriba abajo y cuando estaba a punto de alcanzar el clímax, disminuía la presión volviéndome loca, pues al ralentizar sus caricias, yo ya solo podía pensar en el momento en que me excitara de nuevo.

Miré hacia abajo, su pelo oscuro resaltaba sobre mis muslos pálidos. Era perfecto, pero a la vez no lo era, pues imaginé que, cuando alzara la cabeza, me encontraría con la sonrisa burlona y los perspicaces ojos de Stephan, siempre tan arrogante, dispuesto a hacerme suplicar.

Phineas nunca llegaba a esos extremos, me lo daba todo con generosidad y esa noche no fue una excepción. Noté los primeros síntomas de que mi clímax era inminente y estiré los brazos hacia atrás al sentirlo.

—Nunca me cansaré de decir lo hermosa que eres en estos momentos...

—Mi expresión se debe única y exclusivamente a tu pericia con la lengua, Phineas.

—Pues ahora quiero verte cuando mi polla sustituya a mi lengua.

No me hizo esperar. Me penetró y yo, aún sensible por el reciente orgasmo, noté una pequeña molestia, muy pequeña comparada con el placer que me proporcionaba su erección entrando y saliendo de mi cuerpo, dilatándome y consiguiendo una excitante fricción.

—Ornela... —gimió, embistiendo cada vez más rápido, mientras yo, acostada de espaldas, posaba las manos sobre su apetecible trasero para empujarlo hacia mí con más intensidad, todo ello sin dejar de arquear mi cuerpo para obtener mayor estimulación.

Pero en ese momento, el invitado inesperado se me hizo presente, arruinando mi posibilidad de volver a correrme. Jadeé, apreté los músculos internos e hice cuanto estaba en mi mano para retornar a la situación anterior; sin embargo, no me fue posible.

Sentí como si mi mente ya no estuviera allí y que aquello me resultaba indiferente. De haber podido, me habría levantado y me habría ido. No lo hice, actué como sabía que se esperaba de mí y fingí una soñadora sonrisa cuando vi que Phineas se corría. Era la mejor forma de hacerle creer que yo también había alcanzado el orgasmo, pues los gemidos exagerados estaban fuera de lugar, además de ser vulgares.

No merecía la pena darle más vueltas a todo aquello. Cerré los ojos y me quedé dormida. Recuerdo que en algún momento de la noche Phineas, ávido y excitado, volvió a follarme. Lo sabía porque fingí que estaba medio dormida para no tener que mostrarme atenta y considerada. También sabía que él, una vez saciado, me rodeó con los brazos y no se despegó de mí ni un segundo.

En cuanto amaneció, me dispuse a abandonar aquella cama. Con sigilo, me solté de su abrazo y me vestí rauda. Antes de salir por la puerta, cuando ya el sol iluminaba la habitación, me acerqué a Phineas y, corriendo el riesgo de alertarlo de mi partida, lo besé en los labios.

Era mi cobarde despedida, porque no volvería a verlo, no al menos a solas.

## Capítulo 24

Salí de aquella casa al amanecer, de manera furtiva. Ni siquiera quise esperar a que me proporcionaran un transporte. A esas horas, la villa de Guilou se encontraba en silencio, pero debía darme prisa, pues pronto se pondría todo el mundo en funcionamiento y no deseaba que nadie me viera.

No era vergüenza por lo ocurrido, más bien me sentía derrotada. Ya era hora de volver a mi casa y dejar atrás un verano intenso e inolvidable. Mi aventura en Santorini llegaba a su fin y tenía que aceptarlo.

Pero mis deseos de irme de incógnito se vieron truncados.

—*Au revoir, comtesse* —murmuró una voz a mi espalda.

Me detuve y vi a Fernand, que, cubierto solo con una bata, se acercó a mí. No sonreía burlescamente, como yo esperaba.

—Adiós —respondí incómoda.

—¿Eres consciente de que ese hombre está enamorado de ti? Y me atrevería a añadir que locamente.

Quería marcharme, no ponerme a charlar con él, así que inspiré hondo y no dije nada.

Era absurdo comentar algo que ya sabía.

Después de eso, intenté por todos los medios evitar a Phineas, y lo logré. Me negaba a recibirlo y, aunque Claire se sorprendió por ello, yo seguí en mis trece sin dar explicaciones. Quedaban muy pocos días para embarcar y debía ser fuerte.

Con tristeza, con pesar y con un inmenso deseo de regresar allí algún día, me despedí de mi madre justo antes de subir al barco que me llevaría a Inglaterra. Sabía que el viaje resultaría triste; no obstante, estaba obligada a hacerlo.

Y entonces vi a Phineas, cuando recorría la pasarela. Claire, a mi lado, le sonrió y se acercó para despedirse de él. Yo no tuve tanto valor o, sencillamente, consideré que solo nos causaría dolor a ambos.

—Toma —me dijo luego Claire, subiendo a bordo donde yo la esperaba—. Me ha dado esto para ti.

Acepté el presente, no porque quisiera, sino para evitar dar explicaciones. Lo guardé, pues si me decidía a desenvolverlo, lo haría en privado.

Camille, de pie al lado de las niñeras que se ocupaban de Alexander y de Cyprien, no se había perdido detalle, y mantuvo su habitual postura adusta.

El capitán Garisteas se acercó a nosotras para decirnos que todo estaba a punto para emprender el viaje y que zarparíamos en breve.

No quise mirar cómo nos íbamos de Santorini o terminaría echándome a llorar, por lo que me recliné en mi camarote hasta que nos hubiésemos alejado por completo. De este modo, si decidía asomarme a cubierta, vería solo el mar.

La curiosidad por saber qué me había dado Phineas hizo que abriera aquel

paquete de toско envoltorio. Contenía un sencillo prendedor para el pelo, tallado en madera por alguien poco diestro, y entonces caí en la cuenta de que lo había hecho él con sus propias manos.

Mi primer impulso fue subir a cubierta y arrojarlo al mar, pero me refrené, ya que, si por casualidad las mareas lo arrastraban hasta alguna costa, podía caer en manos de otra mujer. Lo guardé entre mis efectos personales, convencida de que nunca me lo pondría.

La travesía transcurría sin grandes altibajos. Garisteas se las estaba arreglando para atravesar el Mediterráneo evitando los navíos de guerra, pero a medida que nos acercábamos a las costas españolas crecía mi inquietud.

Lo quisiéramos o no, tendríamos que cruzarnos con las naves inglesas que mantenían el bloqueo marítimo, y con los buques franceses empeñados en romperlo.

Trasladé mis temores al capitán, pero este se limitó a responderme en tono condescendiente que esos asuntos no eran cosas de mujeres, sino de hombres como él, curtidos durante años en el mar. Y me aconsejó que, en caso de que surgieran problemas, me refugiara en mi camarote y no saliera de allí hasta que pasara el peligro.

Nada nuevo, pero que me molestó bastante.

Por suerte, los contratiempos que sufríamos eran solo los considerados normales en una travesía. Como en el viaje de ida, Claire estuvo más de tres días indisputada, incapaz de retener nada en su estómago. Camille se ocupó de ella, pues yo tuve que hacerlo de mis hijos, dado que las niñeras también se marearon.

Mi resistencia hizo que algunos miembros de la tripulación me miraran con más respeto, aunque Garisteas seguía refunfuñando por lo bajo sobre la debilidad de las mujeres. Para aquel hombre no éramos más que frágiles criaturas necesitadas de protección.

Las enfermas empezaron a mejorar, por lo que pronto tuvimos establecida una rutina en la que cada una se ocupaba de su función. Yo, al no tener otra cosa que hacer, pasaba muchas horas junto a mis hijos, con Claire a mi lado.

No me pasó desapercibido cómo los miraba: sin duda su deseo de ser madre permanecía intacto y yo intenté animarla diciéndole que en cuanto el teniente Perlman regresara, lo agarrase del brazo y lo arrastrara al dormitorio, dejándolo allí bajo arresto domiciliario.

—¡Qué cosas tienes, Ornela! —contestaba sonrojada a mis insinuaciones, pero al menos sonreía.

Todo iba más o menos según lo previsto, así que lo único que podía hacer era contar los días que faltaban para reencontrarme con Charles. Solo le había escrito dos cartas durante mi ausencia, una para comunicarle mi llegada y otra, mi regreso. Nada que ver con lo que eran las cartas entre amantes esposos. No tenía la menor idea de lo que me iba a encontrar cuando pusiera un pie en Londres; no obstante, como siempre, pensé que ya me enfrentaría a la situación.

Una mañana, mientras desayunábamos, oímos un gran estruendo y todos nos sobresaltamos. Me entró cierto pánico.

—Quédate aquí, Ornela —me ordenó Camille, sujetándome del brazo cuando hice amago de subir a cubierta para saber qué había ocurrido.

Sentimos cómo nos deteníamos, lo que aumentó nuestro nerviosismo. No sabía en qué punto nos encontrábamos, pero lo primero que pensé fue que algún buque de guerra nos había interceptado.

Pasó casi una angustiada hora antes de que un marinero tuviera la deferencia de bajar a informarnos de lo ocurrido.

—Lamento esto, señoras, pero hemos sufrido una avería. Una pequeña vía de agua en la bodega.

—¿Perdón? —pregunté atónita, pues me había puesto en lo peor y resultaba que solo se trataba de una maldita avería.

—Me temo que vamos a tener que atracar en puerto y reparar la nave antes de continuar nuestro viaje.

—¿Y a cuánto estamos del puerto más cercano? —continué preguntando.

—Por suerte, nos encontramos muy cerca de la bahía de Cádiz. El capitán asegura que conseguiremos arribar sin problemas.

Cerré los ojos. Aquello no me gustaba nada.

—¿Cómo vamos a atracar en un puerto español si llevamos bandera inglesa?! —exclamé. Yo no estaba al tanto de los pormenores de la guerra, pero sí sabía que desde hacía dos años Napoleón había invadido la península Ibérica.

—Señora, los franceses no han conseguido entrar en la ciudad.

—¿Es eso cierto?

—Según nos consta, la ciudad está sitiada desde febrero, pero las tropas inglesas y las españolas siguen resistiendo.

Que un simple marinero estuviera tan bien informado me sorprendió. Quizá, para mi tranquilidad, era mejor que no supiera nada sobre los movimientos de las tropas aliadas.

—Gracias —le dije finalmente.

—Mandaré a alguien para que les busque acomodo una vez bajen a tierra. Preparen lo que estimen necesario para pasar al menos dos noches fuera. Yo mismo vendré a informarles cuando esté todo listo.

Nosotras nos miramos sin saber qué decir. Bajar a tierra firme era desde luego una oportunidad de salir de la rutina del barco y de sus limitaciones, pero implicaba retrasar nuestro viaje y, lo que era más importante, podíamos tener serios contratiempos si al final las tropas francesas entraban en la ciudad.

Seis interminables horas tuvimos que permanecer confinadas en un camarote, el mío, que, si bien era el más espacioso, con tantas personas resultaba asfixiante. Preparamos nuestras cosas, lo que nos llevó apenas una hora, y después a esperar.

Escuchábamos los gritos, las órdenes del capitán y los juramentos de los

marineros para poder hacer avanzar el barco, algo que parecía complicado; yo temía que al final acabásemos en barcas porque la nave se hundía.

Y si a la preocupación de estar allí, mano sobre mano, se le sumaba la inquietud de no saber qué nos ocurriría una vez en tierra firme, todas estábamos nerviosas e irascibles, y en especial yo, que no soportaba nada bien aquel confinamiento.

Por fin se abrió la puerta de mi camarote y un marinero nos informó de que habían conseguido atracar en la bahía y que podíamos desembarcar.

A sus palabras le siguieron un coro de suspiros de alivio y emprendimos la marcha.

Aún no había anochecido y el bullicio del puerto nos llamó la atención. Tras varios días aisladas en el barco, volver a ver el gentío suponía un gran cambio.

La pasarela ya estaba colocada y comenzamos a descender. Camille encabezaba la marcha seguida de las niñeras. Claire me acompañaba cogida de mi brazo, y agarrándonos a la endeble cuerda fuimos avanzando hacia tierra firme.

De repente, y sin saber por qué, ella se paró en seco, obligándome a mí a hacer lo mismo y noté que me clavaba los dedos en el brazo.

—¿Qué ocurre? —pregunté molesta, y me volví para mirarla.

Parecía haber visto un fantasma, pues estaba blanca y tenía una expresión de incredulidad reflejada en el rostro. Se había llevado una mano al pecho y respiraba como si la ropa la oprimiera.

—¿Claire? —insistí ante su silencio.

—No puede ser —musitó y vi que estaba a punto de llorar.

—¡Por Dios, Claire, no es momento de ponerse a llorar! —exclamé exasperada, tirando de ella para que avanzase, porque si no, al final terminaríamos cayéndonos al agua.

Que fuera más proclive al llanto que yo y más delicada no justificaba que se quedase allí como un pasmarote.

Y de repente, aquella mujer serena, cauta, miedosa incluso, se soltó de mi brazo y echó a correr, poniendo en riesgo la estabilidad de la pasarela y, por ende, la mía. Corría como una posesa y yo la seguí con la vista mientras me aferraba a la barandilla con las dos manos para no caerme al agua.

Y entonces entendí el motivo.

Si la vista no me engañaba, el teniente Perlman, de pie con los brazos abiertos y una enorme sonrisa, la esperaba junto al muelle.

Los vi fundirse en un gran abrazo, algo impropio de una mujer discreta como ella, aunque comprensible dadas las circunstancias.

Conseguí llegar a tierra firme sin la ayuda de nadie, pues todos estaban mirando a la feliz pareja, que acaparaba toda la atención. Confieso que sentí envidia. Mucha envidia.

Al mirar a Camille, supe por su cara que ella lo había organizado todo a mis espaldas y entonces un atisbo de esperanza me hizo abandonar mi expresión

malhumorada. Si William estaba allí, había muchas posibilidades de que Stephan también lo estuviera y eso mejoró mi estado de ánimo.

Me acerqué a saludar al teniente, con el único objetivo de que nos quedásemos un momento a solas y poder interrogarlo. Como presentía, él se limitó a besarme la mano y poco más. Solo tenía ojos para Claire, que era incapaz de soltarse de su brazo.

De camino a la posada tampoco tuve oportunidad, incluso llegué a pensar en ir a las caballerizas para poder verlo en privado, pero nada.

Nuestro alojamiento era, por decirlo de alguna manera, un simple techo para pasar la noche. Situado en una zona en la que, según me dijeron, los proyectiles franceses no llegaban, me resultó deprimente. Estaba limpia pero carecía de muchas comodidades. Estaba a rebosar y tuvimos suerte de que pudiéramos quedarnos allí todos.

Camille, como siempre, fue quien lo organizó. Se encargó de que todos pudiéramos instalarnos de forma correcta, en especial la feliz pareja, pues, por la cara de William y el sonrojo de Claire, era evidente que no veían el momento de quedarse a solas. Les daba igual si les asignaban un triste camastro o una *suite* imperial, pero a mí no, y no estaba dispuesta a tener que pernoctar en una habitación de mala muerte.

Por suerte, al oír el tintineo de las monedas, el posadero vio la oportunidad de alquilar su propia habitación a un precio más alto. En una ciudad sitiada donde escaseaban los suministros, la gente daba más importancia a llenar el buche que a dormir con comodidad.

Yo siempre vigilaba de manera muy estricta lo que comía y sabía muy bien cómo calmar mi apetito; sin embargo, aquella noche no tuve que esforzarme, pues solo tenía ojos para el teniente William. Por supuesto, Camille se percató de ello, aunque se mantuvo en silencio. Las razones para quedarme a solas con él no eran motivo de alarma, pero sí lo suficientemente importantes como para que lo hiciera con discreción.

A cada minuto que pasaba yo me desesperaba más, pues los platos se iban vaciando y Claire y él enseguida se retirarían a su habitación.

Cuando más desquiciada estaba, casi convencida de que me iba a ser imposible hablarle, apareció un oficial que reclamó su atención. Me fijé en que salían fuera y yo no perdí el tiempo.

—Necesito tomar un poco el aire —suspiré, fingiendo sentirme acalorada.

—Te acompaño —se ofreció Claire, siempre tan atenta.

—No, descansa, el viaje ha sido largo y esta noche... —contesté impaciente.

Fui poco delicada al mencionar eso, pero no podía perder el tiempo con sutilezas y que William regresara.

Me escabullí y me acerqué con sigilo a donde estaban los dos hombres. Esperé impaciente a que acabaran su conversación sobre asuntos de intendencia militar que no me importaban y cuando el teniente dio media vuelta en dirección a la puerta de la posada, lo abordé.



—Necesito hablar contigo —le anuncié, sujetándolo de la manga de la guerrera. Él me miró arqueando una ceja ante mi ímpetu y hasta sonrió guasón.

—Vaya...

—Escucha, no tenemos tiempo y no te confundas, no soy una de esas infelices que se pelean por tus encantos —le espeté, dándome cuenta de que si quería sonsacarle información, lo que menos me convenía era provocarlo.

—Siempre has sido muy tentadora, condesa...

—¿Sabes algo de... él? —pregunté, pasando por alto su sarcasmo e incapaz de pronunciar el nombre de Stephan en voz alta.

Entonces su expresión risueña se tornó seria y negó con la cabeza, sin duda lamentando no poder darme una buena noticia.

—No, lo siento, Ornela —me respondió en voz baja, llamándome por mi nombre, lo que delataba su preocupación.

—Está bien, lo entiendo —murmuré, recomponiéndome para volver a la mesa y fingir que todo iba bien.

—De verdad me habría gustado ser portador de buenas nuevas, pero...

Respiré hondo y sonreí agradecida por su amabilidad.

—Me alegro de que tú al menos sí hayas podido venir —le dije con sinceridad.

Como regresar los dos al mismo tiempo podía interpretarse mal, me hizo un gesto para que yo me adelantara.

Todos estábamos agotados, así que nos retiramos pronto, a pesar de que en el salón principal de la posada había un buen jolgorio. Tras acostar a mis hijos y comprobar que todo estaba bien, me refugié en mi habitación.

Deseaba darme un buen baño, un privilegio del que no había podido disfrutar durante la travesía, pero cuando se lo solicité a una de las camareras, se negó diciendo que ya no eran horas de bañarse. No cuestioné sus palabras, así que tuve que conformarme con una palangana y agua fría. Pero al menos disponía de mis jabones perfumados.

Después de asearme, decidí meterme en la cama. Desnuda, como era mi costumbre, esperando dormirme cuanto antes para no pensar en Stephan.

No conseguía conciliar el sueño, a pesar de que me encontraba abatida y cansada. Esperaba que en algún momento acabara durmiéndome por puro agotamiento. No sabía qué hora era, ni cuánto llevaba allí acostada, dando vueltas en aquella enorme cama; tampoco me importaba.

Ya no llegaban ruidos procedentes del piso inferior, por lo que los sonidos de la noche se acentuaban. Así pude oír con nitidez las pisadas de alguien que regresaba a su habitación a altas horas de la madrugada.

Pero de repente esas pisadas se detuvieron y la puerta de mi alcoba se abrió. Una figura masculina se perfiló un instante en el umbral, cerrando tras de sí.

Yo me quedé inmóvil en la cama, aterrorizada y aferrada a la sábana, cuando oí un chasquido y de repente una tenue luz hizo posible que reconociera a mi visitante

nocturno.

## Capítulo 25

—¿Qué haces en mi cuarto?! —grité furiosa, poniendo especial cuidado en cubrir mi cuerpo desnudo.

El atrevimiento de William era inaudito, y por mucho que quisiera mantenerme a buenas con él para obtener información, no iba a permitirle semejantes salidas de tono.

—Baja la voz, ¿quieres? —siseó él, apoyándose en la puerta tras comprobar que la había cerrado correctamente.

—Esa costumbre tuya de venir a mi alcoba sin ser invitado empieza a resultar irritante —añadí—. Me has dado un susto de muerte.

—Lo siento.

En el acto capté su falso tono de arrepentimiento, que más bien parecía lo contrario; aquello lo divertía sobremanera.

—Aún no me has dicho qué pretendes viniendo aquí —le espeté, mientras él, ajeno a mi turbación, se paseaba por la habitación examinándola con tranquilidad.

—He venido a pedirte un favor.

Parpadeé.

—Teniente, estas no son horas —repliqué, sin poder serenarme.

Busqué mi ropa con la mirada, pero la había dejado en una banqueta, a los pies de la cama, por lo que cogerla sin mostrar nada se me antojaba complicado.

—No te hubiera molestado de no ser de vital importancia —prosiguió William sin molestarse en ayudarme, aunque a buen seguro había adivinado lo que buscaba.

—Date la vuelta.

—¿Perdón?

—Estoy desnuda —le informé entre dientes, lo que hizo que se riera antes de obedecer.

Con rapidez, antes de que se le ocurriera volverse, cogí el camisón y la bata para cubrirme. Durante todo el proceso vi cómo sacudía los hombros, sin duda divertidísimo con mi apuro.

—¿Acabas ya? —preguntó impaciente aunque guasón.

—Nunca debes mostrar impaciencia ante una dama —le aconsejé, ajustándome el cinturón—. Creía que, debido a tu historial, ya estabas al tanto de eso.

Él se dio la vuelta y, cruzando los brazos, me miró.

—Sé cómo hay que tratar a una dama cuando tengo una delante —me espetó sarcástico.

Su dardo verbal no hizo mella en mi determinación y no respondí. En primer lugar, porque no merecía la pena ofender a un posible informador; en segundo, porque si bien era una ofensa, por su tono podía interpretarse más bien como un remanente de nuestra enemistad de antaño y, en tercero, porque, no podía negarlo, me

hacía gracia.

—¿Y bien? —lo insté a que hablara cuanto antes.

—Como bien sabes, la posada está completa —me dijo, paseándose por la estancia hasta detenerse junto a la ventana y mirar al exterior, comprobando sin duda, como buen militar, que el lugar era seguro—. Y, por desgracia, acaba de llegar a la ciudad uno de mis hombres, que debe permanecer oculto.

—No comprendo...

—Por decirlo de alguna manera, en este establecimiento gozamos de apoyo incondicional, pero es de vital importancia que ese hombre pase aquí la noche.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —pregunté suspicaz.

—Tu alcoba es la más grande y confío en tu discreción.

—¡Eso es imposible!

—Ornela, por Dios, no te estoy pidiendo que compartas cama con él. —Señaló una esquina—. Puede acomodarse allí.

—¿Y por qué no lo hace abajo, en el salón? ¿O en las caballerizas?

—Porque nadie puede verlo —me respondió tenso y me di cuenta de que debía de tratarse de alguna misión peligrosa, de ahí tanto secretismo.

—¿Y por qué no lo escondes en tu cuarto?

Se rio sin ganas ante mi sugerencia.

—Está Claire —alegó.

—Pues que venga ella aquí conmigo y tú comparte alcoba con él. Eres militar, estás acostumbrado a dormir con otros hombres.

Me miró achicando los ojos ante mi impertinencia.

—¿Después de meses sin verla crees que voy a dormir sin su compañía?

De acuerdo, eso podía entenderlo, pero yo no estaba dispuesta a acoger en mi cuarto a un extraño. Aquella habitación me costaba unas buenas monedas y eso me daba el privilegio de disfrutarla a solas.

—No —repetí, sin dar mi brazo a torcer.

—Ornela, piensa en la causa, en lo que nos jugamos... —trató de razonar conmigo recurriendo a nobles motivos que, por cierto, yo nunca había compartido.

William ya debería conocerme.

—No —me obstiné—. No es mi causa, es la vuestra.

—Pero ¿tú de qué bando eres? —Noté el reproche en su pregunta.

—De ninguno; en una guerra no hay ningún bando bueno.

En ese preciso instante se abrió la puerta y ambos nos dimos la vuelta; yo, enfadada, porque al final no se iban a respetar mis deseos.

—Déjalo, William, ya deberías saber lo obstinada que es.

Cerré los ojos para no ver la sonrisa burlona del teniente. Aquella voz... No podía ser, mi imaginación me estaba jugando una mala pasada. ¿O sí lo era?

Con aquella pobre iluminación podía no acertar, pero aquel porte para mí era inconfundible.

—Stephan... —susurré, llevándome una mano al pecho.

Notaba la garganta seca, mi corazón latiendo desbocado y unas ganas locas de abofetear a William.

—Acabo de darme cuenta de que he perdido poder de convicción con las mujeres —se lamentó el teniente, con su habitual aire de rompecorazones.

—Nunca te funcionó con ella —murmuró Stephan, dejando caer su petate al suelo.

—Creo que mi presencia aquí es innecesaria —terció el teniente y, tras darle un caluroso abrazo a Stephan, abandonó la habitación.

Cuando oí el chasquido de la cerradura, reaccioné y, sin mediar palabra, me abalancé sobre Stephan con tal ímpetu que hasta lo hice tambalearse. Lo rodeé con los brazos y escondí mi rostro en su cuello.

—Ornela, no deberías —murmuró él, intentando apartarme, algo que no comprendía. Tanto, tanto tiempo separados... Aquello era un sueño hecho realidad. Volver a verlo, sentirlo, tocarlo...

—Déjame —protesté, sin querer soltarme.

Lo miré un instante. Tenía los ojos cerrados y me fijé en sus labios resecos. Solo tenía un modo de humedecérselos y lo hice. Uní mi boca a la suya y lo besé. Él gimió, pero no profundizó el beso, lo cual me molestó.

—Llevo más de una semana sin poder asearme correctamente y, créeme, lo último que deseo es ensuciarte.

—No me importa —repliqué y, aunque era cierto (olía a caballo, sudor, polvo del camino y a saber qué más), me daba igual. Lo quería allí, junto a mí. Ensuciarme era un pequeño precio con tal de poder sentirlo.

Pero al parecer a él sí le importaba, porque, con cierta resistencia por mi parte, consiguió que me soltara. Entonces me acerqué al aparador y encendí otra vela, de esa forma pude verlo bien. Parecía otro... Una barba espesa y descuidada cubría su rostro. Llevaba el pelo largo, sucio, despeinado... Su casaca roja se veía deshinchada y, lo peor, estaba más delgado. Tenía una mirada cansada y yo tuve que hacer acopio de todo mi valor para no echarme a llorar.

Stephan también me miró, casi avergonzado por su aspecto, tan diferente del hombre pulcro al que yo estaba acostumbrada. Sin embargo, debía hacerle comprender que para mí esos eran detalles insignificantes, lo importante era que estaba allí conmigo.

—Pediría que te preparasen un baño, pero créeme, a estas horas me tomarían por loca —dije, intentando sonreír.

—Da igual...

Recorrió la habitación con la mirada y la detuvo donde estaba la palangana y la jarra de agua que yo había utilizado para asearme.

Me sentía estúpida, pues había estado a punto de enfadarme con los dueños de la posada por no poder bañarme. Me di cuenta de que mi comportamiento había sido

injusto y caprichoso. Así que pensé en la mejor manera de buscar una solución.

—Desnúdate —ordené, acercándome a la cama y apartando el cobertor.

Stephan arqueó una ceja y esbozó una sonrisa.

—Querida, te aseguro que en otras circunstancias me sentiría muy agradecido por tu amable ofrecimiento, pero llevo dos días sin dormir y...

—No seas ridículo —lo interrumpí.

Agarré con furia una de las sábanas y la rasgué hasta conseguir unos trozos de tela pequeños. Después me acerqué a mi neceser y saqué uno de mis jabones perfumados.

Stephan captó la indirecta, empezó a desvestirse y sacó una muda limpia del petate.

Puse una banqueta de madera junto al aparador, coloqué en este el agua que yo había utilizado y humedecí el improvisado paño.

—Siéntate —ordené, señalando el asiento. Puse encima un paño doblado y él se me acercó desnudo.

Empecé enjabonándole la espalda con cuidado, con lentas pasadas de la tela. Pude fijarme con detenimiento en su estado físico. En efecto, había perdido mucho peso, pero no quise mencionarlo. Bastante abatido se lo veía ya.

Continué con su aseo sin importarme estar realizando una tarea propia de sirvientes. Me arrodillé delante de él y lo lavé todo lo bien que pude dadas las circunstancias. Estaba desnudo, pero en ese momento no tuve pensamientos lascivos de ningún tipo. Ni siquiera cuando pasé la tela mojada por su entrepierna.

—Voy a oler igual que tú —musitó aspirando el jabón, agradecido por mis cuidados.

—¿Te incomoda?

—No —respondió y me acarició la cara.

Así era muy complicado contener las emociones. Él había venido de solo Dios sabía dónde, agotado tras días a caballo, y lo que menos necesitaba era una mujer llorosa. De alguna forma, esa situación me hizo entender lo que se decía de subirle la moral a la tropa.

Terminé de lavarlo y quise tirar por la ventana aquel agua sucia para que él no se sintiera molesto, pero mi ventana daba a un bonito patio interior lleno de plantas, no a un callejón oscuro, así que dejé la palangana cubierta con un trozo de tela.

Le entregué a Stephan otro trozo para que se envolviera las caderas y entonces me fijé en una fea cicatriz que tenía en el bíceps. La única que yo recordaba era la del muslo. Le pasé los dedos por el brazo y se la acaricié con la yema del dedo.

—Me hirieron con una bayoneta... —explicó, como si hablar de ello le supusiera un gran esfuerzo—. No había ningún cirujano cerca que pudiera coserme y ante el riesgo de infección, un compañero me la cauterizó con un cuchillo.

Hice una mueca, aquello debió de dolerle una barbaridad.

No había más que decir sobre el tema y yo me ocupé de recoger los trapos

sobrantes, mientras él limpiaba el cuchillo en uno de ellos. Se acercó al cristal de la ventana y, utilizándolo como espejo, empezó a rasurarse la barba. Yo me acerqué con la vela en la mano para que pudiera ver mejor.

—¿Dónde están tus útiles de afeitar? —pregunté mirándolo.

—Perdí todos mis efectos personales en una emboscada.

—Pero ¡si eran de tu padre! —exclamé al acordarme de ello.

—Ornela, cuando tienes al enemigo pisándote los talones, por mucho que te duela perder algún objeto, tienes que echar a correr como alma que lleva el diablo y no detenerte por nada.

Esa era una valiosa lección para el campo de batalla, pero no para la vida real, pues yo guardaba ciertas cosas con sumo cuidado, pero entendí que entre salvar la vida y conservar unos útiles de afeitar no había discusión posible.

Cada vez que se pasaba aquel cuchillo afilado por la cara, contenía la respiración, pues al más mínimo descuido podía hacerse una buena herida. Por eso permanecí callada, alumbrándolo y deseando que acabara cuanto antes. Aunque la verdad, parecía diestro afeitándose de ese modo tan rudimentario.

Pero cuando vi que cogía un grueso mechón de pelo y se lo cortaba de un tajo, tuve que intervenir.

—Pero ¿qué haces?

—Cortarme el pelo —me contestó como si fuera tonta—. Debo hacerlo o mucho me temo que acabe contagiándote los piojos y a saber qué más.

Sentí un escalofrío, pero reprimí una mueca de asco. Aunque no debí de hacerlo del todo bien, porque él añadió:

—Darse un baño es un lujo que en el campo de batalla ni siquiera los mandos podemos permitirnos. Pasan días y días hasta que se organiza un campamento medio decente y ni siquiera entonces es posible sumergirse en agua. A veces, cuando vemos un río, una charca o lo que sea, creemos ver el cielo.

De acuerdo, una nueva lección sobre la vida en el frente, una cruda descripción de la realidad que yo no habría llegado a imaginar, pero que tampoco deseaba conocer al detalle. Solo me preocupaba él, que terminara hecho una piltrafa si seguía utilizando aquel cuchillo con tan poco arte.

—Siéntate y déjame a mí —le dije, dispuesta a ocuparme también de esa tarea.

Stephan me miró no muy convencido, pero terminó aceptando. Creo que no fue mi voz exigente, simplemente que disfrutaba de mis cuidados y estaba tan cansado que cualquier atención era bien recibida.

Busqué de nuevo entre mis cosas y me alegré de encontrar unas pequeñas tijeras de costura que, si bien nunca utilizaba para su menester, ahora me vendrían de perilla.

Le puse las manos en el pelo y noté lo sucio, pegajoso y enredado que lo tenía. Desde luego, nada que ver con la cabellera negra y brillante que lo caracterizaba. Podía parecer un pensamiento banal, teniendo en cuenta a lo que cada día se arriesgaba un soldado, pero aquello de que la guerra cambiaba a las personas era bien

cierto.

—Pero tú eres capitán... —contesté, pensando que su rango le otorgaría ciertos privilegios.

Stephan se rio sin ganas.

—Ornela, hay veces en que hasta la comida escasea. El rancho que se sirve es insuficiente, está frío o sencillamente no es muy comestible que digamos, así que la higiene personal es algo secundario.

Me estremecí, y no de placer precisamente, pues imaginarme a tantos hombres sin asearse, contagiándose todo tipo de infecciones o de parásitos me producía una sensación de repugnancia que no había vuelto a experimentar desde que abandoné aquel miserable barrio de París con catorce años. Y ni siquiera entonces, a pesar de nuestras duras condiciones de vida, habíamos tenido que soportar tales situaciones.

Me concentré en la tarea que tenía entre manos. Yo no sabía mucho de cortar el pelo, pues primero Camille y después las sucesivas peinadoras a mi servicio se ocupaban de ese menester. Sin embargo, me esforcé para que Stephan no pareciera un adefesio con el pelo cortado a trasquilones. Logré dejarlo presentable.

—No está nada mal —comentó, pasándose las manos por la cabeza y mirándose en el cristal de la ventana—. Nada mal.

Me enorgullecí al oír sus palabras, aunque lo cierto era que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por él.

¿Cómo había podido ser tan estúpida de intentar olvidarlo en brazos de otro?

No iba a arrepentirme, pero sí al menos me daría cuenta de que ciertos errores no podían volver a repetirse.

Ya no teníamos nada más de que ocuparnos, así que le señalé la amplia cama.

—Antes quiero hacer una cosa —dijo él.

Se acercó a la palangana de agua sucia y, sin más, se la echó toda por encima de la cabeza, encharcando el suelo, pero pareció sentirse mucho mejor.

Se sacudió, salpicándome, y después se quitó el lienzo que le rodeaba las caderas para frotarse con él la cabeza con energía y secarse luego el resto del cuerpo.

Me deshice del camisón y de la bata y noté sus ojos fijos en mi cuerpo. Me alegró ver que aún le resultaba atractiva, me metí en la cama y esperé a que se metiera él también. Se me quedó mirando, algo indeciso.

—Todavía puedo dormir en el suelo —dijo, y no lo decía en broma, lo cual me irritó.

—No seas ridículo —le espeté, señalando el lado de la cama dónde él siempre dormía—. Estás agotado, necesitas descansar.

—A tu lado eso es imposible —comentó, inspirando hondo.

—Por extraño que te parezca, lo último que deseo es ser la causa de tu desfallecimiento, además, el teniente Perlman me acusaría de alta traición si al gran capitán Gardner-Taylor le ocurriera algo.

Stephan se echó a reír. Cómo echaba de menos su risa.



Apagó las velas con un soplido y se metió en la cama. Se tumbó boca arriba y yo, a su lado sentí que no podía tenerlo tan cerca y no tocarlo.

—Ornela... —gimió, cuando rodé hasta acurrucarme junto a él.

—No te preocupes, no voy a abusar de ti ni nada parecido. Solo quiero dormir, yo también estoy agotada.

Stephan pareció aceptarlo y noté cómo se iba relajando hasta quedarse dormido. Yo lo hice apenas unos minutos más tarde. Con una mano sobre su pecho.

## Capítulo 26



Me incorporé sobresaltada al oír unos impacientes y furiosos golpes en la puerta de mi habitación. Ya era de día y, a juzgar por la claridad, hacía horas que había amanecido. Stephan, a mi lado, también se había incorporado.

Volvieron a golpear y él, de un salto, se levantó y se puso los pantalones de manera apresurada. Así, desnudo de cintura para arriba y con la espada en la mano se dirigió hacia la puerta.

Yo también me cubrí y cuando Stephan, pegado a la pared junto a la puerta por el lado donde quedaría oculto al abrirse esta, me hizo una señal, yo asentí, quité el tranco de madera y entreabrí la hoja.

—Ya era hora —protestó William, entrando en la estancia hecho un pincel.

Stephan se relajó y dejó la espada de nuevo apoyada contra la cama. Ver a su camarada era desde luego una buena noticia, pero no para mí.

—Este odioso hábito de presentarte en mis aposentos sin ser invitado, como ya te dije ayer, resulta cuando menos irritante —le espeté, apretándome el cinturón de la bata.

Nos habíamos llevado un buen susto por su culpa.

—Lo sé —convino él sonriente, fijándose en el desaguisado de la noche anterior mientras Stephan se aseaba. Una sábana sucia y hecha jirones. Agua y mechones de pelo por el suelo...—. Tienes buen aspecto —le dijo a Stephan.

—Dormir unas cuantas horas seguidas y en una cama tiene ese efecto.

—Y acompañado de una hermosa mujer —apostilló el teniente con malicia.

—¿Cuál es el motivo de tu visita? —tercié yo, para evitar que entrara en detalles.

—Ver si todo iba bien y si necesitabas algo —le contestó a su compañero.

—No me vendría mal desayunar y que me preparasen un baño en condiciones, anoche tuve que conformarme con eso. —Señaló el estropicio.

—Deberíamos limpiarlo, pues si alguna camarera lo ve, sospechará. Una dama nunca haría algo así —apuntó William.

—Tienes razón —convino Stephan.

Pero ninguno de los dos movió un dedo, por lo que entendí que era yo quien debía borrar las huellas. No me importaba hacerlo, pero con el indolente teniente delante no me resultaba agradable. No obstante, consciente de que no podíamos perder tiempo, me dispuse a recogerlo todo. Haría con los restos una especie de hatillo para que William lo llevase a quemar o a donde fuera.

No había dado dos pasos cuando de nuevo llamaron a la puerta.

Los tres nos quedamos paralizados. Podía ser que, debido a la hora, alguna doncella ya estuviese ocupándose de limpiar las habitaciones. Si se trataba de algo relacionado con mis hijos, quien se hubiera acercado a avisarme se identificaría.

De nuevo golpearon, y vi cómo ellos dos se ponían en acción. Stephan de nuevo

escondiéndose y William colocándose detrás de mí, por si necesitaba protección.

—Deshazte de quienquiera que sea, ¿de acuerdo? —me dijo el teniente con voz tensa, y observé cómo ambos hombres se entendían con la mirada.

Stephan asintió, espada en mano, y yo me dispuse a abrir.

—¿Ornela?

La voz suave y amistosa de Claire me hizo cerrar los ojos. Allí estaba ella, retorciéndose las manos, en el umbral de mi puerta.

William reaccionó y tiró de su mujer para meterla dentro con tal fuerza que la pobre hasta tropezó.

Entonces Claire se dio cuenta de que no estaba sola en mi alcoba, como se suponía. Miró con los ojos muy abiertos a su marido y después a mí, cubierta solo con una bata y despeinada, y luego de nuevo a su marido.

Vi en sus ojos la confusión, pues no existía ninguna explicación posible a aquella escena y, por mucho que Claire siempre viera el lado bueno de las cosas y de las personas, de la situación únicamente podía sacar una terrible conclusión.

Busqué a toda prisa una excusa convincente y que no desvelara el verdadero motivo de la reunión, pero su cara de desconsuelo y de sospecha hizo que se me atragantara cualquier palabra. Su esposo tampoco era capaz de decir nada. Y mientras los segundos pasaban, la lógica desilusión de ella aumentaba.

—Buenos días, Claire —intervino Stephan a su espalda, entrando en su campo de visión.

William y yo no sabíamos qué hacer, pero yo, por si acaso, cogí la mano de mi amiga. Dada su debilidad y la sorpresa, podía caerse allí redonda de la impresión.

Pero para nuestra completa admiración, no gritó ni hizo aspavientos: simplemente se soltó de mi mano, abrió los ojos como platos y se llevó una mano al corazón. Luego parpadeó y caminó decidida hacia Stephan.

E hizo lo que jamás hubiéramos esperado, lo abrazó con fuerza.

—Capitán... ¡Oh, Dios mío! ¡Está vivo! —exclamó, pegándose a él.

Yo tragué saliva, porque Claire podía crisparme los nervios en un millón de ocasiones cuando sus indecisiones hacían acto de presencia, pero en ese momento solo podía admirarla y quitarme el sombrero ante su comportamiento.

Vi de reojo cómo su marido sonreía orgulloso.

—¡Vivo! ¡Oh, Dios mío! —repitió, sin dejar de tocarle la cara, el pecho, los brazos... queriendo asegurarse de que era él.

En ningún momento despertó mis celos ver sus manos sobre el cuerpo de Stephan, pues era como una madre ante su hijo.

Stephan no se mostró incómodo ante tanta efusividad, sino que aceptó de buen grado todo lo que Claire estaba haciendo y hasta le sonrió.

—He rezado tanto por su alma, capitán... —continuó ella y tuve el presentimiento de que estaba a punto de echarse a llorar—. Siempre lo he tenido presente en mis oraciones, porque me parecía tan injusta su pérdida...

—Gracias, Claire —murmuró Stephan, emocionado aunque contenido, ante la demostración de cariño de la que estaba siendo objeto.

—Yo... —sollozó ella—, yo no podía dar crédito a la noticia y... y... —Tuvo que detenerse para inspirar—. Y... —hipó, pero no estaba dispuesta a callar sus sentimientos— y solo podía pensar en Ornela. Me sentía infeliz porque yo conservaba a William y ella lo había perdido a usted.

Si continuaba por esos derroteros, yo también acabaría llorando. No obstante, nadie parecía capaz de detenerla, ni siquiera su esposo que, a mi lado y cruzado de brazos, la escuchaba radiante.

—Desde entonces Ornela no ha vuelto a ser la misma...

Yo hice una mueca, pues Claire estaba desatada y podía hablar de la cuenta.

—Ella... ella se hundió en la angustia y la desesperación, capitán. ¡Sola con un hijo!

Stephan me miró un instante y yo quise morirme.

—Y yo me veía incapaz de ayudarla. Lloré tanto, tanto... —Volvió a abrazarlo—. Verla tan sola y desamparada...

—Gracias, de verdad, Claire, por tenerme presente en sus oraciones.

—Ella lo quiere capitán, siempre lo ha querido... —prosiguió Claire, sin pensar en lo que esas palabras significaban—. Y es tan buena... con todos. Se preocupa por todos nosotros, procura que no nos falte de nada. Nos apoya de manera incondicional. Ha logrado que yo vuelva a sonreír...

Stephan tuvo el buen tino de no decir nada al oír eso. William, en cambio, carraspeó.

—Es la única que siempre ha estado a mi lado —continuó Claire—. No me ha dejado sola ni un día. Ha cuidado de mí, cuando no tenía ninguna obligación de hacerlo. Me ha ofrecido consuelo y apoyo en los momentos más difíciles, cuando otras personas ni siquiera se molestaron en preguntar. Me ha dado esperanzas para vivir y para no caer en la autocompasión. Es fuerte y la admiro tanto...

Tal como me describía, yo parecía poco menos que un dechado de virtudes y empezaba a sentirme incómoda.

—Y cuando ayer pude abrazar a William, sentí que mi felicidad no podía ser completa, pues ella no podía hacer lo mismo.

—Claire, será mejor que nos marchemos —intervino el teniente, dispuesto a sacar a su esposa de allí—. Estoy seguro de que tendrán muchas cosas de que hablar.

—Oh, sí, ¡lo siento! —exclamó ella, separándose de Stephan y mirándome.

Mis motivos para quedarme a solas con Stephan no eran precisamente esos, pero no iba a mencionarlos en voz alta.

—Nos veremos más tarde —añadió William.

Pero antes de salir por la puerta, Claire se acercó a mí y me dio un enorme abrazo, que le devolví sintiéndome un poco torpe.

—Ahora ya me siento feliz, Ornela —me confesó, secándose las lágrimas.

Y yo sabía muy bien que me lo decía de corazón, igual que todas las palabras que había pronunciado. Claire era incapaz de fingir, tanto en las alegrías como en las desgracias, siempre era sincera.

William y ella se marcharon y por fin Stephan y yo estábamos frente a frente. La noche anterior ninguno de los dos se sentía en condiciones de hablar. Exhaustos y conmocionados al vernos después de tanto tiempo, solo fuimos capaces de dormir juntos. Pero ahora, a plena luz del día y tras el discurso entusiasta de Claire, había llegado el momento de aclarar las cosas.

—¿Sola y desamparada? —preguntó él con un deje de burla.

—Ya sabes cómo es, exagera —contesté con desdén, como si no me hubieran afectado las palabras de mi amiga.

—Claire es la única persona sobre la faz de la Tierra incapaz de mentir. Te admira, no sé por qué, pero al menos tu comportamiento con ella ha sido ejemplar.

—Gracias —murmuré ante tan extraño cumplido.

Nos quedamos en silencio. No hacía falta mencionar lo obvio, que yo no lo había olvidado, pero que había corrido a los brazos de otro hombre para consolarme. Si él supiera qué caro me estaba saliendo ese consuelo...

—Hagamos una cosa —propuse.

—Ven aquí —dijo Stephan, pasando por alto mis palabras y doblando un dedo para que me acercara.

Cuando vi en su mirada aquella expresión divertida, sonreí y me aflojé el nudo del cinturón de la bata, dispuesta a no perder el tiempo hablando.

Me detuve junto a su boca, alcé la barbilla y él me acarició los labios, primero con el pulgar y después, mostrándose tan expeditivo como yo recordaba, se inclinó y acabó besándome con aquella fuerza que tanto echaba de menos. Me rodeó la cintura mientras su boca devoraba la mía y yo me aferraba a sus hombros para no caerme.

Solo con un beso había encendido tal fuego en mi interior, que ni yo misma podía creer que volviera a sentirme tan excitada. Me temblaron las piernas y la humedad inundó mi sexo cuando de manera casi torpe empezó a desnudarme, para poder tenerme como él deseaba.

Entonces, en un segundo de lucidez, me acordé de que no podía tener relaciones con él sin tomar precauciones. No iba a arriesgarme, como hice la última vez que estuvimos juntos, y, muy a mi pesar, tuve que apartarme.

—Espera... —jadeé y él me miró confuso—. Tengo... tengo que ir al baño —dije, porque era la única forma de tener privacidad durante unos minutos y así prepararme.

—¿Ahora? —Frunció el cejo.

Asentí y hasta creo que me sonrojé, pues mencionar en voz alta determinadas necesidades físicas era de lo más impropio, por no decir incómodo.

—Hay un cuarto en medio del pasillo —expliqué titubeando, porque de ninguna manera utilizaría el orinal tras el biombo, como se acostumbraba a hacer.

—Está bien —accedió resignado—. Pero no tardes. Cerraré por dentro y, cuando regreses, llama con suavidad para saber que eres tú.

—Muy bien.

Condicionado por su entrenamiento militar y por su inclinación a tomar precauciones, se acercó a la ventana y se asomó al patio, vigilando desde una posición discreta, lo que me permitió sacar la bolsita con las esponjas del neceser sin que se percatara de ello.

Cerré la puerta y caminé por el corredor hasta el pequeño cubículo de apenas un metro cuadrado. Hice una mueca de repugnancia, pues a saber qué clase de personas habían utilizado aquello. Con reparo, pero sabiendo que no tenía otra opción, me ocupé de lo que tenía que hacer y después, asegurándome de que nadie me viera, pues en camisón podía resultar sospechoso, regresé a mi habitación.

Stephan entornó la puerta y tiró de mí para meterme dentro. Se aseguró de atrancarla bien y, nada más tenerme en sus brazos, se abalanzó sobre mí y devoró mis labios. Algo a lo que me sometí como sumo gusto y entusiasmo.

Apoyada contra la pared, aprisionada por su cuerpo, sus manos comenzaron a rasgar la tela de mi, desde ese momento, inservible camisón. Yo le bajé el pantalón para poder tocarlo sin ninguna barrera de por medio.

—Stephan... —gemí, cuando, ya desnuda, me agarró una pierna con la que hizo que le rodease la cadera.

—Hoy no puedo ser dulce, ni considerado, ni mucho menos paciente —gruñó, metiendo una mano entre mis piernas para comprobar mi grado de excitación. Volvió a gruñir al sentir lo mojada que estaba.

—No soy una delicada taza de porcelana —murmuré en respuesta, mordiéndole el lóbulo de la oreja.

—No sabes cómo me excita saber eso...

Y así, sin más, me penetró con tanta fuerza que me quedé sin aliento. Sujetada por sus brazos y apoyándome como podía para absorber cada una de sus embestidas.

Me hubiera gustado poder tocarlo antes un poco, acariciar su erección, sentir cómo se endurecía entre mis manos, pero no me dio opción.

Su advertencia sobre la ferocidad con que me iba a follar se quedó corta, pues noté la rugosidad de la pared en mi espalda, lo que a buen seguro me dejaría marcas.

—Voy a correrme —jadeó, volviendo a besarme con la misma ansia con la que yo le respondía.

Con toda seguridad, debido a la rapidez del encuentro, yo no alcanzaría el clímax. Pero no me importaba. Podía conformarme con tenerlo así, enterrado profundamente en mi interior y moviéndose con ímpetu.

Lo noté estremecerse y, cuando se corrió, me mordió en el hombro, un inusitado dolor que acepté de buen grado.

—Joder... —masculló, cuando fue capaz de mirarme a los ojos.

Yo me limité a sonreírle y a acariciarle la cara. Y todo sin que él se separase de

mí, lo que me proporcionaba una ligera sensación de placer, leve pero bienvenida.

—Creo que vas a tener que llevarme a la cama —le dije sin perder el buen humor.

—Faltaría más —contestó y me sujetó bien del culo para que no me cayera.

Me depositó sobre el lecho y perdí momentáneamente el contacto con él, pues se recostó a mi lado. Debía de estar agotado, así que me quedé quieta. No iba a atosigarlo buscando mi satisfacción. Podía esperar. Dudaba de que su intención fuera dejarme a las puertas del clímax, pero entendí que necesitara unos minutos de reposo.

No habíamos hablado. Posponer lo inevitable era una forma de engañarnos a nosotros mismos, pero lo cierto es que tenía miedo. No sabía si Stephan se quedaría un día, una semana o bien unas míseras horas, de las cuales ya habíamos consumido la mayor parte.

Noté su mano sobre mi abdomen y me volví para mirarlo. Seguía sin creermelo de todo que estuviera allí, pues habían sido tantos los días pensando en un posible reencuentro, que ahora, cuando por fin se había producido, dudaba de si era solo producto de mi imaginación.

Continuó moviendo las manos hacia arriba y alcanzó la curva inferior de uno de mis pechos, que, tras el apasionado encuentro, tenía muy sensibles.

Inhalé hondo cuando llegó al centro y presionó mi endurecido pezón. Permanecía quieta, a la espera de su próximo movimiento, que no tardó en llegar.

Se volvió para colocarse de tal forma que pudo abarcarlo con su boca, comenzando una succión lenta que me hizo jadear. Rodeé su cabeza con las manos para mantenerlo bien pegado a mí.

—Sigue, por favor... —gemí arqueándome, consciente de que empezaría a perder el control hasta quedar a su merced.

—Ornela... —resolló él, antes de aumentar la presión de sus labios sobre mi pezón.

No solo lo lamía, también tiraba de él y lo mordía, mezclando así el dolor con el placer, de tal modo que ambas sensaciones me confundían y me excitaban a la vez.

Apreté los muslos, la humedad entre mis piernas era notable. Quería encontrar un poco de alivio, pues sentía la tensión en mi sexo y no tenía muy claro si por aquel camino alcanzaría el orgasmo.

Aparté una de mis manos de su cabeza y la deslicé hacia abajo. Notaba el sudor, el calor y los nervios a flor de piel. No lo dudé, me coloqué la mano entre las piernas y empecé a tocarme con la intención de correrme.

Estaba empapada y, mientras, Stephan continuaba torturando mis pechos, alternándolos, gruñendo sin apartarse apenas. Me daba igual, pero yo necesitaba liberar toda la tensión que se estaba acumulando entre mis muslos, por lo que no dudé en presionar mi clítoris y friccionarlo.

—No —dijo él, deteniéndome.

Me agarró de la muñeca, apartándome la mano justo cuando estaba a punto de alcanzar el clímax.

—Stephan... por favor —gimoteé, sin comprender por qué me negaba esa satisfacción.

Entrelazó los dedos con los míos y guio nuestras manos unidas hasta colocarlas de nuevo sobre mi sexo. Una vez allí, y sin separarnos, volvió a atrapar mi pezón con la boca y a conducir los movimientos de mi mano, algo que me resultó increíblemente erótico, pues notaba la aspereza de sus dedos junto a los míos, frotando sin piedad, impregnándose de mis abundantes fluidos, hasta que grité, incapaz de contenerme ni un segundo más.

—Eres lo más hermoso que he visto en mi vida —musitó, con nuestras manos aún entre mis muslos.

Apreté los labios, concentrándome para que el nudo que se me había formado en la garganta se disolviera, pero iba a ser prácticamente imposible, puesto que Stephan me estaba mirando con tal intensidad que, o bien cerraba los ojos, o bien lloraba.

—Es cierto, Ornela —añadió en voz muy baja, en un tono cómplice, el tono de los amantes—. Ver tu rostro cuando alcanzas el placer es algo que me sigue sorprendiendo. Es una imagen que siempre me ha de acompañar.

—No digas esas cosas... —murmuré, acariciándole la cara—. Vas a hacer que lllore.

Esbozó una sonrisa.

—Créeme cuando te digo que lo último que deseo en este mundo es verte llorar.

Quise decirle que no me importaría deshacerme en un mar de lágrimas si eran de felicidad.

En nuestras circunstancias, habíamos de conformarnos con momentos como ese. No merecía la pena pensar en lo que podría ser.



## Capítulo 27

Cáimos de nuevo en un profundo sueño, que nos tuvo la mayor parte del día aislados del mundo. Yo fui la primera en despertarme y me incorporé. Stephan dormía, ahora relajado, y caí en la cuenta de que, entre una cosa y otra, no habíamos probado bocado.

En mi caso poco me importaba, pero dudaba que un hombre de su tamaño pudiera mantenerse del aire. Así que me moví con cuidado para no despertarlo, con la intención de salir en busca de comida.

—¿Adónde crees que vas? —gruñó sin abrir los ojos, justo cuando estaba a punto de pisar el suelo.

Lo tranquilicé poniéndole una mano en el pecho y dándole un beso en los labios.

—Tengo que ocuparme de algunas cosas, entre ellas de que nos preparen un baño como Dios manda y de subir algo de comer. Debes de estar muerto de hambre.

—No quiero quedarme solo —dijo, sujetándose de la muñeca—. Es peligroso.

—Tranquilo. Buscaré a William y él se ocupará de vigilar.

—Muy bien —accedió, al darse cuenta de que tenía razón.

—Me ocuparé también de que él te traiga un succulento almuerzo —añadí con una sonrisa tranquilizadora.

—Tú también deberías comer. Estás muy delgada, Ornela.

—No te preocupes ahora por eso.

Conseguí deshacerme de su mano y, consciente en todo momento de su mirada sobre mi cuerpo, me vestí y arreglé, ocupándome también de las sábanas rotas y demás, para deshacerme de ello.

—No tardes, por favor —me rogó cuando ya salía por la puerta.

Con el hatillo bajo el brazo, cerré con cuidado y me dirigí a la habitación que ocupaba Claire. Necesitaba localizar a William cuanto antes. Llamé a la puerta y me abrió ella, con la preocupación pintada en su rostro, así que deseché la idea de preguntarle por su marido.

—Ay, Ornela, contigo precisamente quería hablar —me dijo toda apurada.

—Si es por lo de antes en mi alcoba... —me adelanté.

—No, no —murmuró—. Eso es algo que solo os concierne al capitán y a ti.

—¿Y bien? —pregunté impaciente.

—Verás... es que justo ayer por la noche, cuando...

Se sonrojó de pies a cabeza y, si mi intuición no me fallaba, quería hablarme de algo relacionado con sus relaciones conyugales, que a buen seguro el teniente Perlman deseaba con fervor.

—¡Habla! Por Dios, Claire, eres una mujer casada.

—Me da tanta vergüenza...

Ante mi cara de malas pulgas, debió de darse cuenta de que andarse por las ramas

haría que me marchara y que si quería preguntarme algo, ya podía ir hablando con claridad.

—Ya sabes cómo es William y yo, anoche, tuve que inventarme una excusa para no...

—¿Para no acostarte con él? —rematé yo la frase para avanzar.

Me extrañé, pues Claire era el prototipo de esposa abnegada, dispuesta a cualquier sacrificio por el bien del matrimonio, por lo que no terminaba de entenderla.

—Sí —admitió.

—¿Y por qué, alma cándida?

—Porque...

—¡Llevas meses suspirando por él! —Eso también podía ocurrirle a una mujer mientras pensaba en su amante, así que concreté—. ¡Es tu marido! Todo lo que hagas con él en la intimidad está bendecido por Dios.

Bueno, eso último yo nunca lo había tenido claro, pero si quería que ese matrimonio no se distanciara a saber por qué estúpidos motivos, tenía que adornar la verdad.

—Lo sé, lo sé, pero ayer...

—Por favor, Claire, que no tengo todo el día.

—Me vino el período —confesó en voz muy baja, apartando la vista, como si fuera algo de lo que avergonzarse.

Entonces caí en la cuenta de que eso significaba una cosa, que la probabilidad de quedarse embarazada en ese momento era algo remoto, y de ahí su preocupación.

—Escucha, eso es un proceso natural del cuerpo femenino, no tienes de qué avergonzarte. William no se va a molestar por ello —comenté en tono casi maternal, para que se sintiese mejor.

—Ese es precisamente el problema, que él pretende... ¡Oh, Dios mío!

Puse cara de circunstancias, porque yo pensaba igual, pero si estuviera en su lugar, con toda probabilidad mandaría a paseo mis reticencias al respecto y mantendría relaciones sexuales pese a estar menstruando.

—¿Me permites un consejo?

—Sabes que siempre te escucho, porque, hasta ahora, todo lo que me has dicho me ha ayudado. Por tanto, habla, Ornela.

El bulto que sujetaba bajo el brazo empezaba a molestarme y sentía su humedad en el costado, así que debía acabar cuanto antes aquella extraña conversación y ponerme en marcha.

—En otra situación, yo también me hubiera negado a que me tocaran mientras menstruaba, pero no sabes cuándo volverás a ver a William, a tenerlo junto a ti. —Me callé que incluso podía ser la última vez que estuvieran juntos, pues con una guerra de por medio todo era imprevisible—. No puedes desperdiciar esta oportunidad. Además, si a él no le molesta...

—Pero es que se pondrá todo perdido —acertó a decir y ya no podía ponerse más colorada.

—Creo que tu marido sabrá apañárselas —declaré, dándole unas palmaditas de ánimo.

—De acuerdo, lo haré. Tienes razón, como siempre. ¿Qué haría yo sin ti?

Se acercó y me abrazó en agradecimiento por mi consejo.

—Ahora te dejo, tengo que ocuparme de esto —señalé el bulto.

—Trae, déjame a mí, yo me desharé de ello. Es lo mínimo que puedo hacer por el capitán. Tú ve a cuidarlo.

—Gracias —dije, entregándole el hatillo de las sábanas rotas.

Me dirigí a la puerta sin saber cómo aquella mujer, con su ingenuidad y su bondad, algo que *a priori* me irritaba, era capaz de dejarme sin argumentos, porque siempre estaba a la altura de las circunstancias.

Cuando estaba a punto de marcharme, me di la vuelta y le comenté:

—Creo que te va a sonar raro, pero ¿sabes dónde está tu marido?

Claire me sonrió y asintió:

—En las caballerizas. Y, Ornela...

—¿Sí?

—Nunca podría pensar mal de ti y de William.

Con esas palabras resonando en mi cabeza, fui en busca del teniente, dispuesta a que este se ocupara de garantizar la seguridad de Stephan mientras yo me dedicaba a mis quehaceres. Empezando por mis hijos.

Lo encontré conversando, con el cejo fruncido, con el que supuse que era alguno de sus subordinados. No puede evitar oír retazos de la conversación sobre suministros militares y sobre algunos problemas sobre el abastecimiento de la población. Decían que, de no solucionarse en breve, podría haber sublevaciones civiles y, por tanto, inestabilidad en la defensa de la plaza.

Al oírlos, me percaté de que estábamos atrapados en una ratonera y que debíamos buscar el modo de llegar a suelo británico cuanto antes. Según mi modesta opinión, la ciudad no estaba preparada para aguantar un asedio de las tropas francesas. Por supuesto, ese pensamiento no lo comentaría con nadie.

—¿El capitán está descansando? —me preguntó William, una vez que se hubo despedido del soldado.

—Sí —respondí—. Y ese es el motivo de que te busque.

Se frotó la barbilla y me miró burlón.

—¿Me buscabas, condesa? —La guasa implícita en su pregunta era sin duda para provocarme.

—Por extraño que parezca, así es —admití, pasando por alto su burla—. Quiero que vayas a la habitación, no es conveniente que Stephan esté solo. Cualquier camarera podría entrar a limpiar.

—Creo que mi compañía no será tan bien recibida como la tuya —afirmó él con

el mismo tono guasón—. Pero supongo que tendrá que conformarse.

William empezó a alejarse, pero yo no podía dejarlo marchar sin responderle como se merecía. Y entonces sonreí.

—Y yo, mientras, le explicaré a tu esposa cómo solucionar ciertos inconvenientes mensuales a la hora de cumplir con sus deberes conyugales.

William estalló en carcajadas y yo arqueé una ceja antes de rematar:

—O no.

Con eso último pareció entender que a ese juego no iba a ganarme con tanta facilidad y que debía procurar no irritarme.

De todas formas, yo ya había tenido la conversación pertinente con Claire, así que la amenaza llegaba un poco tarde; sin embargo, él no lo sabía.

Me acerqué a la habitación de mis hijos y los encontré jugando con una de las niñeras. Nada más verme, Alexander chilló y vino corriendo hacia mí. Me agaché y lo abracé con todo mi ser. Sentí una punzada de dolor al darme cuenta de que Stephan no podría verlo, pues nuestro hijo ya empezaba a acordarse de lo que sucedía a su alrededor. También sentí cierto temor por si veía a Cyprien y se daba cuenta del parecido.

Pero si me andaba con ojo, nada de eso sucedería.

Otro de los asuntos que debía atender era el del baño. Me acerqué a la mujer del posadero y le pedí una bañera y agua caliente. Su expresión de desconcierto me fastidió, pues era una petición muy sencilla.

Pero tras varios minutos de infructuosa negociación, no pude ver satisfecho mi deseo.

Enfadada por tener que prescindir de algo que consideraba imprescindible, parpadeé cuando oí de labios de aquella mujer una alternativa que no supe cómo interpretar: si como una burla o una solución.

Me explicó que, si tanto deseaba darme un «remojón», palabras textuales, podía ir al lavadero. Me señaló incluso la dirección y yo, curiosa, me encaminé hacia allí, no con la intención de aceptar tan extraña sugerencia, sino de satisfacer mi curiosidad.

El «lavadero», como ella lo había denominado, consistía en dos pilas rectangulares llenas de agua, rodeadas de una piedra pulida e inclinada, donde un par de sirvientas lavaban la ropa, sumergiéndola primero en una de las pilas, la más cercana al desagüe, que contenía agua de un color blanquecino, para enjabonarla y frotarla después. En el otro cubículo, el agua clara entraba a través de un pequeño conducto que se comunicaba con el del agua jabonosa.

No pude calcular la profundidad de las pilas, pero sí que dentro de cada una de ellas podía bañarse con comodidad una persona.

No obstante, me di media vuelta pues era imposible que fuese a asearme con público, y llegué a la conclusión de que de nuevo tendría que conformarme con una palangana. Como no quería correr riesgos, me ocupé yo misma de subir un par de cubos de agua hasta mi habitación, un esfuerzo al que no estaba acostumbrada.

Cuando llamé a la puerta, cargada como una doncella de bajo rango, los dos hombres se cruzaron de brazos y me miraron. Eso sí, luego tuvieron la delicadeza de cogerme los cubos y llevarlos dentro.

Después de eso, también me ocupé de subir una bandeja repleta de comida. Me di cuenta de que estaba hambrienta, aunque todo aquello era para Stephan. Más tarde, cuando él estuviera saciado, ya me ocuparía de mí misma.

Haciendo equilibrios y constatando que nunca podría ganarme la vida como posadera, logré llegar, haciendo malabarismos, hasta mi habitación.

William me abrió la puerta y, al ver mi cara de enfado, se abstuvo de hacer ningún comentario. Stephan, desde la parte más oscura del cuarto, me miraba burlón con los brazos cruzados.

—¿Necesitan algo más los señores? —pregunté con ironía.

Sentía el sudor en mi espalda, debido al esfuerzo de bajar, discutir con la mujer del dueño, subir dos cubos de agua y luego una bandeja de comida, tareas que desde mis ya lejanos tiempos de pobreza habían quedado relegadas a mis recuerdos más tristes.

—Mmm, déjame pensar —fue el provocador comentario de William, antes de echarse a reír a carcajadas, lo que le valió una mirada de advertencia por parte de Stephan—. No, nada, todo está perfecto —añadió y cayó en la cuenta de que su presencia allí estaba de más.

Nos dejó por fin a solas y yo, sin saber muy bien cuál era el estado de ánimo de Stephan tras estar encerrado todo el día, preferí ocuparme de su aseo y su alimentación.

—No he podido conseguir una bañera, ni siquiera un triste barreño, así que de nuevo tendremos que conformarnos con un aseo superficial.

—Ornela, ¿no pretenderás desnudarte delante de mí a plena luz del día, empezar a frotarte con un paño y esperar que me quede quieto?

—Bueno, puedes ir comiéndote eso, antes de que se enfríe.

—No. —Su negativa fue tajante.

—Entonces tú dirás... —No terminé la frase, porque él empezó a desabrocharse la camisa.

Y a medida que se la iba quitando, se acercaba a mí, mirándome como si yo fuera un succulento manjar. No me dejaba alternativa y no lo dudé. Sosteniéndole todo el tiempo la mirada, fui quitándome el vestido hasta quedarme tan desnuda como él.

—Déjame que ponga algo en el suelo —pedí, para evitar que de nuevo todo acabara hecho un asco.

Extendimos una sábana limpia doblada y dejé uno de los cubos de agua a mano, junto con una toalla y uno de mis jabones perfumados.

—Date la vuelta —me ordenó, cogiéndome el jabón y el lienzo para lavarnos.

Colocó la palangana vacía a mis pies y me instó a que me pusiera de pie dentro de ella, para que el agua no se desparramara por el suelo.

Sumergió el paño en el cubo y, tras frotarlo con jabón, empezó a pasármelo por la espalda. Pasadas nada suaves, más bien agresivas, que extendió al resto de mi cuerpo. Luego se agachó a mi espalda y me enjabonó el trasero y las pantorrillas... Me daba igual que el agua estuviera fría, pues el calor que emanaba mi cuerpo compensaba la baja temperatura.

Me volví de cara a él sin que me lo pidiera, para que también se ocupara de mis pechos, que, ya sensibles, esperaban expectantes sus caricias. No me hizo esperar y, poniéndose en pie, se ocupó de lavarme también por delante, repasando con aquel triste lienzo cada rincón de mi cuerpo.

—Cierra los ojos —pidió en un murmullo.

—¿Por qué? —pregunté de buen humor, antes de obedecer.

—Porque lo digo yo.

Acaté la orden y me quedé allí de pie, a expensas de lo que tuviera en mente. Sentí sus movimientos a mi alrededor, pero no me alarmé; no tenía motivos para ello.

—¡Stephan! —grité a pleno pulmón, cuanto vertió al menos medio cubo de agua fría sobre mi pelo, empapándomelo.

Abrí los ojos y lo miré furiosa.

—Solo quiero lavarte el pelo.

Entonces me lo enjabonó y en esta ocasión sus manos fueron delicadas. Me masajeó el cuero cabelludo con sumo cuidado y yo cerré los ojos, encantada con sus atenciones. Incluso ronroneé.

Nunca habíamos compartido un momento como ese, lo cual era indicativo del tipo de matrimonio que habíamos tenido.

—Ahora viene la parte que menos te gusta —me anunció medio en broma, pero como estaba preparada para el chorro de agua fría, no me sorprendió y permanecí en silencio.

Tras el remojón, me cubrió con la toalla seca y me ofreció la mano para que saliera de la palangana.

—Ahora me toca a mí —dije, regodeándome en la idea de ser yo la que tuviera la oportunidad de echarle agua a discreción.

Y lo hice a conciencia.

## Capítulo 28

**T**ras nuestro peculiar aseo, no nos cubrimos, sino que nos limitamos a secarnos. No tenía sentido vestirnos, pues nuestra más inmediata prioridad era compartir las viandas en la privacidad de la habitación.

Como imaginaba, la comida se había enfriado, pero al menos el pan estaba tierno y el vino era delicioso.

—Ornela, prueba esto —dijo Stephan, ofreciéndome un trozo de carne.

—Tú a buen seguro estarás más hambriento que yo —contesté, negando con la cabeza. Me conformaba con picotear un poco de pan y queso.

—Estás muy delgada —me volvió a decir, sin apartar aquel trozo de carne—. Cómételo.

No quería discutir por algo tan nimio, así que acepté el bocado que, ante su insistencia, se convirtió en unos cuantos más, tantos, que no recordaba la última vez que había comido tanto. También compartimos la jarra de vino, de la que fuimos bebiendo alternativamente. No disponíamos de copas ni de otro utensilio.

Apenas hablamos. Yo no dejaba de mirarlo, allí, sentado en la cama como improvisada mesa. Dimos buena cuenta de toda la comida y me pareció que el vino me estaba afectando, pues sentía un calorcillo en mi interior. Una sensación muy parecida a la que produce la excitación sexual. Algo de lo que no debía extrañarme estando Stephan cerca.

Lo recogimos todo antes de acostarnos, pues entre una cosa y otra ya había anochecido. Por la ventana entraban los ruidos procedentes del patio, donde algunos huéspedes habían salido a disfrutar de la noche, algo que por desgracia nosotros no podíamos hacer.

Ninguno de los dos tenía sueño, pues habíamos dormido hasta tarde, pero sin otra cosa mejor que hacer, nos acostamos y dejamos encendida una única vela junto a la cama.

Quería que me estrechara entre sus brazos, pero si bien el baño había sido de lo más excitante, no tenía muy claro cómo iba a discurrir la noche. Parecía como si por un acuerdo tácito, ninguno de los dos quisiera hablar de todo lo que teníamos pendiente.

—Ven aquí —me ordenó Stephan y yo que recosté en su pecho.

Me rodeó con un brazo y yo coloqué una mano sobre su corazón, quedándome así quieta, a merced de lo que él deseara hacer.

Sin embargo, permanecer así, en silencio, se me antojaba ridículo y empecé a acariciarlo. Un gesto sencillo, incluso sin connotaciones sexuales, solo por el hecho de sentirlo bajo la yema de mis dedos.

Pero lo que comenzó siendo un simple roce, se fue convirtiendo en algo más serio. Me moví hasta que mi boca entró en contacto con su piel y fui besándolo donde

antes había estado mi mano. Me deslicé sobre su cuerpo hasta que estuve sobre él y pude prodigarle cuantas caricias se me ocurrían.

—Ornela... —gimió, cuando, llevada por el entusiasmo, mis labios ya estaban a la altura de su ombligo.

Sentí sus manos en mis hombros, empujándome hacia abajo.

Y entonces decidí que debía ser mala y conseguí que su polla quedara encajada entre mis pechos de tal forma que pudiera tenerlo a mi merced mientras mi boca y mis dientes hacían de las suyas, cerca pero no donde él tanto ansiaba que estuvieran.

—Sigues siendo pérfida y maliciosa, pero increíblemente hábil —susurró, cuando llevé las manos a mis senos y apreté, moviéndome, casi reptando sobre su erección, para conseguir que su entrega fuera absoluta.

Sentí que revivía por dentro, que volvía a ser la de antes, la que disfrutaba participando e improvisaba para que un encuentro sexual no fuera solo un ejercicio físico con un final satisfactorio. Deseaba volver a gritar, a clavar las uñas en sus hombros cuando me penetrara. Quería que me dominase y resistirme al mismo tiempo. Ser pasiva y activa a la vez. Lo quería todo. Algo que únicamente me ocurría con Stephan. Solo él lograba despertar en mí cada uno de esos contradictorios sentimientos y ahora, por un giro del destino, estaba a mi alcance.

—Mmm —murmuré relamiéndome.

Alcé la mirada para encontrarme con la suya, que desde luego prometía. Estaba entregado por completo a mí y dispuesto a aguantar cualquier travesura que tuviera a bien realizar sobre su cuerpo.

—Recordar tus hábiles manos, tu sensual boca es uno de los incentivos más poderosos para soportar la soledad noche tras noche.

Noté cierta amargura en sus palabras; no obstante, decidí dedicarme a él, para que, si estaba en mis manos, pudiese olvidar esas noches a las que había hecho referencia.

Con la punta de la lengua, tracé una húmeda línea desde su ombligo hasta la base de su erección. Oí cómo su respiración variaba y percibí la tensión de sus músculos cuando continué descendiendo y recorrí sus testículos.

Me puse cómoda entre sus piernas y me aparté el pelo mojado de la cara para poder hacerlo bien. Me iba a llevar un buen rato y quería que fuera inolvidable. Solo con la lengua, recorrí todo el tronco de su pene hasta llegar a la punta, que me metí en la boca, aplicando bastante fuerza en la succión y dejando que mis dientes lo arañasen, solo lo imprescindible para que se excitara más y más.

Moví la lengua dentro de mi boca, buscando cada pliegue, consciente de que en el glande la sensibilidad era extrema y que, por tanto, estaría desesperado por correrse.

—Joder... esto es demasiado bueno —jadeó, elevando las caderas para meter su pene más adentro.

Aunque yo sabía que momentos como ese siempre resultan más memorables si se alargan, por lo que coloqué la mano alrededor de la base de su miembro para



controlar la profundidad de las embestidas y ser yo quien marcara el ritmo.

—Me encanta tenerte así, duro y listo... —Le dirigí una tentadora mirada, mientras mis labios retenían la punta de su pene y emitía unos murmullos de satisfacción—. Para mí.

—Eso no lo dudes nunca —consiguió decir con voz ronca.

Continué con mi tortuosa táctica para llevarlo al límite y en todo ese proceso Stephan no dejó de maldecir, de amenazarme, de recordarme lo que me haría una vez se corriese en mi boca...

Y yo, encantada, para nada intimidada sino más bien incentivada, no obedecí. Con la mano libre lo acaricié entre las piernas, subiendo y bajando, apretando sus testículos justo en el instante en que más apretaba mis labios, de tal forma que lo hacía soltar creativos exabruptos, pero sin duda reconocía mi habilidad.

—Ornela...

Su tono varió de exigente a suplicante, porque le había dejado bien claro que sus órdenes no serían acatadas, a no ser que se impusiera debido a su superioridad física. Pero si de verdad quería gozar, experimentar y disfrutar como nunca, tendría que soportar una pequeña ración de impaciencia antes de alcanzar el clímax.

—No te haces una idea de lo mucho que disfruto sintiendo cómo entras y sales de mi boca, cómo tensas la mandíbula cada vez que hago esto.

Con el pulgar y el índice, rodeé la base de su polla e hice una gran presión para que se endureciera aún más. Mantuve esa tenaza unos segundos más antes de liberarlo y meterme de nuevo su pene en la boca.

—Ya lo veo —gruñó, retorciéndose de placer.

Apoyé parte de mi peso en una de sus piernas para que no embistiera desesperado y dejé de jugar al sí pero no. Me concentré en mantener un ritmo ascendente, que culminó como yo deseaba, corriéndose en mi boca, con tanta fuerza que incluso me goteó por la barbilla.

—¿Mejor? —pregunté, recostándome sobre su estómago y arañándole superficialmente el pecho.

—No estoy muy seguro —acertó a decir y percibí su tono bromista.

—¿Debo considerar tu respuesta como un cumplido o como un insulto?

Con la agilidad que lo caracterizaba, se incorporó de repente y me sujetó la cara entre sus enormes manos, mirándome con aquellos ojos que me producían escalofríos. Su mirada implacable pero vulnerable al mismo tiempo siempre me causaba el mismo efecto, desde el día en que lo conocí.

—Como un enorme halago, mi querida Ornela. No lo dudes nunca —respondió sin parpadear y acariciándome los labios con el pulgar—. Tu boca es sin duda alguna la perdición de cualquier hombre.

Esa frase poseía unos cuantos significados, pero opté por quedarme con el más evidente, el sexual.

—Gracias —musité.

—Y ahora...

Adoptó un aire felino que prometía revancha y yo, lejos de comportarme como una víctima indefensa, le puse ambas manos sobre los hombros para frenar, aunque solo fuera por un breve instante, su avance.

—¿Y ahora? —lo imité con aire provocativo.

—Ahora ha llegado mi turno —dijo.

Y no dejaba lugar a la incertidumbre: Stephan me iba a devorar viva.

Tiró de mí para empezar con lo que al parecer era la perdición de cualquier hombre. Besándome en la boca con verdadero entusiasmo, me fue tumbando hasta que yací bajo su cuerpo. Esperé a que su instinto de cazador me separase las piernas y lo hizo metiendo la rodilla y forzándome, pues yo, consciente de su maniobra, no colaboré ni un ápice.

Mi resistencia le encantó, lo supe en cuanto me mordió el hombro.

—Mi turno para disfrutar de todo lo que tu exquisito cuerpo puede ofrecerme. Mi turno para hacerte perder la razón y yo perderla contigo.

—Promesas, promesas...

—Deja de provocarme y date la vuelta —exigió, apartándose.

Lo hice y me quedé boca abajo, tumbada de tal modo que cuando comenzó a pasar su mano por mi columna hasta llegar al trasero, pude observar su expresión de máxima concentración.

Su palma, áspera, iba dejando cada punto que tocaba expectante, así que cerré los ojos y me concentré solo en la sensación de mi piel sensibilizada. Unas caricias sutiles, sin duda pensadas para que no pudiera avanzar a su próximo movimiento.

—Quiero oírte gemir desesperada, deleitarme con lo húmeda que estás —susurró junto a mi oído, para que sus palabras me hicieran más efecto y, por si acaso no lo lograban, me atrapó el lóbulo de la oreja y lo chupó.

—Haz lo que consideres oportuno...

Mi respuesta lo hizo reír entre dientes y, en represalia, pasó un dedo entre la separación de mis nalgas para desde ahí moverlo hacia abajo y poder llegar a mi sexo.

Yo reaccioné elevando el culo para que pudiera meter mejor la mano y, con un poco de suerte, insertar uno o dos dedos para poder sentir algo dentro de mí. Estaba a punto de empezar a frotarme contra la sábana, pues en esa postura lograría estimular mi clítoris.

Pero mi descaró me valió una buena palmada en el culo.

—Estate quieta, Ornela.

—Pues haz algo más que toquetearme —exigí, volviendo a elevar el trasero para recibir otro buen azote, porque aquel golpe seco sobre la piel me había producido un agradable escozor.

—Como deseas —convino y yo sospeché, pues Stephan rara vez, por no decir nunca, cedía a mis deseos así como así.

—¡Dios mío! —chillé, cuando, sin más, me metió lo que me pareció su polla, aunque por la postura supe que se trataba de los dedos.

—¿Más?

—Siempre... —musité, moviéndome con desesperación sobre su mano.

No solo me metía los dedos, sino que con el pulgar colocado sobre mi clítoris, me ofrecía toda la estimulación que precisaba para correrme. Hubiera preferido que fuera con su polla bien enterrada dentro de mi cuerpo, pero no estaba en condiciones de exigir.

—Me gusta tanto verte así... tan desinhibida, tan natural, tan deseosa de alcanzar el clímax.

—No pares —dije con aire amenazador, por si se le ocurría privarme de su mano.

—Tan lubricada... —añadió y me di cuenta de que sus dedos se movían hacia atrás, recogiendo parte de mis fluidos y empapando mi ano con ellos—. Tan perfecta...

—Stephan, espera.

Pero lejos de escucharme, me agarró de las caderas y me colocó de tal forma que quedé con la mejilla apoyada en las sábanas, el trasero en alto y las rodillas ligeramente separadas. Justo como él quería.

—No, no voy a esperar. Lo deseas tanto como yo.

No estaba muy segura de que eso fuera cierto. Sí, había disfrutado como nunca cuando en anteriores ocasiones Stephan y yo habíamos follado de esa manera considerada contranatura por muchos; sin embargo, no terminaba de aceptarlo. Quizá era mi mente y no mi cuerpo la que, llevada por ideas preconcebidas, arruinaba el momento.

Me metió un dedo por el culo, al que enseguida sumó otro, comenzando a dilatarme, de tal modo que pudiera penetrarme con su polla.

—No tenses los músculos —me recomendó—. Sabes que de esta forma te correrás de manera increíble y, gracias a tus habilidades bucales de hace un rato, no seré exigente ni tan brusco como acostumbro.

Yo disfrutaba, y mucho, de su agresividad, pero cuando me follaba por el conducto convencional, no cuando pretendía penetrarme por detrás.

—Pues hazlo ya y no me tengas en esta desesperante situación.

—Por mucho que grites y patalees, no voy a hacerte un daño, no al menos innecesario. Si te inflijo dolor será para que lo disfrutes. —Obvió mi súplica y continuó preparándose.

Solo cuando lo consideró conveniente, se situó detrás de mí e, igual que había hecho con los dedos, primero me penetró por delante, insertándose en mi vagina y procurándome un fugaz alivio. Apreté los músculos vaginales con la intención de retenerlo y que desistiera de sus otros deseos, pero no lo conseguí.

—No te haces una idea de la sensación que me produce penetrarte y después, al sacarla, ver mi polla brillar gracias a tu humedad.

—No hacía falta ser tan explícito —refunfuñé.

Aunque lo cierto era que la imagen que se formaba en mi mente ante esa descripción me hacía gemir y desear ser yo también testigo de aquella visión.

—Estás a punto de correrme —dijo, embistiendo una vez más, una péfida vez más, dejándome necesitada y vacía.

Moví el trasero, alentándolo de manera absurda, pues tal como se estaba desarrollando la noche, Stephan no precisaba ningún aliciente.

—No estoy tan segura...

—Yo creo que solo necesitas esto —respondió en tono arrogante, mientras situaba su erección en la entrada de mi ano y empujaba.

Apreté los dientes, inspiré y soporte aquel primer e inevitable dolor mientras mi cuerpo se adaptaba a su grosor. Arrugué las sábanas entre mis dedos y procuré no tensarme, para que poco a poco fuera introduciéndose en mi recto.

Lo oí inspirar hondo, sujetándome de las caderas para que no me apartara y, cuando por fin estuvo dentro al completo, gemí confusa de placer y dolor, algo que, como él bien sabía, me volvía loca.

Stephan se mantuvo un rato inmóvil, dejándome los segundos necesarios para acostumbrarme, y luego llevó su mano a mi clítoris para poder estimularlo.

Comenzó a moverse despacio, empujando y retirándose a medias. Nada de movimientos bruscos y todo sin dejar de acariciar mi sexo, en el que introducía un dedo, haciéndome sentir doblemente penetrada.

—Más fuerte —me vi obligada a pedir.

—Tranquila, no adelantes acontecimientos.

Como pude, metí una mano entre mis piernas hasta alcanzar la suya y lo insté a que fuera un poco más agresivo. Pareció comprenderlo.

Por suerte, el ritmo fue *in crescendo* y mi cuerpo se derretía cada vez que él embestía, a cada segundo que lo sentía dentro. Cada vez que se retiraba para volver a empujar, creaba una fricción que me llevaba sin remedio hacia el clímax.

—¿Lo sientes, Ornela? ¿Me notas en tu interior?

—Sí...

—Voy a correrme y quiero que lo hagas conmigo. Quiero saber que tu orgasmo es tan potente como el mío. Que gritarás cuando mi polla explote en tu culo.

—No hables, solo empuja, más fuerte.

—Tócate entre las piernas —exigió gruñón y yo obedecí.

Empecé a frotar mi clítoris y a empujar hacia atrás, mientras él, de rodillas detrás de mí, embestía con un ritmo implacable, dispuesto a que yo terminara deshecha tras aquella experiencia única.

Gimoteé y ahogué mis gemidos mordiendo la sábana... Cualquier cosa para soportar lo que se me venía encima. Y cuando ocurrió, cerré los ojos y mis rodillas cedieron, quedándome laxa sobre la cama.

Stephan cayó sobre mí y sentí cómo me clavaba los dientes en la nuca al correrse.

—Solo tú puedes dejarme en este estado —murmuró, pasando de morderme a besar las marcas que a buen seguro me había hecho.

—Solo tú —repetí yo, sin entrar en detalles.

## Capítulo 29



A pesar del cansancio y de que mi cuerpo, relajado y saciado, me empujaba hacia el sueño, hice constantes esfuerzos por mantenerme despierta. Dormir se me antojaba una total pérdida de tiempo, ya que deseaba pasar cada segundo consciente junto a Stephan.

Sentía cierto temor de que al despertar él ya no estuviera a mi lado. Sabía que llegaría nuestra inevitable separación, pero quería despedirlo, ser consciente de su partida. Volver a experimentar la amarga sensación de despertarme sola y sin saber nada no entraba en mis planes.

—Duerme, Ornela, estás agotada —murmuró, acariciándome la espalda.

Yo, en mi postura favorita, recostada sobre él con la mano en su pecho y la cabeza sobre su hombro, hice caso omiso de su sugerencia.

—No, no quiero perder el tiempo durmiendo —repliqué, dándole un beso en la mandíbula, áspera por la barba.

—Pues deberías —apostilló, como si no hacerlo fuera un crimen de Estado—. Te aseguro que cuando pasas días y días sin apenas poder dormir, o como mucho durmiendo dos o tres horas, sabes aprovechar momentos como este para recuperar sueño.

De sus palabras se desprendía que llevaba mucho tiempo viviendo en condiciones adversas y que, por tanto, para él mi actitud era una especie de capricho típico de quien lo tiene todo.

—¿Y por qué no duermes tú? —pregunté, mientras lo acariciaba distraída con la mano.

Tocarle era algo de lo que no me cansaba.

Tardó más de lo que yo pensaba en responder:

—A veces, pese al agotamiento, me es imposible conciliar el sueño.

Apenas entraba luz por la ventana, pero pude ver cómo se pasaba la mano por la cara y se la frotaba, evidenciando así que, pese a estar en un lecho cómodo, no conseguía relajarse, y que su agotamiento no era producto de unos días, sino de muchos meses de penurias.

—Ornela —prosiguió en voz baja—, he visto cosas, he hecho cosas que... —Su voz se fue apagando y a mí se me encogió el corazón.

—No deberías pensar ahora en eso —repuse a modo de consuelo, aunque mis palabras bien poco podían hacer.

—¿Cómo no hacerlo si cuando cierro los ojos, en mi cabeza no dejan de repetirse imágenes que...? Maldita sea, Ornela, no puedes hacerte una idea de lo que he llegado a ver.

¿Qué podía decirle yo al respecto?

Seguí con la mano sobre su pecho y me limité a estar junto a él, calmándolo con

mis caricias y con algún que otro beso ocasional en su cuello y hombros. Desde luego, un ínfimo consuelo para un hombre apesadumbrado.

—Cuéntamelo —le pedí, sin estar muy segura de si eso era una buena idea.

—No son cosas para tus delicados oídos —contestó—. Aunque dudo que sean apropiadas para nadie.

—Alguna vez tendrás que enfrentarte a ello. Quizá hablando puedas lograr...

—Ornela —me interrumpió tajante—, hablar de muerte, heridos, gente desmembrada o penurias no va a hacer que me sienta mejor.

—¿Y prefieres volverte un amargado? —le pregunté, con un nudo en la garganta.

Entonces Stephan se apartó de mí y se incorporó, dándome la espalda. Sentado en la cama, vi cómo se inclinaba hacia delante y se tapaba la cara con las manos. Los hombros hundidos... una postura que evidenciaba claramente derrota.

—He visto a muchos de mis hombres, a quienes conocía desde los tiempos de la academia militar, morir en el campo de batalla desangrados, sabiendo que no me podía detener a prestarles ayuda o ni siquiera consuelo en sus últimos minutos de vida, porque, si lo hacía, yo podría ser el siguiente en caer.

Tragué saliva. Respiré e intenté no llorar. Sentí que Stephan necesitaba solo que lo escuchara en silencio, sin preguntas, sin consejos. Ahora que por fin se había atrevido a expresar en voz alta lo que tanto lo atormentaba, interrumpirlo podía hacer que se callara.

—También he tenido que soportar la visión de hombres moribundos, hombres a los que yo mismo había disparado, y que, ante la orden de avanzar, debía dejar tirados o incluso rematar con la bayoneta para así ahorrar pólvora.

Permanecer quieta sin tocarlo me resultaba cada vez más difícil. Me arrodillé en la cama y lo abracé desde atrás. Incapaz de articular palabra, porque ante lo que relataba, dudaba que ninguna palabra le pudiera ofrecer consuelo.

—Los días a veces transcurren con odiosa y engañosa calma. Horas y horas en medio de la nada, mirándonos unos a otros, incapaces de decir en voz alta lo que pensamos para que no cunda el desánimo.

Se me partía el alma. Nunca lo había visto tan desanimado, tan alicaído, como no fuera a poder salir adelante.

Ahora entendía la preocupación de Claire cuando, tras leer las cartas de su esposo, temía que este cambiara, que toda aquella descabellada situación afectara a su espíritu.

—A veces tengo que dar órdenes que me suponen un gran dilema moral, o permitir comportamientos inadecuados, por el bien de la causa. —Volvió levemente el cuello y buscó mi mirada un segundo, antes de adoptar de nuevo su postura abatida—. Pero no puedo evitar que algunos de mis hombres cometan ciertas tropelías cuando, tras días y días de aislamiento, llegamos a algún pueblo. No solo roban o saquean despensas para saciar el hambre, también abusan de mujeres indefensas. ¿Te das cuenta, Ornela?

¿Cómo responder a esa pregunta? Stephan, el hombre por el que yo había suspirado, al que amaba de una manera casi enfermiza, consentía que sus subordinados violaran a mujeres que ninguna culpa tenían de toda aquella locura que llamaban guerra.

—Sí, me doy cuenta —logré decir.

—De no hacerlo, si impongo mi criterio, surgirían conatos de rebeldía que causarían graves problemas a la disciplina militar.

—He oído que algunas mujeres de moral relajada acompañan al ejército en la retaguardia —apunté con cautela.

Stephan se rio sin ganas.

—No todos disponen de medios para pagarles. Muchos de mis hombres son campesinos alistados para ganarse un sustento, pero no siempre cobran a tiempo.

—Comprendo —murmuré, aunque pensar en esas mujeres me revolvía el estómago.

Las consecuencias las pagaban los más débiles, de ahí mi convencimiento de que ningún bando era el bueno. Los periódicos publicaban pestes sobre los ejércitos imperiales de Napoleón, pero resultaba que las tropas inglesas actuaban del mismo modo.

—Sé que no es excusa, pero muchos de esos pobres diablos están borrachos la mayor parte del tiempo. Es la única manera de que entren en combate. Si los soldados permanecieran sobrios, el miedo les impediría dar un solo paso, malogrando así cualquier idea de avanzar.

—¿No se pueden garantizar los alimentos pero sí el alcohol?

—Te sorprenderías de lo que en un campamento se puede llegar a destilar —me dijo, todavía con su aire taciturno—. El alcohol hace que no percibas la realidad y que te olvides del hambre, del barro, de las noches a la intemperie, del brazo amputado o de un hermano caído en combate o de un compañero muerto. La única parte negativa son los daños colaterales.

—¿Y tú también participas de todas esas... distracciones? —pregunté, sin estar segura de querer saber la respuesta.

—No —respondió, negando con la cabeza—. Aunque disponga de dinero para pagar prostitutas, sería incapaz de hacerlo.

Su confesión tampoco me calmaba, pues yo sabía que él disponía de una amante «oficial» a mano, por lo que podía aliviarse sin ningún tipo de impedimentos. Pero no merecía la pena seguir por esa senda, pues entraríamos en la dinámica de las explicaciones y las mentiras.

—Cuando siento que no puedo más, cuando me es imposible conciliar el sueño, pienso en ti... y es mi mano la que se ocupa de todo —confesó y quise creerlo.

Entonces Stephan se movió y buscó mi rostro. Su mano me acarició la mejilla y yo, por instinto, me apoyé en él, otorgándole mi confianza.

—Es tu recuerdo lo que me ayuda y, por supuesto, la impagable fidelidad de



William a mi lado. Sin él me hubiera vuelto loco. Ha sido quien me ha mantenido cuerdo la mayor parte del tiempo.

—Stephan ¿por qué no continuaste con tu otra identidad, alejado del campo de batalla? —formulé la pregunta evitando subterfugios, ya que si bien nunca me había puesto al corriente de sus actividades, yo estaba al tanto de ellas.

—Porque no podía seguir fingiendo y porque... a pesar de no empuñar un arma, también se puede causar mucho daño. Sé que te parecerá una tontería, pero la idea que te llevaste cuando conociste a la señorita Lakerwood me hizo recapacitar. A pesar de lo mucho que me ayudó, no quería seguir con ella a mi lado si eso podía herirte.

—¡Estás loco! —exclamé con un gemido ahogado y me lancé a sus brazos.

Todo lo había hecho por mí y yo, mientras, ¿cómo se lo había pagado?

Reprimí las ganas de llorar, pues con eso poco podía ayudarlo; solo serviría para aliviar mis remordimientos. Mi comportamiento había sido mezquino.

—Ornela, vente conmigo —dijo de repente, mirándome a los ojos. Sus manos me sujetaban con fuerza los hombros y sentí un ligero escalofrío al entender lo que me estaba proponiendo.

—¿Adónde? —musité, respirando de forma entrecortada.

—A donde sea. He pensado mil veces en desertar, en dejar mi puesto y abandonarlo todo. Y ahora tú estás aquí, conmigo. Es una oportunidad única.

—Pero...

—Podemos buscar un navío que vaya al Nuevo Continente. Puede que tras la independencia, los ingleses no seamos muy bien vistos allí, pero su ejército necesita oficiales y estoy seguro de que en ese país podríamos olvidar toda esta inmundicia.

—¿Vas a desertar de un ejército para unirse a otro?

—Es lo que sé hacer —contestó mirándome, a la espera que le dijera que sí.

Sin embargo, en mi vida había dos poderosas razones para negarme.

—Tengo dos hijos, Stephan, no puedo huir. Son unos niños, compréndelo.

—Maldita sea, no pretendo que los abandones —masculló, elevando el tono.

—Ellos se merecen tener una vida tranquila, sin riesgos. Y eso no se consigue huyendo —dije intentando persuadirlo para que olvidara de esa descabellada idea.

—Di simplemente que no te apetece abandonar tu cómoda existencia como condesa —terminó recriminándome.

—No. Renunciaría ahora mismo a todo si Alexander o Cyprien no estuvieran conmigo. Sin embargo, pensando en su futuro no puedo arriesgarlo todo. Irme a la aventura supondría un peligro para dos niños tan pequeños.

Ante mi razonada negativa, Stephan pareció tranquilizarse. Se levantó y fue en busca de la jarra de vino y se bebió lo poco que habíamos dejado tras la cena.

Se acercó luego a la ventana y miró con cautela, comprobando que el bullicio de la noche se iba disipando; los huéspedes más trasnochadores regresaban ya a sus habitaciones.

Lo observé allí, desnudo, pero no era la falta de ropa lo que me hacía verlo así,

sino todo lo que me había revelado. El dolor, la angustia, los remordimientos y todo lo que cargaba a sus espaldas.

—A veces tengo la sensación de que no volveré a verte —admitió sin mirarme, en tono abatido.

Un ánimo que no debía contagiarme.

—No digas eso —lo reprendí.

—Parece mentira que aquí la noche esté tan calmada, cuando apenas a unos kilómetros hay tropas francesas con su artillería, dispuestas a devastar la ciudad a la menor oportunidad. Menos mal que el alcance de sus cañones es limitado...

—Stephan, por favor, vuelve a la cama —supliqué, dispuesta a hacerle olvidar, aunque fuera por unas pocas horas, toda la amargura que sentía.

—Tienes razón, ahora que puedo tenerte, no debería desaprovechar ni un minuto. Al menos dispondré de recuerdos renovados y, si todo acaba, por lo menos sabré que esto ha sido real.

Su desánimo, sus bajas expectativas de sobrevivir me hicieron reflexionar. Yo guardaba varios secretos que podían afectarlo, pero solo uno me pareció relevante: Cyprien.

¿Y si sus peores temores se hacían realidad y caía en combate?

Stephan vino de nuevo a la cama y se tumbó a mi lado. Cerró los ojos y esperó a que yo me acomodara contra él, recuperando así la postura previa a tan amarga conversación.

Pero yo no podía hacerlo sin antes sincerarme.

—Perdona por lo de antes —se disculpó, adelantándose a mí—, no he debido pedirte que arrastraras a dos pequeños al otro lado del mundo. Ha estado fuera de lugar. Alexander se merece todo lo mejor en esta vida y respecto a Cyprien, pese a que no sea hijo mío, no puedo desearle nada malo. Perdóname, Ornela.

Eso me llegó hasta lo más hondo y era el último empujón que necesitaba para decirle la verdad.

—Respecto a Cyprien...

Él me cogió de la mano, apretándomela.

—Lo entiendo, sé que ahora perteneces a otro hombre y es inevitable que vengan hijos —manifestó resignado, aunque yo noté el matiz de rabia que intentaba disimular.

No quise corregirlo sobre lo de la cuestión de pertenecer a alguien, algo que yo nunca había aceptado, ni siquiera tratándose de él, así que mucho menos con Charles.

—Y también entiendo que le pusieras el nombre de tu padre, un bonito detalle —añadió mirándome, a la espera de que me acurrucara junto a él.

Sin embargo, preferí seguir sentada, porque necesitaba mantener cierta distancia para armarme de valor y poder confesarle la verdad.

Inspiré dos veces y Stephan, sin entender por qué de pronto estaba tan rara, llevó una mano a mi trasero y me lo acarició de una forma muy agradable. Si no estuviera a

punto de hablar, lo habría animado a seguir.

—Parece que se te haya comido la lengua el gato —dijo, subiendo aquella tentadora mano por mi espalda.

Un gesto tranquilizador pero insuficiente.

—Verás, hay algo que no puedo callar más tiempo.

Esa frase hizo que se detuviera y me prestase más atención.

—Bueno, supongo que hoy es la noche en la que ambos nos confesamos —comentó y me di cuenta de que hablarme de los horrores de su día a día había tenido efectos beneficiosos, pues se mostraba más relajado.

La tensión se había evaporado, aunque me temía que iba a regresar en breve.

—Cyprien no es hijo de Charles —conseguí decir.

Stephan me miró y después parpadeó. A buen seguro intentando asimilar la noticia.

—Pues si te soy sincero... no sé muy bien qué decir.

Por su tono, supe que más bien se apiadaba de Charles. Sin duda llegó a una conclusión errónea y que, la verdad, me dejaba a mí en muy mal lugar, pues daba por hecho que me había acostado con otro hombre, aparte de él, por supuesto. Era cierto, pero mi aventura con Phineas no había tenido consecuencias de ese tipo.

—Supongo que debo solidarizarme con él. Sé bien lo que se siente —apostilló y supe que intentaba no mencionar lo obvio, pues recordar ciertos asuntos del pasado nos amargaría la noche.

—Creo que no me he explicado bien. —Hice una pausa, respiré y me armé de valor para dar el último paso—: Cyprien es hijo tuyo.

Se incorporó de repente para que sus ojos estuvieran a la altura de los míos y se quedó mirándome fijamente.

—¿Cómo? —preguntó tras unos angustiosos segundos.

—Es cierto. Supe que estaba embarazada un mes después de que aparecieras por Londres, cuando yo...

—Ornela —me agarró de los hombros, sacudiéndome—, ¿pretendes tomarme el pelo? ¿Es que nunca dejarás de ser tan inmadura? ¿Te diviertes atormentándome con tus extravagantes ideas?

Negué con la cabeza.

—No, Stephan, esto no es una invención ni nada que se le parezca.

—Había llegado a pensar que madurarías con el tiempo, que, al ser madre, tu carácter impulsivo y caprichoso se refrenaría y hasta hace unos minutos creía que, en efecto, eras una mujer diferente, pero esto... —A medida que hablaba, su tono se iba endureciendo.

—¿Por qué iba a inventarme algo así? ¿Qué ganaría yo con ello? —lancé esas preguntas esperando que se diera cuenta de que no era ningún juego.

—Tenerme a tus pies, como siempre. Divertirte... hinchar tu ego... ¡qué sé yo! Siempre has sido retorcida y capaz de cualquier cosa con tal de salirte con la tuya.

Sus acusaciones se asentaban sobre una base cierta, pero Stephan debía comprender que ya no me comportaba tal como él decía, no al menos siempre.

—Podía haber callado, que nunca supieras la verdad; sin embargo, al oírte hablar, al verte tan desesperado, he querido decírtelo. Me parecía injusto para ti ocultártelo por más tiempo.

—¡Una curiosa forma de darme ánimos, supongo! —exclamó con sarcasmo—. ¿Piensas que así tendré más cuidado cuando entre en combate? ¿Que luego volveré corriendo a suplicar tu cariño para que te rías de mí?

—Ya tienes un hijo reconocido, eso debería bastar para que tu comportamiento fuera prudente —repliqué y mis palabras surtieron efecto, pues pareció percatarse de que había dicho un montón de estupideces.

—Un hijo al que no estoy viendo crecer.

—Lo sé, y yo soy la primera en sufrir por ello. Por eso quiero que sepas la verdad.

Suspiró y se dejó caer en la cama, tapándose los ojos con el brazo doblado. Su resignación era evidente.

—¿Y cómo...? Me refiero a si Charles lo sabe.

—No, él no lo sabe —admití en un murmullo, porque entendí que Stephan, como hombre, se ponía en el lugar de Charles—. Mentí a todo el mundo. Cuando me puse de parto, dije que se me había adelantado y, como esas cosas ocurren, nadie sospechó.

—¿Nadie? ¿Ni siquiera él?

—No. Además Charles es incapaz de tenerle rencor a un niño. Puede que no te guste escuchar esto, pero a Alexander lo trata como si fuera su propio hijo. Desde el principio.

—No, no me molesta. Ese hombre, como tú dices, os cuida a ti y a los niños, por tanto, no puedo enfadarme.

—Cyprien nació en enero. Fue un alumbramiento complicado, pero gracias a Camille todo salió bien.

—Un nuevo motivo para estar en deuda con la señora Bonnet.

—Ella sospecha, pues Cyprien no nació flacucho, al contrario, pero ha guardado silencio. —Suspiré, aunque no pude contenerme y agregué con sarcasmo—: Por lo que veo.

—Quiero verlo. A él y a Alexander.

—No es posible. Eso podría confundir a Alexander. Ya empieza a recordar personas y cosas y si te ve, sin darse cuenta, podría mencionar algo sobre ti.

—¿Qué tiene Cyprien, once meses?

—Sí, haz una sencilla resta y te darás cuenta de que todo encaja.

—¿Sabes, Ornela?, lo peor de todo esto es que, como ya te dije una vez, eres la única mujer a la que perdonaría cualquier cosa y a la que, por desgracia, creo ciegamente.

## Capítulo 30



A pesar de mis miedos, acabé durmiéndome y, cuando me desperté, me encontré con la mirada de Stephan fija en mí. Solo me miraba. Recostado de medio lado y con la cabeza apoyada en un brazo doblado, tenía una expresión serena y, dadas las revelaciones de la noche anterior, eso era todo un logro.

—Buenos días —murmuró y yo suspiré, porque a buen seguro mi aspecto debía de ser horrible.

Despeinada, con los ojos hinchados... Una imagen muy alejada de mi impecable aspecto habitual que tanto me esmeraba en cuidar.

—¿Cuánto tiempo llevas observándome? —pregunté, molesta por su escrutinio.

—El suficiente —musitó y entonces recordé sus duras palabras sobre los estragos que, entre otras cosas, hacía en el sueño su día a día en el frente.

Me sentía en inferioridad de condiciones, pues a Stephan, a pesar de todo, se lo veía desaliñado pero atractivo, algo que a mí seguro que no me ocurría.

Resoplé ante tan ambigua respuesta; sin embargo, no me quedaba más remedio que aceptar la realidad. No estaba en mi casa, rodeada de mis comodidades, y no había podido arreglarme. Ninguna doncella había acudido para peinarme y perfumarme.

—Deja de mirarme —protesté y, como si fuera una niña pequeña, agarré la sábana y me cubrí por completo.

Eso le hizo gracia y se asomó por debajo, buscando mi rostro, sin borrar su expresión divertida.

—¿Desde cuándo eres tan tímida?

—No es cuestión de timidez —repose—. Sencillamente, debo de estar horrible y no me gusta que me veas así.

De nuevo se echó a reír antes mis peregrinas excusas para esconderme debajo de la sábana y la verdad era que, visto de manera objetiva, parecía de lo más absurdo, teniendo en cuenta lo que habíamos llegado a hacer juntos en nuestra vida y la noche anterior. No obstante, con la luz del sol inundando la habitación, aquella situación me resultaba más incómoda. Era ridículo pero me sentía insegura ante su mirada.

—Vanidosa hasta las últimas consecuencias —comentó en tono bromista.

Bueno, viendo la parte positiva, al menos se divertía con mis apuros.

Yo gruñí e intenté apartarme, pero me fue imposible, pues, lejos de atender mis deseos, Stephan se coló bajo la sábana y se situó encima de mi cuerpo, dejándome sin posibilidad de escapatoria. Su boca muy cerca de la mía y nuestras respiraciones acompasadas.

—Deja de sonreír —le pedí gruñona.

Enarcó una ceja y me aprisionó aún más fuerte entre su cuerpo y la cama. Colocó las manos a ambos lados de mi cabeza y adoptó una actitud de lo más arrogante.

Había perdido peso, pero su presencia física seguía imponiendo. Me miró y supe que estaba controlándose para no reírse con más ganas aún, mientras mantenía la mirada fija en mí, sin duda pensando cómo ponérmelo todavía más difícil.

—De acuerdo entonces, si no quieres que contemple tu hermoso rostro, tendré que conformarme con otra parte de tu anatomía.

Tardé demasiado en reaccionar, pues su tono amistoso me despistó por completo. Por no mencionar, por supuesto, su mirada, que me dejaba absorta. Sin duda, lo propio de una mujer enamorada.

—¡Stephan! —chillé, cuando se deslizó hacia abajo y metió la cabeza entre mis piernas.

Todo en un veloz y único movimiento que me dejó indefensa.

—¿Sí?

Su tono guasón saltaba a la vista y yo me retorcí, porque tras la noche anterior no había tenido ocasión de asearme y me sentía incómoda.

—¡Quítate de ahí! —grité, pero mi intento de cerrar las piernas se vio frustrado: él tenía los hombros colocados a modo de palanca, así que no me quedaba más remedio que intentar no mortificarme con lo que estaba a punto de suceder.

A cada amago de resistencia por mi parte, Stephan disfrutaba aún más. Como buen conquistador, un poco de lucha lo incentivaba.

—Ni hablar —me contradijo y sentí su aliento junto a mi sexo, unos segundos antes de que sus labios atraparan mi clítoris.

—Stephan, por Dios, deja que antes me asee —imploré sonrojada.

—¿Crees que a estas alturas tu cuerpo me va a provocar algún tipo de rechazo? —preguntó tan serio que me dejó clavada en el sitio.

Durante unos segundos se quedó con la vista fija en mí, a la espera de que yo rebatiese sus palabras.

No lo hice y él acarició mi sexo despacio, con la yema del dedo, mirándome. Yo tragué saliva intentando deshacer el nudo que se me había formado en la garganta. Aquello era demasiado intenso para mí.

—Cielo santo... —jadeé y, rendida por entero a su boca, alcé la pelvis y pasé las piernas por encima de sus hombros, encontrando así la postura perfecta para disfrutar de sus atenciones.

Me conocía bien, demasiado bien, y eso significaba que sabía cuándo ser brusco y cuándo incluso causarme dolor, que con rapidez contrarrestaba con la caricia más sutil o el beso más ardiente. En el lugar exacto.

Estuvo así unos minutos, solo su boca sobre mi sexo, mientras sus dedos presionaban la parte superior de mis piernas para mantenerme abierta e inmóvil. Lo segundo era mucho más complicado, pues yo me retorecía sin parar.

De repente cambió el ritmo y pasó a sujetarme solo con una mano. Continuó clavándome los dedos y proporcionándome así esa pizca de dolor que con su lengua equilibraba. Con la punta recorría cada pliegue, cada recoveco, despertando cada

punto sensible de mi sexo y yo, incapaz de hacer otra cosa, gemía y me retorció a la espera de alcanzar un clímax sorprendente; para ello, nada mejor que penetrarme con un dedo al mismo tiempo que me saboreaba, como empezó a hacer.

—Nunca me canso de lamer tu coño, nunca —dijo, tomándose un breve respiro antes de volver a devorarme.

Y no solo con su boca, pues introdujo un dedo más, dilatándome de tal forma que recibía tanta estimulación interior como exterior y eso fue definitivo.

—Stephan...

—Mmm...

—Más fuerte...

—No me presiones, voy al ritmo que más me gusta.

—... estoy al límite.

—Lo sé y quiero saborearlo. Córrete, Ornela. Hazlo en mi boca. Déjame disfrutarlo. Deja que te lleve al clímax sin tú hacer nada.

Cumplió la promesa. Comenzó a meter y sacar los dedos a una velocidad irresistible y todo sin dejar de excitar mi clítoris con la punta de la lengua. Llegó un momento en que esa brusquedad me resultó dolorosa, pero aun así fui incapaz de detenerlo. Incluso deseaba que fuera todavía más agresivo, que me hiciera daño, cualquier cosa, porque eso significaría que estaba viva; viva junto a él.

—¡Stephan! —grité, sin ningún tipo de restricción. Sin tener en cuenta que alguien podía oírme.

Alcancé un arrollador orgasmo, pero él, en vez de dejar que me relajara, continuó su ataque. Mi extrema sensibilidad hacía que cualquier toque, por leve que fuera, lo sintiera amplificado y eso me permitió alargar la sensación de placer.

Desmadejada sobre las arrugadas y ásperas sábanas, vi cómo Stephan, con los movimientos de un depredador antes de abalanzarse sobre su presa tras una ardua persecución, se ponía de rodillas frente a mí. Yo doblé las mías, pese al agotamiento, en una clara invitación a que me penetrara, pero él negó con la cabeza y, mirándome a los ojos, agarró su erección y comenzó a masturbarse.

—Observa cómo reacciona mi cuerpo al verte. Ninguna otra mujer ha conseguido algo así —musitó, dejándome obnubilada e irremediabilmente perdida para siempre.

No me perdí un solo detalle. Pude observar sus gestos, su expresión a medio camino entre el goce y la tensión. Su mano seguía apretando, friccionando su polla y yo me di cuenta de que, mientras follábamos, me perdía una gran cantidad de detalles.

Quería alargar la mano, ser yo la que le proporcionara placer, por liviano que fuera; no obstante, me mantuve quieta, dejé que continuara. Yo estaba a su entera disposición. Cualquier cosa que necesitara de mí nunca se la negaría.

Era hermoso contemplarlo, disfrutar de su placer y sentirme observada al mismo tiempo, como si le sirviera de inspiración.

—Ornela...

Su gemido me indicó que estaba muy cerca y quise sentirlo contra mí. Me puse de rodillas y, sin interferir en sus movimientos, empecé a besarlo en la boca, notando en sus labios mi propio sabor.

Entonces, justo cuando tensó la mandíbula y echó la cabeza hacia atrás, yo coloqué mi mano sobre la suya mientras se corría, manchándonos a ambos, algo que no me importaba en absoluto. Más bien al contrario.

Estaba a punto ir a buscar algo con lo que limpiarnos cuando llamaron a la puerta. Me sobresalté y miré a Stephan, esperando sus instrucciones.

—Cúbrete —me indicó alerta, abandonando su actitud relajada. Su precaución habitual había reaparecido y eso me intranquilizó.

Él se puso en pie, cogió una de las sábanas que habían caído al suelo y se la enrolló alrededor de las caderas, para acto seguido acercarse a la puerta, levantar el tranco y entornarla un poco.

—Gracias —fue lo único que dijo antes de volver a cerrar y darse la vuelta con una enorme bandeja, llena de comida, en las manos. Ante mi cara, decidió darme una explicación—. Esta mañana, al amanecer, William ha venido a entregarme unos documentos y le he pedido que nos trajera el desayuno.

—¿Ha entrado aquí mientras yo estaba durmiendo?

No me preocupaba que me hubiese visto dormida, sino desnuda.

—No ha visto nada, puedes estar tranquila. Me he ocupado de cubrirte —explicó, aunque no me dejó muy convencida.

—No sé si darte las gracias o volcar esa bandeja sobre ti.

—Desayunemos, ¿te parece? Su llegada ha sido de lo más oportuna.

—Eso no lo tengo tan claro, cinco minutos antes y...

—Y hubiera tenido que darle con la puerta en las narices.

Compartimos la comida con aquel buen humor que ambos parecíamos tener. No hacía falta hablar de lo ocurrido la noche anterior. Cada uno sabíamos muy bien cuál era nuestro cometido y, por tanto, evitar discutir o enfrentarnos verbalmente era una agradable forma de comenzar un nuevo día.

Yo tenía que ocuparme de mis cosas, entre otras, buscar el modo de que Stephan pudiera ver a sus hijos sin que Alexander se diera cuenta. Para ello recurrí a Camille, que entendió a la perfección mis recelos y encontró la solución idónea.

Como el clima acompañaba, pensó que podríamos salir al patio con los niños y así Stephan los vería desde la ventana. Me gustó su propuesta y lo organicé todo para llevarla a cabo.

Aproveché para darles a las niñeras unas horas libres, mientras Camille, Claire (que inexplicablemente se había separado un rato de William) y yo salíamos al precioso patio, decorado con la artesanía típica de la zona, y donde, además, gracias a las muchas plantas, la temperatura era más fresca. Dejé que un inquieto Alexander correteara por allí, mientras sostenía a Cyprien en brazos. Miré hacia arriba, a la ventana del cuarto que ocupaba, y, si bien no se lo distinguía con claridad, supe que



Stephan no nos quitaba ojo.

Me emocioné sin poderlo evitar, pues sabía lo mucho que para él significaba aquello, pero mucho más para mí. Después de haberle confesado la verdad sobre Cyprien, temí que lo rechazara de plano y, si bien al principio se sorprendió, acabó aceptándolo, lo que me dejaba más tranquila.

Me hubiera gustado que estuviera allí abajo, junto a nosotros, y que, como un antiguo romano, cogiese a Cyprien en brazos y lo elevase a la vista de todos, reconociéndolo así con un solo gesto. No obstante, sabía que aquello era imposible. Se tendría que conformar con verlo de lejos.

Pasamos un buen rato allí, sin otra cosa que hacer. Claire, a mi lado, se encargaba de vigilar a Alexander y de nuevo noté el cariño que ella sentía por mis hijos. Había estado a mi lado en los momentos más cruciales y, a pesar de todo, nunca me había fallado. Podía acusarla de ingenua, incluso de tonta, también de sacarme de mis casillas cuando preguntaba sobre asuntos que a mí se me antojaban absurdos, pero siempre sabía comportarse. Por eso me propuse que de una manera u otra consiguiera su deseo.

—Necesito un consejo muy personal —le susurré a Camille, que ahora sostenía a Cyprien, que ya intentaba erguirse y caminar.

—Ornela, tú tienes tendencia a desoír los consejos —me reprochó, pero sin ser muy severa, con lo cual me dio la impresión de que solo deseaba recordármelo.

—No es para mí —aduje, mirando a Claire correr detrás de Alexander, mientras este se escabullía entre algunos huéspedes.

Una circunstancia perfecta para que no advirtiese nuestra conversación.

—Te escucho.

—Es sobre Claire.

Camille me miró y creo que la edad da una perspectiva increíble, pues su expresión me dio a entender que sabía de qué quería hablarle.

—Sé que conoces mil remedios caseros para la tos, la piel enrojecida, para tener el pelo más suave, para eliminar manchas, para no quedar en estado... —enumeré los más habituales, antes de plantear la verdadera cuestión—: ¿Y para quedarse preñada?

Ella me miró y suspiró.

—Nada me gustaría más que ayudar a esa pobre chica a cumplir su sueño, Ornela. Lamenté tanto, tanto la muerte de su bebé.

—No nos valen las lamentaciones —interrumpí su letanía, pues no era el momento de compadecernos. La situación exigía mirar hacia delante.

—Pues me temo que ningún remedio, como tú los llamas, puede hacer ese efecto. Es una mujer débil, en nada se parece a ti, y creo que un nuevo embarazo podría ser perjudicial para ella —aseveró, lo cual frustraba mis esperanzas.

—Pero... pero ¡eso es tan injusto...!

—Por desgracia, sí, es lo más injusto del mundo, sin embargo, debemos asumir la realidad.

—Tu actitud tan derrotista no nos ayuda —le recriminé, porque seguía pensando que tenía que existir algún recurso.

Conocía a muchas mujeres que, aun con aspecto enfermizo, habían dado a luz a hijos sanos.

—Puede que no siempre esté de acuerdo con tus decisiones —prosiguió Camille—. Bien sabe Dios lo mucho que he sufrido por ellas, pero en el caso de esa muchacha debo decir que gracias a ti está hoy aquí con nosotras, alegre y dispuesta a vivir.

—Eso no me basta —mascullé, porque no quería aceptar tan pronto la derrota.

¿Cómo iba a ser posible que multitud de mujeres se quedaran embarazadas cada día sin desearlo y Claire, que sí lo quería, no pudiera estar entre ellas?

—Acéptalo, Ornela, y no empieces a elucubrar.

—No, me niego a rendirme. En cuanto pongamos un pie en Londres, pienso visitar a cuanto cirujano, comadrona o incluso curandera encuentre.

Camille me cogió una mano y me dio unas palmaditas, aunque por su expresión saltaba a la vista que pensaba que todo eso sería una gran pérdida de tiempo y de dinero.

—Lo único imprevisible es el teniente, que no sé cuándo va a volver a aparecer —añadí malhumorada, pues ninguna técnica ni consejo surtiría efecto si William no echaba una mano.

—Si te sirve de consuelo, rezaré por ella, porque se obre el milagro. Es lo único que podemos hacer.

Eso último, viniendo de una mujer que hacía mucho había renegado de la fe, igual que yo, era sin duda alguna deprimente. Bien sabía yo que la fe no había intervenido en ninguno de mis dos embarazos.

—No creo que Dios vaya a hacer nada... —mascullé.

—Sube con Cyprien a la habitación —me dijo Camille tras un rato de silencio—. Estoy segura de que el capitán agradecerá el gesto.

De nuevo me hacía una magnífica sugerencia. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

Me puse en pie y, sonriendo ante la perspectiva de que Stephan pudiera tener a su hijo en brazos, me encaminé hacia allí ilusionada.

—Ya me ocupo yo de Alexander —agregó con una sonrisa cómplice.

Subí con mi hijo en brazos a la habitación y, una vez allí, llamé a la puerta. Por absurdo que pareciese, estaba nerviosa. Stephan había aceptado la verdad, pero ahora iba a tener delante la prueba tangible de mis palabras.

Al no obtener respuesta me inquieté; no obstante, empujé y la puerta se abrió. Me quedé atónita, pues, aparte de vacía, la estancia estaba inmaculada. Alguien, con toda seguridad una camarera de la posada, lo había dejado todo impoluto. La cama hecha y las almohadas bien ahuecadas. El lavamanos recogido y una jarra de agua limpia con dos vasos en el aparador.

Y, lo que más me llamó la atención fue una bañera, situada en la esquina. Eso sí, vacía, pero con un poco de suerte enseguida podría disponer de agua caliente.

Dejé a Cyprien, cansado de estar en mis brazos, en el suelo, donde se puso a gatear, mientras yo me sentaba en una esquina de la cama, pensando dónde podría estar Stephan, pues no me había dejado ningún mensaje.

Claro que, pensándolo bien, hacer eso habría sido una temeridad, pues si alguien inapropiado leía esa nota, su seguridad podría verse comprometida.

Me quedé quieta, mano sobre mano, esperando que ocurriera algo, observando los progresos de mi hijo mientras intentaba, agarrado al borde de la cama, ponerse en pie y caminar, cosa que no lograba, pues se tambaleaba y se caía sentado. Lo intentó dos veces más y, ante su fracaso, optó por lo seguro y siguió gateando.

Me acerqué a la ventana y miré a Alexander, que, infatigable, no dejaba de jugar, volviendo loca a Claire y hasta molestando a otros huéspedes, aunque, como suele pasar con los niños, se lo perdonaban todo.

Respiré hondo y pensé en lo que tenía por delante. Cada vez me costaba más hacerme a la idea de regresar a la que hasta hacía bien poco hubiera llamado mi casa. Lo que más me preocupaba era no saber cómo sería recibida por Charles y cómo retomaría mi vida conyugal.

No pude seguir pensando en ello porque oí el chasquido de la puerta y me di la vuelta para agacharme junto a Cyprien, que continuaba gateando, ajeno a mis inquietudes.

Stephan hizo acto de presencia, vestido como hacía mucho que no tenía el privilegio de verlo. Parecía otro, ataviado con un uniforme nuevo, muy bien peinado y rasurado. Con aquella ropa impecable y sus brillantes botas de montar, había recuperado su porte y me recordó al hombre que me intrigó y me excitó cuando lo vi por primera vez.

—Siento una terrible envidia —le dije con una sonrisa.

Él miró hacia abajo y fijó su atención en el niño.

—Si te soy sincero, ha sido como tomar un reconstituyente. Gracias a las habilidades de William y su capacidad de negociación, he podido darme un baño como no recordaba y también me ha conseguido ropa nueva.

—No me gusta estar en deuda con él —murmuré y él sonrió, pues bien sabía que nuestra supuesta enemistad era solo eso, supuesta.

Hacía mucho que el teniente y yo habíamos aceptado la situación; simplemente nos limitábamos a no perder la costumbre de lanzarnos dardos verbales. Unas veces más envenenados que otras.

Nuestra distendida conversación era una sutil forma de hacer que aquel momento fuera más sencillo. Stephan se acuclilló junto al niño y yo respiré cuando lo vi cogerlo en brazos.

Tuve que sentarme porque me temblaban las piernas debido a las intensas emociones que sentí en ese instante. Stephan lo sostuvo mirándolo embobado, como

si no pudiera creérselo. Yo tampoco pensé que aquello pudiera hacerse realidad.

## Capítulo 31



La noticia que hacía un par de días me hubiera alegrado recibir llegó a última hora de la tarde. Un escueto mensaje del capitán Garisteas informándome de que su navío ya estaba listo para partir y que por la mañana podríamos levar anclas y emprender el último tramo de nuestro viaje.

Dejé la nota a un lado y me puse a pensar una cosa que, debido a la aparición de Stephan, hasta entonces había pasado por alto. ¿Cómo habían sabido William y él que tendríamos que hacer una escala obligada en Cádiz?

Entonces seguí la senda de la sospecha. Claire le escribía a William con regularidad, con ese dato yo ya contaba, pero tenía que haber algo más, porque el servicio postal era muy deficiente y las cartas podían o no llegar, o hacerlo demasiado tarde.

Cuando tras la cena subí a mi alcoba, consciente de que era la última noche que Stephan y yo pasaríamos juntos, y de que solo él podría explicármelo, no perdí el tiempo.

—¿Quién, de todos los que me acompañan, tramó este plan para recalar aquí?

Él, lejos de sentirse sorprendido ante mi perspicacia, se cruzó de brazos divertido y me señaló la bañera, ahora llena de agua, mientras con un gesto burlón me indicaba que me metiera.

—Su baño está listo, condesa.

—Esto es un vil y despreciable chantaje.

—¿Tanto se me ha notado? —comentó risueño—. Está bien, disfruta de este privilegio y te pondré al día. En la medida de mis posibilidades.

Fue una delicia desnudarme con la ayuda de Stephan, que se comportó, porque no quería que se me enfriara el baño, y además sabía que después estaría a su entera disposición.

—Habla —exigí una vez sumergida en el agua.

Él me colocó una toalla doblada bajo la nuca para que pudiera recostarme.

—Fue relativamente sencillo.

Cogió una esponja, le frotó jabón y empezó a pasármela por una pierna. Yo lo miré de reojo, pero supe que ese momento había que disfrutarlo con los ojos cerrados.

—Explícate.

—William recibió una carta en la que Claire le explicaba que emprendíais el camino de regreso. Le dio bastantes detalles sobre el barco, el nombre del capitán... en resumen, un buen informe. —Continuó con mi aseo, ahora con la otra pierna.

—Vaya con Claire —murmuré, pero no había ni rastro de reproche en mi voz, pues sabía que siempre se lo contaba todo a su esposo. Incluidos detalles que yo consideraba aburridos e irrelevantes.

De haber podido escribirle yo una misiva a Stephan, a buen seguro que habría

sido mucho más interesante.

—William, no me preguntes cómo, consiguió hacerle llegar una carta a Garisteas, dándole instrucciones para que efectuara cuantas maniobras estuvieran en su mano para la que travesía fuera más lenta de lo normal; de esa forma, o él o yo podríamos llegar a tiempo.

—¿Y lo de la avería?

—Me temo que respecto a eso tú eres la única culpable —comentó divertido.

—¿Cómo?

—A mí no me sorprendió saberlo, pues te conozco. Eres muy arrogante, querida, tanto, que un hombre como Garisteas decidió darte lo que podríamos llamar una lección.

—Me va oír... —farfullé, porque haberme hecho pasar tan mal rato no tenía justificación.

—Si quieres pisar suelo británico sin sufrir ningún contratiempo, yo que tú reprimiría mi carácter —me recomendó riéndose, pues sabía que lo más probable era que desoyera su consejo.

—Ese hombre tiene una opinión muy equivocada sobre las mujeres y sus obligaciones.

—No es el único —contestó entre risas.

—Veo que te divierte.

—Pues sí, no te lo voy a negar —convino, regodeándose.

—Me parece injusto hacernos pasar a todas ese sufrimiento y tenernos más de seis horas encerradas en un camarote fingiendo una avería, solo con objeto de darme una lección.

—Supongo que sí, pero nos garantizó que no sufriríais ningún daño.

—No veas cómo me consuela oír eso —rezongué, porque la historia me estaba amargando el ansiado baño.

Medité sobre ello y, bueno, tendría que aceptar el consejo de Stephan, pero desde luego me iba a costar una barbaridad mantener la boca cerrada ante las salidas de tono de Garisteas y sus opiniones sobre la presencia de mujeres a bordo.

Como Stephan parecía inclinado a hablar, decidí aprovechar la coyuntura.

—Hay algo que quería preguntarte...

—No siempre voy a poder responderte —dijo en tono de disculpa.

—Confío en que puedas hacerlo.

Respiré y lancé el primer desafío:

—¿Cómo puedes mantener tu falsa identidad a salvo si ahora te presentas como capitán delante de tus tropas? ¿No tienes miedo de que alguien ate cabos y la noticia llegue a Londres?

—Ornela... —me advirtió, porque había tocado un tema delicado.

Bueno, tenía que intentarlo y, ante mi fracaso, me di cuenta de que Stephan necesitaba un aliciente.

—Hagamos una cosa —propuse—. Comparto este delicioso baño contigo —gemí exagerando, para tentarlo aún más— y tú compartes conmigo cierta información.

Plantearlo sugerentemente, recurriendo a mi cuerpo y a lo que Stephan podía obtener de él me pareció un modo más adecuado que presentar batalla abierta y exigirle respuestas. Algo que ya había intentado en el pasado con desiguales resultados.

—Tentadora... sugerente... provocativa... —murmuró, hundiendo una mano en el agua hasta llegar a mi sexo. Por supuesto, cerré las piernas—. Negarme lo que a buen seguro me vas a ofrecer más tarde no te servirá de nada —añadió arrogante.

—Eso está por ver, ¿no te parece?

Lancé mi reto y vi con satisfacción que empezaba a quitarse la ropa. En apenas dos minutos estaba frente a mí desnudo y excitado.

Me moví dentro de la bañera para que pudiera acomodarse. Lo hizo detrás de mí, de tal forma que me sentía rodeada por completo por su cuerpo.

—Huelga decir que todo cuanto aquí hablemos aquí debe quedarse. —Asentí y no le recordé que hasta ese momento ni una sola palabra había salido de mi boca—. Muy bien. Cuando conseguí escapar del presidio, me puse en contacto con mis superiores y les comuniqué que ya no podía seguir manteniendo la doble identidad. Tuve que llevar a cabo una última misión para que Hannah pudiera integrarse en ciertos círculos y después me marché.

No dije nada sobre la señorita Lakerwood, pues, al fin y al cabo, lo había ayudado a escapar. Eso sí, esperaba que en un futuro no quisiera cobrarse el favor.

—Entonces, pese a sus reticencias, logré que me reintegraran a mi puesto. Creo que jugó a mi favor la falta de oficiales con experiencia y mi hoja de servicios. Acepté un riesgo y por ello me trasladaron aquí, para ayudar a frenar al mariscal Victor, que intentaba romper la defensa del puente sobre el río Zuazo. Algunos de los hombres que me conocían hicieron preguntas, que yo respondí con la versión oficial de que me habían capturado y dado por muerto. De todas formas, cuando tienes el enemigo tan cerca, cualquier apoyo resulta bienvenido y no se mencionó más el tema.

—¿Y si alguien regresara a Inglaterra y dijera algo sobre ti que llegase a oídos de tus enemigos?

—Puede resultar difícil de creer, pero en un ejército, lo primero es la obediencia. Y además la mayoría de los soldados ni siquiera saben leer y escribir, por lo que no se preocupan de quién o quiénes dan las órdenes. Las cumplen y ya está. No se cuestionan nada.

—Pero ¿no tienes miedo de que alguien...?

—Es un riesgo con el que contamos; no obstante, mientras esta maldita guerra continúe, ese es el menor de mis problemas.

Había respondido a mis preguntas, algo bastante inusual, así que le estaba más que agradecida por ello.

Aproveché la circunstancia de que estábamos desnudos y, sin dudarlo, me di la

vuelta y me senté a horcajadas sobre él. Con habilidad, logré que su polla quedara bien encajada entre mis piernas, pero sin llegar a penetrarme.

—¿Debo considerar tus evidentes maniobras como un justo pago por la información obtenida? —preguntó de buen ánimo, lo que le valió un suave y tentador balanceo de mis caderas, además, por supuesto, de la respuesta adecuada.

—Si hubiera sabido antes lo sencillo que era sonsacarte, me habría ahorrado incontables desengaños.

Enarcó una ceja, pues ambos sabíamos que eso no era cierto, pero el ambiente distendido y la conciencia de que era la última oportunidad que teníamos de estar juntos antes de mi partida hicieron que todo resultase sencillo. Fingir era un buen camino.

Acuné su rostro entre mis manos y me acerqué despacio a su boca. Él me sujetó de la cintura, intentando colocarme mejor, pero yo anduve lista y lo evité. Me acerqué despacio, humedeciéndome los labios hasta hacer lo mismo con los suyos. Stephan se quedó quieto, expectante ante mi siguiente paso. No cerré los ojos hasta el último momento y lo besé, muy lentamente, dejando que nuestro beso fuera adquiriendo intensidad a medida que nos excitábamos.

Los gemidos de ambos empezaron a mezclarse. Sus manos ya no permanecían inmóviles sobre mi cintura, sino que comenzaron a elevarse hasta alcanzar mis pechos y así poder acariciarlos. Primero la sensible curva inferior; una engañosa caricia, pues pronto atormentaría mis pezones, tal como yo ansiaba.

—Estate quieta y déjame penetrarte —exigió ante mi descarado comportamiento.

Sentía la presión de su polla entre mis piernas y esa fricción constante me procuraba un gran placer.

—Todavía no —susurré, besándolo para acallar sus protestas.

Su maniobra de distracción sirvió al menos para que me devorase la boca y para que mis, ya de por sí, sensibles pezones sufrieran bajo sus manos nuevos tormentos.

—Mujer cruel... —murmuró.

Y para hacerme saber que solo me dejaba jugar durante un rato, enredó su puño en mi cabello y tiró de él, forzándome a echar el cuello hacia atrás y así elevar mi pecho, lo que le permitió pasar de pellizcarme con los dedos a succionar con los labios.

Como pude, metí una mano entre nuestros cuerpos y agarré su miembro. Me elevé lo justo para, aprovechando su erección, poderme frotar contra él con más precisión.

—Métela ya, Ornela —ordenó desesperado.

Bien conocía yo esa sensación, pues deseaba tanto o más que él sentirlo en mi interior. Disfrutar de la sensación que solo experimentaba cuando su miembro me dilataba, antes de que empezara a moverse.

—Mmm...

—No deberías jugar con eso —masculló, atacando sin piedad uno de mis



pezones.

Con el balanceo de ambos, parte del agua se estaba saliendo de la bañera; de nuevo acabaríamos con el suelo perdido, lo que suscitaría el recelo de las camareras del establecimiento, pero fuimos incapaces de detenernos.

Cuando sentí que ya no podía más y con Stephan gruñendo impaciente, me dejé caer despacio, y, si bien me encantaba ser penetrada con brusquedad, en esa ocasión preferí que fuera tan delicado como excitante.

—Vas a acabar conmigo —suspiró, sin duda agradecido.

—Lo dudo —repliqué.

Al estar a horcajadas sobre él, podía controlar el ritmo, ser yo quien imponía la velocidad, lo que me permitió jugar. Apretaba los músculos internos de tal forma que Stephan siseaba, para luego permitirle que embistiera desde abajo, pero deteniéndolo cuando se me antojaba.

Aferrada a sus hombros, mi cuerpo se movía al compás que mi instinto más primario me dictaba, sin importarme nada más, pues sabía que, gozando yo, él también lo haría. Además, sus resoplidos y jadeos me indicaban que, pese a sus protestas, aquello le estaba resultando tan gratificante como a mí.

—Apriétame, Ornela...

Su ruego me excitó y obedecí, porque de esa forma lo sentía mucho más. Puede que todo cobrara mayor intensidad al saber que nuestra despedida estaba cerca, pero me pareció que nunca antes había disfrutado tanto en aquella postura, que, si bien no era nueva, sí me reportaba nuevas sensaciones que experimenté mientras me acercaba a un explosivo clímax.

—Joder... esto es demasiado bueno para ser real...

—Lo sé, lo sé —musité, entregada por entero a él y a las sensaciones de mi cuerpo.

—No voy a poder aguantar mucho más —añadió con uno de sus característicos gruñidos y yo supe que necesitaba el toque de gracia.

—¿Qué demonios estás haciendo? —me gritó, cuando me aparté.

—Espera y verás.

Dentro de las reducidas dimensiones de la bañera, logré darme la vuelta y volver a colocarme a horcajadas, pero esta vez dándole la espalda.

Stephan entendió qué tramaba y me ayudó, sujetándose la polla para no perder un segundo y volver a penetrarme. Me rodeó la cintura con un brazo para sujetarme y yo, al tener las manos libres, deslicé una de ellas hacia abajo, de tal forma que pude tocar la base de su erección, y desde allí la desplacé hasta sus testículos, que sostuve en mi mano, dispuesta a presionar cuando lo creyera necesario.

Noté su tensión, pues el brazo con el que me rodeaba me agarró con más fuerza, pero yo no iba a desistir de mi idea. Entonces impuse un ritmo vertiginoso, moviéndome sobre él como si estuviera poseída, y comencé a apretar y soltar. Lo repetí una y otra vez, salpicando a nuestro alrededor y jadeando sin control, hasta que

la tensión que se había acumulado en mi bajo vientre se liberó.

Respiré hondo y continué moviéndome con igual frenesí hasta que Stephan me mordió en el hombro.

—Ya me puedes soltar —dijo entre dientes, mordiéndome otra vez.

Me reí. No me había dado cuenta de que, absorta en el momento, seguía apretando sus testículos, causándole cierto dolor. Un dolor de los que nada tienen que ver con el placer erótico.

—Será mejor que salgamos de aquí —propuse y ambos nos incorporamos.

Al ver el estropicio nos echamos a reír, pero ninguno hizo nada por limpiar.

Desnudos, nos fuimos directos a por la comida, que nos aguardaba sobre el aparador, y por primera vez no tuvo que decirme nada sobre la cantidad que ingería, pues estaba famélica. Stephan sonrió con aprobación ante mi actitud. Por supuesto, eso hizo que me tomara el pelo sobre cómo me iba a poner, sobre reventar las costuras de mis trajes o hundir barcos con mi peso. Sus tonterías me hicieron reír a carcajadas, de tal forma que al beber directamente de la jarra de vino, me puse perdida. Eso derivó en un debate sobre cómo resultaba más apropiado limpiarme y al final se impuso la teoría de que desperdiciar vino en época de escasez era un pecado y acabé tumbada en la cama, a la espera de que él me limpiara con su lengua.

En momentos como esos conseguía olvidar lo que nos rodeaba, la incertidumbre sobre nuestro futuro y las demás incógnitas sin resolver.

Cuando ya no quedaba ni una sola migaja de pan y ni una gota de vino, nos acostamos y, como siempre, adoptamos la postura en la que nos gustaba dormir.

En esa ocasión no tuve que hacer esfuerzos para permanecer despierta. Intuía que conciliar el sueño no me iba a ser fácil.

—¿Me escribirás al menos? —pregunté, con la esperanza de saber con regularidad sobre su paradero.

—Me temo que no.

—¿Por qué?! No puedo estar día sí y día también sin saber nada de ti. No quiero conformarme con las indirectas que William incluye en las cartas a su esposa.

—Pues tendrás que conformarte con ello.

—No lo entiendo...

—En primer lugar, sería peligroso. Hay espías por todas partes y podrían interceptar cualquier carta. Y dado tu país de nacimiento...

—Pero ¿qué tiene que ver eso? Podrías utilizar otro nombre, solo yo sabría la verdad.

—Por desgracia, me temo que en estos tiempos que corren cualquier indicio, por ridículo que te parezca, puede ser considerado sospechoso.

—Nunca he hecho nada que incite a pensar así.

—Pero tus opiniones sobre la guerra, que a partir de ahora deberás guardarte para ti misma, no serían bien recibidas por mucha gente.

—Eso es una estupidez. Pensar que una guerra solo trae desgracias no me parece

indicio de traición.

—A mí tampoco, pero cuando miles de jóvenes están perdiendo la vida a manos del ejército francés...

No hizo falta que completara la frase, sabía a lo que se refería.

—Sigo pensando que es absurdo, no obstante, seguiré tu consejo —acepté a regañadientes.

—De todas formas tienes una buena coartada. Por mucho que me duela aceptarlo, estar casada con un conde inglés te da cierta respetabilidad.

No quise seguir con la conversación, pues no me apetecía hablar de mi relación con Charles, a la que por cierto me tendría que enfrentar en breve.

Por eso aquella noche, aproveché el tiempo al máximo, ya dormiría en el camarote.

Besé a Stephan y dejé que todo siguiera su curso natural.

## Capítulo 32

—Ay, Ornela... ¡le voy a echar tanto de menos! —suspiró Claire a mi lado.

Observábamos cómo quitaban la pasarela por la que habíamos subido a bordo y desde cubierta podía ver a William en el muelle, serio, sin perderse un detalle de nuestra partida. Estaba segura de que se esforzaba en permanecer adusto e inexpresivo para que Claire pudiera partir sin tanta angustia.

Se acercó a mí y la abracé, porque vi que a duras penas intentaba contener las lágrimas. Yo sabía que la despedida iba a ser difícil, pero confiaba en que su lado optimista mitigara un poco el dolor producto de la separación.

—Por Navidad a buen seguro le darán un permiso —dije, más animosa de lo que parecía aconsejable.

—Pero hay tantas leguas de distancia, que el pobre llegará agotado...

En eso tenía toda la razón; sin embargo, al menos tenía el consuelo de que a medio plazo podría verlo, escribirle, esperarlo; yo, en cambio, tendría que mantener silencio, mirar hacia otro lado y fingir que todo aquello no me destrozaba por dentro.

Claire se apartó de mí y se secó las lágrimas, aunque la llantina le iba a durar aún un buen rato más. Era una suerte para ella, poder expresar sus sentimientos.

—Oh, lo siento, Ornela, lo siento, no me he dado cuenta —se disculpó, abrazándome de nuevo—. ¿Cómo puedo ser tan insensible?

La miré sin entender a qué se refería. Una mujer casada, ante la ausencia de su esposo, puede darse el lujo de llorar y suspirar hasta quedar rendida. Es más, era lo que se esperaba de almas tan frágiles como nosotras.

—¿De qué hablas? —murmuré, para que el capitán Garisteas que rondaba por allí no oyese nada y despotricara una vez más sobre el sexo débil.

Suspiró, se limpió la nariz con un pañuelito, miró al horizonte y después a mí.

—Yo aquí, suspirando por William y quejándome por no poder verlo en muchos días.

—Lo comprendo. Puedes dar rienda suelta a tus sentimientos, nadie te va a juzgar mal por ello —la tranquilicé, para atenuar un poco la pena que tenía la pobre.

—No es por mí.

—No te preocupes, William sabe cuidar de sí mismo —dije con prontitud, para que se la pasara el disgusto.

—Sufro por él, sí, pero también por ti.

—¿Por mí? —pregunté, sin comprender su razonamiento.

—Sí por ti. Porque estás a mi lado, ofreciéndome tu apoyo incondicional una vez más cuando tú... —Negó con la cabeza—. No sé cómo tengo el atrevimiento de llamarme tu amiga, con la poca consideración que estoy teniendo.

—Tranquila —contesté, dándole unas palmaditas—, no tienes por qué reprimir tus sentimientos.

—No, no solo son mis sentimientos.

—Sé que para William también es complicado, pero no dudes de él ni un segundo.

¿Quién me iba a decir a mí que acabaría defendiendo a ese granuja con tanto ahínco?

—Es por el cap... —se detuvo a tiempo y vi como miraba a su alrededor, preocupada por si alguien había oído algún retazo de la conversación.

—No voy a negar que me gustaría que las cosas fuesen de otra manera bien distinta —admití también yo en voz baja, sorprendida por el motivo de su congoja.

—Si pudiera hacer algo...

—Ya lo haces, querida Claire —la animé con cariño, porque no quería que se disgustara tanto—. Acompañarme y darme tu apoyo es suficiente.

—Es tan poca cosa...

—Para mí significa mucho.

—Mientras viva, siempre estaré a tu lado, te respaldaré.

—Gracias.

Era una promesa en la que creí sin dudarle, pues para una mujer como Claire, el honor y la palabra lo eran todo. A veces me irritaba con sus dudas o con sus inseguridades, pero poco a poco iba entendiéndola mejor y creo que bajo mi influencia aprendía a ver las cosas de otro modo.

No quise ser testigo de cómo nos adentrábamos en el mar, así que bajé a mi camarote y me tumbé. Necesitaba descansar, no solo por el trasiego de la noche anterior, sino porque, antes de veinticuatro horas, mis compañeras de viaje mostrarían los primeros síntomas de mareo y a mí no me quedaría más remedio que estar al pie del cañón.

Los dos primeros días de viaje fueron tranquilos, a pesar de que me hubiera gustado decirle cuatro cosas a Garisteas, pues no dejaba de provocarme con sus ácidos comentarios. Algunos de los tripulantes le reían las gracias, como no podía ser de otro modo viniendo del capitán, pero por suerte había un par de marineros que se sentían abochornados y así me lo hicieron saber.

—No se lo tenga en cuenta, señora condesa —me comentó el cocinero, un tal Philipo.

—Es muy difícil no recriminarle su actitud —respondí altiva.

—Tiene que entenderlo. Su mujer...

—¿Lo abandonó? —sugerí, recurriendo a lo más probable. Yo habría hecho lo mismo.

—No exactamente.

La historia prometía y, si bien no era el lugar adecuado para una dama, acompañé a Philipo a la cocina para así escuchar el resto.

—Usted no debería estar aquí —dijo él y yo le sonreí coqueta, porque, todo había que decirlo, el hombre estaba de muy buen ver.

—Lo sé, pero será nuestro pequeño secreto, ¿verdad?

—Prométame que nada de esto saldrá de aquí.

—Prometido. Desembuche —exigí.

—¡Una condesa no habla así! —exclamó él, riéndose.

—No siempre he sido condesa —repliqué, porque no me avergonzaba de mi origen.

Philipo se puso un mandil y empezó a ocuparse de sus quehaceres, sopesando qué tipo de información, o mejor dicho, cuánta información le convenía darme. Ser desleal con su capitán podía acarrearle problemas, porque, al fin y al cabo, yo no era más que una pasajera a la que no volvería a ver.

—Su esposa lo traicionó —murmuró sin mirarme, concentrado en la tarea de limpiar pescado, algo bastante desagradable, la verdad—. Él se hizo a la mar y ella decidió acompañarlo.

—Mmm, ¿y acabó hastiada de él? —pregunté animada, pues si cualquiera de mi género le había devuelto el golpe, me solidarizaría con ella sin dudarlo.

—No —negó con la cabeza y se rio ante mi ocurrencia—. Al principio se adaptó más o menos bien a la vida del mar, pero todos intuíamos que una mujer así... caprichosa, por decirlo de alguna manera, acabaría volviendo loco a más de uno.

—¿Y qué ocurrió?

—Lo inevitable —contestó—. Empezaron a surgir roces entre la tripulación, porque ella no sé si para llamar la atención o para pasar el rato, coqueteaba con algunos o bien alentaba pequeñas enemistades.

—Vaya...

—Así que algunos, cansados de tantos dimes y diretes, le fueron con el cuento a Garisteas y él, como hombre enamorado que era, no dio crédito a las habladurías, lo que hizo que ella, al enterarse, aún se volviera más pérfida.

—Supongo que al final Garisteas se dio cuenta de que sus hombres no mentían.

—Sí, por desgracia así fue, pero de la peor manera posible. Y todo ello después de enfrentarse a unos cuantos. Al final hasta hubo un duelo, y todo por esa embaucadora. El capitán mató a un hombre por esa zorra.

—¿Y qué fue de ella?

El cocinero guardó silencio y yo empecé a pensar lo peor. ¿La había matado con sus propias manos? ¿La había entregado a un comerciante de esclavos? ¿La había repudiado públicamente?

—¿Philipo? —insistí ante su silencio. No podía dejarme con la intriga.

—La abandonó en... un burdel.

—¿Eso hizo?

—Según sus propias palabras, si tanto disfrutaba provocando a los hombres, que al menos sacara provecho para vivir, porque él no pensaba darle ni una moneda.

Pensé en la historia y pude entender, aunque no justificar, la actitud del capitán. Lo que me parecía desmesurado era que culpara al resto de las féminas de lo que una

cabeza hueca le hizo. Era como si una mujer, enterada de la infidelidad de su esposo, decidiera meter a sus hijos en un monasterio para que no hicieran desgraciada a ninguna dama.

Dejé que Philipo continuase con sus obligaciones, porque, una vez satisfecha mi curiosidad, no tenía sentido permanecer allí y menos aún acabar oliendo a pescado.

Los días transcurrían como estaban previsto, así que a no mucho tardar arribaríamos a Plymouth y, desde allí, en carruaje hasta Londres.

A cada milla que recorriamos crecía mi inquietud, pues, a pesar de pensar una y otra vez en todo a lo que tendría que enfrentarme, no lograba hacerme a la idea y se me hacía muy cuesta arriba. Algo tan simple como volver a vivir en aquella casa, que hasta no hacía mucho consideraba un palacio, me angustiaba.

¿Cómo iba a ser capaz de convivir con un hombre si a cada segundo estaría pensando en otro?

Charles era muy buena persona, pero llegaría un momento en que mi actitud evasiva lo llevaría a hacerse preguntas y yo no me veía con la paciencia suficiente como para fingir.

Si algo había aprendido durante mi estancia en Santorini era a sentirme libre de ataduras, en todos los sentidos. A disfrutar de un sencillo paseo por la playa sin preocuparme por si mi vestido no era el adecuado, a ver el sol cada mañana y a no estar encerrada día tras día porque no dejaba de llover.

Podía parecer estúpida quejándome de eso, cuando en Londres mucha gente malvivía o trabajaba de sol a sol por un mendrugo de pan; no hacía falta que nadie me recordase lo que era pasar frío en invierno y hambre todo el año; sin embargo, ahora que había conocido la sencillez de aquella isla, no encontraba el modo de volver a soportar todas las restricciones a las que debería someterme una vez estuviera en suelo británico.

Y por si eso no fuera una losa lo bastante pesada, quedaba el espinoso asunto de mi país de nacimiento.

Después de tantos años viviendo bajo las normas británicas y respetando sus costumbres, iba a tener que vigilar mucho más qué hacía o qué decía para no ser tachada de antipatriota. Si ya de por sí se consideraba impropio que una mujer expresara sus ideas políticas o sus creencias más allá de la moda y demás tareas domésticas, hacerlo sobre la absurda guerra que se libraba en el continente era poco menos que motivo de destierro. Algo absurdo, pues lo que a mí en realidad me enervaba era la pérdida de vidas humanas y las heridas que tardarían años en cicatrizar.

—Estás muy callada —murmuró Camille una noche, cuando tras la cena todos se fueron a descansar y yo, ante la imposibilidad de conciliar el sueño, me quedé en cubierta, arriesgándome a coger una pulmonía. Me había abrigado bien, pero aun así no terminaba de entrar en calor.

Al día siguiente alcanzaríamos la costa inglesa y yo me sentía como si fuera a

entrar en prisión.

—No tengo nada agradable que decir —murmuré, arrebujándome aún más.

—Algo te preocupa y, si bien todos tenemos nuestros quebraderos de cabeza, en tu caso pueden resultar impredecibles.

Fue una regañina a medias, pues me recordaba que en el pasado no había actuado conforme se esperaba de mí, pero tampoco parecía que pretendiera echar sal en la herida.

Miré un instante a la mujer que siempre había estado conmigo y me pregunté cómo era posible que, a pesar de mis muchas salidas de tono, ella siguiera ahí, apoyándose.

—No entiendo tu lealtad, Camille.

—Quizá porque aún te falta comprender muchas cosas que solo a lo largo de los años se pueden aprender.

Sus explicaciones siempre iban por el mismo camino: mi supuesta inmadurez. Me hastiaba sobremanera que todos me viesan de esa forma. Si bien tenía veinticinco años, llevaba sobre mis hombros cargas más pesadas que otras mujeres de mayor edad.

—Sigo sin comprenderlo. Podrías retirarte, vivir sin complicaciones y en cambio sigues aquí. ¿No te gustaría tener tu propia vida? ¿No depender de las decisiones de nadie?

Camille negó con la cabeza antes de responder:

—No dependo de nadie, no al menos en la medida que tú crees. Y sí, podría buscar una pequeña propiedad, retirarme, sin embargo...

Se detuvo y yo me aventuré a buscar una razón.

—¿Por qué nunca te casaste o tuviste hijos?

Ella me sonrió con tristeza. Buscó mi mano por debajo de las capas de ropa y me dio un apretón.

—Ya sabes que tú eres como una hija para mí.

—Camille, ¿alguna vez me responderás a la pregunta sin desviar la conversación?

Suspiró y apartó la mirada un instante. Seguramente buscaba una explicación que no revelara más de la cuenta. Como siempre.

Guardaba demasiados secretos y siempre me daba la impresión de que nunca podría conocerlos.

—Fueron tiempos muy convulsos...

—Lo sé, pero aun así...

—Sabes tan bien como yo lo importante que es para una mujer su origen. Lo que llega a condicionar su vida. En la mayoría de los casos, el matrimonio es un contrato a perpetuidad, en el que hay una parte beneficiada que por norma general no es la femenina.

—Vaya... me has leído el pensamiento.

—Tu caso es diferente, no lo niegues.



—Yo no estaría tan segura. —Nada más decirlo, me di cuenta de que ella otra vez había desviado la conversación.

Ponerme a la defensiva no era una buena estrategia. Quería saber más cosas de aquella mujer, algo que hasta el momento ni siquiera había intentado. Un error imperdonable y que me dejaba a la altura del betún, pues ella había cuidado de mí y de mi madre como si fuera de la familia. Sin pedir nada a cambio. Muy pocos sirvientes eran tan leales, ni por el mejor de los jornales.

—Pero sigues eludiendo la cuestión. Cuando mi padre vivía, podrías haberte casado. Estoy segura de que él te tenía aprecio y que no se hubiera negado a que lo hicieras. Incluso te habría dado una generosa dote.

—Tu padre era un gran hombre, eso no lo dudes nunca.

De nuevo fidelidad sin fisuras, pero nada que desvelase sus motivos, así que probé otra ruta.

—¿Fue mi madre quien se negó a prescindir de tus servicios como doncella?

—No —se apresuró a responder—. Es más, ella piensa como tú. Que no debí renunciar a formar mi propia familia.

—¿Y por qué lo hiciste entonces?

—Por comodidad. Por seguridad.

—Es una explicación bastante vaga, ¿no crees? —comenté, a punto de resignarme, porque aquella conversación no tenía visos de ir a ninguna parte.

—Ornela, a veces, en la vida, se presentan situaciones que te exigen tomar una decisión, sabiendo que no podrás dar marcha atrás.

—Qué me vas a contar... —repliqué, pensando en mis propias decisiones y en cómo iba a afrontarlas una vez pusiera un pie en tierra.

—Escogí este camino y, por tanto, ahora no voy a lamentarme.

—Pero yo quiero saber por qué —repetí obstinada—. Fuiste joven, seguro que tuviste algún pretendiente.

—Sí, lo tuve —me confirmó.

—¿Y?

—No fue lo que yo esperaba.

—¿Te engañó, te hizo daño, te abandonó?

—Era un hombre casado.

Di un respingo. De todas las posibles razones, nunca pensé que Camille, con su férrea disciplina, sus estrictas normas y sus eternos sermones morales, fuese una mujer que hubiera sucumbido a los encantos de un hombre casado.

—Me dejas sin palabras.

—Todas hemos sido jóvenes y estúpidas. Por eso, a medida que se cumplen años, te das cuenta de que las decisiones hay que meditarlas mucho y de que, pese a ello, también pueden ser erróneas.

—Camille, ¿disfrutaste al menos?

Ella enarcó una ceja ante mi pregunta cargada de picardía.

—¡Ornela! —exclamó en tono de regañina ante mi atrevimiento.

—Es lo único que puede compensar ciertas estupideces que cometemos —me defendí.

—Te aseguro que el precio es demasiado alto.

Con esa terrible sentencia, me retiré a mi camarote, entendiendo que Camille había contravenido una norma fundamental, había cometido el «terrible pecado» de caer víctima de las artimañas seductoras de un hombre casado y que, por tanto, una vez conocida su deshonra, no podía aspirar a un matrimonio aceptable. Ante la disyuntiva, había preferido una vida de soledad al servicio de mi familia.

Bueno, al menos, protegida por mis padres, había podido vivir con relativa comodidad, eso sí, renunciando a muchos placeres.

A todas luces injusto, aunque por desgracia real.

## Capítulo 33



*Londres. Verano de 1811*

No sé cómo, pero había logrado sobrevivir a una vida de enclaustramiento y hastío. Ahora llegaba una nueva Temporada, la monotonía de siempre. El frío, la ausencia de tardes soleadas para pasear... Recién cumplidos los veintiséis, estaba a punto de asistir a una especie de recepción que, por insistencia de Claire, habíamos organizado.

Se trataba más bien de una excusa para reunir a amistades en una especie de acto social en el que la única finalidad era comer, ver y dejarse ver, disfrutar de un día de sol si el tiempo nos acompañaba y fingir que las malas noticias que llegaban sobre la guerra en el continente no existían.

Tras mi regreso, cada día se me hacía más cuesta arriba comportarme como la perfecta condesa.

Todo comenzó en el mismo momento en que me bajé del carruaje y Charles, como siempre pendiente de mí, salió a recibirme, ofreciéndome una educada bienvenida. No se podía calificar de fría, pero sí de convencional. Tras más de seis meses de ausencia, cualquier otro esposo hubiera reaccionado con más brío, pero él no. Se había limitado a darme un beso en la frente.

Tampoco yo me mostré muy elocuente al expresar mis sentimientos.

A pesar de ello, me había propuesto ser otra persona. Durante el viaje había pensado mucho, llegando a la conclusión de que quería reorganizar mi vida, empezando por fijar mis prioridades, y ambas tenían un nombre: Alexander y Cyprien. Por ellos estaba dispuesta a refrenar cualquier conato de rebeldía, cualquier comportamiento mínimamente reprochable, aunque eso supusiera ir apagándome poco a poco.

Me costaba sonreír y, para que nadie me preguntara qué me ocurría, fingía dolencias, como hacían todas las matronas. Charles era quien más entusiasta se mostraba, pues no dejaba de repetirme lo bien que me había sentado el viaje y lo bien que iba a ir todo a partir de ahora, que había vuelto.

Claire sospechaba algo, pues durante nuestros largos paseos por la finca me miraba y, aunque callaba, percibía en sus ojos que sabía que por dentro me estaba consumiendo. Pero ninguna de las dos nos atrevíamos a mencionar en voz alta la verdadera razón de mi estado de ánimo.

Quien sin duda se percató también de todo fue Camille. Con ella no podía fingir y mis escapadas a su casa eran cada vez más frecuentes. Allí podía relajarme, abandonar mi papel. Pero luego tenía que volver a adoptarlo, ponerme la máscara y actuar como si no pasara nada.

Y allí estaba yo ahora, frente a mi tocador, dándome los últimos retoques antes de bajar al salón de baile y atender a mis invitados. Charles, como no podía ser de otro modo, me esperaba para ofrecerme el brazo y bajar juntos.

—Decir que estás radiante sería una descripción muy pobre, quería mía —dijo, besándome en la mejilla, justo antes de adentrarnos en la sala, donde nuestros invitados nos observaron.

Los susurros sobre que éramos la pareja perfecta empezaron a recorrer la estancia, así como los consabidos saludos.

Yo quería salir al jardín y limitarme a mirar al cielo. Imaginar que me encontraba bajo el terso firmamento de Santorini y que, si me apetecía, podía descalzarme y dar un paseo por la playa. O desnudarme y meterme en el mar. En mi imaginación me esperaba un amante, pero no uno cualquiera, solo él, Stephan.

A veces hasta sentía miedo de pensar en él por si se me escapaba su nombre, aunque fuera en susurros. Otra crueldad a la que debía hacer frente.

—¿Estás bien? —me preguntó Claire, que había salido al jardín a buscarme.

—No —musité y por primera vez en muchos años me eché a llorar delante de otra persona.

Ella me abrazó, limitándose a estar allí conmigo.

Como toda crisis de llanto, terminó remitiendo y, por prudencia, esperamos a que mis ojos no mostraran síntomas de lo que había pasado.

—Si no quieres entrar, puedo inventarme una excusa y disculparte.

—¡Claire, por Dios, en cuanto alguien te pregunte, te pondrás colorada o empezarás a tartamudear! —exclamé con una sonrisa ante su propuesta.

—Pero yo... yo estoy aprendiendo de ti. Bueno, no quiero decir que tú seas una mentirosa, tan solo yo... —balbuceó apurada.

—Tranquila, lo que dices es todo un halago —dije.

Al final seguramente sí terminaría aprendiendo un poco (muy poco) de mí, pero lo más importante era que yo también aprendía de ella.

—¿Sabes? —Miró al cielo y después a mí—. A veces echo de menos nuestra vida en Santorini. Muchos días imaginaba que William se presentaba allí sin avisarme y que yo casi me moría del susto.

Suspiré, porque me había leído el pensamiento.

Me hubiera gustado quedarme allí con ella, hablando de cualquier cosa antes que regresar al asfixiante salón de baile; sin embargo, el deber me llamaba y tuve que sonreír durante unas horas más antes de poder retirarme.

Al terminar la fiesta, Charles me comunicó que le gustaría visitarme esa noche y yo, metida en mi papel de esposa perfecta, accedí. Así había sucedido varias veces desde que regresé. Me tendía en la cama, a oscuras, y esperaba a que mi marido viniera. Y en esa ocasión las cosas no sucedieron de forma diferente.

A pesar de ser encuentros tan carentes de pasión, pues la planificación todo lo estropeaba, yo seguía intentando disfrutar del lecho conyugal. Por alguna extraña

razón, me empeñaba en creer que Charles terminaría dándose cuenta de mis necesidades como mujer.

Llamó a mi puerta y esperó a que yo le indicara que pasara. Incapaz de soportar una noche más abirme de piernas para acabar insatisfecha, me había puesto una de mis más exquisitas piezas de lencería. Una frivolidad que había adquirido pensando en otro hombre, pero que decidí mostrar ante mi marido. Un riesgo, ya que Charles nunca había sido amigo de tales libertades.

—Buenas noches, querida esposa —murmuró, entrando en mi cuarto con su habitual serenidad.

Se acercó a mí, que, sentada junto al fuego, permanecía pensativa; una actitud que por otro lado se estaba convirtiendo en algo habitual en esos días. No recordaba haber reflexionado tanto en toda mi vida.

Me puse en pie y dejé a un lado la copa de licor que me estaba tomando para calentarme por dentro, mientras el fuego lo hacía por fuera. Estaba prácticamente desnuda. Charles tragó saliva y noté cómo se debatía entre su reacción natural como hombre y su estrechez de miras como marido.

—Buenas noches. Te estaba esperando.

Caminé hasta él, ya que parecía no querer avanzar en mi dirección, alcé la barbilla y sonreí de medio lado de forma provocadora, esperando que el hombre le ganara la batalla al marido.

—Ornela, ¿qué haces?

—¿Tan malo es desearte? —murmuré sugerente, esperando que me besara.

Él me cogió de las manos, impidiéndome que yo las metiera bajo su bata, y me sonrió de manera condescendiente, negando con la cabeza ante lo que consideraba gestos inapropiados para una esposa.

—Eres tan hermosa, tan impulsiva, mi querida Ornela...

Me besó en la frente y yo empezaba a desesperarme, porque sus palabras, lejos de parecer lisonjeras, no eran más que una muestra de sus anquilosados principios.

Al verme tan dispuesta, cualquiera de mis amantes ya me hubiera cogido en brazos y arrastrado hasta el lecho para satisfacerme, en vez de cuestionarme.

—Y bien sabe Dios —prosiguió, sin soltarme las manos— que contemplarte me produce un gran placer.

—Pues demuéstralo —repliqué, harta de tanto rodeo.

A veces tenía la sensación de que en vez de mantener relaciones sexuales estábamos negociando una transacción mercantil.

—Por supuesto, ya sabes que vivo para complacerte.

Charles me soltó las manos y entonces enganchó la fina tira de mi camisón para apartarla a un lado. Al hacerlo, quedó al descubierto uno de mis pechos, que ya mostraba signos de excitación, aunque no tanto como debería. Seguramente debido más a mi imaginación que a sus caricias, que aún no se habían producido.

Acercó su boca a la mía y me besó. Charles nunca era agresivo, ni voraz, ni nada

que revolucionara cada fibra de mi ser. Solo sabía ser dulce y tratarme como a la porcelana fina.

Continuó dándome besos que apenas me calentaban, por lo que recurrí a mi imaginación, a mis recuerdos, para poder acostarme con mi esposo sin terminar odiándolo.

Si él quisiera podría ser todo tan diferente... Porque, pese a que nunca dejaría de amar a Stephan, era consciente de que mi futuro estaba con el hombre que en ese momento me tocaba, por lo que debía esforzarme al máximo y no anteponer mis verdaderos deseos; no al menos con Charles, pues él nunca cambiaría.

Yo tampoco, aunque reprimiera mis verdaderos sentimientos.

Como en otras tantas ocasiones pasadas, después, cuando me quedaba a solas, eran mis propias manos las que intentaban sofocar mis anhelos, pues siempre que Charles abandonaba mi dormitorio, me quedaba insatisfecha.

Esa noche sentía lo mismo que las anteriores. Sus besos no me molestaban, pero me parecían tan controlados que quería gritar. Sus manos solo tocaban de manera tan superficial que deseaba mostrarle con las mías cómo hacerlo.

Charles me recostó en la cama y se deshizo de la bata. Eso me permitió verlo desnudo, algo bastante raro, pues siempre nos rodeaba la más absoluta oscuridad. Lo cierto era que se mantenía en forma, no como otros aristócratas, que, debido a la vida ociosa, las frecuentes comilonas y los excesos con la bebida, acababan enfermos de gota, deformados e incapaces de dar dos pasos.

Yo me quedé sentada y, cuando él se acercó a mí, me fui echando hacia atrás a medida que su cuerpo se inclinaba sobre el mío.

—Charles...

Con mi exagerado gemido, que, además de mostrar mis dotes interpretativas, que a buen seguro otro hombre adivinaría, trataba de que se caldeara el ambiente y animar a mi esposo.

Fui recompensada con un prometedor beso justo encima de un pecho, antes de que se decidiera a despojarme de mi liviano atuendo, dejándome ante él expuesta y anhelante.

—Eres tan hermosa... Como la única estrella visible en el firmamento en una noche nublada —musitó junto a mi oído.

Comenzó entonces un tímido recorrido con sus manos por mi cuerpo, eso sí, mucho mejor de a lo que me tenía acostumbrada, y poco a poco me fui sensibilizando con cada toque, de tal modo que, lo que al principio de la velada parecía una repetición del guion acostumbrado, fue variando hasta hacer que me sintiera interesada.

Puede que sus poéticas palabras, bienvenidas en otros momentos, me desanimaran levemente, pero como su cuerpo, ahora sobre el mío, me incitaba a pedir más, podía pasar por alto sus pinitos de bardo aficionado.

Entonces, cuando sentí cómo su erección presionaba entre mis muslos, me di

cuenta de que, si de verdad deseaba que mi matrimonio fuera diferente, debía cambiar no solo una parte, sino todo.

De nada servía languidecer día tras día en aquel enorme caserón, que a cada momento me parecía más gris, si no me esforzaba, y, para ello, la mejor forma era sin duda empezar por el principio. Uno de mis errores más evidentes había sido la mentira. Engañar a Charles y, por tanto, a mí misma.

—Espera un instante —dije, apartándome de él.

—¿Ocurre algo? —preguntó con verdadera preocupación, tanta que hasta temí que perdiera su excitación.

Le sonreí con cariño y le acaricié la cara para borrar su expresión de alarma. Él me cogió la mano y me besó los nudillos.

—No —murmuré e inspiré hondo, porque estaba a punto de tomar una decisión que lo cambiaría todo—. Solo es que... —me mordí el labio— necesito ir al excusado.

Charles me miró parpadeando, sin duda a caballo entre el alivio y la incomodidad por que hubiera mencionado un tema como ese, algo que nunca debía hacerse.

—Por supuesto —contestó, aclarándose la garganta antes de apartarse.

Me ofreció su propia bata y yo me la puse. Una vez a solas, me deshice de las esponjas que siempre utilizaba para evitar quedarme encinta. Las sostuve en la mano, dudando si deshacerme de ellas para siempre o solo durante el tiempo necesario.

Respiré y cerré los ojos. Iba a hacerlo. Sería una buena forma de dejar atrás el pasado y de por fin emprender una nueva vida. Tenía que ser así, no había otro modo.

En el último segundo, las guardé sin tener muy claro si alguna vez volvería a usarlas, pues me habían sido muy útiles.

Volví al dormitorio, donde Charles me esperaba sentado en mi cama, cubierto hasta la cintura, como no podría ser de otro modo.

—Ornela... ¿estás bien?

Desde luego, que se mostrara tan solícito podía resultar irritante; no obstante, estaba en su naturaleza y no podía recriminárselo.

Me quedé a los pies de la cama y me deshice de su bata, quedándome desnuda. Quería que reaccionase, que sus manos olvidaran la delicadeza y así poder pasar página. Olvidar que deseaba a otro hombre al que no podía tener.

—Ven aquí —dijo, tendiéndome la mano y yo me subí encima de él. Le rodeé el cuello con los brazos e inicié el beso.

En el guion por el que Charles se regía, desde luego no había cabida para tales atrevimientos, pero me sorprendió, pues me abrazó y dejó que yo tomase el mando. Me gustó esa nueva faceta de hombre sumiso, lo que me permitió excitarme sin recurrir a recordar mis experiencias con otros amantes.

Le aparté la sábana con que se cubría las caderas y así pude sentir entre mis piernas su erección.

—Amor mío... —gimió junto a mi oreja, mientras, quizá siguiendo lo más lógico,

intentaba penetrarme.

—Mmm —ronroneé, sintiéndome cada vez más atrevida, algo que con él nunca había podido ser al completo.

Metí la mano entre mis muslos y atrapé su pene. De esa forma pude colocarlo mejor y frotarme con él, sin dejar que entrara todavía en mí.

Observé cómo Charles se desesperaba, pese a que sus jadeos y su erección no disminuían, signo más que evidente de que aquello le estaba gustando tanto como a mí. Continué por consiguiente mis sinuosos movimientos, mientras nuestras bocas seguían uniéndose. Charles besaba bastante bien, algo que yo siempre había agradecido, puede que sin la rudeza de otros amantes, pero al menos sabía hacerlo sin molestar a una mujer.

—Ornela, tengo que hacerte mía... —gimió, sujetándome las caderas para que abandonara aquel vaivén.

Nos miramos a los ojos y supe que, para él, esas cosas solo las hacían las meretrices. Puede que hubiera habido una vez, la primera vez, que se dejase llevar, sin duda impulsado por el enamoramiento y el deseo que sentía por mí, pero una vez firmada el acta de matrimonio y creyendo tenerme segura, no se atrevía a comportarse con la soltura que yo tanto buscaba.

—¿No te gusta? —pregunté, pasando por alto el significado literal de la frase, porque yo no era de nadie.

—Mi querida esposa... —murmuró y percibí su azoramiento.

—¿Crees que estoy siendo descarada en exceso? —insistí, intuyendo por dónde iban los tiros.

—Ornela, hay cosas que no están bien —repitió por enésima vez.

Me acarició la cara con suavidad. Estando los dos allí desnudos y excitados me parecía ridículo discutir.

—Frenar nuestros verdaderos instintos es absurdo —aduje.

Charles me dedicó una sonrisa que no supe interpretar, pues daba la impresión de que prefiriese no profundizar en el asunto, aunque, por otro lado, continuaba empalmado ante la visión de mi desnudez.

—Yo te amo, Ornela... —Puso una mano en mi nuca para acercarme a su rostro y besarme.

Ese fue el comienzo de un nuevo capítulo de mi sumisión marital, pues Charles se fue encargando de recostarme hasta tenerme bajo su cuerpo, abierta de piernas y supeditada por completo a sus decisiones.

Me prodigó el millón de besos, caricias y palabras románticas de costumbre. Comprobó que yo estuviera lista para recibirlo y, por supuesto, fue delicado y contenido en la expresión de sus emociones.

Yo cerré los ojos.



## Capítulo 34

A finales de agosto, el médico me confirmó la noticia que yo ya sabía. Conocía mi cuerpo, sus cambios y sus reacciones, por lo que nada nuevo podía decirme un médico, pero si me avine a ser reconocida, fue solo para poder hacerlo oficial.

Era lo que había buscado y ya podía respirar aliviada. Durante unos meses mis obligaciones en el lecho marital desaparecerían y gozaría de ciertos privilegios asociados a mi estado de buena esperanza.

Tenía por delante una larga temporada en la que, al estar recluida en casa, podría vivir alejada de las miradas indiscretas y de las obligaciones asociadas a mi condición social. Era uno de mis objetivos, porque de esa manera, reduciendo mis apariciones públicas por un motivo justificado, evitaría el riesgo de que un día perdiera la paciencia y acabara mandando al infierno a más de un pedante que hablaba sobre la guerra sin saber de qué hablaba, cuando ni siquiera había participado en ella.

Otra de las ventajas de mi estado era la total y absoluta admiración de Charles. Aunque, al mismo tiempo, estar ociosa me permitió vigilarlo a él. Porque empezaba a preocuparme.

Desde mi regreso, a finales del otoño pasado, había observado comportamientos extraños, pero que, al ser esporádicos, no les había prestado especial atención. Su ayuda de cámara me comentó la afición de mi esposo a salir de casa a altas horas de la noche, vestido de forma liviana, a contemplar las estrellas, o eso suponía el hombre, pues lo seguía a cierta distancia, sin atreverse a preguntarle nada.

Yo también lo había observado y asimismo sentía cierto temor a preguntar. No solo se pasaba muchas noches en vela, a la intemperie, sino que, además, durante el día se encerraba en su estudio, negándose a veces a dejar entrar a las doncellas para limpiar la estancia. Tampoco comía mucho, lo que repercutía en su estado físico.

Consciente de que no le gustaba que lo molestasen, dudé delante de la puerta de su estudio sobre si contarle la buena nueva, tras la confirmación del médico; sin embargo, terminé por llamar con los nudillos. Mostrarme temerosa de la reacción de un hombre nunca había sido mi estilo.

—¿Charles? —lo llamé, alzando la voz, por si se hallaba absorto en algún libro.

No obtuve respuesta y, confiando en mi suerte, bajé la manija esperando que no se hubiera cerrado por dentro. Hubo suerte. Entré y me lo encontré en camisa, enfrascado por completo en un libro, encorvado sobre él, despeinado. La bandeja de comida estaba olvidada en una esquina, con las tapas de los platos puestas. Sospeché que ni siquiera la había tocado.

—¡Ornela! ¿Ocurre algo? —dijo sobresaltado, al verme en lo que consideraba su santuario y en el que yo no ponía un pie a no ser que fuera una cuestión vital.

—¿Cuánto llevas sin comer? —pregunté, posponiendo la feliz noticia ante mi inquietud por el estado de Charles.

—Querida... no me regañes —me pidió, intentando sonreír.

—Da igual lo que yo te diga, pues siempre obras sin tener en cuenta mis deseos —lo acusé de forma injusta—. En fin...

Me acerqué resignada hacia las ventanas, dispuesta a abrirlas para ventilar aquello. Charles nunca descuidaba su aseo personal, pero aun así se percibía el olor a humanidad y la falta de aire fresco, o puede que yo, en mi estado, no soportara los olores.

Charles se acercó a mí y pude ver sus ojeras, su mandíbula, áspera por la falta de un rasurado reciente, y sentí verdadera pena, así que dejé a un lado la más que necesaria reprimenda y me puse delante de él, le acaricié las mejillas y dulcifiqué mi expresión antes de murmurar:

—Estoy encinta.

Parpadeó mientras asimilaba la noticia y una sonrisa radiante apareció en su rostro, borrando cualquier signo de melancolía.

—¡Dios mío, Ornela! —exclamó lleno de júbilo.

Yo me puse una mano en el vientre, aún plano, y le sonreí. Había sido madre con anterioridad, pero por alguna razón inexplicable esa vez me sentía diferente. Quizá porque no tenía nada que ocultar, pues todo se estaba desarrollando según las normas.

Charles me abrazó efusivo y después se puso de rodillas ante mí para besarme el vientre. Yo lo miré y lo peiné con los dedos. La verdad era que tenía un aspecto muy descuidado. Llevaba el pelo más largo de lo que acostumbraba y la ropa bastante arrugada.

—Charles, por favor, ponte de pie —le pedí, negando con la cabeza ante su comportamiento similar al de un chiquillo.

—Es... es un milagro. De nuevo el Señor nos bendice.

Me abstuve de mencionar que Dios nada tenía que ver con aquello, era mi cuerpo quien sufriría los riesgos y rigores de un embarazo, y que el origen de todo estaba en mi decisión personal de acostarme con mi esposo sin tomar precauciones.

—¿Estás bien? ¿Mareos? ¿Desfallecimientos? —me interrogó obedeciendo y mirándome a los ojos con la inquietud reflejada en ellos.

—No. Todo está bien. Ya he sido madre antes, Charles, por favor. No me atosigues.

—Lo siento, querida mía. No puedo evitar preocuparme por ti.

—Yo también estoy preocupada por ti —repliqué, dispuesta a averiguar qué motivos lo impulsaban a comportarse de una forma tan extraña.

—¿Por qué?

—No soy tan ingenua, Charles. Te he visto salir algunas noches.

Él desvió la vista, pero yo impedí que se apartara de mí. Lo sujeté de la muñeca y le acaricié la cara. Quería que se sintiera confiado, que supiera que yo estaba allí para escucharlo y ayudarlo en lo que fuera preciso.

—Son cosas mías...

—¡No, no lo son! —exclamé interrumpiéndolo—. No puedo mirar hacia otro lado cuando mi marido sale a pasear a horas intempestivas, sin apenas ropa de abrigo y se queda fuera, sin motivo aparente, hasta que amanece.

—A veces... —titubeó y me percaté de que estaba nervioso.

Empezó a pasarse una mano por el pelo, despeinándose aún más, intentando buscar una explicación razonable, aunque lo más probable es que no la hubiera.

—¿Qué, Charles, qué te empuja a comportarte de ese modo?

—Sufro de insomnio —confesó en voz baja.

—¿Y por qué no me lo habías contado? —Yo sabía que aquello era una verdad a medias, pues no explicaba su comportamiento diurno.

—Ya sabes que odio preocuparte.

—Pero soy tu esposa, no puedes mantenerme en la inopia respecto a lo que te pasa.

—Ornela, y en tu estado, más a mi favor. Ya hablaré con el médico para que me recomiende algún remedio...

—Pues hagámoslo ahora —propuse—. El médico aún está en la casa. He pedido que le sirvan un refrigerio antes de que se marche.

—Ornela, mejor hablo yo con él a solas...

—No, no me vas a dejar al margen —me impuse, porque no iba a dejarlo correr, quería llegar al fondo del asunto.

Charles no era feliz y yo tampoco, pero yo sabía por qué. Solo me hacía falta saber sus motivos.

Encontramos al médico y, a pesar de que Charles se resistía a contarle su problema, fui yo quien habló, exponiéndole el asunto. No quise mencionar sus episodios fuera de casa o sus largas horas de encierro en el estudio, pues no deseaba que se sintiera más incómodo. El remedio que nos ofreció fue simple y llanamente láudano.

—No pienso tomar nada de eso —protestó Charles, una vez que nos quedamos a solas.

Me extrañó su reacción, porque lo habitual en él era aceptar, con más o menos resignación, ese tipo de consejos. Intuí que íbamos a tener nuestra primera desavenencia conyugal seria.

—¿Y por qué no? —Su obstinación me sacaba de quicio.

—Porque eso adormecerá mis sentidos, me dejará...

Se dio la vuelta y caminó hasta la ventana. Apartó la cortina y vi cómo hundía los hombros. Saltaba a la vista que al oír mencionar la palabra «láudano» se había puesto a la defensiva.

Me acerqué a él y me quedé detrás, con una mano en su espalda en señal de apoyo.

—Cuéntamelo —le pedí, porque, a buen seguro, tras todo aquello había una historia.

Charles negó con la cabeza.

—No son cosas de mujeres, compréndelo, Ornela.

—¿No son cosas de mujeres? —repetí perpleja—. Soy tu esposa, Charles. Creo que al menos merezco una explicación.

—No me presiones... —masculló y su tensión era evidente—. Déjame solo, por favor.

Hice caso omiso de su petición.

—No, vas a hablar conmigo. Estoy cansada de que me ocultes cosas.

Mis palabras eran un ejercicio de cinismo sin precedentes, pero aun así no di marcha atrás.

—Ornela, por favor. No me encuentro bien...

Reflexioné sobre esto último y llegué a la conclusión de que de momento no iba a seguir insistiendo, pues Charles se había puesto a la defensiva y, por tanto, sería una completa pérdida de tiempo.

Abandoné la estancia, contrariada. Esperaba que la noticia de mi nuevo embarazo eclipsara el resto, pero por lo visto no había sido así.

—¿Ocurre algo? —me preguntó Claire, al verme salir con cara de mal humor.

Entonces caí en la cuenta de que mi estado podía causarle cierta ansiedad por su insatisfecho deseo de ser madre.

—Verás, tengo algo que...

—¿Alguien está enfermo? —me interrumpió con verdadero interés.

—No exactamente.

—Es que acabo de ver salir al médico y me he preocupado.

—No, no es nada serio. Me apetece salir a tomar el aire, ¿me acompañas?

—¡Por supuesto!

Salimos al jardín y nos dirigimos a uno de los bancos de piedra que quedaban a la sombra. Yo buscaba las palabras más adecuadas para comunicarle la buena nueva y no las encontraba.

—Claire... —le cogí la mano y la miré—, el médico ha venido porque yo lo he llamado.

—Pero ¿no estás enferma, verdad, Ornela? Tú eres muy fuerte, nunca te pones enferma... siempre cuidas de todos nosotros...

Vaya, por lo visto me consideraban una especie de persona indestructible, como si nada pudiera afectarme.

—Estoy encinta, Claire —anuncié, porque no existía ninguna otra manera de decirlo y porque, con ella, las indirectas no funcionaban nunca.

—¡Oh! —murmuró, abriendo mucho los ojos.

Yo, por si acaso, no le solté la mano.

—Querida, ya sé que para ti puede ser complicado asimilar que...

—¡Ornela! ¡Qué alegría! —exclamó, interrumpiéndome.

—Yo creía que tú...

—¿Pensabas que me iba a sentar mal? —Yo asentí—. ¡Por favor, querida, me alegro como si fuera yo misma!

Yo la miraba extrañada, porque de Claire y sus reacciones una podía esperar cualquier cosa.

—¿No te afecta?

—Mi querida Ornela. —Me dio un apretón en la mano—. Solo puedo desearte lo mejor. Sí, es cierto, anhelo ser madre; sin embargo, no por no lograrlo voy a volcar en nadie, y menos en ti, mi frustración.

—Gracias, de verdad.

—Pero...

El tono empleado en su objeción me preocupó, pues no aventuraba nada bueno.

—Claire, no te andes con misterios —exigí.

—¿Y él... ya sabes, él...?

—¿Quién?

—Él... —Miró a un lado y a otro, como si me fuera a confiar el mayor de los secretos de Estado—... El capitán. —Esto último lo dijo en un susurro y temerosa de que alguien nos hubiera oído.

Cerré los ojos un instante.

—Tengo que mirar hacia delante. Estoy casada con Charles, eso es lo que importa.

—Ay, lo siento. Pero... —Y suspiró cual dama atormentada, cuando tendría que ser yo quien actuara así—... Pero es que todo es tan complicado...

—¿Por qué? —pregunté, sin estar segura de querer conocer la respuesta.

—Porque, querida Ornela, amar a un hombre y fingir querer a otro es algo de lo que yo no sería capaz. Por esa y otras cosas, siempre te he admirado.

Parpadeé. Esas palabras me venían grandes, pues ella solo conocía una parte de la historia, podría decirse que la parte romántica; en cambio, le faltaba la desagradable, la plagada de medias verdades y rencores.

—No digas que me admiras —refunfuñé, porque las opiniones de Claire siempre me ponían a un paso de la canonización.

—Es cierto. A pesar de ser una mujer, haces cosas a las que ninguna otra se atreve. Eres fuerte, nada parece afectarte...

—No exageres.

—¡Eres un ejemplo a seguir! —remató, para mi más completa desesperación.

—Claire, por favor —me quejé por enésima vez.

—De acuerdo, no te atosigaré más con mis tonterías.

De repente perdió su sonrisa y yo me sentí mal, pues ella, con su buena voluntad, solo expresaba lo que pensaba con sinceridad.

—Te agradezco mucho que me veas así y que me apoyes en todo y que me guardes los secretos.

—A veces me siento tan tonta...

La abracé, porque Claire necesitaba ese tipo de contacto y, la verdad, yo también.

Al parecer, el gesto nos vino bien a ambas y así pudimos olvidarnos de aquella extraña conversación y centrarnos en lo importante.

—Tranquila, ahora la que se pondrá insoportable seré yo —dije, sonriéndole.

—Ornela, puedes contar conmigo para lo que quieras. No te importe llamarme a la hora que sea —se brindó, con su buena disposición habitual.

—Lo sé, lo sé.

Nos quedamos en silencio y, a medida que pasaban los minutos, me di cuenta de que era verdad y que en cualquier cosa que le pidiera, Claire me atendería sin dudar. Quizá iba a ser egoísta, pero si deseaba averiguar qué me ocultaba Charles, ella podría ser de buena ayuda.

—Me preocupan tantas cosas... —confesé con un suspiro exagerado, mientras me ponía en pie.

El sol invitaba a pasear y aunque no tenía el sombrero a mano para proteger mi piel, ya no me asustaba tanto como antes exponerme. Desde nuestra estancia en Santorini había llegado a la conclusión de que no era tan perjudicial como afirmaban las matronas.

Claire se levantó también y, cogiéndome del brazo, empezamos a caminar despacio.

—Te entiendo —convino ella, en aquel tono tan amistoso—. Tienes demasiadas cosas en la cabeza.

—Y ahora... Charles... —lo dejé caer como al descuido y esperé a que su bondad hiciera el resto.

Claire se preocupaba siempre ante cualquier mínima cosa, así que abusé de su disposición natural.

—¿Sospecha algo? —preguntó en voz muy baja, mirando alrededor.

Yo negué con la cabeza y le sonreí.

—No, no es eso —la tranquilicé—. Me preocupa por otros motivos.

—¿Está disgustado con la noticia?

—¡No! —exclamé, antes de que Claire elaborara una enrevesada teoría, como siempre, lo más alejada posible de la realidad.

Se llevó una mano al pecho y noté que se relajaba.

—Entonces, ¿qué le ocurre? Yo... bueno, no quería darte más motivos de congoja, pero he oído algunos comentarios entre los criados sobre él...

Enarqué una ceja. Vaya con la mosquita muerta.

—¿Qué se rumorea?

—Verás... A lo mejor lo dicen por pasar el rato, ya sabes cómo le gusta chismorrear al servicio, pero el otro día yo no podía dormir y me acerqué a la ventana para ver si con un poco de aire fresco conciliaba el sueño y lo vi.

—¿Dónde?

—Sobre el césped, tumbado y... —Se aclaró la garganta y se puso roja como la

grana.

—¡Habla, por el amor de Dios!

—Su atuendo... en fin, que no era el más adecuado.

Cerré los ojos, porque era la confirmación de que algo le ocurría a Charles. Siempre había sido de carácter abúlico y, aparte de su afición por la filosofía y las artes, nada parecía interesarle, de ahí que se pasara horas y horas encerrado en su estudio.

A mí me aburrían sobremanera las grandes teorías filosóficas a las que Charles dedicaba el tiempo, pues, en mi opinión, no se parecían en nada a la vida real. Los sentimientos, las pasiones, no se podían encerrar en las páginas de un libro si antes no se habían vivido, y me daba la impresión de que esos grandilocuentes discursos estaban escritos por hombres, nunca por mujeres, los cuales debían de llevar una existencia anodina.

Esos filósofos no habían sido madres, hablaban de la vida sin saber lo que es traer un hijo al mundo, por lo que todas sus hipótesis se resquebrajaban en el acto. Lo único que hacían era disertar, elucubrar y devanarse los sesos para confundir a otros, entre los que debía de estar mi esposo.

—Por eso necesito tu ayuda —terminé diciendo—. Ahora, en mi estado, no podré vigilarlo y le he pedido consejo al médico. Le ha recomendado láudano para que concilie el sueño, pero se niega a tomarlo.

—A mí también me lo recetaron cuando... —Se detuvo y no hizo falta que continuara para saber a qué se refería. Le di unas palmaditas en el brazo en señal de apoyo—. Y sé por qué no quiere tomarlo —concluyó, dejándome intrigada.

—¿Por qué?!

—Te atonta, te deja los sentidos adormilados e incluso puedes tener pesadillas.

—No lo sabía... —musité.

—Yo prefería pasarme las noches en vela, acostada en la cama con los ojos abiertos, que tomármelo. Le pregunté al médico y me dijo que era normal, pero que también había que tener cuidado, porque podía llegar a ser adictivo. Y me habló de personas que después del tratamiento eran incapaces de dejarlo y hasta se inventaban dolencias para que se lo siguieran recetando.

—Ahora lo entiendo...

Después de eso regresamos a casa. Tenía que hablar en serio con mi esposo, porque, si bien el láudano entrañaba ciertos peligros, sus episodios nocturnos podían airearse fuera de casa y que empezaran a considerarlo un loco, lo que derivaría de inmediato en serios problemas para todos.

No era el mejor momento para tener que ocuparme de aquello; no obstante, contaba con una colaboración impagable.

## Capítulo 35



Los veranos en Londres solían ser aburridos, pues todo aquel que disponía de recursos y una finca se marchaba a su casa de campo o su hacienda, situadas en zonas más salubres. A mí me habría gustado hacer lo mismo, pero debido a mi estado me era imposible viajar. El médico me lo desaconsejó y Charles terminó por imponerse.

En realidad, si yo hubiese querido marcharme, nadie me lo habría impedido, pero hubo una noticia que me hizo aceptar el consejo médico sin rechistar.

Claire, que acostumbraba a recibir con más o menos regularidad carta de su esposo, llevaba ya más de dos meses sin saber nada de él. Por supuesto, fui testigo de su inquietud. Si bien al principio la preocupación que yo le demostraba era más bien fingida, luego empecé a interesarme con sinceridad, pues poco a poco había logrado algo que yo creía muy improbable: que la considerase una amiga de verdad. Aceptaba sus defectos, porque los suplía con creces con el cariño que me demostraba.

Puede que también hubiese un poso de egoísmo en mi muestra de interés, pues gracias a las cartas del teniente yo estaba al tanto de lo que le sucedía a Stephan.

No obstante, en ese caso podía conjugar a la perfección mi carácter egoísta y mi vertiente amistosa.

—Ya sé lo que vamos a hacer —le dije resuelta una mañana, cuando, al ver su cara de angustia durante el desayuno, no pude aguantar más.

—¿El qué? —murmuró, mirándome con lágrimas en los ojos.

—Nos vamos directas a pedir información.

—¿Cómo? ¿Dónde?

Me puse en pie, decidida a acabar con aquella odiosa incertidumbre, y Claire, que me conocía, me siguió escaleras arriba hasta mi dormitorio, donde yo pensaba arreglarme adecuadamente.

—No pensarás... ¡ponerte eso!

Saqué uno de mis vestidos más delicados de verano, en color azul claro, un tono elegante y *a priori* nada escandaloso, aunque su escote sí lo era.

—Pues sí. Tú y yo nos vamos al cuartel, al Ministerio, a donde sea que los militares se escondan y pediremos hablar con los superiores de tu marido.

—Ornela, sabes lo mucho que te agradezco todo esto, pero en tu estado... Si Charles se entera...

—Le diremos que vamos de paseo.

—¿Vestida así?

Fruncí el entrecejo, a veces con Claire no había manera de sacar adelante una idea.

—Me pondré un chal o cualquier otra cosa —dije, empezando a quitarme el vestido color crema de andar por casa.

Claire, resignada, me ayudó como si fuera una doncella y por fin estuve lista. Con



lo que no contaba era con que, debido a mi embarazo, mis pechos, ahora más llenos, hicieran que el escote pasara de ser escandaloso a inmoral.

—¡Nos van a detener! —exclamó ella entre risitas.

—Tú deberías hacer lo mismo —repliqué, mientras cogía uno de mis perfumes.

Llamé a una de las sirvientas que además hacía las labores de peinadora y por fin estuve lista.

Claire, desoyendo mis consejos, se puso un anodino traje color marrón cerrado hasta el cuello y, pese a mis advertencias sobre el calor que iba a pasar, no cedió, por lo que, ataviadas cada una a su manera, subimos al carruaje.

Nuestra primera parada fue el cuartel donde ya estuvimos en una ocasión cuando fui en busca de Stephan. Allí fuimos recibidas con cortesía, pero con frialdad.

Nos hicieron pasar a una sala abarrotada de mujeres de distintas clases sociales. Al ver su expresión, supe que estaban allí por el mismo motivo que nosotras.

Un oficial entró y llamó a una de ellas, que nos miró a las otras con cara de sufrimiento.

—No deben de ser buenas noticias —comentó una morena a mi lado.

—¿Y por qué? —dije yo, sin entender el motivo, pues se suponía que estábamos allí para averiguar algo, así que cuanto antes nos recibieran, mejor.

La desconocida negó con la cabeza.

—Normalmente solo avisan cuando tienen algo malo que anunciar.

Claire me cogió la mano y me la apretó.

—¿Y eso? —insistí, sin importarme que el ambiente de aquella habitación fuera cada vez más asfixiante y que el ventanuco que servía de ventilación fuera insuficiente.

—Cada semana, más o menos, cuelgan una lista en la parte de atrás, donde aparecen los nombres de los soldados caídos en combate o desaparecidos.

—¿Dónde? —preguntó Claire, tirando de mí con la intención de ir rauda a mirar aquel listado.

—Espera, Claire, por favor —le pedí, para ponerme antes al corriente de todo.

—Pero muchas no sabemos leer ni escribir y no nos queda más remedio que esperar aquí. Cuando nos llaman, es que han localizado en la lista el nombre que les hemos dado.

—¡Cielo santo! ¡Qué horror! —exclamé y me sentí un poco mareada y molesta, pues aquel oficial del tres al cuarto nos había confundido con pobres mujeres ignorantes, incapaces de leer una mísera línea.

—Vamos, por favor te lo pido, Ornela —insistió Claire, tirando de mí cada vez más angustiada.

Me puse en pie. Por supuesto que iba a ir con ella a leer aquella nefasta lista y ver con mis propios ojos si el teniente Perlman estaba allí.

—¿Quiere venir con nosotras? —le preguntó Claire a la joven morena, que negó con la cabeza.

—No sé leer —admitió la chica; sin embargo, lejos de avergonzarse, mantuvo la cabeza alta y esperó a que la mirásemos con superioridad.

—Nosotras sí —repuse yo, sorprendiéndome de nuevo ante mi faceta más altruista—. Podemos mirar por usted y así se ahorrará la espera.

El resto de las mujeres allí congregadas prestaron más atención a nuestras palabras y suspiré, pues sus caras me decían que estaban en una situación similar, y que, por tanto, confiaban en que tuviéramos con ellas la misma deferencia.

—Muchas gracias, señora...

—Dios se lo pague...

El coro de agradecimientos continuó y, la verdad, me sentía extraña, pues para mí era algo tan fácil... Cierto que aquellas esposas, hermanas o lo que fueran, llevaban ropas humildes, pero sentían lo mismo que yo cuando, día tras día, se levantaban sin saber nada del hombre que estaba a saber dónde.

—Muy bien entonces —dije junto a la puerta—, pero no pienso salir fuera a soportar el calor, que ese oficial tenga por lo menos el detalle de traerme aquí los papeles.

Abrí la puerta con determinación y, seguida de Claire y otras dos mujeres, fui en busca del soldado que nos había atendido a nuestra llegada. Lo encontré en una pequeña garita, junto a la puerta. Salió de inmediato al vernos allí a todas congregadas.

—Señoras por favor, regresen a la sala de espera.

—No sin antes ser atendidas como nos corresponde —repliqué en mi tono más aristocrático, dejándolo momentáneamente desconcertado.

Disimulé una sonrisa y me deshice de la mano de Claire, que por lo visto no estaba muy de acuerdo con mis métodos.

—Señora...

—Condesa de Seldon, si no le importa —lo interrumpí.

—Condesa, no pueden estar aquí, está prohibido —me informó el pobre chico, al ver mi aplomo y enterarse de mi título.

—Vaya a ver a su superior y dígame que deseo que me traigan una copia actualizada del parte de bajas y desaparecidos. A falta de gente competente, yo misma me encargaré de leérselo a mis compañeras, ahorrándoles así trabajo. ¿O prefiere leerla usted? —Eso último fue un dardo en su autoestima, pues era evidente que el muchacho tampoco sabía leer.

—No puedo...

—¡Hágalo!

—Ahora vuelvo.

Nos quedamos allí de pie, a la espera de que mi requerimiento fuera atendido. Las mujeres que me habían acompañado me miraron con una especie de admiración que me hizo sentir mal, pues me pareció exagerada.

—Ornela, nos vamos a meter en problemas —murmuró Claire a mi lado, sin

separarse apenas de mí.

—Tranquila —respondí, consciente de que me estaba marcando un farol, pues los superiores de aquel soldado podían echarme de allí, o incluso prohibir que volviera a poner un pie en aquel acuartelamiento. Pero tener a aquellas mujeres allí a mi lado me dio la valentía necesaria para no desfallecer.

Oímos unos pasos a nuestra espalda y todas nos volvimos. Un sargento hizo su aparición y nos miró como si fuéramos poco menos que un hatajo de histéricas. Le debían de haber informado de quién era la agitadora, pues vino directamente hacia mí.

Claire me cogió la mano.

—Condesa de Seldon...

Me hizo una reverencia forzada; no obstante, respondí al gesto, pues la buena educación nunca estaba de más.

—Buenos días, sargento. —Arqueó una ceja ante mi tratamiento—. ¿Esperaba acaso que desconociera su grado? —Eso último fue una especie de pulla.

Él se aclaró la garganta y nos miró a todas.

—Sepa usted, sargento, que estoy casada con el teniente William Perlman —intervino Claire, dejándome pasmada ante la pasión que puso al pronunciar el nombre de su esposo—. Y ella —me señaló a mí, dejándome aún más desconcertada— es la viuda del valiente capitán Gardner-Taylor.

En ese momento sí que me quedé anonadada con el increíble gesto de apoyo Claire y por la vehemencia de sus palabras. No titubeé, no se puso colorada, mantuvo la barbilla alta. Le cogí la mano y le di un fuerte apretón.

La cara del sargento no tenía precio y las palabras de ella algo debieron de conseguir, porque el hombre se acercó al soldado que nos había atendido en primer lugar y le ordenó:

—Sírvales a estas señoras un refrigerio y ocúpese de que reciban la lista completa. —Después se dirigió a mí y añadió—: Disculpen la demora, señoras. Buenos días.

Cuando nos quedamos a solas, empezaron los gritos y los abrazos y, si bien en condiciones normales no hubiera permitido que ninguna desconocida me tocara, en esa ocasión no hice ningún gesto de rechazo.

Volvimos a la sala de espera, donde nos sirvieron un té con pastas que yo rechacé. Me di cuenta de que para aquellas mujeres debía de ser todo un lujo y, si bien no demostraron buenas maneras a la hora de comer y tomarse el té, poco se les podía recriminar, pues a buen seguro para alguna sería el primer bocado del día.

Tardaron muy poco en proporcionarnos la lista y yo, con manos temblorosas, me senté rodeada de mis improvisadas compañeras y les fui preguntando el apellido de su ser querido.

Cuando localicé al primero y vi que junto a su nombre figuraba la anotación: «Caído en combate», se me hizo tal nudo en la garganta que no supe reaccionar.

Claire se acercó a ella y la abrazó.

El ánimo de todas fue decayendo, pues al ir leyendo el destino de sus hombres, su reacción de dolor e impotencia era cada vez más manifiesta. Eso reafirmaba mis convicciones sobre la crueldad e insensatez de la guerra, pensamiento que, según me había aconsejado Stephan, debía callar para no buscarme más problemas.

Menos mal que un par de mujeres pudieron esbozar una sonrisa triste al ver que sus esposos figuraban solo como heridos. Una noticia que yo consideré espantosa, pues conocía bien las penosas condiciones de los enfermos en campaña, las horribles intervenciones médicas, las amputaciones, las enfermedades contagiosas... pero al menos significaba que estaban vivos.

Ver de primera mano su sufrimiento me hizo darme cuenta de que yo, que ya había pasado antes por eso, había reaccionado de manera muy similar y que en situaciones como esa, la clase social no significaba nada.

La morena del principio me dio las gracias una vez más, a pesar de tener los ojos hinchados de tanto llorar.

—Condesa, me gustaría, agradecerle lo que ha hecho por mí de algún modo.

—No es necesario...

—Trabajo como costurera, si quiere, puedo remendarle la ropa, lo que sea...

Parpadeé porque no podía ser cierto. ¿Me estaba ofreciendo su trabajo, algo de lo que seguramente dependía para poder comer, a cambio de tan poco?

Yo no sabía cómo responder, pues no quería ser descortés, así que busqué la manera de aceptar su regalo.

—Pues la verdad es que sí que necesito una costurera —mentí. Mis trajes me los confeccionaban en una exclusiva sastrería—. Pero a tiempo completo —añadí, porque a poco que mejorase su jornal, podría vivir con dignidad.

Entonces me acordé de Phineas y su afán de superación, del intercambio que acordamos. Me encargaría de que aquella mujer trabajara en el taller de costura donde yo me gastaba una cantidad indecente de dinero, que ganase un salario adecuado y que aprendiese a leer y escribir.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad, señora Mawson.

—Llámeme Abigail, por favor, condesa.

Refunfuñé, algo que una persona perteneciente a la aristocracia no hace, porque era demasiado injusto que yo, por un simple azar, ostentara un título y Abigail tuviera que dejarse la vista trabajando para poder mantenerse.

—No vuelvas a llamarme condesa, por favor. Mi nombre es Ornela.

—Y el mío Claire —terció mi amiga, sumándose así a mi buena disposición.

—De acuerdo, muchas gracias, señoras.

—Y ahora... —Cogí de nuevo los malditos papeles y miré a Claire de reojo.

Repasé con detenimiento un par de veces los nombres que allí figuraban. Primero por el apellido, después por el grado e, incluso, aun sabiendo de antemano la futilidad

de ello, por el nombre de pila. William no aparecía por ningún lado.

—No sé si son buenas noticias —suspiró Claire, con los ojos llorosos.

—Tranquila, señora Perlman. Confíe en mí, lo son —intervino Abigail, cogiéndola de la mano con respeto, aunque Claire hizo que todo fuera más cercano al abrazarla como si de una vieja amiga se tratara.

Allí no quedaba espacio para las distinciones sociales. Quizá yo era más afín a las teorías revolucionarias francesas de lo que pensaba, pero si una cosa tenía clara era que aquella mujer sentía, padecía y lloraba por su marido igual que yo por el mío.

Como aún tenía entre mis manos aquellos siniestros papeles, eché un vistazo y busqué a Stephan. Era absurdo, o eso al menos me decía la lógica, porque, de ser él una de las bajas, no podría estar en esa lista. Su caso se llevaría con mucha más discreción. Pese a todo, miré y respiré aliviada al no encontrarlo. Puede que se tratara de una mera ilusión, pero al menos me sirvió para que, ante la ausencia de noticias reales, pudiera sentirme mejor.

Un pobre consuelo, desde luego.

A partir de ese extraño día, tanto Claire como yo empezamos a acudir con asiduidad al cuartel, para, en primer lugar averiguar el paradero del teniente Perlman, y en segundo, echarles una mano a aquellas mujeres que esperaban desconsoladas a que alguien tuviera a bien informarles. A nosotras poco nos costaba y eso me permitió conocer la historia de muchos hombres que, llevados por la necesidad, pasaban de conducir bueyes a empuñar una bayoneta. De jóvenes casi imberbes que, sin ningún tipo de conocimiento militar, tenían que ir al frente con una instrucción insuficiente, para defender unos valores que en tiempos de paz eran los que los mantenían en la ignorancia.

Toda una paradoja, pues defender un régimen como aquel por un mísero jornal me parecía una nueva y maquiavélica forma de mantener el estatus de unos pocos privilegiados, que a su vez disponían de medios para evitar ir al frente.

Sí, definitivamente, la guerra en la que todo el continente se hallaba inmerso era, como todas las guerras, absurda.

Cada día, al regresar sin noticias de William, yo no sabía qué decirle a Claire o qué hacer para sosegar su inquietud. El verano se acababa y seguíamos igual. En años anteriores, él había regresado para pasar unos días en Londres, pero en aquella ocasión nada sabíamos de su paradero.

Finalmente recurrí a Charles, para ver si, haciendo valer su título e influencia, obtenía mejores resultados.

—Ornela, sabes que no puedo presentarme allí y exigir que me den información que con toda probabilidad será confidencial.

—No te lo pediría si hubiera otro modo. Claire no puede seguir así —contesté, impaciente por que se aviniera a complacerme.

—Tengo en alta estima a la señora Perlman, bien lo sabes, y me preocupo por su bienestar.

—Pues no lo parece —rezongué molesta.

—Además, sé que es una gran amiga tuya y un apoyo incondicional ahora que estás en estado. Su influencia te beneficia, pero me es imposible hacer nada. Compréndelo.

—Pues si no vas tú, iré yo —lo amenacé.

—¡No puedes ponerte en peligro! —exclamó señalando mi abdomen, que aún no evidenciaba nada.

—Solo te estoy pidiendo un pequeño favor...

## Capítulo 36

Como era de esperar, Charles al fin accedió porque lo chantajeé, no porque estuviera dispuesto a hacerlo, siendo como no era amigo de pedir favores ni de recurrir a influencias.

—No te lo pediría si no fuera una situación especial —argumenté, para terminar de inclinar la balanza a mi favor.

—Querida, sabes que nunca te niego nada, pero yo carezco de las influencias que tú me supones —se justificó de nuevo y, por supuesto, no me rendí.

—¡Eres conde! —exclamé, reprimiendo mi enfado.

—¿Y eso qué importa? —repuso en voz baja.

Yo sabía lo mucho que le pesaba un título que a muchos les encantaría poseer. Él no se daba, o no quería darse, cuenta de cómo podía hacer valer su posición.

—Mucho, Charles. Importa porque eres aristócrata, no un simple hombre, y además nunca te has negado a colaborar con ciertas obras benéficas —le recordé.

Charles era la única persona que yo conocía que hacía las donaciones de corazón, sin esperar nada a cambio.

Me llevé las manos al vientre y suspiré.

Por supuesto, mi estado desempeñó un papel determinante.

Había mil y una supersticiones sobre las embarazadas, sobre sus cambios de humor, sus extraños comportamientos, sus antojos y las posibles consecuencias para el futuro hijo, así que, ante el riesgo de que yo sufriera cualquier contratiempo que malograra la vida que crecía en mi interior, mi esposo recurrió a sus amistades para poder acceder a instancias más altas.

Puede que durante un breve período de tiempo sintiera la necesidad de cambiar, de hacer que mi matrimonio fuera bien distinto; sin embargo, había llegado (bien pronto) a la conclusión de que mi naturaleza era tal como era y que fingir otra cosa solo me supondría un serio quebradero de cabeza. Así que decidí que fingir no me ayudaría a ser mejor persona. Suficiente tenía ya con ser una esposa fiel, más o menos servicial. Y resignada, porque Charles no me había vuelto a visitar desde el instante en que se enteró de mi estado.

Algo previsible, desde luego, y por eso no me enfadé. De nuevo asumí mi papel y me ocupé yo misma de mis deseos o, mejor dicho, mis manos se ocuparon, durante las noches en las que me costaba dormir, porque me había pasado casi todo el día acostada.

Yo había hecho un esfuerzo por llevar el tipo de vida que todos esperaban de mí, pero aceptar tantas limitaciones me ahogaba, así que la única salida que tenía para no acabar amargada era disfrutar del placer en solitario.

Estábamos ya a finales de año y seguíamos sin noticias de William. Desde luego, serían unas Navidades duras para todos. Claire intentaba sobrellevar la ausencia de su

esposo con resignación y lo cierto era que ambas nos sosteníamos mutuamente. Además, continuábamos yendo con regularidad a las oficinas del cuartel. Allí escuchábamos todo tipo de historias, a cuál más triste, pero al menos ofrecíamos nuestro apoyo. Una forma de sentirnos útiles.

A pesar de sus intentos por ocultármelo, Charles seguía comportándose de forma poco convencional. Incluso un día, llegué a sorprender a un lacayo burlándose de él, lo que me llevó a despedirlo en el acto.

Pero mi esposo, lejos de agradecerme el detalle, se encargó de redactarle una carta de recomendación, dejándome así a la altura del betún. Algo que preferí pasar por alto para no ponerme nerviosa.

Lo que no estaba dispuesta a pasar por alto era el encargo que le había hecho. Así que insistí una y otra vez, pese a que Claire se sentía violenta, algo que me irritaba, pero conociéndola, poco podía hacer.

Charles siempre regresaba cabizbajo y negando con la cabeza, pues sus indagaciones resultaban infructuosas, y eso me llevaba a enfadarme más. No entendía cómo era posible que tanto burócrata sentado en los despachos no fuera capaz de averiguar el paradero de un teniente. ¡Un teniente! Porque de haber sido un soldado raso, podría entenderse, pero a los oficiales se les prestaba mucha más atención.

Al final, con Claire cogida del brazo, fui yo misma, por enésima vez, a llamar a las puertas que fueran necesarias hasta obtener la información. Todo eso se había convertido en una especie de reto personal y no estaba dispuesta a echarme atrás.

—¿Señorita Chavanel?

Oír mi apellido de soltera me dejó desconcertada, pues hacía mucho que nadie lo pronunciaba o se refería a mí de esa forma. Hasta pensé lo peor, que alguien de mi pasado me había reconocido. Y si bien no tenía de qué avergonzarme, no era muy aconsejable que se hiciera mención a mi nacionalidad.

Me di la vuelta con cautela y me quedé atónita.

¿Cómo no había sido reconocido esa voz?

—¡Joseph!

Sin el mínimo pudor, pese a estar rodeada de gente y con Claire como testigo, me lancé a sus brazos sin, por supuesto, medir las consecuencias.

Era tanta la alegría que me daba volver a ver a mi profesor de baile, que no pude contener mi alegría.

—Señorita Chavanel, compórtese, por favor —me dijo en un tono de falsa reprimenda. Sin embargo, supe por sus gestos que estaba tan contento como yo.

Me solté y di un paso atrás para mirarlo bien. Seguía igual de atractivo y elegante. Por fin una buena noticia en aquellos días tan aciagos en los que nada parecía salir bien.

—Ahora soy una mujer casada —repliqué con fingido recato.

No me pasó por alto que Claire, a mi lado, nos miraba sin entender aquella familiaridad y, para evitar que en su linda cabecita se formaran peligrosos



pensamientos, decidí presentarlos de manera formal.

—Querida, te presento a Joseph Steinberg, mi profesor de baile.

—Encantada, señora —respondió él con una correcta reverencia.

—Y ella es la señora Perlman, mi mejor amiga. Aunque debería decir mi única amiga.

Claire, como no podía ser de otro modo, se mostró educada, aunque al estar en presencia de un hombre, también con la modestia y el recato que se le suponía a una dama, y que yo no tenía.

—¿Y qué te trae por aquí? —pregunté, no para satisfacer una malsana curiosidad, sino más bien todo lo contrario, pues de veras me interesaba su vida—. Adam me contó que te habías instalado en Viena, como profesor.

De repente, la expresión de Joseph cambió sensiblemente, lo que me sorprendió. No creía haber dicho nada desagradable.

—Tuve que abandonar Viena.

—De verdad que lo siento muchísimo. Sé cuánto anhelas ese puesto.

—Sí, no lo voy a negar —admitió—, aunque me he visto obligado a venir aquí —señaló el edificio a las puertas del cual nos encontrábamos— por un motivo muy triste.

Parpadeé, pues, que yo supiera, Joseph nunca se había interesado por la milicia. Él era un virtuoso, un artista. Jamás encajaría en la disciplina militar.

Y entonces caí en la cuenta. Cerré los ojos un instante y me llevé una mano al pecho.

—No me digas que...

—He venido a recoger sus efectos personales —explicó abatido.

Me eché a llorar. Claire me abrazó sin entender mi reacción.

—Maldita guerra —mascullé, sintiéndome impotente ante la noticia.

—Tranquilízate, Ornela, en tu estado no son buenos los disgustos.

—¿Cómo voy a tranquilizarme? —contuve el tono para no llamar la atención.

—Sé cuánto apreciabas a mi hermano. Y, créeme, era recíproco —dijo Joseph, intentando animarme—. Adam siempre hablaba bien de ti.

—Esto tiene que acabar... —murmuré y me llevé una mano al vientre, porque, debido a la impresión, me sentía mal.

—Está embarazada —apuntó Claire, cogiéndome del brazo.

Sin pensarlo dos veces, Joseph me agarró por el otro lado y juntos me acompañaron hasta un banco, donde pude sentarme y respirar. Me quité la estola y los guantes para que el aire fresco de diciembre me ayudara a sobreponerme.

—Será mejor que volvamos a casa —me aconsejó Claire, preocupada como solo ella podía estarlo.

—Ni hablar. —Negué con la cabeza—. Hemos venido a obtener información y no nos iremos sin ella.

—Ornela, no seas testaruda —me regañó—. Cierto que quiero saber cuanto antes

el paradero de William, pero no por ello voy a poner en riesgo tu salud.

—Bobadas —farfullé.

—Eso no es propio de una señorita —terció Joseph.

—Tú mejor que nadie sabes que nunca aprendí ciertas normas —repuse y por lo menos lo vi sonreír levemente, lo que era un buen indicio.

Me puse en pie y Claire negó con la cabeza, resignada ante mi tozudez.

—Será mejor que os acompañe —decidió Joseph, ofreciéndome su brazo, que acepté encantada—. Puedo ponerlos en contacto con un coronel amigo mío.

—¿De verdad? —exclamó Claire, de repente entusiasmada.

—¿Ves cómo nunca hay que rendirse? —rezongué, solo para recordarle que yo tenía razón.

—Vayamos pues —dijo él.

Acompañadas del señor Steinberg pudimos acceder al despacho de un coronel que al vernos frunció el entrecejo, pues, como todos, pensaba que las mujeres, a no ser que fueran prostitutas dispuestas a entretener a las tropas, cuanto más lejos de un regimiento, mejor.

Por suerte, Joseph gozaba de su confianza y pudo exponerle el caso.

Constaté una vez más la verdad de aquel dicho de quien no tiene padrino no se bautiza, pues en menos de media hora el coronel movilizó a dos de sus secretarios para que revisaran papeles, notas o cualquier otra comunicación llegada de la Península en referencia al teniente Perlman.

Tuve que morderme la lengua al oír sus comentarios rimbombantes sobre el honor, el deber y demás estupideces que podían convencer a campesinos analfabetos dispuestos a cualquier cosa con tal de ganar unas monedas, pero no a mí.

Esperamos un buen rato más, eso sí, atendidas como corresponde, hasta que por fin uno de los secretarios volvió con documentos fiables.

Cogí a Claire de la mano para que, fuera cual fuese la noticia, no se derrumbara allí mismo. Aunque la verdad, tenía derecho a ello.

—Señora Perlman —comenzó el hombre, recolocándose los lentes—, la razón por la que el nombre de su esposo no figuraba en las listas es sencillamente por un error en la transcripción.

—¿Cómo dice? —exclamé sin podérmelo creer.

Claire me apretó la mano con más fuerza.

—Lo lamento, pero algún subalterno ha debido de omitir el dato.

—Vaya al grano, se lo ruego —pidió Joseph, intuyendo el final de aquella conversación.

El hombre se aclaró la garganta.

—Cayó prisionero —anunció, dejándonos con un sabor agrídulce ante una noticia tan extraña.

Tras nuestras muchas conversaciones con las mujeres que a diario acudían al cuartel, sabíamos que los oficiales eran una excelente moneda de cambio y que, por

tanto, se los mantenía con vida, pero ¿cuál era la situación exacta del teniente?

—¿Se sabe dónde? —inquirió Claire, acongojada y al borde del llanto.

—No, señora, siento mucho no poder ser más concreto. De todas formas, realizaré nuevas pesquisas con el fin de obtener datos más precisos. La mantendré informada.

—Muchas gracias por todo —respondió ella, levantándose.

Yo le di las gracias también de mala gana, aunque no merecía la pena enemistarnos con él, nunca se sabía cuándo nos podía ser necesaria su ayuda.

Con esa triste noticia salimos fuera. Joseph se comportó en todo momento como un caballero y nos acompañó hasta nuestro carruaje.

Entonces caí en la cuenta de lo desconsiderada que había sido.

—Tengo que pedirte perdón —le dije, a través de la ventanilla, acomodada ya en mi asiento.

—¿Por qué, señorita Chavanel? —preguntó, utilizando de nuevo mi apellido de soltera, que tan bien sonaba en sus labios.

—Por haber antepuesto mis deseos a los tuyos, Joseph. Estabas aquí por un motivo y lo has dejado de lado por atendernos.

—No puedo estar más de acuerdo —apostilló Claire.

—No ha sido nada. Además, haber podido ayudaros y que al menos quede una esperanza, me compensa con creces.

—Ven un día a casa, por favor. Me encantará recibirte y así poder hablar con tranquilidad.

—De acuerdo —convino él. Sacó una tarjeta de su abrigo y me la entregó—. Aquí es donde me hospedo, puedes enviarme recado cuando te vaya bien.

Nos despedimos del profesor Steinberg y regresamos a casa, donde nada más llegar busqué a Charles para ponerlo al corriente de mis progresos. Él también se alegraría por Claire, dentro de lo malo.

No lo localicé, así que supuse que estaría ocupándose de sus asuntos, por lo que decidí dedicarme yo a los míos. Me puse ropa más cómoda y me dirigí a la habitación de mis hijos, donde los encontré jugando con sus respectivas niñeras.

Me sentía orgullosa y, sobre todo, feliz de que ambos estuvieran creciendo sin contratiempos. Eran dos niños sanos y, aparte de las enfermedades habituales, no habían padecido ninguna de gravedad, algo por lo que no me cansaba de dar las gracias. No pude evitar ponerme una mano en el vientre y suspirar.

Con una sonrisa en los labios tras haber pasado un buen rato junto a Alexander y Cyprien, me marché a mi pequeño despacho, donde a buen seguro me esperaba la correspondencia.

Una vez instalada en mi butaca, fui descartando las invitaciones de aquellos a los que no soportaba. Ciertamente a veces el motivo para no asistir a una velada era tan peregrino como que el anfitrión tenía mal aliento o que la dueña de la casa era especialmente tacaña con los refrigerios, algo que a mí no me afectaba, pues apenas

probaba bocado, pero era de mal gusto dejar a los invitados con hambre.

Dejé a un lado solo dos, no porque me interesaran, sino porque era obligatorio acudir a ese tipo de eventos. Entonces vi una última carta. La cogí extrañada y cuando reconocí la letra sonreí con cariño.

Por fin noticias de mi madre. Estaba fechada a finales de noviembre de 1811. O sea, hacía más de mes y medio, por lo que sus nuevas ya no lo serían.

Comencé a leer y me detuve en el segundo párrafo sin dar crédito. Releí las palabras una y otra vez hasta que me las aprendí de memoria.

—Por fin —susurré, sin rastro de culpabilidad.

Mi padraastro, Austin Donaldson, marqués de Beldford, había fallecido.

El mejor regalo de Navidad que nadie podía hacerme.

Por supuesto, debía ocultar mi alegría, pues a los ojos de la gente, mostrar mi sufrimiento y mi dolor era el guion a seguir.

Continué leyendo hasta el final. Mi madre me decía que una vez concluidas las gestiones en Santorini, y cuando las circunstancias se lo permitieran, regresaría a Inglaterra para fijar de nuevo su residencia aquí.

Me quedé pensativa, analizándolo todo.

Ahora mi hermanastro, con el que apenas tenía relación, era marqués, lo que me suponía más influencia. Estaba casada con un conde y era la hermana de un marqués. Todo un logro, teniendo en cuenta mi origen plebeyo.

Mi madre por fin podría vivir en paz, sin un esposo tirano y mezquino. Vivir con comodidad y solvencia, sin grandes preocupaciones, y todo por haber sido capaz de engendrar un hijo. Nadie la cuestionaría y todos le mostrarían respeto. Era la viuda de un marqués y eso no admitía discusión.

Esperaba que no tardase mucho en regresar, pues tenía enormes deseos de abrazarla. La vuelta sería complicada, además, en pleno invierno no sería posible, así que con toda probabilidad hasta la primavera no podría verla.

Y en primavera vendría al mundo mi tercer vástago. Deseaba, rezaba incluso por que fuera una niña. Nada me gustaría más que tener una preciosa hija.

## Capítulo 37

Como tantas otras noches, pasaba horas despierta en mi cama, fingiendo que mis manos eran las de Stephan y que cada poro de mi piel reaccionaba a sus caricias.

A pesar de mi predilección por dormir sin camisón, ahora lo utilizaba, ya que en mi estado podía surgir cualquier emergencia y no quería verme obligada a dar explicaciones. Detestaba no dormir desnuda; no obstante, asumía la necesidad de evitarlo.

Pero aquella horrenda prenda no me impedía llevar a cabo uno de mis rituales nocturnos preferidos.

De haber estado casada con otro hombre, hubiera sido diferente, pero Charles se negaba en redondo a tocarme y se las ingeniaba para no quedarse conmigo a solas, por si de nuevo yo lo tentaba. Había llegado incluso a cerrar su puerta por dentro, previendo cualquier posible intento por mi parte de ir a su habitación.

Absurdo, desde mi punto de vista, pero con Charles y sus extrañas convicciones maritales no se podía luchar.

De ahí que, acostada y sola, buscara placer. Recurría a mis recuerdos, a los hombres que me habían tocado, besado, follado, pero al final siempre quedaba el mismo. Para evitarlo, mientras movía las manos sobre mis sensibles pechos, recurría incluso a escenas que no se habían producido o a caballeros con los que únicamente había conversado en algún acto social y que me habían parecido atractivos.

Siempre fallaba de manera estrepitosa, pues era la voz ronca y exigente de Stephan la que me hacía temblar. Aquellas manos ásperas y curtidas las que separaban mis piernas para mantenerme abierta para él antes de que su boca, soez incluso en el vocabulario, lograra derretirme.

Me esforzaba por no recurrir a él, por intentar fantasear con mi marido, pero no había forma. Charles me inspiraba cariño, ternura, comprensión... pero no me despertaba ni el más mínimo interés sexual. No deseaba lanzarme a sus brazos y comportarme como una ramera, caer de rodillas frente a él para dejar que su polla entrara en mi boca.

Mis dedos vagaban por mi abdomen, cada vez más abultado, hasta llegar a mi sexo, húmedo y sensible. No entendía muy bien por qué, pero esos días me resultaba mucho más complicado controlar el deseo sexual. Alguna fuerza me empujaba a excitarme con mayor facilidad que en condiciones normales.

Era algo que ya había experimentado en mis dos anteriores embarazos y me parecía toda una contradicción, pues yo pensaba que mi cuerpo, llevando una vida en su interior, abandonaría parte de sus instintos para concentrarse en la tarea de gestar un hijo sano.

Pero en cambio la excitación no menguaba, más bien todo lo contrario, y por ello, ante la ausencia de un hombre, eran mis propias manos las que buscaban entre los

pliegues de mi sexo el clítoris hinchado para rodearlo y frotarlo hasta procurarme un buen orgasmo.

De haber querido, nada me habría costado encontrar un amante dispuesto a follarme. Sin embargo, nadie lograba reunir todas las exigencias que yo buscaba en un hombre, quizá porque ya había encontrado a ese hombre y no estaba a mi disposición.

Mi primer amante me despidió con una frase lapidaria: «Deseo que encuentres el verdadero amor para después perderlo».

Desde luego, sabía muy bien qué se sentía, algo que yo no había alcanzado a entender hasta que perdí a Stephan. Y lo había perdido por una causa ridícula que todos tildaban de noble.

Ni siquiera otra mujer, con la que competir y luchar en igualdad de condiciones, había sido capaz de quitármelo.

—Stephan —gemí, sola en mi alcoba.

Si alguien me oía, podría pensar que deliraba, lo que siempre sería mejor que la verdad: que era una mujer incapaz de olvidar a su primer marido.

—¿Dónde estás?

Cerré los ojos, porque no quería torturarme con la incertidumbre y me esforcé en imaginar que estaba junto a mí. Desnudo, contemplándome, recorriéndome con la mirada. Conteniéndose para no intervenir y disfrutando de la visión de mi cuerpo retorciéndose de placer.

Yo, con tal de prolongar su agonía, continuaría metiendo la mano entre mis muslos y me mordería el labio, a medida que la tensión me obligara a cerrar los ojos y las piernas para intensificar el placer.

Él, impaciente, gruñón y excitado se acercaría a mí dispuesto a poner fin a aquella separación. No dudaría en agarrarme del tobillo con brusquedad, haciéndome perder el ritmo de mis caricias y tensando aún más mi cuerpo.

Me obligaría a detenerme, a dejar que sus manos sustituyeran a las mías, para después penetrarme con sus dedos y añadir su boca, logrando así que me arquease, consumida de deseo y ansiosa por obtener la liberación.

Stephan se detendría justo cuando percibiera mi desesperación, esperando a que yo le suplicara, que me pusiera incluso de rodillas, dispuesta a todo por tenerlo encima, debajo... como fuera, pero siempre junto a mí.

Y cuando me pareciera imposible, cuando me sintiera desesperada, entonces, solo entonces, él me lo daría. Con cualquier parte de su cuerpo, porque el simple roce de su piel con la mía podía hacer saltar chispas. No obstante, Stephan, que conocía como nadie mis reacciones, sabría en qué momento su boca desencadenaría mi orgasmo, y después me encontraría tan sensibilizada que al penetrarme con su polla yo jadearía de nuevo como si no acabara de correrme.

Y entonces, cuando lo sintiera dentro de mí, aplastándome, empujando, jadeando él también, lo besaría, le robaría el aliento antes de abrazarlo con toda la fuerza de mi

ser y notar cómo alcanzaba el clímax junto conmigo.

Me mordí el labio con tanta fuerza que me hice daño, pero fue un dolor bienvenido. Apreté los muslos, manteniendo la mano entre ellos, y no me atreví a abrir los ojos, sabiendo que al hacerlo no vería su sonrisa burlona ni su expresión satisfecha.

Prefería mil veces mantenerlos cerrados e intentar soñar, porque la oscuridad de mi cuarto me producía tal desasosiego que acabaría llorando.

Como en tantas otras ocasiones, mi cuerpo, más sabio que yo, logró que me abandonara al sueño y así pudiera descansar. Aunque tenía presente que, para mi eterno disgusto, esa situación se repetiría infinitas noches más.

Consciente de eso, sabía que no podía caer en el desánimo, de modo que continué con mi vida y mis quehaceres. Por suerte, pude contar con la visita de Joseph, que al saber quién era el que se había convertido en mi marido, disimuló a duras penas su sorpresa. Desde luego, no era el único. Yo estaba convencida de que nunca seríamos un matrimonio feliz y de que las palabras de Camille eran bien ciertas: Charles era un títere en mis manos.

Sin embargo, ya no había forma de dar marcha atrás y, por tanto, debía mirar hacia delante.

Le ofrecí a mi profesor de baile la posibilidad de quedarse unos días con nosotros y así tener la oportunidad de conversar con él, de distraerme.

Cuando se lo dije a Charles, este se mostró encantado. Quien, para mi asombro, pareció recelosa fue Claire, que, como siempre, buscó un momento adecuado para hacerme partícipe de sus dudas.

—Ornela, ¿el señor Steinberg y tú no...?

Me eché a reír ante su ocurrencia.

—Querida, ¿por qué me lo preguntas? —logré decir entre risas.

Si ella supiera...

—Bueno, no pasa desapercibido, es un hombre atractivo.

—Pero ¡bueno, Claire Perlman! ¿Tú mirando a otro hombre? —exclamé, solo por el placer de mortificarla.

Y claro, se sonrojó hasta la raíz del pelo.

—Yo... yo nunca —balbuceó—. Solo que... bueno, los hombres siempre te miran con adoración y... y...

—Claire, Joseph jamás se fijaría en mí.

—¿Está casado?

—No, que yo sepa —murmuré, pensando en ello.

Desde luego, nunca me había planteado la cuestión, porque debía de haber más de un hombre con las inclinaciones del señor Steinberg y, por supuesto, estas debían ser mantenidas en secreto, por lo que una boda...

Así pues, ¿contraían matrimonio para tener una fachada de respetabilidad y ocultar así mejor su verdadera tendencia?

La cuestión me intrigó, despertando de nuevo mi alma curiosa, que, por una serie de circunstancias, había mantenido dormida demasiado tiempo. Quizá pudiese tener una educada pero sincera conversación al respecto con Joseph.

—Pues a mí me dio la impresión de que se fijaba en ti más de lo prudente —adujo Claire, desde su más supina ignorancia.

—Si lo conocieras de verdad no dirías eso —respondí con un leve toque de picardía.

Saber que un hombre me observaba, y, como en aquel caso, uno atractivo, siempre subía mi autoestima.

—Quizá es solo que te tiene cariño —comentó Claire.

—Y yo se lo tengo a él y a su familia. Por eso la trágica pérdida de su hermano Adam me ha afectado tanto. Le quería mucho. Fue importante para mí.

Recordaría siempre a Adam Steinberg, el teniente más atractivo que había conocido. Cariñoso, leal y con su toque pícaro.

Me besó solo una vez, a pesar de que yo hubiera deseado que fueran muchas más veces y en más puntos de mi cuerpo. Fue honesto conmigo y, pese a que en su momento me disgustó su rechazo, después valoré lo acertado de su comportamiento.

Y, por supuesto, ¿cómo podría olvidar que él era el hombre con el que bailaba, justo en el momento en que conocí al que cambiaría mi vida para siempre?

—No sé si es correcto hablar así de un hombre cuando se está casada —me riñó Claire con cariño.

—Querida, puede que te escandalices, pero he de confesar que he besado a más de uno —apunté, con un deje de sarcasmo.

Tal vez algún día le contase mi azarosa vida entre las sábanas, eso sí, con una buena dosis de tila a mano para evitar sofocos.

—¡Ornela! —exclamó ella con un gritito estridente, pero al mismo tiempo con una sonrisita, como cuando una niña comparte un secreto.

—No hace falta escandalizarse. Es cierto y sí, una vez besé al teniente Steinberg.

Confesar un beso era sin duda el menor de mis pecados, aunque para mi amiga fue más bien motivo de un nuevo e intenso acaloramiento.

—A veces te envidio —dijo desconcertándome—. A mí solo me ha besado William.

Suspiré y la miré.

—Escucha, eso no es malo —mentí.

O puede que no. Quizá, si a mí solo me hubiera besado Stephan, a lo mejor, solo a lo mejor, las cosas serían diferentes. Aunque de haberle conocido a los dieciséis, ¿hubiera estado preparada? Aparté esa línea de pensamiento y añadí:

—Quizá soy yo la que te envidio a ti, pues has tenido la enorme fortuna de enamorarte del primer hombre que te ha besado, sin pasar por la desilusión o las dudas, y además ser correspondida.

Mis palabras, producto de la experiencia, no podían ser más ciertas.



—Lo sé, pero a veces me gustaría haber sido un poco más casquivana —admitió en voz baja, haciéndome reír—. Hay ocasiones en las que me siento torpe, porque no soy tan ingenua como para no saber que William, antes de casarse conmigo, tuvo varias amantes.

—Ya, bueno, por desgracia en ese aspecto los hombres tienen el beneplácito de la sociedad y nos llevan ventaja. Sin embargo, querida Claire, la sonrisa de satisfacción de tu amado teniente cuando abandona, no por gusto, tu alcoba, es muy significativa.

—Lo sé —reconoció sonrojándose.

—Así que no le des más vueltas —le pedí, apretándole la mano.

—Pero a ti por lo menos te queda el consuelo de haber besado a otro —apostilló, mirándome con admiración.

Definitivamente, algún día, cuando su situación conyugal fuera otra, le hablaría a Claire de mis andanzas sexuales.

—Sí —musité y sonreí, dando por finalizada aquella conversación con una nota agradable aunque melancólica—: Pero ¿sabes lo que más recuerdo de Adam?

—¿Cómo te sostuvo en sus brazos?

—No —negué con la cabeza. Cerré los ojos y me concentré en no llorar antes de decir—: que mientras bailaba con él conocí al hombre de mi vida.

—Ornela... —musitó ella con el semblante ensombrecido.

Y yo intenté mantener la sonrisa, pues había confesado en voz alta mi total y absoluta devoción por Stephan.

—Todo se arreglará, ya verás.

Los abrazos de Claire eran suaves, infantiles; aun así, me transmitían la serenidad necesaria para poder seguir adelante en momentos como ese.

Cada día que pasábamos juntas se afianzaba más nuestra amistad. En primer lugar porque ella, pese a su estricta educación, no me juzgaba, sino que me apoyaba de manera incondicional. Y en segundo, porque lograba hacerme sentir a gusto y hasta me daba la sensación de que mis pecados no eran tan terribles. Y, por supuesto, compartía mi secreto, una ayuda significativa, pues con ella no debía disimular.

Aunque aún me faltaban tres meses para dar a luz, mi capacidad de moverme iba mermando, por lo que tuve que posponer mi decisión de ayudar a Claire en lo de ver su sueño cumplido. Seguro que, de una forma u otra, lograría que fuera madre.

Así pues, esos días tuve que limitarme a llevar una existencia dentro de lo habitual en mi estado y me limité a pasar el mayor tiempo posible en casa, a excepción de las salidas que hacía con Claire para cumplir mi promesa y ayudar a las mujeres que se reunían en el cuartel.

Joseph se quedó con nosotros a pasar las fiestas navideñas y fue como un soplo de aire fresco, pues me permitió charlar con él y romper por unos días la monotonía. También Charles se mostraba más animado, pues ambos tenían aficiones comunes, como la música, la poesía y la pintura.

Esto último me recordó que Charles aún tenía una cuenta pendiente conmigo y

que en cuanto estuviera recuperada del parto le exigiría que cumpliera su palabra y me retratara desnuda, aunque si también quería hacerlo vestida, no me opondría. Es más, yo misma me prestaría a posar con mis mejores galas.

El día de Año Nuevo de 1812 nos reunimos todos a la mesa, incluso convencí a Camille para que se uniera a nosotros. Cuando llegó a nuestra residencia, comentamos en privado la noticia de la muerte del marqués, que me había comunicado mi madre, y que yo ni siquiera me había molestado en transmitir, dado que consideraba al difunto un ser despreciable que no se merecía unos minutos de nuestro tiempo.

Sin embargo, Camille no opinaba igual y se la comunicó a todos.

Joseph, que en los tiempos en que era mi profesor debió de intuir lo que ocurría entre el marqués y mi familia, me miró con expresión seria, pero dando a entender que comprendía mi postura.

—Gracias por mantener las formas —le dije en voz baja, cuando, tras la comida, se sentó a mi lado en uno de los divanes.

Todos nos habíamos reunido en uno de los salones para pasar la tarde, incluidos mis hijos, que, rodeados de tantas personas, disfrutaban como nunca.

—Señorita Chavanel —murmuró Joseph, aun sabiendo que no debía utilizar mi apellido—, hace mucho que nos conocemos. No voy a pensar mal porque sea sincera. Además, estaba al tanto de lo que ocurría en aquella casa.

—Lo cierto es que ha sido una gran liberación saber que ese malnacido ya no podrá seguir causando dolor —dije sin disimular mi opinión.

No deseaba continuar con ese tema de conversación, pues recordar cada asqueroso momento que Donaldson nos hizo pasar me revolvería el estómago y prefería mirar hacia delante.

Me di cuenta de que mi charla en voz baja con Joseph había llamado la atención de Charles, que nos miraba con atención.

¿Le molestaba que habláramos de manera tan confidencial?

El profesor también se percató de ello y se las ingenió para cambiar de asiento sin que pareciera forzado y entonces Camille se sentó a mi lado.

—Deberías tener más cuidado —me comentó con disimulo—. Tu esposo, como cualquier hombre, puede sentirse celoso si te ve con otro.

Casi me echo a reír ante las infundadas suposiciones de todos respecto a mi relación con Joseph. Primero Claire, después mi marido y, para rematar, Camille.

—Puede que hayas cumplido años, pero en el fondo sigues siendo la misma niña caprichosa —prosiguió mi vieja amiga, dejándome aún más desconcertada—. Ya lo intentaste una vez, espero que no se repita la historia.

Miré a Camille y puse cara de circunstancias.

¿De verdad pensaban que deseaba al profesor Steinberg?

Desde luego, seguía conservando su atractivo, eso era indudable, pero si en su día coqueteé con él fue por otro motivo, nada que ver con lo que imaginaban. Además,

Joseph nunca me correspondería, aunque quería seguir contando con él como amigo.

No quise dar más explicaciones, por lo que me limité a pasar el tiempo allí sentada, escuchando cómo mi marido y nuestro invitado hablaban de política. El tema de conversación ineludible en cualquier hogar británico era el Acta de Regencia, que se había firmado para que el príncipe de Gales asumiera las tareas de regente.

A mí lo cierto es que la política, que al principio me daba dolor de cabeza, me iba interesando cada vez más, aunque, por desgracia, estaba muy mal visto que una mujer opinara al respecto y mucho menos que tuviera ideas propias.

Me hubiera gustado intervenir, pero seguí el consejo de Stephan y no abrí la boca. Hice lo que se esperaba de cualquier esposa, ver, oír y callar.

Lo que nadie podía impedirme era que me formase mi propia opinión.

## Capítulo 38

*T*ranscurrían los días y no tenía nada que hacer. Me sentía hastiada, agotada, desesperada...

Como había previsto, tuve un fuerte enfrentamiento con Charles a cuenta de sus, cada vez más, frecuentes episodios nocturnos. En uno de estos me vi forzada a intervenir directamente, ya que uno de los lacayos, alarmado, me fue a avisar, pues temía, y con razón, que mi esposo cogiera una terrible pulmonía por estar, a saber desde hacía cuántas horas, a la intemperie mientras llovía a mares.

La consecuencia fue que, en efecto, enfermó.

En el momento más inoportuno, cuando yo estaba a punto de salir de cuentas, Charles padeció unas fiebres que me hicieron temer lo peor.

No me permitieron acercarme a su habitación, ya que podía ser peligroso para mí, así que tuve que permanecer alejada y conformarme con las noticias que me transmitían Claire o Camille; esta última se había trasladado de manera temporal a nuestra residencia para cuidar del enfermo con sus remedios.

No solo me agobiaban mis propias preocupaciones, sino también las de un marido enfermo. La sola idea de que algo le sucediera a Charles me producía tal desasosiego que no podía dejar de pensar si yo sería en parte culpable.

Lo conocía desde hacía mucho tiempo y, si bien no es lo mismo convivir con una persona que recibir sus visitas, Charles nunca había mostrado síntomas de que algo raro le pasara, para comportarse de ese modo. Ciertamente es que en ocasiones se mostraba melancólico, desanimado y a veces su exagerada resignación me enervaba. Su actitud tan conformista, tan contrapuesta a la mía, hacía que quisiera espolearlo de algún modo. Sin embargo, hacía ya tiempo que conseguía dominar mis impulsos para intentar que fuera un poco más decidido. Con dificultad, por supuesto, pero había comprendido que Charles nunca cambiaría y que, por consiguiente, no merecía la pena enfrentarme a él de manera constante.

Además, su personalidad favorecía en cierta medida mi libertad de movimientos, por lo que debía quedarme con la parte positiva de su debilidad de carácter.

Pero a pesar de todo, yo continuaba pensando en lo impropio de mi proceder, en cómo mis decisiones habían afectado a la vida de un hombre que quizá hubiera sufrido menos si yo lo hubiera rechazado.

¿Habría encontrado una mujer acorde con su personalidad?

¿Hubiera acabado languideciendo ante un amor imposible?

¿Estaría ahora por esos mundos de Dios, viviendo una vida de excesos?

No conseguía quitarme de encima la sensación de culpabilidad y la preocupación por su estado de salud precipitó mi parto. Estábamos a mediados de marzo cuando empezaron los primeros dolores.

Con los lógicos temores, debido a las experiencias anteriores, me enfrenté de

nuevo al reto de traer un hijo al mundo y, por supuesto, quien estuvo a mi lado fue Camille. Mi fiel Camille, que, como siempre, hizo que el amargo trance fuera superado con éxito. Y por descontado Claire, que de nuevo me demostró su cariño.

—¡Es una niña! —exclamó con lágrimas en los ojos.

Tan emocionada que me recordó que debía encargarme de que en un futuro próximo esa alegría fuera por motivos propios.

—Déjame verla —pedí, incorporándome y extendiendo los brazos.

No podía dejar de llorar. No solo porque había sido un parto relativamente sencillo, sino porque mi deseo de tener una niña se había hecho realidad.

—Ornela, antes debemos ocuparnos de ti —dijo la siempre práctica Camille.

—Por favor... —rogué.

Mi aspecto me importaba muy poco o si aún no habían aseado a mi hija. Quería tenerla conmigo.

Hicieron caso de mi súplica y por fin pude cogerla en brazos. La miré y no pude contener el llanto.

—Es preciosa —murmuró Claire a mi lado, secándome las lágrimas con cariño.

La miré de reojo. Yo era consciente que volcaba en mis hijos todo el cariño que de momento no podía ofrecerles a los suyos y que en ningún momento su pena se traducía en enfado o en actitudes negativas. Más bien al contrario. Cuidaba de los niños con todo el amor y la dedicación de una madre.

Oímos unos golpecitos en la puerta y Camille se limpió las manos para ir a abrir, pues en principio nadie debía molestarnos. Por supuesto, no deseaba ningún matasanos a mi alrededor, con sus cuestionables métodos, pues Camille siempre se había ocupado de mí con éxito.

—¿Cómo está Ornela?

Me llegó al alma que Charles preguntara por mí en vez de por el recién nacido, ya que lo normal era que los hombres se interesaran sobre todo por su descendencia, considerándonos a nosotras poco menos que un instrumento reproductivo.

—Muy bien —contestó Claire emocionada, junto a mí.

—¿Puedo entrar?

Le hice una seña a Claire, que fue hasta la puerta y la abrió por completo.

Charles tenía mal aspecto, despeinado y algo más delgado, la ropa parecía venirle grande. Se acercó a la cama.

—Debería esperar fuera —refunfuñó Camille.

Él se inclinó hacia mí y observó a la recién nacida. Vi que estaba a punto de llorar. Me miró y, para evitarle el mal trago, le entregué a su hija para que pudiera sostenerla.

Charles había estado siempre a mi lado. También en el nacimiento de Alexander y de Cyprien.

—Es preciosa... —murmuró con un hilo de voz.

Yo asentí, incapaz de decir nada.

Era un hombre que sabía sostener a un recién nacido como pocos sabían hacerlo.

—Quiero que escojas tú el nombre —le dije y sentí la mano de Claire apretando la mía en señal de apoyo.

—¿De verdad? —exclamó sorprendido, pues hasta entonces siempre había sido yo quien lo había decidido.

—Sí, Charles —musité emocionada.

Camille se ocupó de asearme, eso sí, sin dejar de murmurar lo impropio que era hacerlo estando un hombre presente, y Claire, a mi lado, no me soltaba la mano. Charles se dio la vuelta con su hija en brazos, proporcionándonos un poco de privacidad para que pudieran cambiarme de ropa y limpiarme.

Cuando por fin descansaba sobre sábanas limpias, peinada y con una muda impoluta, Camille me dio un beso en la frente y se marchó con las toallas y las sábanas sucias. Por su parte, Claire captó la indirecta y con un sencillito «Enhorabuena» nos dejó a solas.

—Elegir bien es mucha responsabilidad —comentó Charles devolviéndome a la niña.

Se sentó en un lado de la cama y se nos quedó mirando a las dos. Yo no supe muy bien cómo interpretar ese gesto y permanecí callada, a la espera de que él dijese algo.

Durante el embarazo, se me habían pasado por la cabeza miles de nombres, pero ninguno acababa de convencerme.

—Si te parece bien... —rompió Charles el silencio—. Me gustaría llamarla Catalina.

—Me parece perfecto —asentí sonriendo, era un nombre que no se me había pasado por la cabeza—. Catalina —repetí, mirando a mi pequeña dormida en mis brazos.

No quise preguntarle por su estado de salud y estropear así aquel extraño momento. Puede que nunca llegase a amar a Charles como se merecía, pero tenía muy claro que intentaría no volver a serle infiel. No al menos de obra, pues mis pensamientos eran incontrolables.

Como en las dos anteriores ocasiones, mi recuperación fue rápida. Antes de un mes ya estaba repuesta y mi figura también había vuelto a la normalidad.

Eso fue un gran alivio, pues tantos meses de reposo me habían dejado sin energías y sin ganas de nada. Por eso, una de las primeras cosas que hice fue aceptar alguna que otra invitación a eventos sociales. Charles, también recuperado de sus fiebres, por supuesto debía acompañarme para no dar pábulo a rumores.

En nuestra primera aparición pública tras el nacimiento de Catalina me encontraba un poco desubicada, pero al menos me sirvió para ver que nada había cambiado.

Los salones seguían atestados de gente ociosa que de todo opinaba y de nada sabía. Matronas cuya única ocupación era buscar a alguien a quien criticar por haber cometido alguna insignificante falta, o caballeros ansiosos por desflorar a alguna

ingenua virgen y hacer honor a su fama de libertinos.

Como esperaba, algunos de los cotilleos eran sobre mi persona. Los hubo de todo tipo. Algunos provenían de la más rancia envidia respecto a mi silueta tras haber parido tres veces, conjeturando que debía de tomar algún tipo de bebedizo secreto. Yo me mordía la lengua, porque hubiera creado serios problemas si les hubiera dicho a aquellas orondas matronas que si en vez de rellenarse el plato tres o cuatro veces por noche se limitaran a una, quizá tampoco ellas engordarían.

Por supuesto, mi aparición suscitó también los consabidos comentarios de muchos caballeros, que seguían sin entender cómo Charles lograba retenerme a su lado, pues, salvo mi breve y discreto encuentro con Agnus al poco de nuestra boda, no había vuelto siquiera a coquetear con ningún hombre en suelo británico, en donde podían sorprenderme, por lo que todos me creían fiel.

Mis aventuras extramatrimoniales más importantes habían tenido lugar lejos de Inglaterra y, por tanto, la posibilidad de que aquellas hienas se enterasen quedaba prácticamente descartada.

Otro asunto que también dio pie a comentarios fue mi origen. En esos momentos, cualquier persona relacionada con Francia, aunque fuera por algo tan inocuo como haber nacido allí, era objeto de atención.

Charles me apoyaba sin reservas, estando a mi lado y diciéndome una y otra vez que hablaban sin conocimiento de causa, pero yo, que sabía lo irracionales que algunos pueden llegar a ser cuando se trata de temas como el honor y el amor a la patria, tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no escupirles a la cara.

Stephan me había advertido de la posibilidad de que eso ocurriera y, en consecuencia, estaba prevenida. Sin embargo, me dolía en el alma que toda esa gente, vestida de gala, atracándose de comida y bailando como si nada, se pusieran la medalla del patriotismo cuando eran otros lo que se encontraban lejos, luchando en el frente y pasando penurias para que ellos pudieran continuar con sus privilegios.

Todos aquellos frívolos no conocían el dolor ni la desesperación de miles de mujeres, viudas, hermanas, novias, madres que cada día vivían angustiadas a la espera de saber cualquier noticia que las ayudara a no perder la esperanza o bien a enterrarla para siempre.

Aun así, no me escondí en casa ni dejé que aquellos malintencionados rumores me afectaran. Hacerlo significaría que podían conmigo y que lo que ellos dijeran me afectaba, así que continué asistiendo a cuantos actos me parecían oportunos, con la cabeza bien alta.

Pero aparte de esos eventos y de mi vida doméstica, necesitaba ocupar mi tiempo en otro tipo de actividades y entonces recordé que tenía un asunto pendiente con Claire.

Por supuesto, el principal requisito para que todo saliera bien era que regresara su esposo, del cual llevábamos tanto tiempo sin saber nada que ya empezamos a pensar lo peor.

En los periódicos se publicaban noticias sobre el devenir de la guerra, que ambas leíamos con atención, en especial cuando mencionaban los acontecimientos de la península Ibérica, sobre todo los movimientos de Wellington. Algunas noticias nos desconcertaban, por la recuperación y posterior pérdida de ciudades. No sabíamos muy bien qué parte continuaba bajo dominio francés y cuál no.

Estábamos en pleno mes de agosto, cuando un día vimos un titular que nos dejó confusas: el rey José I Bonaparte abandonaba Madrid. ¿Significaba eso que el ejército francés daba por perdida la guerra en la Península?

Claire y yo especulamos sobre eso. ¿Habría acabado por fin aquella odiosa guerra?

—Lo dudo —comentó Charles cuando se unió a nosotras a la hora de la comida.

—¿Por qué? —pregunté, interesada en conocer más detalles.

—Simplemente se trata de un movimiento táctico. En junio llegaron noticias de que Napoleón iba a invadir Rusia y por tanto necesita todos sus efectivos allí. Pero eso no significa que dé por perdida la península Ibérica.

Aquello no me gustaba nada.

—¿Y por qué Wellington no aprovecha para echarlos, ahora que ha disminuido su presencia? —pregunté de nuevo.

—Querida Ornela, no deberías preocuparte tanto por esas cosas —me dijo él en tono condescendiente.

Yo puse mala cara, porque antes de casarnos siempre hablaba conmigo de detalles de la contienda e incluso me animaba a interesarme por la política; en cambio, ahora parecía que no quisiera.

—Pues me preocupo.

—Ahora eres una mujer casada, con una familia de la que ocuparte. No merece la pena que te busques nuevas inquietudes.

—Mi marido está allí, Charles —intervino Claire en mi defensa.

Esas palabras parecieron inclinar la balanza a nuestro favor.

—Lo sé. Y espero que tengas cuanto antes noticias de él. No obstante, no es muy habitual que las mujeres se inmiscuyan en estos asuntos.

Siguiendo mi táctica de morderme la lengua para no crear conflictos, sonreí y me llevé a Claire de allí, dispuesta a continuar con mis planes.

Me fallaba el tema del marido, pero mientras, podía ir buscando remedios de todo tipo para que, cuando regresara el teniente Perlman, dejara a Claire embarazada cuanto antes.

—Hoy vamos a ir a ver a un médico un tanto especial, pero según me han dicho, consigue que todo tipo de mujeres se queden preñadas.

—¡Ornela! —exclamó ella y yo puse los ojos en blanco.

Intuía reticencia por su parte y en ese caso tendría que convencerla.

—No pierdes nada por probar.

—No sé... ¿y si me hace beber alguna cosa rara? ¿Y si quiere mirarme ahí...



abajo?

—¿Y qué más da?

—¡No puedo enseñarle mis partes a un desconocido!

—Es un médico, no creo que vaya a sorprenderse —repuse, empezando a perder la paciencia.

—¿Tú lo harías?

—Sí —respondí sin vacilación—. Además, puede que el problema sea que no hacéis bien las cosas... —añadí con picardía, para hacer que se sonrojara un poco.

Con ella siempre era mejor desviar la conversación hacia aspectos más banales para que se relajara.

—¿Tú crees que es eso? —me planteó y yo resoplé, pues al parecer no había captado el tono irónico de mi afirmación.

Cómo vi que empezaba a preocuparse, y dado que en el pasado ya habíamos tenido conversaciones similares, decidí abandonar el sarcasmo.

—No, Claire, estoy segura de que lo hacéis bien.

Negué con la cabeza y no dije ni una sola palabra más. Que pensara en eso mientras nos dirigíamos a la consulta del médico.

El barrio donde estaba no era el más recomendable para dos mujeres como nosotras, pero Abigail, la costurera, que era quien me había hablado de ese hombre, me había dicho que no tuviéramos miedo, pues durante el día no tenía por qué ocurrirnos nada.

El local, situado en los bajos de un edificio que había visto tiempos mejores, se asemejaba más a la trastienda de una carnicería que a un consultorio médico.

Al entrar en la consulta me dio la impresión, y a Claire también, a juzgar por cómo se aferraba a mi brazo, que aquello era más una especie de sala de los horrores: mal ventilada, sucia y con muebles desvencijados.

—Ornela, ¿seguro que es aquí? —me preguntó Claire y hasta me hizo dudar.

No había posibilidad de dar marcha atrás y si el médico resultaba ser un embaucador que solo quería sacarnos los cuartos, daríamos media vuelta y punto.

—Buenos días, señoras —nos saludó un joven, sobresaltándonos—. El doctor Hughes las atenderá enseguida.

—Vámonos, por favor, Ornela —me pidió Claire, temerosa.

Yo negué con la cabeza y me senté en una inestable silla. Al final ella tuvo que imitarme.

Apenas diez minutos más tarde nos hicieron pasar a la consulta, donde nos sentimos igual de intimidadas, pues no había gran diferencia con la sala de espera.

—¿En qué puedo ayudarlas? —nos preguntó con amabilidad el también bastante joven doctor Hughes; una amabilidad que contrastaba con el cochambroso entorno.

—Mi amiga tiene un problema —contesté yo, segura de que Claire no se atrevería a pronunciar una palabra.

—Comprendo —murmuró él e hizo unas anotaciones.

—Nos han hablado de usted y de su discreción —apostillé por si acaso.

—Cuenten con ella, por supuesto.

—El dinero no es problema —añadí.

—Me alegra saberlo.

Desde luego, podría ser un poco más hablador, pues así resultaba más difícil exponer el caso sin que Claire se sintiera molesta. Me aclaré la garganta y me decidí a explicar los hechos, porque aquello no era una visita social para hablar del tiempo, ni para perderlo tampoco.

—Como le he dicho, tiene un problema que...

—¿De cuánto está? —inquirió Hughes mirando a Claire, que parpadeó sin comprender.

Ni yo tampoco, por lo que me vi obligada a preguntar:

—¿Cómo dice?

—En estos casos es mejor responder con sinceridad —replicó el hombre—. ¿De cuánto está? —insistió.

Claire, a mi lado, empezaba a inquietarse y yo le cogí la mano para tranquilizarla.

—No le comprendemos.

—Si están aquí por un problema, deduzco que es el que trae a mi consulta a la mayoría de las mujeres. Un embarazo del que desean librarse —concluyó como si tal cosa.

Yo parpadeé y Claire emitió un sonido ahogado.

—Me parece que no nos hemos explicado bien —acerté a decir.

—Pues hablen entonces —pidió el médico.

—¿Hay mujeres que no quieren ser madres? —intervino Claire, sin estar al corriente de algo que, por desgracia, ocurría todos los días.

—Sí —respondió él.

—Nosotras estamos aquí justo por lo contrario —tercié—. Ella desea ser madre y por desgracia no...

—Comprendo... —me atajó el médico y se puso en pie.

Iba a examinar a Claire, pero ella no movió ni un músculo.

## Capítulo 39

—No pienso tomarme eso —aseguró Claire, poniéndose una mano ante la boca y negando con la cabeza.

Solo le faltaba la pataleta para que pareciera una niña pequeña.

—Ahora no me vengas con remilgos —repliqué yo, cansada de su negativa—. No pierdes nada por probar.

Habíamos vuelto a casa. Yo, convencida de que Claire nunca se recuperaría de la impresión de haber tenido que dejarse reconocer por un médico joven y por tenerle que hablar de su menstruación y otras cosas relacionadas con su vida conyugal.

—Claire, tenemos que seguir sus indicaciones... —canturreé, intentando la vía zalamera.

—¿Estás segura de que esto funcionará? —me preguntó compungida, mirándome como si yo tuviera la solución a todos los problemas.

Me incliné hacia ella, dejando a un lado el brebaje, y le cogí la mano antes de hablar.

—Escucha, no sé si será el remedio definitivo, pero el doctor Hughes ha dicho que necesitas estar fuerte, que tu cuerpo precisa recuperar energía y prepararse.

Mantuvo la vista fija en mí y yo terminé suspirando, porque me dolía en lo más hondo que no pudiera cumplir su deseo de ser madre.

—De acuerdo, pero ¿y si William no regresa?

—No pienses ahora en eso.

Terminó bebiéndoselo y yo supuse que, al igual que los bebedizos de Camille, debía de saber fatal. Pero no fue así, pues Claire no puso cara de asco ni nada parecido.

Ella tenía toda la razón, fortalecer su cuerpo cuando cabía la posibilidad de que su esposo no regresara podía ser un nuevo motivo de tortura, pero yo, en mi afán por buscar una solución, no contemplaba esa posibilidad.

Después de eso yo estaba aún más atenta al correo y, por supuesto, a cualquier información sobre la guerra, con lo que me ganaba no pocas advertencias por parte de Charles, cansado de repetirme que no me inmiscuyera en los asuntos de otro matrimonio.

Pero lo que él no sabía, y nunca debería saber, era que mi preocupación iba más allá pues William era el único medio que tenía para saber algo de Stephan.

Un día, a finales de diciembre, cuando ya empezábamos a perder la esperanza, al menos yo, por fin recibimos noticias. El teniente Perlman estaba vivo y había sido liberado. Por lo poco que contaba en su misiva, había estado preso en Alcalá de Henares, de donde ya había salido para regresar a suelo británico.

La carta estaba fechada el día 7 de diciembre de 1812, por lo que, con un poco de suerte, aparecería en cualquier momento.

Claire, como es natural, no cabía en sí de gozo y estaba tan nerviosa que no hacía nada a derechas.

—¡Ornela, necesito tu ayuda! —exclamó, entrando en mi alcoba, con las mejillas sonrosadas.

Dejé a un lado el libro que estaba leyendo y permanecí sentada junto a la ventana, a la espera de que hablara, pues hacía tiempo que no la veía tan azorada.

—¡No quiero que cuando llegue William me vea así! —añadió, señalándose a sí misma.

—¿Cómo dices?

—Mírame —me pidió y yo, sin saber muy bien a qué se refería, obedecí.

Vi a la misma mujer de siempre, así que no tenía de qué preocuparse. Así se lo dije, pero al parecer mis palabras debieron de tocar alguna fibra sensible, pues se echó a llorar.

—¿Qué te ocurre? —pregunté, adoptando una actitud comprensiva.

Le señalé un asiento junto al mío, pero ella comenzó a pasear arriba y abajo por el dormitorio.

—Yo sé que no soy gran cosa, que él ha estado con muchas mujeres antes de mí...

—Si no te conociera, pensaría que buscas cumplidos —la interrumpí.

—No, no es eso. Lo que pasa es que no quiero que se encuentre con la misma mujer tímida de siempre. Deseo sorprenderlo.

—¿Ah, sí? —murmuré, empezando a comprender cuál era el motivo de su desasosiego.

—Para ti es sencillo, no tienes que hacer nada para estar siempre atractiva. Tu ropa, por ejemplo, es llamativa.

Me puse en pie y me acerqué a ella.

—¿No crees que tu marido ya sabe cómo eres y que te desea vayas o no ataviada con ropas elegantes? —le planteé la pregunta con cariño, aunque llevando como llevaba dos años sin verlo, era lógico pensar que William, un reconocido calavera, hubiera tenido por ahí algún que otro desliz y que por tanto su esposa pudiera resultarle insulsa.

—No quiero que sean elegantes, precisamente —musitó ella.

—¡Señora Perlman! ¿Me está usted diciendo que quiere descocarse?

—Un poco —admitió, sonrojándose.

—Pues eso es muy fácil. Ven conmigo.

En el fondo sentía cierta envidia, pues, tras dos años de incertidumbre, ella podía volver a sentirse emocionada y expectante ante el regreso de su marido.

No me importaba prestarle alguna que otra prenda para sus propósitos, el problema era que mis vestidos no le servían. Teníamos dos opciones, o encargarse a toda prisa un nuevo traje, acorde con sus deseos, o arreglar con rapidez uno de los suyos. La primera alternativa era arriesgada, pues no sabíamos la fecha exacta del

regreso de William y la segunda... Bueno, la segunda no era una opción, pues el guardarropa de Claire no tenía remedio.

Así que me puse a pensar en ello y llegué a la única solución factible: prestarle uno de mis camisones menos recatados.

Parpadeó cuando le mostré alguna de las creaciones que tenía en mi vestidor, pero al final aceptó la sugerencia. Eso sí, aproveché para recordarle que cuando llevase aquella prenda, el pudor y la vergüenza debían quedarse fuera del dormitorio.

Pero a pesar de todos los preparativos, seguíamos a la espera, y por si los nervios a causa de la incertidumbre no fueran ya bastante, Charles volvió a manifestar de nuevo aquellos extraños comportamientos. Tenía que tomar cartas en el asunto, pues no podíamos correr el riesgo de que cayera otra vez enfermo.

Que se pasara horas encerrado en su estudio podía considerarse hasta normal, ya que siempre le había gustado la lectura y la pintura, pero a veces permanecía hasta tres y cuatro días allí aislado.

Cansada de sus evasivas y nerviosa, me fui directa a buscarlo y cuando fui a abrir la puerta me di cuenta de que estaba cerrada por dentro.

Eso me extrañó. Podía entender que me ocultase algún secreto, yo no era la más adecuada para recriminarle algo así, pero su comportamiento resultaba ilógico, además de perjudicial para su salud.

Llamé impaciente con los nudillos y esperé.

Nada. No se oía nada. Llamé de nuevo e incluso accioné la manija, hasta que por fin oí el chasquido de la cerradura desbloqueándose.

—¿Ornela?

—¿Esperabas a otra persona? —repliqué ante su tono de sorpresa.

—No. Simplemente no esperaba a nadie.

Sin esperar a que me diera permiso, pasé al interior y puse mala cara.

Olía fatal, así que lo primero que hice fue descorrer las cortinas y abrir las ventanas. Charles iba sin chaqueta, con la camisa arrugada y desabotonada. El pelo alborotado, más bien lacio y con evidencias de habérselo mesado unas mil veces.

—Ornela, por Dios, hace frío —protestó, cerrando tras de mí las ventanas, sin dejar que apenas se ventilase la estancia.

—Por eso tienes la chimenea apagada —rezongué, poniendo los brazos en jarras, hastiada del tema y dispuesta a no seguir con aquello ni un minuto más.

Me dirigí hacia él.

—No estoy presentable —se excusó para que lo dejase tranquilo.

—Eso ahora es lo de menos —le espeté, sin atender a sus excusas—. He callado durante mucho tiempo y he confiado en que las cosas mejorasen... Sin embargo, no ha sido así.

—Por favor te lo pido, déjame a solas —me suplicó y tuve la impresión de que su estado anímico dejaba mucho que desear y que se avergonzaba de ello.

—Voy a ordenar que te preparen un baño y que limpien esta habitación —

anuncié, pasando la mano por una de las estanterías, donde se acumulaba el polvo.

Vi cómo se tensaba e intentaba controlarse para no gritarme, una reacción previsible al estar yo invadiendo su intimidad. Necesitaba mi apoyo, pero no podía continuar indiferente a su comportamiento. Mirar hacia otro lado hubiera sido cómodo, pero injusto, pues al fin y al cabo era mi esposo y, por muchas diferencias que existieran entre ambos, yo no deseaba que volviera a caer enfermo. Y con aquella vida de aislamiento que llevaba y sus escapadas nocturnas, eso no tardaría en suceder.

—Está bien —accedió, mirándome dolido por mi actitud intransigente—. Pero antes deja que acabe un par de cosas.

—No, Charles. Pareces agotado —murmuré con delicadeza y me acerqué hasta él para acariciarle la cara.

Él lo rechazó, dando un paso hacia atrás. Respiré hondo y me tomé el desaire como un signo de su agotamiento y no de desprecio.

—¿Cuánto hace que no duermes?

—No pienso tomar láudano —respondió.

—¿Por qué? —insistí, desesperada por entenderlo.

—Porque no quiero convertirme en un fantasma, en alguien incapaz de pensar por sí mismo.

—Pero ¡lo recetan los médicos! —exclamé, elevando la voz, algo contraproducente por completo, pues eso solo conseguiría que Charles se encerrara más en sí mismo.

—Ornela, no puedes imaginar cuánto me entristece preocuparte, pero esto es algo que solo me concierne a mí.

—¿Cómo puedes decir algo así? —le reproché, parpadeando ante sus palabras—. Me importa, y mucho, todo cuanto te ocurre.

—Dejémoslo aquí.

—No. Esta vez no vas a conseguir que me haga a un lado. No voy a permitir que vuelvas a estar postrado en una cama, a punto de morir debido a la fiebre.

—Deja de atosigarme. Mi intención no es morir joven —replicó, evitando mirarme a los ojos.

—No bromees con eso —lo reprendí, sin poder evitar pensar de qué forma podía afectarme a mí algo semejante.

—Pues entonces déjame tranquilo. Te prometo que me cuidaré —aseguró, aunque yo no estaba convencida.

—Charles, de un tiempo a esta parte...

—Creo haberme ganado el derecho a tener algunos secretos —me interrumpió, mostrándose enfadado, hecho muy inusual en él—. Tú tienes los tuyos y yo procuro mantenerme al margen.

Eso fue un jarro de agua fría, pues hasta el momento nunca me había hablado de ese modo, y mucho menos echándome algo en cara. Cierto que yo guardaba con celo algunos aspectos de mi vida; sin embargo, la preocupación que sentía por él me había

hecho cambiar e intentar comprenderlo, y ser como Charles esperaba que fuera.

—De acuerdo —accedí, consciente de que continuar con aquella malsana conversación solo derivaría en un enfrentamiento—. Haz lo que consideres oportuno.

Me di media vuelta, dolida y tragándome el orgullo, porque no me agradeciera que me comportara como buena esposa. Ciertamente que los hombres lo tenían todo a su favor para salirse con la suya, pero nunca pensé que Charles llegara a comportarse de ese modo.

—Ornela... ¡maldita sea!

Me detuve junto a la puerta y lo miré por encima del hombro. Las ojeras, su aspecto descuidado y la ropa arrugada lo hacían parecer diez años mayor.

Sentí cómo se acercaba a mí y se quedaba a mi espalda, incapaz de tocarme por temor a mi reacción.

—A veces siento como si ya te hubieras cansado de mí —musité, consciente de lo injusto de mis palabras, aunque en el fondo tenía razón.

Ocuparse de mí no significaba mantenerme económicamente, sino mucho más.

—No digas eso —repuso, poniéndome las manos sobre los hombros.

Yo cerré los ojos y me recosté en él, intentando no ser muy cruel.

—Es lo que siento. Apenas pasamos tiempo juntos, te encierras cada vez más en ti mismo.

—Estamos casados, Ornela. Vivimos juntos. ¿Qué más quieres?

Como cualquier hombre, era incapaz de comprenderlo.

—Que dejes de tratarme como si fuera una delicada obra de arte. Soy una mujer, no un jarrón de a saber qué dinastía —respondí malhumorada.

—Nunca he dejado de amarte —dijo en voz baja y a mí me sonó más a justificación que a otra cosa.

—¡Pues demuéstrolo! —grité, sacudiendo los hombros para que se apartara y poder darle la vuelta.

Charles me acarició la mejilla con la suavidad de siempre, sin la emoción que yo tanto buscaba y por la que habría dado cualquier cosa.

—Mi querida Ornela. Hay tanta vida en ti... —añadió con su tono más dulce y yo me enfadé aún más si cabe.

Sabía que a Charles no le gustaba nada en absoluto que yo tomara la iniciativa, pero me moría por sentirlo, por cerrar los ojos y poder gemir su nombre, por saber en todo momento que era él, y no otro, quien unía su cuerpo al mío.

Sin medir las consecuencias, le puse una mano en la nuca y me acerqué para besarlo.

El factor sorpresa jugó a mi favor, pues enseguida sentí cómo me respondía. Puede que sus besos fueran correctos, contenidos, pero era un buen comienzo.

No permití que se apartara y me pegué a su cuerpo, frotándome con descaro. Mis manos se movieron por encima de su entrepierna, acariciándolo y notando cómo su miembro se endurecía.

Casi grité de alegría al sentir un leve mordisco en mi hombro y un gemido entrecortado.

—Ornela... —jadeó, apartando la tela de mi escote, a lo que yo lo ayudé encantada.

Continué frotándole por encima de la ropa, pero me di cuenta de que, pese a su entusiasmo inicial, aquello no terminaba de endurecerse como yo esperaba. Así que me las apañé para meter la mano dentro y tocarlo directamente.

Volví a besarlo, de forma salvaje incluso, y, sin pensarlo dos veces, caí de rodillas frente a él. Ataqué la hilera de botones y aparté cuanta barrera encontré hasta dar con su miembro. Me lo metí en la boca, aún sin estar duro por completo, esperando que mis labios hicieran el resto.

—Pero ¿qué...? —gruñó dando un traspies e intentando separarse de mí.

Pero yo no cejé en mi empeño y continué, pese a que sus manos sobre mis hombros hacían lo indecible para que me apartara.

—Déjame complacerte —murmuré, mirándolo un instante a los ojos antes de cerrar los míos y concentrarme.

Para evitar que se apartara, le aferré las nalgas, clavándole incluso los dedos.

Charles gruñó y movió las caderas, librando sin duda una batalla interna entre lo que su cuerpo sentía y lo que su mente le decía acerca de las relaciones maritales, en las que, por supuesto, no se incluían ese tipo de prácticas.

Por suerte, su polla reaccionó a mis estímulos y, ya empalmado por completo, pude proseguir con mis atenciones.

Levanté un instante la mirada y lo vi con los párpados cerrados, la respiración agitada y el cuello tenso.

Sus manos apretándome los hombros me hacían daño, pero ese dolor significaba que estaba vivo, que no era inmune a mis caricias y continué, continué hasta que percibí su agitación, su estado de máxima excitación y me preparé, porque sus caderas comenzaron a embestirme hasta que sentí en mi paladar el sabor de su semen. Lejos de apartarme, me mantuve pegada a su pene hasta que acabó de correrse.

Después dejé que me lo sacara de la boca y, sintiéndome a gusto, le besé la punta. Acto seguido, me puse de pie, con una sonrisa pícara, esperando su respuesta.

Quise besarlo en los labios, pero su expresión ceñuda me detuvo.

—¿Qué ocurre? —pregunté, molesta por su reacción.

—No vuelvas a hacer algo así —replicó, dejándome perpleja—. Tú eres mi esposa, no una fulana que se gana unas monedas en los callejones.

Me quedé de piedra durante al menos unos segundos, los que tardé en percatarme de que no merecía la pena el esfuerzo de salvar mi matrimonio. Charles nunca entendería mi modo de ver las cosas, pues seguía anclado en unos ridículos convencionalismos.

Sin mediar palabra, abandoné su refugio y me prometí a mí misma no volver a tropezar con la misma piedra.



## Capítulo 40



Puede que algunos aspectos de mi vida resultaran deprimentes; sin embargo, no entré en la peligrosa senda de la autocomplacencia. Actué como había hecho desde que tenía uso de razón: mirando hacia delante, asumiendo que si no era yo quien resolvía los problemas, nadie iba a hacerlo por mí.

Y empecé por analizar lo que me preocupaba. Llegué a la conclusión de que solo iba a emplear tiempo y esfuerzo en lo que de verdad pudiera resolver. Así que dejé a un lado a Charles y sus cambios de humor, sus noches en vela y sus desprecios. Me concentraría en mí, en mis necesidades y en encontrar un equilibrio que me permitiera vivir sin grandes sobresaltos.

Cierto que las horas de hastío superarían a las de diversión, pero al menos me evitaría complicaciones. Tenía tres hijos a los que cuidar y que cada vez me ocupaban más tiempo.

Aunque disponía de personal de servicio suficiente como para atenderlos, pero me sentía cada vez más implicada con ellos y de ahí que pasara muchas más horas en sus habitaciones.

Nunca hubiera pensado que gracias a los tres pequeños podría olvidarme de las preocupaciones. Siempre había pensado que la maternidad era una especie de losa para las mujeres y, aunque en cierto sentido lo era, pues restringía mis movimientos y desfiguraba mi cuerpo, obtenía la recompensa en forma de sonrisa cada vez que alguno de mis hijos me abrazaba.

Mi única preocupación, aparte de que crecieran sanos y ajenos al dolor, era ver cómo Cyprien cada día se parecía más a su padre, algo que podía derivar en comentarios y rumores que sembrarían la sospecha. Llegado el momento, no me quedaría más remedio que asumirlo, pero de ningún modo podía permitir que eso afectara a mi hijo.

Cuando Charles jugaba con ellos, no podía saber qué se le pasaba por la cabeza. Bien es cierto que a Alexander, sabiendo que no era hijo suyo, lo trataba igual que a los otros dos, de ahí que yo tuviera cierto miedo de que hubiera averiguado la verdad y, como era habitual en él, guardase silencio, aunque por dentro mi mentira lo estuviera reconcomiendo.

Claire siempre me acompañaba, tan cariñosa y atenta como siempre. Mis hijos la adoraban. En especial Alexander, que en más de una ocasión se dormía en sus brazos, a pesar de que, con sus cinco años, ya no era tan pequeño como para tenerlo en el regazo. Pero a ella la hacía feliz y, por tanto, yo poco podía objetar.

Una tarde, a finales de enero, cuando ambas nos encontrábamos en la sala de juegos con mis hijos, sentí que alguien nos observaba. Me volví despacio y lo vi.

Allí estaba William, apoyado en la puerta, mientras nosotras, sentadas en el suelo, el pelo revuelto y las faldas alborotadas, jugábamos con los niños. Él miraba a su

esposa con una media sonrisa en el rostro. Me hizo un gesto, llevándose el dedo a los labios para que guardara silencio. Yo asentí.

—¡Alexander! —chilló Claire, cuando el niño se le subió encima para que lo llevara a caballito—. Eso no se le hace a una dama.

Ella terminó cayéndose al suelo, muerta de risa, con mi hijo mayor encima, haciéndole cosquillas. Yo, con Catalina en brazos, me reí también porque Cyprien se unió a Alexander y entre los dos no la dejaban tranquila.

—¡Eso es trampa! —chilló de nuevo Claire—. ¡No vale dos contra una!

—Vaya, yo no sabía que la competencia iba a ser tan feroz...

Ella se quedó quieta en el suelo y, temerosa, volvió la cabeza hacia la puerta al oír aquella voz que llevaba tanto tiempo anhelando. Como era de esperar, los dos chiquillos siguieron a lo suyo.

—Venid aquí —les dije a mis hijos, para que Claire pudiera levantarse.

Obedecieron renuentes y miraron al teniente como lo que era, un completo desconocido que venía a fastidiarlos, a interrumpir uno de sus juegos favoritos. Yo me quedé en el suelo, rodeada por los niños, y observé sonriendo cómo William se acercaba a Claire, se inclinaba y le ofrecía la mano. Cuando por fin ella pareció reaccionar, él tiró con fuerza para ponerla en pie y darle un largo abrazo.

Mi amiga comenzó a llorar a mares, de manera entrecortada, con hipidos, incapaz de controlarse, mientras William, sujetándola como si le fuera la vida en ello, la abrazaba enterrando la cara en su cuello.

Me puse en pie y me llevé a mis hijos y, aunque los pequeños no entendían por qué debíamos abandonar el cuarto de juegos, no quise detenerme a dar explicaciones.

—Bienvenido a casa —murmuré en dirección a William antes de salir, consciente de que él ni siquiera se percataba de mi marcha. Cerré la puerta despacio.

Una vez fuera, respiré hondo y me sequé las lágrimas con disimulo, pues, tonta de mí, me había emocionado, algo que nunca pensé que me sucedería y menos que lo provocaría el hombre al que durante mucho tiempo detesté.

No volví a verlos hasta la hora de la cena, durante la cual confieso que me sentí un poco fuera de lugar, pese a encontrarme en mi propia casa. Charles también nos acompañó, pero apenas dijo nada. De nuevo se encontraba en uno de aquellos estados suyos melancólicos que yo detestaba; casi era mejor que no estuviera.

Por supuesto, yo deseaba que el teniente pudiera informarme sobre Stephan cuanto antes, para lo cual debía encontrar un lugar reservado, pero sin que pareciera que nos reuníamos para un encuentro ilícito. Aunque al estar Claire al corriente de nuestro secreto, bien podía unirse a nosotros.

Pero esa noche no era la indicada, pues, si bien habían tenido la deferencia de bajar al comedor, lo que en realidad anhelaban ambos eran encerrarse en su dormitorio.

—Yo también me retiro por hoy —le dije a Charles, que permanecía sentado y ausente, como si estuviera en trance.

—Si no tienes inconveniente, me gustaría visitarte hoy.

Desde el desastroso episodio de su estudio, no habíamos tenido ningún acercamiento sexual. No porque a mí no me apeteciera, pues de hecho muchas noches me masturbaba, sino porque me había prometido a mí misma no volver a caer en el error de intentar seducir a mi marido.

—Pero entendería que estuvieras cansada —añadió ante mi silencio.

Por enésima vez podía intentar solucionar aquel asunto; no obstante, me limité a sonreír y asentir.

—Por supuesto. Te estaré esperando.

Nadie que me conociera de verdad habría creído en esa representación de esposa sumisa, pero a él pareció convencerlo, pues encajaba de pleno con sus ridículas normas.

Charles me daba el tiempo suficiente para prepararme y, de hecho, esa vez lo hice. No volvería a tener más hijos. Catalina había sido el último intento de sentirme más cerca de mi marido, de enmendar los errores que creía haber cometido. Y si bien adoraba a mi hija, una nueva maternidad quedaba descartada para siempre.

Lo esperé en mi cama, con tan solo una vela encendida, el camisón puesto y unas ganas enormes de que acabara cuanto antes para poder dormir tranquila.

Todo ocurrió tal cual yo esperaba. No hubo variación. Yo acostada boca arriba, con el camisón subido hasta la cintura, besos, alguna caricia y poco más. Nada reseñable.

Quise hacer una lectura positiva y me convencí de que, sabiendo de antemano qué iba a ocurrir, la decepción no tenía cabida.

Solo mis manos y mis recuerdos me proporcionaban placer.

En más de una ocasión sopesé la idea de buscar un sustituto. Aún recibía miradas insolentes, cargadas de deseo, por parte de muchos caballeros a los que poco o nada me costaría seducir; sin embargo, la sola idea de entregarme a un hombre sin más aliciente que el sexo se me antojaba absurda. Ya tenía suficiente con entregarme a un hombre por obligación, no quería terminar odiando a todos los de su género.

Al día siguiente por fin pude tener con William la conversación que tanto tiempo había aguardado. Él se las ingenió para llevarnos a las dos de paseo, con el pretexto de que Claire quería ir de compras y nadie mejor que yo para aconsejarla. A mí no me pareció ninguna excusa, pues era la pura verdad.

—Díselo, William, por favor —le pidió ella, una vez que nos instalamos en el carruaje y pudimos hablar lejos de oídos indiscretos.

Yo me tensé, pues Claire podía tener tendencia al dramatismo, pero William no y por tanto su cara sería no presagiaba nada bueno.

—Stephan y yo caímos en una emboscada —comenzó a explicar y yo tuve que inspirar hondo—. Como es lógico, nos tomaron como prisioneros de guerra.

El coche traqueteaba por el adoquinado de la misma forma que el corazón en mi pecho.

—No hace falta que adornes la verdad, dila, sea cual sea —exigí.

Claire me cogió la mano.

—Al ser oficiales, podríamos decir que fueron un poco más considerados con nosotros —continuó, haciendo una mueca irónica—. Como era de prever, nos interrogaron, esperando obtener alguna información, pero Stephan y yo en cada misión preparamos una versión conjunta (falsa, por descontado) para, llegado el caso, poder hablar sin comprometer a nadie y que nuestros interrogadores den por hecho que ambos decimos la verdad. —Hizo una pausa y por su actitud supuse que estaba buscando las palabras para continuar—. Todo parecía ir como habíamos calculado, de tal forma que, con un poco de suerte, nos intercambiarían en breve.

—¿Qué pasó? —conseguí preguntar, con un hilo de voz.

—Lo reconocieron —respondió él, pasándose una mano por la cara y el pelo, muestra evidente de su pesar.

—¿Lo reconocieron? ¿Quiénes? ¡Habla, por Dios! —grité, incapaz de mantener la calma ante aquellas noticias.

—Uno de los soldados que nos custodiaban. ¡Maldita sea! Stephan negó ser él, por supuesto, pero en esos casos, ante la menor duda, las autoridades no corren riesgos, y lo apartaron del resto de los prisioneros.

—¿Y dónde está ahora?

—No lo sé a ciencia cierta. Por lo poco que pude entender, oí que lo trasladaban a Francia.

—¡Dios mío! No puede ser...

—Con toda seguridad lo habrán acusado de traición, pues al ser descubierta su coartada como lord Sterling, queda en evidencia.

—Ornela, lo siento mucho —musitó Claire, abrazándome.

—Estamos intentando que alguien consiga infiltrarse para obtener alguna información. Sospechamos que lo tienen en París.

—Iré yo —dije, tras pensarlo apenas cinco segundos.

—¿Cómo dices? —bramó William, con los dientes apretados.

—Soy francesa, puedo alegar cualquier motivo para querer volver a mi país de origen.

—No lo voy a permitir, ¿me oyes? En primer lugar, si llego a consentirlo Stephan me mataría y en segundo, tú no estás capacitada para una misión así. Debe ser una mujer que...

—¿Por qué no? —pregunté rabiosa.

—Eres la madre de sus hijos, no puedes arriesgarte a ser encarcelada, o algo mucho peor.

Pasé por alto el hecho de que él conociera ese detalle de la paternidad de Stephan.

—No me importa, si puedo hacer cualquier cosa por salvarlo...

—Créeme, admiro tu valentía. Pero si vas a Francia, podrías hacerle más mal que bien.

—Lo dudo —rezongué.

—Escúchame bien —William adoptó un tono severo, tan distinto del habitual que por un momento creí estar hablando con otra persona—, en tu caso sería peor el remedio que la enfermedad.

Yo di un respingo ante su aseveración.

—No lo veo así —reliqué ofendida.

—Hacer cualquier movimiento por tu parte solo llamaría la atención. Por el amor de Dios, Ornela, estás casada con otro hombre. Si te descubren, que lo harán, porque, querida, tú eres incapaz de pasar desapercibida, a Stephan se le pondrían las cosas mucho más cuesta arriba.

«¿Es un cumplido o un insulto?» fue lo que se me pasó por la cabeza. El teniente me hablaba con una sinceridad brutal, incluso estando Claire delante, la cual, por cierto, no dejaba de sujetarme la mano como si temiera que me fuera a dar un vahído.

—¿Crees que sería capaz de ponerlo en peligro? —pregunté, sabiendo de antemano la respuesta.

—No. No al menos de manera intencionada. No obstante, si se fijan en ti y averiguan quién eres, y lo harán, no lo dudes, tú serías la principal perjudicada, pues se sabría que él sigue vivo, algo que, hasta la fecha, aquí se desconoce.

—Comprendo... —musité muy a mi pesar.

—Por no hablar de lo que podrían hacerte a ti. Para empezar, acusarte también de traición, algo que parece gustarles mucho a los franceses.

—A todo el mundo, por lo que veo —comenté con sarcasmo—. Parece ser la acusación favorita, la que sirve para todo.

William esbozó una sonrisa ante mi comentario.

—Sé que es difícil quedarse de brazos cruzados sabiendo el peligro que corre, pero te prometo que, en cuanto sea seguro, yo mismo me ocuparé personalmente de todo.

—¿Pretendes que siga con mi vida normal como si nada? —le recliné, elevando la voz.

Habíamos llegado a nuestro destino y, por tanto, no podíamos continuar con la conversación. Me bajé sin esperar a que me abrieran la puerta, pero entonces, llevada por la rabia y la frustración, subí de nuevo al carruaje y le ordené al cochero que arrancara y diera vueltas hasta nueva orden.

Estaba dispuesta a encontrar una solución.

—Ornela, tranquilízate, por favor —me pidió Claire, intercambiando una mirada con su esposo—. Todos queremos que el capitán esté de vuelta sano y salvo, pero no podemos cometer locuras.

—No puedo más... —Me eché a llorar, doblándome sobre mí misma.

No era capaz de controlar mi llanto. Todo se me venía encima.

—Lo sé, y también que te estoy pidiendo un sacrificio —intervino William—. Pero por favor, déjalo todo en nuestras manos. Me comprometo a tenerte informada

de todo en persona —concluyó, moderando un poco su tono brusco.

—Toma.

Claire me ofreció su pañuelo y yo me sentí más vulnerable que nunca, porque allí, delante de ellos, me había derrumbado. Y nunca antes me había permitido tal debilidad.

El carruaje continuaba su marcha sin rumbo y mis lágrimas seguían cayendo, hasta que poco a poco fueron remitiendo. Ellos dos esperaron en silencio a que me recompusiera y, gracias a Dios, no intentaron llenar el silencio con intrascendentes palabras de ánimo. Comprendían mi dolor y me daban espacio para que lo asumiera.

—¿Qué habéis pensado? —pregunté, cuando fui capaz de erguirme y mirar a William a la cara.

—Lo más prudente es que esperemos hasta obtener información sobre su paradero exacto.

—¿Y si es demasiado tarde?

—Dudo mucho que se arriesguen a matarlo, cuando saben que es una pieza valiosa. Un trofeo por así decirlo.

—Un trofeo... —repetí asqueada.

—Por desgracia así es. Las cosas se están torciendo para el ejército francés, tienen demasiados frentes abiertos y necesitarán cualquier estratagema para negociar.

—Y supongo que el ejército británico también tiene prisioneros importantes con los que negociar —alegué con desprecio.

—No es lo mismo —se defendió él.

—¿No? Pues yo creo que sí —repliqué y, para no entrar en debates que no nos iban a llevar a ninguna parte, le dije al cochero que nos condujera de regreso a casa.

No estaba de humor para estar acompañada y mucho menos para ir de compras.

## Capítulo 41

Mis problemas matrimoniales con Charles pasaron de inmediato a un segundo plano.

Mi situación no era muy diferente de la de otros matrimonios, en los que, una vez alcanzadas las prioridades básicas, es decir las económicas y las de la descendencia, no tenía sentido establecer más lazos entre los cónyuges.

Llegué a pensar que Charles se había buscado una amante que me sustituyera, y con la que poder llevar a cabo todo aquello que «no se debía» hacer con una esposa. Sin embargo, me parecía muy extraño, ya que sus salidas de noche fuera de la propiedad se reducían a asuntos muy concretos. Bien es cierto que a cualquier hora del día se puede ser infiel, no tiene por qué ser de madrugada, y si Charles visitaba a otra mujer, debía de hacerlo a horas en las que nadie sospecharía.

No obstante, Charles no era como tantos caballeros, que aun teniendo una esposa predispuesta siguen visitando a sus amantes, pero aunque lo conocía desde hacía años, nunca supe si había tenido alguna relación ilícita.

También sopesé la idea de que, como muchos de su clase, podía encontrarse con alguien del servicio, pero la situación había dejado de importarme hacía tanto, que ni siquiera me molesté en vigilar a las doncellas que *a priori* podían ser consideradas candidatas.

Mi principal motivo de desvelo volvía a ser la incertidumbre respecto a Stephan.

William había pasado con nosotras algo más de dos meses, durante los cuales, aparte de ver la felicidad conyugal de la pareja, poco más había pasado. El teniente Perlman no ocultaba su irritación ante la falta de noticias, pero era ver a su esposa y cambiar por completo.

Claire incluso llegó a disculparse conmigo por ser ella quien pudiera estrechar entre sus brazos a su amado. Yo respondí en broma, que si tan afectada estaba, que me prestara al teniente un par de noches a la semana, y así ambas estaríamos contentas.

—¡Ornela! —chilló, abriendo los ojos como platos cuanto se lo dije.

—Es lo más razonable. Somos amigas. Lo compartimos todo.

—Pe... pero...

—Siempre estás diciéndome que harías cualquier cosa por mi felicidad —añadí, solo para disfrutar un poco más con su sonrojo.

Por supuesto, ante su cara de estupefacción, tuve que aclararle que no era más que un comentario absurdo para tomarle el pelo. William, canalla a tiempo parcial, se rio a gusto cuando se enteró de mi descabellada propuesta.

Pero llegó el día de su partida, que por una de esas ironías de destino coincidió con el cumpleaños de Stephan, el 30 de marzo de 1813. Dondequiera que estuviese, pues las informaciones que el teniente tenía a bien compartir eran contradictorias,

celebraría su trigésimo octavo cumpleaños.

Para mí solo hubo una noticia que pudo mitigar en gran medida esos aciagos días: el regreso de mi madre a Londres.

Como viuda de un marqués, gozaba de la independencia y el estatus que debía haberle otorgado su nacimiento. Atrás quedaron los momentos difíciles, cargados de penurias y sacrificios.

Tenía muchas ganas de reunirme con ella, pero estaba desanimada, sin fuerzas para ir de visita. Los motivos para moverme eran menos que mi necesidad de quedarme acurrucada en la cama, o de permanecer inactiva junto a la ventana.

Seguía encerrada en mis preocupaciones, que fingía no tener por razones obvias, pues solo Camille y Claire estaban al tanto de la verdad. Algunas mañanas me resultaba tan difícil levantarme y afrontar la jornada, que lo que había sido un pequeño placer se estaba convirtiendo en un vicio inconfesable y, sobre todo, muy cuestionado socialmente si quien cometía el pecado era una dama.

Nunca había ocultado mi predilección por un buen licor. Me gustaba el sabor amargo del *brandy*, ese primer contacto con el paladar que te sorprende y hasta te repugna, pero que después se convierte en una delicia que te incita a tomar un sorbo tras otro.

Y yo empecé a beber demasiadas copas de licor. Disponía de la libertad para ello y confieso que encontré en la bebida la solución a muchos de mis quebraderos de cabeza, pues, con el *brandy*, la mente se me embotaba de tal forma que no pensaba en nada y ese letargo me acercaba a la felicidad.

Al principio lo hacía en contadas ocasiones y solo recurría al alcohol los días más difíciles de sobrellevar, como por ejemplo mi aniversario de boda con Stephan. O el día de mi vigésimo octavo cumpleaños.

Me sentía vieja y desanimada, como si tantos años a mis espaldas fueran una losa imposible de soportar; entonces solo el *brandy* me daba fuerzas.

Para que no me descubrieran, me las ingeniaba para llevar botellas a mi alcoba y esconderlas. También procuraba contenerme cuando debía acudir a alguna velada, pensando que al regresar a casa podría obtener mi recompensa.

Claire fue la primera en advertir mi cambio, pero lo achacó a mi desánimo por la situación en la que me encontraba. A veces tenía ganas de echarla de mi lado, pues estando ella presente no podía beber y eso me irritaba.

Pero de nuevo ella, con su paciencia y su bondad innatas, hicieron posible la convivencia, porque yo me había vuelto una persona amargada, incapaz de alegrarme con las pequeñas cosas que regala la vida, o ante las importantes noticias que nos llegaban del continente.

Poco después de mi cumpleaños, se publicó en los periódicos que, tras perder en la batalla de Vitoria, el ejército francés comenzaba a replegarse y eso, según explicaban los expertos, significaba que en breve toda la Península quedaría bajo control de los aliados.



De hecho, así fue, según podía leer en los periódicos; a medida que el verano avanzaba, las tropas de Wellington fueron reconquistando ciudades españolas y expulsando a los franceses, pero al mismo tiempo en Centroeuropa las cosas no eran tan sencillas: Napoleón había derrotado a los aliados en Dresde y, por tanto, aún no había un vencedor claro. A mí me traía sin cuidado quién fuera el que se alzara con el trofeo, lo importante era que la maldita guerra terminara y que por fin dejara de derramarse sangre.

Mi vida transcurría pues entre las obligaciones y los momentos de sopor inducidos por el alcohol, cuyas dosis iba aumentando. Hubo días en los que ni siquiera era capaz de levantarme hasta la hora de comer e incluso llegaba a fingir algún malestar para quedarme en la cama más tiempo y así lograr despejarme; al menos el tiempo suficiente para visitar a mis hijos o tomar algunas decisiones domésticas.

—Ornela, ¿puedo pasar?

Una de esas mañanas en las que deseaba quedarme a solas, adormilada y que no tenía ganas de nada, Claire subió a mi cuarto con la evidente intención de interesarse por mí.

—Qué remedio —farfullé y, tras respirar hondo, añadí—: Adelante.

—¿Te encuentras bien? —preguntó ella, acercándose con cautela hasta la cama.

Las cortinas aún permanecían echadas y, por consiguiente, la habitación estaba en penumbra, algo indispensable para mi jaqueca.

—Sí —suspiré, para que no ahondase en la cuestión y me atosigara a preguntas.

—No sé si creerte —musitó dubitativa—, tienes mal aspecto. Parece como si no hubieras dormido bien.

—¿Te ocurre algo? —pregunté para cambiar de tema y porque su expresión me decía a las claras que así era.

Ella asintió y vi cómo contenía a duras penas las lágrimas.

Con bastante esfuerzo, me incorporé hasta poder sentarme en la cama y, desde esa postura, logré luego ponerme en pie, aunque me tambaleé al sentir un pequeño vahído.

Claire anduvo rauda y me sujetó para evitar que cayera desplomada al suelo.

—Voy a llamar al médico. Estás muy débil —dijo, al ver mis lentos movimientos.

—Se me pasará —mascullé, indignada conmigo misma por mostrar aquella vulnerabilidad delante de ella, algo que, con su tendencia a preocuparse, me traería nuevos quebraderos de cabeza.

—Por si acaso...

—No —musité.

—Nada hemos de perder por consultarle.

—¡He dicho que no! —grité, desasiéndome de su brazo y agarrándome al poste de la cama para mantener el equilibrio.

—De acuerdo, no lo avisaré —concedió ante mi enfado.

—Dime qué te ocurre —exigí, impaciente por librarme de ella y de su mirada.

Podía ser ingenua, pero mi aspecto no podía deberse solo a una noche de insomnio.

Tragó saliva, se sentó en el borde de la cama y contuvo el llanto.

—Los remedios que he estado tomando no han servido de nada —me dijo con pesar.

Cerré los ojos apenada.

Yo no estaba en las mejores condiciones, pero aun así la abracé y la sostuve hasta que remitió el llanto.

Desde luego, con la de hijos bastardos que algunas y algunos traían al mundo y, en cambio, Claire seguía sin alcanzar su sueño. Si esta situación se hubiese producido antes de ser yo madre, desde luego habría tenido mil y un argumentos para convencerla de que la maternidad no era ni de lejos tan emocionante ni tan especial como todos afirmaban, pero ahora yo, la más escéptica de las mujeres, también había sucumbido y no concebía la vida sin mis tres hijos.

Así pues, con una nueva decepción para ella y una constante angustia para mí, fueron pasando los días con sus respectivas noches de soledad. Algunas veces lograba mantenerme sobria; no obstante, pese a considerarlo todo un avance, eran las menos y hubo muchas más noches en las que me dormí con la mente embotada por completo gracias al *brandy*.

Mi madre, alertada por Claire de mi deterioro físico, se interesó por mi salud. A ella sería muy difícil engañarla, así que procuré retomar mis dotes de actriz y no dudé en emperifollarme y aplicarme colorete para que mis mejillas lucieran sonrosadas antes de ir a visitarla.

—¡Ornela, mi vida! —exclamó mi madre, nada más verme entrar en su casa.

Era la mansión que había compartido con su, por suerte, difunto esposo y que ahora, si bien pertenecía a mi hermanastro, ella podía disfrutar sin el temor constante a ser reprendida o cuestionada.

—¡Mamá! —respondí con el mismo tono apasionado y me sentí de nuevo como hacía mucho tiempo que no me sentía, como cuando no era más que una jovencita curiosa y solo ella podía ofrecer consuelo a mis pueriles cuitas.

—Estás tan cambiada... —murmuró, cogiéndome de las manos y dando un paso atrás para observarme bien—. Te has convertido en una mujer muy hermosa.

—Gracias.

—Como siempre supe que ocurriría.

La primera impresión había sido favorable, así que nos sentamos en la sala de recibir, dispuestas a pasar la tarde hablando o sencillamente disfrutando del placer de estar juntas, sobre todo ahora que ella podía hacerlo con libertad.

—Hola, madre —saludó mi hermanastro, acercándose a nosotras con aire desconfiado—. ¿Qué hace ella aquí?

—Austin, por favor —dijo ella ante su tono de desprecio—. Es tu hermana.

—Padre siempre decía que era un mal bicho y que solo nos traería desgracias — recordó él y no me sorprendí de que a sus once años ya tuviera la mente envenenada.

—¡No pienso tolerar un solo insulto más! —lo reprendió nuestra madre en tono muy severo, ante lo que Austin ni se inmutó.

—Esta es mi casa y no voy a permitir que gentuza como ella venga por aquí.

—Ya está bien. Ahora mismo vas a pedirle disculpas a tu hermana mayor.

—Es mi hermanastra y no tengo ningún deseo de verla por aquí ni en ninguna otra parte —apostilló él, sin dar su brazo a torcer.

Y dicho esto, se marchó sin dejar que me defendiera o intentara explicarle que todo lo que su maldito progenitor le había contado era mentira.

—Perdónalo, querida Ornela. Está trastornado por la muerte de su padre.

—Lo entiendo —musité, porque no quería que se disgustase.

—Cientos de veces he intentado explicarle que todo cuanto el difunto marqués le contaba no era más que una burda mentira, producto del resentimiento hacia ti, y que tú nunca le has deseado ningún mal.

—Tiene once años, aún es joven. Con el tiempo cambiará su percepción de la historia.

—Eso espero —suspiró, dolida al ver a sus dos hijos tratándose mucho peor que si fueran dos extraños.

Por fortuna, conseguimos dejar de lado ese desagradable incidente y pudimos ponernos mutuamente al día. Mi madre se mostró impaciente por conocer a la pequeña Catalina y para ello organizamos una reunión familiar, a la que, por supuesto, Austin también vendría, pues pensamos que quizá, viéndome rodeada de más gente, el chico suavizaría un poco su animadversión hacia mí.

La tarde transcurrió plácidamente mientras hablábamos de temas seguros, o al menos eso pensaba yo, hasta que mi madre abordó un asunto delicado.

—He oído que tu esposo y tú... os estáis distanciando.

Respiré y busqué la forma menos abrupta de explicarle mi situación conyugal.

—Ya no somos chiquillos. Tanto Charles como yo nos comportamos como adultos y sí, como debe de ocurrir en muchos matrimonios, cada uno parece ir por un lado.

—Yo creía que Charles te haría feliz... estaba convencida de ello.

Alzó la mano y me acarició la mejilla, lo cual fue un error, pues si bien agradecía el contacto con mi madre, ella pudo comprobar que mi piel no resplandecía por causas naturales.

Se miró los dedos, sin duda extrañada.

—Ya tengo una edad, mamá, mi piel ya no es la de una jovencita —me excusé sonriendo e intentando que mi voz sonara distendida, restándole importancia a la evidencia de mi colorete.

—¡Tonterías! —exclamó frunciendo el cejo—. Eso puedo decirlo yo, pero a ti te ocurre algo, lo sé, lo intuyo.

¿Cómo podía explicarle la situación que sobrellevaba en secreto?

No podía hacerlo sin revelar más de la cuenta, así que de nuevo recurrí a la verdad para engañarla.

—Es Charles, mamá, él... está enfermo.

—¡Oh, Dios! ¡Si es tan joven!

—No es una enfermedad común —añadí y por fin pude abandonar mi papel de mujer feliz.

—¿Qué mal le aqueja? —preguntó tan angustiada como solo una madre lo puede estar.

—No sabría decirlo, pero sufre insomnio, lo que hace que se comporte de forma extraña. Por las noches deambula fuera de casa, solo y sin abrigarse.

—Es muy raro, Charles siempre ha sido un hombre moderado —apuntó mi madre, extrañada.

A ella le sucedía como a todos, pues la imagen que se tenía de él era muy distinta a la realidad. Esa faceta solo la conocíamos algunos criados y yo.

—Eso pensaba yo. Estuvo muy enfermo con unas fiebres. Por suerte, ha salido adelante, pero me temo que si persiste en esos episodios de locura...

—Hija mía, no sabes cuánto me aflige todo esto.

Me refugié en sus brazos, apoyándome en su hombro y cerrando los ojos. Cuánto me habría gustado poder ser mucho más explícita y contarle absolutamente todo lo que me causaba dolor.

—Lo sé, mamá. Lo sé.

—¿Qué dicen los médicos?

—Le recomiendan que tome láudano, pero Charles se obstina en no hacerlo.

—Mi niña, tan joven y ya con tan pesadas cargas a tus espaldas...

Puede que mi madre no me ofreciera ninguna solución, pero sí al menos logró que durante unas horas olvidara la necesidad de beber. Me sentí segura, de nuevo comprendida, una sensación que hacía mucho que no experimentaba, de ahí que tuviera en mí efectos tan beneficiosos.

Estuve más de un mes sobria. Quizá el miedo y la vergüenza a que ella conociera la verdad lograron que me mantuviera apartada del *brandy*. Recuperé parte de mi aspecto lozano y eso acalló los rumores sobre mi estado de salud.

Claire dejó de preocuparse por mí y yo de esconder botellas entre mis vestidos.

Lástima que eso no fuera definitivo.

## Capítulo 42

El intento de mi madre por reunirnos a todos alrededor de la mesa de Navidad estaba abocado al fracaso, pues la predisposición de cada uno de nosotros, por diferentes motivos, era más bien escasa. Así pues, aquel final de 1813 fue tan triste como el de los años anteriores.

Y el nuevo año tampoco se presentaba mejor.

A través de William estábamos al corriente de cuanto sucedía, pues él, a diferencia de los periódicos, no adulteraba la información para mantener alta la moral del pueblo. El ejército estaba formado sobre todo por hijos de campesinos y de gente pobre y, por desgracia, eran ellos los que engrosaban las listas de muertos, mutilados y prisioneros.

La balanza se inclinaba a favor de los aliados, pero aun así todavía quedaba mucho por hacer y, por consiguiente, no se podía cantar victoria. Lo peor de aquella incertidumbre no era soportar días enteros sin una noticia, sino asimilar las que iban llegando, eso sí, con cuentagotas.

En su última misiva, William nos informaba a Claire y a mí de que habían localizado a Stephan. Estaba prisionero en La Conciergerie, en París. Los cargos contra él eran de lo más variopintos. Desde traición, todo un clásico, hasta maltratar a los caballos. Todo era una argucia para tenerlo recluido el mayor tiempo posible con una única esperanza: que revelase sus secretos.

Claire intentaba animarme, pero ese privilegio solo lo tenía el *brandy*, mi fiel compañero.

Se me llevaban los demonios cada vez que, a través de William, Claire me pedía paciencia; pretendían llegar a él de forma sigilosa, sin levantar sospechas, porque lo tenían estrechamente vigilado y cualquier persona que preguntase por él sería investigada de inmediato, de ahí el temor a enviar a alguien.

La información se había obtenido de la forma habitual en esos casos: mediante el soborno. Un sistema universal al que sucumbían todos sin importar la nacionalidad, pero una cosa era saber su paradero y otra muy distinta mover ficha para liberarlo.

La razón principal de que las autoridades británicas se tomaran aquello con tanta calma era obvia: no arriesgarían múltiples operaciones en marcha para salvar la vida de un solo hombre. Cruel pero cierto.

Para rematar el cinismo, incluso llegaban a decir que, al ser tan valioso, a buen seguro lo estarían tratando de manera aceptable, mucho mejor que a un simple prisionero de guerra común.

Pobre consuelo.

Por si mi angustia no fuera suficiente motivo para tenerme amargada, a ello había que sumarle el enrarecimiento de mi relación con Charles. Ya ni siquiera hablábamos. En las contadas ocasiones en las que ambos coincidíamos, nos limitábamos a ser

cortes, nada más. Nada de palabras y mucho menos gestos de cariño.

Ni que decir tiene que las visitas de Charles a mi dormitorio se fueron espaciando tanto que al final dejaron de producirse.

Cada uno seguíamos encerrados en nuestros propios pensamientos.

Intenté analizar la situación, incluso llegué a pensar que él conocía mi gran secreto o al menos lo sospechaba. Charles estuvo a mi lado cuando Stephan «murió». En aquel momento no solo me proporcionó apoyo y consuelo, sino que además se ocupó de los diferentes trámites legales y, por supuesto, me escuchó cuando le hablé de mis sentimientos por mi difunto marido; por tanto, era bien consciente de lo que yo sentía.

No sería la primera vez que una mujer viuda contraía segundas nupcias y seguía recordando a su esposo fallecido. No obstante, en mi caso, además de eso había un agravante: Cyprien.

Cada día que pasaba su parecido con Stephan era mayor. Ni rastro del cabello claro de Charles, algo que podía haber heredado de mí, pero si a ello se añadían sus facciones, había que ser muy mal fisonomista como para no hacerse preguntas.

Puede que Charles ya se las hubiera hecho hacía mucho y que su caballerosidad le impidiera exigirme una explicación, lo que no habría evitado el distanciamiento en que vivíamos y que a los dos nos estaba amargando. Aun así, él nunca hacía distinción con ninguno de mis hijos. Nunca. Y eso era admirable.

Lo mismo que su comportamiento cuando acudíamos a eventos sociales ineludibles. Acallar los rumores sobre su supuesta enfermedad era de vital importancia y más teniendo en cuenta que vivíamos en un país donde al propio rey se lo había apartado del gobierno por problemas similares a los suyos.

En uno de los actos a los que acudí del brazo de Charles, una velada de teatro, empecé a sentirme mal. No sabía qué me pasaba, pero era un malestar general. Quizá fuera el ambiente sobrecargado del teatro o el hecho estar sentada allí en el palco, rodeada de cientos de ojos más pendientes de lo que hacían los asistentes que de lo que ocurría en el escenario.

Me disculpé con Charles, que era uno de los pocos que sí acudían al teatro para ver la obra, y salí a la sala anexa donde luego los congregados se reunían para tomar un refrigerio. Estaba vacía, lo cual agradecí. Examiné las viandas allí dispuestas y no toqué nada, al menos nada sólido, pero me fui directa a las bebidas. Miré a mi alrededor, asegurándome de que nadie me viera, y me serví una generosa cantidad de licor.

Con la copa en las manos algo temblorosas, me encaminé a una de las ventanas, que, sin importarme el frío de la noche invernal, abrí para que el aire me diera en la cara mientras el alcohol me iba calentando por dentro. Percibí en el acto cómo mi cuerpo se relajaba y la sensación de bienestar acallaba cualquier dolor, imaginario o no, que pudiera tener. Vacíé la copa sin apenas darme cuenta y tan absorta estaba en mí misma que no advertí la presencia de un hombre en la sala.

Quise disimular, fingir que lo que me había tomado era una copita de Oporto aguada, como hacían las damas, pero Agnus, a poca distancia ya de mí, estiró el brazo y cogió la copa vacía que yo sostenía y la olió, con lo que llegó a la conclusión obvia.

—No me sorprende —dijo, esbozando una de sus carismáticas y seductoras sonrisas—. Tú nunca serás como las demás.

Dejó de manera despreocupada la copa vacía, como solo los aristócratas saben hacerlo, antes de prestarme toda su atención, algo que significaba peligro inmediato.

—Tengo que volver a mi asiento.

Pero él me cortó el paso y advertí el riesgo que eso podía suponer. No sabía cuánto quedaba para el final de la representación, por lo que era absolutamente necesario que abandonara aquella sala y regresara a la seguridad del palco.

A causa de mi lamentable estado, mis movimientos no fueron todo lo rápidos que precisaba y él me sujetó de la muñeca, evitando así mi huida.

—Hace tiempo que te observo —musitó, utilizando un tono insinuante, o puede que al hablar tan cerca de mi oído sus palabras adquirieran un aire demasiado íntimo—. Ya no eres la niña que conocí. Te has convertido en una mujer a la que los hombres desean, a la que ningún caballero de sangre caliente dejaría escapar y por la que muchos serían capaces de hacer locuras.

—Suéltame —exigí, aunque me faltaba convicción.

—Pero tu atractivo físico, tan legendario, en los últimos tiempos no es igual de radiante. ¿Qué te aflige?

Me quitó un guante y así pudo recorrer la piel de mi brazo hasta llegar a la parte superior y toparse con el borde del vestido. No sé por qué, eso despertó en mí una sensación que hacía tiempo no experimentaba. Noté un escalofrío y el aire fresco que entraba por la ventana no tenía nada que ver.

—Nada —respondí, evitando su mirada, aunque pude apreciar los signos del paso del tiempo en él, empezando por las primeras canas, siguiendo por las arrugas en su frente y acabando por su expresión de cansancio.

—No mientas. —Tiró de mí hasta que quedamos frente a frente y me rodeó la cintura con un brazo, dejándome a su merced.

Alzó la mano libre y me acarició la mejilla, ofreciéndome sin saberlo el consuelo que hacía mucho que no encontraba en mi marido.

—No lo hago. Las cosas han cambiado —repliqué, evitando la verdad.

—Puede ser... No obstante, te veo apagada.

—Agnus, por favor... —rogué para que me soltase.

—Dos maridos, Ornela... Ha sido una tortura imaginarte en brazos de otros hombres.

Sin saber muy bien cómo, me encontré apoyada en su pecho, en una actitud que no era necesariamente sexual pero sí ambigua. Aunque... se estaba tan bien.

—Me gustaría ver de nuevo a la joven inquieta y curiosa que no he logrado

olvidar —prosiguió, mientras su mano recorría mi espalda con suaves caricias.

—Hace mucho que esa joven murió —aseveré y me di cuenta de hasta qué punto eso era cierto.

Me parecía haber vivido muchos más años de los que en realidad tenía.

—No —me contradijo convencido—, tuve el inmenso honor de ser el primero. De sentirte, de guiarte para convertirte en la mujer que eres hoy en día. Pero ¿dónde está aquella joven?

—Buena pregunta —murmuré, pegada a él y con los ojos cerrados.

—Se rumorea que tu esposo es incapaz de atenderte...

—Ni se te ocurra mencionarlo —le advertí y me percaté de que mi defensa a ultranza de Charles confirmaba esos rumores.

—Nunca ha sido un hombre adecuado para ti.

—He dicho que...

—Será mejor que salgamos de aquí.

Oímos voces, la representación había terminado y, por consiguiente, aquella sala pronto se llenaría de personas, así que debíamos marcharnos, porque no existía ninguna explicación razonable para nuestra presencia allí los dos solos.

Agnus, un experto en la materia, me sacó de la sala y, con paso firme, recorrió los corredores del teatro conmigo a remolque, o más bien como una marioneta en sus manos, pues poca resistencia podía yo ofrecer en mis condiciones. Y así llegamos a las dependencias de los actores. Entre bambalinas muchos lo saludaban y él respondía a sus saludos con sonrisas cómplices, evidenciando que su presencia allí era habitual.

Las miradas que a mí me dirigieron eran indiferentes, seguramente considerándome una más de la larga lista de amantes del vizconde. No me condenaban, más bien me consideraban afortunada por poder pasar una noche en su cama.

Terminamos en una pequeña habitación desordenada, abarrotada de cachivaches y con olor a moho. La luz se filtraba a través de un pequeño ventanuco, igual que las voces de los actores.

—Aquí nadie nos molestará —dijo Agnus, tras asegurarse de que la puerta estuviera bien cerrada.

Después trasteó por la estancia, hasta despejar un diván de color azul, para, acto seguido, acercarse a mí y conducirme hasta él.

Yo accedí en silencio, incapaz de oponerme, y vi cómo él se sentaba a mi lado. Alzó la mano y me acarició la cara con una inesperada ternura.

—Dime qué te preocupa, qué te hace estar tan apagada... —me pidió en voz baja.

—Agnus... —gemí, incapaz de resistirme a sus caricias.

Su mano fue deslizándose desde mi rostro hasta la sensible piel de mi escote, donde comenzó a tocarme, apartando la tela apenas lo imprescindible para meter un dedo y recorrer todo el contorno, evitando con calculada precisión llegar a mi pezón.

—He esperado todos estos años a que aceptaras la realidad: nunca serás feliz con



Seldon. Él es incapaz de comprender tu naturaleza rebelde.

No hacía falta ser muy avisado para darse cuenta de eso. Charles era la calma, la reflexión, la paciencia... y yo distaba mucho de ser nada de eso.

Me excité sin poder evitarlo y no opuse resistencia a sus avances. Poco a poco me fue reclinando en aquel diván hasta tenerme bajo su cuerpo. Luego se situó entre mis piernas y me levantó la falda del vestido de tal forma que colocó su erección justo sobre mi sexo por encima de los calzones, comenzando entonces a frotarse y a presionar.

Cerré los ojos y eché los brazos hacia atrás mientras él me aflojaba la ropa para tener acceso a mis senos, que procedió a chupar y succionar con auténtica devoción.

En cualquier otra circunstancia esas atenciones hubieran obtenido una respuesta mucho más entusiasta por mi parte; no obstante, me limité a permanecer pasiva, disfrutando una décima parte de lo que un buen encuentro sexual podía ofrecerme.

Noté sus manos desnudándome de cintura para abajo, acariciándome y buscando cada punto sensible, para después posar sus labios. Reaccioné, pero no como hubiera debido hacerlo, es decir apartándolo para salir de allí cuanto antes. Mi cuerpo, tan necesitado de atención, no escuchaba razones y se derretía con cada una de sus caricias, que había perfeccionado con el tiempo. Cuando acercó la boca a mi sexo, emití un suave jadeo producto sin duda de la sorpresa, pues hacía tanto tiempo que nadie me había besado así...

—Tan deliciosa como yo recordaba —murmuró, dándome un leve respiro antes de saborearme de nuevo.

Abrí los ojos un segundo, confusa. No lo recuerdo bien, pero de alguna manera quería cerciorarme de que no soñaba, de que de verdad me encontraba en aquel trastero con un hombre entre mis muslos. Aunque no era a Agnus a quien me gustaría sentir.

Pero debía conformarme con él y por ello me concentré para no echarme a llorar, pues de nada servía desear un imposible.

Agnus cambió de postura y acercó sus labios a los míos con la intención de besarme, algo que evité con delicadeza, puesto que, como con Phineas, prefería guardar esa pequeña parte de mí. Un comportamiento absurdo, teniendo en cuenta lo que entre ambos iba a suceder; no obstante, lo consideré innegociable.

Él no pareció desanimarse, ni con mi falta de entusiasmo ni con las dificultades que entrañaba hacer aquello en aquel estrecho diván. Maniobró para poder liberar su polla y se apartó la ropa solo lo necesario para poder penetrarme.

Gemí, aunque no con la intensidad que esperaba, ya que, pasado el primer instante, mientras mi cuerpo se adaptaba a su miembro, apenas gozaba con sus embestidas. Quizá el desinterés o la culpabilidad me impedían apreciar los esfuerzos de Agnus por complacerme.

Él continuaba penetrándome y gimiendo sobre mí. Todo lo que hacía era perfecto y cualquier mujer estaría suspirando y jadeando en sus brazos, agradecida con su

técnica. Pero yo no. Me limitaba a sujetarme a sus hombros para no caerme y moverme lo imprescindible para que él supiera que seguía viva.

Gruñó, embistió con fuerza una vez más y tembló ligeramente antes de retirarse y caer sobre mí. Me quedé allí quieta, respirando, a la espera de que se apartara.

—Algo te ocurre —masculló, separándose de mí con el cejo fruncido.

Yo me incorporé y me recompuse la ropa, rechazando su ayuda. Vi que tenía las medias manchadas de su semen, pero me dio igual. Agnus también acabó de colocarse bien la ropa y después me miró aguardando una explicación.

—Tú no eras así —afirmó y percibí un ligero tono acusatorio.

No me pasó desapercibido, pero no le debía ninguna explicación.

—Será mejor que me vaya.

—No. —De nuevo me cortó el paso y yo no estaba con ánimo de enfrentarme a nadie—. Quiero saber qué diantres te pasa.

—Ya te lo he dicho, no soy la misma de antes —contesté en tono cansado y me senté, porque la cabeza empezaba a darme vueltas.

—Te conozco más de lo que crees y sé que esa actitud triste y alicaída tiene un motivo. Conmigo no finjas.

Me habló con voz dura, aunque advertí que de verdad le preocupaba. Se agachó frente a mí y me sujetó la barbilla para que alzara la vista y lo mirase a los ojos.

—Déjame, por favor —musité, llevándome las manos a la cara y cubriéndomela con ellas.

Me incliné incluso para ocultarme y no darle pena, pues seguro que ese era el sentimiento que le inspiraba.

—No, Ornela. Sabes que siempre te he querido y no solo, como puedes pensar, con un único objetivo. Follar contigo es sin duda un regalo del cielo, pero mis sentimientos por ti van más allá del deseo carnal.

—No sigas... —gemí, negando con la cabeza.

—Confía en mí. Puedes confiar en mí. Esta noche, cuando te he visto abandonar el palco, te he seguido, confieso que con la idea de tocarte; sin embargo, me he dado cuenta de que no has disfrutado. De que te has dejado llevar sin importarte nada.

—Agnus, por favor. Déjame marchar, no me encuentro bien.

Me apartó las manos de la cara y me la acarició con ternura.

—Mi querida Ornela, no sabes lo mucho que me aflige que estés así. ¿Qué puedo hacer para volver a verte sonreír?

Lo miré y esboqué una sonrisa. Desde luego, quién iba a pensar que el vizconde Genhard tuviera ese lado tan sensible y lo demostrara conmigo, cuando siempre había hecho gala de una gran despreocupación.

—Nada. Hay cosas que son imposibles —contesté con pesar—. Pero muchas gracias por tu comprensión.

—Deberíamos volver a vernos, en un ambiente más... —miró a nuestro alrededor e hizo una mueca— más acorde con nuestro estatus.

—Me temo que de nada serviría.

—Déjame al menos intentarlo. Déjame ayudarte a olvidar tus pesares.

—¿Sabes?, una vez me dijiste que ojalá encontrara el amor para después perderlo y así saber lo que se sentía.

—Fue producto de la ofuscación —se justificó—. Pero ahora ambos sabemos que la vida nos ha dado una segunda oportunidad.

—Pues tenías toda la razón —concluí.

—Ornela... —musitó, pesaroso al ver que no podía animarme—, no debiste tener en cuenta mis palabras.

—Son muy ciertas, Agnus —admití, acariciándole la mejilla.

Le seguía teniendo un gran cariño, pero si bien lo que me ofrecía —consuelo y pasión— resultaba tentador, yo bien sabía que no sería sino otro parche en mi vida.

Volví a mi casa sin sentirme culpable y de nuevo recurrí a mi mejor amigo por aquellos días para conciliar el sueño.

## Capítulo 43



Mis días continuaban siendo una sucesión de horas muertas, horas perdidas y horas en las que, adormecida por el alcohol, me limitaba a encerrarme por dentro en mi alcoba para que nadie me molestara.

Cuando conseguía ponerme en pie y hallaba el valor suficiente para arreglarme, bajaba al comedor y fingía tener apetito.

Cuando alguna sirvienta me ponía al corriente sobre los asuntos domésticos, me limitaba a asentir sin prestarle apenas atención, de modo que el gobierno de la casa podría haber derivado en la anarquía, pero Claire impidió que eso ocurriera.

Charles, por su parte, mantenía la misma actitud, una indiferencia absoluta. Apenas nos veíamos. Incluso creo que nos evitábamos. Sabía que continuaba comportándose de manera extravagante; sin embargo, ya todo me daba igual, y si caía enfermo o no había dejado de preocuparme.

—¡Ornela! ¿Dónde estás? ¡Ornela!

Los gritos de Claire hicieron que mi dolor de cabeza, hasta ese momento tolerable, fuera a peor. Me encontraba en el despacho, leyendo sin mucho entusiasmo un informe sobre el estado financiero de mis inversiones. Junto a los papeles amontonados, tenía una bandeja con la comida casi intacta y una copa de licor vacía. Me apresuré a esconder la copa e hice un esfuerzo por picar algo del plato y evitar así algún comentario de Claire al respecto.

—¿Dónde está el fuego? —pregunté, reclinándome en la butaca y observándola.

Se la veía muy excitada y blandía unos papeles en la mano. Hasta iba despeinada, cuando ella siempre iba impecable.

—Por fin, Ornela. ¡Por fin!

Debería estar ya acostumbrada a los rodeos que daba siempre, pero aun así me ponía de los nervios que siempre evitara ir al grano.

—Claire, por favor, ¡di lo que tengas que decir! —exigí de mal humor ante tanta demora injustificada.

Ella se acercó a mí y se sentó, mientras se llevaba la mano al pecho, tratando de serenarse para poder hablar.

—Acabo de recibir carta de William.

—¿Y? —murmuré con indolencia.

Hacía ya tiempo que, debido a las malas noticias, o a la ausencia de ellas, había dejado de interesarme por lo que el teniente tuviera a bien contarnos, pues solo conseguía desesperarme ante la frialdad y el desinterés con que las autoridades trataban el caso de Stephan.

—William... —hizo una pausa para respirar y yo, a pesar de mi letargo, tuve ganas de zarandearla—, dice que... ¡los aliados están a punto de entrar en París!

Di un respingo.

—No puede ser, tiene que tratarse de un error —dije, pensando en arrancarle la carta y leer aquello por mí misma, ya que Claire, con su mente obnubilada ante la posibilidad de que su marido regresara, podía maquillar la realidad.

Negó con vehemencia.

—La carta está fechada el 15 de marzo y hoy es 30, así que...

Ironías del destino, ese día Stephan cumplía años, treinta y nueve, para ser exactos.

—Espero que no sea otra ridícula ilusión —murmuré, pues llevábamos mucho tiempo recibiendo todo tipo de noticias falsas, contradictorias, demasiado inverosímiles...

—No nos transmitiría algo así de no ser verdad. Ya sabes que William no es amigo de crear falsas expectativas.

—Yo no estaría tan segura —repliqué, consciente de que era la amargura que llevaba dentro la que me hacía hablar así.

—Ay, Ornela, sé que no lo dices en serio —repuso ella, como siempre viendo las cosas desde su perspectiva, incapaz de captar la malicia de mis palabras—. Es la presión, la incertidumbre lo que hace que reacciones así.

Suspiré y me di cuenta de que me estaba convirtiendo en un ser despreciable, pues si bien el sarcasmo impregnaba muchas de mis frases, no debería comportarme así con Claire, que estaba siempre a mi lado, apoyándome sin reservas. Ella no era como los demás, no buscaba su propio interés.

—Lo siento —me disculpé.

—No pasa nada. Sabes que eres como una hermana para mí y soy incapaz de enfadarme contigo, que...

—¿Y qué más dice tu marido? —pregunté, para que no continuara con su discurso plagado de halagos que a mí me parecían excesivos.

—Se ha trasladado ya a París, quiere ocuparse personalmente de todo.

Tragué saliva y me levanté de mi cómodo asiento con más lentitud de la que correspondería a una mujer de mi edad. Me sentía cansada, sin vida. Me acerqué a la ventana y miré a través del cristal el jardín trasero, que con tanto mimo cuidaban los jardineros.

—Dime una cosa, Claire, y sé sincera, por favor, ¿tú qué harías en mi lugar?

—¿A qué te refieres?

Se acercó a mí y me puso una mano en la espalda, transmitiéndome todo su cariño.

—Si él regresa...

—¡Oh!

—Sí, ¡oh! —repetí, apoyando la frente en el cristal y cerrando los ojos.

—¿Por eso bebes a escondidas?

Su pregunta me pilló por sorpresa, dado que yo pensaba que había escondido muy bien las pruebas de mi adicción.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Todos estos meses, viéndote sufrir en silencio, he estado a punto de hablar contigo muchas veces. Me desesperaba tu actitud derrotista, cuando siempre has sido tú quien ha llevado las riendas de todo y quien nos ha ayudado a todos.

Me eché a reír por no llorar y derrumbarme.

—Supongo que ahora ya no tendré que esconderme y podré beber sin miedo a ser descubierta.

—No, no temerás ser descubierta porque lo vas a dejar —afirmó y su tono me dejó estupefacta.

Nunca antes había hablado así. Ni a mí ni a nadie.

—¿Qué voy a hacer ahora, Claire? —le formulé la pregunta que tantas veces yo misma me había planteado en soledad.

—Lo amas, ¿verdad?

No le hacía falta decir en voz alta su nombre para que yo supiera a quién se refería.

—Sí —admití, inclinando más la cabeza ante lo que se me venía encima.

—Tiene que haber una solución.

—¡No la hay! —grité, porque su buena voluntad de poco nos servía.

—Pues tendremos que encontrarla. Él regresará, Ornela, y si algo vi en sus ojos es el enorme cariño que siente por ti.

—¡Cariño! —exclamé con desdén.

—Cariño, amor incondicional, admiración... —agregó entusiasmada, como la romántica empedernida que era.

—Tú no lo comprendes —dije de mal humor, apartándome de ella.

Si seguía a mi lado, ofreciéndome buenas palabras, yo acabaría reaccionando con brusquedad y haciéndole daño.

Para evitar males mayores, me marché a mi refugio, mi dormitorio, donde me encerré y me negué a abrir la puerta ni a escuchar a nadie. Y, por supuesto, con mi fiel consuelo junto a mí.

Las noticias que el teniente Perlman nos había avanzado se confirmaron poco después. Todo el mundo mostraba su alegría, su entusiasmo, ante la derrota de los ejércitos franceses, sin pararse a pensar en las miles de vidas que habían sido segadas en los campos de batalla. Como si el dolor de millares de familias ya no existiera.

William regresó a mediados de junio, pero no todo lo contento que cabía esperar. Cuando me vio, no se sorprendió de mi aspecto, pues a buen seguro Claire ya lo habría puesto al corriente.

Todo me daba igual, no medía mis palabras y ya ni me molestaba en disimular mi afición por el *brandy*. Bebía cuando y como quería y después me pasaba días en la cama, incapaz de mover un músculo.

Mi madre se trasladó de forma temporal a vivir con nosotros, con la intención de ayudarme, lo mismo que Camille, pero yo hice caso omiso a sus consejos; es más,

perfeccioné mi habilidad manipuladora y llegué a aprovecharme de mi debilidad para hacer cuanto quería.

Prometía sin vacilación que no volvería a probar una sola gota, incluso comía, a condición de que no me aburrieran con sus monsergas; sin embargo, en cuanto lograba escabullirme, bebía de nuevo.

Al final, mi madre tuvo que regresar a su residencia, además de por sus obligaciones, por el hecho de que Austin, mi hermanastro, se las apañaba para crear problemas típicos de niños malcriados.

Mi marido, a pesar de que nunca se inmiscuía en mi vida, y quizá acuciado por los comentarios de los sirvientes, al final decidió salir de su enclaustramiento e intervenir.

—¡Ornela, esta situación es insostenible!

—Déjame en paz —le respondí una noche en que se presentó en mi dormitorio sin previo aviso.

—No, no lo voy a hacer. Los rumores sobre tu adicción se propagan cada vez más; dentro de poco no podrás presentarte en público —me recriminó y percibí que lo avergonzaba más que mi alcoholismo fuera de dominio público que mi estado de salud.

—¿Y eso es lo único que te importa?

—No, me importas tú.

—Pues no lo parece —farfullé, llevándome una mano a la cabeza para calmar la jaqueca insoportable que me producían las discusiones.

—Sé que de un tiempo a esta parte no he estado muy pendiente de ti —se disculpó.

Yo sabía que debería tranquilizarlo, porque él no era cien por cien responsable de lo que me ocurría, pero estaba demasiado amargada como para no ser rastrera.

Mi esposo intentó acercarse, pero mi actitud hizo que se detuviera en el borde de la cama.

—¿Qué has venido a buscar? —pregunté insolente y vi el daño que le estaba haciendo.

—A ti, querida Ornela. Hace tanto tiempo que no estamos juntos...

—De acuerdo, dame unos minutos —le pedí, dispuesta a someterme a mis obligaciones conyugales con la resignación habitual.

No podía negarme a ello, así que no me quedaba alternativa.

No sería doloroso, no al menos físicamente, aunque sí deprimente.

—No, no me refiero a eso —aclaró con una sonrisa triste—. Quiero recuperarte.

«¿Es que me había tenido alguna vez?» fue la pregunta que me surgió de inmediato tras escuchar sus palabras.

—Creo que ya es demasiado tarde —murmuré—. Te has alejado de mí, me has dejado de lado, sola, sin saber qué te ocurre.

—Ahora ya estoy mejor —confesó arrepentido.

Yo sabía que Charles no era rencoroso y que tampoco culpaba nunca a los demás, al contrario, siempre asumía su responsabilidad, por eso me fue muy fácil hacer recaer toda la culpa sobre él. Algo injusto, pero que no pude evitar.

—Pero sigues comportándote de manera extraña, ¿no es cierto? —pregunté, poniéndome cómoda en la cama mientras lo observaba.

Había cambiado, su rostro ya no mostraba la inocencia de antaño, ahora parecía cansado, derrotado.

—A veces todo se me hace muy cuesta arriba —admitió con pesar—. Nunca quise aceptar el título ni ocuparme de las propiedades, tú bien lo sabes.

Asentí.

—Sin embargo, eso no explica el porqué de tus episodios nocturnos.

—Es una forma de evadirme. Al sentir el frío, el dolor, la fuerza de la naturaleza en medio de una tormenta, dejo de pensar. De cuestionarme una y otra vez cuanto me rodea.

Su debilidad de carácter lo había llevado a esa situación, pero yo era en parte responsable, pues no había hecho nada para comprenderlo.

Por mi parte, había buscado refugio en el alcohol, y él en la noche.

—Hay ocasiones en las que ni yo mismo me soporto. Tengo pensamientos que me atormentan, que no me dejan seguir adelante y sé que no he sido justo ni atento contigo y con los niños. Y eso me mortifica.

—Eres un buen padre.

—No, no lo soy —me contradijo, negando con la cabeza—. Tengo miedo de convertirme en lo que fue el mío, un déspota sin escrúpulos. Por eso me aílo, prefiero sufrir yo solo y ahorraros el sufrimiento a vosotros.

—¿Y crees que así solucionas los problemas? —repliqué, enfadada con esa postura.

—No veo otra alternativa, Ornela —admitió pesaroso—. No quiero acabar como tú.

—¿A qué te refieres? —mascullé, poniéndome a la defensiva, porque aquello sonaba a acusación.

—De un tiempo a esta parte has cambiado, te has vuelto huraña. Tratas mal a cuantos te rodean y desatiendes tus obligaciones —comentó en tono amable y preocupado.

Pero yo, incapaz de ver con claridad, me lo tomé como una acusación directa.

—No creo que seas el más indicado para acusarme —le reproché, pese a que admití en silencio que tenía parte de razón.

—No se trata de eso, querida Ornela —continuó con su tono condescendiente, que en esa ocasión me enervaba más que nunca.

Charles se acercó un poco más a mí y me tomó la mano, no sé con qué intención exactamente, pero yo rechacé su gesto, deseando que me dejara tranquila.

—Entonces, ¿a qué has venido?



—Quiero que todo vuelva a ser como antes, que volvamos a ser amigos, a pasar tiempo juntos. A amarnos como al principio —prosiguió, pasando por alto mi expresión escéptica.

—Hay cosas que ya no pueden arreglarse. Elegiste distanciarte de mí —le recordé sin la menor consideración.

—No quiero entrar en debates absurdos que no nos llevan a ninguna parte.

—Porque no te conviene —lo interrumpí y, por extraño que pareciera, deseaba que perdiera la compostura, que me gritara o que hiciera algo más que compadecerme y tratarme como a una niña pequeña.

Quizá de ese modo hasta podría volver a respetarlo.

—Verte así me parte el alma...

Harta de la conversación, me levanté y me acerqué al tocador, donde, al mirarme al espejo, me quedé sin palabras. Vi reflejada la imagen de una mujer que, sin haber cumplido los treinta, estaba demasiado débil para afrontar los problemas por sí misma.

Mi rostro había perdido brillo y ningún polvo o unguento podría disimular mi aspecto abatido y demacrado. Se notaban además los estragos de una rápida pérdida de peso.

Charles se acercó a mí y me colocó las manos en los hombros. Nuestras miradas se cruzaron en el espejo y vi que me deseaba. Él nunca expresaría con palabras vehementes sus necesidades físicas, pero yo lo conocía bien y me daba cuenta de ello.

Su visita no solo obedecía al interés por mi estado de salud. Por otra parte me parecía lógico. Como esposos, hacía demasiado tiempo que no compartíamos cama, algo que al parecer él sobrellevaba más o menos bien, pues nunca me presionaba, pero seguramente llegaba un punto en que no podía posponerlo más.

—¿Deseas pasar aquí la noche? —le pregunté, admitiendo que, como esposa, era mi obligación y que, por tanto, cuanto antes ocurriera, antes me dejaría sola.

—Solo si tú así lo quieres —musitó avergonzado, quizá por admitir sus deseos carnales, que por lo visto chocaban de frente con su idea del amor puro.

Cogió el cepillo de mis manos y comenzó a desenredarme el pelo con suma paciencia y delicadeza... tanta que cerré los ojos. Quizá no estuviera todo perdido.

Intenté concentrarme, dejarme llevar, que mi cuerpo reaccionase a su toque y a él, pero no hubo forma. Hacía mucho que el sexo había dejado de ser para mí un estímulo, ya ni siquiera me quedaba ese consuelo. Lo comprobé la noche de mi encuentro con Agnus.

Algo que siempre me había encendido, dado vida y estimulado, era ya un recuerdo, no funcionaba. No obstante, Charles continuó tocándome, creyendo que sus caricias serían una forma de arreglar nuestro matrimonio. Aquello podría haber sido la solución, pero no lo fue.

Como en tantas otras ocasiones, yo me limité a yacer en la cama, acostada boca arriba, y a separar las piernas. No fue desagradable, nunca lo había sido, pero distaba

mucho de ser un acto pasional y excitante.

Solo fue algo mecánico, carente de emoción. Aséptico incluso. No hubo decepción, pues yo nada esperaba.

Charles regresó a su alcoba tras darme un beso en la frente y desearme buenas noches.

Fue la última vez que tuvimos relaciones sexuales.

## Capítulo 44



A pesar de haber dicho que no me molestaran, siempre había alguien dispuesto a hacerlo. Por supuesto, hice caso omiso de quien llamaba a la puerta. Ya era de día, pero como tantas otras veces, yo seguía mi rutina habitual de dormir hasta tarde.

Mis esfuerzos por ignorar al indeseado visitante fueron en vano, quienquiera que fuera persistió en su empeño hasta hacerme perder los nervios. Me levanté de la cama y noté el frío y la humedad. Estábamos a finales de octubre y mi liviano camisón poco podía abrigarme. Enfadada y dispuesta a reprender al que se atrevía a interrumpir mi descanso, me encaminé hacia la puerta y la entorné.

—¿Por qué no me dejáis en paz? —grazné, llevándome una mano a la sien y frotándomela en un intento de aliviar mi jaqueca.

—Señora condesa, el señor... no se encuentra bien.

La sirvienta, de la que ni siquiera conocía el nombre, ante mi mal humor dio un paso atrás, sin duda temerosa de que pagara con ella mi enfado.

—¿Qué ocurre? —pregunté, suspirando a causa de mi dolor de cabeza, un dolor que ya formaba parte de mí.

—Verá...

—¡Habla! —grité ante su vacilación.

—Esta mañana se sentía mal y se ha acostado, pero cuando hemos ido a llevarle algo de comer, tiritaba de frío...

«¡Cielo santo, otra vez no!», pensé, poniéndome en lo peor. Quizá me había confiado y, por tanto, errado en mi decisión de no vigilar a Charles con más celo, pero sus muestras de recuperación habían sido tan evidentes que pequé de exceso de optimismo.

—¿Habéis avisado al médico?

—No, señora.

—¿Por qué, si puede saberse? —grité de nuevo, incapaz de controlarme.

—Esperábamos sus indicaciones —respondió la chica en voz muy baja.

—¡Insensatos! —exclamé, empujándola para salir e ir, sin importarme mi aspecto, a la habitación de Charles.

Entré sin llamar y me acerqué a la cama.

Charles abrió los párpados un instante al sentir mi presencia, me miró a los ojos y en su mirada vi el dolor, el agotamiento y, lo peor de todo, su rendición. No parecía querer luchar por salvarse.

¿Qué podía hacer yo si ni él mismo se esforzaba?

—Ornela... —gimió al reconocerme.

Le puse una mano en la frente y vi que estaba ardiendo.

Nerviosa ante lo que tenía delante y las consecuencias que se podían derivar de ello, llamé a gritos a su ayuda de cámara para que avisara al médico.

—Tranquilo —murmuré, cogiendo la mano de Charles y contando los minutos mientras aparecía el médico.

No tenía la más remota idea de lo que debía hacer, pero mi instinto tomó el mando y me dispuse a aliviarlo. Cogí una de sus camisas y, sin perder un segundo, la empapé en el agua del lavamanos, la escurrí y se la puse en la frente.

Charles volvió a gemir y me agarró la muñeca con fuerza, haciéndome cierto daño, algo que me sorprendió, pues en su estado lo creía más débil.

—No dejes que me sangren... —musitó, abriendo los ojos y mirándome fijamente—. Por favor, Ornela, no lo consientas.

—¿Por qué? —pregunté, sin entender el motivo de su petición, dado que los médicos consideraban ese remedio imprescindible para curar a los enfermos.

—Me debilitarán aún más, por favor...

—Pero si los médicos siempre recomiendan esa práctica —argumenté, pese a que mis conocimientos al respecto eran escasos.

—Por favor, no se lo permitas... —insistió él con un hilo de voz.

—Está bien, no lo permitiré —accedí, para que no se alterase, ya que me parecía importante que se relajara.

—Gracias, querida esposa.

—Ahora descansa —lo insté.

Por fin apareció el médico. Le tomó el pulso y, por su gesto abatido, fui consciente de que aquello no pintaba nada bien. Le tocó también la frente, perlada de sudor, y después abrió el maletín.

—Debemos conseguir que la fiebre baje —dijo, aunque no parecía muy convencido de tener el remedio adecuado.

—No, no lo haga —intervine, cuando lo vi preparar el instrumental para sangrar a Charles.

—Señora, es imperativo, su esposo está grave. Puede morir si no tomamos medidas urgentemente.

—No —insistí, pues, aunque Charles estuviera equivocado, quería respetar su deseo.

El médico, ante mi obstinación, salió del dormitorio echando pestes, dejándonos allí a los dos solos. Yo únicamente podía recurrir a una persona y así lo hice.

Camille se presentó de inmediato en cuanto recibí mi mensaje. Tras ver al enfermo, me llevó aparte para hablarme.

—No voy a mentirte, Ornela, está muy grave.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Dale uno de tus remedios —logré decir a duras penas.

Ella me acarició la cara y yo terminé refugiándome en sus brazos. Se me escaparon las primeras lágrimas.

—Ya, mi niña, ya... Haremos todo cuanto podamos —me prometió y yo la creí.

Durante los siguientes dos días no me separé de Charles. Vigilaba día y noche

junto a su cama cualquier signo que me ayudara a mantener la esperanza. Claire se acercaba a hacerme compañía, a traerme comida y a consolarme. Como siempre, estuvo a la altura de las circunstancias.

Camille preparaba tisanas y otros brebajes que yo lograba hacerle tomar a Charles a duras penas, pues a veces tenía la impresión de que no deseaba recuperarse.

Murmuraba incoherencias que yo intentaba comprender. Me sentía debilitada, pero aun así no me aparté de su lado.

—Ornela, ve a descansar un rato, yo me ocuparé —se ofreció Claire por enésima vez, al verme allí alicaída y llorosa, incapaz de soltar su mano.

—No, me quedaré yo.

El médico insistía en sangrarlo, pues, según su criterio, era la única forma de poder ayudarlo, y yo me debatía entre la promesa hecha a Charles y su opinión.

—Señora condesa, se lo ruego, deje que me ocupe de su marido, está cada vez peor —repitió el hombre ante mi enésima negativa.

Con ojos llorosos, miré una vez más a Charles postrado en la cama, indefenso. Las dudas se agolpaban en mi cabeza y era incapaz de tomar una decisión.

Camille, a mi lado, intentaba consolarme. Sus bebedizos tampoco surtían efecto, pero al menos lo mantenían estable.

—¿Qué debo hacer? —le pregunté, cuando el médico se marchó.

—No lo sé, querida niña —murmuró con pesar—. Pero lo que sí sé es que tú debes cuidarte, alimentarte un poco, de lo contrario caerás tan enferma como él.

—No puedo —suspiré, sintiéndome culpable de aquella situación.

En cierto modo así era, pues, con mis decisiones, era posible que hubiese empujado a Charles a comportarse de aquella manera tan extraña, lo que había derivado en la situación en la que nos encontrábamos.

—Ornela...

Me di la vuelta con rapidez al oír mi nombre en sus labios. Caí de rodillas frente a su cama y le cogí de la mano. Charles me la apretó con fuerza.

—¿Te encuentras mejor?

—Tengo sed —dijo con voz ronca.

Llené un vaso de agua, derramando parte del contenido debido a los nervios, y lo ayudé a tomárselo. Aquello era buena señal, parecía que al fin reaccionaba a nuestros cuidados.

—Espacio —le indiqué.

—Mi querida Ornela... —musitó, recostándose de nuevo sobre las almohadas.

Le puse una mano en la frente y noté que la fiebre había bajado, no del todo, pero sí lo suficiente como para que me sintiera esperanzada.

—No hables —le pedí, inclinándome para besarle la rasposa mejilla—. Tienes que recuperar fuerzas.

—¿Y tú? —preguntó, mirándome fijamente.

Yo era consciente de mi terrible aspecto tras dos días sin salir de aquella estancia,

pero lo más importante era que Charles parecía estar en vías de recuperación y, por tanto, cualquier esfuerzo había valido la pena.

—No te preocupes ahora por mí, estoy bien —dije, manteniendo la sonrisa para animarle.

—Te quiero tanto...

—Y yo a ti —respondí con sinceridad—. Voy a pedir que te suban algo de comer. Y también hablaré con el médico, quiero que te visite y se asegure de que todo va bien.

Él se miró los brazos, comprobando que yo había respetado su deseo. Entonces me ocupé de que le subieran algún alimento y también de hablar con Camille, pues, pese a la mejoría, quería que Charles siguiera tomando sus remedios.

Ella se mostró de acuerdo, no así el médico, que no cejaba en su empeño de practicarle una sangría, algo que ya no tenía sentido.

Durante los siguientes tres días, pude descansar y recuperarme yo también del esfuerzo que había supuesto cuidar al enfermo. Me di un buen baño y, lo más extraño de todo, pese a estar físicamente agotada, no logré conciliar el sueño. De nuevo el sentimiento de culpa y de nuevo una buena dosis de *brandy* para acallar mi conciencia.

Me hice propósito de enmienda; sin embargo, me duró lo mismo que el agua en una cesta, pues no lograba sentirme a gusto, encontrar un equilibrio; era tanta mi desesperación que no hallaba consuelo en nada.

Pero las esperanzas respecto a la salud de Charles desaparecieron cuando, una noche, al acercarme a su alcoba con la intención de darle las buenas noches antes de acostarme y pasar un breve rato con él, vi que de nuevo tiritaba. Histérica y alarmada, hice que avisaran al médico.

—Charles, por favor, ¡Charles! —grité, zarandeándole incluso para que reaccionara, pues tenía los ojos abiertos pero la mirada perdida.

A pesar de la hora intempestiva, el médico no tardó en hacer acto de presencia. Me miró con severidad, haciéndome sentir culpable del empeoramiento del enfermo, ya que no habíamos seguido sus consejos.

—Haga lo que tenga que hacer —dije, a pesar de que ello implicaba faltar a la palabra dada a Charles.

—Muy bien —contestó él y empezó a disponerlo todo.

Me senté en el borde de la cama y agarré con firmeza la otra mano de mi esposo, mientras observaba con miedo cómo le practicaba un corte en la cara interna del brazo, a la altura del codo. El médico colocó un plato debajo y la sangre empezó a manar.

Charles emitió un gruñido y se revolvió.

—Procure que se esté quieto —me ordenó el hombre.

—Charles, por favor —susurré junto a su oído, acariciándolo.

Sin embargo, algo le estaba ocurriendo, porque se tensó aún más, llegando

incluso a volcar el recipiente donde caía la sangre, que manchó toda la cama.

—Dejémosle descansar unas horas y luego repetiremos el proceso.

Cuando le vendaron el brazo, pareció relajarse. No me soltaba la mano y terminé acostándome junto a él. Lo abracé, confiando en que la decisión que había tomado en contra de sus deseos surtiera efecto.

Al amanecer, me desperté al notar una caricia sobre mi rostro. Abrí los ojos y me encontré con la mirada apagada de Charles. Me asusté y me incorporé.

—Mi querida esposa... —musitó débil, esbozando una triste sonrisa.

—No hables, por favor —le pedí llorosa.

—Siento tanto... no haberte hecho feliz —añadió y yo negué con la cabeza.

Me incliné y lo besé en los labios, deseando que no dijera nada más y que solo pensara en recuperarse. Los tenía secos, agrietados.

—Charles, por favor, no digas esas cosas.

—Siempre te he amado.

—Lo sé —dije, con un nudo en la garganta.

Se estaba rindiendo y yo no sabía qué más hacer para infundirle ánimo.

—Me has dado unos hijos maravillosos y sé que los cuidarás por mí.

—Voy a pedir que avisen al médico.

—No, ya es tarde —se opuso, deteniéndome—. Solo quiero que me prometas una cosa.

Tragué saliva, aquello no podía estar sucediendo. Sus palabras parecían una despedida definitiva.

—No voy a seguir escuchándote —repliqué, incapaz de asumir la realidad.

—Sé feliz, mi querida Ornela...

—¿Estás loco? ¿Cómo puedes decirme algo así?

—Porque es lo que siempre he deseado para ti —murmuró y noté el gran esfuerzo que le suponía hablar.

Intenté que bebiera agua, pero no lo conseguí. Parpadeó e inspiró sin apenas fuerzas.

—Charles, por favor te lo pido —le grité, sin mucha consideración.

Él tragó saliva y se aclaró la garganta.

—Sé feliz —repitió.

Estaba débil, muy débil, y yo no quería que malgastara sus fuerzas hablando.

Charles me apretó la mano y yo respiré hondo para no llorar.

—Ornela...

—¡No! —bramé, al notar que la mano con la que me sujetaba la muñeca perdía fuerza.

Lo miré a los ojos y seguí negando lo obvio: Charles había muerto.

Caí sobre su pecho y me eché a llorar. Nada podría consolarme, nada. Había perdido a un hombre bueno, a un hombre que me quería por encima de todo, incapaz de echarme nada en cara. Y todo por mi mala cabeza, pues estaba segura de que su

muerte era una especie de castigo por todo lo que yo había hecho.

No sé cuánto tiempo permanecí allí, sin apartarme de su cuerpo. Solo recuerdo que Claire me condujo a mi habitación, me ayudó a meterme en la cama y se quedó conmigo hasta que no pude derramar ni una sola lágrima más.

Me informaron sobre los pormenores del sepelio, pero no presté atención. No me interesaba.

Ese día, de alguna manera logré ponerme en pie y vestirme de negro. Asistí a las exequias flanqueada por mis hijos, que, a excepción de Alexander, no comprendían nada de todo aquello.

Recibí un sinfín de condolencias y otro sinfín de miradas curiosas, ya que en pocos años había pasado dos veces por la misma situación y, a mi edad, ese hecho podía considerarse extraño. Me limité a aceptar las palabras, en su mayoría hipócritas, de consuelo y buena voluntad sin derrumbarme.

Claire estuvo junto a mí en todo momento, pendiente de mis necesidades y de las de mis hijos, y, posteriormente, se ocupó también de responder las cartas de quienes nos habían expresado su pesar.

Cuando, después del entierro, regresé a la que había sido nuestra residencia familiar desde mi boda con Charles, se me cayó el mundo encima, pues entre aquellas paredes me parecía estar de más. No me pertenecían, nada era mío. Y no me refería al aspecto legal, pues Cyprien era ahora el nuevo conde de Seldon, sino a la sensación que me provocaba aquella casa.

Había vivido de prestado, tanto durante mi primer como durante mi segundo matrimonio. Puede que mi seguridad económica estuviera garantizada, pero si bien en otros tiempos esa cuestión me preocupaba, ya no. Por alguna razón, quería sentir que era capaz de salir adelante por mí misma.

Sin embargo, la realidad se impuso, y tuve que quedarme allí recluida, sin otra ocupación que pasar las horas muertas.

Mi madre venía visitarme a menudo e incluso obligó a mi hermanastro a hacer lo mismo, aunque este seguía en sus trece. Debido a las circunstancias, se mostró educado pero distante y yo no estaba por la labor de tender puentes.

Ironías del destino, la muerte de Charles casi coincidió con nuestro aniversario de boda. Habían pasado seis años y, cuando eché la vista atrás, me di cuenta de los errores que había cometido en ese tiempo.

El primero sin duda y el más grande había sido aprovecharme del cariño que Charles me profesaba para vengarme de Stephan. Había utilizado sin escrúpulos su amor incondicional para hacerle daño a otro hombre, sin considerar las consecuencias. Y a causa de mis actos, había acabado haciéndoles daño a los dos.

Ahora no me quedaba nada.

El resto de mis equivocaciones ya no importaban.



## Capítulo 45

Apenas recuerdo qué sucedió durante los meses posteriores.

Sobreviví, o más bien me empujaron a ello, pues era tal mi sentimiento de culpabilidad que no podía soportarme a mí misma.

Claire se desesperaba conmigo y hasta se ofrecía a dormir en la misma alcoba que yo para evitar que continuara destruyéndome. Pero nada podía hacer cuando, tras ingerir grandes cantidades de alcohol, yo la insultaba e incluso la agredía, negándome una y otra vez a aceptar la realidad.

Quería recibir el castigo por mi comportamiento y, ya que nadie se atrevía a decir la verdad en voz alta, era yo misma quien se imponía la pena.

Charles estaba muerto y yo no podía, de ninguna manera, permitirme el lujo de vivir con tranquilidad, sabiendo que mis decisiones le habían causado gran desdicha.

Él me había pedido que fuera feliz, pero ¿cómo lograrlo si la desazón que sentía me reconcomía por dentro? ¿Cómo cumplir esa promesa si mi conciencia solo callaba cuando ingería grandes cantidades de alcohol?

Los meses discurrían sin que yo fuera consciente de nada, ni del cambio de estación, ni de los acontecimientos que una vez más hicieron que todo el mundo contuviera el aliento, debido a las noticias que llegaban del continente.

Siempre había manifestado mi oposición a cualquier tipo de conflicto bélico; sin embargo, cuando en uno de mis escasos períodos de lucidez leí en los periódicos que Napoleón había huido de su exilio para tomar de nuevo el mando, me alegré, porque todos aquellos burócratas que se habían pavoneado y colgado medallas, ahora debían afrontar ese imprevisto.

—¿Cómo puedes decir eso? —me recriminó Claire al escucharme.

—Porque es lo que pienso —contesté disimulos.

Estaba cansada de callar y callar. Puede que fuera imprudente, pero todo me daba igual. Que cada uno pensara de mí lo que le viniera en gana.

—Eso significa más guerra, más muertes...

—Ellos se lo han buscado —repliqué sin la menor consideración.

Y pese a que Claire se entristeció, pues, a consecuencia de los acontecimientos, su marido había tenido que reintegrarse a su puesto, yo era incapaz de apenarme con ella, como lo había hecho en el pasado. Mi cinismo y desapego no conocían límites.

Y eso me llevó a otro enfrentamiento, esta vez con mi madre, que, inasequible al desaliento, seguía intentando que Austin y yo entabláramos una relación fraternal.

Hasta que yo, harta de soportar las salidas de tono de aquel mocoso, estallé:

—Tu padre no era más que un malnacido que me hizo la vida imposible y todo porque no consiguió llevarme a su cama. —Escupí las palabras delante de mi hermanastro sin medir las consecuencias.

—¡Ornela! —me reprendió mi madre.

—Es la verdad y tú lo sabes —repliqué y fui incapaz de frenar mi diatriba, pese a la cara de estupefacción de Austin—. Nos trajo a Inglaterra solo con un propósito: convertirme en su amante. Nos humilló y escondió en una casa de las afueras solo para evitar murmuraciones.

—¡Eso es mentira! —lo defendió él, gritándome.

—Eres un mocoso intransigente y envenenado por las mentiras del indeseable de tu padre. Espero que algún día, cuando sepas de verdad cómo era el maldito marqués, seas capaz de reflexionar.

—¡Eres una zorra! —me acusó mi hermanastro, señalándome—. Él solo quería ayudarte y tú lo provocabas.

Parpadeé ante semejante acusación.

—Por favor —terció mi madre—, no sigáis discutiendo.

—Ella es la culpable —continuó Austin, casi escupiendo—. Y ahora, además de zorra es una borracha. ¡Todo el mundo lo sabe!

—¡Es tu hermana! —intervino nuestra madre, llorando ante aquella situación.

—No, no lo es, es solo una cualquiera que siempre hace desdichados a quienes la rodean. Jamás la aceptaré en mi familia.

—Me da igual. Eres un crío, no sabes nada de la vida —le dije con desprecio.

—Hijos, por favor...

—Déjalo, mamá. Su difunto padre se encargó de envenenarlo, por eso es capaz de decir algo así. Espero que puedas conseguir que no se convierta en otro ser despreciable y rastrero como lo fue él. Adiós.

Y me marché de casa de mi madre prometiéndome no volver a pisarla nunca y olvidarme de que tenía un hermano. En el carruaje, de regreso a mi domicilio, me templé los nervios con un buen trago de *brandy*, que me proporcionó la tranquilidad necesaria como para cerrar los ojos y no pensar en nada.

Unos días después, recibí una emotiva carta de mi madre pidiéndome perdón en nombre de Austin, pero me pareció injusto que fuera ella quien tuviera que hacerlo, cuando el otro ni siquiera se molestaba en intentar comprender la verdad.

Pero no quise echar más leña al fuego.

Se acercaba el verano y con él mi trigésimo cumpleaños, algo que no pensaba celebrar. No tenía ganas ni motivos para ello. Habían dejado de interesarme las fiestas y saraos y supe que circulaban rumores sobre mí, pero no les di mayor importancia.

En esa época apenas pasaba tiempo con mis hijos, pues era tal la pena que sentía, que en cuanto sostenía en brazos a alguno de ellos me echaba a llorar. Si había sido capaz de arruinar la vida de un hombre, ¿quién me garantizaba que no haría lo mismo con la de ellos?

Me quedaba el consuelo de verlos bien atendidos, sanos y felices, por lo cual decidí mantenerme al margen; no quería que mi amargura les afectase.

Había días en los que ni siquiera me levantaba de la cama; me quedaba acostada y, al caer el sol, deambulaba por la casa. Lo hacía así para no encontrarme con las

personas que allí vivían. Las doncellas, que conocían mi carácter irritable, se ocupaban de limpiar mi habitación cuando sabían a ciencia cierta que yo no andaba cerca. Habíamos tenido más de un encontronazo y ellas no estaban dispuestas a sufrir mi mal humor.

En muchas ocasiones no sabía ni qué día era. Tampoco me preocupaba por mi aspecto o por alimentarme y no era consciente del daño que causaba a cuantos se preocupaban por mí.

A menudo venían a verme, con Claire a la cabeza, para convencerme de que bajara al comedor o que permitiera a las doncellas adecentar mi alcoba.

Mi amiga utilizaba diferentes métodos para convencerme. Y cuando perdía la paciencia ante mi obstinación, terminaba golpeando mi puerta y gritándome. Camille también se acercaba por casa con iguales intenciones. Todo en vano.

—¡Ornela, abre la puerta o la echo abajo! —oí de repente.

Me escondí bajo las mantas. Aquella voz masculina me sorprendió, pero mi mente abotargada no le prestó demasiada atención.

Oí repetir la amenaza y pensé que se trataba de mi imaginación, que me jugaba una mala pasada. No solo mi conciencia me atormentaba, también los recuerdos parecían haberse aliado en mi contra.

Iba a acabar desquiciada.

Cuando oí el chasquido de la madera al romperse tampoco reaccioné; al contrario, me quedé hecha un ovillo hasta que alguien tiró de las mantas con las que me cubría, dejándome en camisón y tiritando de frío, pese a estar en verano.

Me aparté el pelo enmarañado y entonces lo vi.

—Capitán, por favor, está enferma —escuché decir a Claire con voz temerosa detrás de Stephan.

—No es una enferma, es una jodida borracha —replicó él y vi su mirada de asco y desprecio al encontrarme en aquel estado.

—No le grite, por favor —intercedió de nuevo ella.

—Que preparen un baño de inmediato —ordenó Stephan sin prestar atención a las súplicas de Claire—. Con agua fría.

—Ahora mismo —contestó ella, retirándose.

Él y yo nos miramos y yo fui la primera en apartar la vista, avergonzada de que me encontrara en aquel lamentable estado. Después de tanto tiempo, ya había descartado la posibilidad de volver a verlo, pues ante las pocas noticias que recibía, había llegado a la conclusión de que había muerto en prisión y nadie tenía el valor de decírmelo.

Jamás habría imaginado que nuestro reencuentro fuera a ser de semejante forma.

—Eres una cobarde de la peor calaña. ¡Mírate! Ahí, incapaz de levantarte.

—Déjame en paz —farfullé, intentando recuperar las mantas para cubrirme, pues no paraba de tiritar.

—Ni hablar.

Stephan me lo impidió. Tiró de mí y acabó cogiéndome en brazos como si fuera una pluma y, mientras yo iba soltando imprecaciones de lo más creativas, me llevó hasta el aseo, donde una doncella estaba llenando la bañera.

Sin esperar a que la chica se retirase, me sostuvo de pie junto a su costado y empezó a desnudarme para meterme luego en la bañera sin miramientos; todo ello evitando que me cayera desplomada.

—¡Está helada! —chillé e hice amago de salir, pero él se puso delante, con los brazos cruzados y cara de pocos amigos.

—Así te despejarás —dijo en aquel tono bajo y amenazador que hacía temblar a cualquiera.

La criada salió con discreción, dejándonos a solas.

—Voy a coger una pulmonía —protesté, abrazándome a mí misma mientras mis dientes castañeteaban sin parar.

—Lo que vas a hacer es espabilar de una jodida vez —replicó él, inmisericorde ante mi sufrimiento.

Se remangó la camisa y agarró de malos modos el jabón para ocuparse de mi pelo y del resto de mi cuerpo, sin ápice de delicadeza. Me sentí como una pobre huérfana a la que acaban de abandonar en el hospicio e intentan limpiar de chinches y piojos, pero era tal mi debilidad que no pude oponer resistencia.

Cuando vertió una jarra de agua fría sobre mi cabello para aclararlo creí que no podría resistirlo y terminé sollozando, pues cada gota se me clavaba como si fuera una aguja.

Por fin terminó aquella despiadada tortura, Stephan me sacó en volandas y me cubrió con una toalla, arrastrándome después hasta mi vestidor. Allí descolgó uno de mis vestidos y me lo puso. Luego me llevó hasta el tocador y, como si fuera una muñeca de trapo, me sentó y me desenredó el pelo, todo en un absoluto silencio que yo interpreté como desprecio. No había tenido un solo gesto de ternura.

—Y ahora vas a sentarte a comer en condiciones. No me hagas obligarte, porque no me va a temblar el pulso —me amenazó con su tono más marcial.

Claire, mirándome con cariño, se ocupó de que me trajeran una bandeja de la cocina y tuve que hacer un gran esfuerzo para tragar. Con Stephan vigilándome como un halcón, no pude tirar nada.

Pero si pensaba que mi humillación había tocado a su fin, estaba muy equivocada. Tuve que ver cómo dos doncellas registraban mi ropero en busca de botellas o cualquier otro recipiente que contuviera alcohol. Fue denigrante ver que en las sombrereras o en el estante de los zapatos aparecían botellas de todo tipo.

—Registradlo todo bien, dos veces, por si acaso —ordenó él sin prestarme la más mínima atención.

Las chicas se llevaron todo el «alijo» y después procedieron a asear el cuarto, cambiando sábanas, limpiando y ventilando. Mientras, a mí, la comida se me atascaba en la garganta.

—Bebe un poco de agua —sugirió Claire con amabilidad, animándome con su presencia a alimentarme.

—No puedo más —dije, apartando el plato con una mueca de asco y llevándome una mano al estómago.

—¡He dicho que *todo*! —vociferó Stephan sin mirarme.

—Capitán, por favor —intervino Claire—, es mejor que coma poco a poco, podría terminar vomitando la comida.

Stephan pareció reconsiderar su sugerencia, lo cual me hizo hervir por dentro de rabia, ya que a mí no se dignaba a mirarme como a una persona.

—Está bien —concedió tras reflexionar.

Mi amiga retiró la bandeja y después se sentó a mi lado y me abrazó. Yo me dejé querer, porque me sentía tan débil que cualquier gesto de cariño era para mí muy importante.

Claire era un ser excepcional. A pesar de todo, de mis desprecios, de mis insultos, allí estaba, junto a mí, ofreciéndome todo su apoyo de manera incondicional.

Se ocupó también de arreglarme un poco, pues Stephan me había dejado el pelo de cualquier manera. También me ayudó a vestirme correctamente. Todo ello en silencio, sin una sola mirada de reproche.

—Capitán, Ornela debería descansar —le dijo con su voz más dulce.

Stephan asintió antes de abandonar mi dormitorio como alma que lleva el diablo. Saltaba a la vista que si de él dependiera me trataría como a una prisionera.

Me acosté y cerré los ojos, deseando que el sueño viniera rápido y así no pensar en lo que acababa de suceder. Nunca me había sentido tan humillada y, lo que era peor, indefensa, dado que no había sido capaz de hacerle frente a Stephan en ningún momento.

Claire permaneció conmigo, cogiéndome la mano y esperando pacientemente a que me quedase dormida.

Cuando volví a abrir los ojos y enfoqué la vista, me di cuenta de que no estaba sola en la habitación. Con lentitud, logré incorporarme y vi a mis dos hijos mayores junto a la cama, observándome con cara de pena.

Se me partió el corazón. Levanté una mano y les acaricié la cara. Me miraban a la espera de que les dijera algo, pues hacía muchos días que no me veían. Me percaté de que había alguien más y cuando levanté la vista vi a Stephan con mi pequeña Catalina en brazos. La niña parecía cómoda con él y, sin duda, de los tres niños era quien menos se daba cuenta de lo que ocurría.

Con esfuerzo, me senté en la cama e hice que Alexander y Cyprien se subieran para rodearlos con mis brazos y sentirlos lo más cerca posible. Ambos se abalanzaron sobre mí, encantados de tenerme de nuevo.

Ocultando mi vergüenza, los acaricié y retuve entre mis brazos, incapaz de decir una sola palabra y plenamente consciente de que Stephan me observaba.

—Ahora dejad a vuestra madre descansar —dijo en tono amable.

Mis dos niños lo miraron como a un desconocido y, por supuesto, no obedecieron.

Era triste que no supieran quién era él, pero no era el momento de dar explicaciones; además, siendo tan pequeños, no lo entenderían.

Finalmente, con renuencia, se separaron de mí y aceptaron marcharse. Stephan se encargó de llevar a Catalina en brazos hasta la puerta, donde esperaba la niñera.

Después cogió la bandeja que una doncella acababa de traer y cerró la puerta tras de sí, quedándonos de ese modo a solas.

Me abstuve de preguntar qué hora era, para evitar pasar de nuevo el bochorno de admitir mi desorientación. Tampoco hice ningún comentario sobre la cantidad de comida que tenía delante y que me produjo náuseas con solo mirarla.

En aquella situación tan rara ni siquiera me atreví a iniciar una conversación. Eso sí, fui consciente en todo momento de la mirada acusatoria de Stephan clavada en mí y pendiente de todos mis movimientos. Se comportaba como un carcelero y ese pensamiento me llevó a otro: ¿cuándo lo habían soltado? ¿Cómo lo había conseguido?

Y, lo más preocupante, ¿cómo se había arriesgado a presentarse en aquella casa? ¿Qué diría el servicio? ¿Cómo me afectaría a mí que se hiciera pública su reaparición?

Con tantos quebraderos de cabeza y un estómago poco habituado a ingerir alimentos, pronto sentí las primeras arcadas.

—Come despacio —masculló Stephan al verme.

Yo me quería morir; no se podía caer más bajo. Que él me viera en aquel estado solo acrecentaba mi vergüenza, y con ese incómodo sentimiento tuve que convivir varios días más.

## Capítulo 46

Una semana más tarde, mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados, pero no a mejor, sino todo lo contrario. La estrecha vigilancia a la que Stephan me tenía sometida era quizá la menor de mis preocupaciones, eran su silencio y sus miradas de reproche los que me martirizaban, además de su desconsideración hacia mi estado.

Si al menos me hubiera ofrecido un poco de comprensión... Pero no, se mostró inflexible.

Por las noches, me pasaba horas y horas en vela, incapaz de conciliar el sueño. No solo angustiada por mi sentimiento de culpa, sino torturada por dolores musculares o incluso leves temblores que me dejaban tensa y, lo que era más difícil de sobrellevar, asustada.

Stephan había dado orden de que en toda la casa, incluidas las dependencias del servicio, no hubiera ni una sola gota de alcohol; parecía decidido a hacer cualquier cosa para impedir que yo bebiera. Y, por increíble que pareciera, todos obedecieron, pese a ser allí un desconocido sin ninguna autoridad; sin duda, sus dotes de mando surtieron efecto.

O puede que todos sintieran tal pena y lástima por mí, que hicieran lo que estuviera en su mano por verme recuperada. En cualquier caso, la situación no me gustaba, pues allí era yo quien mandaba.

Lo más denigrante fue que acabé rogándole, llorosa y de rodillas, que me diera aunque solo fuera una copa de vino para calmar mi ansiedad.

—Ornela, acéptalo —me dijo él, dejándome desconsolada, con los ojos enrojecidos y tirada en el suelo—, tienes que superar esto.

—¿Y a ti qué más te da? —le chillé histérica, porque su tono condescendiente me enervaba tanto como su falta de compasión.

—Me importas —contestó y, debido a mi estado, no supe apreciar su sinceridad.

Me eché a reír sin importarme el lamentable espectáculo que estaba ofreciendo, pero mi ansiedad me impedía controlarme.

—Eres despreciable, no sé por qué has vuelto —le espeté rabiosa, porque ninguna de mis súplicas surtían efecto.

—Sabes perfectamente la respuesta —respondió, sin perder la calma.

—Pues si de verdad me quieres, no me hagas sufrir y dame lo que te pido —le supliqué por enésima vez.

Negó con la cabeza.

—No, Ornela. Flaco favor te haría cediendo a tus peticiones y tu llanto.

—Por favor... —rogué una vez más, arrastrándome hasta llegar a sus pies. Cualquier cosa para obtener lo que mi cuerpo tanto ansiaba.

Por supuesto, no hubo forma de hacerlo ceder. Se mantuvo firme ante mi

desesperación y se marchó, y yo, tras una aguda crisis de llanto, tuve un ataque de histeria durante el cual rompí todo cuanto estaba a mi alcance.

Grité, porfié, maldije...

Luego me quedé en el suelo, con la cabeza gacha y todo un caos a mi alrededor, incapaz de asumir lo que acababa de hacer.

¿Cómo había podido perder los estribos de esa forma? ¿Cuándo había dejado de tener el control sobre mi comportamiento?

Poco a poco fui siendo consciente del infierno en el que estaba viviendo, o más bien malviviendo, y, de paso, de la pesadilla que habría sido para todos los que me rodeaban.

Me puse en pie y me encaminé hacia el espejo donde tantas veces me había mirado. Vi mi imagen distorsionada, debido al golpe que le había asestado al cristal con algún objeto. Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano, volví la cabeza a derecha e izquierda para verme bien y alcé la barbilla.

—Esta no eres tú —le murmuré a mi reflejo.

Me aparté el pelo, sucio y despeinado, de la cara. La visión de mi rostro en aquel espejo destrozado era toda una metáfora de lo que era mi vida en aquellos momentos.

Busqué entre el montón de ropa un vestido adecuado y empecé a arreglarme con el mismo mimo y cuidado que siempre había dedicado a mi aspecto y que en los últimos tiempos había abandonado. Me peiné con esmero y me recogí el pelo de manera elegante, pese a que no tenía intención de salir de casa. Controlé los temblores de mis manos mientras me ponía las horquillas. Quería hacer algo que llevaba posponiendo desde hacía meses y que no podía postergar más.

Cuando abandoné mi dormitorio, le dije a la primera doncella con la que me crucé que lo arreglasen, por supuesto sin dar más explicaciones; que pensaran lo que les viniera en gana.

Decidida, caminé hasta detenerme frente a la puerta del estudio de Charles, que hasta entonces había permanecido cerrado a cal y canto, ya que yo había dado instrucciones muy claras de que nadie debía entrar allí.

Yo tampoco había sido capaz de hacerlo; no obstante, había llegado el momento.

Empujé la puerta y respiré hondo. Todo seguía igual que la última vez que estuve allí, justo después del funeral. Me acerqué al gran ventanal y aparté las gruesas cortinas para que la luz inundara la estancia y después abrí la ventana, pues el ambiente se notaba enrarecido.

Sobre la enorme mesa de escritorio había una gran cantidad de papeles y libros amontonados sin un orden concreto. Acaricié los volúmenes con una sonrisa triste, pues aquellos libros que para Charles habían sido tan importantes, para mí no eran más que un montón de páginas. Los había de varias materias y en diversos idiomas. Leí los títulos y me di cuenta de que predominaban los de filosofía.

Decidí que los conservaría todos, igual que cada uno de los documentos, escritos y demás notas que él había dejado. Me ocuparía en persona de clasificarlos. Todo



aquello merecía ser guardado; era una especie de legado.

Caminé por la estancia hasta llegar al fondo y en un lateral vi sus lienzos amontonados y un cuadro a medio terminar en el caballete; otro paisaje más.

Moví los cuadros acabados apilados contra la pared y los fui contemplando; había unos siete, todos similares, con apenas pequeñas variaciones de árboles, puentes, partes de la casa, bodegones... Nada nuevo. Una técnica impecable, pero resultaban aburridos, impersonales, no sugerían nada. Aun así, mandaría que colgaran todas sus obras de las paredes, a ser posible donde cualquiera pudiera verlas y admirarlas; no se quedarían arrinconadas en el desván. Eran una muestra palpable del talento de Charles y merecían un lugar preferente en la mansión.

Volví a apilar los cuadros y entonces caí en la cuenta de que detrás de todo había una sábana. Pensé que se trataría de un mueble, pero no tenía pinta de serlo. Así pues, de nuevo aparté los cuadros y me quedé frente a aquella tela amarillenta. Dudé unos segundos antes de tirar de un extremo y descubrir lo que ocultaba.

—Cielo santo... Charles...

Caí de rodillas en el acto y me llevé una mano a la boca, tratando de contener las emociones, pues no me esperaba algo así. Pero mis esfuerzos fueron en vano y acabé gimoteando, entre hipidos y lágrimas, incapaz de moverme ni de apartar la mirada del lienzo o, más en concreto, de la mujer en él retratada.

Era yo.

Desnuda, recostada en un enorme sofá, con la cara parcialmente vuelta y la mirada perdida. Llevaba una pudorosa gasa sobre las caderas, cubriendo mi sexo.

Charles había cumplido su promesa.

No sé cuánto tiempo me quedé allí de rodillas, observando aquella magnífica pintura sin dejar de llorar. De tristeza o quizá de alegría, pues nunca había visto algo tan exquisito.

Yo nunca había dudado de su talento, si acaso del uso que le daba, y delante de mí estaba la prueba. No pensaba que lo haría, pues siempre mostró su desagrado ante la idea; sin embargo, debió de utilizar los bocetos que me hizo a carboncillo para realizar la obra final. Y todo sin decirme una sola palabra.

¿Cuántas noches se habría pasado en vela, pintando aquella maravilla?

Me volví al oír unos pasos y distinguí unas botas acercándose.

—Ornela... es... maravilloso.

—¡Fuera! —le grité rabiosa—. ¡No tienes derecho a ver esto!

Pero Stephan no apartaba los ojos del cuadro y se acuclilló junto a mí, ofreciéndome su pañuelo, que acepté de mala gana.

—Es una verdadera obra de arte —murmuró con sinceridad.

—¡He dicho que te vayas! —chillé, de nuevo al borde de la histeria, pese a que sus palabras denotaban respeto y admiración.

—No, no voy a irme —contestó serio, poniéndose de pie.

Yo también me incorporé y, con rapidez, tapé el cuadro. Respetaría el deseo de

Charles de que nadie lo viera.

Sin esperar a que Stephan saliera del estudio, me marché yo y enseguida oí sus pasos siguiéndome. Noté su mano en mi muñeca, deteniéndome. Me volví hacia él, plantándole cara.

—No se te ocurra tocarme —lo advertí entre dientes, tirando de mi mano para soltarme.

No obstante, Stephan me tenía bien sujeta.

—Tenemos que hablar —dijo con aire calmado, aunque yo era consciente de que no lo estaba. Algo muy propio de él.

—No lo creo —repliqué, intentando no perder las formas.

Aún me encontraba demasiado débil como para soportar una de nuestras antológicas discusiones de antaño.

—Pues yo creo que sí. Acompáñame, por favor.

Tiró de mí y me llevó a remolque hasta la sala junto a la terraza, la que en más de una ocasión Claire y yo utilizábamos para pasar las tardes de lluvia, hablando de nuestras cosas. Ella con la costura en las manos y yo, que nunca había sido amiga de las labores de aguja, recostada en un diván, escuchando sus cuitas o confesando las mías.

Stephan cerró la puerta con llave y se la guardó en el bolsillo. Nos miramos fijamente: había llegado el momento de ajustar cuentas. Lo curioso era que yo, que antaño lo había deseado con ahínco, ahora ya no me interesaba.

Si de verdad quería salir del bache en el que me encontraba, lo primero era cerrar la puerta del pasado y no volver a abrirla.

—Siéntate, por favor —me pidió y yo, cansada, accedí.

Se acercó a la ventana y se aseguró de que nadie pudiera oírnos desde fuera, para lo que comprobó que estuviera bien cerrada.

Hacía calor y nos hubiera venido bien un poco de corriente, pero entendía que Stephan no quisiera correr ningún riesgo.

—Supongo que llevas mucho tiempo pensando qué vas a decirme y qué no —comenté.

—No —replicó y yo arqueé una ceja—. Esta vez no pretendo omitir nada.

—Te escucho —dije en voz baja, disimulando mi escepticismo.

Stephan se pasó una mano por el pelo un par de veces antes de darse la vuelta. Caminó en mi dirección, pero algo en mi expresión lo hizo detenerse. Se quedó junto a una mesa, donde se apoyó y cruzó los brazos.

—Cuando me alisté en el ejército, mi intención era hacer carrera y llegar lo más alto posible —comenzó a decir con aire nostálgico—. Mi familia disponía de medios para adquirir un cargo y ahorrarme tiempo; sin embargo, yo opté por ganarme cada ascenso por mis méritos.

—Admirable —murmuré, sin pretender ser sarcástica, aunque creo que no lo logré.

Él me miró fijamente. Me conocía y, por consiguiente, sabía de sobra que había cosas que ya no me impresionaban.

—Mis superiores —prosiguió, retomando la palabra y obviando mi apatía—, en vista de la complicada situación que se estaba dando en el continente, decidieron que era imprescindible obtener información y me ofrecieron la posibilidad de adoptar otra identidad que me permitiera viajar sin levantar sospechas.

—El típico aristócrata en busca de aventuras.

Él asintió y yo añadí, recuperando mi pronunciación francesa:

—*Le Grand Tour*.

—Sí. Nadie se sorprendería de que un acaudalado lord viajara a Francia.

—Para disfrutar de todos sus encantos.

—Eso, querida Ornela, era imprescindible —apostilló con aire pícaro—, ¿no crees?

—No sabría decirte —repliqué con sequedad.

Stephan sonrió de medio lado. Quizá mis comentarios lo hacían recuperar la esperanza de que yo volviera a ser la misma de antes. Por mi parte no estaba tan segura.

—Acepté la misión sin dudar. No tenía responsabilidades y, por consiguiente, a nadie debía rendir cuentas. Hasta que te conocí.

Me miró y recordé la primera vez que posó sus ojos en mí.

Respiré. Ahora venía la parte peliaguda.

Pero llamaron a la puerta, rompiendo así el extraño silencio que se había instalado entre nosotros, pues, para ambos, el inicio de nuestra relación había sido complicado. Deduje que él habría rememorado con la misma intensidad que yo el día en que me arrancó de los brazos de Adam Steinberg.

Stephan fue el primero en romper el contacto visual y se acercó a la puerta para abrir.

Recogió de manos de una doncella una bandeja de comida, que puso ante mí. Yo empezaba a hartarme de su obsesión por alimentarme. No iba a discutir, pero podía comer, o más bien picotear, mientras él continuaba con su relato. Incluso llegué a pensar en ofrecerle compartir la comida conmigo, pero por su actitud lo descarté.

—Yo no esperaba que las cosas sucedieran tal como ocurrieron. —Hizo una pausa y me señaló la bandeja, instándome a comer—. Bien lo sabes. A pesar de la sorpresa que fue para mí que en nuestros primeros días de casados...

—Hice lo que se esperaba de mí —lo interrumpí, poniéndome a la defensiva, aunque enseguida fui consciente de mi error.

—Mi intención no era recriminarte nada, Ornela —me dijo en tono amable—. A pesar de que deseaba quedarme contigo, tenía obligaciones y, por tanto, hube de partir. No te voy a engañar, entre las aficiones de un lord adinerado y despreocupado se incluían las mujeres.

—Saber que me fuiste infiel no es ninguna sorpresa —repliqué, deshaciendo el

pan entre mis dedos para así disimular y evitar comer.

—Nunca te hubiera sido infiel por propia iniciativa. Fue por obligación y te aseguro que no siempre resultó agradable —me aclaró. Yo preferí no hacer ningún comentario y dejar que continuara con su historia—. Sin embargo, a medida que íbamos pasando los días alejados el uno del otro, lo que empezó siendo una atractiva misión comenzó a desesperarme, a hacer que me sintiera culpable, pues no podía dejar de pensar en ti.

Como no me quitaba la vista de encima, me llevé un poco de pan a la boca y probé también un poco de queso para que se diera por satisfecho.

—Comenté con mi superior la posibilidad de ser relevado y regresar a casa, dejar atrás mi doble vida y volver a ser un miembro convencional del ejército, aun sabiendo que llegaría el día en que me tendría que incorporar a filas y entrar en combate, pero al menos evitaría mentirte.

—Cuando me casé contigo acepté tu oficio —le recordé, eludiendo por supuesto la verdadera razón por la que lo elegí.

Lo más triste era que, como suele decirse, hay que tener cuidado con lo que se desea, porque puede hacerse realidad.

—No estamos aquí para justificarnos —me recordó y yo asentí—. Pero todo se precipitó cuando te encontré en París.

Sabía que tendríamos que llegar a ese desagradable episodio. Era ineludible hablar de ello, pues condicionó nuestro matrimonio y creo que, pese a todo lo que había venido después, nunca lo superaríamos.

—Pusiste en peligro mi coartada si alguien te hubiera reconocido, aunque, si te hubiese encontrado sola, al menos me habría consolado pensando que habías ido en mi busca.

Aparté la comida a un lado y bebí agua para hacer algo con las manos, aunque lo que de verdad necesitaba era un trago. De hecho, temblaba debido a la necesidad de alcohol y a los nervios que la conversación me producía.

Y no habíamos hecho más que empezar.

—Verte del brazo de otro hombre hizo añicos todo aquello en lo que creía.

—Lo sé —admití y cerré los ojos un segundo—. No obstante, seguiste adelante con tu charada.

—No me quedaba más remedio —masculló enfadado, al recordar aquellos tensos días—. Pero lo peor vino después. Cuando averigüé la verdadera razón por la que Banks se acercó a ti.

Saber que un hombre es el amante de tu esposa ya es suficiente motivo para odiarlo; sin embargo, por lo que Stephan acababa de decir, había mucho más.

Me puse en guardia, pues eso no coincidía con mi versión de los hechos. Para calmar la tensión, volví a comer, ya que no podía hacer nada más.

—Jonathan Banks era en apariencia un próspero comerciante, pero ¿alguna vez te habló de sus orígenes?

—No —contesté, considerando innecesario desvelar cómo conocí a Jonathan.

—Como muchos otros, empezó en el contrabando. Pertenecía a un grupo que se las ingeniaba para pasar mercancías sin pagar aranceles portuarios y así obtener mayores beneficios. Pero lejos de ser uno más, fue hábil y se ganó la confianza de personas importantes, entre ellas la de su jefe, un tal Voinchet. Un viejo conocido de las autoridades, tanto por burlar la ley como por sobornar a los funcionarios.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo? —pregunté, interrumpiéndolo.

—Porque Voinchet fue uno de los que vertieron acusaciones, infundadas, por supuesto, contra tu padre.

Abrí los ojos desmesuradamente, pues era lo último que esperaba. La muerte de mi padre quedaba tan lejana en el tiempo que ya apenas pensaba en él.

—¿Mi padre?

—Sí, Ornela. Banks estaba al tanto de cuanto le ocurrió. Puede que no participara de forma directa, pero hacía negocios con quienes lo causaron la ruina, no solo económica. Puede que estuviera empezando en el negocio y todavía no dispusiera de la suficiente influencia, o bien dejó que otro lanzara la piedra.

—No puede ser... —murmuré.

—En connivencia con las autoridades a las que sobornaba, formuló una acusación repleta de falsedades, con la intención de quitar de en medio a un competidor.

Respiré hondo, porque a cada palabra que decía, la historia se volvía más rara, y dudaba que estuviera preparada para seguir.

—Y no solo eso —prosiguió él—, buscaban las anotaciones, rutas y contactos que tu padre anotaba con extremo cuidado en su diario. Y los datos que podían incriminarlo.

Eso no podía ser cierto...

## Capítulo 47

—¿Los diarios de mi padre?

—Sí.

—¿Los que Camille guarda con tanto celo?

Stephan arqueó una ceja, pues al parecer no esperaba que yo estuviera al tanto de eso.

—Sí. En ellos, aparte de anotaciones comerciales que ayudarían a cualquier empresa, legal o no, a rentabilizar sus inversiones, tu padre escribió datos sobre personas que no siempre iban por el camino recto. Era consciente de que su decisión de no participar en los trapicheos de Voinchet le acarrearía problemas y por eso se preocupó de anotar todo lo que averiguaba, esperando que, llegado el momento, es decir, ante un tribunal, pudiera servirle para defenderse. Nombres, lugares, fechas...

—Mi padre siempre fue un hombre íntegro.

—Lo sé —convino él y me di cuenta de que, de haber vivido, seguramente habría apreciado a Stephan.

—Y no le sirvió de nada —agregué, siendo realista.

—Por desgracia, así fue. No encontró apoyos suficientes, dado que a las autoridades no les convenía llevarlo ante un magistrado. De ahí que tu madre pidiera, desesperada, ayuda a su familia política inglesa.

—Presiento cómo sigue la historia.

—Por supuesto, la respuesta fue negativa. El único que podría haber hecho algo, el marqués de Beldford, se desentendió del asunto, pues, a pesar de que sabía que el título sería para él a la muerte de tu abuelo, de alguna forma quería legitimar su posición casándose con tu madre, pero ella lo rechazó y él nunca se lo perdonó.

—Por lo que puedo ver, la ruina de mi padre supuso una excelente venganza.

—Sí, por desgracia así fue. Pero era muy retorcido y...

—Se fijó en mí —acabé yo la frase por él, ante su cara de estupefacción.

—¿Lo sabías? —preguntó, mostrando su desprecio por lo que aquel malnacido, por suerte ya criando malvas, pretendió en su momento.

—Mi madre logró convencerlo de que yo era demasiado joven y que esperase a que cumpliera un par de años más. Tuve que ver entonces cómo ella ocupaba mi lugar.

—¡Joder, si eras solo una niña! —exclamó Stephan, sin ocultar la repugnancia que aquello le causaba.

—Tuve que mirar hacia otro lado. Eso o morirnos de hambre —apostillé sin durrumbarme—. Pero todo eso ya pasó. No sirve de nada removerlo.

—De haber tenido oportunidad, yo mismo me habría encargado de acabar con él. Maldito hijo de puta...

—No merece la pena que nadie se manche las manos y acabe en prisión por un

desgraciado así —sentencié, porque no deseaba que se me revolviera más el estómago acordándome de Donaldson.

—Yo no estaría tan seguro —masculló él—. Pero volvamos a Banks.

—Si no hay más remedio... —suspiré.

Cuando supe de su fallecimiento, no derramé ni una sola lágrima, aunque tampoco le deseaba ningún mal. Sin embargo, con los datos que Stephan me brindaba, debía reconsiderar mi actitud.

—Se acercó a ti por interés, Ornela —dijo.

—Eso parece...

—Me alegra que te lo tomes con tanta tranquilidad. Lo que Banks pretendía seduciéndote —casi escupió la palabra— era tenerte, digamos, de su lado y así obtener los diarios de tu padre, algo que le garantizaría la tranquilidad, pues si se lo relacionaba con Voinchet podía tener problemas, en especial cuando las nuevas autoridades ya no hacían la vista gorda como antaño. Destruirlos era su mejor baza.

—Pero yo no los tenía.

—Eso él podía intuirlo, pero no lo sabía a ciencia cierta. Lo más lógico era pensar que los guardaba tu madre y que tú podrías conseguirlos.

—Ella tampoco los tenía.

—No. Fue inteligente y se los entregó a la señora Bonnet, pensando que nadie se fijaría en una doncella. Bajo su cuidado, la información estaría a buen recaudo hasta que fuera necesario recurrir a ella.

—No lo entiendo... Admito que Camille siempre ha sido fiel, tanto a mi madre como a la memoria de mi padre; sin embargo, era correr un riesgo. Si ella decidía comerciar con la información...

—Nunca lo haría —me interrumpió Stephan, tajante—. La fidelidad de la señora Bonnet no es solo la que se espera de una sirvienta hacia sus amos.

Inspiré hondo dos veces, pues todo se estaba complicando de tal manera que era incapaz de asimilar tantas noticias de golpe.

Yo había dedicado mucho tiempo y esfuerzo a investigar por mi cuenta, y si bien había hecho progresos, era consciente de que solo había arañado la superficie.

—La señora Bonnet y tu padre eran hermanos.

—¿Cómo?

—Yo reaccioné igual que tú al enterarme. Por lo visto, cuando nació tu padre, tu abuela se quedó tan debilitada que tu abuelo decidió no volver a tocarla. Se buscó una amante y lo más a mano que tenía supongo que fue una de las doncellas. Cuando venían al mundo hijos de relaciones ilícitas, se solía alojar en el campo a la madre, se la casaba con un campesino pobre al que se pagaba para que callara y listos.

—Camille... —murmuré, comprendiendo su abnegación y fidelidad... y permaneciendo siempre en un segundo plano.

—Al morir tu abuelo, tu padre encontró los documentos relativos a los pagos y siguió el rastro hasta encontrarla. Se la llevó a vivir con él y, para evitar

murmuraciones, la señora Bonnet decidió adoptar el papel de doncella y mantener el apellido de su padre putativo.

—¿Y por qué nunca me lo dijeron?

—Para protegerte. Hay veces en que la ignorancia puede ser un bien.

—¿Y cómo has logrado tú que confíen en ti?

—Lo descubrí por pura casualidad. Durante uno de mis viajes a Francia, oí comentarios sobre Banks y los documentos de tu padre y, como muestra de deferencia hacia ti, decidí limpiar su memoria. Continué indagando y hablé con tu madre sobre mis pesquisas y después con Camille, que confió en mí de manera incondicional. Con los datos contenidos en los diarios pude investigar con más precisión y, gracias a mis contactos en Francia, llegar al meollo de la cuestión.

—Yo nunca te habría pedido algo así —dije, mientras continuaba atando cabos.

—Lo sé, pero lo que le hicieron a tu padre debía tener una respuesta; me parecía injusto olvidar aquella ignominia. De ahí que tu relación con Banks fuera, además de humillante hacia mi persona, una complicación añadida, pues él podía ponerte en mi contra.

—¿Tan insensata me crees como para perjudicarte?

—Puede que no de manera intencionada.

—Te parecerá absurdo, pero nunca le hablé de nada referente a ti o a mi familia.

—No obstante, lo acompañaste a París. Toda una declaración de intenciones, dado que muchos sabrían enseguida cuál era tu apellido de soltera.

—Eso es demasiado rebuscado —rezongué.

Stephan me sonrió con sarcasmo. De acuerdo, mi comportamiento fue inexcusable, pero sobre todo, temerario, pues hice público algo que debió ser privado. Cometí un error de principiante.

—Rebuscado o no, las consecuencias son lo que importa.

Asentí, sobre ese punto no podía decir nada, ya que bien sabía yo lo que era asumir la responsabilidad de los actos llevados a cabo.

—Él no consiguió nada de mí —contesté.

Stephan arqueó una ceja. De acuerdo, no había sabido elegir las palabras precisas, pero en lo referente a información, ni una sola palabra había salido de mi boca.

—Sea como fuere, él no perdió la esperanza de obtener los diarios de tu padre —prosiguió, pasando por alto mis palabras.

—Por eso te encargaste en persona de que yo no recibiera ninguna de sus cartas —lo acusé, porque en esa historia ambos teníamos mucho que decir.

—¡Por eso y porque no iba a consentir que un amante de mi esposa continuara escribiéndole! ¿Tan estúpido me crees?

—Nunca te he considerado como tal —murmuré ante su tono exaltado.

—Aunque debo decir que, gracias a su afición epistolar, pudimos tenerlo localizado constantemente.

En ese preciso instante arqueó una ceja.



—Me alegro de haber sido útil a la causa —apunté con ironía.

Stephan inspiró antes de continuar. Mi actitud no estaba siendo muy colaboradora y por momentos yo me iba sintiendo más fuerte. De nuevo tenía ganas de replicarle, de discutir con él. Una actitud retorcida, desde luego, pero que me devolvía la vida.

—Déjate de chanzas, Ornela —me regañó y yo me encogí de hombros—. Ahora los motivos no importan, pudimos acorralarlo y eso lo puso en una difícil situación frente a sus «socios», que no dejaban de exigirle que cumpliera su parte del trato.

—Me temo que yo era *esa* parte del trato —dije, tomándomelo con tranquilidad.

—Sí.

—¿Y qué falló? Según tu teoría, yo estaba dispuesta a todo...

—Que... —Stephan se pasó una mano por el pelo, despeinándose. Eso solo podía significar una cosa: que estaba nervioso—. Se enamoró de ti —respondió finalmente, dejándome más desconcertada si cabe.

Jonathan y yo solo éramos amantes. Los sentimientos no formaban parte de la ecuación y ambos lo sabíamos.

—¿Y tú cómo lo sabes? —pregunté, pues dudaba que un hombre como Banks fuera revelando por ahí sentimientos de esa índole.

—Él mismo me lo dijo.

Mi asombro iba en aumento. ¿Cuántas sorpresas más me aguardaban?

—¿Cuándo?

—Un minuto antes de morir.

Me puse en pie de inmediato, pues esa confesión implicaba mucho más. Leyendo entre líneas podían extraerse varias teorías, pero quizá solo una me aterrorizaba.

—¿Tú...? —Tuve que detenerme para tragar saliva ante el nudo que se me formó en la garganta.

—Sí, Ornela, yo acabé con su vida —confesó y no vi arrepentimiento por ningún lado, lo cual me asustó.

—¿Cómo fuiste capaz de algo semejante?

—¡Fue Banks quien me retó! ¿Qué querías que hiciese?

—¡Me mentiste!

—No me quedó más remedio. No quería que sufrieras.

—Entonces, supongo que la carta que recibí...

—Yo me encargué de que te la enviaran, de esa forma podrías olvidarte de él.

—¡Ya me había olvidado de él hacía mucho! —le grité, acercándome hasta quedar frente a su cara.

Levanté una mano con intención de abofetearlo, pero Stephan, hábil de reflejos, me sujetó la muñeca mirándome con furia.

Ningún esposo espera una defensa así cuando se trata de un amante muerto. No obstante, mi enfado no era por la muerte de Jonathan, sino porque Stephan me lo hubiera ocultado todo y actuado a mis espaldas.

—¡Te repito que él me retó a mí! —exclamó, mirándome fijamente a los ojos y

sin soltarme.

Hacía mucho que ninguno de los dos estábamos tan cerca. Ambos tensos, respirando con fuerza... Era de locos, pero lo deseaba y, teniendo en cuenta todo lo que había sufrido por su culpa, mi reacción carecía de toda lógica.

Me deshice de su agarre y me alejé de él para evitar cometer alguna estupidez.

—Creo que voy a retirarme —anuncié, tras un breve silencio, cada uno intentando asimilar todo cuanto allí se estaba diciendo.

—Aún no hemos terminado —objetó Stephan en voz baja.

—Si te soy sincera, no me apetece seguir escuchándote.

—Pues vas a tener que hacerlo.

La puerta estaba cerrada con llave, así que, o saltaba por la ventana o me ponía cómoda hasta que él tuviera a bien dejarme marchar.

Cogió unos documentos en los que yo ni siquiera había reparado y me los acercó, junto con una pequeña caja de madera.

A decir verdad, Stephan nunca me había regalado nada, así que me entró curiosidad.

—Ábrela —me instó.

Lo hice, esperando encontrar alguna joya, así que cuando vi el alfiler de caballero, de oro, no supe cómo interpretarlo.

—Era de tu padre —me informó, colocándose a mi lado.

Contuve a duras penas un sollozo, pues era lo último que me podía imaginar. Lo miré con más detenimiento y acabé por reconocerlo. Habían borrado toscamente las iniciales de Cyprien Chavanel, pero aun así pude ver que Stephan decía la verdad.

—Es de lo poco que he podido recuperar, pues la mayoría de los efectos personales que le incautaron se vendieron o, mejor dicho, malvendieron. —Después dejó sobre mi regazo los documentos—. Es la escritura de propiedad de tu casa natal, en Marsella. De nuevo es tuya, con todos los sellos legales.

Me eché a llorar, dejándolo caer todo al suelo para cubrirme la cara con las manos. No podían existir en el mundo regalos más crueles que aquellos.

Stephan se arrodilló delante de mí y me sujetó las muñecas para apartarme las manos y así poder mirarme.

—Déjame en paz. ¿Tan estúpida y frívola me consideras como para pensar que te lo voy a perdonar todo por estos dos insignificantes detalles?

—¿Insignificantes? —repitió confuso, pues a buen seguro esperaba mi agradecimiento.

Era consciente de que él había pasado por mil penurias, incluida la prisión, y que sin duda se habría mezclado con gente de baja estofa. Sin embargo, yo no le había pedido esos regalos. Me los hizo por propia iniciativa, quizá como un modo de compensarme por sus ausencias.

Me puse en pie y me encaré con él.

—Sí, insignificantes, porque no valen nada. No compensan las noches de

angustia, sola, llorando por no saber dónde estabas. Ni los días en que debía fingir que habías muerto, mordiéndome la lengua y llevando todo ese peso yo sola. Ni tampoco no saber qué les vas a decir a tus hijos el día de mañana, porque la incertidumbre te mata poco a poco...

—Maldita sea, Ornela...

Intentó abrazarme, pero yo me zafé, furiosa.

—Me has contado lo que te ha venido en gana, solo para justificar tu proceder. Ni siquiera te has molestado en decirme dónde o con quién has estado —le reproché, cansada de que siempre jugáramos al gato y al ratón.

—Joder...

—Y para rematar la faena me traes esto —señalé los documentos con desdén—, algo que no vale nada. ¡Nada!

—¿Cómo puedes hablar así? ¿Te haces una idea de lo que me ha costado conseguirlo?

—Me da igual. Unas escrituras en las que consto como propietaria, ¿y qué? ¿Qué validez tiene eso?

—¡Es completamente legal! —exclamó, molesto por mi comportamiento desdeñoso.

—¿Por cuánto tiempo? —repliqué.

—¡Para siempre!

—Eso no puedes asegurarlo. Ni tú ni nadie. Has luchado, te has esforzado, lo sé, pero ¿para qué? ¿Para entregarme una propiedad que, en cuanto cambien los aires políticos, me puede ser arrebatada de nuevo?

—No tiene por qué ser así.

—Pero lo es, Stephan. Mira lo que pasó con mi padre, sin haberse enemistado con nadie, comportándose de manera noble, lo despojaron de todo, condenando a toda la familia a la miseria y la humillación. El día de mañana pueden aparecer nuevos arribistas, decididos a demostrar su lealtad llevándose por delante a quien haga falta.

—Al menos podrías concederme el beneficio de la duda.

—Hace mucho que lo hice.

—Pues no lo parece —masculló.

—No voy a sufrir por una casa, por un montón de piedras, no merece la pena.

Mi reflexión debió de afectarlo, pues no insistió más en el tema. Observé en silencio el alfiler de pañuelo que había pertenecido a mi padre y me di cuenta de que solo podía hacer una cosa con él.

—Toma —le entregué la caja—, estoy segura de que mi padre hubiera querido que lo conservaras tú.

Lo cogió y vi que inspiraba hondo antes de aceptarlo.

—Gracias —murmuró, entendiendo mi gesto.

—De nada.

—Ornela... —Su tono bajo, suplicante, hizo que sintiera un escalofrío, pero no

podía sucumbir.

Él se las había ingeniado para contarme solo lo que le convenía, omitiendo, como siempre, los detalles relativos a sus andanzas.

—No, Stephan, así no —dije, apartándome de él.

—¿Qué más quieres de mí?

—Sinceridad —contesté, sin levantar la voz.

No iba a disgustarme si él decidía poner punto final a sus revelaciones en ese momento. Hacía ya tiempo que había olvidado por qué conocer cada detalle me había parecido importante.

—¿Y qué importa ahora eso?

—Mucho, pues tú siempre has estado al tanto de todos mis movimientos —repliqué rabiosa.

—¿De verdad quieres saber cuánto jodido tiempo estuve en prisión sin saber si el día siguiente sería el último? ¿Tanto te interesa que te cuente qué veía desde la ventana de mi celda? ¿A cuántos vi ejecutar a través de los barrotes? ¿Seguro que quieres escuchar qué tuve que hacer para salir en libertad? ¿A quién tuve que matar y cómo?

—Siempre te he escuchado y nunca me he desmayado de la impresión —repuse, mirándolo a los ojos.

Stephan pareció percatarse de que estaba en deuda conmigo y comenzó a hablar.

Lo escuché sentada, con las manos en el regazo. Empezó por el primer ingreso en prisión, acusado de traición por los franceses. Me habló de cómo intentaban convencerlo, primero con métodos suaves, es decir, comprándolo, para que hablara y delatara a otros compañeros, para que les facilitara ubicaciones y cualquier dato que pudiera ayudar a combatir a los británicos y derrotarlos.

Por supuesto, no cedió y las autoridades francesas optaron a continuación por métodos más duros, incluidas las amenazas de represalias contra su familia; de ahí que ideara su fuga, ayudado por la señorita Lakerwood, y su posterior muerte. De ese modo evitaría que lo persiguieran, pues no era ningún secreto que en suelo inglés había espías galos que podrían haber dado noticia de él.

Fingiendo su muerte daba carpetazo al asunto y evitaba que yo o alguien de su familia pagáramos las consecuencias. De ahí que mi reacción ante la noticia fuera de vital importancia, pues me estarían observando. Si yo cometía cualquier error, toda la charada quedaría al descubierto.

Reconoció que mi precipitada boda con Charles le causó un gran dolor, pues no esperaba semejante decisión por mi parte; no obstante, fue todo un acierto de cara a sus planes, dado que con eso nadie sospecharía.

No hizo falta que me hablara de los horrores de la guerra, pues ya estaba al tanto de ellos desde aquel inesperado encuentro de hacía casi cinco años en Cádiz, los mismos que llevaba sin verlo.

Era curioso pensar que habíamos pasado más tiempo separados que juntos y quizá

eso significara algo.

—No necesito saber más —le dije, tras oír cómo fueron sus días de La Conciergerie hasta que lo liberaron y pasó de ser un preso valioso a un héroe de guerra.

Stephan tenía razón, toda aquella información no servía para nada.

## Capítulo 48



Hastada de todo aquello, decidí poner fin al encuentro. Habían sido demasiadas revelaciones y emociones para un solo día.

—Espera —me dijo Stephan, cuando yo ya me dirigía hacia la puerta—, aún nos queda otro asunto pendiente.

—¿Cuál? —pregunté sin ánimo.

—Nuestro matrimonio.

Me reí sin ganas.

—Soy tu viuda, Stephan —le recordé con cierto regocijo, pues intuía adónde quería ir a parar y no estaba dispuesta a ceder en ese terreno.

—Me parece que tu afición desmedida por el alcohol te ha causado ciertos problemas de memoria —comentó, esbozando una sonrisa de medio lado, de tal forma que su crítica fue más bien un comentario jocoso, sin intención de hacerme daño.

—*Je n'ai rien oublié* —respondí con aire nostálgico, pero con las ideas bien claras.

No me iba a dejar embaucar. Ni por su mirada ni por su presencia ni por los recuerdos que compartíamos.

—Pues no lo parece. Tendré que refrescarte la memoria. El día 30 de abril de 1806...

No hacía falta que mencionara el día de nuestra boda, pues era una fecha que yo nunca olvidaría, ni tampoco el segundo aniversario, que pasé sola. Sin embargo, no podía dejarme arrastrar por mi lado más sentimental, ese al que Stephan pretendía apelar para arrimar el ascua a su sardina. A estrategia no lo ganaba nadie, eso yo ya lo sabía y lo admiraba por ello, pese a que iba en contra de mis intereses.

—Sé lo que ocurrió ese día y también lo que pasó dos años después.

—Ornela, hay cabos sueltos que debo atar, no te lo voy a negar, pero te prometo que mi intención es volver junto a ti, ahora que estoy en disposición de hacerlo.

—Sabes lo mucho que odio las promesas —murmuré en tono de advertencia.

—No son promesas vanas. Ahora todo ha cambiado. No quedan secretos que nos separen.

—Yo también he cambiado.

—Lo sé. —Hizo amago de acercarse, pero mi reacción lo detuvo—. Ornela, te quiero y no voy a renunciar a ti. Me perteneces.

—*Je ne suis pas à toi* —musité, alzando la barbilla.

—¡No puedes negarte! —estalló ante mi tozudez.

—Ahora soy una mujer adulta, que tiene muy claro lo que le conviene y lo que no. Y tú no eres bueno para mí. Hay demasiado dolor entre nosotros como para intentarlo.

—No vas a apartarme de mis hijos. Tú y yo tendremos asuntos pendientes, pero quiero verlos crecer. Ya me he perdido suficientes momentos de sus vidas, no quiero permanecer más tiempo alejado de ellos.

—Te recuerdo que solo Alexander y...

—No me tomes por imbécil. Me da igual, quiero a los tres junto a mí. No hay más que hablar.

—¡Catalina es hija de Charles! —grité exasperada—. No tienes ningún derecho legal sobre ella y, ya de paso, tampoco sobre Cyprien. Aunque sea hijo tuyo, es el nuevo conde de Seldon.

—Eso está por ver.

—No harás nada —le ordené.

—¿No? Entonces es que no me conoces, Ornela. No me obligues a tomar medidas drásticas.

Me reí, quizá como un burdo intento de relajarme o tal vez para sacarlo de sus casillas.

—No puedes hacer nada, no existes, no eres nadie.

—Eso se va a resolver de un momento a otro —masculló y por primera vez vi un gesto de vulnerabilidad en él.

Se sentía acorralado.

A Stephan todo aquello le afectaba mucho más de lo que le gustaría y yo tenía dos opciones. La primera, claudicar y dejar que todo volviera a ser como antes. Encuentros y desencuentros, él siempre con todo el poder y la ley de su parte. Yo siempre a su merced y sometida a sus decisiones.

Pero si algo había aprendido a lo largo de los años era a ser fiel a mí misma, a vivir sin sentirme culpable, sin dar explicaciones, sin aceptar tantas cosas como me asfixiaban.

—Pronto llegarán los documentos que me «devolverán la vida» —agregó Stephan — y entonces no podrás buscar excusas ni nada que se le parezca para huir de mí.

—No voy a huir —le aseguré, más serena que nunca.

Me acerqué a él y le acaricié la mejilla. Teníamos que despedirnos.

Me puse de puntillas para acercar mis labios a su oreja y que de ese modo fuera consciente de mi respiración. Me puso una mano en la cadera, clavándome los dedos, sin duda sorprendido por mi actitud, aunque para nada disgustado.

—Ornela, no es el momento...

Acallé ese conato de protesta con un beso y él me respondió con el mismo frenesí que yo recordaba. En cuanto pudo, se hizo con el control de la situación y me devoró. Hacía tanto tiempo que nadie despertaba en mí deseo sexual, que hasta había llegado a pensar que no lo recuperaría. Aquel contacto fue la prueba de que podía volver a sentir de nuevo, a saber que era deseada, a excitarme en los brazos de un hombre.

No de cualquier hombre, solo de Stephan.

—Antes tenemos que...

A cada intento suyo de romper el contacto yo me negaba con gestos, con mi cuerpo pegado al suyo y con mis manos buscando bajo su camisa.

—No hables —musité, mordisqueándole la oreja para tenerlo entregado a mí con más devoción si cabe.

—Yo no tenía pensado que las cosas sucedieran de esta manera —confesó sin soltarme, pero deteniendo el avance de mis manos para mirarme fijamente a los ojos.

—¿No me deseas? —pregunté, sabiendo que esa no era la cuestión. Pero necesitaba que no pensara, que se dejara llevar y nada mejor para ello que mantenerlo excitado.

—¿Cómo puedes preguntar semejante barbaridad? —gruñó.

En efecto, al estar pegada a su cuerpo era muy consciente de su erección. Puede que solo necesitara oírsele decir.

—Pues desnúdame —exigí—, aquí, ahora.

—No sabes lo que me estás pidiendo, maldita sea.

La batalla que estaba librando consigo mismo me hizo sonreír de medio lado. Lo entendía. Dejarse llevar por mis artes seductoras significaba que su intención de volver a ser el cabeza de familia pasaba a un segundo plano, pues yo todavía no había aceptado su proposición.

—Te estoy pidiendo que me folles, Stephan. Así de simple —dije y comencé a acariciarlo por encima de la tela.

Me mordí el labio al notar cómo contenía la respiración.

—Sabes que llevo mucho tiempo deseando tenerte en mi cama, eso no lo dudes —farfulló, debido a su grado de excitación combinado con la habilidad de mis manos.

—Pues no hace falta que sigas soñando. —Me las apañé para abrirle el pantalón y poder agarrarle la polla—. Aquí me tienes... —susurré, adoptando un tono de lo más sugerente.

—Ornela... —gruñó, volviendo a besarme como un loco—. No he tocado a ninguna mujer desde la última vez que tú y yo estuvimos juntos... No quiero hacerte daño ni ser demasiado...

Le puse un dedo en los labios para que no siguiera justificando su actitud brusca, pues esta siempre me había gustado. Su agresividad no solo lograba que me humedeciera y temblara de anticipación, sino que me llevaba a un estado en el que deseaba mucho más que un simple contacto físico. Lo quería todo de él y, si bien eso era una quimera, al menos podía disfrutar del placer que únicamente con Stephan alcanzaba.

Él ya debería saberlo.

—¿De verdad me has sido fiel todo este tiempo? —le pregunté, mientras él me abría el vestido hasta dejarlo caer y me dejaba solo con una liviana camisola.

—Sí —contestó con una sencillez y una sinceridad que me conmovió.

Amaba a aquel hombre. Lástima que juntos solo pudiéramos causarnos dolor.



Dio un paso atrás para observarme. Aún estaba más delgada de lo habitual, pero mi cuerpo seguía siendo atractivo a los ojos masculinos y vi en la mirada de Stephan ese gesto de apreciación. Agarró la parte superior de la camisola y la arrastró hacia abajo, hasta dejarla arremolinada en mi cintura, rozando de paso con sus manos ásperas la piel de mis brazos.

No perdí el tiempo y moví las caderas para que la delicada prenda cayera a mis pies.

Stephan se arrodilló y me besó el estómago, antes de soltar las cintas que me sujetaban la ropa interior, para así dejar mi sexo al descubierto.

Alzó una mano y, con una adoración inusitada, me acarició el vello púbico antes de acercar la mejilla y frotarlo. Vi cómo cerraba los ojos y se suavizaba su expresión. Desde luego, nunca esperé que se comportara con tal reverencia.

Por instinto, separé las piernas, anhelando que no se limitara a rozarme de manera tan somera. Estando tan cerca de mi sexo, seguro que percibía mi grado de excitación.

Metió una mano entre mis muslos y fue subiendo con calculada lentitud, consiguiendo que me temblaran las piernas a medida que llegaba al centro. Yo permanecía en pie por pura voluntad, aunque dudaba de que pudiera mantenerme así mucho más tiempo.

—No me hagas esperar —dije, moviendo las caderas. Y él, recuperando su actitud más pícaro, alzó la vista y me sonrió. Yo añadí—: Como bien has dicho, ha pasado mucho tiempo.

—Sabes lo mucho que me gusta disfrutar de tu cuerpo. Si he esperado cinco interminables años, bien puedes tú hacerlo cinco minutos —replicó provocador.

No obstante, yo no estaba dispuesta a soportar aquella demora que se me antojaba injustificada. Di un paso atrás hasta poder soltarme de sus manos y me arrodillé delante de él, quedando así a la misma altura. Y, sin darle tiempo a reaccionar, empecé a desnudarlo, pues me parecía muy injusto que únicamente yo estuviera sin ropa. No opuso mucha resistencia, solo la justa para hacerme creer que estaba indefenso ante mi ataque; nada más alejado de la realidad.

Yo sabía que a Stephan no lo intimidaba que yo tomara la iniciativa, es más, disfrutaba de ello y hasta me animaba a hacerlo, con lo que, *a priori*, los dos empezábamos en igualdad de condiciones.

—Espero que más adelante te muestres más colaborador —murmuré, al ver que se quedaba acostado sobre la alfombra, dejándome a mí el mando.

—Depende... —me provocó, cuando lo despojé de la última prenda de ropa.

Sonreí de medio lado y, por supuesto, recogí el guante. Me erguí para llevarme las manos al pelo y soltármelo, dejando que cayera cubriendo parte de mis senos y proporcionándome una caricia extra.

—Ornela... eres la tentación en persona.

—¿Y vas a caer en ella? —lo reté, inclinándome hacia delante, con una mano a

cada lado de sus caderas, para quedar a cuatro patas y gatear sobre su cuerpo.

Dirigió de inmediato la vista hacia mis pezones, que en aquella posición rozaban muy levemente su estómago.

—Hace tiempo que caí —contestó con voz ronca, invitándome a continuar.

Me coloqué frente a su cara, con las manos a ambos lados de su cabeza. Lo miré y me quedé quieta, porque durante un segundo dudé de si estaba soñando. Había recreado tantas veces en mi cabeza ese instante, que temí que mi desbordada imaginación me estuviera jugando una mala pasada.

—Ornela... —musitó, acunándome la cara con las manos y acercó sus labios a los míos para darme un beso tan tierno que casi me hizo flaquear.

Respondí con todo el ardor y el deseo que llevaba tanto tiempo acumulando dentro de mí y enseguida me rodeó con sus brazos. Estaba tan excitada que corría el riesgo de alcanzar el clímax de ese modo, solo frotándome contra su erección. Por sus gemidos, daba la impresión de que él se encontrara en un estado similar. No dejaba de alzar la pelvis y así ofrecerme mayor estimulación.

De repente, me sujetó del trasero y se dio media vuelta llevándome con él. Acabé tumbada de espaldas con Stephan encima, mirándome como si fuera una succulenta creación culinaria.

—Tengo la sensación de que vas a devorarme.

—No lo dudes ni un segundo.

Y me penetró sin tanteos y sin comprobaciones. Grité y arqueé mi cuerpo en lógica reacción, y a partir de ese instante no hubo espacio para las dudas ni para las medias tintas. Stephan se comportó como yo recordaba, implacable.

Estiré los brazos hacia atrás y, con una sonrisa tonta, dejé que todo sucediera. Me agarró de las muñecas, consiguiendo de ese modo sujetarse y coger aún más impulso. Mis gemidos, al igual que los suyos, aumentaban de intensidad a medida que me acercaba al orgasmo.

Stephan me penetraba sin descanso, haciendo que todo mi sexo recibiera una excitante fricción. A cada embestida yo respondía apretando las piernas alrededor de sus caderas, elevándolas incluso para que pudiera introducirse más profundamente. Todo me parecía poco.

—Nunca me cansaré de esto, Ornela, nunca... —gimió junto a mi oreja—. Pero ya no puedo aguantar más, córrete, amor mío...

—Stephan... —suspiré, encantada con el contraste entre la suavidad de sus palabras y la agresividad de sus movimientos.

No hacía falta que me lo pidiera, aunque, desde luego, esas palabras, dichas en el momento preciso, alcanzaron el centro de la diana, pues mi mente conectaba con mi cuerpo. Una conexión que, por desgracia, tan solo lograba en sus brazos.

Parecía poseído por un demonio, entraba y salía de mí con verdadera furia, la misma que yo sentía y que también demostraba alzando las caderas para que cada una de sus penetraciones fuera más intensa, más profunda. No me importaba el dolor, es

más, lo buscaba, ya que me hacía sentir viva como nunca pensé que volvería a suceder, tras los agónicos meses pasados.

—La de noches que me he masturbado con tu imagen en la cabeza, Ornela... —gruñó, rotando las caderas, y yo, encantada, doblé las rodillas y apreté todo lo que pude para sentirlo bien adentro.

Oí ruidos procedentes del exterior mezclándose con nuestros delatores gemidos, pero no me alarmé. Me daba igual si alguien nos descubría. Tenía derecho a estar con Stephan, aunque fuera una única vez, a guardar ese recuerdo de gozar bajo su cuerpo.

Él no liberaba mis muñecas, a pesar de que me habría gustado abrazarlo, clavarle las uñas... Gruñó, tembló y ni aun así me soltó. Al terminar, se quedó enterrado en mí. Creo que ninguno de los dos teníamos fuerzas suficientes como para movernos.

Se incorporó, soltó por fin mis muñecas y me besó en los labios, todavía enterrado en mi interior. No fue un único beso, sino el comienzo de una serie que continuó en línea descendente hasta llegar a mis senos.

—Creo que esto demuestra una realidad irrefutable —comentó, sin dejar de besarme y alzando un segundo la mirada para encontrarse con la mía.

—¿Mmm?

—Estamos hechos el uno para el otro y tengo el firme propósito de permanecer junto a ti —declaró, tirando de mi pezón para que le prestase atención.

—Mmm —musité de nuevo, porque, ¿qué otra cosa podía hacer?

No deseaba que nuestras cuentas pendientes me amargaran el momento. Quería unos minutos más de dulce tregua antes de volver a enfrentarme a la realidad.

Él prosiguió mimando mi cuerpo, más sensible que nunca, con besos lánguidos, mordiscos provocativos y prometedoras embestidas, ya que continuaba duro dentro de mí.

Me moví un poco y apreté mis músculos vaginales. Stephan siseó en respuesta y se ensañó con mi otro pezón, tirando de él hasta hacer que me retorciera de placer. Sí, él tenía razón, desnudos encontrábamos el equilibrio. Y nuestros encuentros sexuales no solo resultaban satisfactorios a nivel físico, de eso no cabía duda. Pero después, una vez enfriado el ambiente, igual que cuando se esfuman los efectos del alcohol, ¿qué nos quedaba?

Mis dudas, mis resentimientos respecto a cómo había actuado, mis propios fantasmas y, en especial, el convencimiento de no ser capaz de afrontar una vida a su lado, impidieron que ese momento fuera una reconciliación.

Me puso un dedo en los labios cuando hice amago de hablar.

—No, no digas nada, Ornela. Sé que aún me quedan unos cuantos asuntos legales por resolver, pero confío en que estén listos pronto.

—Stephan, sé realista, no puedes volver al mundo de los vivos sin descubrirlo todo —le advertí y me moví para quitármelo de encima.

No quería mantener una conversación en aquella postura.

—Un mes o dos a lo sumo y todo será legal.

Lo miré con lógico escepticismo. Puede que tuviera razón, sin duda disponía de los contactos como para lograr sus objetivos, pero yo no me veía capaz de mirar hacia otro lado. ¿Cuánto tiempo se quedaría en casa junto a mí?

Ya había pasado por la traumática experiencia de perderlo una vez y no podía permitirme caer de nuevo.

—Tú no sufrirás ninguna consecuencia, por supuesto, pues ante cualquier juez siempre alegaré que estabas al margen de todo y que, por tanto, no incurriste en bigamia.

Nada más oír esa temible palabra me enervé, pues, en el fondo, lo quisiera o no, siempre estaría supeditada a la decisión de un hombre, fuese juez o marido. Nunca sería libre.

Escucharlo fue decisivo para reafirmar mi decisión. Me levanté y busqué mi ropa. Ambos nos vestimos en silencio, aunque yo fui más rápida que él; quería zanjar el asunto cuanto antes.

—No —dije simplemente, una vez vestida.

—¿No? —Frunció el cejo—. ¿A qué te refieres con ese «no»? —inquirió con recelo.

Mientras se ponía la camisa, me di cuenta de que tenía unas cicatrices en la espalda. Él se percató de adónde dirigía la mirada y se encogió de hombros. A mí lo que se me encogió fue el corazón, al pensar en lo que había debido de sufrir.

—No le des importancia —dijo de manera despreocupada—. Lo que ahora importa es que tú y yo volvemos a estar juntos y que pronto podremos, además, hacerlo de forma pública. Pasado mañana debo salir de viaje para finiquitar unos asuntos y, a mi vuelta, espero tenerlo todo solucionado.

Negué con la cabeza y, con todo el dolor de mi corazón, me vi obligada a decir:

—Me marchó, Stephan. No quiero hacerte daño, ni tampoco vivir amargada.

—¿Tan poco me quieres que no eres capaz de esperar ni siquiera un jodido mes?

—No se trata de eso —murmuré, inspirando hondo, para ser capaz de explicárselo, aunque intuía que, por mucho que me esforzara, el daño sería el mismo—. No quiero regresar al pasado.

—No sé a qué te refieres —rezongó, cruzándose de brazos y mirándome con el cejo fruncido, desorientado ante mis palabras.

—Me refiero a ti y a mí. ¿Cuánto tiempo crees que podremos vivir juntos sin pelearnos? Yo siento que todo esto me supera. Necesito irme de aquí.

—Estás huyendo —me acusó.

—No, no lo creo. Solo busco tranquilidad, sosiego. Lejos de un ambiente que me oprime y que a la larga logrará que me marchite y me convierta en una persona ruin.

—¡Ni se te ocurra marcharte, Ornela! Te lo advierto. Esta vez no voy a tolerar ninguna de tus excentricidades ni caprichos.

—Solo quiero vivir libre de ataduras —contesté serena—, y aquí me resulta imposible.

—¿Crees acaso que te voy a mantener enclaustrada?

—No me refiero a eso —le respondí, incapaz de encontrar las palabras apropiadas—. Stephan, no puedo seguir viviendo aquí. —Moví las manos, señalando lo que me rodeaba.

—Entiendo que esta casa para ti está llena de recuerdos tristes. Ahora que lo pienso, tienes razón. Es una idea maravillosa, querida Ornela. Buscaremos un lugar donde instalarnos y empezar nuestra vida conyugal sin lastres.

Negué con la cabeza, consciente de que Stephan no lo comprendería y mucho menos lo aceptaría.

—Me temo que eso ya no es posible —murmuré con pesar.

Me encaminé hacia la puerta y, al llegar, recordé que estaba cerrada con llave, por lo que no podría salir por allí. Por supuesto, Stephan no iba a darme la llave.

—¿Qué demonios haces? —preguntó colérico, cuando me vio abrir la ventana de par en par y, sin pensarlo dos veces, levantar una pierna y después la otra para saltar fuera.

—Decirte adiós.

—Ornela, te lo advierto por última vez, ¡no vas a ir a ninguna parte!

Me detuve. Corría el riesgo de que me sujetara, con la intención de meterme otra vez dentro, o, peor aún, de encerrarme en mi cuarto. Sonreí con tristeza, pues en el fondo era cómo me sentía, pero mi necesidad de vivir en paz conmigo misma superaba ese sentimiento.

—Da igual dónde te escondas. Te encontraré.

—No hace falta que me busques por medio planeta —repliqué sin perder la calma, y él, como era de esperar, estalló.

—¡Ornela!

—Me voy a Santorini.

## Capítulo 49

Aquel verano de 1815 no era sencillo organizar un viaje. Por un lado, toda Europa se hallaba sumida aún en el desconcierto tras la derrota de Napoleón en Waterloo, lo que se traducía en inestabilidad, pues, tras los acontecimientos del último año, nadie estaba seguro de que aquello fuera definitivo.

Pero a mí ya poco me preocupaban esos asuntos. En mi vida tenía que bregar con mis propios demonios, no necesitaba más problemas. Y una bolsa de monedas siempre solucionaba cualquier impedimento.

Claire, a mi lado, soportaba a duras penas la angustia de saber que pronto íbamos a separarnos. Llevábamos tanto tiempo viviendo juntas que ya no concebíamos hacerlo la una sin la otra.

—Ornela, ¿estás segura del paso que vas a dar?

—Si sigues preguntándomelo, empezaré a creer que se trata de una maniobra para hacerme dudar —bromeé, consciente de que ella nunca pondría en práctica una táctica tan maquiavélica.

—Siempre te he apoyado, en todo lo que has hecho, pero esta vez... —negó con la cabeza—, no puedo entenderte. Stephan ha regresado y te ama con desesperación, ¿por qué no ser feliz juntos, después de tantas penurias?

Con su bendita ingenuidad, Claire nunca entendería mi manera de ver las cosas. Para ella, el sitio de una mujer estaba junto a su esposo, sin ningún tipo de excepción. Quizá si viera las cosas desde su punto de vista, infinitamente más sencillo, me evitaría quebraderos de cabeza. Sin embargo, era demasiado tarde para cambiar.

Además, libre del sopor producido por el alcohol, había tenido ocasión de pensar en el comportamiento de Stephan respecto a Banks. ¿Por qué había llegado tan lejos, cuando, con sus contactos, podría habérselo quitado de en medio sin matarlo?

Había justificado su actuación diciendo que había sido Jonathan quien lo había retado, una versión que yo no tendría por qué poner en duda, pero lo hacía. Estaba segura de que no me había dicho toda la verdad, dado que, para él, poder dar muerte a un amante de su mujer habría supuesto una especie de trofeo moral.

De todas formas, estaba decidida a no pensar más en ello. Al fin y al cabo, de nada me servía hacerlo, ya que nunca averiguaría la verdad.

—Sé que al principio te puede resultar difícil y también que habría muchas habladurías al respecto, pero bien merecería la pena para poder seguir juntos —continuó Claire a mi lado.

—Son muchas más las cosas que nos separan que las que nos unen —contesté, sin querer entrar en detalles, pues para Claire sería difícil admitir algunas de ellas.

—Pero podéis hacer un esfuerzo. Estoy segura de que te quiere y tú a él.

—Eso no es suficiente... Creo que... creo que nos hemos perdido el respeto el uno al otro.

—Eso es terrible... —murmuró.

—Y también siento que no es sincero del todo. Y, por supuesto, yo tampoco lo soy con él.

—¿Cómo puedo ayudarlos? Siento tanto verlos así...

—Mi querida Claire, no padezcas por nosotros.

—Eres mi amiga, y no me canso de repetirte una y mil veces que te debo tanto que nunca podré pagarte.

—Escucha, ahora lo que de verdad debe preocuparte eres tú. —Le puse una mano en el vientre—. Tienes que cuidarte mucho, no fatigarte, comer bien y, por descontado, acostarte con tu marido.

Se sonrojó de pies a cabeza y yo sonreí.

—William pone mucho empeño, no lo voy a negar —admitió en un murmullo.

—No me cabe la menor duda.

—Me gustaría tanto que estuvieras aquí, conmigo...

—Te escribiré cada semana, no te preocupes. Te echaré mucho de menos.

Pero su cara reflejaba preocupación. El teniente Perlman había regresado hacía unos días y, obviamente, no se había separado de ella, pero ante la llamada del deber, de nuevo se había marchado. En esa ocasión junto a Stephan, pues era uno de los que iban a ayudarlo a solucionar sus asuntos legales.

—Y yo a ti, no lo dudes.

Nos cogimos las manos y nos miramos con tristeza. Yo nunca había tenido inclinaciones devotas ni piadosas, pero si en el plazo de un año Claire no se quedaba encinta, empezaría a rezarle al dios que hiciera falta.

Uno de los asuntos de los que debía ocuparme antes de partir, tras indicarles a mis doncellas que preparasen el equipaje para viajar cuanto antes, era ir a ver a mi madre. Teníamos una conversación pendiente.

Por supuesto, no me desplazé hasta su residencia, sino que la invité a pasar una tarde conmigo.

—¡Ornela, mi vida!

Ese era siempre su saludo cuando me veía. Luego me daba un gran abrazo, en el cual yo me fundía y volvía a sentirme como una niña.

—¡Mamá!

—Si lo hubiera sabido, mi pequeña... —musitó, llorando junto a mí—. Todo este tiempo has tenido que guardar ese secreto en tu interior...

—Ya está superado —respondí, aunque mentía.

Ninguna mujer es capaz de amar a un hombre durante tanto tiempo, vivir con otro, buscarse amantes y seguir cuerda. En mi caso el alcohol había sido el medio para sobrellevarlo; un hecho del que me avergonzaba profundamente, pero del que parecía irme olvidando día a día.

—La aparición del capitán nos ha dejado a todos sin palabras. ¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó con cautela.

Suspiré. Ya no tenía sentido ocultarlo, pese a que las consecuencias podían ser terribles. Si me acusaban de bigamia, Cyprien sería considerado ilegítimo y, por consiguiente, desposeído del título de conde. Y, por descontado, yo sería juzgada y condenada a la exclusión social. Aunque esto último poco podía preocuparme ya, pues mi intención era establecer mi residencia en Santorini.

—Desde el principio —contesté y mi madre abrió los ojos como platos ante mi revelación.

Podía poner la mano en el fuego por ella, pues sabía que jamás me delataría; sin embargo, la sorpresa hizo que me mirara sin entenderme.

—¿Y cómo pudiste casarte con Charles sabiendo que el capitán seguía vivo?

—Cometí un error —admití—. Hice desgraciado a Charles, nunca supe comprenderlo. Pero en aquel momento me sentía tan dolida...

—Ni niña... —Volvió a abrazarme—. No pasa nada. Ahora lo importante es que puedes mirar hacia el futuro. Acabas de cumplir treinta años, eres muy joven para vivir amargada.

—Es difícil aceptar todo esto. Me siento culpable, mamá. Muy culpable.

—Camille también lo sabía, ¿verdad?

—Sí.

—Ahora comprendo su radical oposición a tu matrimonio... —reflexionó suspirando, pero en ningún momento censuró mis actos, algo que significaba mucho para mí.

—Mamá, he decidido marcharme a Santorini —le anuncié y de nuevo la sorprendí.

—¿Ahora?

—No hay nada que me retenga aquí. Ya he dicho que hagan los preparativos y también me he entrevistado con el administrador para que lo disponga todo. Poseo una fortuna respetable y quiero que mis hijos crezcan en un ambiente distinto. Aquí nunca seré feliz.

—¿Y qué opina el capitán?

—Se opone, como no podía ser de otro modo. Aun así, no voy a dar mi brazo a torcer, mamá.

Ella me cogió la mano y, como siempre hacía, con su gesto me transmitió la confianza que tanto necesitaba.

—No puedo decir que esté de acuerdo con tus planes. Eres mi hija y sabes lo mucho que te quiero. —Sus palabras, acompañadas de sus caricias, siempre me reconfortaban y en esa ocasión no era diferente—. Pero eres una mujer fuerte, siempre lo has sido. Has superado muchas adversidades y, aunque no te imaginas cuánto lamentaré no poder tenerte cerca, a ti y a mis nietos, aceptaré con resignación tu partida.

—¡Oh, mamá!

Me eché a llorar y me desahugué durante un buen rato en sus brazos.



—Tranquila, mi niña —me consoló.

—¿Y por qué no me acompañas?

Me sonrió con dulzura mientras negaba con la cabeza, secándome las lágrimas.

—Debo permanecer aquí, en Inglaterra. Me aguarda la ardua tarea de hacer de mi hijo un hombre de bien. Convertirlo en una persona de honor y para ello tengo que estar a su lado.

La tristeza con la que hablaba de Austin reflejaba a las claras lo mucho que ese asunto la afectaba y, aun deseando tenerla a mi lado, comprendí que era mi hermanastro quien la necesitaba, no yo.

También hablamos de todos los secretos que Stephan me había revelado sobre el parentesco entre Camille y mi padre y sobre los diarios escondidos y al final llegué a la conclusión de que podría enfadarme por que me hubieran tenido al margen, pero ya no merecía la pena. Mis padres actuaron como creyeron conveniente para protegerme y, si bien durante muchos años aquello se convirtió en una obsesión para mí, al final lo había aceptado. Además, exigir respuestas o enfadarme por no obtenerlas sería un ejercicio de hipocresía sin precedentes, pues yo tenía a mis espaldas demasiados secretos que no deseaba compartir con nadie.

Tras la visita de mi madre, me quedaba lo más complicado.

Para ello, regresé a la casa donde había vivido durante mi matrimonio con Stephan y fui a buscar a Camille. Durante el trayecto ensayé mil veces las palabras que iba a decirle, pues no iba a resultar sencillo. Después de tantos años, debía asumir que no solo era la mujer que me había cuidado desde que era niña, sino mucho más.

Llamé a la puerta y, cuando me abrió y me miró, se me hizo tal nudo en la garganta que acabé echándome en sus brazos llorando, incapaz de articular palabra. Camille aguantó mi crisis de lágrimas sin decir nada y, a medida que iba remitiendo, me ofrecía palabras de consuelo y gestos de cariño.

Quise formular el clásico «¿Por qué no me lo dijiste?», sin embargo, adopté la misma actitud que con mi progenitora. La edad me daba la perspectiva suficiente como para entender comportamientos que *a priori* eran complicados. Mantener oculto el parentesco entre mi padre y Camille seguramente había sido la forma más inteligente de salvaguardar su memoria, ya que, de haberse hecho público, cuando encarcelaron a mi padre podrían haberse complicado mucho las cosas.

Cuestionar las decisiones que los demás adoptan y que nos afectan es sencillo, porque casi nunca nos ponemos en el lado contrario. Si yo pedía por activa y por pasiva que me dejaran decidir en libertad, aun sabiendo que muchas de mis acciones causarían contratiempos, lo menos que podía hacer era tener la misma consideración.

Además, mi voluntad era dejar el pasado en Londres. En mi equipaje para Santorini no quedaba espacio para los remordimientos ni para las hipótesis sobre lo que podría haber sido y no fue.

—Ornela, solo quiero pedirte un favor —dijo Camille en voz baja, tan servil que me molestó, pues no me hacía ninguna gracia que se siguiera considerando una

sirvienta.

Incluso le insistí para que llevara el apellido que le correspondía, apellido que, por cierto, se perdería. Por supuesto, se negó a cambiárselo, alegando que, a su edad, había cosas que era mejor dejar tal como estaban.

—Sé lo que vas a pedirme —repliqué, negando con la cabeza—. Y no puedo.

—Reflexiona. Por una vez, hazlo. El capitán te quiere y no te dejará marchar. No hay por qué sufrir de manera innecesaria.

—Tengo que irme. Aquí hay demasiados recuerdos de momentos difíciles, y demasiadas situaciones que me agobian, que me hacen daño.

—Piénsalo, por favor.

—Ven conmigo —le pedí, cogiéndole las manos y mirándola con cariño, pues aquella mujer siempre había cuidado de mí. Le debía tanto...

—Soy mayor para cambiar. Mi sitio está aquí.

—Camille, por favor —rogué, deseosa de tenerla a mi lado.

Puede que desoyese sus consejos, pero solo ella podía aportarme la experiencia de los años vividos.

—No, mi niña. No pierdas el tiempo.

No insistí, pues la conocía, una vez que tomaba una decisión, esta era irrevocable. En eso podía decirse que las dos estábamos cortadas por el mismo patrón.

Hay veces en que las palabras están de más, y esa era una de ellas. Camille y yo habíamos tenido nuestros más y nuestros menos, e incluso nos habíamos distanciado, no obstante, seguía existiendo un hilo invisible que nos mantenía unidas. Ella me quería, sufría por mí, me regañaba, pero nunca se comportó con indiferencia.

Me despedí de ella con un fuerte abrazo y la promesa de que, si me sentía fuera de lugar o me había equivocado al tomar mi decisión, regresaría.

Después dispuse que Camille recibiera una importante suma de dinero, para que no tuviera que volver a preocuparse por su seguridad económica y pudiera llevar una vida confortable. También que la casa donde vivía, adjunta a la propiedad principal, se escriturase a su nombre. Cumplía así la promesa que le había hecho Stephan y que, a mi parecer, era insuficiente, pues ella se merecía una vivienda de mayor categoría; no obstante, Camille prefería seguir viviendo allí.

Todo estaba listo ya para mi partida. Todo salvo una cosa.

Desde el día que enterramos a Charles, no había querido acercarme al mausoleo de la familia Seldon. Sabía que los criados se encargaban de cuidarlo y de que siempre hubiera flores frescas junto a su tumba.

Yo, no sé si por cobardía, por miedo, o sencillamente por no encontrarme en condiciones, había eludido la visita, pero antes de embarcarme deseaba despedirme.

Fui a última hora de la tarde. La puerta que daba acceso a la cripta nunca estaba cerrada con llave. Tuve que respirar hondo para atravesar el umbral. Podía haber llevado flores, pero lo único que tenía en mis manos era la alianza de boda.

Caminé despacio, sin fijarme en los nombres de las lápidas, y me detuve junto a

la de Charles. Con los dedos, reseguí cada una de las letras sin saber por qué. Fue una necesidad, un modo de establecer contacto.

Hasta ese momento quizá no había sido consciente de lo que era perder a un ser querido. Cuando falleció mi padre, eran tantos los agobios e incertidumbres que no me paré a analizar el verdadero significado de todo. O puede que fuera demasiado joven para ello. Fuera como fuese, el vínculo que había tenido con Charles había sido mucho más fuerte.

Tendría que haberle pedido perdón por no ser la esposa que él esperaba, por no ser la mujer que debió apoyarlo sin fisuras y, sobre todo, por haberlo engañado. De múltiples maneras. Dicen que es mejor arrepentirse de algo que se ha hecho que lamentarse por no haberlo llegado a hacer.

¿Servía esa explicación para mirar hacia delante?

No lo sabía y a buen seguro nunca podría afirmar una u otra cosa. Lo que sí podía asegurar era que, de volver a darse las circunstancias en las que me vi envuelta, con toda probabilidad acabaría repitiendo uno por uno mis actos.

Una de las conclusiones a las que llegué mientras permanecía allí, en aquel frío ambiente, fue que Charles nunca me amó. No al menos como mujer. Amó la idea que yo representaba para él y eso fue lo que nos separó.

Me consideraba perfecta, como una obra de arte a la que adorar, cuidar y proteger, pero yo distaba mucho de ser algo así. A las obras de arte se las guarda bajo llave, se las preserva del sol, del agua... en resumen, de la vida, para que permanezcan inalterables más tiempo y Charles consideró que yo debía recibir los mismos cuidados.

Podía parecer mezquino que, frente a su tumba, me surgieran esos reproches; sin embargo, más mezquino me pareció mirar hacia otro lado y fingir que nuestro matrimonio había sido dichoso. Ahora bien, admitirlo no significaba culpar a nadie. Charles era así, bueno, ingenuo por naturaleza, y por tanto la responsable absoluta de aquel desastre era yo, que conocía su manera de ser.

Me quité la alianza del dedo anular y la dejé allí, sobre su lápida. No lloré.

Él nunca soportó verme llorar.

Me despedí de Charles en silencio, pensando que, a pesar de todo aquel desatino, tenía conmigo lo más hermoso que podría haberme dado: Catalina.

## Capítulo 50



Octubre de 1815

Alejada de todo, serena y disfrutando de mi paseo de la tarde por el acantilado, pensé en cómo mi vida podía dar un giro de ciento ochenta grados con tan solo cambiar de escenario.

El escenario que yo había elegido.

Sonreí y seguí caminando en dirección a mi casa, la misma que alquilé la primera vez que estuve aquí y que ahora había comprado. Tenía intención de cambiar algunas cosas para adaptarla a mis necesidades, aunque manteniendo su espíritu original. No quería que terminara siendo una residencia como la que había dejado en Inglaterra, más parecida a una prisión. Quería espacios amplios, sin excesiva decoración, bien iluminados.

Sencillez, comodidad. Soledad... Allí no recibiría visitas ansiosas por verme para después cotillear.

Cuando llegué al sendero que conducía directamente a la parte trasera de la villa, no me molesté en ponerme los zapatos que llevaba en la mano. Mis pies ya se habían acostumbrado a la áspera arena volcánica y no me hacía ningún daño, así como a exponer mi piel al sol. Había adquirido un tono sonrosado que, de encontrarme en Inglaterra, sería criticado sin piedad, pero que en Santorini se consideraba signo de buena salud.

—Señora, el ayudante del gobernador ha venido a visitarla —me anunció Hypatia, mi nueva y joven doncella.

Era muy tímida, aunque servicial. La había contratado porque hablaba y escribía mi idioma, de forma rudimentaria pero eficaz.

—¿El ayudante del gobernador? —pregunté sorprendida, ya que si bien mi estancia en la isla no era ningún secreto, me parecía raro que las autoridades quisieran visitarme. Por otra parte, llevaba una existencia más bien discreta.

—Sí, el señor Doskas desea verla.

Yo tenía un aspecto deplorable tras mi solitario paseo diario y no quería presentarme de esa guisa delante del visitante, por lo que le dije a Hypatia que le sirviera un refrigerio mientras yo me arreglaba. El inesperado invitado comprendería que una dama precisaba de unos minutos para acicalarse.

Puede que de momento no necesitara tener trato con los gobernantes locales, pero no se podía desdeñar una conexión tan importante, pues en el futuro tal vez me podría resultar práctico. Además, si mi intención era establecerme definitivamente en Fira, debía ir pensando en cultivar ciertas amistades.

Hacía tiempo que no tenía necesidad de arreglarme de manera formal, ya que,

desde que había llegado, hacía un mes, no había visto a nadie. Por otro lado, estábamos en otoño, pero el clima seguía siendo suave y, para mí, acostumbrada a uno más frío y lluvioso, era toda una bendición andar por ahí libre de capas de ropa. La mayoría de mis prendas se había quedado en Londres, en baúles que no me había molestado en traer conmigo. Había abandonado mi vida anterior en muchos aspectos y ese me pareció fundamental.

Busqué entre mis, por el momento, escasos vestidos algo adecuado y opté por uno liviano y veraniego, en tonos malva, y después me arreglé el pelo, recogíendome con un pasador que para mí tenía un gran significado, pese a ser un artículo sin valor monetario. Tenía un joyero repleto de prendedores elegantes y caros, pero no los había tocado desde que puse un pie en Santorini.

Me sentía ridícula luciendo joyas allí.

Caminé hacia la sala de recibir y me observé por última vez en el espejo del corredor antes de abrir la puerta y saludar al ayudante del gobernador.

Bajé la manija y empujé la puerta.

—Buenas tardes —saludé en tono cordial.

El hombre permanecía de espaldas a mí, junto a las puertas traseras que daban acceso a la playa y que casi siempre estaban abiertas. Observaba el mar. Algo comprensible, yo también ocupaba muchas de mis horas haciendo eso mismo.

Él se volvió al oírme y yo me quedé sin aliento.

—Hola, Ornela.

Me llevé una mano al pecho, aturdida por completo ante la sorpresa. Era incapaz de articular palabra y se me saltaron las lágrimas. Unas lágrimas de orgullo y emoción.

Habíamos pasado muchas horas juntos, pero nunca le había preguntado su apellido.

—¿Así vas a recibir a un viejo amigo? —preguntó Phineas ante mi silencio, sonriéndome con afecto.

Yo me quedé inmóvil, porque era tal la emoción que sentía que era incapaz de reaccionar. Y no por falta de ganas.

Se acercó y, sin esperar a que yo dijera nada, me rodeó con sus brazos y yo me dejé abrazar, sintiéndome segura y protegida. Al fin y al cabo eran unos brazos que en su momento me ofrecieron cariño y pasión.

Nos apartamos apenas unos centímetros y, sin soltarnos las manos, lo miré de arriba abajo, mientras él me sonreía con cariño, dándome el tiempo necesario para que yo recuperase el habla.

Al verlo, supe que el oportunista de Fernand Guilou había cumplido su palabra y se había mantenido al margen de su vida. Pero ya no tenía sentido recordar los momentos amargos.

Hice lo que entonces creí conveniente, no hacía falta darle más vueltas.

—Siempre supe que llegarías muy lejos, Phineas —conseguí decir antes de

abrazarlo de nuevo.

Decir que me sentía orgullosa de sus logros sería quedarme muy corta.

—Mi querida Ornela... —musitó él con el mismo cariño con el que siempre se dirigía a mí.

No sé cuánto tiempo permanecimos así, unidos, abrazados. Mis lágrimas, producto de la felicidad y el orgullo, seguían rodando por mis mejillas, pero me importaba muy poco mi aspecto, ya que ante Phineas no tenía sentido mantener la compostura.

—Pero ¡mírate! —exclamé, sin poder contener mi emoción y acariciándole la mejilla. Un gesto maternal más bien.

—Sigo siendo el mismo —murmuró él casi avergonzado.

Desde luego, vestido de aquella manera tan refinada nadie diría que era el mismo hombre que me cautivó y sedujo con su picardía y sus maneras toscas. Había pasado mucho tiempo y teníamos mucho de qué hablar.

—Cuéntamelo todo —le pedí.

Nos sentamos en un pequeño diván y Phineas comenzó a relatarme toda la historia. Después de que yo abandonara la isla, pensó en volver a su antigua ocupación y, como algunos rumores decían que había mantenido una relación conmigo, su fama de amante creció, por lo que recibió increíbles ofertas. No obstante, las rechazó y se esforzó por ganarse un jornal de forma más lícita. Casi por casualidad, ayudó a unos comerciantes ingleses a hacer negocios, aprovechando los conocimientos que yo le había facilitado, y causó tan buena impresión que las autoridades de Santorini lo contrataron para que hiciera de intérprete. Y así, poco a poco, gracias a su inteligencia, su simpatía y su educación fue escalando puestos hasta ganarse la confianza del gobernador.

Suspiré. Él lo había contado como si fuera poca cosa, pero yo sabía que no era así, pues muy pocos tenían la oportunidad de ascender y dejar atrás una vida de miseria.

Me dijo que ahora él ayudaba personalmente a otros habitantes, enseñándoles a leer y a escribir. Yo até cabos y supe que mi doncella Hypatia había sido una de las beneficiadas.

—Y todo gracias a ti, mi querida Ornela —dijo al terminar.

Me cogió la mano y me la besó.

No era un gesto sexual, pues, a pesar de lo que habíamos vivido en el pasado, no sentí en ningún momento ese deseo. Ahora podía afirmar que por fin tenía un amigo.

—No fue nada, todo lo que has logrado ha sido gracias a tu esfuerzo y tu tesón —afirmé, para que no se quitara méritos.

Muchos que, como él, habían nacido en la pobreza, se habían limitado a subsistir. Phineas tuvo la inquietud suficiente como para buscar otros caminos.

Él negó con la cabeza, pero yo no quería que ese reencuentro acabara siendo una especie de interminable agradecimiento mutuo, por lo que decidí cambiar de tema.

Me interesaba saber cómo era su vida actual y se lo pregunté:

—¿Hay alguna mujer que te haya robado el corazón? —planteé la cuestión de manera distendida, ya que no quería incomodarlo con nuestra relación pasada.

—Si me hubieras hecho esa pregunta hace dos años, te habría dicho que tú eras la única que podía robármelo...

Sonreí agradeciendo el cumplido y, como quería saber el resto de la historia, le hice un gesto para que siguiera.

—Pensé que, tras haberte conocido, ninguna podría hacer que te olvidara. Pero ocurrió...

—Oh, Phineas, me alegro tanto...

—Lo curioso es que no tuve dudas. Fue instantáneo y, apenas un mes después de conocerla, me casé con ella —comentó orgulloso.

Mis lágrimas hicieron de nuevo acto de presencia.

Él sacó un immaculado pañuelo blanco bordado con sus iniciales y me lo tendió. Un perfecto caballero. Refinado y atento.

—Gracias —musité, algo avergonzada de que mis emociones estuvieran tan a flor de piel.

—Si tú quieres, me gustaría presentártela —dijo en voz muy baja, como si creyera ofenderme con esa sugerencia.

—¡Por supuesto! —acepté sin dudar.

—Y también a mi hija... —Hizo una pausa y me cogió la mano antes de añadir —: La pequeña Ornela.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé y ya mi llanto de alegría fue imparable.

—Cuando la sostuve en brazos por primera vez, solo un nombre acudió a mi mente. Lo comenté con mi esposa y a ella le pareció precioso, así que le pusimos tu nombre.

—Es el mejor regalo que me han hecho nunca... —Suspiré.

De nuevo nos fundimos en un abrazo, pero igual que yo sentía curiosidad por su vida, Phineas se interesó por la mía.

Si bien mientras mantuvimos nuestros encuentros yo había procurado no hablar más de la cuenta, ante sus palabras de aliento, su fuerte abrazo y la necesidad de sincerarme, terminé contándole todo.

Empecé relatándole mi viaje a Inglaterra como la pariente pobre, la joven sin recursos, que vivía gracias a la caridad de un déspota. Cómo poco a poco pudo ir progresando, no sin ciertos sacrificios y pasando penurias económicas. Nadie más conocía mi historia al completo, ni siquiera Stephan, aunque, a buen seguro Camille lo habría puesto al corriente de algunos aspectos.

No me guardé nada en absoluto. Phineas arqueó una ceja cuando le hablé de mi primer amante, de mi primer matrimonio y de lo estúpida e inmadura que fui.

Quizá por solidaridad masculina, su cara se convirtió en todo un poema cuando le relaté mi noche de bodas y cómo me busqué un amante. Pero cuando de verdad se

quedó atónito fue cuando le dije que me había casado con Charles.

—¡Ornela! ¿Cómo fuiste capaz?

No busqué justificación, no me excusé, solo le relaté los hechos. Él intentaba conciliar la imagen que tenía de mí con la de una mujer que había engañado a dos maridos, había tenido amantes, había mentido sobre la paternidad de un hijo y había huido del hombre al que amaba con locura.

No tenía sentido esconder la verdad de mis sentimientos hacia Stephan. Tampoco omití nada sobre el período tan oscuro que viví a causa de mi afición al alcohol y le dije que, si bien existían muchas lagunas, al menos me había servido para aprender la lección y no cometer de nuevo los mismos errores.

—¿Y bien? —pregunté al terminar, esperando su veredicto.

Por su expresión nada podía deducir, pues, aparte de perplejo, poco más podía ver.

—Si te soy sincero, no sé qué decirte —reflexionó en voz alta.

El único consuelo fue que, al menos, no se mostraba alarmado ni tampoco me censuraba.

—No hace falta que digas nada, con haberme escuchado es suficiente.

—¿Y qué vas a hacer ahora? Huir no es la solución.

—No lo sé, Phineas, no lo sé...

—Amas a ese hombre, ¿verdad?

Asentí y de nuevo me refugié en sus brazos. El consuelo que solo un amigo puede ofrecer de forma desinteresada. Cerré los ojos. Haberle confesado todos mis pecados me había servido para quitarme un peso de encima, pero no para encontrar una solución a mis problemas. No sé cuánto tiempo permanecemos de ese modo, pero desde luego para mí fue todo un bálsamo.

Un golpe nos sobresaltó y las puertas del salón se abrieron de repente para dar paso a Stephan.

—¡Ornela! —exclamó con voz iracunda, sobresaltándonos.

—Señora, lo siento —se disculpó mi doncella, apurada.

Phineas se apartó de mí y se puso en pie, dispuesto a defenderme del intruso. Inspiré hondo y también me levanté. Había llegado el momento de enfrentarme a la realidad.

—¿Qué hacías abrazada a ese hombre? —La acusación Stephan, hecha en un tono bajo que daba a entender que ya me había juzgado y condenado, no me sorprendió.

Hypatia se retiró con discreción.

—Es un amigo —respondí, alzando la barbilla y secándome las lágrimas con la manga.

Debía de tener un aspecto deplorable, con los ojos enrojecidos, pero eso no iba a hacer que me amilanara ante su tono de ordeno y mando.

—Lo he visto con mis propios ojos. Estabas en sus brazos, no me vengas con absurdas excusas —añadió él, señalándome con el dedo.



—Cree lo que quieras —repuse sin perder la calma, consciente de que eso lo enervaría aún más, en vez de intentar apaciguar los ánimos dándole una explicación coherente.

—¡Ornela, no tengas la desfachatez de replicarme! —me gritó.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunté para desviar la conversación—. ¿Cuándo has llegado?

—Acabo de desembarcar.

—¿Y cómo me has encontrado? —continué indagando, porque de esa forma llevaba yo las riendas de la conversación y no al revés, algo que no me convenía.

—Al parecer, la condesa viuda es bastante popular por estos lares —me espetó Stephan con sarcasmo.

Por su aspecto descuidado supe que apenas habría dormido, comido o descansado durante la travesía. Nos miramos fijamente, como si no hubiera nadie más en la sala y tragué saliva. Nunca había puesto en duda sus sentimientos hacia mí, ahora bien, ¿podíamos vivir juntos y en paz, sin hacernos daño el uno al otro?

—Estoy esperando una respuesta —insistió él.

Yo conocía muy bien ese tono sereno a la par que engañoso; era el preludio de la tormenta.

—No te debo ninguna explicación —respondí altiva, dejándole claro que sus veladas amenazas no surtían efecto, no al menos estando él delante, aunque luego, en privado, me derrumbase.

—Ornela...

—Capitán —intervino Phineas, tras reconocer al recién llegado e intentando evitar la pelea—, Ornela y yo somos viejos amigos.

Stephan, lejos de apaciguarse al oír lo de «amigos», se llevó la mano a la empuñadura de la espada, como dispuesto a desenvainarla. Nadie osaba enmendarle la plana y menos el hombre que unos minutos antes me estaba abrazando. Un hecho imperdonable para la férrea moral del capitán Gardner-Taylor.

Yo miré de reojo a Phineas y me sentí orgullosa de su aplomo al tratar de calmar a un hombre tan furioso.

No me sorprendió que lo hubiese reconocido y que se dirigiera a él por su rango y con el máximo respeto.

—Soy Phineas Doskas, ayudante del gobernador.

—Querida, tú como siempre apuntando bien alto —rezongó Stephan sin mirarlo, con la vista fija en mí.

—Mi visita obedece a un motivo muy simple, capitán, en realidad dos —prosiguió Phineas, sin caer en la provocación—: quería saludar a una vieja amiga e invitarla a cenar para presentarle a mi esposa e hija.

Stephan frunció el cejo. Sin duda seguía desconfiando, pero ante la amabilidad con que estaba siendo tratado, no podía mantener mucho más tiempo aquella actitud hosca y malhumorada.

—Invitación que hago extensiva a usted, capitán —agregó Phineas, dándole, con su diplomacia, el toque de gracia.

Quise abrazarlo, acariciarle la mejilla en señal de agradecimiento por su saber estar, su aplomo y sus palabras, pero me contuve, pues si hacía el menor gesto hacia él, Stephan tal vez perdiera la compostura de nuevo.

—Gracias, por supuesto que me sentiré muy honrada de acudir —intervine, mirándolo con cariño, sin esperar a que Stephan aceptara.

—Entonces los espero mañana. Buenas tardes. Capitán. —Phineas hizo una respetuosa reverencia y después apostilló—: Mi esposa se sentirá muy dichosa de acogerlos en nuestra casa.

Y abandonó la estancia con discreción, cerrando la puerta tras de sí y dejándonos frente a frente.

Nos desafiamos con la mirada. Ninguno de los dos se atrevía a abrir fuego, pero los segundos iban pasando y era absurdo seguir así.

Stephan se quitó la espada, que dejó apoyada en la pared. Luego se peinó con los dedos y estuve tentada de ofrecerle un buen baño, algo de comer y una cama donde descansar. Sin embargo, los nervios que me atenazaban el estómago me impedían comportarme como una buena anfitriona.

—No me gusta que mi mujer se abraza a otros hombres —masculló en tono acusatorio, rompiendo el tenso silencio.

Y me miró de un modo que no supe interpretar.

—Si la memoria no me falla, soy viuda —repliqué altiva.

Él negó con la cabeza y se metió la mano en el bolsillo de la guerrera, de donde sacó unos documentos. Me entregó uno.

—Aquí dice lo contrario.

Lo desdoblé y lo reconocí de inmediato. Era nuestra acta de matrimonio: 30 de abril de 1806. Mi firma junto a la suya y la de los testigos.

—Esto es papel mojado —afirmé, devolviéndoselo con desdén.

Stephan lo sostuvo con cuidado y me dio la impresión de que se guardaba un as en la manga.

—Lo dudo.

Me enseñó los otros papeles y me di cuenta de que se trataba de documentos oficiales. No estaba por la labor de leerlos, pero hice un esfuerzo.

—Por si no lo entiendes —empezó muy satisfecho—, hay varias declaraciones juradas de algunos compañeros de regimiento que declaran haberme visto caer en manos del enemigo y que, por tanto, cuando se me dio por muerto, mi fallecimiento fue absolutamente legal. También verás otras declaraciones de personas cercanas a nosotros que, de igual manera, juran que tú estabas al margen por completo de mis actividades y que, por consiguiente, al contraer segundas nupcias, como mi viuda, lo hacías sin incurrir en bigamia.

—¡Eso es falso! —exclamé, sin poder evitarlo, pese a que reconocer en voz alta

algo así iba en contra de mis intereses.

—¿De veras? —repuso con sarcasmo, sintiéndose vencedor, conmigo atrapada y sin posibilidad de escapatoria.

Gruñí, hice mil cábalas mentales en busca de una escapatoria legal, pero en aquellos momentos, con Stephan mirándome con una sonrisa indolente en los labios, regodeándose a las claras ante mi situación, me resultaba imposible pensar nada.

—Por tanto, querida Ornela, a todos los efectos legales eres mi esposa —anunció, conteniéndose para no sonreír abiertamente ante su triunfo.

—No te vas a salir con la tuya...

—Huiste de mí, te llevaste a mis hijos...

—¡Son míos! —lo interrumpí, perdiendo los estribos.

—Legalmente me pertenecéis. Ellos y tú.

Volví a gruñir. No solo porque me di cuenta de que sus palabras eran ciertas, sino por verlo allí, tan contento.

—Así que se acabó esconderse, privarme de ver a mis hijos y negarme mis derechos conyugales.

—Cyprien y Catalina no son hijos tuyos.

Tuvo el descaro de sonreír.

—Respecto a eso, tenemos unos cuantos trámites legales que resolver. ¿O ya no te acuerdas de tu confesión respecto a Cyprien?

De acuerdo, en ese aspecto no podía rebatirle nada, pero no estaba dispuesta a ceder. Ya vería el modo de arreglar las cosas para que Cyprien continuara llevando el apellido de Charles y, así, siguiera siendo el conde de Seldon.

—Catalina es solo mía —alegué orgullosa.

Stephan inspiró un par de veces. Supuse que analizando la situación, ya que nunca podría reclamar nada sobre mi hija.

—La considero mía a todos los efectos. Desde el primer minuto en que la cogí en brazos la sentí como tal, el resto carece de importancia. La criaré como si fuera propia. Fin de la discusión.

Que aceptara de tan buen grado me hizo desconfiar, pero lo había dicho con el suficiente aplomo como para que yo supiera que decía la verdad. Desde luego, cuando lo vi con ella en brazos, en ningún momento tuve temor de que la rechazara.

—Muy bien. Tienes derecho a estar con ellos —admití, pensando que apartarlo de sus hijos sería una crueldad.

Una pequeña concesión que yo podía asumir, ya que ni por asomo pensaba regresar con él a Inglaterra.

—Eso no es todo —dijo, acercándose a mí tras ganar el primer asalto.

Por instinto, di un paso atrás, y otro y otro, a medida que él se cernía sobre mí. No se le borraba aquella sonrisa cínica de quien cree haber ganado la partida y yo deseaba hacérsela desaparecer de algún modo.

—¿Qué haces? —pregunté, intentando mantener una distancia de seguridad.

Pero él opinaba lo contrario y estaba haciendo uso de su superioridad física para intimidarme.

Apretó los labios y me miró de arriba abajo con deseo, porque sin duda seguía atrayéndolo, y yo pensé en cómo sacar ventaja de eso.

—Legalmente eres mi mujer y, por tanto, me debes respeto, obediencia y sumisión.

Arqueé una ceja. Nunca había observado ninguna de esas tres cosas en ninguno de mis dos matrimonios. En especial las dos últimas.

—Es decir, te ocuparás de que mis necesidades estén bien atendidas —prosiguió y mi retroceso se vio interrumpido por una pared a mi espalda, lo que le dio la ventaja de tenerme atrapada.

—¿Esperas que te prepare la comida, te lave la ropa y organice tu vida social?

—Entre otras cosas —respondió, pasando por alto mi sarcasmo.

—*Desormais* —dije, recurriendo a mi idioma materno—. Nunca me someteré a tus órdenes.

—Me parece que tú y yo ya hemos tenido antes esta conversación —apuntó y recordé que era cierto—. ¿Necesitas que te refresque la memoria sobre lo que yo, como esposo tuyo, puedo hacer en caso de que no te pliegues a mis deseos?

No hacía falta que me pusiera al corriente sobre las prerrogativas que una ley injusta le concedía sobre mi persona.

—Muy bien, te lavaré la ropa, te prepararé la comida y organizaré tu vida social —admití, sabiendo que no era a eso a lo que se refería.

—Tengo un excelente personal de servicio que se ocupa de las tareas habituales de la casa, incluida una cocinera que a buen seguro no intentará envenenarme. No, Ornela, no son tus cuestionables habilidades domésticas las que debes asumir.

Estaba tan cerca... Y era tan sencillo admitir mi derrota y dejarme llevar. No obstante, hacerlo suponía dejar que pisoteara mi orgullo, así que, si quería alzarse con la victoria, tendría que esforzarse, porque yo no se lo pondría fácil.

—Como mi esposa, debes cumplir tus obligaciones en el lecho conyugal, se acabó ocupar alcobas separadas. Nada de irte a vivir a la otra punta del continente. Te quiero en mi cama. Y no se hable más.

Achiqué los ojos. Yo también lo quería en la mía, porque lo había echado de menos, y a medida que nuestra conversación avanzaba, sentía el familiar cosquilleo entre las piernas, prólogo inequívoco de mi excitación.

Lo deseaba, lo había añorado. Había pensado en él, en todo lo que sentía a su lado, pero no quería regresar a una ciudad donde me sentía prisionera y Stephan no parecía dispuesto a acceder a mis deseos.

Pero había viajado hasta Santorini, desatendiendo sus obligaciones, por mí...

—Ornela...

—Muy bien, me comportaré como una sumisa y abnegada esposa —convine, disimulando una sonrisa ante su expresión de incompreensión.

Pero luego esbozó una sonrisa de lo más cínica.

—En caso de que, llevada por tu innegable talento para el teatro... —se cernió aún más sobre mí, acortando distancias, y yo pude sentir su aliento junto a mi cuello —, te recuerdo que espero una esposa entusiasta, participativa y hábil.

—¿Hábil? —repetí, extrañada ante ese último adjetivo que él había decidido emplear.

—Especialmente hábil —me confirmó, conteniendo con dificultad un gesto pícaro, disimulando a duras penas el regocijo que le producía tenerme acorralada.

Podría besarme si quisiera, y Dios sabía lo mucho que yo lo deseaba, pero Stephan buscaba mi rendición incondicional, algo que yo nunca le daría.

Tenía que haber algo que pudiera desestabilizarlo. Yo tenía que poder presentar una última batalla, que, si bien solo serviría para dilatar una empresa, la mía, abocada al fracaso, al menos me daría la satisfacción de sorprenderlo cuando él lo daba todo por concluido.

Aparté la vista y volví la cabeza a un lado. Era imposible pensar teniéndolo tan cerca. Me sentía igual que la primera vez que lo vi. Aquellos ojos eran mi perdición y Stephan, como buen estratega, sabía utilizar todas las armas a su alcance para vencerme.

Aun así, consciente de que la partida se inclinaba a su favor, puesto que me habían tocado las peores cartas, hice lo que todo buen jugador hace: lanzar un farol y esperar a ver si los otros jugadores aguantaban mi envite.

Respiré. Él permanecía callado. Yo solo disponía de una última oportunidad para dejarle claro que, conmigo, sus órdenes eran inútiles.

Me humedecí los labios lentamente con dulzura y, más resuelta que nunca, prisionera entre su cuerpo y la pared, alcé la barbilla y lo besé de forma apasionada.

De todas las opciones posibles, era la única que él no debía de haber contemplado, pues tardó más de la cuenta en reaccionar. No me aparté, recorrí sus labios con la lengua, instándolo a mostrarse mucho más activo.

Y lo hizo. Reaccionó gimiendo, pegado a mi boca y enlazándome la cintura con un brazo para tenerme bien sujeta y pegada a su cuerpo. Le rodeé el cuello con los brazos y, poco a poco, Stephan fue haciéndose con el control de la situación, algo que yo esperaba y que acepté de buen grado.

Jadeé cuando me besó el cuello y buscó los puntos que siempre me habían hecho saltar, todo sintiendo cómo se endurecía contra mí. Me moví con descaro sobre aquella prometedora erección, de tal forma que supe el momento exacto en que lo tuve en mis manos, rendido a mis encantos: era el momento justo para actuar.

Esperé unos instantes más, porque, no podía negarlo, me sentía en la gloria así abrazada, deseada y excitada con la simple proximidad de su cuerpo. Hundí los dedos en su pelo, suspiré y jadeé. Su respiración se tornaba más agitada y sus manos ya buscaban el cierre de mi vestido.

Pero los buenos momentos deben ser breves, para así poder esperar con ansia el

siguiente.

—*Je ne suis pas à toi* —musité.

Y, aprovechando que estaba con la guardia baja, le puse las manos en los hombros y lo empujé.

Stephan, desconcertado, parpadeó y retrocedió lo suficiente como para que yo echara a correr.

No me dirigí al dormitorio, donde sin duda me atraparía. Tampoco busqué ayuda en ninguno de los criados. Corrí como alma que lleva el diablo hacia las puertas que daban acceso al sendero que bajaba a la playa.

Me lo sabía de memoria y, por consiguiente, a pesar de que estaba anocheciendo, pude recorrerlo sin tropezar ni una sola vez.

## Capítulo 51

—¡Ornela! —gritó furioso a mi espalda, cuando fue capaz de reaccionar.

Su voz evidenciaba que, aparte de furioso, se sentía desconcertado. Yo había aprovechado la ley de la ventaja. Quien golpea primero, golpea dos veces, y solo tenía una oportunidad para comprobarlo.

No quedaba espacio para las vacilaciones.

No me detuve. No miré hacia atrás. Era consciente de que saldría en mi busca y no me preocupé más que de ir despojándome de la ropa, sin importarme en absoluto adónde iba a parar. El vestido malva que con tanto esmero había escogido, ahora se quedó arrugado por el camino. Nunca más volvería a ponérmelo.

Y, junto con el vestido, unas cuantas prendas más.

—¡Ornela! —exclamó Stephan de nuevo, más furioso aún—. ¡Vuelve aquí de inmediato! —exigió con su tono más marcial, sin darse cuenta de que conmigo no servía de nada.

Yo me reí. Bien alto. Seguro que me oía y, por tanto, su enojo iría en aumento. No podía parar de hacerlo. Reí como no recordaba haberlo hecho nunca. Sintiéndome libre, no solo por no llevar ropa, sino por poder actuar sin pensar, sin recapacitar sobre la conveniencia o no de mis actos. Cuando llegué a la orilla y me mojé los pies, solo llevaba una liviana camisola encima.

Entonces me arriesgué a mirar por encima del hombro y lo vi peleándose con sus botas de montar, mascullando todo tipo de impropiedades sobre mi inmadurez, mi inconsciencia y sobre cómo me iba a meter en vereda una vez que me atrapase.

Continué riéndome y avanzando dentro del agua.

—¡Sal de ahí!

Hice caso omiso de su advertencia y di algunos pasos más. Me quité la camisola, dejándola flotar en el mar y avancé hasta que el agua me llegó a la altura de las axilas.

—¡Ornela! —continuó llamándome.

Pero yo, sintiéndome más libre que nunca, cerré los ojos y me zambullí, indiferente a todo. Solo quería disfrutar de la sensación, única y deliciosa, del agua acariciando mi cuerpo desnudo.

Estaba más fría que en verano, pero no lo suficiente como para hacerme desistir.

Nadé sin preocuparme. Volví a sumergirme y, cuando salí a la superficie, vi en Stephan una expresión que prometía un serio correctivo para mí.

—Maldita sea, mujer. ¿Estás mal de la cabeza?

Sonreí y me tendí sobre el agua, dejándome flotar, sin hacer ningún esfuerzo. Había anochecido y me sentía mejor que nunca.

—Mmm...

—Sal de ahí ahora mismo —exigió él desde la orilla, con los brazos en jarras—.

No me obligues a sacarte a rastras y a calentarte el trasero.

—Algo que sin dude disfrutaré —respondí, encendiéndolo aún más.

Se quitó la ropa soltando juramentos, porque, debido a su impaciencia no atinaba, y se acercó al agua. Sin dejar de protestar sobre lo fría que estaba, fue avanzando, farfullando sobre la inconveniencia de enamorarse de mujeres díscolas. Anunciando cómo iba a ser nuestra vida en común una vez que estuviéramos en tierra firme, y desgranando las severas normas que iba a adoptar para meterme en vereda... Hasta quedar justo a mi altura.

—¿Es que pretendes que nos ahogemos los dos?

Me incorporé sin perder la sonrisa. Stephan estaba preocupado y nervioso, ya que desconocía mis habilidades acuáticas. Por supuesto, nunca le diría que el ayudante del gobernador me enseñó a nadar. Él no lo entendería.

—¿Cuándo has aprendido tú a nadar? —preguntó, agarrándome de un brazo para que no me escabullera de nuevo. Me conocía demasiado bien.

—Viviendo en una isla, me parece indispensable —repliqué con bravuconería.

El agua, la noche, mi cuerpo desnudo, el suyo junto al mío... algo pareció calmarlo, pues, de repente, me acarició la cara.

—Ornela, ¿qué voy a hacer conmigo? —Suspiró y vislumbré el comienzo de su rendición.

—Querermé —respondí en un murmullo—. Tal como soy.

Y querermé significaba mucho más que compartir el lecho conyugal. Significaba aceptarme y respetar mis deseos. Entender que yo poseía un intelecto que me permitía razonar por sí misma, cuestionar y no aceptar órdenes porque sí.

—¿Qué otra cosa podría hacer?

Y me besó.

Cómo deseaba que lo hiciera. Desnudo junto a mí. Entregado. Sin nada que nos separase. Mojados, con el agua salada rodeándonos. La frescura del mar en contraste con el calor de nuestros cuerpos. Respondí entusiasmada y gemí contra sus labios. Ayudada por el agua, me encaramé y me agarré a él con piernas y brazos. Stephan me sujetó colocando sus manos en mi trasero y amasándomelo sin piedad.

—Ornela... —gimió mi nombre—. Me vuelves loco. Alteras de manera deliberada mi paz interior y, sin embargo, aquí me tienes, incapaz de resistirme a ti. Incapaz de apartar las manos de tu cuerpo, de devorar tu boca...

—No hables —le pedí, siendo yo quien inició un nuevo beso, más enérgico y profundo si cabe que los anteriores.

Con una sola mano para poder seguir sujetándome a su cuerpo, le agarré la polla y empecé a acariciarlo; con la presión justa para mantenerlo excitado, pero al mismo tiempo desesperado, ya que, si mal no recordaba, a Stephan le gustaba con un poco más de fuerza.

—Vas a acabar conmigo... —gruñó, mordiéndome en el cuello.

—Nunca seré sumisa.



—Te abandonaría si lo fueras —aseguró, regresando a mi boca.

Yo no veía el momento de sentirlo dentro. No me cansaba de besarlo, aunque al día siguiente tuviera los labios magullados debido a la fiereza de su boca sobre la mía. Parecía como si lucháramos, como si ninguno de los dos fuera capaz de suavizar sus deseos.

—Regresemos a casa, quiero que pasemos la noche juntos, la primera de muchas —me pidió con voz ronca.

Negué con la cabeza.

—Aquí y ahora —dije, y me situé sobre él de tal forma, que si empujaba podría penetrarme sin más.

Stephan gimió desesperado, ya que la punta de su polla estaba justo a la entrada de mi sexo, pero por alguna razón se resistía a complacerme.

—¿Aquí? —preguntó con aire preocupado, mirando alrededor.

Le acaricié la cara e hice que me mirase a los ojos. Solo el reflejo de la luna sobre el agua nos iluminaba, creando un paisaje inigualable. Un entorno propicio para que ambos pudiéramos disfrutar de lo que tanto tiempo llevábamos esperando.

—Aquí —corroboré, lamiéndole la barbilla en un gesto de lo más provocador.

—Cualquiera podría vernos —objetó, sin rendirse todavía a mis deseos.

—Tranquilo. Conozco de sobra esta playa. He pasado aquí muchas horas, sola. Caminando, pensando...

—¿En quién pensabas? —me planteó en voz baja, acariciándome la mejilla.

—En ti.

Creo que no fueron tanto esas dos palabras que dije sino cómo las pronuncié lo que lo llevó a confiar en mi palabra de que podíamos seguir sin miedo a tener testigos.

Vi cómo cerraba los ojos e, inspirando hondo, se hundió en mí. Dilatándome, haciéndome jadear, yo le clavé las uñas en los hombros para poder soportar la intensidad.

No solo estábamos follando, no solo estábamos compartiendo nuestros cuerpos, aquello era mucho más. Era la prueba de que habíamos dejado atrás resentimientos y dudas. Preguntas incómodas y situaciones que únicamente nos distanciaban.

Stephan había venido a buscarme. A pesar de que lo abandoné sin darle ninguna explicación. A pesar de las incontables noches en las que me había sentido desgraciada porque lo añoraba. A pesar del daño que le había hecho marchándome cuando sabía que él no podía moverse de Inglaterra hasta resolver sus asuntos legales.

—Más fuerte —imploré, arqueándome para recibir cada una de sus embestidas.

Él comprendió que nuestro reencuentro no podía ser suave, ni tierno, ni romántico. Ya tendríamos tiempo después para los arrumacos, las miradas cargadas de deseo, las declaraciones de amor susurradas y los abrazos antes de quedarnos dormidos. Como todo en nuestra relación, desde la primera vez que se fijó en mí y me apartó del teniente Steinberg, la pasión descontrolada, el instinto más primitivo

era lo que regía nuestro comportamiento y, por tanto, en esa ocasión no podía ser de otro modo.

—Stephan —gemí, echándome hacia atrás.

Él me sujetó de las caderas, dejando que flotara y, viéndose así libre de mi peso, pudo embestirme con la fuerza y el ímpetu que yo anhelaba.

Entraba y salía de mí con implacables envites, procurándome una intensa fricción, de tal modo que, en breve, toda la tensión que se iba acumulando entre mis piernas acabaría por conducirme a un asombroso clímax.

—Te he echado tanto de menos... —gruñó, aumentando la velocidad y volviéndome loca.

—No más que yo a ti —admití entregada, al límite de mi resistencia, porque me encontraba muy cerca y él debía de notarlo.

—Joder, sí. —Empujó con más brío, chocando su pelvis con la mía.

Grité con fuerza. Grité incapaz de contenerme, mientras me atravesaba un potente orgasmo tan deseado como esperado.

Stephan tiró de mi cuerpo laxo para que me pegara a él y embistió por última vez antes de correrse abrazado a mí y amortiguando sus gemidos en mi hombro. Parecía no terminar de fiarse de si alguien podía habernos observado.

De alguna manera conseguimos salir del agua y, sin importarnos dónde estaba nuestra ropa, caminamos ajenos a nuestra desnudez, hasta llegar a mi casa. Le hice de guía y, cuando por fin tuvimos una cama a nuestro alcance, Stephan se acercó a mí, me cogió en brazos y me tiró encima con fuerza, con tanta que hasta reboté.

Lo miré confusa y él, como un depredador antes de devorar a su presa, puso una rodilla sobre la cama y me miró a los ojos sin parpadear.

—Ahora tú y yo vamos a tener una seria conversación sobre tus habilidades como esposa, y a fijar unas sencillas normas sobre cómo, cuándo y dónde deberás hacer uso de ellas.

Tan serio me lo dijo que tragué saliva y Stephan, al ver mi expresión, estalló en carcajadas antes de lanzarse sobre mí. Yo rodé a un lado con la intención de esquivarlo.

—¡Serás...!

Quise atizarle, pero él, anticipándose a mi reacción, me inmovilizó bajo su peso y, con una sonrisa desquiciante, se agachó para abarcar con su boca uno de mis pechos. Me lo besó y mordió hasta causarme un delicioso dolor, que acompañé con un erótico gemido.

Lo pusimos todo perdido de agua, pues ninguno de los dos se había molestado en secarse. Me importaba bien poco cómo acabasen las sábanas, con tal de que continuara sobre mí, en un burdo intento de dominarme.

Dejé que siguiera, que se ilusionara con la posibilidad de que alguna vez yo me mostrara mínimamente dócil. En aquel instante era fácil ceder a sus pretensiones, porque no me costaba nada, y el beneficio que iba a obtener supliría con creces el

esfuerzo de contenerme.

—Ay, Ornela, creía que nunca volvería a saborearte —murmuró a la altura de mi ombligo, mientras lamía mi piel salada tras el baño nocturno.

—Continúa —suspiré, echando los brazos hacia atrás—. Puede que nunca vuelvas a verme tan sumisa ante tus pretensiones.

Mi provocación me valió un mordisco justo encima de la cadera. Separé las piernas sin esperar que me lo pidiera y aguardé, con la respiración contenida, a que su boca descendiera un poco más. Había estado antes en aquella postura, desesperada por sentir su boca sobre mi sexo, y, si bien no representaba nada nuevo para mí, me sentía como la primera vez, igual de expectante, igual de curiosa. Era como si mi memoria hubiera borrado el recuerdo, para así darme la oportunidad de volver a experimentarlo todo de nuevo y, así, hacer que fuera más intenso.

—No espero sumisión ciega —replicó, pasando su dedo índice justo alrededor de mi hinchado clítoris con malicia, sabiendo lo sensibilizada que estaba, pero intentando prolongar mi angustia unos segundos más.

—Entonces, ¿qué esperas de mí?

Presionó un poco, lo justo para que me tensara, para que doblara hasta los dedos de los pies a la espera del toque final.

—Que no vuelvas a abandonarme, eso en primer lugar.

Con la lengua hizo una rápida pasada, recogiendo mi humedad, pero sin repetir, como yo tanto anhelaba.

—¿Deseas una declaración jurada y firmada? —sugerí en tono irónico, al tiempo que arqueaba la pelvis en busca de mayor contacto.

Introdujo un dedo y lo curvó, para así estimular cada terminación nerviosa de mi interior. Desde luego, su habilidad en lo que a tortura sexual se refería había mejorado con el tiempo.

—No necesariamente —murmuró, jugando con mi cuerpo—. Espero, en segundo lugar, fidelidad.

Tragué saliva. Si él supiera... Pero no hacía falta que me lo pidiera, porque yo hacía ya tiempo que había asumido que solo él podría tenerme, que únicamente sería su cuerpo el que gozaría desnudo junto al mío.

—La tendrás —respondí, arqueándome de nuevo, incapaz de controlar mis impulsos.

Para mi bochorno, Stephan permanecía recostado de lado, entre mis muslos, moviendo los dedos como si yo fuera un instrumento musical con el que ensayar antes de dar un concierto y que, si no estaba bien afinado, acabaría abandonado en un rincón hasta que volviera a ser necesario.

—Por supuesto, todo lo que te exijo es recíproco, Ornela.

—No sabes cuánto me alegra saberlo —susurré, en un tono mezcla de desesperación e ironía, porque tratar aquellos asuntos justo en ese momento me parecía una broma de mal gusto.

—Una vez me pediste que no te hiciera promesas... —me recordó y de nuevo posó su boca entre mis piernas, pero esta vez lo hizo justo en el centro.

Atrapó mi clítoris entre los labios y succionó. Solté un grito de satisfacción que se debió de oír en toda la casa, aunque poco me importó.

—Sí, porque odio que me las hagan cuando no se pueden cumplir —conseguí decir, con la boca seca de tanto gemir.

—Ahora sé que puedo hacértelas sin miedo a fallarte —replicó.

Y no fue necesario que dijera nada más, pues se entregó a mí por completo.

Ya no hubo contemplaciones ni interrupciones. Sabía cómo hacerme vibrar y lo logró. A base de certeros besos y de expertas caricias, hasta que, conmigo al límite, gateó sobre mi cuerpo, se colocó encima y, mirándome a los ojos, me penetró hasta el fondo.

Mantuve los ojos abiertos a duras penas, mientras sus embestidas iban cogiendo ritmo y sus gemidos se confundían con los míos.

Colocó sus manos sobre las mías hasta que pudimos entrelazar nuestros dedos y, así, mirándonos fijamente, nos dijimos cuanto hizo falta para que a la mañana siguiente yo no deseara huir y él permaneciera aún a mi lado.

No sé cuándo logramos poner punto final. Supongo que en algún momento apareció el cansancio. Solo recuerdo que yo estaba acostada de medio lado, con Stephan pegado a mi espalda y sus enormes manos sobre mi estómago.

A pesar de habérselo dicho todo, sentí que me quedaba una cosa pendiente antes de cerrar los ojos y abandonarme al sueño.

No quería dejar pasar la oportunidad. Puede que él ya estuviera ya dormido y que no me oyera, sin embargo, era el momento idóneo y nunca más volvería a repetirse.

—*Je suis à toi* —musité y sentí una ligera presión de su mano sobre mi vientre.

## Epílogo

Hoy es un día muy especial para todos y en particular para mí, porque, en menos de una hora, el mayor de mis hijos, Alexander, va a contraer matrimonio.

Y ahí está, nervioso, inquieto, paseándose por la biblioteca a la espera de subir al carruaje que nos llevará a la iglesia.

De todos mis hijos, sin duda es el más sensato, pero en una situación como la que está a punto de vivir es incapaz de serenarse y yo, la verdad, lo entiendo a la perfección.

—¿Tarda demasiado, no crees? —me pregunta, retocándose por enésima vez el perfecto nudo de su pañuelo, en el que luce el elegante alfiler de oro que perteneció a su abuelo materno.

Ornela me lo dio a mí y yo lo he guardado todos estos años, incapaz de usarlo por miedo a perderlo, hasta el día de hoy.

—Ya sabes cómo es tu madre —le respondo en tono afable, convencido de que ella nunca llegaría tarde a la boda de su hijo, pero consciente de que nos hará sufrir a todos hasta el último segundo.

Muy a mi pesar, acabo esbozando una sonrisa al pensar en Ornela y en lo que es capaz de hacerme aun sin estar a mi lado.

Un motivo más por el que siento deseos de comportarme de forma irracional, subir a buscarla y arrastrarla hasta aquí para que Alexander se relaje.

Intento permanecer tranquilo, pues bastante tiene él con sus propios nervios. Ahora es todo un hombre y, si bien hubo un momento en que sus decisiones nos supusieron algún que otro enfrentamiento padre-hijo, no puedo por menos de sentirme orgulloso de él.

Cuando me comunicó que quería estudiar Bellas Artes, me llevé una gran desilusión, pues esperaba que, siendo el primogénito, continuara la tradición familiar e ingresara en el ejército.

No obstante, al final asumí su decisión. Y sé que tiene talento, así que no puedo decir que esté decepcionado, ni mucho menos enfadado con él. Además, siempre ha sido muy responsable. Bueno, casi siempre, menos un día en que, llevado por sus sentimientos románticos, decidió declararle su amor a una joven. Pero en vez de buscar un rincón apartado durante un baile, como hacen la mayoría, para después volver a la fiesta sonriente y dispuesto a pedir la mano de la afortunada al padre, escaló hasta su ventana para hacerlo. Solo que, en vez de limitarse a decirle hermosas palabras de amor y esperar su respuesta, también le demostró cuán intensos eran sus sentimientos.

Tan enfrascado debía de estar, que el padre de la joven los encontró en plena demostración.

Fue todo un espectáculo tratar con un padre furioso que me exigía que Alexander

se comportara con un hombre y se casara con su hija, algo a lo que por supuesto no iba a negarme. Sin embargo, disfruté torturando a un William enojado y fuera de sí defendiendo el honor de su adorada Desiré.

Por supuesto, quien más lo hizo sufrir fue Ornela que, con su *savoir faire* habitual, le insinuó que si su querida hija se había dejado seducir por Alexander, ¿cómo podíamos estar seguros de que era el primero y a la dama no la habían visitado algunos más?

Al final, conteniéndome para no estallar en carcajadas, le pedí a Ornela que lo dejase correr. Todos sabíamos que Desiré era una joven sensata y el matrimonio entre nuestros hijos era algo que nos satisfacía a todos, de modo que acordamos la fecha del enlace.

—¿Preparado para el gran día? —Cyprien, sonriente, descarado e irreverente, se une a nosotros.

Lo miro y no puedo dejar de sentir esa pequeña punzada que me produce saber que, pese a tener un parecido físico más que evidente conmigo, lo cual ha dado pie a innumerables especulaciones a las que su madre y yo no hemos dado pábulo, continúa llevando un apellido que no es el suyo y ostentando un título que tampoco. No obstante, Ornela insistió para que yo permitiera que las cosas siguieran como estaban, ya que le parecía injusto que el título de conde de Seldon fuera a recaer en un pariente lejano, debido a una ley injusta que impide que las mujeres hereden los títulos.

Acepté, con la condición de que, una vez alcanzada la mayoría de edad, mis hijos supieran la verdad. Eso hizo que durante un tiempo existieran roces entre Alexander y Cyprien, ya que el primero no entendía por qué no renunciaba a su estúpido título y utilizaba su verdadero apellido.

Ambos pasaron sus primeros años de vida con Charles, el anterior conde de Seldon, que sé bien que los cuidó y trató con el cariño de un padre. Tal vez por eso Cyprien haya aceptado llevar un apellido que no es el suyo, a pesar del dolor que tanto a mí como a Alexander nos causa.

—No lo sé —admite este último, mirando de reojo la licorera, quizá pensando que un trago lo ayudaría a calmar los nervios en un día como este.

—Tranquilo, hombre, ya verás cómo todo va sobre ruedas —lo anima su hermano, acercándose para darle unas palmaditas en la espalda.

Cada vez que los miro, aparte de sentirme orgulloso, no dejo de preguntarme cómo pueden ser tan diferentes. Cyprien posee el descaro y el arrojo de su madre. En algún momento sé que su forma de ser nos acarreará algún disgusto, aunque hasta la fecha ha salido indemne de sus muchas correrías, y es que su título de conde lo ayuda bastante. Y, por si fuera poco, su carrera militar va en ascenso.

Porque Cyprien, comportándose una vez más como nadie esperaría de un aristócrata, se alistó en el ejército, algo que por supuesto me emocionó. Apoyé su decisión desde el principio, eso sí, con discreción, pues Ornela se llevó un serio

disgusto cuando supo sus intenciones.

—Para ti todo es un juego —gruñe mi hijo mayor en respuesta a las palabras de su hermano.

—Es muy fácil —continúa Cyprien sirviéndose una copa—, solo tienes que responder «sí» alto y claro cuando te hagan la pregunta.

—Ya me gustaría ver cómo te comportarías tú en una situación similar —masculla el novio.

La verdad es que no sé qué consejo darle ante el paso que va a dar hoy, porque la experiencia me ha enseñado que solo uno mismo puede, tras equivocarse, tras levantarse después de un tropiezo, aprender la lección. Y si bien me gustaría que mis hijos no tuvieran que aprenderla como yo lo hice, también sé que es inevitable.

Yo únicamente puedo estar ahí, junto a ellos, brindándoles todo mi apoyo, pero dejándolos caminar en libertad.

—¿Qué tal estoy?

Todos nos volvemos al oír la cantarina voz de Catalina. Es, sin duda alguna, una mujer que a no mucho tardar volverá loco a más de uno. Y si bien prometí no desenvainar nunca más mi espada, creo que en un futuro próximo voy a tener que hacerlo para defender su honor.

Aunque intuyo que, como digna hija de su madre, hará que compadezca a más de un pobre diablo. Apunta maneras y, a veces, cuando me llegan los rumores sobre cómo trata a los caballeros que intentan acercarse a ella, tengo que disimular una sonrisa.

Es lista, muy lista, y sabe que muchos de esos jóvenes y no tan jóvenes interesados en ella, solo lo están porque es la hermana de un conde, una condición que parece ser un fuerte aliciente para cortejarla.

—Fantástica, como siempre —murmura Cyprien, haciéndola girar sobre sí misma.

Y ella, coqueta, nos muestra su elegante vestido color marfil.

—Espectacular —añade su hermano mayor.

Catalina es la verdadera hija de Charles. Tan rubia como él, pero tan despierta como su madre. Por eso nunca cuestioné que mantuviera el apellido, aunque desde que la vi por primera vez la quise como si fuera mi propia hija.

Y he tenido el enorme placer de criarla.

—Estás deslumbrante —le digo, acercándome para darle un beso en la mejilla y para que ella me dé otro a mí. Nunca me canso de recibirlos.

—Gracias, papá, tú también estás muy guapo —me responde sonriente.

Desde que empezó a hablar y me llamó por primera vez «papá», no dejo de emocionarme.

—Hoy más de una dama caerá rendida ante el capitán Gardner-Taylor —agrega bromeando, mientras pasa la mano por los botones dorados de mi guerrera.

—No creo que a tu madre eso le haga mucha gracia —comento, devolviéndole la

sonrisa.

—Espero que os comportéis —interviene el novio—, porque quiero una ceremonia sin incidentes.

Al oírlo, me resulta imposible no pensar en Ornela. Imprevisible, inquieta, irreverente, hermosa y, sobre todo, capaz de volverme loco, de hacerme caer de rodillas, a mí y a unos cuantos más.

—Mamá dice que bajará enseguida... —anuncia una voz femenina, uniéndose a nosotros.

Mi pequeña Estefanía...

—Vamos a llegar tarde —masculla Alexander, sin poder serenar sus nervios.

—Tranquilo, hermano, que mientras no aparezca la madrina, no puedes marcharte —interviene Catalina, risueña, dispuesta a hacerlo sufrir.

Igual que Cyprien, disfruta torturando a su hermano mayor, aunque hoy este no dé muestras de su tranquilidad habitual, por lo que cualquier palabra hará mucha más mella en su estado de ánimo.

—No le des más vueltas, mamá nunca permitiría que llegaras tarde —lo anima la menor.

Estefanía. Una pequeña e inesperada sorpresa. Es, sin duda alguna, la que más se parece a mí. Quizá porque, de todos mis hijos, fue a la única que pude coger en brazos nada más nacer. Y si bien Ornela, al saber que estaba embarazada de nuevo, amenazó con abandonarme si volvía a tocarla, después me dio las gracias por este regalo. Nació dos años después de que, tras arduas discusiones, en las que tuve que imponer mi derecho legal y, por supuesto, convencer a Ornela de que no iba a permitirle que de nuevo se marchara de mi lado, al fin pude estar con ella, como siempre había querido.

Ornela me confesó que, desde hacía años, tomaba precauciones para no quedarse embarazada, pero que, al parecer, mis «argumentos» para retenerla a mi lado pudieron con todo.

Tras el nacimiento de Estefanía, agradecido por haberme dado unos hijos maravillosos, le prometí que tendría todo el cuidado del mundo para no volver a dejarla embarazada, lo que me supuso más de un enfado y mucho sacrificio.

El carácter de Estefanía es muy parecido al mío. Fue quien me hizo entender qué es ser padre en realidad. Pude verla crecer desde el primer segundo. Vi lo duro que es para una mujer dar a luz, los riesgos y el sufrimiento que eso conlleva y, por tanto, mi admiración y respeto por la mujer a la que siempre he amado se incrementó.

Por ese y otros motivos mantuve mi promesa de reprimir mis instintos para evitar que quedara encinta. Por nada del mundo deseaba que volviera a pasar por aquel calvario.

—Papá, estás muy callado —interrumpe Estefanía mis pensamientos, cogiéndome del brazo.

Cada vez que la miro, recuerdo cada minuto de su vida, sus primeros pasos, sus



primeras palabras. Ha sido la única que ha crecido rodeada de su familia al completo y es, con diferencia, la más diplomática. A veces, cuando surgen las inevitables tensiones entre nosotros, ella es la que busca el modo de hacernos entrar en razón y renunciar a nuestra cabezonería.

Reconozco que ha sido también la más mimada. Quizá porque me sentía culpable de no haber estado junto a mi esposa cuando vinieron al mundo mis otros hijos.

Las circunstancias que me lo impidieron ya quedaron en el pasado y he aprendido a vivir con ello. Hice lo que hice y, consciente de que no se puede volver atrás, me he ocupado de compensar las decisiones erróneas que tomé, haciendo que la vida de mis hijos y mi esposa estuviera llena de buenos momentos. Levantándome cada día con la única idea de hacerlos felices.

Para ello, empecé renunciando al principal motivo por el que me separé de Ornella. Causé baja voluntaria en el ejército. Si bien, debido a mis logros y mis años de servicio he conservado mi grado de capitán, nunca más regresé a mi puesto.

Hacía años que no volvía a vestir el uniforme y si lo he hecho ha sido en deferencia a mi hijo mayor, a su futura esposa y en especial al padre de esta, William.

El mejor amigo que un hombre puede tener. Ahora está retirado, aunque continuó durante unos años con su carrera militar, supongo que fue una forma de sobrellevar la enorme tristeza en la que se sumió cuando perdió a su esposa.

En ese momento todos estuvimos a su lado y sufrimos junto a él, pero solo un hombre que ama profundamente a su esposa puede saber lo que se siente cuando, tras ella dar a luz, ve impotente cómo se va apagando. Yo nunca me imaginé que el canalla, mujeriego y bromista teniente Perlman se sumiera en un estado de desesperación tal que llegué a temer por su vida.

Para mi asombro, Ornella fue quien se encargó de todo. Quien se ocupó de la recién nacida y la trajo con nosotros para que William pudiera recuperarse, o al menos intentarlo. Fue mi esposa quien lo obligó a abandonar aquel estado lamentable en el que se había sumido, trayéndolo a nuestra casa, recordándole con voz firme que no se podía permitir el lujo de no ver crecer a su hija.

Lo obligó a abandonar la bebida, a comer en condiciones y a dejar de pelearse de manera suicida en tabernas de mala muerte.

A él le costó reaccionar, pero al final lo hizo. Me reconoció en privado que era muy afortunado por tener a mi lado a Ornella y me dijo que ni se me ocurriera hacerle ningún daño.

Asumió su tarea como padre y, si bien se había perdido los primeros meses de la vida de Desiré, lo compensó con creces.

«En algún momento, un hombre tiene derecho a caer en un pozo de autocompasión para después salir de él», me dijo una vez, ya recuperado.

Yo sé que hubo y hay mujeres en su vida, un triste intento de olvidar a Claire, pero que ninguna de ellas ha logrado borrar el recuerdo de su esposa. También sé que Ornella ha estado al tanto de ello; sin embargo, nunca lo hemos criticado. Es más,

respetamos que al menos de ese modo disfrute de efímeros momentos de placer.

No obstante, siempre ha puesto cualquier asunto relacionado con Desiré por encima de todo.

—¿Nos vamos ya? —dice una suave voz a mi espalda y siento el familiar cosquilleo que, desde que la vi por primera vez, me recorre de arriba abajo.

—¡Mamá, estás radiante! —exclama Cyprien, el más locuaz en estos momentos.

Y yo, a medida que Ornela va entrando en mi campo de visión, veo que mi hijo no ha exagerado, más bien todo lo contrario, se ha quedado corto para describirla.

—No quiero llegar tarde —tercia Alexander, acercándose a su madre para besarla en la mejilla.

—Lo sé, cariño —dice ella, acariciándolo con la mano enguantada, y, aunque sea absurdo, siento celos de mi propio hijo—. Tú y yo vamos juntos en el mismo carruaje, como corresponde. Os esperaremos allí.

Ni siquiera se ha dignado a rozarme y sé por qué lo hace. Es muy lista e intuye que, de acercarse a mí, podría decirle al oído lo que me hace desear verla con ese traje gris perla.

Veo cómo se marcha agarrada al brazo de Alexander y no me queda más remedio que reaccionar. Con Cyprien, y flanqueado por mis otras dos bellezas, nos dirigimos al otro carruaje.

Cuando llegamos a la iglesia, saludo a los allí congregados y me dirijo a mi banco. Las miradas que muchos caballeros me dedican sé que se deben a las dos preciosidades que tengo al lado; sin embargo, la única que reclama toda mi atención es la que, junto al novio, habla con él, imagino que intentando calmarlo.

De repente se hace el silencio y todos nos ponemos en pie y dirigimos nuestras miradas hacia el pasillo central, por donde un orgulloso William avanza con su única hija del brazo. Hemos pasado tantos momentos juntos, que con solo cruzar nuestras miradas sé lo importante que es para él este instante.

Comienza la ceremonia y escucho con atención, pues no puedo evitar acordarme de la primera vez que me casé con Ornela. Los dos inexpertos, yo enamorado y ella atendiendo a unas extrañas convicciones que nos ocasionaron más de un enfrentamiento. No sé si fue un error, a veces he pensado que hubiera tenido que cortejarla para conocerla mejor; no obstante, era tal mi ansia por tenerla que fui un irresponsable y pagué las consecuencias. Ninguno de los dos estaba preparado para el matrimonio.

Cuando los novios pronuncian sus votos, no sé si de forma involuntaria o no, toco las dos alianzas que llevo en el dedo anular. Sí, llevo dos, una por cada matrimonio. Miro a Ornela y ella, como si me hubiera leído el pensamiento, está haciendo lo mismo.

Por suerte pude casarme de nuevo con ella. No era preciso, pues la validez de nuestra primera boda no era cuestionada por nadie, pero quise hacer bien las cosas y pasamos de nuevo por el altar. En la segunda ocasión lo hicimos por el rito ortodoxo,

en Santorini. En una pequeña iglesia, con la única presencia de los dos testigos de rigor, el amigo de Ornela, Phineas Doskas y su esposa. No hubo invitados, ni recepción posterior, solo ella y yo. Tras firmar en el libro de registro de la iglesia, casi la arrastré literalmente hasta la playa y allí le entregué el segundo anillo, algo que ella no esperaba y que me agradeció muy imaginativamente. Un anillo que nunca se ha quitado.

La ceremonia termina, los ya marido y mujer desfilan recibiendo la multitud de felicitaciones de los invitados. Yo los felicitaré más tarde. Observo a Ornela abrazar a William y a este besarla en la mejilla, antes de dirigir la mirada hacia mí. Arqueo una ceja tan solo con la intención de provocarla, pues, tras estos años a su lado, he aprendido que con una mujer como ella hay que estar siempre alerta. No porque desconfíe, sino porque el coqueteo forma parte de su naturaleza y, si aprendes a vivir con ello, te das cuenta de que es estimulante.

Nos quedamos solos en la iglesia, pues los invitados siguen a los protagonistas, los recién casados. Me acerco a mi esposa y me inclino por el simple placer de olerla.

—Querida, creo que esta vez no hay excusa posible para justificar tu comportamiento —le recrimino en tono serio.

Ornela, que me conoce y que por tanto sabe distinguir cuando finjo, me mira esbozando una sonrisa antes de replicar:

—¿Y qué se supone que he hecho para ganarme la desaprobación del capitán Gardner-Taylor? ¿Qué norma he infringido? —me pregunta y sé que, para ella, abandonar su querida isla ha supuesto todo un sacrificio, pues desde hace años vivimos allí, junto al mar Egeo, y solo por cuestiones muy específicas viajamos a Londres.

En Santorini he podido conocer a la verdadera Ornela, libre de normas, libre de convencionalismos. Allí he sido feliz y quiero regresar cuanto antes.

Recorro con la mirada, dos veces, su figura y eso me da tiempo para organizar mis pensamientos. Siento irrefrenables deseos de apartar la gasa que cubre su escote y comprobar si su piel es tan suave como lo era anoche, cuando la besé.

«Estoy en una iglesia. Por Dios, no puedo hacer algo así», me digo, aunque sospecho que a ella no le importaría lo más mínimo.

—Ornela, ya deberías saber que ninguna invitada a una boda debe brillar más que la novia —digo en voz baja, susurrándoselo al oído—. Y eso incluye a la madrina.

Ella responde con una sonrisa arrogante y algo lasciva, lo que me induce a pensar que, o salimos de ahí y nos reunimos con el resto de los invitados, o tendremos problemas.

Miro alrededor, contemplo la arquitectura, cualquier cosa para calmarme y cuando por fin creo que puedo caminar, le ofrezco el brazo.

No hemos dado ni cuatro pasos cuando me detengo, la miro y sé que, aunque esté fuera de lugar, necesito preguntárselo.

—¿Te volverías a casar conmigo?

Ornela se quita el guante y me acaricia la mejilla, antes de asentir con un brillo pícaro en la mirada y murmurar:

—*Je suis à toi.*

## Nota de la autora

Cuando comencé el relato de la apasionada vida de Ornela, no imaginé que me atraparía de esta forma. Al escribir cada página me he deleitado con decenas de canciones en francés de los años cincuenta y sesenta, que hablan de amor, desamor, abandonos, almas desgarradas y esperanzas, que me han ayudado a meterme aún más en la historia. Música que, por razones obvias, no aparece en la historia, pero que sí os recomiendo escuchar.

Han sido muchas las horas que he pasado conociendo a una protagonista que nos ha permitido ver su lado bueno, aunque también el menos bueno. Hemos sufrido, junto a Ornela, los avatares de una vida llena de altibajos, pero también momentos dulces, excitantes y emocionantes, y otros en los que hasta nos han entrado ganas de gritar o de dirigirnos a ella, o bien para afearle su conducta, o bien para solidarizarnos.

Lo entiendo, porque su historia no deja indiferente a nadie; o al menos esa era mi intención.

De nuevo habréis comprobado cómo la historia «real» no satura las páginas de *No te he olvidado* ya que otr@s se encargaron de escribirla y documentarla.

Sé que algunos personajes (no tan secundarios como parece) de esta novela nos han calado y que no tuvieron un final feliz, pero las circunstancias así lo exigían.

## Agradecimientos

Como no podía ser de otro modo, a mi editora, Esther Escoriza, que sigue confiando en mis proyectos, y al resto de la editorial, que se implica en cada nuevo libro.

¡Qué paciencia demostráis con nosotr@s!

A tod@s las que me «saturáis» el correo con preguntas sobre este o aquel libro o sobre este o aquel personaje. Me dejáis impresionada con cómo os sumergís en la historia y os fijáis en cada detalle.

Infinitas gracias a tod@s los que leen de manera objetiva y buscan novedad y riesgo, y no se conforman con lo de siempre.

Gracias a quienes autorizo a «tirarme de las orejas» cuando algo no os convence del todo; seguid ayudándome a mantener mi ego escrituril en niveles aceptables.

Gracias a quienes me rodean día a día y me aguantan... Yo sé lo que digo.

## Promesas

**S**i bien creo que no debería hacerlo, me arriesgaré: un día de estos, escribiré una novela sin *happy end*.



No me gusta hablar de mi misma, me da un poco de corte, pero allá voy.

Nací en Burgos, donde sigo residiendo y donde trabajo en la empresa familiar; haciendo de casi todo pero donde tengo un pelín de libertad para mis cosas.

Algún día descubriré que es eso de conciliar la vida familiar y la vida laboral.

Me aficioné a la lectura en cuanto acabé el instituto y dejaron de obligarme a leer. Recuerdo que *El perfume* fue el último libro que me mandaron leer y que me aburrió sobremanera.

Empecé con la novela histórica y un día de esos tontos me dejaron un libro de romántica y de ahí, por casualidad, me enganché.

Y de qué manera.

Todavía conservo muchos de los primeros libros que compré, aunque ahora, con los años, muchos de ellos me resulten chocantes. Con el tiempo, inevitablemente, una se vuelve más selectiva.

Vivía en mi mundo particular hasta que internet y los foros de novela obraron el milagro de poder hablar de lo que me gusta con más gente, compartir opiniones y así, a lo tonto, pues aquí estamos.

Me encantaba escribir reseñas y así empecé a contactar con otras foreras, a conocernos y a hablar de todo.

Durante mucho tiempo escribía cosas sueltas, relatos, que siguen por ahí a la espera



de darles el último retoque. Hasta que alguien muy especial me animó a ponerme a escribir en serio y a presentarlo a las editoriales. Y he aquí el resultado.

He escrito varias novelas, ambientadas en diferentes épocas. La primera fue *Divorcio* (2011), que pertenece a la serie «Boston» y en la que se incluye también *A contracorriente* (ganadora del VII Premio Terciopelo de Novela). Entre las de ambientación contemporánea cabe mencionar *Treinta noches con Olivia* (2012), que forma parte de una serie divertida y desenfadada compuesta por seis títulos más. También me he aventurado con novelas de temática histórica como *No te pertenezco* (2015) y *No te he olvidado* (2016). Otras de corte más intimista, como *Sin reservas* (2015) y su desenlace, *Sin palabras* (2016). Asimismo he publicado títulos independientes como *Tal vez igual que ayer* (2016), varias novelas en formato digital, entre las que destaca *No se lo cuentes a nadie* (2017) y, por supuesto, no hay que olvidar la serie «más gamberra» de las que hasta la fecha he publicado: *Quiero lo mismo que tú* (2014), *Dímelo al oído* y *Edición limitada* (2017). Y no podía faltar una de investigación: *Inútil ilusión traicionera* (2018).